

OBRAS MAESTRAS

LA MEJOR CIENCIA FICCIÓN DEL SIGLO XX

SELECCIÓN Y PRESENTACIONES

ORSON SCOTT CARD

ISAAC ASIMOV

RAY BRADBURY

ARTHUR C. CLARKE

WILLIAM GIBSON

ROBERT A. HEINLEIN

URSULA K. LE GUIN

FREDERICK POHL

Y OTROS

Nova

Lectulandia

Para celebrar el número 200 de una colección como NOVA, nada mejor que la mejor antología posible de la mejor ciencia ficción del siglo XX (y perdonen ustedes la redundancia...).

Orson Scott Card la ha preparado y la presenta con un prefacio que hace referencia la ciencia ficción como la literatura más característica del siglo XX. Card también es responsable de la introducción a cada uno de los relatos en lo que viene a ser un brillante comentario sobre los autores y obras más importantes del género en el pasado siglo.

Autores imprescindibles y relatos inolvidables en un completo muestrario de la mejor ciencia ficción: Brian W. Aldiss, Poul Anderson, Isaac Asimov, Lloyd Biggle Jr., Terry Bisson, James Blish, Ray Bradbury, C. J. Cherryh, Arthur C. Clarke, John Crowley, George Alec Effinger, Harlan Ellison, Karen Joy Fowler, Willim Gibson, Michael Swanwick, Lisa Golstein, Edmond Hamilton, Robert A. Heinlein, James Patrick Kelly, John Kessel, R. A. Lafferty, Ursula K. Le Guin, George R. R. Martin, Larry Niven, Frederick Pohl, Robert Silverberg, Theodore Sturgeon y Harry Turtledove.

Lectulandia

AA. VV.

Obras Maestras

La mejor ciencia ficción del siglo XX

ePub r1.1

jpneira 08.02.15

Título original: *Masterpieces: The Best Science Fiction of the Century*

AA. VV., 2001

Selección y presentaciones: Orson Scott Card

Traducción: Pedro Jorge Romero

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: jpneira

Corrección de erratas: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Presentación

Ya he contado otras veces la importancia que Orson Scott Card ha tenido y tiene para NOVA. Cuando inicié mi colaboración con Ediciones B, me empeñé en que *el juego de ender* (inédito entonces en España, ya que otros editores la habían desestimado) fuera el primer número de una subserie que iniciaba la publicación de ciencia ficción en Libro Amigo, la colección de bolsillo que Ediciones B heredó de Bruguera.

Cuando el éxito sorprendió a la misma empresa y, tras diecisiete títulos de ciencia ficción en Libro Amigo, se decidió crear una colección especializada como es NOVA, coincidió con el segundo libro de la serie de Ender, *la voz de los muertos*, que ocupó el número uno (1) en NOVA.

Al ser necesario reeditar EL JUEGO DE ENDER, se me ocurrió que podía ocupar un excepcional número cero (0), algo que estuvo a punto de dar al traste con el sistema informático de Ediciones B. Sé por experiencia que aunque los informáticos (yo lo soy...) podemos ser raros, en general tendemos a ser racionales y, lógicamente, nadie había previsto un número cero en una colección de libros (durante meses e incluso años, antes del famoso «efecto 2000», los informáticos de Ediciones B temieron —y con razón— que su sistema de gestión de títulos se colapsara por eso del imprevisto número cero otorgado a EL JUEGO DE ENDER en NOVA).

Luego, el tercer libro de la serie de Ender, *ENDER EL XENOCIDA*, ocupó el número cincuenta (50) en NOVA, así como el cuarto título, *HIJOS DE LA MENTE*, tuvo al final el número cien (100).

0, 1, 50 Y 100, números en cierta forma «significativos» o «especiales» en la lista de números decimales, se habían dedicado a Orson Scott Card y su más famosa serie de novelas. El número ciento cincuenta (150) me lo reservé para la re-edición de «mi» *GUÍA DE LECTURA* (que acabará siendo publicada este mismo año 2007, palabra de honor).

¿Qué seleccionar para el número 200?

Sorprendentemente, en noviembre de 2006, cuando estuve en Chile invitado por la Feria Internacional del Libro de Santiago, alguien tuvo la ocurrencia de preguntar si, «como se había hecho antes, el número 200 de NOVA sería también un título de Orson Scott Card». Ya entonces pude responder que sí, ya que el proyecto de publicar *OBRAS MAESTRAS: LA MEJOR CIENCIA FICCIÓN DEL SIGLO XX* estaba ya confirmado. En realidad, la antología que hoy presentamos apareció en Estados Unidos en el año 2001, cual corresponde, pero a mí me pareció adecuado retrasar su aparición en España a este número 200 de NOVA y, sobre todo, tras haber podido hacer una especie de «prueba» con una antología como *CRONOPAISAJES: HISTORIAS DE VIAJES EN EL TIEMPO* en un país como España, donde, según decían los editores, las antologías de relatos no tenían excesivo predicamento entre los lectores.

O sea que, 0, 1, 50, 100 Y 200 son, en NOVA, títulos de Orson Scott Card. No sé

qué ocurrirá con el número 300, pero todo se andará...

De pasada les diré que el inicio de la segunda serie de novelas derivadas de EL JUEGO DE ENDER, LA SOMBRA DE ENDER, lleva en NOVA el número 137. Seguro que los amantes de la numerología ya se han dado cuenta de que 137 es el número primo que ocupa el lugar número 33 en la lista de números primos. El 33 es un número curioso, con resonancias incluso religiosas por eso de ser «la edad de Cristo»... y, siguiendo con los números primos, resulta ser el producto de los números primos 3 y 11 que, a su vez, ocupan el lugar segundo (2) y quinto (5) en la lista de números primos. Y, evidentemente, 2×5 nos lleva de nuevo al diez, que es el sistema de numeración que usamos habitualmente, y en el que los números que llevan en NOVA los títulos de la serie de Ender (0, 1, 50, 100) vienen a ser algo «significativos» o «especiales»... (por si alguien tiene interés, aquí ofrezco la lista de los cincuenta primeros números primos):

(2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31, 37, 41, 43, 47, 53, 59, 61, 67, 71, 73, 79, 83, 89, 97, 101, 103, 107, 109, 113, 127, 131, 137, 139, 149, 151, 157, 163, 167, 173, 179, 181, 191, 193, 197, 199, 211, 223, 227, 229).

También incidentalmente les diré que esa otra antología de relatos de la que hablaba hace poco, CRONOPAISAJES: HISTORIAS DE VIAJES EN EL TIEMPO, lleva en NOVA un número que también es el resultado de combinar números primos: el número en cuestión (no se lo voy a decir aquí, perdonen la maldad) es el producto del primer número primo con la cuarta potencia del segundo número primo o, si quieren ustedes, también es el producto del primer número primo (2) por la cuarta potencia del máximo común divisor de números siempre un tanto «curiosos» como son el treinta y tres ($33=3 \times 11$) y el trescientos tres ($303=3 \times 101$). Y es que esto de la numerología tiene siempre recursos para todo, o casi todo... Amén.

Nada o casi nada les voy a comentar sobre la presente antología. Lo hace maravillosamente Orson Scott Card en su introducción y en las presentaciones de cada autor/relato.

Solo añadir que, como dice Scott, faltan autores y relatos —como no podía ser de otra manera—, aunque incluso él mismo deja fuera autores como Haldeman, entre los clásicos, o Simmons, Sawyer o Stephenson (por recurrir solo a la ese) entre los más recientes. Era inevitable, pero la selección sigue siendo impresionante y completísima. Algunos de estos relatos son realmente inolvidables. En una antología parecida que compilara yo mismo figurarían muchos de los que ha seleccionado Orson Scott Card, en especial los de Heinlein, Sturgeon, Clarke, Ellison, Pohl, Le Guin, Martin y Bisson, entre otros.

Pese a todo ello, en una antología equivalente que preparara alguien que no fuera Orson Scott Card se habría incluido, con toda seguridad, algún relato del mismo Card

que, por pura modestia, el bueno de Scott no se ha atrevido a añadir a su lista de «la mejor ciencia ficción del siglo XX». En mi selección, por ejemplo, seguro que se habría incluido «Sonata sin acompañamiento» u «Ojo por ojo» del mismo Orson Scott Card (el lector interesado los puede encontrar en la macroantología MAPAS EN UN ESPEJO, que pronto verá la tan esperada reedición en formato de bolsillo).

De las presentaciones que hace Orson Scott Card de cada uno de los autores y relatos, los lectores podrán percibir cuántos de los títulos relevantes de la ciencia ficción del siglo XX siguen todavía inéditos en español. Es una verdadera lástima.

Y nada más por ahora, les dejo en manos de Orson Scott Card, con su reivindicación de la ciencia ficción como la «literatura» del siglo XX y con su brillante selección. Algunos de estos relatos e historias son excepcionales, verdaderas OBRAS MAESTRAS de la literatura. Ya sé que algunos jóvenes turcos españoles (ya no tan jóvenes y, en realidad, poco turcos...) parecen avergonzarse de que les interese o haya interesado la ciencia ficción, y van por el mundo reclamando para la ciencia ficción comportamientos estilísticos y estéticos del viejo modernismo que cita Card y que los académicos (siempre tan reacios a aceptar la novedad) tanto han celebrado. Esos mismos académicos a los que Card recrimina no haber sabido descubrir los indudables méritos de la buena ciencia ficción.

En realidad, al final de nuestro viaje en la vida (Silvia Rodríguez) poco importa si uno ha leído y apreciado el ULISES de Joyce o la FUNDACIÓN de Asimov; y lo mejor ha de ser haber sabido leer y apreciar ambos. Decir que la FUNDACIÓN es «Mal Arte» porque no sigue los esquemas del ULISES es un verdadero despropósito. Con el mismo razonamiento podría decirse (y me guardaré mucho de hacerlo, sé lo inmovilista que suele ser el establishment cultural) que el ULISES es «Mal Arte» porque no sigue los esquemas de la FUNDACIÓN. Ambas afirmaciones solo reflejan la estulticia de quien las defiende, mal que les pese a los jóvenes turcos de la ciencia ficción española.

Si el tema les interesa, les remito a la conferencia «Literatura abierta» que Orson Scott Card pronunció en Barcelona cuando fue el invitado de honor en la entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción de 2003 (publicada en el volumen: PREMIO UPC 2003, NOVA número 170). Ilustra de manera magistral el discurso reivindicativo de la ciencia ficción como una narrativa de historias que importan y que, como dice Scott, «nos cambian. Crean comunidades de personas con recuerdos compartidos».

Y, ahora va en serio, nada más.

Esta vez no vaya expresarlo como un deseo (mi habitual «que ustedes lo disfruten»). Sé con certeza que van a disfrutar de estos relatos. Yo lo hice en su día cuando los descubrí y he vuelto a hacerlo ahora al releerlos. Aunque suene a tópico, les aseguro que esta vez hay mucho, muchísimo por disfrutar. Es un verdadero honor tener esta antología en NOVA.

MIQUEL BARCELÓ.

Introducción

Preparar una lista de las mejores historias de ciencia ficción del siglo XX es lo mismo que preparar una lista de las mejores historias de ciencia ficción del milenio. O, ya puestos, de las mejores de todos los tiempos, porque toda la historia de la ciencia ficción como comunidad literaria consciente de sí misma empezó en el siglo XX, cuando Hugo Gernsback publicó la primera revista dedicada a la «*scientifiction*», género de «historias científicas como las escritas por H. G. Wells».

H. G. Wells, Jules Verne y una plétora de escritores de aventuras (como A. Merritt, H. Rider Haggard y otros que se convirtieron en escritores de ciencia ficción de pleno derecho, como Edmond Hamilton) escribieron historias que desde el punto de vista actual forman parte evidente de la tradición de la ciencia ficción. Pero ellos no consideraban que sus historias perteneciesen a un nuevo género literario. Tampoco creían pertenecer a una comunidad literaria diferente por escribir historias que incluían especies alienígenas, extrañas invenciones o asombrosas reliquias del pasado.

Pero con la publicación de la revista *Amazing Stories* de Gernsback, la situación cambió. Ya había límites —que con el tiempo, al menos durante cierto periodo, se convertirían en los muros de un gueto, para beneficio de la ciencia ficción—, de forma que solo historias de cierto tipo podían aparecer publicadas en ella. Así se definió lo que era ciencia ficción y, por exclusión, lo que no lo era. Y había una sección de cartas.

En realidad, la sección de cartas creó la comunidad. Los entusiastas del nuevo género le escribían a Gernsback y luego leían con avidez las cartas publicadas de los demás lectores. Posteriormente, saltándose al intermediario, entablaron correspondencia directa y no tardaron en comenzar a reunirse para hablar sobre lo que era la ciencia ficción y qué podría ser o debía ser. Se pusieron a escribir sus propias historias y a compartirlas con los demás y, con el tiempo, acabaron fundando clubes y, posteriormente, creando convenciones a las que asistían los lectores serios del género venidos de lugares lejanos. En la actualidad la Convención Mundial de Ciencia Ficción atrae a participantes de docenas de países y de distintas lenguas (aunque el inglés sigue siendo la lengua franca... o si lo prefieren, la *koiné* del género).

A medida que los lectores se fueron convirtiendo en fans —participantes en el diálogo público de la comunidad de la ciencia ficción y los fans en escritores—, iniciaron el desarrollo de principios críticos bastante alejados de las ideas literarias que se enseñaban en las universidades norteamericanas, donde las teorías sobre la crítica literaria iban y venían, iguales solo en el hecho de que todas estaban concebidas para demostrar por qué las obras de los modernistas (la revolución literaria más reciente previa a la ciencia ficción) eran Arte Verdadero. Naturalmente, los académicos, que estaban totalmente concentrados en celebrar a Woolf, Lawrence,

Joyce, Eliot, Pound, Faulkner, Hemingway y sus hermanos literarios, no tenían ni idea de lo que pasaba tras los muros del gueto de la ciencia ficción. Y cuando al final prestaron atención, porque sus estudiantes no dejaban de mencionar libros como *Dune* y *Forastero en tierra extraña*, los académicos descubrieron que esas revistas y esos libros extraños con portadas ridículas no prestaban la más mínima atención a los estándares de la Gran Literatura que ellos habían desarrollado. En lugar de comprender que sus estándares eran inadecuados porque no eran aplicables a la ciencia ficción, llegaron a la conclusión mucho más segura y simple de que la ciencia ficción era mala literatura.

Ya saben lo que dicen: a quien solo tiene un martillo todo le parece un clavo. Bien, solo es cierto en ocasiones. En el caso del mundo académico literario —la comunidad que yo cariñosamente llamo *Li-fi*^[1]— una analogía mejor es que para un hombre que solo tiene un martillo un tornillo es un clavo defectuoso.

Por tanto, cada pocos años, *Atlantic Monthly*, *Harper Magazine* o *The New Yorker* publican un ensayo explicando por qué la ciencia ficción es Mal Arte. ¿Qué esperabas que hiciese la vieja aristocracia mientras intenta defender su torre de marfil del asalto de las masas apestosas y rebeldes?

Pero la verdad es que a mediados de los años cuarenta la ciencia ficción era la comunidad literaria más enérgica, más productiva, más innovadora y, con el tiempo, sería la más consumida. Sostenida únicamente por voluntarios que leían en busca de historias e ideas, en lugar de por estudiantes a los que se les exigía leer detenidamente y decodificar textos a cambio de notas, la ciencia ficción creció y cambió, reinventándose constantemente, tomando lo que le resultaba útil de otros géneros y otras disciplinas; no solo ciencia y no solo ficción. Revolución tras revolución, generación tras generación, había más variedad y más historias en la ciencia ficción que fuera de ella.

Yo llegué tarde a la fiesta. Cuando nací, en 1951, el trabajo fundacional ya se había completado. John W. Campbell había asentado la ciencia ficción sobre cimientos científicos más firmes (aunque la vieja tradición de la aventura impactante continuó), y Robert Heinlein nos había enseñado a desarrollar el despliegue gradual de la exposición, la técnica literaria básica que todo lector y escritor de ciencia ficción debe dominar para tomar parte en el diálogo. Cuando nací, Heinlein, Asimov y Clarke ya formaban la trinidad de los grandes escritores del género, con Bradbury, Anderson y Blish dispuestos a darse pronto a conocer. La ciencia ficción formaba parte del aire que yo respiraba al crecer.

Sigue siendo así para todos nosotros. Porque la ciencia ficción la leen sobre todo voluntarios. Aunque algunos escritores se han encontrado con su obra convertida en lectura obligatoria en los institutos, las obras anteriores se siguen publicando, no porque algún profesor las haya declarado oficialmente Grandes, sino porque la gente las sigue leyendo y sigue diciendo a sus amigos que deben conseguir *Fundación* de Asimov, *Dune* de Herbert, *La luna es una cruel amante* de Heinlein, *La mano*

izquierda de la oscuridad de Le Guin. Seguimos pasándonos esa literatura de mano en mano. El lector apasionado sigue impulsando el género y, como resultado, toda la historia de la ciencia ficción se puede encontrar con facilidad. Podemos leerla de principio a fin y conservarla completa en la memoria.

Aun así, mi meta con este libro no es presentar la historia de la ciencia ficción. No se trata de un volumen de estudio. Esto es un tesoro. Una colección de joyas.

Tampoco es un tesoro infinito. Tuvimos limitaciones: los editores tienen la absurda creencia de que no pagarías setenta dólares por un volumen de tres mil páginas. No hemos podido incluir todas las historias que deberían aparecer aquí; no pudimos incluir a todos los escritores que deberían estar representados. Por desgracia, además, hay escritores —Ray Bradbury, Harlan Ellison, George Alec Effinger, R. A. Lafferty— que se han especializado en el relato corto. En una antología de las mejores historias de ciencia ficción es casi inconcebible seleccionar solo *un* Bradbury, solo *un* Ellison.

¿Y qué hacer con John Varley, cuyo mejor trabajo «corto» es tan largo que si incluyes «Pulse enter» o «La persistencia de la visión» tienes que renunciar a otras cinco historias? Incluso así, tuve que prescindir de algunos de mis escritores favoritos y de algunos de mis cuentos preferidos: «Flight» de Peter Dickinson, por ejemplo, y «Vestibular Man» de Felix Gottschalk o las historias de Moderan de David Bunch, y me desconsuela la lista de escritores que no están representados:

Bruce Sterling, Connie Willis, Nancy Kress, Lucius Shepherd, Lois McMaster Bujold, Norman Spinrad, Clifford Simak, Vonda McIntyre, Octavia Butler, Dave Wolverton... son algunos de los que cito.

Pero es por eso que me pagan bien: sé tomar decisiones difíciles.

Gritando, quejándome, gimoteando, hablando conmigo mismo hasta altas horas de la noche, decidí.

Escogí estos. Son cuentos que me encantaron cuando los leí por primera vez y que al releerlos siguen provocándome placer y admiración. Creo que son cuentos que conectan con un amplio espectro de lectores y no solo con un grupo reducido. Son de autores importantes para el género, que han influido en otros autores y, lo más importante, que han cambiando la vida de sus lectores. Intenté evitar repeticiones: historias que se referían a lo mismo que otras ya escogidas, aunque, por supuesto, esas decisiones son absolutamente subjetivas.

Sobre todo, son historias que no puedo olvidar.

Las he agrupado en tres categorías generales, por épocas. La Edad de Oro — desde el comienzo hasta mediados de los sesenta— incluye autores e historias que crearon la ciencia ficción tal como la conocemos. Y sí, soy consciente de que «Sueños de robot» fue uno de los últimos trabajos de Asimov, pero él fue un escritor de la Edad de Oro —quizás el mejor— durante toda su carrera. Al mismo tiempo, Sturgeon y Blish podrían ser considerados posteriores a la Edad de Oro, mientras que Hamilton y Biggle podrían verse como elementos de una época anterior. Dadme un

respiro. Llames como llames al periodo, esos son los autores que araron y plantaron el campo.

El periodo de la Nueva Ola —desde mediados de los sesenta hasta mediados de los setenta— quedó marcado por escritores que aportaron fervor y un estilo deslumbrante, en ocasiones furia, que devolvieron la energía al género y lo abrieron a muchas formas de narración. Al mismo tiempo, la vieja tradición de la ciencia ficción —el relato sencillo, la historia de ideas, el dilema moral, la historia de personajes— fue enriquecida por escritores como Larry Niven, Ursula K. Le Guin, Frederik Pohl y Brian Aldiss.

Si los escritores de la Nueva Ola eran los hijos de la Edad de Oro, ya fuese rebelándose contra sus padres u ocupándose del negocio familiar, los años ochenta y noventa estuvieron dominados por los nietos de la Edad de Oro: los escritores que crecieron viendo *Dimensión desconocida*, *Más allá del límite* y *Star Trek* mientras leían «Llámame Joe», «Todos vosotros zombis...» y «”¡Arrepiéntete, Arlequín!”», dijo el señor Tic Tac». La Generación Mediática descubrió que podía escribir *cualquier* tipo de historia, y aunque algunos movimientos adoptaron una identidad diferenciada —los ciberpunk, los humanistas—, la mayoría de los que empezamos a escribir en esa época descubrimos que podíamos hacer lo que nos diese la gana: siempre que nuestras historias encajasen, más o menos, en los límites siempre en expansión del género, habría lectores dispuestos a oír nuestra voz y a probar las historias que les ofreciésemos.

Al pasar de una época a la siguiente, podrás apreciar cómo la ciencia ficción se ha desarrollado a lo largo de los años sin olvidar sus raíces, sin olvidar nada de lo que, como comunidad, hemos aprendido.

Es posible que ya hayamos alcanzado y sobrepasado la época de la ciencia ficción. Es posible que ya estemos preparados para la próxima revolución en literatura, para el siguiente grupo de narradores. La era posterior a la ciencia ficción.

Es también posible que estemos preparados para la disolución de las fronteras del género. Para que al decir «literatura» incluyamos la ciencia ficción en la definición de esa palabra.

La verdad es que me da igual. Eso es un asunto sobre el que pueden discutir críticos y académicos. Lo que me importa es lo siguiente: las historias nos cambian. Crean comunidades de personas con recuerdos compartidos. Y los cuentos que aparecen en las páginas que vienen a continuación se cuentan entre los mejores de nuestro tiempo.

Primera Parte

LA EDAD DE ORO

Llámame Joe

POUL ANDERSON

(abril de 1957)

Ganador en diversas ocasiones de los premios Hugo y Nebula, Poul Anderson ha escrito más de cincuenta novelas y cientos de relatos cortos desde su debut en 1947. Su primera novela, *La onda cerebral*, es un ejemplo clásico de las técnicas de la ciencia ficción tradicional; extrapola el impacto de un incremento súbito y universal de la inteligencia sobre toda la civilización humana del siglo XX. Anderson es especialmente valorado por los detalles de sus historias. Su vasta saga *Historia Técnica*, una crónica en varios volúmenes de exploración interestelar y construcción imperial, abarca cinco siglos de historia futura con los sucesivos alzamientos y caídas de tres imperios de una federación galáctica. La gran extensión de la saga le ha brindado a Anderson la oportunidad de desarrollar personajes coloristas y bien contruidos y de explorar el impacto a largo plazo de ciertas ideas y aptitudes —libre empresa, militarismo, imperialismo, estilos individuales de gobierno— sobre la sociedad y la estructura política de un mundo imaginado. Dos personajes, producto de momentos y civilizaciones diferentes, dominan los episodios más notables de la serie: el falstaffiano mercader bribón Nicholas van Rijn, héroe de *The Man Who Counts* y *El mundo de Satán y Mirkheim*, y el alférez Dominic Flandry, algunas de cuyas aventuras son *We Claim These Stars*, *A Knight of Chosts and Shadows* y *Earthman, Go Home!* Anderson se ha enfrentado a muchos de los temas clásicos de la ciencia ficción, incluido el viaje a velocidades cercanas a la de la luz en *Tau Cero*, el viaje en el tiempo en la serie de historias de la Patrulla del Tiempo, recopiladas en *La Patrulla del Tiempo*, y la evolución acelerada en *Tiempo de fuego*. Es especialmente famoso por mezclar ciencia ficción e historia, especialmente en su novela *La gran cruzada*, un excelente relato de primer contacto en que un ejército medieval captura una nave espacial. Gran parte de la fantasía de Anderson está repleta de referencias mitológicas, especialmente su fantasía heroica *Tres corazones y tres leones* y también *La espada rota*, una historia alternativa construida a partir del trasfondo de *El sueño de una noche de verano*. En 1978 Anderson recibió el premio Tolkien Memorial. En colaboración con su esposa Karen, ha escrito la serie de cuatro libros de fantasía céltica sobre el Rey de Ys y, con Gordon Dickson, la divertida serie de Hoka. Sus relatos de ficción han sido recopilados en varios volúmenes, como *La reina del aire y la oscuridad*, *All One Universe*, *Strangers from Earth* y *Seven Conquests*.

El viento llegó aullando desde la oscuridad oriental, empujando un trallazo de amoniaco. Edward Anglesey quedó cegado a los pocos minutos.

Se echó a cuatro patas sobre los fragmentos del suelo, se agachó y buscó a tientas el hornillo. El viento zumbó en su cráneo. Algo le golpeó la espalda y empezó a sangrar; un árbol arrancado de raíz y arrojado a cien kilómetros de distancia. Restalló el rayo en lo más alto, donde las nubes hervían de noche.

Como si fuese una respuesta, el trueno agitó las montañas de hielo, saltó una llamarada roja y una colina se desmoronó con estruendo dispersándose por el valle. La tierra se estremeció.

Una explosión de sodio, pensó Anglesey rodeado del tamborileo.

El fuego y el rayo le ofrecieron iluminación suficiente para dar con sus aparatos. Agarró las herramientas con manos musculosas, sostuvo el canal y, como pudo, llegó al túnel y de ahí a su refugio.

Las paredes y el techo eran de agua congelada por la lejanía del Sol y comprimida por toneladas de atmósfera sobre cada centímetro cuadrado. La ventilación dependía de una diminuta salida de humos y una lámpara de aceite de árbol ardiendo en hidrógeno aportaba una tenue claridad a la única estancia.

Anglesey tendió su forma azul pizarra sobre el suelo, jadeando. No tenía sentido maldecir la tormenta. Aquellos vientos amoniacoales solían llegar a la puesta de sol y no había nada que hacer excepto esperar a que pasasen. En cualquier caso, estaba cansado.

Al cabo de cinco horas más o menos amanecería. Esa noche había tenido la esperanza de forjar un hacha, la primera, pero sería mejor que lo hiciera a la luz del día.

Tomó de un estante un cuerpo de decápodo y se comió la carne cruda, deteniéndose para tomar largos tragos de una taza de metano líquido. Las cosas mejorarían en cuanto dispusiese de las herramientas adecuadas; hasta entonces todo lo había arrancado y montado dolorosamente con dientes, garras, carámbanos encontrados por casualidad y aquellos malditos trozos poco resistentes y deteriorados que quedaban de la nave espacial. Al cabo de unos años viviría como un hombre, vaya si no.

Suspiró, se estiró y se dispuso a dormir.

En algún lugar, a más de ciento ochenta mil kilómetros, Edward Anglesey se quitó el casco.

Miró parpadeando a su alrededor. Después de experimentar la superficie joviana, siempre le resultaba un poco irreal encontrarse allí de nuevo, inmerso en el orden limpio y tranquilo de la sala de control.

Le dolían los músculos. No tendría que haber sido así. En realidad no se había

enfrentado a un viento de varios cientos de kilómetros por hora, bajo tres gravedades, ni a una temperatura de 140 grados absolutos. Había estado donde estaba, sometido al tirón casi inexistente de Júpiter V, respirando oxinitrógeno. Era Joe el que vivía allá abajo y se llenaba los pulmones con hidrógeno y helio a una presión que solo cabía estimar porque rompía los aneroides y desbarataba los elementos piezoeléctricos.

Aun así, sentía el cuerpo castigado y agotado. Sin duda por la tensión, algo psicossomático; después de todo, durante un buen montón de horas en cierto sentido había sido Joe y Joe se había estado esforzando de verdad.

Sin el casco, Anglesey solo conservaba una débil conexión. El proyector psi seguía sintonizado con el cerebro de Joe pero ya no estaba enfocado en el suyo propio. En algún lugar de su mente tenía una sensación inefable de sueño. De vez en cuando, colores y formas vagas penetraban desde la oscuridad... ¿sueños? No era imposible que el cerebro de Joe soñase un poco cuando la mente de Anglesey no lo usaba.

En el panel del proyector psi destelló una luz roja y sonó un timbre de alarma electrónico. Anglesey maldijo. Los dedos bailaron sobre los controles de silla, giró y salió disparado hacia la consola de mando. Sí... ya estaba... ¡los tubos K volvían a oscilar! El circuito saltó. Sacó la tapa con una mano mientras con la otra rebuscaba en un cajón.

Sentía desvanecerse el contacto mental con Joe. Si lo perdía por completo no estaba seguro de poder restablecerlo. Y Joe era una inversión de varios millones de dólares y muchos años-hombre de personal muy especializado.

Anglesey sacó el tubo K roto y lo tiró al suelo. El vidrio estalló. Eso lo calmó un poco, lo justo para encontrar un repuesto, conectarlo y volver a dar la corriente... A medida que la máquina se calentaba y volvía a amplificar, se reforzó la presencia de Joe en los callejones oscuros de su cerebro.

Luego, el hombre en silla de ruedas eléctrica salió despacio de la sala al pasillo. Que otro se encargase de barrer el tubo roto. A la mierda. A la mierda con todos.

Jan Cornelius nunca se había alejado de la Tierra más de lo que requería ir a un cómodo centro de vacaciones lunar. Le cabreaba considerablemente que la Corporación Psiónica le seleccionase para un exilio de trece meses. El hecho de que supiese más de proyectores psi y sus excéntricas tripas que nadie no era excusa. ¿Por qué mandar a alguien? ¿A quién le importaba?

Evidentemente, le importaba a la Autoridad Científica Federativa. Aparentemente habían entregado a esos ermitaños barbudos un cheque en blanco de dinero público.

Así rezongaba Cornelius para sí durante el largo trayecto hiperbólico a Júpiter. Luego el cambio de aceleración en la aproximación a su diminuto satélite interior le dejó demasiado hecho polvo para seguir quejándose.

Y cuando, al final, justo antes de desembarcar, fue al invernadero para echar un

vistazo a Júpiter, no dijo ni una palabra. Nadie decía nada la primera vez.

Arne Viken aguardó pacientemente mientras Cornelius miraba fijamente. *A mí todavía me impresiona —pensó—. Se me hace un nudo en la garganta. Algunas veces me da miedo mirar.*

Por fin Cornelius se dio la vuelta. Él mismo tenía una apariencia ligeramente joviana, porque era un hombre corpulento con un diámetro de cintura imponente.

—No tenía ni idea —susurró—. Nunca hubiese... He visto fotografías, pero... Viken asintió.

—Exacto, doctor Cornelius. Las fotos no le hacen justicia.

Desde donde se encontraban veían la quebrada roca oscura del satélite revuelta hasta un trecho más allá de la zona de aterrizaje y, luego, cortada en caída vertical. Aquella luna no era más que una plataforma, por lo visto, y las constelaciones frías fluían a su alrededor, dejándola atrás. Júpiter ocupaba como una quinta parte del cielo suavemente coloreado con franjas de colores, marcado por las sombras de lunas del tamaño de planetas y con remolinos tan grandes como la Tierra. Si hubiese habido gravedad apreciable, Cornelius habría pensado, instintivamente, que el enorme planeta caía hacia él. Como no la había, le daba la sensación de que tiraba de él; le dolían las manos de agarrar la barandilla.

—¿Vive aquí... completamente solo... con eso? —dijo con un hilo de voz.

—Oh, la verdad es que somos unos cincuenta. Y nos llevamos bien —dijo Viken—. No está tan mal. Firmas por un periodo de cuatro ciclos, es decir, de cuatro llegadas de naves, y créalo o no, doctor Cornelius, esta es la tercera vez que me alisto.

El recién llegado se abstuvo de seguir indagando. Los hombres de Júpiter V tenían algo que no acababa de entender. Casi todos llevaban barba, aunque por lo demás se acicalaban con cuidado; sus movimientos en baja gravedad poseían cierto carácter onírico; atesoraban la conversación, como si quisiesen alargarla durante el año y el mes que tardaría en llegar otra nave. Su existencia monacal los había cambiado... ¿o aceptaban los votos de pobreza, castidad y obediencia porque nunca se habían sentido del todo a gusto en la verde Tierra?

¡Trece meses! Cornelius se estremeció. Iba a ser una larga y fría espera, y en aquel preciso momento, a setecientos setenta mil millones de kilómetros del Sol, no le consolaban las pagas y las bonificaciones que se acumulaban.

—Es un lugar maravilloso para investigar —continuó Viken—. Con todas las instalaciones, colegas cuidadosamente seleccionados, sin distracciones... y, claro está... —Señaló con el pulgar hacia el planeta y se volvió para salir.

Cornelius le siguió, caminando con torpeza.

—Sin duda es muy interesante —resopló—. Fascinante. Pero, en serio, doctor Viken, arrastrarme hasta aquí y hacerme pasar más de un año esperando a la próxima nave para realizar un trabajo que me llevará unas semanas...

—¿Está seguro de que es tan simple? —preguntó Viken con cortesía. Lo miró y

en sus ojos Cornelius vio algo que le hizo callar—. Después de todos mis años aquí, todavía tengo que encontrar un problema, por complicado que sea, que no se complique aún más si lo examinas de la forma adecuada.

Atravesaron la esclusa de la nave y recorrieron el tubo hasta la entrada de la estación. Casi toda estaba bajo la superficie. Las habitaciones, los laboratorios e incluso los pasillos eran de lujo... ¡vamos, si en la sala común había una chimenea con un fuego de verdad! ¡Solo Dios sabía lo que costaba *mantenerlo*!

Pensando en el inmenso vacío frío donde señoreaba el planeta rey, y en su sentencia personal de un año, Cornelius decidió que tales lujos eran en realidad necesidades biológicas.

Viken le enseñó su cámara, agradablemente amueblada.

—Enseguida le traeremos el equipaje y descargaremos el material psiónico. Ahora mismo todos los demás hablan con la tripulación de la nave o leen el correo.

Cornelius asintió ausente y se sentó. La silla, como todo el mobiliario de baja gravedad, no era más que un esqueleto delgado, pero sostenía bastante bien su cuerpo. Rebuscó en su túnica con la esperanza de convencer al otro para que le hiciese compañía un rato más.

—¿Un puro? He traído unos cuantos de Amsterdam.

—Gracias. —Viken aceptó con decepcionante indiferencia, cruzó las largas piernas delgadas y expulsó una nube gris.

—Ah... ¿está usted al mando?

—No exactamente. Nadie lo está. Tenemos a un administrador, el cocinero, que se ocupa del poco trabajo que hay de ese tipo. No olvide que se trata, en primer, único y definitivo lugar, de una estación de investigación.

—Entonces, ¿cuál es su campo?

Viken frunció el entrecejo.

—No haga preguntas tan directas, doctor Cornelius —le advirtió—. Los hombres prefieren alargar los cotilleos todo lo posible con cada recién llegado. Es una delicia poco común tener a alguien cuyas posibles reacciones, todas ellas, no... No, no se disculpe conmigo. No tiene importancia. Soy físico, especializado en el estado sólido a presiones extremas. —Hizo un gesto hacia la pared—. ¡Ahí fuera hay mucho que observar!

—Comprendo. —Cornelius fumó en silencio un rato. Luego dijo—: Se supone que soy experto psiónico pero, francamente, en este momento no tengo ni idea de por qué su máquina iba a fallar como dice.

—¿Se refiere a que esos tubos K producen una salida estable en la Tierra?

—Y en Luna, Marte, Venus... En todas partes excepto, aparentemente, aquí. —Cornelius se encogió de hombros—. Claro está, los rayos psi son siempre caprichosos y a veces recibes una retroalimentación indeseada cuando... Nada. Primero recabaré datos antes de formular una hipótesis. ¿Quiénes son sus operadores psi?

—Solo Anglesey, que está lejos de ser un operador psi entrenado. Pero se dedicó

a ello después de quedar lisiado y demostró tal habilidad natural para la tarea que le enviaron aquí cuando se ofreció voluntario. Es tan difícil traer a alguien a Júpiter V que no nos interesan demasiado los títulos. Y, la verdad, Ed parece estar operando a Joe tan bien como un doctor en psiónica.

—Ah, sí. Su pseudojoviano. También tengo que estudiar este enfoque con sumo cuidado —dijo Cornelius. A pesar de sí mismo empezaba a sentir interés—. Quizás el problema se deba a algún aspecto de la bioquímica de Joe. ¿Quién sabe? Le revelaré un secreto celosamente guardado, doctor Viken: la psiónica no es una ciencia exacta.

—Tampoco la física. —El otro sonrió. Tras una pausa, añadió más serio—: Al menos, mi rama de la física. Tengo la esperanza de convertirla en exacta. Por eso estoy aquí. Es la razón por la que todos estamos aquí.

Ver por primera vez a Edward Anglesey le conmocionó un poco. Tenía cabeza, un par de brazos y una mirada azul desconcertante. El resto de su persona eran meros detalles encerrados en una máquina con ruedas.

—Era biofísico —le había dicho Viken a Cornelius—. Mientras estudiaba de joven las esporas atmosféricas de la Estación Tierra, tuvo un accidente. Quedó aplastado de cintura para abajo. Es un tipo irascible. Hay que tomárselo con paciencia.

Sentado en una banqueta mínima en la sala de control del proyector psi, Cornelius comprendió que Viken había suavizado la realidad.

Anglesey comía mientras hablaba, de un modo basto, dejando que los tentáculos de la silla le limpiasen.

—Tengo que hacerlo —le explicó—. Este estúpido lugar sigue oficialmente la hora GMT de la Tierra. Júpiter no. Tengo que estar aquí cuando Joe despierta, listo para ocuparme de él.

—¿No podría hacer que alguien le relevase? —preguntó Cornelius.

—¡Bah! —Anglesey empaló un trozo de proteína y lo agitó en dirección al otro hombre. Como era hablante nativo podía escupir inglés, la lengua común de la estación, con desmedida ferocidad—. Mire. ¿Alguna vez ha realizado psi terapéutico? No solo escuchar o comunicarse, sino control pedagógico real.

—No, no. Hace falta cierto talento natural, como el suyo. —Cornelius sonrió. Su frasecita para congraciarse se la tragó el rostro marcado que tenía delante sin resultado alguno—. ¿Debo entender que se refiere a casos como, bueno, reeducar el sistema nervioso de un niño paralizado?

—Sí, sí. Un ejemplo muy bueno. ¿Alguien ha intentado suprimir la personalidad del niño, tomar totalmente el control en el sentido más literal?

—¡Buen Dios, no!

—¿Ni siquiera como experimento científico? —Anglesey sonrió.

¿Ningún operador de proyector psi ha bebido de más y ha inundado el cerebro del

niño con sus propios pensamientos? Venga, Cornelius, no me chivaré.

—Bien... Eso está fuera de mi campo, compréndalo. —El psionicista apartó cuidadosamente la vista, encontró la esfera blanca de un contador y clavó en ella los ojos—. He oído algo sobre... Bien, sí, hubo intentos en algunos casos patológicos de... acabar con las alucinaciones del paciente por pura fuerza bruta...

—Y no salió bien —dijo Anglesey. Rio—. No *puede* salir bien, ni siquiera con el cerebro de un niño, y menos con el de un adulto cuya personalidad está plenamente desarrollada. Vamos, pero si llevó una década de mejoras, ¿no es eso?, conseguir que la máquina permitiera a un psiquiatra «escuchar» sin que la diferencia normal entre su patrón de pensamiento y el del paciente... sin que esa diferencia causara interferencias que afectasen precisamente a lo que pretendía estudiar. La máquina debe compensar automáticamente las diferencias entre individuos. Todavía no sabemos superar las diferencias entre especies.

»Si alguien está dispuesto a cooperar, puedes guiar poco a poco su forma de pensar. Y eso es todo. Si intentas tomar el control de otro cerebro, un cerebro con sus propias experiencias de fondo, su propio ego... bien, arriesgas tu cordura. El otro cerebro contraatacará, instintivamente. Una personalidad humana completamente desarrollada, madura y endurecida es simplemente demasiado compleja para el control externo. Dispone de demasiados recursos, es un buen infierno que el subconsciente puede emplear si su integridad se ve amenazada. ¡Demonios, tío, no podemos controlar nuestra propia mente! ¡Menos la de otra persona!

La voz cascada calló por fin. Anglesey se quedó sentado mirando pensativo el panel de instrumentos, golpeando la consola de su madre mecánica.

—¿Bien? —dijo Cornelius al cabo de un rato.

Quizá no debería haber hablado. Pero le resultaba difícil permanecer mudo. Había demasiado silencio... casi ochocientos mil millones de kilómetros de silencio, desde aquel punto al Sol. Si cerrabas la boca cinco minutos, el silencio empezaba a filtrarse como una niebla.

—Bien —dijo Anglesey—. Nuestro pseudojoviano tiene un cerebro físicamente adulto. Solo puedo controlarle porque su cerebro nunca ha tenido la oportunidad de desarrollar un ego. Yo soy Joe. Desde el momento en que «nació» a la conciencia he estado allí. El rayo psi me envía todos sus datos sensoriales y yo le envío mis impulsos de los nervios motores. Pero aun así, dispone de un cerebro excelente y sus células registran todas las experiencias; sus sinapsis han creado la topografía que conforma mi «patrón de personalidad».

»Cualquiera que intentase ocupar mi puesto descubriría que sería como intentar echarme a mí de mi propio cerebro. No podría hacerlo. Claro está que desde luego no tiene más que recuerdos rudimentarios de Anglesey (por ejemplo, no enuncio teoremas trigonométricos mientras le controlo), pero sabe lo suficiente para ser, en

potencia, una personalidad diferenciada.

»De hecho, siempre que despierta (normalmente pasan unos minutos mientras siento el cambio a través de mis facultades psi normales y me ajusto el casco de amplificación) tengo que luchar un poco. Siento casi una... resistencia... hasta que logro corregir el desfase de sus corrientes mentales respecto a las mías. El simple hecho de soñar es una experiencia lo suficientemente diferente como...

Anglesey no se molestó en concluir la frase.

—Comprendo —murmuró Cornelius—. Sí, está muy claro. Es más, es asombroso que pueda mantener un contacto tan absoluto con un ser poseedor de un metabolismo tan diferente.

—No durará mucho —dijo sarcástico el operador psi—, si no corrige lo que sea que quema los tubos K. No dispongo de un suministro ilimitado.

—Tengo algunas hipótesis de trabajo —dijo Cornelius—, pero se sabe tan poco de la transmisión del rayo psi... ¿Su velocidad es infinita o simplemente muy grande? ¿La intensidad del rayo es realmente independiente de la distancia? ¿Qué hay de los posibles efectos de la transmisión... oh, a través de la materia degenerada del núcleo joviano? ¡Dios mío, un planeta donde el agua es un mineral pesado y el hidrógeno un metal! ¿Qué sabemos?

—Se supone que debes descubrirlo —respondió Anglesey—. De eso va todo este proyecto. De adquirir conocimiento. ¡Maldita sea! —A punto estuvo de escupir en el suelo—. Por lo visto la gente no se entera de lo poco que hemos aprendido. El hidrógeno sigue siendo gaseoso allí donde vive Joe. Tendría que escarbar algunos kilómetros para alcanzar la capa sólida. ¡Y se espera de mí que realice un análisis científico de las condiciones jovianas!

Cornelius esperó a que acabase, dejando que Anglesey despoticara mientras él se concentraba en el problema de la oscilación del tubo K.

—En la Tierra no lo comprenden. Ni siquiera aquí lo comprenden.

En ocasiones me parece que se niegan a entenderlo. Joe está ahí abajo sin nada más que sus manos desnudas. Él, yo, empezamos sabiendo poco más que probablemente podríamos comernos a las formas de vida locales. Tiene que pasar casi todo el tiempo cazando comida. Es un milagro que haya hecho tanto en unas cuantas semanas: ha construido un refugio, se ha familiarizado con la región circundante, ha empezado con la metalurgia, la hidrurgia o como quieras llamarlo. ¡Por todos los santos! ¿Qué más quieren de mí?

—Claro, claro —murmuró Cornelius—. Sí, yo...

Anglesey alzó el huesudo rostro blanco. Su mirada cambió.

—¿Qué...? —empezó a decir Cornelius.

—¡Calla! —Anglesey giró la silla, buscó el casco, se lo encasquetó—. Joe despierta. Sal de aquí.

—Pero si solo me deja trabajar cuando duerme, ¿cómo voy a...?

Anglesey hizo un gesto de furia y le lanzó una llave. Fue un lanzamiento sin

fuerza, incluso en baja gravedad. Cornelius retrocedió hasta la puerta. Anglesey ajustaba el proyector psi. De pronto se estremeció.

—¡*Cornelius!*

—¿Qué pasa? —El psionicista regresó corriendo, se pasó y resbaló para acabar cayendo hecho una bola contra el panel.

—Otra vez el tubo K. —Anglesey se arrancó el casco. Debía dolerle como una llamarada el aullido mental descontrolado y amplificado dentro del cerebro, pero se limitó a decir—: Cámbialo. Rápido. Y luego sal y déjame en paz. Joe no se ha despertado por sí solo. Algo ha entrado en el refugio... ¡ahí abajo tengo problemas!

Había sido un día de duro trabajo y Joe durmió profundamente. No se despertó hasta que las manos no se cerraron alrededor del cuello.

Por un momento solo experimentó la oleada enloquecedora del pánico. Creyó que estaba de regreso en la Estación Tierra, flotando en gravedad cero al extremo de un cable mientras un millar de estrellas heladas rodeaban el planeta que tenía delante. Creyó que la enorme viga se había soltado del amarre y avanzaba lentamente hacia él con la inercia de sus frías toneladas, girando y reluciendo a la luz de la Tierra, y que oía el único sonido de sus propios gritos en el interior del casco cuando, mientras intentaba soltarse del cable, la viga le golpeó, muy suavemente, pero siguió en movimiento y él se movió con ella hasta quedar aplastado contra la pared de la estación, empotrado en ella, con el traje roto echando espuma como si intentara sellar su cuerpo maltrecho, sangre mezclada con espuma de *sangre*. Joe aulló.

Con un movimiento espasmódico arrancó aquellas manos de su cuello y lanzó una forma oscura al otro lado del refugio. Golpeó la pared con estruendo y la lámpara cayó al suelo y se apagó.

Joe se quedó de pie en la oscuridad, respirando con esfuerzo, vagamente consciente de que mientras dormía el viento había pasado de un aullido a un gruñido bajo.

La cosa que había lanzado al otro lado farfullaba de dolor y se arrastraba siguiendo la pared. Joe palpó en la oscuridad para hacerse con su garrote.

Algo más escarbaba. ¡El túnel! ¡Venían por el túnel! Joe fue a tientas a su encuentro. El corazón le palpitaba con fuerza y olía un tufo alienígena.

La cosa que apareció, justo cuando Joe cerraba las manos para atraparla, era la mitad de grande que él, pero tenía seis patas de talones monstruosos y un par de manos de tres dedos que fueron por sus ojos. Joe soltó una maldición, la levantó mientras se retorció y la arrojó al suelo. La cosa gritó y Joe oyó cómo se le rompían los huesos.

—¡Venid, venga! —Joe arqueó la espalda y les escupió, como un tigre amenazado por orugas gigantes.

Fluyeron por el túnel para llegar a la estancia; una docena entró mientras él

luchaba con una que, enrollada en sus hombros, había anclado en Joe el cuerpo sinuoso con sus garras. Fueron por sus piernas, intentando treparle por la espalda. Él atacó con sus propias garras, con la cola, rodó, se agachó bajo un montón de aquellas cosas y se incorporó con el montón todavía encima de él.

Se agitaron en la oscuridad. Las múltiples patas golpearon la pared del refugio. Se estremeció, una viga se partió, el techo se desplomó. Anglesey quedó de pie en un pozo, entre las placas de hielo rotas, bajo la luz menguante de un Ganímedes que se hundía tras el horizonte.

Ahora podía ver que los monstruos eran de color negro y que tenían la cabeza lo suficientemente grande para que contuviera un cerebro, menor que el de un humano pero probablemente más grande que el de los monos. Había un buen montón; luchaban por salir de debajo del desastre y se le acercaban con la misma malicia chillona.

¿Porqué?

Una reacción de mandril —pensó Anglesey en el fondo de sí mismo—. *Ves a un desconocido, temes al desconocido, odias al desconocido, matas al desconocido.* Su pecho se alzó, moviendo aire por una garganta en carne viva. Agarró una viga entera, la partió por la mitad y blandió la madera dura como el acero.

La criatura más próxima perdió la cabeza. A la siguiente se le rompió la espalda. La tercera salió disparada, con las costillas rotas, hacia la cuarta; cayeron las dos. Joe se puso a reír. La verdad es que empezaba a ser divertido.

—¡Eeeeeoooo! ¡Tiiiiigreee! —Corrió sobre el suelo helado, hacia el grupo. Se dispersaron, aullando. Los persiguió hasta que la última se perdió en el bosque.

Jadeando, Joe miró los cadáveres. Él sangraba, estaba dolorido, tenía frío y hambre y se había quedado sin refugio... pero ¡les había ganado! Sintió el impulso súbito de golpearse el pecho y aullar. Vaciló un momento. ¿Por qué no? Anglesey echó atrás la cabeza y aulló su victoria al disco oscuro de Ganímedes.

A continuación se puso a trabajar. Primero encendió una hoguera al abrigo de la nave espacial, que ya era poco más que una colina de corrosión. La jauría de monstruos gritó en la oscuridad y en el suelo roto; no habían renunciado a él, volverían.

Arrancó un muslo de uno de los caídos y lo mordió. Estaba bastante bueno. Estaría todavía mejor si lo cocinaba. ¡Habían cometido un grave error revelando su existencia! Se terminó el desayuno mientras Ganímedes se hundía bajo las montañas de hielo occidentales. Pronto amanecería. El aire estaba casi inmóvil y una bandada de salta cielos, como los llamaba Anglesey, en forma de tortitas, le pasó por encima, teñida de tonos cobrizos por los primeros pálidos rayos de la aurora.

Joe rebuscó entre las ruinas del refugio hasta dar con el equipo de fundición de agua. No había sufrido daños. Lo primero era fundir un poco de hielo y llenar los moldes de hacha, cuchillo, sierra y martillo que había preparado con tanto esfuerzo. En las condiciones jovianas, el metano era un líquido que bebías y el hielo era un

mineral denso y duro. Serviría para hacer buenas herramientas. Más adelante intentaría alearlo con otros materiales.

Lo siguiente... Sí, a la porra el refugio; volvería a dormir una temporada a la intemperie. Fabricaría un arco, pondría trampas, se prepararía para masacrar a las orugas negras cuando volviesen a atacar. Cerca había un abismo que caía en picado un buen trecho hasta el frío extremo del estrato de hidrógeno metálico: una nevera natural, un lugar donde almacenar las semanas de comida que sus enemigos le suministrarían. Eso le daría libertad para hacer... ¡Oh, para hacer un buen montón de cosas!

Joe rio, exultante, y se tendió para contemplar el amanecer.

Una vez más le asombró lo hermoso que era aquel lugar. Ver surgir la diminuta y brillante chispa del Sol de los bancos de niebla del este, teñidos de un púrpura terroso salpicado de rosa y oro; ver cómo la luz ganaba en intensidad hasta que el gran arco hueco del cielo se convertía en una fuente de radiación; ver cómo la luz derramaba calor y vida sobre una amplia zona de terreno, el millón de kilómetros cuadrados de bosque bajo y lagos de olas que titilaban y géiseres de plumas de hidrógeno, y ver, ver, ¡ver las montañas del oeste destellar como acero azul!

Anglesey se llenó los pulmones del salvaje viento de la mañana y gritó con alegría infantil.

—Yo no soy biólogo —dijo Viken con precaución—. Pero quizá por esa razón puedo aportar una visión general más exacta del asunto. Luego que López y Matsumoto respondan más detalladamente las preguntas.

—Excelente. —Cornelius asintió—. ¿Por qué no empezamos partiendo de la base que no sé nada del proyecto? Es prácticamente mi situación.

—Si lo desea. —Viken rio.

Se encontraban en una oficina exterior de la sección de xenobiología. No había nadie más, porque el reloj de la estación marcaba las 17.30 GMT y solo había un turno de trabajo. No tenía sentido hacer más de uno hasta que Anglesey empezase a darles datos cuantitativos.

El físico se inclinó y recogió un pisapapeles de la mesa.

—Uno de los chicos lo fabricó por diversión —dijo—, pero es un modelo bastante decente de Joe. Mide aproximadamente un metro y medio de altura.

Cornelius dio vueltas a la imagen de plástico entre las manos. Si eras capaz de imaginar una criatura parecida a un centauro felino con una gruesa cola prensil. El torso era corto, de largos brazos, tremendamente musculoso; la cabeza sin pelo era redonda, de nariz ancha, con ojos profundos y mandíbulas potentes, pero bastante humano de hecho. El color era gris azulado.

—Macho, por lo que veo —comentó.

—Por supuesto. Quizá no lo comprende. Joe es un pseudojoviano auténtico: por

lo que sabemos, el último modelo, con todos los fallos corregidos. Es la respuesta a una investigación que llevó cincuenta años. —Viken miró de reojo a Cornelius—. Comprende usted la importancia de nuestro trabajo, ¿no es así?

—Hago lo que puedo para entenderlo —dijo el psionista—. Pero si... bien, pongamos que por los fallos de los tubos o algo pierden a Joe antes de que yo pueda resolver el problema. Tienen otros pseudos en reserva, ¿no?

—Oh, sí —dijo Viken cabizbajo—. Pero el coste... No disponemos de un presupuesto ilimitado. Gastamos mucho dinero porque sale muy caro ya simplemente instalarse y respirar tan lejos de la Tierra. Pero por esa misma razón nuestro margen es muy reducido.

Hundió las manos en los bolsillos y se acercó a la puerta interior, la de los laboratorios, con la cabeza gacha y hablando con voz baja y apresurada.

—Quizá no comprende hasta qué punto Júpiter es un planeta de pesadilla. No hablamos solo de la gravedad en superficie, que está un poco por debajo de tres g, eso no es nada, sino del potencial gravitatorio, que es diez veces el de la Tierra. Y de la temperatura. ¡Y sobre todo de la presión, la atmósfera, las tormentas y la oscuridad!

»Si una nave espacial desciende a la superficie de Júpiter lo hace guiada por control remoto; pierde como un colador, para equilibrar la presión, pero por lo demás se trata del modelo más resistente y más potente jamás diseñado; dispone de todos los instrumentos, servomecanismos y dispositivos de seguridad concebidos hasta el momento por la mente humana para proteger un millón de dólares en equipo de precisión.

»Y ¿qué pasa? La mitad de las naves jamás llega a la superficie. Una tormenta las atrapa y las manda lejos o chocan con un resto flotante de Hielo VII, una versión en pequeño de la Mancha Roja, ¡o lo que pasaba por una bandada de *pájaros* clava una y cocina en ella!

»Y en cuanto al cincuenta por ciento que aterriza, el viaje es de ida. Ni siquiera intentamos traerlas de vuelta. Si la tensión del descenso no lo ha aflojado todo, la corrosión las ha condenado. El hidrógeno a presiones jovianas actúa de forma curiosa sobre los metales.

»Cuesta un total de unos cinco millones de dólares colocar a Joe, un pseudo, allá abajo. Cada pseudo posterior, si tenemos suerte, costará un par de millones más.

Viken abrió la puerta de una patada y entró primero en una gran sala de techo bajo, iluminación fría y llena del murmullo de los ventiladores. A Cornelius le recordó un laboratorio de nucleónica; no estuvo seguro de por qué hasta que reconoció lo intrincado del control remoto, la observación remota, los muros que contenían fuerzas capaces de destruir toda la luna.

—Son necesarios a causa de la presión —dijo Viken, señalando una fila de escudos—. Y del frío. Y del hidrógeno, aunque es un riesgo menor. Aquí tenemos unidades que reproducen las condiciones de la... eh... estratosfera joviana. Aquí es donde empezó realmente el proyecto.

—He oído algo al respecto —asintió Cornelius—. ¿No recogió esporas aéreas?

—Yo no. —Viken rio—. Lo hizo el equipo de Totti, hará unos cincuenta años. Demostró que había vida en Júpiter. Una vida que emplea el metano líquido como diluyente básico, el amoníaco sólido como punto de partida de la síntesis de nitrato. Las plantas emplean energía solar para construir compuestos insaturados de carbono, liberando hidrógeno; los animales se comen las plantas y vuelven a reducir esos compuestos a la forma saturada. Incluso hay un equivalente de la combustión. La reacción requiere enzimas complejas y... bien, no es mi campo de trabajo.

—Entonces, conocen bien la bioquímica joviana.

—Oh, sí. Incluso en la época de Totti disponían de una tecnología biótica bastante desarrollada. Ya se habían sintetizado bacterias terrestres y se conocía bastante bien la estructura de la mayoría de los genes. Ha hecho falta tanto tiempo para comprender los procesos vitales jovianos simplemente por la dificultad técnica de trabajar con altas presiones y demás.

—¿Cuándo consiguieron dar un vistazo a la superficie de Júpiter?

—Gray lo logró, hace unos treinta años. Envío una nave televisor, una nave que aguantó el tiempo suficiente para mandar bastantes imágenes. Desde entonces, la técnica ha mejorado. Ahora sabemos que Júpiter está cubierto de su propia y extraña forma de vida, probablemente más fértil que la terrestre. Extrapolando a partir de microorganismos aéreos, nuestro equipo llevó a cabo un proceso de síntesis de metazoos y... —Viken suspiró—. Maldita sea, ¡si al menos hubiese vida nativa inteligente! Imagine lo que podría contarnos, Cornelius, los datos, los... Mire lo que hemos avanzado desde Lavoisier con la química en las condiciones de presión de la Tierra. ¡Aquí tenemos la oportunidad de aprender una química y una física de alta presión igualmente ricas en posibilidades!

Al cabo de un momento, Cornelius murmuró furtivamente:

—¿Está seguro de que *no* hay jovianos?

—Oh, claro, podría haber miles de millones. —Viken se encogió de hombros—. Ciudades, imperios, de todo. Júpiter tiene la superficie de cien planetas como la Tierra y nosotros habremos visto como una docena de regiones pequeñas. Pero sabemos que no hay jovianos que escuchen la radio. Teniendo en cuenta la atmósfera del planeta, es muy poco probable que fuesen a inventarla... ¡imagine lo gruesos que tendrían que ser los tubos de vacío, la potencia de la bomba que necesitaría! Así que al final decidimos que sería mejor fabricar nuestros propios jovianos.

Cornelius le siguió a otra sala. Estaba menos atestada, tenía un aspecto más acabado: el desorden de los investigadores experimentales había cedido a la precisión segura de los ingenieros.

Viken se acercó a uno de los paneles murales y miró los indicadores.

—Ahí detrás hay otro pseudo —dijo—. Hembra, en este caso. Se encuentra a una presión de doscientas atmósferas y a una temperatura de 194 grados absolutos. Hay un... un sistema umbilical, supongo que podríamos llamarlo, para mantenerla con

vida. Ha crecido hasta la madurez en este... medio fetal. Diseñamos nuestros jovianos partiendo de mamíferos terrestres. Nunca ha sido consciente, no lo será hasta su «nacimiento». Aquí tenemos veinte machos y sesenta hembras. Contamos con que la mitad llegue a la superficie. Se pueden crear más a medida que sean necesarios.

»Lo pseudos no son caros. Lo caro es el transporte. Así que Joe está allá abajo solo hasta que estemos seguros de que los suyos *pueden* sobrevivir.

—Supongo que primero experimentaron con formas inferiores —dijo Cornelius.

—Por supuesto. Llevó veinte años, incluso con técnicas de catálisis forzada, llegar de una spora aérea artificial a Joe. Hemos empleado el rayo psi para controlar desde pseudoinsectos hasta Joe. El control entre especies es posible, ya sabe, si el sistema nervioso controlado se diseña específicamente para eso y no tiene ocasión de adoptar un patrón diferente al del operador psi.

—¿Y Joe es el primer espécimen que ha causado problemas?

—Sí.

—Descartemos una hipótesis. —Cornelius se sentó en un banco de trabajo, con las gruesas piernas colgando y pasándose la mano por el pelo rubio—. Pensaba que quizás algún fenómeno físico de Júpiter era la causa del problema. Ahora me da la impresión de que la causa es el propio Joe.

—Eso sospechamos —dijo Viken. Encendió un cigarrillo y se llenó las mejillas de humo. Tenía los ojos tristes—. Cuesta entender por qué. Los ingenieros bióticos me dicen que el *Pseudocentaurus sapiens* ha sido diseñado con más cuidado que cualquier producto de la evolución natural.

—¿Incluyendo su cerebro?

—Sí. Es una réplica del humano, para que el control por rayo psi sea posible, pero con mejoras, es más estable.

—Pero sigue habiendo en juego aspectos psicológicos —dijo Cornelius—. A pesar de nuestros amplificadores y otros aparatos avanzados, el psi es esencialmente una rama de la psicología, incluso hoy... o quizá sea al revés. Tengamos en cuenta las experiencias traumáticas. Supongo que el... feto joviano adulto sufre un convulso viaje hasta ahí abajo, ¿no?

—La nave —dijo Viken—. No el pseudo en sí, que va inmerso en un fluido, como nosotros antes de nacer.

—Aun así —dijo Cornelius—, las doscientas atmósferas de presión de aquí no son lo mismo que las presiones inimaginables que puedan darse en Júpiter. ¿El cambio podría ser perjudicial?

Viken le dedicó una mirada de respeto.

—No es probable —respondió—. Le he dicho que las naves jovianas están diseñadas para tener filtraciones. La presión externa se transmite al mecanismo uterino, a través de una serie de diafragmas, de forma gradual. Hacen falta horas para ejecutar el descenso.

—Bien, ¿qué pasa a continuación? —añadió Cornelius—. La nave aterriza, el mecanismo uterino se abre, la conexión umbilical se suelta y Joe, digamos, nace. Pero posee un cerebro adulto. No está protegido de la conciencia súbita por un cerebro infantil apenas desarrollado.

—Ya lo tuvimos en cuenta —dijo Viken—. Anglesey se encontraba en el rayo psi, en fase con Joe, cuando la nave abandonó esta luna. Así que en realidad no fue Joe el que salió, el que percibió. Joe nunca ha sido más que un dispositivo remoto. Solo puede sufrir angustia en la medida en que Ed la sufre, ¡porque *es* Ed el que está ahí abajo!

—Vale —dijo Cornelius—. Aun así, no planean crear una especie de marionetas, ¿verdad?

—Oh, cielos, no —dijo Viken—. Eso ha sido descartado por completo. Una vez que Joe se haya establecido, traeremos a algunos operadores psi más y le prestaremos ayuda con otros pseudos. Con el tiempo enviaremos hembras y machos sin controlar, para que los eduquen las marionetas. Toda una generación nacerá con normalidad... Bien, en todo caso, el fin último es una civilización de jovianos. Habrá cazadores, mineros, artesanos, granjeros, amas de casa, de todo. Servirán de apoyo a algunos miembros esenciales, una especie de sacerdotes. Y esos sacerdotes estarán controlados por psi, como pasa con Joe. Existirán exclusivamente para fabricar instrumentos, tomar medidas, realizar experimentos ¡y decirnos lo que queremos saber!

Cornelius asintió. En términos generales, era el proyecto joviano tal como lo había entendido. Se daba cuenta de la importancia de su propio papel.

Solo que seguía sin tener ni una pista sobre qué causaba la realimentación positiva de los tubos K.

¿Qué podía hacer al respecto?

Todavía tenía las manos magulladas. *Oh, Dios* —pensó con un gruñido, por centésima vez—. *¿Me afecta tanto? Mientras Joe peleaba allá abajo, aquí arriba, ¿de veras he dado puñetazos al metal?*

Sus ojos recorrieron la sala hasta el banco donde trabajaba Cornelius. No le caía bien el gordo gandul fumador de puros que no paraba de hablar. Prácticamente había renunciado a ser cortés con el gusano terrestre.

El psionista dejó un destornillador y flexionó los dedos.

—¡Uf! —Sonrió—. Voy a tomarme un descanso.

El proyector psi a medio montar resultaba un fondo lúgubre para su enorme cuerpo blando cuando se agachaba como un sapo sobre el banco. Anglesey detestaba la idea de compartir la sala, incluso unas cuantas horas. Desde hacía una temporada exigía que le trajesen la comida y se la dejaran al otro lado de la puerta del dormitorio-baño adjunto. Llevaba bastante sin salir.

¿Para qué iba a salir?

—¿No podrías darte un poco de prisa? —le soltó Anglesey.

Cornelius enrojeció.

—Si dispusieses de una máquina suplementaria montada, en lugar de tener piezas sueltas... —dijo y luego, encogiéndose de hombros, sacó un puro a medio fumar y lo volvió a encender con cuidado; el suministro tenía que durar mucho.

Anglesey se preguntaba si aquellas nubes apestosas salían de su boca con propósitos malévolos. *No me cae usted bien, señor Terrestre Cornelius, y sin duda el sentimiento es mutuo.*

—No había ninguna necesidad de montar otra máquina. No hasta que no llegasen los otros operadores psi —dijo Anglesey huraño—. Y los instrumentos de control indican que esta funciona perfectamente.

—Aun así —dijo Cornelius—, a intervalos regulares oscilaciones incontrolables quemaban el tubo K. El problema es descubrir por qué. Haré que pruebes esta máquina nueva en cuanto esté lista, pero, francamente, no creo que el problema sea electrónico... ni siquiera de efectos físicos desconocidos.

—Entonces, ¿qué? —Anglesey se sentía más cómodo cuando la discusión se volvía puramente técnica.

—Bien, mira. ¿Qué es en realidad un tubo K? Es el corazón del proyector psi. Amplifica tus pulsos psiónicos naturales, empleándolos para modular la onda portadora, y lanza el rayo completo hacia Joe. También detecta las resonancias de Joe y las amplifica para tu comodidad. Todo lo demás es material auxiliar para el tubo K.

—Ahórrate la conferencia —le soltó Anglesey.

—Me limitaba a repetir lo evidente —dijo Cornelius—, porque de vez en cuando la respuesta más evidente es la más difícil de ver. A lo mejor no es el tubo K lo que falla. A lo mejor eres tú.

—¿Qué? —La cara blanca le miró boquiabierto. Una furia creciente recorrió sus delgados huesos.

—No es nada personal —se apresuró a añadir Cornelius—. Pero sabes bien que el subconsciente es una bestia taimada. Supongamos, como hipótesis de trabajo, que en el fondo tú no *quieres* estar en Júpiter. Me imagino que es un entorno aterrador. O podría ser cosa de algún oscuro elemento freudiano. O, simple y naturalmente, tu subconsciente no acaba de comprender que la muerte de Joe no implica la tuya propia.

—Mm... —*Mirabile dictu.* Anglesey permaneció tranquilo. Se frotó la barbilla con una mano esquelética—. ¿Puedes ser más explícito?

—No demasiado —respondió Cornelius—. Tu mente consciente envía un impulso motor a Joe por medio del rayo psi. Simultáneamente, tu mente subconsciente, aterrorizada, emite impulsos glandulares, vasculares, cardíacos y viscerales asociados con el miedo, a los que Joe reacciona. El rayo devuelve su tensión. Cuando percibe los síntomas somáticos de miedo en Joe, tu subconsciente se

preocupa aún más, incrementando los síntomas... ¿Lo entiendes? Es lo mismo exactamente que la neurastenia: dado que en medio hay un potente amplificador, el tubo K, las oscilaciones aumentan incontroladamente en un segundo o dos. Deberías dar las gracias de que la válvula se queme... ¡En caso contrario podría quemársete el cerebro!

Anglesey guardó silencio un momento. Luego rio. La suya fue una risa dura y bárbara. Cornelius dio un salto cuando le llegó a los oídos.

—Buena idea —dijo el operador psi—. Pero me temo que no se ajusta a los datos. Verás, me encanta estar ahí abajo. Me gusta ser Joe.

Hizo una breve pausa y luego siguió hablando con una voz seca e impersonal:

—No juzgues el entorno guiándote por mis notas. No son más que apuntes idiotas con estimaciones de la velocidad del viento, los cambios de temperatura, las propiedades de los minerales... insignificancias. Lo que no registro es el aspecto de Júpiter visto con unos ojos jovianos capaces de apreciar el espectro infrarrojo.

—Supongo que será diferente —se aventuró Cornelius tras un minuto de incómodo silencio.

—Sí y no. Es difícil explicarlo con palabras. Algunas cosas resultan imposibles, porque el hombre carece de esos conceptos. Pero... oh, no puedo describirlo. Ni el propio Shakespeare sería capaz. Baste con decir que todos los aspectos de Júpiter que a nosotros nos parecen fríos, venenosos y lóbregos para Joe son *perfectos*. —El tono de voz de Anglesey se fue haciendo más remoto, como si hablase consigo mismo—. Imagina pasear bajo un reluciente cielo violeta con nubes inmensas que cubren la tierra de sombras y lluvia. Imagina recorrer las laderas de una montaña que es como el metal bruñido, con una limpia llama roja en la cima y el trueno riéndose en el suelo. Imagina una corriente fría y desbocada y árboles bajos con oscuras flores cobrizas y una cascada, una cascada de metano, saltando de un acantilado. El fuerte viento agita tu cabellera llena de arcos iris. Imagina todo un bosque oscuro y vivo y, aquí y allá, estremecidos fuegos fatuos rojizos, la radiación vital de algún animal tímido y... y...

Anglesey guardó silencio. Se miró los puños, luego cerró con fuerza los ojos y las lágrimas comenzaron a escapar por entre sus párpados.

—¡Imagina ser *fuerte*!

De pronto agarró el casco, se lo encajó en la cabeza y giró el control. Joe había estado durmiendo, pasando la noche, pero estaba a punto de despertar y de... ¿rugir bajo las cuatro grandes lunas hasta que el bosque le temiese?

Cornelius salió en silencio de la sala.

Bajo la larga y metálica luz de la puesta de sol, bajo bancos de nubes que amenazaban tormenta, subió la ladera con la sensación de haber terminado la labor del día. Cargados a la espalda llevaba dos cestos que se equilibraban mutuamente,

uno de fruta negra ácida de arbolpúa y el otro de trepadoras gruesas como cables para usar como cuerdas. El hacha que llevaba al hombro reflejaba la luz decreciente del sol.

No había sido un trabajo duro, pero estaba mentalmente cansado y no le apetecía dedicarse a las faenas que quedaban por hacer: cocinar, limpiar y demás. ¿Por qué no se daban prisa y le mandaban ayuda?

Sus ojos, con resentimiento, escrutaron el cielo. La luna Cinco estaba oculta; allí abajo, al fondo del océano de aire, solo se veían el Sol y los cuatro satélites galileanos. Ni siquiera estaba seguro de dónde se encontraba Cinco en aquel momento en relación consigo mismo:

Espera un segundo, desde aquí veo la puesta de sol, pero si fuese al observatorio vería júpiter en el último cuarto, ¿o no? Oh, demonios, de todas formas solo hace falta medio día terrestre para dar la vuelta al planeta.

Joe cabeceó. Después de todo aquel tiempo seguía resultándole terriblemente complicado, de vez en cuando, pensar ordenadamente. *Yo, el yo esencial, me encuentro en los cielos, cabalgando júpiter Veinte estrellas frías. Recuérdalo. Abre los ojos, si hace falta, y verás la inerte sala de control superpuesta a una colina llena de vida.*

Pero no lo hizo. En lugar de eso, contempló las rocas alisadas por el viento que sobresalían de la resistente vegetación musgosa de la colina. No eran como las rocas terrestres, ni el suelo que había bajo sus pies era como el humus terrestre.

Anglesey elucubró brevemente acerca del origen de los silicatos y otros compuestos pétreos. Teóricamente, todos aquellos materiales tendrían que haber estado atrapados en el núcleo joviano, allá abajo, donde la presión era tal que los átomos se colapsaban, inaccesibles. Sobre el núcleo tendría que haber habido miles de kilómetros de hielo alotrópico y luego la capa de hidrógeno metálico. A esas alturas no debería haber habido minerales complejos. Pero allí estaban.

Bien, posiblemente Júpiter se hubiese formado según decía la teoría, pero posteriormente había atrapado suficiente polvo cósmico, meteoros, gases y vapores en su inmensa garganta gravitatoria como para formar una corteza de varios kilómetros de grosor. O, lo más probable, la teoría era completamente errónea. ¿Qué sabían, qué *podían* saber los pálidos gusanos blandos de la Tierra?

Anglesey se metió dos dedos —los de Joe— en la boca y silbó. Se oyó un aullido entre la maleza y dos formas oscuras saltaron hacia él. Sonrió y les acarició la cabeza; el adiestramiento avanzaba más rápido de lo que había esperado con las crías de las bestias orugas negras que había capturado. Le servirían de guardianes, de pastores, de sirvientes.

En la cima de la colina Joe se estaba construyendo una casa. Había talado un acre y levantado una empalizada. En sus terrenos había un cobertizo para él y sus cosas, un pozo de metano y el esbozo de una cabaña grande y cómoda.

Pero era demasiado trabajo para una sola persona. Incluso con la ayuda de las

orugas semiinteligentes y con un almacén frío para la carne, todavía tenía que dedicar la mayor parte del tiempo a la caza. Aquello no iba a durar eternamente; tendría que empezar a practicar la agricultura a lo largo del próximo año más o menos. *Un año de Júpiter, doce años terrestres*, pensó Anglesey. Quedaba por terminar y acondicionar la cabaña; quería instalar una noria, no, una rueda de metano en el río para mover cualquiera de la docena de máquinas que tenía en mente, quería experimentar con aleaciones de hielo y...

Y, dejando de lado la necesidad de ayuda, ¿por qué debía permanecer solo, la única criatura inteligente en todo el planeta? Era un macho, con instintos de macho... A la larga su salud acabaría resintiéndose si seguía llevando una vida de ermitaño y, en aquel momento, todo el proyecto dependía de la salud de Joe.

¡No estaba bien!

Pero no estoy solo. Hay cincuenta hombres conmigo en el satélite.

Puedo hablar con cualquiera cuando me apetezca. Lo que pasa es que me apetece muy rara vez. Preferiría ser Joe.

Aun así... Lisiado, siento todo el cansancio, la furia, el dolor, la frustración de esa maravillosa máquina biológica que es Joe. Los otros no lo comprenden. Cuando los vientos de amoníaco le agrietan la piel, soy yo el que sangra.

Joe se tendió en el suelo, suspirando. Aparecieron colmillos en la boca de la bestia negra que saltó para lamerle la cara. Su vientre se quejaba de hambre pero estaba demasiado cansado para preparar la comida. En cuanto hubiese adiestrado los perros...

Habría sido mucho más satisfactorio educar a otro pseudo.

Casi podía verlo en la penumbra de su cerebro. Allá abajo, en el valle rodeado de colinas, fuego y truenos durante el aterrizaje de la nave. Y el huevo de acero se abriría y los brazos de acero, desmoronándose como patéticas obras de los gusanos, levantarían la forma de su interior para depositarla en la tierra.

La hembra se agitaría, tomando su primera bocanada de aire, mirando a su alrededor con ojos inexpresivos. Y Joe la llevaría a casa. Y él la alimentaría, la cuidaría, le enseñaría a caminar... No le llevaría mucho tiempo, ya que un cuerpo adulto aprende esas cosas con rapidez. Al cabo de unas cuantas semanas incluso hablaría, sería una persona, un alma.

¿Pensaste alguna vez, Edward Anglesey, en los días en que también podías caminar, que tu esposa sería un monstruo gris de cuatro patas?

No importaba. Lo importante era conseguir que viniesen más de los suyos; hembras y machos. Según el plan insignificante de la estación pasarían dos años terrestres más antes de que enviaran otra marioneta como él, una despreciable mente humana mirando por unos ojos que por derecho pertenecían a un joviano. ¡Era intolerable!

Si no hubiese estado tan cansado...

Joe se sentó. El sueño huyó de su cuerpo cuando lo comprendió.

Él no estaba cansado, no exactamente. Anglesey lo estaba. Anglesey, su reverso humano, que durante meses solo había dormido a cabezadas, cuyo descanso interrumpía desde hacía una temporada el tal Cornelius... Era el cuerpo humano el que no podía más, el que se rendía y que por el rayo psi enviaba onda tras onda de sueño hasta Joe.

La tensión somática recorrió el camino inverso; Anglesey despertó de golpe.

Soltó un juramento. Mientras permanecía sentado con el casco, la claridad de Júpiter se desvaneció como su concentración, como si se volviera transparente; la prisión de acero que era el laboratorio cobró fuerza. Perdía el contacto... Rápidamente, con la habilidad que da la experiencia, se volvió a situar en fase con la corriente neural del otro cerebro. Indujo el sueño en Joe, exactamente de la misma forma en que un hombre se lo induce.

Y, como cualquier otro insomne, fracasó. El cuerpo de Joe estaba demasiado hambriento. Se puso de pie y atravesó el recinto hasta la choza.

El tubo K enloqueció y se fundió.

La noche antes de la partida de las naves, Viken y Cornelius se quedaron despiertos hasta tarde.

Claro está, no era realmente de noche. Al cabo de doce horas la diminuta luna saldría de detrás de Júpiter, yendo de la oscuridad a la oscuridad, y podría haber un sol pálido sobre los peñascos cuando los relojes indicasen que las brujas estaban en Greenwich. Pero casi todo el personal dormía a esa hora.

Viken frunció el entrecejo.

—No me gusta —dijo—. Es un cambio de planes demasiado repentino. Una apuesta demasiado arriesgada.

—Solo arriesgamos, ¿cuántos? Tres machos y doce hembras —repuso Cornelius—. Y quince naves jupiterianas. Todas las que tenemos. Si la idea de Anglesey no sale bien, pasarán meses, un año o más, hasta que podamos construir otras y retomar las observaciones aéreas.

—Pero si sale bien —dijo Cornelius—, ya no harán falta más naves excepto para llevar pseudos. Estaréis demasiado ocupados evaluando los datos de la superficie como para molestaros en estudiar la atmósfera superior.

—Claro. Pero no esperábamos que fuese tan pronto. Íbamos a traer más operadores psi para manejar más pseudos...

—No son *necesarios* —dijo Cornelius. Encendió un puro y chupó con fuerza mientras buscaba las palabras con cuidado—. Al menos, no de momento. Joe ha llegado a un punto en el que, si tiene ayuda, podría saltarse varios miles de años de historia... Incluso es posible que en un futuro razonablemente breve pueda tener una radio en funcionamiento, lo que eliminaría la necesidad de gran parte del uso psi. Pero, sin ayuda, se limitará a registrar el paso del tiempo. Y es estúpido que un

operador psi humano muy entrenado se dedique a trabajos manuales, que es para lo que van a servir por el momento todos esos pseudos. Una vez que el asentamiento joviano esté bien seguro, claro, podréis enviar más marionetas.

—Pero la pregunta es —insistió Viken— si puede Anglesey educar simultáneamente a todos los pseudos. Durante días son bebés indefensos.

Pasarán semanas antes de que empiecen a pensar y a actuar por sí mismos. ¿Joe podrá cuidar de ellos durante ese periodo?

—Tiene comida y combustible almacenados para meses —dijo Cornelius—. Y en cuanto a las capacidades de Joe, bien... tendremos que aceptar la evaluación de Anglesey. Él es el único con información de primera mano.

—Y una vez que esos jovianos adquieran una personalidad —dijo Viken preocupado—, ¿van a seguir necesariamente con Joe? No olvides que los pseudos no son copias idénticas entre sí. El principio de incertidumbre garantiza que cada uno tenga un conjunto de genes diferentes. Si hay una única mente humana en Júpiter entre todos esos alienígenas...

—¿Una mente *humana*? —La frase fue casi inaudible. Viken abrió la boca inquisitivo. El otro se apresuró a añadir—: Oh, estoy seguro de que Anglesey podrá seguir dominándolos. Su propia personalidad es bastante... tremenda.

Viken parecía sorprendido.

—¿Realmente lo crees?

El psionicista asintió.

—Sí. En estas últimas semanas he apreciado más facetas de su personalidad que nadie. Y mi profesión naturalmente me orienta más hacia la psicología de un hombre que a su cuerpo o hábitos. Tú ves un lisiado malhumorado. Yo veo una mente que ha reaccionado a sus limitaciones físicas desarrollando una energía demoníaca, un poder de concentración inhumano que casi me da miedo. Si a una mente así le das un cuerpo en buen estado, nada le resultará imposible.

—Puede que en eso tengas razón —murmuró Viken tras una pausa—. No es que importe. La decisión está tomada. Mañana descenderán los cohetes. Espero que todo salga bien.

Calló un rato. El chirrido de los ventiladores era estridente en su pequeña habitación, los colores de la foto de la chica que tenía en la pared, chillones. Luego añadió, lentamente:

—Tú también te has estado mostrando muy reservado, Jan. ¿Cuándo esperas terminar tu proyector psi y dar comienzo a las pruebas?

Cornelius miró a su alrededor. La puerta estaba abierta a un pasillo desierto, pero alargó la mano y la cerró antes de responder con una ligera sonrisa:

—Lleva listo varios días. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Y eso? —preguntó Viken sorprendido. El movimiento, en baja gravedad, le sacó de la silla y le llevó a mitad de la mesa que había entre ellos. Volvió atrás y esperó.

—He estado jugueteando —dijo Cornelius—, porque aguardo un momento de gran intensidad emocional, uno en el que pueda estar seguro de que Anglesey tiene toda su atención centrada en Joe. Lo de mañana es justo lo que necesito.

—¿Porqué?

—Verás, estoy casi por completo convencido de que el problema de la máquina es psicológico, no físico. Creo que, por alguna razón, en lo más profundo de su subconsciente, Anglesey no desea experimentar Júpiter. Un conflicto de esa magnitud bien podría hacer oscilar los circuitos de amplificación psiónica.

—Mm. —Viken se frotó la barbilla—. Podría ser. Últimamente Ed ha cambiado mucho. Cuando llegó era un tipo de lo más animado y, de vez en cuando, jugaba al póquer. Ahora se encierra de tal forma en su concha que es casi imposible verle. Nunca se me había ocurrido, pero... sí, por Dios, Júpiter debe de estar afectándole.

—Ajá —asintió Cornelius. No añadió más: no describió, por ejemplo, el extraño episodio de Anglesey intentando describir cómo era ser un joviano.

—Claro está —dijo Viken pensativo—, los anteriores no se resintieron. Ni tampoco Ed, al principio, cuando controlaba pseudos inferiores. Solo ha cambiado tanto desde que Joe bajó a la superficie.

—Sí, sí —dijo Cornelius precipitadamente—. Eso he descubierto. Pero basta de chismes...

—No. Espera un momento. —Viken habló en voz baja y apresuradamente, mirando con cuidado—. Por primera vez empiezo a pensar con claridad sobre este embrollo. La verdad es que nunca me había molestado en analizarlo, me limitaba a aceptar una situación penosa. Hay algo curioso a propósito de Joe. No puede deberse a su estructura física ni al entorno, porque las formas inferiores no tuvieron este problema. ¿Podría deberse al hecho de que... Joe es la primera marioneta de la historia con inteligencia potencialmente humana?

—Elucubramos sin una base sólida —dijo Cornelius—. Mañana, quizá, pueda responderte. Ahora mismo no sé nada.

Viken se irguió en su asiento. Fijó sus ojos claros en el otro hombre, sin parpadear.

—Un minuto —dijo.

—¿Sí? —Cornelius se agitó, intentando ponerse de pie—. Por favor, rápido. Ya tendría que estar en la cama.

—Sabes mucho más de lo que admites —dijo Viken—. ¿No es así?

—¿Qué te hace pensar eso?

—No eres el mejor mentiroso del universo. Y además... defendiste con vehemencia el plan de Anglesey, lo de enviar a los otros pseudos. Con un apasionamiento impropio de un recién llegado.

—Ya te lo he dicho. Quiero que esté concentrado en otra cosa cuando...

—¿Tanto lo deseas? —le soltó Viken.

—Vale, de acuerdo —dijo—. Tendré que confiar en tu discreción. Verás, no

estaba seguro de cómo reaccionaría el personal antiguo de la estación. Así que no quería plantear mis elucubraciones, que pueden ser erróneas. Los hechos confirmados, eso os contaré; pero no deseo atacar la religión de un hombre con simples teorías.

Viken frunció el entrecejo.

—¿Qué demonios quieres decir?

Cornelius chupó con fuerza el puro; la punta brilló y se apagó como una estrella en miniatura.

—Jupiter V es algo más que una estación de investigación —dijo con cautela—. Es un modo de vivir, ¿no es así? Nadie vendría aquí a menos que el trabajo le pareciese importante. Los que repiten debe de ser porque encuentran algo en el trabajo, algo que la Tierra con todas sus riquezas no puede ofrecerles. ¿No es así?

—Sí —respondió Viken. Fue casi un susurro—. No creía que pudieses comprenderlo tan bien. Pero ¿qué importa?

—Bien, no quiero decirte, a menos que pueda demostrarlo, que quizá todo esto no haya servido para nada. Es posible que hayáis malgastado la vida y un montón de dinero y que no os quede más remedio que hacer las maletas y volver a casa.

Ni un músculo se movió en el rostro alargado de Viken. Era como si se hubiese congelado. Pero dijo con mucha calma:

—¿Por qué?

—Piensa en Joe —dijo Cornelius—. Su cerebro dispone de tanta capacidad como un cerebro humano adulto. Ha estado archivando todos los datos sensoriales que le han llegado, desde el momento de su «nacimiento», guardando en sí mismo, en sus propias células, no solo en el banco de memoria físico de Anglesey, aquí arriba. Además, como sabrás, un pensamiento también es en cierta medida un dato sensorial. Y los pensamientos no se ordenan en perfectas vías ferroviarias independientes; forman un campo continuo. Cada vez que Anglesey está en sincronía con Joe y piensa, los pensamientos pasan por las sinapsis de Joe así como por las suyas... y cada pensamiento va acompañado de sus propias asociaciones, y cada recuerdo asociado queda registrado. Joe puede estar construyendo un refugio y la forma de los troncos recordarle a Anglesey las figuras geométricas, lo que a su vez podría recordarle el teorema de Pitágoras...

—Me hago una idea —dijo Viken con cautela— con el tiempo, el cerebro de Joe puede haber almacenado todo lo que había en el de Ed. —Exacto. Y un sistema nervioso funcional, con su patrón engramático de experiencias, en este caso un sistema nervioso *no humano*, ¿no es una definición bastante aceptable de personalidad?

—Supongo que sí... ¡Dios mío! —Viken dio un salto—. ¿Quieres decir que Joe... está tomando el control?

—En cierta forma. De cierta forma inconsciente, automática y sutil. —Cornelius respiró hondo y se lanzó—: El pseudojoviano es una forma de vida casi perfecta: los

biólogos la crearon contando con toda la experiencia obtenida a partir de los errores de la naturaleza cuando nos diseñó a *nosotros*. Al principio, Joe no era más que una máquina biológica movida por control remoto. A continuación, Anglesey y Joe se convirtieron en dos caras de la misma personalidad. Luego, muy lentamente, el cuerpo más fuerte y en mejor estado, con más amplitud de miras... ¿Comprendes? Joe se está convirtiendo en la faceta dominante. Eso de enviar a los otros pseudos. Anglesey cree que tiene razones perfectamente lógicas para querer que se haga. En realidad, sus «razones» no son más que la formalización de los deseos instintivos de la faceta Joe.

»El subconsciente de Anglesey debe de darse cuenta de la situación, de una forma puramente reactiva; debe de sentir cómo su ego humano va siendo gradualmente aplastado por la fuerza de locomotora de los instintos *de Joe* y los deseos *de Joe*. Intenta defender su propia identidad y la potencia superior del subconsciente naciente de Joe le derrota.

»Lo expreso de manera un tanto burda —concluyó en tono de disculpa—, pero eso explicaría las oscilaciones de los tubos K.

Viken asintió despacio, como un viejo.

—Sí, lo comprendo —respondió—. El entorno alienígena de allá abajo... La estructura cerebral diferente... ¡Dios! ¡Joe se está tragando a Ed! ¡El titiritero se está convirtiendo en títere! —Parecía enfermo.

—Solo son suposiciones mías —dijo Cornelius. De pronto se sentía muy cansado. No era agradable hacerle aquello a Viken, que le caía bien—. Pero entiendes el dilema, ¿no? Si tengo razón, entonces cualquier operador psi se convertiría gradualmente en joviano, en un monstruo con dos cuerpos de los cuales el humano sería el elemento auxiliar, sin importancia. Lo que significa que ningún operador psi aceptaría jamás controlar a un pseudo... Por tanto, es el fin del proyecto. Lo lamento, Arne. —Se levantó—. Me has hecho decirte lo que pienso y ahora te quedarás despierto, preocupado, y si yo estoy muy equivocado tú te habrás preocupado por nada.

—Da igual —murmuró Viken—. A lo mejor no estás equivocado.

—No lo sé. —Cornelius se deslizó hacia la puerta—. Mañana intentaré obtener algunas respuestas. Buenas noches.

El atronador ruido de los cohetes, capaz de hacer vibrar la luna, hacía tiempo que había pasado. La flota planeaba llevada por alas de metal con esforzados motores secundarios en la furia del cielo joviano.

Cuando Cornelius abrió la puerta de la sala de control miró su panel de avisos. En algún otro punto una voz daba el total para que lo oyese toda la estación, *una nave perdida, dos naves perdidas*, pero Anglesey no permitía que el sonido le llegase cuando llevaba el casco. Un técnico servicial había instalado un panel improvisado

con quince luces rojas y quince luces azules sobre el proyector psi de Cornelius, para que él también pudiese mantenerse informado. Por supuesto, aparentemente estaban allí para beneficio de Anglesey, aunque el operador psi había insistido en que no las miraría.

Cuatro de las luces rojas se habían apagado y por tanto cuatro de las azules no brillarían para un descenso seguro. Un remolino, un rayo, un meteoro flotante de hielo, una bandada de pájaros parecidos a rayas con una carne tan densa y dura como el hierro: podría haber cien causas que aplastasen las cuatro naves y las lanzase por los bosques venenosos.

¡Cuatro naves, demonios! Piensa en cuatro criaturas vivas con un cerebro tan excelente como el tuyo, primero condenadas a años de noches inconscientes y luego, sin despertar jamás excepto un instante incomprensible, esparcidas en fragmentos sanguinolentos por toda una montaña de hielo. El derroche de la situación provocaba un nudo frío en el vientre de Cornelius.

Había que hacerlo, sin duda, para que en Júpiter hubiese vida pensante; pero en ese caso, opinaba, que fuese rápido y con las mínimas pérdidas, de forma que la siguiente generación naciese del amor y no de las máquinas.

Cerró la puerta al entrar y esperó un momento conteniendo el aliento. Anglesey era una silla de ruedas y una curva cobriza de casco mirando a la pared opuesta. No había movimiento, ninguna indicación de que se hubiese dado cuenta de su presencia. ¡Bien!

Habría sido embarazoso, quizá fatal, que Anglesey se enterase de aquel escrutinio tan íntimo. Pero no se daría cuenta. Su propia concentración le mantenía ciego y sordo.

Aun así, el psionista movió su pesado corpachón con cuidado, atravesando la sala hasta el proyector psi nuevo. No le gustaba demasiado el papel de fisgón; no lo hubiese asumido de haber encontrado otra opción. Pero tampoco le hacía sentirse especialmente culpable. Si lo que sospechaba era cierto, entonces Anglesey no era consciente de estar transformándose en algo inhumano; espíarle bien podría salvarle.

Con cuidado, Cornelius activó los indicadores y empezó a calentar las válvulas. El osciloscopio incorporado a la máquina de Anglesey le mostró el ritmo alfa del otro, su reloj biológico básico. Primero te ajustabas a él, luego a tientas descubrías los elementos más sutiles y, cuando estabas completamente en fase, podías sondear sin ser detectado y...

Y descubrir qué iba mal. Leer el subconsciente torturado de Anglesey, ver qué había en Júpiter que simultáneamente le atraía y le aterrorizaba.

Cinco naves perdidas.

Pero debían de estar a punto de tocar tierra. Quizás en total solo se perdiesen cinco. Quizá llegasen diez. Diez camaradas para... ¿Joe?

Cornelius suspiró. Miró al lisiado, sentado ciego y sordo para el mundo humano que le había dejado así, y sintió pena y furia. No era justo, nada de aquello era justo.

Ni siquiera para Joe. Joe no era un demonio devorador de almas.

Ni siquiera todavía se daba cuenta de que él *era* Joe, que Anglesey se iba convirtiendo en un mero apéndice. No había pedido que le creasen y arrancarle su *alter ego* humano muy probablemente le destruiría.

De alguna forma, siempre había castigos para todos cuando los hombres traspasaban los límites de la decencia.

Cornelius soltó un juramento, en silencio. Había trabajo que hacer. Se sentó y se encajó el casco. La onda portadora emitía un pulso tenue, inaudible, el temblor de las neuronas en el fondo de su conciencia. No podía describirlo.

Buscando, se concentró en la alfa de Anglesey. La suya propia tenía una frecuencia un tanto inferior. Era necesario hacer pasar la señal a través de un proceso de heterodinación. Seguía sin haber recepción... bien, claro, debía encontrar la forma de onda exacta, el timbre era tan fundamental para el pensamiento como para la música. Ajustó los diales, lentamente, con infinito cuidado.

Algo destelló en su conciencia, una visión de nubes girando en un cielo violeta, un viento que galopaba por una inmensidad sin horizonte; la perdió. Sus dedos se estremecieron al volver atrás.

El rayo psi entre Joe y Anglesey se amplió. Metió a Cornelius en el circuito. Miró a través de los ojos de Joe. Estaba de pie en una colina y miraba al cielo sobre las montañas de hielo, intentando encontrar rastros del primer cohete y, simultáneamente, seguía siendo Jan Cornelius, viendo desenfocadamente los indicadores, sondeando en busca de emociones, símbolos y la clave del terror oculto en el alma de Anglesey.

El terror se alzó y le golpeó en la cara.

La detección psiónica no consistía en escuchar pasivamente. De la misma forma que un receptor de radio es también por necesidad un transmisor débil, el sistema nervioso en resonancia con una fuente de energía de espectro psiónico es también un emisor. Normalmente, claro está, ese efecto no tiene importancia; pero cuando haces pasar los impulsos, en cualquier sentido, por un conjunto de unidades de heterodinación y amplificación, con una gran realimentación negativa...

En los primeros días, la psicoterapia psiónica se viciaba porque los pensamientos amplificados de un hombre, al entrar en el cerebro de otro, se combinaban con los ciclos neuronales de este último según las leyes vectoriales normales. El resultado era que ambos hombres sentían las nuevas frecuencias como alteraciones de pesadilla en sus propios pensamientos. Un analista, entrenado para controlarse, podía desestimar esos efectos; el paciente no podía y reaccionaba violentamente.

Pero con el tiempo se midieron los timbres fundamentales humanos y la terapia psiónica pudo iniciarse de nuevo. El proyector psi moderno analizaba las señales entrantes y modificaba sus características para ajustarlas al patrón del «oyente». Los pulsos *realmente* diferentes del cerebro emisor, los que eran imposibles de encajar en

el patrón de las neuronas receptoras —de la misma forma que una señal exponencial no se puede transformar de forma práctica en una senoide— se filtraban.

Compensados de esa forma, los pensamientos del otro podían aprehenderse con tanta comodidad como los propios. Si el paciente se encontraba en un circuito de rayo psi, un operador hábil podía sintonizar sin que el otro se diese cuenta, pero no podía sondear los pensamientos del otro ni implantar los suyos.

El plan de Cornelius, evidente para cualquier psionista, dependía de esa idea. Sintonizaría con Anglesey-Joe sin que se diesen cuenta. Si tenía razón y la personalidad del hombre se estaba convirtiendo en la de un monstruo, sus pensamientos serían demasiado alienígenas para superar los filtros. Cornelius recibiría intermitentemente o nada. Si se equivocaba, y Anglesey seguía siendo Anglesey, recibiría un flujo de conciencia humano normal, y podría sondear en busca de otros factores problemáticos.

¡Su cerebro rugió!

¿Qué me está pasando?

Durante un momento la interferencia que convirtió sus pensamientos en una sierra le provocó pánico. Intentó respirar en el viento joviano y sus perros temibles presintieron el cambio y gimieron.

Luego el reconocimiento, el recuerdo y una llamarada de furia tan grande que no dejó espacio al miedo. Joe se llenó los pulmones y gritó con estruendo, cubriendo la colina de ecos:

—¡Sal de mi mente!

Sintió a Cornelius hundirse en la inconsciencia. La fuerza imparable de su golpe mental había sido excesiva. Rio, fue más bien un gruñido, y redujo la presión.

Por encima de él, entre nubes tormentosas, parpadeó la primera llamarada delgada del cohete de descenso.

La mente de Cornelius regresó a tientas hacia la luz. Rompió una superficie acuosa, la boca buscó aire y sus manos alcanzaron los diales para desactivar la máquina y escapar.

—No tan rápido. —Inexorablemente, Joe ladró una orden que dejó rígidos los músculos de Cornelius—. Quiero saber qué significa todo esto. ¡Quédate quieto y déjame mirar! —Emitió un impulso que podría describirse, quizá, como una interrogación incandescente. El recuerdo explotó en fragmentos por el cerebro del psionista.

—Vaya. ¿Eso es todo? ¿Creías que tenía miedo de venir aquí y ser Joe y querías saber por qué? ¡Pero si te dije que no era así!

—Debería haberlo creído... —Susurró Cornelius.

—Bien, entonces sal del circuito. —Joe siguió gruñendo vocalmente—. Y no vuelvas a entrar en la sala de control, ¿comprendes? Tubos K o no, no quiero volver a verte. Y puede que sea un lisiado, pero sigo siendo capaz de destrozarte célula a célula. Ahora... sal... déjame en paz. La primera nave aterrizará dentro de unos

minutos.

¿Tú un lisiado... tú, Joe-Anglesey?

—¿Qué? —El enorme ser gris de la colina alzó su cabeza bárbara como si hubiese oído trompetas súbitas—. ¿A qué te refieres?

¿No lo comprendes? —dijo el pensamiento débil y arrastrado—. Sabes cómo funciona el proyector psi. Sabes que no podría haber sondeado la mente de Anglesey en el cerebro de Anglesey sin provocar suficientes interferencias como para delatar mi presencia. Y jamás podría haber sondeado una mente completamente inhumana y ella tampoco hubiese podido ser consciente de mí. Los filtros no hubiesen dejado pasar esa señal. Sin embargo, tú me sentiste durante la primera fracción de segundo. Eso solo puede significar una mente humana en un cerebro inhumano.

Ya no eres un medio cadáver en Júpiter V. Tú eres Joe... Joe-Anglesey.

—Vaya, que me aspen —dijo Joe—. Tienes razón.

Desactivó a Anglesey, echó a Cornelius de la mente con un único impulso brutal y descendió la colina para ir al encuentro de la nave espacial.

Cornelius despertó unos minutos después. Tenía la sensación de que el cráneo iba a partirse en cualquier momento. Buscó a tientas el interruptor principal, lo apagó, se quitó el casco y lo arrojó al suelo. Pero le llevó un rato reunir fuerzas para hacer lo mismo por Anglesey. El otro hombre no estaba en condiciones de ayudarse a sí mismo.

Se sentaron fuera de la enfermería y esperaron. Era una extensión desnuda de metal y plástico duramente iluminada que olía a antiséptico: estaba cerca del corazón del satélite, con kilómetros de roca por encima para ocultar el terrible rostro de Júpiter.

Solo Viken y Cornelius ocupaban la pequeña sala. El resto de la estación seguía mecánicamente con sus asuntos, ocupando el tiempo hasta saber qué había pasado. Al otro lado de la puerta, tres biotécnicos, que también ejercían de personal médico de la estación, se enfrentaban en combate con la Parca por lo que había sido Edward Anglesey.

—Nueve naves descendieron —dijo Viken apagado—. Dos machos, siete hembras. Es suficiente para empezar una colonia.

—Sería genéticamente deseable que fuesen más —comentó Cornelius. Lo dijo en voz baja a pesar de su alegría interior. Era un asunto de cariz imponente.

—Sigo sin entenderlo —dijo Viken.

—Oh, está muy claro... ahora. Debería haberme dado cuenta antes. Disponíamos de todos los hechos pero, simplemente, no supimos darles la interpretación más simple y evidente. No, tuvimos que conjurar al monstruo de Frankenstein.

—Vale. —Las palabras de Viken chirriaban—. Hemos jugado a Frankenstein, ¿no es así? Edward está muriendo.

—Depende de qué entendamos por muerte. —Cornelius chupó con fuerza el puro, recurriendo a cualquier elemento que le ofreciese un punto de apoyo. Habló deliberadamente sin inflexiones.

»Mira. Piensa en los datos. Joe: una criatura con un cerebro de capacidad humana pero sin mente... una *tabula rasa* de Locke perfecta sobre la que el rayo psi de Anglesey podía escribir. Dedujimos, correctamente aunque demasiado tarde, que cuando se hubiese escrito lo suficiente habría una personalidad. Pero la pregunta era: ¿la personalidad de quién? Porque, supongo que debido al temor humano habitual a lo desconocido, dimos por supuesto que cualquier personalidad en un cuerpo tan extraño debía ser monstruosa. Por tanto, debía ser hostil a Anglesey, debía estar aplastándole...

La puerta se abrió. Los dos hombres se levantaron. El cirujano jefe negó con la cabeza.

—No se puede hacer nada. Es el típico trauma profundo, ahora casi terminal. Si dispudiese de mejores instalaciones, quizá...

—No —dijo Cornelius—. No puedes salvar a un hombre que ha decidido dejar de vivir.

—Lo sé. —El doctor se quitó la mascarilla—. Necesito un cigarrillo. ¿Tiene uno? —Le temblaban un poco las manos al aceptar el de Viken.

»Pero ¿cómo va a decidir... nada? —dijo el médico ahogándose—. Ha estado inconsciente desde que le sacó de esa... esa cosa.

—Lo decidió antes —dijo Cornelius—. De hecho, esa masa que está sobre la mesa de operaciones ya no tiene mente. Lo sé. Estuve dentro. —Se estremeció un poco. Una dosis de tranquilizante era lo único que mantenía aquella pesadilla alejada de él. Más tarde tendría que hacer que le quitasen el recuerdo.

El doctor aspiró humo, lo contuvo en los pulmones un momento y exhaló con fuerza.

—Supongo que esto pone fin al proyecto —dijo—. Nunca conseguiremos otro operador psi.

—Eso diría yo. —Por el tono, Viken parecía cansado—. Yo mismo voy a destrozarse ese aparato del demonio.

—Un minuto —exclamó Cornelius—. ¿No lo comprendéis? Esto no es el final. ¡Es el principio!

—Será mejor que regrese —dijo el doctor. Apagó el cigarrillo y atravesó la puerta. Se cerró a su espalda con un silencio mortal.

—¿A qué te refieres? —dijo Viken como si levantase una barrera.

—¿No lo comprendes? —rugió Cornelius—. Joe posee todos los hábitos de Anglesey, sus pensamientos, recuerdos, prejuicios, intereses... Oh, claro, el cuerpo diferente y el entorno diferente inducen en él algunos cambios... pero no más de los que sufriría cualquier hombre de la Tierra. Si de pronto te curases de una enfermedad terrible, ¿no te sentirías un poco bullicioso y agitado? Eso no tiene nada de raro. Ni

tampoco es anormal querer estar sano... ¿no? ¿Lo comprendes?

Viken se sentó. Pasó un rato sin hablar.

Luego, infinitamente despacio y con mucho cuidado, preguntó:

—¿Quieres decir que Joe es Ed?

—O Ed es Joe. Como prefieras. Creo que ahora se hace llamar Joe... como símbolo de libertad... pero sigue siendo él. ¿Qué es el ego en realidad sino la continuidad de la existencia?

»Ni él lo comprendía del todo. Solo sabía... me lo dijo y debería haberle creído... que en Júpiter era fuerte y feliz. ¿Por qué oscilaban los tubos K? ¿Un síntoma histérico? ¡El subconsciente de Anglesey no tenía miedo de estar en Júpiter, tenía miedo de regresar!

»Y luego, hoy, he escuchado su interior. Ya todo su ser estaba concentrado en Joe. Es decir, la fuente principal de libido era el cuerpo viril de Joe, no el cuerpo enfermo de Anglesey. Eso significa un patrón diferente de impulsos... no tan alienígenas como para quedar retenidos por los filtros, pero sí lo suficiente para provocar interferencias. Así que ha notado mi presencia. Y ha comprendido la verdad, como la he comprendido yo.

»¿Sabes la última emoción que he captado antes de que Joe me expulsara de su mente? Ya no era furia. Estaba agitado, pero solo había espacio en él para la alegría.

»¡Yo *sabía* perfectamente lo fuerte que era la personalidad de Anglesey! ¿Qué me indujo a pensar que un cerebro infantil superdesarrollado como el de Joe podía acabar con ella? Los doctores... ¡bah! ¡Intentan salvar un cascarón vacío desechado por inútil!

Cornelius se detuvo. Le dolía la garganta de tanto hablar. Fue de acá para allá jugando con el humo del puro en la boca pero sin tragárselo.

Al cabo de unos minutos, Viken dijo cautelosamente:

—Vale. Lo acepto. Como bien dices, estabas allí. Pero ¿qué hacemos ahora? ¿Cómo nos ponemos en contacto con Ed? ¿Estará interesado en hablar con nosotros?

—Oh, sí, claro que sí —dijo Cornelius—. Recuerda que sigue siendo él mismo. Ahora que se ha liberado de la frustración de ser un lisiado, debería ser más amistoso. Cuando se agote la novedad de sus nuevos amigos, deseará a alguien con quien hablar como un igual.

—¿Y exactamente quién va a operar los otros pseudos? —preguntó Viken sarcástico—. ¡Estoy muy contento con este delgado cuerpo mío!

—¿Anglesey era el único lisiado sin esperanza de la Tierra? —preguntó Cornelius en voz baja.

Viken le miró boquiabierto.

—Y también están los hombres mayores —siguió diciendo el psionista, en parte hablándose a sí mismo—. Algún día, amigo mío, cuando tú y yo sintamos que los años se nos acaban y nos queda todavía mucho por aprender... Quizá nosotros también disfrutemos de un poco de vida añadida en un cuerpo joviano. —Asintió

mirando el puro—. Una vida dura, ruda y tormentosa, cierto... peligrosa, agresiva, violenta... pero una vida que quizá ningún humano ha vivido desde los días de Isabel I. Oh, sí, no resultará difícil encontrar jovianos.

Se giró cuando el cirujano volvía a salir.

—¡Bien! —dijo Viken con voz ronca. El doctor se sentó.

—Ya está —dijo.

Esperaron un momento, incómodos.

—Es curioso —dijo el médico. Intentó agarrar un cigarrillo que no tenía. En silencio, Viken le ofreció uno—. Es curioso. He visto casos como este antes, de gente que, simplemente, renuncia a vivir. Este es el primero que veo que se va sonriendo... sonriendo continuamente.

«Todos vosotros zombis...»
ROBERT A. HEINLEIN
(marzo de 1959)

Uno de los titanes de la Edad de Oro del género, Robert Heinlein empezó a escribir ciencia ficción en 1939 después de una breve carrera militar y pronto se convirtió en un prolífico colaborador de las revistas de ciencia ficción, especialmente de *Astounding Science Fiction*, que publicó gran parte de lo mejor de sus primeras obras. Su obra destacaba por la sensación de futuro «inmediato». En cuentos como «Las carreteras deben rodar», «... también paseamos perros», «Ocurren explosiones» y otros, Heinlein ilustró hasta qué punto los futuros avances en ciencia y tecnología influirían en todos los ámbitos de la cultura y la civilización. La mayoría de los cuentos de Heinlein recopilados en *El hombre que vendió la Luna*, *Las verdes colinas de la Tierra* y *Revuelta en el 2100* se ajustan al esquema de su serie Historia del Futuro, que junto con la novela se recopiló definitivamente en *Historia del futuro*. La ficción de Heinlein también es famosa por su exploración de temas sociales y políticos y por representar en entornos de ciencia ficción sociedades en las cuales los intereses privados y de grupo a menudo se contradicen. *Más allá del horizonte* trata de un mundo futuro donde la eugenesia ha creado una sociedad perfecta. *La 100 vidas de Lazarus Long* trata de un grupo de inmortales, resultado de emparejamientos selectivos, que se enfrenta a la aniquilación a manos de aquellos que no comparten el mismo don. *La luna es una cruel amante* cuenta la rebelión de una colonia lunar que intenta liberarse del control del gobierno de la Tierra. *Amos de títeres* es su más conocido estudio sobre la conciencia individual y la colectiva, que describe el esfuerzo de la Tierra por repeler una invasión alienígena dispuesta a absorber la humanidad en una mente colectiva. En los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Heinlein escribió influyentes novelas de ciencia ficción para jóvenes como *Cadete del espacio*, *La bestia estelar*, *Consigue un traje espacial: viajarás* y *Tropas del espacio*, una controvertida novela sobre un futuro militarista en el que la libertad y la ciudadanía dependen de haber servido en las Fuerzas Armadas. Su *Forastero en tierra extraña*, la novela de 1962 sobre un humano mesiánico criado en Marte que expone la corrupción y la hipocresía de la civilización en la Tierra, fue la primera novela que entró en la lista nacional de libros más vendidos. Heinlein también escribió varias innovadoras fantasías modernas como *Magic, inc.* Y las historias recopiladas en *La desagradable profesión de Jonathan Hoag*.

Yo sacaba brillo a una copa de *brandy* cuando entró la Madre Soltera. Me fijé en la hora: 10.17 p. m. Zona cinco u hora oriental, 7 de noviembre de 1970. Los agentes temporales siempre nos fijamos en la fecha y la hora; debemos hacerlo.

La Madre Soltera era un hombre de veinticinco años, no más alto que yo, de rasgos infantiles y temperamento susceptible. No me gustaba su aspecto (nunca me había gustado) pero era el tipo al que tenía que reclutar, era mi chico. Le dediqué mi mejor sonrisa de camarero.

Quizá soy muy crítico. No era afeminado; su mote se debía a lo que respondía siempre cuando algún metomentodo le preguntaba a qué se dedicaba: «Soy madre soltera». Si todavía no tenía ganas de matar a todo el mundo, añadía: «A cuatro céntimos por palabra. Escribo confesiones».

Si se ponía desagradable, esperaba a que alguien le diese motivo para estarlo. Su estilo de lucha era letal, como el de una mujer policía: una de las razones por las que quería reclutarlo. No la única.

Ya llevaba una copa y se le veía en la cara que despreciaba a la gente más de lo habitual. En silencio le serví un trago doble de Old Underwear y dejé la botella. Se lo tomó, se sirvió otro.

Limpié la barra.

—¿Cómo sigue el negocio de «Madre Soltera»?

Sus dedos se tensaron alrededor del vaso y pareció a punto de tirármelo a la cara; busqué con la mano la porra bajo la barra. En la manipulación temporal intentas tenerlo todo controlado, pero hay tantos actores que no corres riesgos innecesarios.

Le vi relajarse ese poquito que te enseñan a apreciar en la escuela de entrenamiento de la Agencia.

—Lo lamento —dije—. Solo preguntaba cómo va la cosa. Que sea entonces cómo está el tiempo.

Parecía amargado.

—El negocio va bien. Yo las escribo, ellos las publican, yo como.

Me serví un trago, me incliné hacia él.

—De hecho —dije—, escribes buenas historias... He leído algunas. Tienes un sorprendente don para exponer convincentemente el punto de vista femenino.

Era un desliz al que debía arriesgarme; nunca decía cuáles eran sus seudónimos. Pero estaba tan espeso que se centró en lo último:

—¡Punto de vista femenino! —repitió bufando—. Sí, conozco el punto de vista femenino. Qué remedio.

—¿Y eso? —dije dubitativo—. ¿Tienes hermanas?

—No. No me creerías si te lo contase.

—Venga, vamos —respondí indulgente—, los camareros y los psiquiatras saben

bien que nada hay más extraño que la verdad. Vamos, hijo, si escuchases las historias que oigo yo... bien, te harías rico. Increíble.

—¡No conoces el significado de «increíble»!

—¿No? Nada me asombra. Siempre he oído algo peor.

Volvió a bufar.

—¿Quieres apostar el resto de la botella?

—Me apuesto una botella llena. —Puse una sobre la barra—. Bien... —Le hice un gesto a otro camarero para que se ocupase del negocio. Nos encontrábamos al fondo de la barra, en un espacio de un solo taburete que yo me reservaba abarrotándolo con frascos de encurtidos y cosas parecidas. Había unos en el otro extremo viendo la pelea y alguien en la máquina de discos... Teníamos tanta intimidad como en una cama.

—Vale —empezó—, de entrada, soy un bastardo.

—Aquí eso da igual —dije.

—Lo que digo es que mis padres no estaban casados.

—Sigue sin importar —insistí—. Los míos tampoco.

—Cuando... —Calló, me dedicó la primera mirada cálida que le había visto—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. Un bastardo al ciento por ciento. Es más —añadí—, nadie de mi familia se casa nunca, jamás. Todos bastardos. Esto. —Se lo mostré—. Solo parece un anillo de bodas; lo llevo para mantener a raya a las mujeres. —Es una antigüedad que le compré en 1985 a un colega agente... Él lo había conseguido en la Creta anterior a la era cristiana—. La serpiente Uróboros... la serpiente del mundo que devora su propia cola, eternamente, sin fin. Un símbolo de la Gran Paradoja.

Apenas me miró.

—Si realmente eres bastardo, sabes lo que se siente. Cuando era una niña pequeña...

—¡Alto! —dije—. ¿He oído bien?

—¿Quién cuenta la historia? Cuando era una niña pequeña... Mira, ¿has oído hablar de Christine Jorgenson o de Roberta Cowell?

—Ah, ¿casos de cambio de sexo? ¿Intentas decirme que...?

—No me interrumpas ni me atosigues o no hablaré. Me abandonaron, me dejaron en un orfanato de Cleveland en 1945, cuando tenía un mes. Siendo una niña pequeña envidiaba a los niños con padres. Luego aprendí lo del sexo... y, créeme, Pop, en un orfanato aprendes rápido...

—Lo sé.

—... hice el juramento solemne de que cualquier hijo mío tendría padre y madre. Me mantuve «pura», toda una hazaña en ese entorno... Tuve que aprender a pelear para lograrlo. Luego crecí y comprendí que tenía muy pocas posibilidades de casarme... por la misma razón por la que no me habían adoptado. —Frunció el entrecejo—. Tenía cara de caballo, dientes de conejo, pecho plano y pelo liso.

—No tienes peor aspecto que yo.

—¿A quién le importa la pinta de un camarero? O la de un escritor. Pero la gente que quiere adoptar escoge a idiotas de ojos azules y pelo dorado. Y luego los chicos quieren pechos prominentes, una cara bonita y modales de «oh, hombre maravilloso». —Se encogió de hombros—. No podía competir. Así que decidí alistarme en las W.E.N.C.H.E.S.^[2]

—¿Qué?

—El Cuerpo Nacional de Emergencia Femenino, Sección de Hospitalidad y Entretenimiento, lo que ahora llaman «Ángeles del Espacio»: el Grupo de Enfermeras Auxiliares, Legiones Extraterrestres^[3].

Yo conocía ambos términos, ya los había recopilado. Usamos un tercer término para ese cuerpo militar de elite: Orden Hospitalaria de Mujeres para Refortalecer y Animar a los Pilotos Espaciales^[4]. Los cambios de terminología son el mayor obstáculo para viajar en el tiempo: ¿saben que en su momento «estación de servicio» solo se refería a un lugar para dispensar dosis de petróleo? En una ocasión, de misión en la época de Churchill, una mujer me dijo: «Reúnete conmigo en la estación de servicio de aquí al lado». No era lo que parece; una «estación de servicio» (en esa época) no tenía cama.

Siguió hablando:

—Fue cuando admitieron por primera vez que no se podía enviar a hombres al espacio durante meses y años sin modo alguno de aliviar la tensión. ¿Recuerdas cómo pusieron el grito en el cielo los santurrones? Eso aumentó mis posibilidades, ya que escaseaban las voluntarias. Una galáctica tenía que ser respetable, preferiblemente virgen (les gustaba entrenarlas), mentalmente por encima de la media y emocionalmente estable. Pero la mayoría de las voluntarias eran putas viejas o neuróticas que se habrían desmoronado a los diez días fuera de la Tierra. Así que no me hacía falta una cara bonita; si me aceptaban, me corregirían los dientes, me ondularían el pelo, me enseñarían a caminar, a bailar y a prestar atención a un hombre satisfactoriamente y todo lo demás... Aparte de entrenarme para la función principal. Incluso usarían cirugía plástica si hacía falta... No hay que reparar en gastos cuando se trata de Nuestros Muchachos.

»Lo mejor de todo, se aseguraban de que no te quedases embarazada... y era casi seguro que al final del servicio te casarías, como actualmente los ángeles se casan con pilotos espaciales: hablan el mismo lenguaje.

»Cuando cumplí dieciocho años me colocaron de “asistenta de madre”. La familia no quería más que una sirvienta barata pero no me importó porque no podía alistarme hasta cumplir los veintiuno. Me ocupaba de las labores domésticas e iba a clases nocturnas. Fingía que seguía con las clases de mecanografía y taquigrafía del instituto pero en realidad iba a clases de encanto, para mejorar mis posibilidades de

alistamiento.

»Entonces conocí a un chulo de ciudad con billetes de cien dólares. —Frunció la frente—. El bala perdida tenía un rollo de billetes de cien dólares, de veras. Me lo mostró una noche, me dijo que cogiera lo que quisiera.

»Pero no lo hice. Me caía bien. Era el primer hombre que conocía que me trataba bien sin intentar aprovecharse. Dejé las clases nocturnas para verle más a menudo. Fue la época más feliz de mi vida.

»Luego, una noche en el parque, empezaron los juegos.

Dejó de hablar.

—¿Y luego? —dije.

—¡Y luego *nada!* No volví a verle nunca. Me acompañó a casa y me dijo que me amaba... Me dio un beso de buenas noches y no volvió jamás. —Parecía sombrío—. Si pudiese dar con él, ¡le mataría!

—Bueno —me compadecí—, sé cómo te sientes. Pero matarle... solo por hacer lo que dicta la naturaleza... eh... ¿Te resististe?

—¿Eh? ¿Qué tiene eso que ver?

—Bastante. Quizás el tipo se merezca que le partan los brazos por salir corriendo, pero...

—¡Se merece algo peor! Espera a oírlo. No sé cómo conseguí que nadie sospechase y decidí que era para mejor. En realidad no le había amado y probablemente jamás amara a nadie... y sentía todavía más deseos de unirme a las W.E.N.C.H.E.S. que antes. No quedaría descartada, no insistían en que fuésemos vírgenes. Me recuperé.

»No caí en la cuenta hasta que las faldas empezaron a apretarme.

—¿Embarazada?

—¡Como un globo! Los tacaños con los que vivía pasaron de la situación mientras pude trabajar... luego me echaron y el orfanato no me recogió. Acabé en un ala de beneficencia rodeada de otras barrigudas y paseando orinales hasta que me llegó la hora.

»Una noche me encontré en la mesa de operaciones, con la enfermera diciéndome: “Relájate. Respira hondo”.

»Me desperté en la cama, insensible de pecho para abajo. Entró el cirujano. “¿Cómo te sientes?”, dijo alegremente.

»“Como una momia”.

»“Es natural. Estás vendada como si lo fueras y hasta arriba de medicación, para mantenerte sedada. Te recuperarás... pero una cesárea no es un padrastro”.

»“¿Cesárea?”, dije. “Doctor... ¿he perdido el niño?”.

»“Oh, no. El bebé está bien”.

»“Ah. ¿Es niño o niña?”.

»“Una niñita muy saludable. Dos kilos cuatrocientos gramos”.

»Me relajé. Es un logro tener un bebé. Me dije que me iría a algún lugar, le

añadiría un “señora” a mi nombre y dejaría que la niña creyese que su padre había muerto... ¡Nada de orfanatos para *mi* niña!

»Pero el cirujano seguía hablando. “Dime, eh...”, evitó mi nombre. “¿Alguna vez has sospechado que tuvieras un problema glandular?”.

»“¿Eh? Claro que no. ¿A qué se refiere?”.

»Vaciló. “Te lo voy a decir de una tacada, luego te pondré una inyección para calmarte los nervios. Los vas a tener”.

»“¿Por qué?”, exigí saber.

»“¿Has oído hablar del médico escocés que fue mujer hasta los treinta y cinco años? Luego se sometió a cirugía y se convirtió legal y médicamente en hombre. Se casó. Todo perfecto”.

»“¿Qué tiene eso que ver conmigo?”

»“A eso me refiero. Eres un hombre.”

»Intenté sentarme. “¿Qué?”

»“Tranquila. Al abrirte, me encontré un desastre. Mandé buscar al jefe de cirugía mientras yo sacaba al bebé, luego hablamos sobre ti, allí mismo... y trabajamos durante horas para salvar lo que pudiésemos. Tenías dos conjuntos completos de órganos, los dos inmaduros, aunque el femenino lo suficientemente desarrollado para tener un bebé. No volverían a servirte de nada, así que extirpamos y reordenamos para que puedas desarrollarte adecuadamente como hombre”. Me puso una mano encima. “No te preocupes. Eres joven, los huesos se ajustarán, vigilaremos tu equilibrio glandular... y te convertiremos en un joven perfecto”.

»Me puse a llorar. “¿Qué hay del *bebé*?”.

»“Bien, no puedes amamantarlo, no tienes leche ni para un gatito. En tu caso yo... la entregaría en adopción”.

»“¡No!”.

»Se encogió de hombros. “La decisión es tuya; eres su madre... bueno, su padre. Pero ahora no te preocupes; primero te pondremos bien”.

»Al día siguiente me dejaron ver a la niña y la estuve viendo a diario para acostumbrarme a ella. Nunca había visto a un bebé recién nacido y no tenía ni idea de lo horribles que son: mi hija parecía un mono de color naranja. Lo que sentía se transformó en la fría determinación de hacer lo mejor para ella. Pero cuatro semanas más tarde ya daba igual.

—¿Cómo?

—Me la arrebataron.

—¿Arrebataron?

La Madre Soltera estuvo a punto de derribar la botella que habíamos apostado.

—La secuestraron. ¡Se la llevaron de la casa-cuna del hospital! —Inspiró con fuerza—. ¡Qué te parece como esfuerzo por quitarle a un hombre su última razón para vivir!

—Una mala jugada —admití—. Voy a servirte otra. ¿Alguna pista?

—Ninguna que la policía pudiese seguir. Alguien fue a verla afirmando ser su tío. Mientras la enfermera miraba hacia otro lado, se la llevó.

—¿Descripción?

—Solo un hombre, con cara en forma de cara, como la tuya o la mía. —Frunció el entrecejo—. Creo que fue el padre de la niña. La enferma juró que era un hombre de más edad, pero probablemente empleó maquillaje. ¿Quién si no se iba a llevar a mi bebé? Las mujeres sin hijos hacen esas tonterías... ¿pero quién ha oído hablar de un hombre que las haga?

—¿Qué te pasó luego?

—Pasé once meses más en aquel lóbrego lugar y por tres operaciones. A los cuatro meses empezó a salirme la barba; antes de que me saliera ya me afeitaba regularmente... y ya no dudaba de que fuera un hombre. —Sonrió con ironía—. Miraba los escotes de las enfermeras.

—Bien —dije—, parece que te acabó yendo bien. Aquí estás, un hombre normal, ganando un buen dinero, sin verdaderos problemas. Y la vida de mujer no es fácil.

Me miró con furia.

—¡Como si tú supieras mucho de eso!

—¿Y?

—¿Alguna vez has oído la expresión «una pérdida»?

—Mmm, hace años. Hoy en día no significa mucho.

—Yo estaba tan perdido como puede estarlo una mujer; ese desgraciado me perdió *de verdad*... Ya no era una mujer... y no sabía *cómo* ser hombre.

—Supongo que hay que acostumbrarse.

—No tienes ni idea. No me refiero a aprender a vestirse o a no entrar en el baño equivocado; eso lo aprendí en el hospital. Pero ¿cómo iba a *vivir*? ¿De qué podía trabajar? Demonios, ni siquiera sabía conducir. No dominaba ningún oficio; no podía hacer un trabajo manual... demasiado tejido cicatrizal, demasiado delicado.

»Le odié también por haberme destrozado para las W.E.N.C.H.E.S., pero no supe hasta qué punto hasta que intenté alistarme en el Cuerpo Espacial. Un vistazo a mi barriga y me declararon no apto para el servicio militar. El oficial médico pasó tiempo conmigo por pura curiosidad; había leído sobre mi caso.

»Así que me cambié el nombre y vine a Nueva York. Salí adelante como pinche, luego alquilé una máquina de escribir y me establecí como mecanógrafo... ¡qué gracia! En cuatro meses teclé cuatro cartas y un manuscrito. El manuscrito, para *Relatos de la vida real*, era tirar el papel a la basura, pero el imbécil que lo escribió lo vendió. Lo que me dio una idea; compré un montón de revistas y las analicé. —Tenía una expresión cínica—. Ahora ya sabes de dónde saqué el auténtico punto de vista femenino, con la historia de la madre soltera... con la única versión que no he vendido: la verdadera. ¿Me he ganado la botella?

La empujé hacia él. Me sentía disgustado conmigo mismo, pero había trabajo que hacer. Dije:

—Hijo, ¿sigues queriendo echarle el guante a ese sinvergüenza?

Sus ojos se iluminaron con una mirada salvaje.

—¡Alto! —dije—. ¿Le matarías?

Rio de forma muy desagradable.

—Tú déjame a mí.

—Tranquilo. Sé más de lo que crees. Puedo ayudarte. Sé dónde está.

Me agarró desde el otro lado de la barra.

—¿Dónde está?

—Suéltame la camisa, hijo... —dije en un susurro— o acabarás de cabeza en el callejón y le diré a la poli que te has desmayado. —Le mostré la porra.

Me soltó.

—Lo lamento. Pero ¿dónde está? —Me miró—. ¿Y cómo es que sabes tanto?

—Todo a su debido tiempo. Hay archivos: archivos de hospital, archivos de orfanato, archivos médicos. La matrona de tu orfanato era la señora Fetherage... ¿cierto? La sustituyó la señora Gruenstein... ¿cierto? Tu nombre, de niña, era Jane... ¿verdad? Y tú no me has contado nada de esto... ¿verdad?

Le tenía confundido y un poco asustado.

—¿Qué es esto? ¿Intentas causarme problemas?

—No, en absoluto. Mi principal preocupación es tu bienestar. Puedo entregarte a ese tipo en bandeja. Tú le haces lo que te parezca más conveniente... y te garantizo que te saldrás con la tuya. Pero no creo que vayas a matarle. Estarías loco si lo hicieses... y no estás loco. No del todo.

Desestimó ese último comentario.

—Corta el rollo. ¿Dónde está?

Le serví un trago corto; estaba borracho, pero la furia compensaba la borrachera.

—No tan rápido. Yo hago algo por ti... tú haces algo por mí.

—Ah... ¿qué?

—No te gusta tu trabajo. ¿Qué me dirías de un buen sueldo, un trabajo fijo, cuenta de gastos ilimitada, ser tu propio jefe y grandes dosis de variedad y aventuras?

Me miró fijamente.

—Diría: «¡Baja esos malditos renos de mi tejado!». Guárdatelo, Pop... no existe ese trabajo.

—Vale, considéralo de esta forma: yo te entrego al tipo, arreglas cuentas con él y luego pruebas mi trabajo. Si no es lo que afirmo que es... bien, no puedo retenerte.

Vacilaba; el último trago le decidió.

—¿Cuándo *melontregarás*? —dijo, juntando las palabras.

—Si hay trato... ¡ahora mismo!

Dio un manotazo en la barra.

—¡Trato hecho!

Le hice un gesto a mi ayudante para que se ocupase del bar, me fijé en la hora — 23.00— e iba a pasar por la trampilla de la barra cuando la máquina de discos

empezó a tocar a todo volumen *Soy mi propio abuelo*. El de mantenimiento tenía órdenes de cargarla con clásicos y viejas canciones americanas, porque yo no soportaba la «música» de 1970, pero no sabía que tuviera esa. Grité:

—¡Apaga eso! Devuélvele el dinero al cliente —añadí—. Voy al almacén, vuelvo enseguida. —Y allí me fui con mi Madre Soltera detrás.

Estaba en el pasillo frente a los aseos, ante una puerta de acero de la que nadie tenía la llave aparte de mí y el encargado de día; al otro lado de ella otra puerta daba a una habitación interior de la que solo yo tenía llave. Allí entramos. Él miró con ojos turbios las paredes sin ventanas.

—¿Dónde está?

—Ya va. —Abrí un estuche, lo único que había en la habitación; se trataba de un Equipo de Campo de Transformación de Coordenadas U.S.F.F., serie 1992, Mod. II: una belleza, sin piezas móviles, que pesa veintitrés kilos completamente cargado y parece una maleta. A primera hora de ese mismo día lo había ajustado con precisión; no tenía más que sacar la red metálica que limita el campo de transformación.

Cosa que hice.

—¿Qué es eso? —exigió saber.

—Una máquina del tiempo —dije, y lancé la red por encima de los dos.

—¡Eh! —gritó y dio un paso atrás. Técnica; hay que lanzar la red de forma que el sujeto instintivamente dé un paso atrás *hacia* la malla metálica y luego cerrarla con los dos bien dentro; de otro modo sería posible dejar atrás cordones de zapato o parte del pie, o cortar un trozo de suelo. Pero es la única habilidad que se requiere. Algunos agentes engañan al sujeto para que entre en la red; yo digo la verdad y aprovecho el momento de desconcierto absoluto para darle al interruptor. Cosa que hice.

1030 VI-3 DE ABRIL DE 1963-Cleveland, Ohio-Edificio Apex:

—¡Eh! —repitió—. ¡Quítame esta cosa de encima!

—Lo siento —me disculpé. Guardé la red en la maleta y la cerré—. Has dicho que querías dar con él.

—Pero... ¡tú has dicho que era una máquina del tiempo!

Indiqué la ventana.

—¿Te parece que sea noviembre o que estemos en Nueva York?

Mientras miraba boquiabierto las flores y el tiempo primaveral volví a abrir la maleta, saqué un fajo de billetes de cien dólares y comprobé que la numeración y las firmas fuesen compatibles con 1963. A la Agencia del Tiempo no le importa cómo lo gastes (no cuesta nada) pero no aprecia los anacronismos innecesarios. Demasiados errores y un consejo de guerra te manda un año a alguna época desagradable, digamos a 1974 con su racionamiento estricto y los trabajos forzados. Nunca cometo esa clase de errores, el dinero estaba bien.

Se giró y dijo:

—¿Qué ha pasado?

—Él está aquí. Sal y ocúpate de él. Aquí tienes dinero para gastos. —Se lo hice tomar y añadí—: Arregla las cosas y luego te recogeré.

Los billetes de cien dólares provocan un efecto hipnótico en las personas que no están acostumbradas a ellos. Los contaba incrédulo mientras yo lo empujaba al pasillo y le dejaba fuera. El siguiente salto fue fácil, un pequeño viaje dentro de la misma época.

7100 VI-10 DE MARZO DE 1964-Cleveland, Edificio Apex:

Había un aviso bajo la puerta diciendo que el alquiler expiraba la semana siguiente; por lo demás, la habitación tenía exactamente el mismo aspecto que momentos antes. En el exterior, los árboles seguían desnudos y estaba a punto de nevar; me apresuré, parándome lo justo para conseguir dinero contemporáneo, la chaqueta, el sombrero y el abrigo que me había dejado al arrendar el cuarto. Alquilé un coche, fui al hospital. Me llevó veinte minutos aburrir a la enfermera de guardia hasta el punto de poder llevarme al bebé sin que nadie se diese cuenta. Volvimos al Edificio Apex. Los ajustes eran algo más complicados porque aquel edificio no existía todavía en 1945. Pero los había calculado de antemano.

0100 VI-20 DE SEPTIEMBRE DE 1945-Cleveland-Motel Skyview:

El equipo de campo, ricura, y llegué a un motel de las afueras de la ciudad. Previamente ya me había registrado como «Gregory Johnson, Warren, Ohio», por lo que llegamos a una habitación con las cortinas corridas, las ventanas cerradas, las puertas aseguradas con cerrojo y el suelo despejado para dar margen a la máquina mientras se asentaba. Puedes hacerte un cardenal de campeonato con una silla que está donde no debería... No por la silla, claro, sino por el contragolpe del campo.

Sin problemas. Jane dormía profundamente; la llevé fuera, la puse en el asiento del coche, en una caja que me había procurado, fui al orfanato, la dejé en los escalones, conduje dos manzanas hasta una «estación de servicio» (de las que venden productos derivados del petróleo) y telefoneé al orfanato. Regresé a tiempo para verlos entrar la caja, seguí conduciendo y abandoné el coche cerca del motel, al que regresé caminando. Luego salté al Edificio Apex en 1963.

2200 VI-24 DE ABRIL DE 1963-Cleveland-Edificio Apex:

Tuve que ajustar el tiempo al máximo... la precisión temporal depende del lapso,

excepto para la vuelta a cero. Si lo había hecho bien, Jane estaba descubriendo, en aquella suave noche de primavera, en el parque, que no era tan «buena chica» como creía. Tomé un taxi hasta casa de los tacaños e hice que me esperase en la esquina mientras yo vigilaba oculto en la oscuridad.

Al cabo de un momento los vi bajando la calle, cada uno con el brazo en la cintura del otro. La llevó hasta el porche y se dedicó a darle un largo beso de buenas noches... más largo de lo que yo pensaba. A continuación ella entró y él volvió sobre sus pasos. Se giró. Me puse a su altura y lo agarré por el brazo.

—Se acabó, hijo —anuncié en voz baja—. He vuelto para recogerte.

—¡Tú! —dijo boquiabierto y contuvo el aliento.

—Yo. Ahora ya sabes quién es él... y si lo piensas bien, sabrás quién eres tú... y si te concentras de verdad sabrás quién es el bebé... y quién soy yo.

No respondió, estaba muy alterado. Es una conmoción que te demuestren que no puedes resistirte a seducirte a ti mismo. Le llevé al Edificio Apex y volvimos a saltar.

2300 VIJ-12 DE AGOSTO DE 1985-Base Subterránea de las Rocosas:

Desperté al sargento de guardia, le mostré mi identificación, le dije que metiese en la cama a mi acompañante con una píldora de la felicidad y que le reclutase por la mañana. El sargento no parecía muy contento, pero el rango es el rango, independientemente de la época; hizo lo que le dije... pensando, sin duda, que la próxima vez que nos encontrásemos tal vez él fuese el coronel y yo el sargento. Lo que en nuestro cuerpo puede pasar perfectamente.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

Se lo escribí. Arqueó las cejas.

—Vaya, vaya, ¿eh? Mm...

—Cumpla con su deber, sargento. —Me volví hacia mi acompañante.

»Hijo, tus problemas han terminado. Estás a punto de empezar en el mejor trabajo que puede tener un hombre... y lo harás bien. Lo sé.

—¡Vaya que sí! —comentó el sargento—. Mírame a mí... Nacido en 1917 y todavía aquí, todavía joven, todavía disfrutando de la vida.

Regresé a la sala de salto, lo ajusté todo al cero preseleccionado.

2301 V-7 DE NO VIEMBRE 1970-NYC-«Pop's Place»;

Salí del almacén con un quinto de Drambuie que justificara el minuto que había estado fuera. Mi ayudante discutía con el cliente que había puesto *Soy mi propio abuelo*. Dije:

—Oh, que la ponga, luego desenchúfala. —Estaba muy cansado.

Es duro, pero alguien tiene que hacerlo y es muy difícil reclutar a alguien en años posteriores, desde el Error de 1972. ¿Se os ocurre una fuente mejor que recurrir a personas jodidas allí donde están y ofrecerles un trabajo bien pagado, interesante (aunque peligroso) al servicio de una causa necesaria? Todo el mundo sabe por qué la Guerra Fallida de 1963 falló. La bomba destinada a Nueva York no estalló, otras cien cosas no salieron como estaba previsto... todo gracias a gente como yo.

Pero no el Error del 72; ese no es culpa nuestra: no se puede deshacer; no hay paradoja que resolver. Una cosa es o no es, ahora y por siempre jamás. Pero no habrá otro como ese; una orden de 1992 se antepone a cualquier año.

Cerré cinco minutos antes, dejando una carta en la caja registradora en la que decía a mi encargado diurno que aceptaba su oferta de compra y que fuera a ver a mi abogado porque yo me tomaba unas buenas vacaciones. No sé si la Agencia recogerá o no el pago, pero no le gusta dejar cabos sueltos. Fui a la habitación del fondo del almacén y salté a 1993.

*2200 VII-12 DE ENERO 1993-Anexo Subterráneo de las Rocosas Cuartel General
Temporal DOL:*

Me presenté al oficial de guardia y fui a mi cuarto, con la intención de dormir una semana. Tenía la botella que habíamos apostado (después de todo, la había ganado yo) y tomé un trago antes de escribir el informe. Sabía fatal y me pregunté cómo era posible que me hubiese gustado el Old Underwear. Pero era mejor que nada; no me gusta estar totalmente sobrio, pienso demasiado. Pero tampoco empino el codo exactamente; otras personas tienen serpientes... yo tengo a las personas.

Dicté mi informe; cuarenta reclutamientos, todos con el visto bueno del departamento psiquiátrico; contando el mío propio, que ya sabía que se autorizaría. Estaba allí, ¿no? Luego grabé la petición de que me asignasen a operaciones; estaba harto del reclutamiento. Dejé las dos grabaciones en la ranura y me fui a la cama.

Mis ojos dieron con *Las leyes del Tiempo*, sobre mi cama:

*Nunca hagas ayer lo que debería hacerse mañana.
Si al final tienes éxito, no lo vuelvas a intentar.
Un remendón en el tiempo salva a nueve mil millones.
Una paradoja puede ser desaparadojizada.
Es más temprano de lo que piensas.
Los antepasados no son más que personas.
Incluso Jove asiente.*

No me inspiraron como cuando era recluta; treinta años subjetivos de saltar por el

tiempo acaban pasando factura. Me desvestí y al quedarme en cueros me miré la barriga. Una cesárea deja una buena cicatriz, pero ahora tengo tanto pelo que no la veo a menos que la busque.

Luego me miré el anillo del dedo.

La Serpiente Que Devora su Propia Cola, Por Siempre Jamás... yo sé de dónde vengo... pero *¿de dónde habéis salido todos vosotros, zombis?*

Sentí la llegada de un dolor de cabeza, pero si hay algo que no tomo son polvos para el dolor de cabeza. Lo hice en una ocasión... y todos vosotros desaparecisteis.

Así que me metí en la cama y silbé para apagar la luz.

Vosotros no estáis realmente ahí. No hay nada excepto yo —Jane— aquí a solas en la oscuridad.

¡Os echo terriblemente de menos!

Componedor
LLOYD BIGGLE, JR.
(agosto de 1957)

Lloyd Biggle comenzó a escribir ciencia ficción en 1956 y su primera novela, la aventura extraplanetaria *The Angry Espers*, se publicó en 1961. Le siguió *All the Colors of Darkness*, el primer episodio de la serie Jan Darzek, compuesta por cinco novelas. Darzek, un antiguo detective privado, es el único participante humano en el Consejo de lo Supremo, los administradores de un gran ordenador que establece la política para la galaxia. En el desarrollo de otras novelas de la serie —*Watchers of the Dark*, *This Darkening Universe*, *Silence is Deadly* y *The Whirligig of Time*— Darzek hace frente con su inteligencia y su humanidad a los intereses inhumanos de sus compañeros de consejo, la burocracia del gobierno y la resistencia de las culturas alienígenas a su asimilación en la síntesis galáctica. *The World Menders* y *The Still, Small Voice of Trumbers*, inspiradas en la serie, cuentan las aventuras de Cultural Survey, cuya tarea consiste en certificar los mundos para su inclusión en la Síntesis Galáctica. Juntas, las dos series forman una aclamada ópera espacial contemporánea en la que mundos alienígenas imaginados cobran vida, los motivos y los conceptos humanos se miden con los de esas formas de vida alienígenas, y vidas y mundos se encuentran peligrosamente en equilibrio. A Biggle se le reconoce por el detalle de sus mundos de fantasía, sus caracterizaciones memorables y su facilidad para tratar complejos temas sociales y políticos en el ambiente propio de la ciencia ficción. Sus relatos están recopilados en *The Rule of the Door and Other Fanciful Regulations*, *The Metallic Muse* y *A Galaxy of Strangers*. Ha colaborado con T. L. Sherred en la novela *Alien Main* y también ha escrito varias novelas de detectives, entre ellas el «pastiche» de Sherlock Holmes *The Quallsford Inheritance* y dos obras contemporáneas de género negro que cuentan las aventuras de los detectives J. Pletcher y Raina Lambert, *Interface of Murder* y *Where Dead Soldiers Walk*.

Todos lo llaman el Centro. Tiene otro nombre, uno bien largo, que aparece en los documentos gubernamentales y cuyas derivadas se analizan en las enciclopedias, pero nadie lo usa. De Bombay a Lima, desde Spitsbergen hasta las minas de la Antártida, desde el asentamiento solitario de Plutón hasta el de Mercurio es... el Centro. Puedes surgir de la neblina del Amazonas o de los cortantes vientos secos del Sahara o del vacío lunar, abrirte paso hasta un bar y decir:

—Cuando estuve en el Centro... —y todos los desconocidos que puedan oírte te

prestarán la máxima atención.

No es posible explicar el Centro, y tampoco es necesario. Desde el bebé de pañales hasta el centenario que espera el retiro, todos han estado allí y planean volver al año siguiente, y al otro. Es la zona de vacaciones del Sistema Solar. Son kilómetros cuadrados de granjas ondulantes del Medio Oeste americano transformadas por medio de una planificación ingeniosa, mucho esfuerzo y una inversión increíble. Es un resumen monumental de la herencia cultural de la humanidad y, como el fénix, surgió de pronto, inexplicablemente, justo al final del siglo XXIV, de las cenizas corroídas de una espantosa decadencia cultural.

El Centro es colosal, espectacular, magnífico. Es inspirador, edificante y asombroso. Es pasmoso, abrumador, es... lo es todo.

Y aunque muy pocos visitantes lo saben, ni les importa, también tiene un fantasma.

Estás de pie en la galería de observación del alto monumento a Bach.

A la izquierda, en la cuesta de una colina, ves a los espectadores tensos que atestan el teatro griego para ver a Eurípides. La luz del sol juega con la ropa de relucientes colores. Observan con ansia, encantados de ver en persona lo que millones miran por visioscopio.

Más allá del teatro, el bulevar Frank Lloyd Wright bordeado de árboles se curva en la distancia, dejando atrás el monumento a Dante y el Instituto Miguel Ángel. Las torres gemelas de una reproducción de la catedral de Reims se recortan en el horizonte. Justo a sus pies, ves el curioso paisaje de un jardín francés del siglo XVIII y, cerca, el teatro Molière.

Una mano te agarra la manga, y al volverte, molesto, te encuentras cara a cara con un anciano.

El rostro correoso está marcado y arrugado, los escasos mechones de pelo relucen blancos. La mano que te agarra el brazo es una garra retorcida. Le miras fijamente, hipnotizado por las contorsiones grotescas de un hombro lisiado y la horrible cicatriz de una oreja ausente, y retrocedes alarmado.

Los ojos hundidos te siguen. Las manos se tienden en un gesto de abrazar el lejano horizonte y te das cuenta de que los dedos están rotos o faltan. La voz es un restallido duro.

—¿Le gusta? —dice, y te mira expectante.

Tomado por sorpresa, murmuras:

—Vaya, sí. Por supuesto.

Él da un paso al frente y sus ojos son ansiosos, lastimeros.

—Digo, ¿le gusta?

Perplejo, solo puedes asentir y girarte... Pero tu asentimiento provoca una respuesta extraña. Una risa estridente, una sonrisa de placer inocente e infantil, un grito triunfal:

—¡Lo hice yo! ¡Yo hice todo esto!

O te encuentras en la resplandeciente avenida Platón, entre el teatro Wagneriano, donde todos los días se representa completa *Der Ring des Nibelungen*, y la reconstrucción del teatro Globo del siglo XVI, donde hay una función de Shakespeare mañana, tarde y noche.

Una mano te toca.

—¿Le gusta?

Si respondes con un torrente de alabanzas, el viejo te mirará impaciente y se limitará a aguardar a que acabes para preguntarte de nuevo:

—Digo, ¿le gusta?

Pero una sonrisa y un asentimiento reciben una respuesta de orgullo, un gesto, un grito.

En el vestíbulo de uno de los mil hoteles espaciosos, en la sala de espera de la asombrosa biblioteca donde reproducen para ti una copia, completamente gratis, de cualquier libro que pidas, en el balcón decimoprimer del palacio Beethoven, un fantasma se mueve con paso entrecortado, agarra un brazo y plantea una pregunta.

Y grita orgulloso:

—¡Lo hice yo!

Erlin Baque sintió la presencia de la mujer a su espalda, pero no se volvió. En lugar de eso se inclinó hacia delante, arrancando con la mano izquierda notas graves al multicordio mientras con la derecha tocaba una melodía solemne. Con un giro rápido de la mano pulsó un botón y los suaves tonos de tiple fueron de pronto más ricos, más vibrantes, casi como los de un clarinete. («Pero Dios, ¡qué ridículamente distintos a los de un clarinete!», pensó).

—¿Debemos pasar otra vez por esto, Val? —preguntó.

—El casero se ha pasado esta mañana.

Él vaciló, le dio a una palanca, tocó varios botones y tejió extrañas armonías a partir de los tonos atronadores de un coro grave. (¡Qué coro más triste y distorsionado, sin embargo!).

—¿Cuánto nos da esta vez?

—Dos días. Y el sintetizador de comida vuelve a estar roto.

—Bien. Baja y compra algo de carne fresca.

—¿Con qué?

Baque dio un puñetazo y gritó por encima de la disonancia demoledora.

—No voy a alquilar un armonizador. No voy a pasarle mis arreglos a un musicastro. Si un Com sale con mi nombre, va a estar *compuesto*. Puede que sea una idiotez, puede que sea enfermizo, pero va a hacerse bien. No es mucho, Dios lo sabe, pero es todo lo que me queda.

Se volvió lentamente y miró con furia a la mujer paliducha, estropeada y de hombros caídos que había sido su esposa durante veinticinco años. Luego apartó la

vista, repitiéndose testarudamente que él tenía tan poca culpa como ella. Si los patrocinadores pagaban las mismas tarifas por un buen Com que por una chapuza...

—¿Hulsey vendrá hoy? —preguntó la mujer.

—Me dijo que vendría.

—Si pudiésemos conseguir algo de dinero para el casero...

—Y el sintetizador de comida. Y un visioscopio nuevo. Y ropa nueva. Hay un límite a lo que se puede hacer con un Com.

La oyó irse, oyó que la puerta se abría y esperó. No se cerró.

—Ha llamado Walter-Walter —dijo—. Eres el componedor destacado en el *Show Case* de hoy.

—¿Y? Eso no da dinero.

—He supuesto que no te apetecería verlo, así que le he dicho a la señora Rennik que lo vería con ella.

—Claro. Adelante. Pásalo bien.

La puerta se cerró.

Baque se puso en pie y se quedó mirando el caos de la mesa de trabajo. Papel pautado, letras de Com, lápices, bosquejos, manuscritos a medio terminar en montones desordenados. Baque despejó una esquina para él y se sentó cansado, estirando bajo la mesa las largas piernas.

—Maldito Hulsey —murmuró—. Malditos patrocinadores. Maldito visioscopio. Malditos Coms.

«Compón algo —se dijo. No era un chapuzas, como los otros componedores—. No te dedicas a teclear tonadas tontas en el teclado de un armonizador y dejas que la máquina te las complete. Eres un músico, no un fabricante de melodías. Escribe música. Escribe una... una sonata para multicordio. Tómate tiempo y compón algo ya».

Sus ojos se fijaron en las primeras líneas de la letra de un Com: «Si tu volador se agita como un payaso, si tiene sus altibajos...».

—Maldito casero —murmuró, empuñando un lápiz.

El pequeño reloj de pared marcó la hora y Baque se inclinó para encender el visioscopio. Un maestro de ceremonias de rostro angelical le sonrió amistosamente.

—Walter-Walter una vez más, damas y caballeros. Es la hora del Com en el *Show Case* de hoy. Treinta minutos de Comerciales de uno de los componedores con más talento de la actualidad. Nuestra muestra de Coms está dedicada a...

Se oyó el estruendo de una fanfarria de multicordio.

—¡Erlin Baque!

El multicordio tocó una melodía extraña y pesada que Baque había creado cinco años antes para Queso Curado, y de fondo se oyeron algunos aplausos. Una voz nasal de soprano cantó la letra y Baque gruñó de desagrado.

—Envejecemos nuestro queso y lo envejecemos, lo envejecemos, lo envejecemos, lo envejecemos, lo envejecemos a la antigua...

Walter-Walter retozaba por el escenario siguiendo la melodía, corriendo hacia el público para besar a alguna ama de casa de vacaciones y sonriendo al oír las risas.

El multicordio reprodujo otra fanfarria y Walter-Walter regresó al escenario, con ambos brazos estirados sobre la cabeza.

—Ahora escuchad esto, gente preciosa. Aquí está vuestra exclusiva para Walter-Walter de Erlin Baque. —Miró sigilosamente por encima del hombro, avanzó unos pasos de puntillas para acercarse al público, se llevó un dedo a los labios y gritó—: Érase una vez otro compositor llamado Baque, deletreado B-A-C-H pero pronunciado Baque. Era el verdadero componedor atómico, un chico de impulso según los entendidos. Vivió hace quinientos, seiscientos o setecientos años, así que no podemos asegurar que ese Baque y nuestro Baque fuesen Baque para Baque. Pero no tenemos que volver a Baque para oír a Baque^[5]. Nos gusta el Baque que tenemos. ¿Me seguís?

Vitores. Aplausos. Baque se volvió. Le temblaban las manos, sentía nauseas de asco.

—Empecemos nuestros Coms de Baque con una pequeña obra maestra que este realizó para Jabones Espumosos. Escenografía de Bruce Combs. ¡Parad, mirad... y escuchad!

Baque consiguió apagar el visioscopio justo cuando la primera pastilla de jabón saltaba por la pantalla. Retomó la letra del Com y su mente comenzó a dar forma a una melodía.

«Si tu volador se agita como un payaso, si tiene sus altibajos, altibajos, altibajos, necesitas un ¡WARNING!», tarareó para sí, esbozando una música que saltaba y se agitaba como un volador errático. Pintar con palabras, se llamaba, cuando las palabras y las notas significaban algo. Cuando el Baque B-A-C-H subrayaba conceptos tan grandiosos como el Cielo y el Infierno.

Baque trabajaba despacio, ensayando de vez en cuando una progresión armónica en el multicordio y rechazándola, esforzándose por dar con un acompañamiento aleteante que simulase el sonido de un volador. Pero... no. A los de Waring no les gustaría. Según su publicidad, sus voladores no hacían ruido.

La campanilla de la puerta lo desconcentró. Fue a conectar el escáner y el rostro regordete de Hulsey le sonrió.

—Sube —le dijo Baque. Hulsey asintió y desapareció.

Cinco minutos más tarde atravesaba la sala. Se hundió en una silla que se combó bajo su corpachón, dejó la cartera en el suelo y se limpió la cara.

—¡Vaya! Me gustaría que te buscaras un piso más bajo. O que esté en un edificio con instalaciones modernas. ¡Los ascensores me dan un miedo de muerte!

—Estoy pensando en mudarme —dijo Baque.

—Bien. Ya era hora.

—Pero probablemente sea a un piso más alto. El casero me ha dado dos días de plazo.

Hulsey hizo una mueca y agitó la cabeza.

—Comprendo. Bien, no voy a tenerte en ascuas. Aquí tienes el cheque por el Com de Jabón Sana.

Baque tomó la tarjeta, la miró y frunció el entrecejo.

—Llevabas atraso en la cuota del gremio —dijo Hulsey—. He tenido que descontarla.

—Sí. Lo había olvidado.

—Me gusta trabajar con Jabón Sana. Pagan a tocateja. Demasiadas empresas esperan a final de mes. Quieren un par de cambios, pero han pagado igualmente. —Abrió la cartera y sacó una carpeta—. En esta has tenido buenas ocurrencias, Erlin, muchacho. Les gusta. Especialmente ese «espumoso, espumoso, espumoso» en los graves. Al principio lo de tantos cantantes les pareció raro, pero no después de oírlo. Ahora, justo aquí, quieren una pausa para dar el anuncio.

Baque asintió pensativo.

—¿Qué tal si mantenemos el *ostinato* «espumoso, espumoso» de fondo para la voz?

—No está mal. Buen truco ese... ¿cómo lo has llamado?

—*Ostinato*.

—Ah... sí. Me pregunto por qué los otros componedores no añaden cosas así.

—Un armonizador no produce efectos —dijo Baque con sequedad—. Simplemente... armoniza.

—Dales unos treinta segundos de ese «espumoso» como fondo. Pueden cortarlo si no les gusta.

Baque asintió, anotándolo directamente en el manuscrito.

—Y el arreglo —añadió Hulsey—. Lo siento, Erlin, pero no podemos conseguir un intérprete de trompa de pistones. Habrá que cambiarlo.

—¿No hay intérprete de trompa? ¿Qué le pasa a Rankin?

—Está en la lista negra. El gremio de intérpretes le ha eliminado permanentemente. Fue a la Costa Oeste y tocó gratis. Incluso se pagó los gastos. El gremio no puede tolerar esas cosas.

—Lo recuerdo —dijo Baque en voz baja—. En la Sociedad de Monumentos Artísticos. Tocó un concierto de Mozart para trompa. También su concierto final. Me gustaría haberlo oído, aunque fuese con multicordio.

—Ahora puede tocar todo lo que quiera, pero no volverán a pagarle por hacerlo. Puedes traducir la parte de la trompa a multicordio o yo podría conseguir un trompetista que usara un conversor.

—Destrozaría el efecto.

Hulsey rio.

—A todos les suena igual excepto a ti, muchacho. Yo soy incapaz de distinguirlos. Te hemos conseguido los violines y el violonchelo. ¿Qué más quieres?

—¿El gremio de Londres no tiene un trompa de pistones?

—¿Quieres que le traiga aquí por un Com de tres minutos? ¡Sé razonable, Erlin!
¿Puedo recoger todo esto mañana?

—Sí. Lo tendré listo por la mañana.

Hulsey recuperó el maletín, lo volvió a dejar en el suelo y se inclinó hacia delante frunciendo el entrecejo.

—Erlin, me preocupas. Tengo a veintisiete componedores en mi agencia. Eres el mejor con diferencia. Demonios, eres el mejor del mundo y ganas menos que cualquiera de ellos. Tus ingresos brutos del año pasado fueron de dos mil doscientos. Ninguno de los otros ganó menos de once mil.

—No me cuentas nada nuevo —dijo Baque.

—Puede ser. Tienes tantas cuentas como cualquiera. ¿Lo sabías?

Baque hizo un gesto de negativa.

—No, no lo sabía.

—Tienes tantas cuentas como ellos, pero no ganas dinero. ¿Quieres saber por qué? Por dos razones. Inviertes demasiado tiempo en un único Com y lo escribes demasiado bien. Los patrocinadores pueden usar tus Coms durante meses... en ocasiones incluso años, como el de Queso Curado. A la gente le gusta oírlos. Bien, si no escribieses tan malditamente bien, podrías trabajar más rápido, el patrocinador tendría que usar más Coms tuyos y podrías producir más.

—Lo he pensado. Incluso si no lo pensase, Val me lo recordaría continuamente. Pero no es posible. Tengo que trabajar de esta forma. Si hubiese algún modo de conseguir que los patrocinadores me pagasen más por un *buen* Com...

—No lo hay. El gremio no lo consentiría, porque buenos Coms significan menos trabajo, y la mayoría de los componedores no podría escribir uno realmente bueno. Ahora, no creas que me preocupa mi agencia. Claro que gano más dinero cuando tú ganas más, pero me va muy bien con mis otros componedores. Simplemente me pone malo que mi mejor hombre gane tan poco dinero. Eres de otra época, Erlin. Malgastas tiempo y dinero coleccionando esas antigüedades... ¿cómo los llamas?

—Discos fonográficos.

—Sí. Y esos mohosos libros viejos de música. Sabes más sobre música que nadie, no me cabe duda, pero ¿de qué te vale? Desde luego no te da dinero. Eres el mejor y continuamente intentas mejorar y, cuanto mejor eres, menos dinero ganas. Cada año se reducen tus beneficios. ¿No podrías hacer un Com normalito de vez en cuando?

—No —dijo Baque con brusquedad—. No podría hacerlo.

—Piénsalo.

—Las cuentas que tengo... A algunos de los patrocinadores realmente les gusta mi trabajo. Pagarían más si el gremio los dejase. Supongamos que abandono el gremio.

—No puedes hacerlo, muchacho. No podría llevarte... no podría hacerlo y conservar mi negocio. El gremio de componedores aumentaría la presión y los gremios de intérpretes y letristas te pondrían en la lista negra. Jimmy Denton sigue el

dictado de los gremios y prohibiría tu material en visioscopio. Perderías todas tus cuentas y rápidamente. Ninguno de los patrocinadores es tan fuerte como para enfrentarse a todos los problemas, y ninguno querría tomarse la molestia de hacerlo. Por tanto, es mejor que de vez en cuando intentes hacer algo normalillo. Piénsalo.

Baque se quedó sentado, mirando al suelo.

—Lo pensaré.

Hulsey luchó por ponerse en pie, le estrechó rápidamente la mano a Baque y salió anadeando. Baque cerró la puerta y fue a la gaveta donde guardaba su triste colección de viejos discos fonográficos. Música extraña y maravillosa.

En tres ocasiones en su carrera Baque había escrito Coms que duraban media hora. Ocasionalmente le hacían un encargo de quince minutos. Normalmente estaba limitado a cinco minutos o menos. Pero compositores como el Baque B-A-C-H escribían cosas que duraban una hora o más... incluso escribían sin letra.

Y escribían para instrumentos de verdad, artilugios de asombroso sonido para los que nadie escribía ya, como fagots, flautines y pianos.

—Maldito Denton. Maldito visioscopio. Malditos gremios.

Baque rebuscó con cuidado entre los discos hasta dar con uno que llevaba el nombre de Bach. *Magnificat*. Luego, demasiado desalentado para escucharlo, lo dejó a un lado.

A principio de año, el gremio de intérpretes había puesto en la lista negra al último intérprete de oboe. Ahora al último de trompa, y la gente joven ya no aprendía a tocar instrumentos. ¿Por qué iban a hacerlo cuando había tantos inventos maravillosos que sacaban los Coms sin ningún esfuerzo por parte del intérprete? Incluso los intérpretes de multicordio empezaban a escasear y, si uno no era muy exigente con la calidad, un multicordio casi se tocaba solo.

La puerta se abrió y Val entró corriendo.

—¿Hulsey...?

Baque le pasó el cheque. Ella lo tomó ansiosa, lo miró y alzó la vista consternada.

—Mi cuota del gremio —dijo—. Iba retrasado.

—Oh. En cualquier caso nos viene bien. —Su voz era monótona, sin emoción, como si una decepción más no tuviese ninguna importancia. Se quedaron mirándose, incómodos.

—He visto parte de *La mañana con Marigold* —dijo Val—. Ha hablado de tus Coms.

—Pronto tendré noticias del Com para Humo Lento —dijo Baque—. Quizá podamos mantener al casero a raya otra semana. Ahora voy a pasear un poco.

—Deberías salir más...

Cerró la puerta al salir, cortando de golpe la frase. Sabía lo que vendría a continuación. Conseguir un trabajo. Te vendría bien para la salud salir del apartamento un par de horas al día. Escribir Coms en el tiempo libre... en cualquier caso, lo que ganas es lo que da un trabajo a tiempo parcial. Al menos hazlo hasta que

estemos más desahogados. Vale, si tú no lo haces, lo haré yo.

Pero ella nunca lo hacía. A un posible empleador le bastaba dar un vistazo a su cuerpo insignificante y a su rostro gastado y sombrío. Y Baque dudaba que él fuese a recibir mejor trato.

Podía conseguir trabajo como intérprete de multicordio y ganar un buen sueldo... pero si lo hacía tendría que unirse al gremio de intérpretes, lo que significaba que tendría que renunciar al gremio de componedores. Así que tenía que elegir entre interpretar y componer; los gremios no le permitirían hacer las dos cosas.

—¡Malditos sean los gremios! ¡Malditos sean los Coms!

Al llegar a la calle, estuvo un momento mirando la multitud pasar corriendo sobre la rápida cinta transportadora pública. Algunas personas le miraron y vieron a un hombre alto, desgarrado y medio calvo vestido con un traje deshilachado que le sentaba mal. Le tomarían por otro desecho de un vecindario pobre, lo sabía bien, apartarían la vista rápidamente mientras tarareaban un fragmento de uno de sus Coms.

Hundió los hombros y caminó torpemente por la acera estacionaria. Entró en un restaurante atestado, encontró una mesa apartada y pidió una cerveza. En la pared del fondo había una enorme pantalla de visioscopio donde los Coms se sucedían sin interrupción. A su alrededor, los otros clientes miraban y escuchaban mientras comían. Algunos agitaban espasmódicamente la cabeza siguiendo la música. Algunas parejas jóvenes bailaban en la pequeña zona de baile, cambiando expertamente el paso cuando se pasaba de un Com a otro.

Baque los observó con tristeza y pensó en cómo habían cambiado las cosas. En una época, sabía, había una música especial para bailar y un grupo especial de instrumentos para tocarla. Y la gente iba a los conciertos a miles y se sentaba en asientos sin ver nada más que a los intérpretes.

Todo eso se había desvanecido. No solo la música, sino el arte, la literatura y la poesía se habían desvanecido. Las obras que había leído en los libros escolares de su abuelo habían sido olvidadas.

Según dictaba el *Visioscopio Internacional* de James Denton todo el mundo debía mirar y escuchar al mismo tiempo, y la capacidad de concentración del público no toleraba programas largos. Y por tanto existían los Coms.

¡Malditos Coms!

Cuando Val regresó al apartamento, una hora más tarde, Baque estaba sentado en un rincón contemplando el castigado armario de plástico que contenía los volúmenes desmenuzados que había coleccionado de la época en que los libros todavía se imprimían sobre papel: algunas biografías, obras de historia de la música, ensayos técnicos sobre teoría musical y composición. Val miró dos veces la habitación antes de darse cuenta de su presencia, y luego se encaró ansiosamente con él, la tragedia marcando su rostro macilento.

—El técnico vendrá a arreglar el sintetizador de alimentos.

—Bien —dijo Baque.

—Pero el casero no va a esperar. Si no pagamos pasado mañana todo lo que le debemos, nos echará.

—Pues nos iremos.

—¿Adónde? No podremos conseguir nada sin pagar un adelanto.

—Entonces no iremos a ninguna parte.

Val huyó llorando al dormitorio.

A la mañana siguiente, Baque renunció al gremio de componedores y se unió al gremio de intérpretes. El rostro redondo de Hulseley manifestó pena al conocer la noticia. Le prestó a Baque dinero suficiente para pagar la inscripción en el gremio y tranquilizar al casero y expresó su pena en términos elocuentes mientras se apresuraba a sacar a Baque de su oficina. Baque sabía bien que Hulseley no perdería tiempo en asignar los clientes de Baque a otros componedores... hombres que trabajaban más rápido y no tan bien.

Baque fue a la central del gremio, donde esperó cinco horas a que le asignaran un puesto de intérprete de multicordio. Finalmente le llamaron al despacho del secretario y le indicaron con gestos bruscos que se sentase en una silla. El secretario le miró con suspicacia.

—Hace veinte años pertenecía usted al gremio de intérpretes y lo dejó para convertirse en componedor. ¿Cierto?

—Cierto —dijo Baque.

—Perdió la antigüedad a los tres años. Lo sabía, ¿no?

—Lo sabía, pero no creía que importase. No quedan muchos buenos intérpretes de multicordio.

—Tampoco quedan muchos buenos trabajos. Tendrá que empezar desde abajo. — Garabateó algo en un papel y se lo pasó a Baque—. Este paga bien, pero tenemos muchos problemas para mantener a alguien trabajando con él. No es fácil llevarse bien con Lankey. Si usted no le irrita demasiado... bien, veremos.

Baque fue en cinta hasta el espaciopuerto de Nueva Jersey, vagó por la zona ruinoso confundiendo con las indicaciones y, por fin, encontró el lugar casi dentro de la distancia de radiación del espaciopuerto. El extenso edificio había ardido en algún momento del remoto pasado. Los restos bajos de paredes se alzaban de los escombros cubiertos de hierba. Un muro se curvaba hacia una cavidad apenas iluminada situada en una esquina, a la que unos escalones descendían precariamente. Encima, un enorme cartel de neón rezaba en colores fluidos de cara al espaciopuerto: EL ANTRO DE LANKEY.

Baque cruzó la puerta y vaciló al recibir el asalto de olores extraterrestres. Humo de tabaco con un toque de lavanda, el resultado de las enormes hojas que crecían bajo las bóvedas robotizadas en el Mare Crisium de la Luna, colgando flácidas como

mantas a medio camino entre techo y suelo. Los vapores vomitivos y penetrantes del *blast*, un *whisky* mezclado con líquenes marcianos, le golpearon en la cara. Entrevió un conjunto disperso de espaciales curtidos y prostitutas aún más curtidas antes de que el portero le plantase delante su figura corpulenta y la caricatura cubierta de cicatrices que tenía por cara.

—¿Buscas a alguien?

—Al señor Lankey.

El portero lanzó un pulgar en dirección a la barra y ruidosamente volvió a hundirse en las sombras. Baque se acercó a la barra.

No tuvo problemas para identificar al señor Lankey. El propietario estaba sentado en un taburete alto. Con la escasa luz y el humo su rostro pálido y tenso poseía cierta austeridad espectral. Se apoyaba en un codo tocándose la nariz chata con los dedos que le quedaban en la mano peluda y, al ver aproximarse a Baque, echó hacia delante la cabeza calva y le miró con frialdad.

—Soy Erlin Baque —dijo Baque.

—Sí. El intérprete de multicordio. ¿Puedes tocar ese multicordio, amigo?

—Pues sí, puedo...

—Eso es lo que dicen todos y en los últimos diez años quizás he tenido a dos que supieran tocar de verdad. La mayoría viene aquí pensando en poner el multicordio en automático y tocar con un dedo. Quiero que alguien *toque* el multicordio, amigo, y te lo voy a decir ahora mismo: si no sabes tocar será mejor que te vuelvas deprisita a casa. Ese multicordio no tiene automático. Lo hice desconectar.

—Sé tocar —le dijo Baque.

—Vale. No hace falta más que un Com para salir de dudas. El gremio considera que este lugar es de Clase Cuatro, pero yo pago como Clase Uno si sabes tocar. Si realmente sabes tocar, te pasaré algunos extras de los que el gremio no sabrá nada. El horario es de seis de la tarde a seis de la madrugada, pero tendrás muchos ratos libres y, si tienes hambre o sed, pide lo que te apetezca. Pero tranquilo con las bebidas fuertes. No aceptaré un intérprete borracho de multicordio por bueno que sea. ¡Rose!

Después de aullar el nombre una segunda vez una mujer salió por una puerta lateral. Llevaba un vestido gastado y el pelo revuelto le colgaba sobre los hombros de cualquier forma. Volvió un rostro pequeño y bonito hacia Baque y le examinó con audacia.

—El multicordio —dijo Lankey—. Enséñaselo.

Rose le hizo un gesto y Baque la siguió al fondo de la sala. De pronto se detuvo asombrado.

—¿Qué pasa? —preguntó Rose.

—¡No hay visioscopio!

—No. Lankey dice que los espaciales quieren mirar cosas mejores que jabones y voladores. —Sonrió—. Algo como yo, por ejemplo.

—Nunca había oído hablar de un restaurante sin visioscopio.

—Ni yo tampoco, hasta que llegué aquí. Pero Lankey tiene a tres de nosotras para cantar los Coms y tú tocarás el multicordio. Espero que cumplas. Hace una semana que no tenemos multicordio y es duro cantar de esa forma.

—Lo haré bien —dijo Baque.

Una plataforma estrecha recorría el extremo de la sala allí donde en otros restaurantes tenían una pantalla de visioscopio. Baque veía las cicatrices en los puntos la pared de donde habían arrancado la pantalla.

—Lankey llevaba un local en Puerto Marte cuando la colonia no tenía visioscopio —dijo Rose—. Tiene ideas propias sobre cómo entretener a los clientes. ¿Quieres ver tu habitación?

Baque examinaba el multicordio. Era un instrumento viejo y castigado y llevaba las marcas de más de una pelea de bar. Tocó los botones de filtros y juró para sí. Solo los filtros de flauta y violín se ajustaban adecuadamente. Así que tendría que pasar doce horas al día con los tonos vibrantes de un multicordio sin filtrar.

—¿Quieres ver tu habitación? —volvió a preguntar Rose—. Son solo las cinco. Bien puedes relajarte hasta que tengamos que ponernos a trabajar.

Rose le mostró un anexo estrecho situado tras la barra. Baque se estiró sobre un jergón duro e intentó relajarse. Y de pronto eran las seis en punto y Lankey estaba en la puerta llamándole.

Se sentó al multicordio y tocó las teclas con impaciencia. No estaba nervioso. No había nada que no supiese sobre Coms, no tendría problemas con la música, pero la atmósfera le alteraba. El humo era más espeso. Parpadeó porque le picaban los ojos y sintió los vapores del *whisky* en la nariz al respirar hondo.

Había pocos clientes. Mecánicos con mono grasiento, pilotos chuleando y algunos civiles a los que les gustaba que el licor fuese fuerte y no les importaba el entorno. Las mujeres eran... mujeres; dos, estimó, por cada hombre presente.

De pronto los parroquianos iniciaron un estruendo de pies acentuado por gritos de aprobación: Lankey recorría la plataforma con Rose y las otras cantantes. La primera impresión horrorizada de Baque fue que las chicas iban desnudas, pero al acercarse apreció su escasa vestimenta de plástico. Lankey tenía razón. Los espaciales preferirían con diferencia ese escenario a los Coms animados en una pantalla de visioscopio.

—Ya conoces a Rose —dijo Lankey—. Estas son Zanna y Mae. A empezar.

Se fue y las chicas se dispusieron alrededor del multicordio.

—¿Qué Coms te sabes?

—Me los sé todos.

Rose le miró, dubitativa.

—Cantamos juntas y luego hacemos turnos. ¿Estás seguro de que te los sabes todos?

Baque activó el instrumento y tocó una nota.

—Canta el Com que quieras... Me las arreglaré.

—Bien... empezaremos con el de Malta Sabroso. Va así. —Lo tarareó en voz baja —. ¿Lo conoces?

—Lo escribí yo —dijo Baque.

Cantaban mejor de lo que había esperado. Las siguió con facilidad y, mientras tocaba, miraba a los clientes. Las cabezas se agitaban siguiendo la música y rápidamente entró en la atmósfera y empezó a experimentar. Sus dedos dieron forma a un ritmo ondulante en el bajo, lo dejó caer un poco y luego lo expandió. Abandonó la línea melódica, dejando que las chicas la llevaran por sí solas mientras él buscaba por todo el teclado para adornar el ritmo básico.

Los pies empezaron a golpear el suelo. Los cuerpos de las chicas se agitaban con fuerza y Baque se encontró balanceándose adelante y atrás al compás de la música. Las chicas terminaron la letra pero, como él no dejó de tocar, se pusieron a cantar de nuevo. Los espaciales estaban en pie, dando palmas y siguiendo el ritmo con el cuerpo. Algunos agarraron a sus mujeres y se pusieron a bailar en los estrechos espacios que quedaban entre las mesas. Finalmente Baque forzó una cadencia y se echó hacia delante, jadeando y limpiándose la frente. Una de las chicas se desplomó sobre el escenario. Las otras la levantaron y las tres fueron seguidas de una ovación cerrada.

Baque sintió una mano en el hombro. Lankey. Su rostro feo e inexpresivo miró a Baque, se giró para examinar a los clientes entusiastas, regresó a Baque. Asintió y se fue.

Rose volvió sola, todavía sin aliento.

—¿Qué tal el Com de Perfumes Sally Ann?

Baque buscó en su memoria y tuvo el disgusto de no recordar el Com de Sally Ann.

—Dime la letra —dijo. Ella se la recitó monótonamente... Era una pequeña tragedia sobre el romance destrozado de una chica que no usaba Sally Ann—. Ya lo recuerdo —le dijo Baque—. ¿Los hacemos llorar? Vamos a concentrarnos. Es una historia triste y vamos a hacer que lloren.

Rose se situó junto al multicordio y cantó lastimera. Baque buscó un acompañamiento apagado y tembloroso y, al inicio de la segunda frase improvisó una contramelodía descendente. Los espaciales permanecieron sentados en silencio. Los hombres no lloraron, pero algunas mujeres sollozaban y, cuando Rose terminó, el silencio era tenso.

—¡Rápido! —susurró Baque—. Vamos a alegrarlos. Canta otro Com... ¡el que sea!

Rose se puso con uno de Tortitas Calientes y, con el ritmo de su acompañamiento, Baque obligó a los espaciales a ponerse en pie.

Las otras chicas fueron actuando por turno y Baque observó a los clientes con imparcialidad, desconcertado por el poder que fluía de sus dedos. Los llevó de un extremo emocional al otro y luego de vuelta, improvisando, experimentando. Y su

mente jugueteaba con una idea.

—Es hora de hacer una pausa —dijo Rose al fin—. Será mejor que comamos algo.

Una hora y media de tocar sin parar había agotado a Baque tanto física como emocionalmente. Aceptó la bandeja de la cena con indiferencia y se fue al anexo que llamaban su habitación. No tenía hambre. Oisqueó dubitativo la comida, la probó... y comió con voracidad. ¡Comida de verdad, después de meses de alimentos sintéticos!

Al terminar, se sentó en el camastro, preguntándose cuánto tiempo se tomaban las chicas entre actuaciones y luego se fue en busca de Lankey.

—No me gusta estar sentado —dijo—. ¿Hay algún problema si toco?

—¿Sin las chicas?

—Sí.

Lankey plantó ambos codos sobre la barra, se agarró la barbilla con un puño y miró ausente a la otra pared.

—¿Vas a cantar tú? —preguntó al fin.

—No. Solo voy a tocar.

—¿Sin cantar? ¿Sin palabras?

—Sí.

—¿Qué vas a tocar?

—Coms. O puede que improvise algo.

Un largo silencio. Luego...

—¿Crees que podrás mantener las cosas en movimiento mientras las chicas descansan?

—Claro que sí.

Lankey siguió concentrándose en la pared. Frunció las cejas, las relajó, volvió a fruncirlas.

—Vale —dijo—. Simplemente me preguntaba por qué no se me había ocurrido nunca.

Sin que nadie se diese cuenta, Baque ocupó su puesto al multicordio. Empezó suave, de forma que la música fuese un discreto fondo para la conversación animada que llenaba el local. A medida que incrementaba el volumen los rostros se volvieron a mirarle.

Se preguntó qué estaría pensando esa gente al oír por primera vez música que no era un Com, música sin palabras. Los observó con atención y quedó satisfecho de comprobar que mantenía su atención. Bien... ¿podía hacer que se levantaran del asiento usando exclusivamente las notas estériles de un multicordio? Dotó la melodía de energía rítmica y comenzaron los golpes en el suelo.

Cuando subió más el volumen, Rose salió tropezando por la puerta y corrió al escenario con la perplejidad dibujada en el rostro.

—No pasa nada —le dijo Baque—. Solo toco por pasar el rato. No vuelvas hasta

que no estés lista.

Rose asintió y se fue. Un espacial de rostro sonrosado situado junto a la plataforma alzó la vista para mirar la silueta del cuerpo joven con lascivia. Fascinado, Baque estudió aquella lujuria tosca y exigente y buscó una forma de expresarla en el teclado. ¿Así? O... ¿así? O...

Lo había conseguido. Él mismo se sintió atrapado en el ritmo imparable. El pie pisaba el control de volumen y se volvió para mirar a los clientes.

Cada par de ojos miraba hipnóticamente a su esquina de la sala. Un camarero estaba de pie, medio doblado, boquiabierto. Había cierta incomodidad, un rumor de pies, un crujido continuo de sillas. El pie de Baque se hundió más en el control de volumen.

Sus manos tocaban compulsivamente y miró horrorizado la escena que se desarrollaba. La lascivia retorció todas las caras. Los hombres estaban de pie, buscando a las mujeres, agarrándolas, toqueteándolas. Una silla golpeó el suelo y también una mesa, y nadie se dio cuenta. Un vestido de mujer salió volando y cayó al suelo, y los perseguidos se convirtieron en perseguidores mientras Baque, indefenso, dejaba que sus dedos corrieran fuera de control.

Con un tremendo esfuerzo, apartó las manos de las teclas y el silencio golpeó la sala como un trueno. Con los dedos temblando, Baque empezó a tocar lentamente, con indiferencia. Al volver a mirar, el orden se había restaurado, la silla y la mesa volvían a estar en su sitio y los clientes estaban sentados, aparentemente relajados, excepto una mujer que luchaba con vergüenza evidente por volver a ponerse el vestido.

Baque siguió tocando tranquilamente hasta que volvieron las chicas.

A las seis de la mañana, con el cuerpo destrozado por el cansancio, las manos doloridas, las piernas rígidas, Baque dejó el multicordio. Lankey le esperaba.

—Tarifa de Clase Uno —le dijo—. Tienes trabajo conmigo mientras quieras. Pero tómatelo con un poco de calma, ¿vale?

Baque se acordó de Val, sola en el apartamento deprimente y comiendo comida sintética.

—¿Estaría fuera de lugar que pidiese un adelanto?

—No —dijo Lankey—. No está fuera de lugar. Le he dicho al cajero que te entregase cien a la salida. Considéralo una bonificación.

Cansado por el largo recorrido en cinta, Baque caminó en silencio hasta el oscuro apartamento y echó un vistazo. No había ni rastro de Val... debía de seguir dormida. Se sentó frente a su multicordio y acarició las teclas.

Se sentía sobrecogido, humilde e incrédulo. Música sin Coms, sin palabras; podía hacer que la gente riese, llorase, bailase y retozase con locura.

Y podía convertirlos en animales en celo.

Escéptico, tocó la música que había incitado una lujuria tan evidente, más y más alto...

Y sintió una mano en el hombro. Y se volvió para ver el rostro transfigurado por la pasión de Val.

Baque le pidió a Hulsey que fuese a verle actuar aquella noche y, más tarde, Hulsey se echó en el catre de su habitación y se estremeció.

—No está bien. Ningún hombre debería tener tanto poder sobre la gente. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé —dijo Baque—. He visto a una pareja joven sentada, y los dos eran felices y yo sentía su felicidad. Y mientras tocaba, todos en la sala se sentían felices. Y luego ha entrado otra pareja peleando y a continuación todos estaban como locos.

—Casi se pelean en la mesa de al lado —dijo Hulsey—. Y lo que has hecho a continuación...

—Sí. Pero no ha sido tanto como lo de anoche. Deberías haberlo visto.

Hulsey volvió a estremecerse.

—Tengo un libro sobre música antigua griega —dijo Baque—. Tenían un concepto llamado *ethos*. Creían que distintas escalas musicales afectaban a la gente de formas diferentes: una los hacía sentirse tristes, otra felices e incluso otra podía enloquecerlos. Afirmaban que un músico llamado Orfeo podía mover árboles y reblandecer piedras con su música. Ahora escucha. He tenido ocasión de experimentar y me he dado cuenta de que es más efectivo cuando no uso los filtros. De todas formas, en ese multicordio solo funcionan dos filtros, flauta y violín, pero cuando uso alguno de los dos la reacción no es tan intensa. Me pregunto si ese efecto que comentaban los griegos no estaría producido por los instrumentos en sí y no por las escalas. Me pregunto si el sonido de un multicordio sin filtrar podría tener algo en común con el de una cítara o un aulos de la Grecia antigua.

Hulsey dijo gruñendo:

—Yo no creo que se deba al instrumento ni a las escalas. Creo que se debe a Baque, y no me gusta. Deberías haber seguido siendo compositor.

—Quiero que me ayudes —dijo Baque—. Quiero encontrar un local donde podamos reunir a mucha gente, al menos mil personas, no para comer o ver Coms, sino simplemente para oír a un hombre tocar el multicordio.

Hulsey se puso en pie de pronto.

—Baque, eres un hombre peligroso. Estaría loco si confiase en un hombre capaz de hacerme sentir lo que tú me has hecho sentir esta noche. No sé qué te propones, pero no voy a participar en ello.

Salió con el brío de un hombre dispuesto a cerrar de un portazo, pero la habitación de un multicordista en el Antro de Lankey no merecía el lujo de una puerta. Hulsey se detuvo en el umbral con cara de incertidumbre, le dedicó a Baque una furiosa mirada de despedida y desapareció. Baque le siguió hasta la sala principal, donde le observó tejer impacientemente su camino por entre las mesas para

alcanzar la salida.

Desde su sitio, tras la barra, Lankey miró a Baque y luego a Hulseby que salía.

—¿Problemas? —preguntó.

Baque se volvió con cansancio.

—Hace veinte años que le conozco. Nunca le había considerado amigo mío. Pero claro... tampoco le había considerado mi enemigo.

—Pasa a veces —dijo Lankey.

Baque agitó la cabeza.

—Me gustaría probar el *whisky* marciano. Nunca he tomado.

Dos semanas convirtieron a Baque en una institución y el Antro de Lankey estaba abarrotado desde que entraba a trabajar hasta que se iba a la mañana siguiente. Cuando interpretaba solo, se olvidaba de los Coms y tocaba lo que le daba la gana. Incluso interpretaba piezas cortas de Bach y recibía aplausos generosos, aunque la reacción estaba lejos del entusiasmo tumultuoso que despertaban sus improvisaciones.

Sentado tras la barra, comiéndose la cena y observando la masa de clientes conmocionados, Baque se sentía vagamente feliz. Disfrutaba del trabajo. Por primera vez en su vida tenía más dinero del que necesitaba.

Por primera vez en la vida tenía una meta definida y un plan para alcanzarla... Eliminaría los Coms para siempre.

Mientras Baque dejaba la bandeja, vio a Biff, el portero, apartarse para dejar pasar a una pareja de recién llegados. Se detuvieron de pronto y retrocedieron con asombro, aturcidos. Y no era para menos: ¡de etiqueta en el Antro de Lankey!

La pareja se detuvo cerca de la puerta, parpadeó dudosa en la penumbra cargada de humo. El hombre estaba bronceado y era guapo, pero nadie le prestó atención. La belleza de la mujer destelló frente al fondo soso como un meteoro. Se movía dentro de un aura de encanto deslumbrante, con su pelo dorado y brillante, su vestido reluciente y fluido abrazando su figura voluptuosa y su perfume que hacía retroceder los olores apestosos del *whisky* y el tabaco.

Instantáneamente todos los ojos se centraron en ella y un silencio colectivo invadió la sala. Baque miró como los demás y al fin la reconoció: Marigold, de *La mañana con Marigold*. Adorada por todo el Sistema Solar por los millones de seguidores de su programa de visioscopio. Amante, se decía, de James Denton, el rey del visioscopio. Marigold Manning.

Se llevó la mano a la boca fingiendo horror y el vibrante sonido de su risa se difundió entre los espaciales hechizados.

—¡Qué lugar tan extraño! ¿Cómo supiste de un lugar así?

—Necesito algo de *whisky* marciano, maldita sea —dijo el hombre.

—Mira que quedarse sin en el bar del espaciopuerto. Y con todas esas naves que vienen de Marte, además. ¿Estás seguro de que podremos volver a tiempo? Jimmy se pondrá como una furia si no estamos allí cuando aterrice.

Lankey tocó el brazo de Baque.

—Son más de las seis —dijo, sin apartar la vista de Marigold Manning—. Se están impacientando.

Baque asintió y encendió el multicordio. El tumulto se inició en cuanto le vieron. Abandonaron a Marigold Manning, se pusieron en pie de un salto y estallaron en una ovación acompañada de golpes y aullidos. Cuando Baque se detuvo para aceptarla, Marigold y su escolta miraban boquiabiertos al hombre corriente que podía inspirar un entusiasmo tan indigno.

La exclamación de la mujer se oyó con claridad cuando Baque se sentó al multicordio y la ovación se apagó convirtiéndose en un silencio expectante.

—¡Qué demonios!

Baque se encogió de hombros y se puso a tocar. Cuando Marigold se fue al fin, después de una breve conversación con Lankey, su escolta seguía sin haber conseguido el *whisky* marciano.

A la mañana siguiente Lankey recibió a Baque con los puños llenos de telenotas.

—¡Vaya un revuelo! ¿Has visto el programa de esta mañana de esa Marigold?

Baque negó.

—No he mirado el visioscopio desde que empecé a trabajar aquí.

—Por si te interesa has sido... ¿cómo lo definió?: una «exclusiva de Marigold» en el visioscopio. «Erlin Baque, el famoso componedor, toca ahora el multicordio en un curioso local llamado el Antro de Lankey. Si quieres oír música asombrosa, llégate hasta el espaciopuerto de Nueva Jersey y escucha a Baque. No te lo pierdas. Una experiencia única». —Lankey soltó un juramento y agitó las telenotas—. Curioso local, nos llama. Ahora tengo decenas de miles de solicitudes de reserva, algunas desde Budapest y Shangai. Y tenemos un aforo de quinientas, contando a la gente de pie. ¡Maldita sea esa mujer! Ya teníamos todo lo que podíamos atender.

—Necesitas un local más grande —dijo Baque.

—Sí. Bien, confidencialmente, le había echado el ojo a un almacén grande. Dará para sentar a mil, como poco. Lo limpiaré. Te haré un contrato para que te encargues de la música.

Baque hizo un gesto de negativa.

—¿Qué me dices de abrir un gran local en el centro? De atraer gente con más dinero para gastar. Tú lo diriges y yo atraeré a los clientes.

Lankey se acarició pensativamente la nariz aplastada.

—¿Cómo nos lo dividiremos?

—Mitad y mitad —dijo Baque.

—No —dijo Lankey, negando lentamente con la cabeza—. Soy justo, Baque,

pero mitad y mitad no sería lo adecuado en un acuerdo así. Yo tendría que adelantar todo el dinero. Te daré un tercio por ocuparte de la música.

Hicieron que un abogado redactase el contrato. El abogado de Baque. Lankey insistió.

En el desolado gris de primera hora de la mañana, un Baque somnoliento recorría la cinta atestada camino de su apartamento. Era la hora punta, cuando los viajeros se juntaban todo lo posible y se removían incómodos cuando un vecino movía los pies. La multitud parecía más sólida de lo habitual, pero Baque pasó de los empujones y los codazos y se perdió en sus ideas.

Había llegado el momento de encontrar un sitio mejor para vivir.

No le había importado el apartamento basura mientras no se habían podido permitir nada mejor, pero Val llevaba años quejándose. Y ahora que podían permitirse mudarse a un apartamento lujoso o incluso a una casa pequeña en Pensilvania, Val se negaba a irse. No quería dejar a sus amigas, decía.

Reflexionando sobre ese problema de indecisión femenina, Baque se dio cuenta súbitamente de que se acercaba a su parada. Intentó moverse hacia una cinta de desaceleración... empujó con fuerza, intentó meterse entre sus compañeros de viaje, usó los codos, primero con delicadeza y luego con ganas. La multitud que le rodeaba no cedió.

—Disculpe —dijo Baque realizando otro intento—. Me bajo aquí. En esta ocasión, un par de brazos fuertes le detuvieron.

—Esta mañana no, Baque. Tienes una cita en el Centro.

Baque dedicó una mirada al círculo de rostros duros y sonrientes que le rodeaba. Con un súbito empujón se lanzó de lado, luchando con todas sus fuerzas. Los brazos le devolvieron a su sitio.

—Al Centro. Baque. Si quieres llegar muerto, eso es asunto tuyo.

—Al Centro —accedió Baque.

Abandonaron la cinta transportadora en una zona pública de aparcamiento. Los esperaba un volador, uno elegante y privado con un número de registro X de prioridad absoluta. Volaron rápidamente hacia Manhattan, atravesando las vías aéreas con monumental desprecio por las normas y viraron para aterrizar en el edificio descomunal de Visioscopio Internacional. A Baque lo llevaron por un pozo de antigravedad, por un laberinto de pasillos y, finalmente, le empujaron sin muchos miramientos al interior de un despacho.

Era una sala enorme y el escaso mobiliario hacía que pareciera todavía más enorme. Solo había en él una mesa, algunas sillas, un bar en una esquina, una enorme pantalla de visioscopio... y un multicordio. La mesa estaba ocupada, pero a Baque le llamaron la atención los hombres reunidos junto al bar. Su mirada recorrió las caras y encontró una familiar: Hulsey.

El agente rollizo dio dos pasos al frente y le miró con furia.

—El día del juicio, Erlin —dijo con frialdad.

Una mano golpeó con fuerza la mesa.

—Aquí el que juzga soy yo, Hulsey. Por favor, siéntese, señor Baque.

Le acercaron una silla y Baque se sentó, esperando nervioso, sin dejar de mirar al hombre de la mesa.

—Me llamo James Denton. ¿Mi fama llega a lugares tan remotos como el Antro de Lankey?

—No —dijo Baque—. Pero he oído hablar de usted.

James Denton. Rey de Visioscopio Internacional. Árbitro despiadado del gusto público. No tenía más de cuarenta años, con un rostro moreno y guapo, ojos intensos y sonrisa fácil.

Golpeó un puro en el borde de la mesa y cuidadosamente se lo llevó a la boca. Los hombres saltaron con los mecheros encendidos y él escogió uno sin alzar la vista, chupó con fuerza y asintió.

—No le aburriré presentándole a los congregados, Baque. Algunos de estos hombres están aquí por razones profesionales. Algunos porque sienten curiosidad. Supe de usted por primera vez ayer y lo que oí me hizo desear saber si era usted un activo potencial que podría tener su uso, una molestia potencial que debería ser eliminada o una nulidad que se puede desestimar. Cuando quiero saber algo, Baque, no pierdo el tiempo. —Soltó una carcajada—. Como habrá podido deducir del hecho de que le he hecho venir en cuanto ha estado... digamos... disponible.

—¡Es un hombre peligroso, Denton! —soltó Hulsey.

Denton le sonrió.

—Me gustan los hombres peligrosos, Hulsey. Es útil tenerlos cerca. Si puedo dar uso a lo que sea que tenga el señor Baque, le haré una oferta atractiva. Estoy seguro de que la aceptará con el debido agradecimiento. Si no puedo darle uso, me aseguraré de que no me incordie. ¿Me expreso con claridad, Baque?

Baque, mirando más allá de Denton para evitar sus ojos, no dijo nada.

Denton se inclinó. La sonrisa no desapareció, pero entornó los ojos y su voz se volvió súbitamente helada.

—¿Me expreso con claridad, Baque?

—Sí —murmuró Baque sin fuerzas.

Denton indicó la puerta con el pulgar, y la mitad de los presentes, incluido Hulsey, salieron solemnemente. Los otros esperaron, hablando en susurros mientras Denton chupaba sin pausa el puro. Finalmente el intercomunicador emitió una única palabra:

—¡Listo!

Denton señaló el multicordio.

—Me apetece una demostración de sus habilidades, señor Baque. Y asegúrese de que se trata de una buena demostración. Hulsey está escuchando y él podrá decirnos

si intenta darnos gato por liebre.

Baque asintió y se sentó al multicordio con los dedos dispuestos, mirando tímidamente el círculo de rostros que le observaban. Eran magnates de los negocios, y también de la ciencia y de la industria, y jamás en la vida habían escuchado música de verdad. Y en cuanto a Hulse... sí, Hulse estaría escuchando, pero a través del intercomunicador de Denton, a través de un sistema de comunicación diseñado para la voz.

Y Hulse tenía un oído fatal para la música.

Baque sonrió desdeñoso, tocó el filtro de violín, volvió a tocarlo y titubeó.

Denton sonrió irónicamente.

—Olvidaba comentarle, señor Baque, que siguiendo el consejo de Hulse hemos desconectado los filtros.

Baque sintió crecer la furia en su interior. Pisó a fondo el control de volumen, insolentemente tocó una fanfarria de visioscopio y se lanzó luego a tocar su Com para Queso Curado. Denton, su propia furia evidente en el rostro encendido, se inclinó hacia delante y gruñó algo. Los hombres que le rodeaban se agitaban incómodos. Baque cambió a otro Com, improvisó algunas variaciones y miró el círculo de caras.

Magnates de la industria, la ciencia y los negocios. «Sería divertido —pensó—, hacerlos patalear». Sus dedos dieron forma a un ritmo irresistible y comenzaron a agitarse por sí solos.

Olvidó su decisión de tocar con cautela. Riendo para sí, liberó un torrente aplastante de sonido que hizo que los hombres bailasen y obligó a Denton a ponerse en pie. Les hizo patalear sin freno, les llenó los ojos de lágrimas y terminó con la fuerza atronadora que Lankey llamaba «música sexual».

Luego se echó sobre el teclado, aterrorizado de lo que había hecho. Denton estaba de pie tras la mesa, con el rostro pálido, abriendo y cerrando las manos.

—¡Buen Dios! —murmuró.

Soltó una palabra al intercomunicador:

—¿Reacción?

—Negativa —fue la respuesta rápida.

—Vamos a presentar un informe.

Denton se sentó, se pasó la mano por la cara y se volvió hacia Baque con una sonrisa sosa en el rostro.

—Una interpretación impresionante, señor Baque. En unos minutos habremos... Ah, aquí están.

Los que se habían ido antes volvían a la habitación, y varios hombres formaron corrillo, hablando en susurros. Denton abandonó la mesa y se paseó, meditando. Los otros hombres, incluido Hulse, gravitaron hacia el bar.

Baque siguió al multicordio y contempló incómodo la conferencia. En un momento dado tocó accidentalmente una tecla y una única nota hizo perder el aplomo a los conferenciantes, Denton se detuvo a medio paso y Hulse derramó la bebida.

—El señor Baque se impacienta —gritó Denton—. ¿Podemos acabar?

—Un momento, señor.

Por fin se acercaron a la mesa de Denton. El portavoz, un hombre de pelo blanco y aires académicos de delicada piel rosada se aclaró la garganta con decisión y esperó a que Denton regresase a su silla.

—Queda probado —dijo— que los presentes en esta sala se han sentido poderosamente afectados por la música. Los que escuchaban por el intercomunicador no han experimentado más reacción que un ligero aburrimiento.

—No les he hecho venir para que me contasen lo evidente —respondió Denton—. ¿Cómo lo hace?

—Solo podemos ofrecer hipótesis.

—Eso dicen. Adelante.

—Erlin Baque posee la capacidad de proyectar telepáticamente su experiencia emocional. Cuando la proyección se refuerza sutilmente con la música de multicordio, los que están en su presencia comparten intensamente dicha experiencia. La proyección no afecta a los que escuchan a distancia.

—¿Y... el visioscopio?

—No puede proyectar sus emociones por medio del visioscopio.

—Comprendo —dijo Denton. Un fruncimiento de meditación le retorció la cara—. ¿Qué hay de su efectividad a largo plazo?

—Es difícil de predecir...

—¡Predigan, maldita sea!

—La novedad de su interpretación llamará la atención. Mientras dure esa novedad podría convertirse en una moda pasajera. Cuando el público pierda el interés probablemente conserve un pequeño grupo de seguidores que usen como narcótico la experiencia emocional de su música.

—Gracias, caballeros. Eso es todo.

La sala se vació con rapidez. Hulsey se detuvo en la puerta, miró con odio a Baque y salió dócil.

—Evidentemente, no es usted una nulidad —dijo Denton—, pero sea lo que sea, a mí no me sirve de nada. Por desgracia. Si pudiese proyectar a través del visioscopio, valdría usted mil millones por una hora de publicidad. Por suerte para usted, la incomodidad que puede causarme es más bien poca. Sé lo que traman usted y Lankey. Me bastaría una palabra y jamás encontrarían local para su nuevo restaurante. Podría hacer que dentro de una hora cerrasen el Antro de Lankey, pero apenas valdría la pena. Si puede fundar una secta, bien... quizás evite que sus miembros se dediquen a cosas peores. Esta mañana me siento generoso y ni siquiera insistiré en que su nuevo restaurante tenga pantalla de visioscopio. Ahora será mejor que se vaya, Baque, antes de que cambie de opinión.

Baque se puso en pie. En ese momento, Marigold Manning entró en la sala, exquisita, radiante, exóticamente perfumada, con el reluciente pelo rubio peinado con

un estilo nuevo y tentador.

—Jimmy, cariño... ¡oh! —Miró a Baque, miró el multicordio y tartamudeó—: Vaya, usted es... usted es... ¡Erlin Baque! Jimmy, ¿por qué no me lo dijiste?

—El señor Baque me ha dedicado en privado una actuación —dijo Denton con brusquedad—. Creo que nos comprendemos bien, Baque. Buenos días.

—¡Le vas a sacar por visioscopio! —exclamó Marigold—. Jimmy, es maravilloso. ¿Puede venir primero a mi programa? Puedo ponerle por la mañana.

Denton negó con la cabeza.

—Lo lamento, cariño. Hemos decidido que el talento del señor Baque no se ajusta al visioscopio.

—Al menos podría venir como invitado. Sería usted mi invitado, ¿no, señor Baque? No tiene nada de malo el tenerle como invitado, ¿verdad, Jimmy?

Denton rio.

—No. Después del revuelo que has armado, no sería mala idea que lo tuvieses como invitado. Le estará bien empleado cuando fracase.

—No fracasará. Estará genial por visioscopio. ¿Vendría esta mañana, señor Baque?

—Bien... —empezó a decir Baque. Denton asentía enfáticamente—. Pronto abriremos un nuevo restaurante. No me importaría ser su invitado el día de la inauguración.

—¿Un nuevo restaurante? Maravilloso. ¿Lo sabe alguien? ¡Lo contaré esta mañana como exclusiva!

—Todavía no está todo decidido —dijo Baque disculpándose—. Todavía no tenemos local.

—Lankey lo encontró ayer —dijo Denton—. Esta mañana hará que lo revise un contratista y, si no hay inconveniente, firmará el contrato de alquiler. Simplemente hágale saber a la señorita Manning su fecha de inauguración, Baque, y ella le buscará un hueco. Ahora, si no le importa...

A Baque le llevó media hora salir del edificio, pero avanzó sin rumbo por los pasillos y se negó a preguntar. Canturreaba feliz para sí y de vez en cuando se echaba a reír.

Los magnates de los negocios y la industria (y sus científicos a sueldo) no sabían nada sobre armónicos.

—Así están las cosas —dijo Lankey—. Pareces no tener idea de la suerte que has tenido... de la suerte que hemos tenido. Denton debió haber actuado cuando tuvo ocasión. Ahora sabemos a qué atenernos y cuando al fin se dé cuenta ya será demasiado tarde.

—¿Qué podríamos hacer si decide cerrarnos el local?

—Yo también tengo algunos contactos, Baque. No son de la alta sociedad, como

los de Denton, pero son tan deshonestos como los de Denton, y él tiene un buen montón de enemigos que estarían encantados de apoyarnos. Ha dicho que podría cerrarme el restaurante en una hora, ¿eh? Por desgracia, no podemos perjudicar mucho a Denton, pero sí que podemos hacer muchas cosas para evitar que nos perjudique.

—Creo que vamos a perjudicar a Denton —dijo Baque.

Lankey fue a la barra y regresó con un vaso lleno de un líquido rosa espumoso.

—Bebe —dijo—. Has tenido un día muy largo y estás delirando. ¿Cómo podríamos perjudicar a Denton?

—El visioscopio depende de los Coms. Le demostraremos a la gente que puede entretenerse sin los Coms. Nuestro lema será: ¡NO HAY COMS EN LANKEY'S!

—Genial —soltó Lankey—. Invierto mil en trajes nuevos para las chicas... no pueden llevar esa ropa de plástico en el nuevo local... y tú decides no dejarlas cantar.

—Claro que van a cantar.

Lankey se inclinó hacia delante, acariciándose la nariz.

—No hay Coms. Entonces, ¿qué van a cantar?

—He sacado algunas letras de un viejo libro escolar que tenía mi abuelo. En aquella época las llamaban poemas. Les estoy poniendo música. Iba a probarlos aquí, pero Denton podría enterarse y no tiene sentido que nos busquemos problemas antes de lo necesario.

—No. Guarda los problemas para el nuevo local... Después de abrir seremos tan importantes que nos las arreglaremos. Y estarás en *La mañana con Marigold*. ¿Estás seguro de eso de los armónicos, Baque? Podría ser que realmente estuvieses proyectando emociones, ¿sabes? No es que importe en *un* restaurante, pero en el visioscopio...

—Estoy seguro. ¿Cuándo podemos abrir?

—Tengo tres cuadrillas de obreros remodelando el local. Podremos sentar a mil doscientas personas y todavía nos quedará espacio para una buena pista de baile. Estará listo dentro de dos semanas. Baque, no estoy seguro de que eso del visioscopio sea muy inteligente.

—Quiero hacerlo.

Lankey fue a la barra y se sirvió una bebida.

—Vale. Lo haces. Si tu habilidad se transmite, se va a desatar el infierno y bien puedo empezar a prepararme. —Sonrió—. ¡La verdad es que va a ser una bendición para el negocio!

Marigold Manning había cambiado de peinado. Llevaba una creación en espiral de Zann de Hong Kong, y dedicó diez minutos a decidir qué perfil mostraría a la cámara. Baque esperó pacientemente. Su sensación de incomodidad se debía exclusivamente al hecho de que el traje que llevaba era la prenda de ropa más cara

que hubiese poseído nunca. Se repetía continuamente que tenía que dejar de preguntarse si no sería verdad que realmente proyectaba emociones.

—Así —dijo Marigold al fin, agitando la pantalla de mano una última vez para asegurarse—. ¿Y usted, señor Baque? ¿Qué haremos con usted?

—Simplemente colóqueme junto al multicordio —dijo Baque.

—Pero no puede limitarse a tocar. Tendrá que decir *algo*. Llevo una semana anunciando este día, tendremos las cifras de audiencia más altas desde hace años y usted *tendrá* que decir *algo*.

—Por supuesto —dijo Baque—, si puedo hablar de Lankey's.

—Claro que sí, tontito. Para eso está aquí. Usted habla de Lankey's y yo hablaré de Erlin Baque.

—Cinco minutos —anunció una voz.

—Oh, cielos —dijo ella—. Siempre me pongo muy nerviosa antes de empezar.

—Alégrese de no estar nerviosa durante el programa.

—Tiene mucha razón. Jimmy se ríe de mí, pero hace falta un artista para comprender a otro artista. ¿Se pone usted nervioso?

—Cuando toco, estoy demasiado ocupado.

—Eso me pasa a mí. Una vez que empieza el programa, estoy demasiado ocupada.

—Cuatro minutos.

—¡Oh, cielos! —Volvió a levantar la pantalla de mano—. Quizá sea mejor del otro lado.

Baque se sentó al multicordio.

—Está perfecta tal como está.

—¿Realmente lo cree? En cualquier caso, es muy amable por su parte. Me pregunto si Jimmy se tomará la molestia de ver el programa.

—Estoy seguro de que sí.

—Tres minutos.

Baque activó el instrumento y tocó un acorde. Ahora *estaba* nervioso. No tenía ni idea de qué iba a tocar. Deliberadamente había evitado preparar nada porque eran sus improvisaciones las que afectaban a la gente de forma tan extraña. Lo único que debía evitar era la música sexual. Lankey lo había dejado claro.

Se perdió en sus pensamientos, no oyó el último aviso y alzó la vista sorprendido cuando oyó el alegre:

—Buenos días a todos. ¡Esto es *La mañana con Marigold!*

La voz alegre siguió hablando y hablando. Erlin Baque. Su carrera como compositor. El asombroso descubrimiento de encontrarle tocando en el Antro de Lankey. Pidió a los ingenieros que pusieran el Com de Queso Curado. Finalmente terminó sus comentarios y se arriesgó a estropear su encantador perfil mirándole.

—Damas y caballeros, con admiración, con orgullo, con placer, les ofrezco una exclusiva de Marigold: ¡Erlin Baque!

Baque sonrió nervioso y tecleó una escala con un dedo.

—Este es mi primer discurso. Probablemente sea el último. El nuevo restaurante abre esta noche. Lankey's, en Broadway. Por desgracia, no puedo invitarlos porque, gracias a los generosos comentarios de la señorita Manning durante la pasada semana, está todo reservado para los próximos dos meses. Más adelante haremos algunas reservas para visitantes de lugares lejanos. ¡Vengan a vernos!

»En Lankey's encontrarán algo diferente. No hay pantalla de visioscopio. Quizá ya lo sepan. Tenemos jóvenes atractivas que cantan. Yo toco el multicordio. Sabemos que disfrutarán de nuestra música. Sabemos que la disfrutarán porque en Lankey's no tenemos Coms. Recuerden... *No hay Coms en Lankey's*. Nada de jabón con el jamón. Nada de coches aéreos con el filete. Nada de camisas con el postre. *¡Nada de Coms!* Solo buena comida, acompañada de buena música destinada exclusivamente a su disfrute... como esta.

Llevó las manos al teclado.

De inmediato supo que algo iba mal. Siempre había podido mirar una multitud de rostros, ajustando la interpretación a sus reacciones. Ahora no tenía más que a la señorita Manning y a los ingenieros de visioscopio y, de pronto, temía que su éxito se hubiese debido exclusivamente a su público. La gente le escuchaba por todo el hemisferio occidental. ¿Aplaudirían y golpearían el suelo? ¿Pensarían maravillados: «¡Así es como suena la música sin Coms!»? ¿O bostezarían aburridos?

Baque entrevió el rostro blanco de Marigold, el de los ingenieros que miraban boquiabiertos, y se le ocurrió que quizá todo iba bien. Se perdió en la música y tocó con fervor.

Siguió tocando incluso después de que la pantalla piloto quedase en blanco. La señorita Manning se puso en pie de un salto y corrió hacia él. Los ingenieros se agitaban confusos. Al fin Baque dejó de tocar.

—Nos han cortado —dijo la señorita Manning al borde de las lágrimas—. ¿Quién podría hacerme algo así? Nunca, nunca, durante toda mi carrera en el visioscopio... George, ¿quién nos ha cortado?

—Órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—¡Órdenes mías! —James Denton avanzó hacia ellos con los labios apretados, el rostro pálido, los ojos reluciendo por la violencia y muerte súbita. Le escupió las palabras a Baque—. No sé cómo has hecho ese truco, pero ningún hombre engaña a James Denton más de una vez. Ahora te has convertido en un incordio que debe ser eliminado.

—¡Jimmy! —gimió la señorita Manning—. Mi programa... cortado. ¿Cómo has podido?

—¡Calla la boca, maldita sea! Acabo de comunicar la noticia, Baque. Lankey's no abrirá esta noche. No es que a ti te importe demasiado.

Baque sonrió con tranquilidad.

—Creo que ha perdido, Denton. Creo que se ha transmitido música suficiente para derrotarle. Mañana tendrá un millón de quejas. También las recibirá el gobierno y luego veremos quién dirige de verdad Visioscopio Internacional.

—Yo dirijo Visioscopio Internacional.

—No, Denton. Pertenece al pueblo. Durante un tiempo el pueblo ha dejado que las cosas se desmadren un poco y ha aceptado todo lo que usted quisiera darle. Pero si la gente sabe lo que quiere, lo conseguirá.

Les he dado al menos tres minutos de lo que quieren. Ha sido más de lo que esperaba lograr.

—¿Cómo hiciste ese truco de mi oficina?

—No fue truco mío, Denton... fue suyo. Transmitió la música a través de un intercomunicador de voz. No transmitió los armónicos, las frecuencias superiores, de forma que el multicordio sonó muerto a los hombres de la otra sala. El visioscopio posee un espectro de frecuencia completo de los sonidos en directo.

Denton asintió.

—Me voy a cobrar la cabeza de esos científicos, y también conseguiré tu cabeza, aunque lamento perder la oportunidad. Si hubieses sido directo conmigo te hubiese convertido en multimillonario. La única alternativa es un músico muerto.

Se alejó y las puertas automáticas se cerraron al salir. Marigold Manning agarró a Baque del brazo.

—¡Rápido! ¡Sígame! —Baque vaciló y ella repitió con un susurro—: ¡No se quede ahí como un idiota! ¡Va a matarle!

Le llevó a través de una sala de control y por un corto pasillo. Lo recorrieron corriendo, pasaron como balas por una recepción y, sin decir nada, dejaron atrás a una secretaria sorprendida y cruzaron una puerta trasera que daba a otro pasillo. Marigold obligó a Baque a entrar en un ascensor de antigraavedad y subieron. En el terrado del edificio le dio prisa para llegar a la pista de coches aéreos y le dejó en un portal.

—Cuando le dé la señal, salga caminando —dijo—. No corra, camine.

La mujer se acercó tranquilamente a un asistente y Baque oyó *el* saludo sorprendido del hombre.

—¿Tan temprano esta mañana, señorita Manning?

—Estamos pasando muchos Coms —dijo—. Quiero el Waring grande.

—Ahora mismito.

Mirando desde la esquina, Baque la vio subir al volador. Tan pronto como el asistente se volvió de espaldas, ella le hizo un gesto frenético. Baque caminó cuidadosamente hacia ella, manteniéndose entre el asistente y el volador. Un momento más tarde se encontraban en el aire y muy abajo se oía el sonido apagado de una sirena.

—¡Lo hemos logrado! —dijo Manning—. Si no hubiese escapado antes de que sonase la alarma, no habría salido vivo del edificio.

—Bien, gracias —dijo Baque, mirando el edificio de Visioscopio internacional—.

Pero estoy seguro de que no era necesario. La Tierra es un planeta civilizado.

—¡Visioscopio Internacional no es un lugar civilizado! —respondió ella.

Él la miró inquisitivo. Marigold tenía el rostro rojo y los ojos muy abiertos por el miedo, y por primera vez Baque la vio como un ser humano, una mujer, una mujer encantadora. Mientras la miraba, ella apartó los ojos y se echó a llorar.

—Ahora Jimmy también me hará matar. ¿Y adónde podemos ir?

—A Lankey's —dijo Baque—. Mire... se ve desde aquí.

Ella dirigió el volador hacia las letras recién pintadas en la pista, en la azotea del nuevo restaurante, y Baque, mirando atrás, vio una multitud formándose en la calle de Visioscopio Internacional.

Lankey hizo flotar su mesa hasta la pared y se recostó cómodamente. Vestía un traje bien cortado y se había acicalado cuidadosamente para el papel de anfitrión jovial, pero en su despacho seguía siendo el mismo Lankey desgarrado que Baque había visto por primera vez apoyado en la barra.

—Te dije que se desataría el infierno —dijo, sonriendo—. En Visioscopio Internacional hay cinco mil personas que llaman a gritos a Erlin Baque. y la multitud va en aumento.

—No llegué a tocar ni tres minutos —dijo Baque—. Pensaba que mucha gente escribiría para quejarse de que Denton me hubiese cortado, pero no esperaba algo así.

—No lo esperabas, ¿eh? Cinco mil personas... quizás a estas alturas ya sean diez mil... y la señorita Manning arriesga el cuello para sacarte de allí. Pregúntale por qué, Baque.

—Sí —dijo Baque—. ¿Por qué arriesgarse por mí? La mujer se estremeció.

—Su música me provocó sensaciones.

—Claro que sí —dijo Lankey—. Baque, idiota, ¡diste tres minutos de música sexual a una cuarta parte de la población de la Tierra!

Esa noche Lankey's abrió como estaba previsto, con una multitud en la calle luchando por entrar mientras cupiese un alfiler. El astuto Lankey hacía pagar entrada. Los que estaban de pie no comían y Lankey no veía lógico ofrecerles música gratuita, aunque estuvieran dispuestos a quedarse de pie para oírla.

Realizó un cambio de planes de última hora. Previendo con acierto que los clientes preferirían a una encantadora anfitriona a un tipo mayor con la nariz aplastada, contrató a Marigold Manning. Ella se movía con gracia; el azul profundo de su vestido resaltaba su pelo dorado.

Cuando Baque se sentó al multicordio, la frenética ovación duró veinte minutos.

En mitad de la velada, Baque buscó a Lankey.

—¿Denton ha intentado algo?

—Nada de lo que yo me haya dado cuenta. Todo va perfectamente.

—Qué raro. Juró que no abriríamos.

Lankey rio.

—Tiene problemas propios de los que preocuparse. Las autoridades se le han echado al cuello por los disturbios. Temía que te culpasen a ti, pero no lo han hecho. Denton te sacó por visioscopio y luego te cortó, y por tanto han decidido que él es el responsable, y según mi último informe, Visioscopio Internacional ha recibido más de diez millones de quejas. No te preocupes, Baque. Pronto tendremos noticias de Denton, y también de los gremios.

—¿Los gremios? ¿Qué pasa con los gremios?

—El gremio de componedores se pondrá furioso contigo por haber dejado los Coms. El gremio de letristas lo apoyará, por los Coms y porque interpretas música sin letra. El gremio de intérpretes ya te la tiene jurada porque muy pocos de sus miembros pueden tocar decentemente y, por supuesto, apoyará a los otros gremios. Mañana por la mañana, Baque, serás el hombre más popular del Sistema Solar, y los patrocinadores, la gente del visioscopio y los gremios te odiarán a muerte. Voy a asignarte protección las veinticuatro horas. También a la señorita Manning. Quiero que los dos sobreviváis.

—¿Crees realmente que Denton...?

—Sí.

A la mañana siguiente, el gremio de intérpretes puso a Lankey's en la lista negra y ordenó que todos los músicos, incluido Baque, cortasen sus relaciones con la empresa. Rose y las otras cantantes se unieron a Baque en una negativa respetuosa y antes del mediodía ya estaban en la lista negra. Lankey llamó a un abogado, el individuo más siniestro, más furtivo, de aspecto más dudoso que Baque hubiese visto nunca.

—Se supone que deben advertirnos con una semana de antelación —dijo Lankey—, y darnos una semana más si decidimos apelar. Los voy a demandar por cinco millones.

Les visitó el comisionado de seguridad pública con el comisionado de salud y el comisionado de alcohol. Los tres charlaron brevemente con Lankey y se fueron muy serios.

—Denton mueve demasiado tarde —dijo Lankey feliz—. Yo ya hablé con ellos hace una semana y grabé nuestra conversación. No se atreverán a hacer nada.

Esa noche hubo un disturbio frente a Lankey's. Lankey tenía preparado su propio equipo antidisturbios y los clientes ni se dieron cuenta. Los informadores de Lankey's estimaban que Visioscopio Internacional había recibido cincuenta millones de quejas y que una docena de agencias gubernamentales había programado investigaciones. Las manifestaciones contra los Coms comenzaron espontáneamente y en los restaurantes de Manhattan rompieron quinientas pantallas de visioscopio.

Lankey's completó su primera semana sin problemas, con un lleno absoluto todos

los días. Llegaban reservas hasta desde Plutón. Un destacamento de espaciales procedente del planeta votó por pasar su primera noche de permiso en Lankey's. Baque se trajo de Berlín a un multicordista que pudiese sustituirle y Lankey esperaba que para finales de mes pudiesen mantener el restaurante abierto veinticuatro horas al día.

A comienzos de la segunda semana, Lankey le dijo a Baque.

—Se la hemos jugado a Denton. He bloqueado todos sus movimientos y ahora vamos a jugar un poco nosotros. Volverás a aparecer en visioscopio. Hoy voy a presentar la solicitud. Somos un negocio legítimo y tenemos tanto derecho como cualquiera a contratar tiempo. Si no nos lo concede, le demandaré. Pero no se negará.

—¿De dónde has sacado la pasta para algo así? —preguntó Baque. Lankey sonrió.

—Ahorros... un poco. He recibido mucha ayuda de gente a la que no le cae bien Denton.

Denton no se negó. Baque realizó un programa para toda la Tierra en directo desde Lankey's, con Marigold Manning presentándole. Solo omitió la música sexual.

Fin de jornada en Lankey's. Baque estaba en el camerino, cambiándose con cansancio. Lankey ya se había ido para charlar con su abogado a primera hora de la mañana. Intentaban prever el siguiente paso de Denton.

Baque se sentía inquieto. Después de todo, se repetía, no era más que un músico bobo. No entendía nada de problemas legales ni de la red compleja de contactos e influencias que Lankey manejaba con tanta facilidad. Sabía que James Denton era el diablo encarnado, y también sabía que tenía dinero suficiente para comprar Lankey's mil veces o para comprar el asesinato de cualquiera que se cruzase en su camino. ¿A qué esperaba? Con tiempo suficiente, Baque podría asestar un golpe mortal a toda la institución de los Coms. Seguro que Denton lo sabía bien.

Por tanto, ¿a qué *estaba* esperando?

La puerta se abrió de golpe y Marigold Manning entró semidesnuda; con el rostro pálido, tan blanco como su sujetador de plástico. Cerró la puerta y se apoyó en ella, el cuerpo estremecido por los sollozos.

—Jimmy —boqueó—. He recibido una nota de Carol... Es su secretaria. Era muy buena amiga mía. Dice que Jimmy ha sobornado a nuestros guardias y que esta mañana nos matarán de camino a casa. O dejarán que los hombres de Jimmy nos maten.

—Llamaré a Lankey —dijo Baque—. No hay nada de qué preocuparse.

—¡No! Si sospechan algo no esperarán. No se arriesgarán.

—Entonces tendremos que esperar a que Lankey regrese.

—¿Crees que es seguro esperar? Saben que nos preparamos para irnos.

Baque se dejó caer en la silla. Era el tipo de jugada que esperaba de Denton.

Sabía que Lankey escogía a sus hombres con meticulosidad, pero Denton tenía dinero suficiente para comprar a cualquiera. Sin embargo...

—Quizá sea una trampa. Quizá la nota sea falsa.

—No. Anoche vi a esa serpiente gorda de Hulsey hablando con los guardias y supe de inmediato que Jimmy tramaba algo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Baque.

—¿Podríamos salir por detrás?

—No lo sé. Tendríamos que pasar junto a un guardia al menos.

—¿Podríamos intentarlo?

Baque vaciló. Marigold estaba asustada, se retorció de miedo, pero ella sabía mucho más sobre esos asuntos que él, y conocía a James Denton. Sin su ayuda, jamás habría salido del edificio de Visioscopio Internacional.

—Si crees que es lo que debemos hacer, lo intentaremos.

—Tengo que terminar de cambiarme.

—Adelante. Házmelo saber cuando estés lista.

Abrió la puerta un poco y miró con cautela.

—No. Tú vienes a mi camerino.

Minutos más tarde, Baque y la señorita Manning caminaban tranquilamente por el pasillo del fondo del edificio. Saludaron a dos guardias que estaban vigilando y con un movimiento súbito cruzaron la puerta. Corrían. Oyeron detrás un grito de sorpresa, pero nadie los siguió. Recorrieron frenéticamente el callejón, giraron, llegaron a otro cruce y vacilaron.

—La cinta está por ahí —boqueó ella—. Si llegamos a la cinta...

—¡Vamos!

Corrieron de la mano. Muy por delante el callejón daba a una calle. Baque miró ansioso al cielo en busca de coches aéreos y no vio ninguno. No sabía dónde estaban.

—¿Nos... siguen? —preguntó ella.

—No creo. —Baque jadeaba—. No hay coches aéreos y cuando nos hemos detenido no he visto a nadie detrás.

—¡Entonces nos vamos!

De pronto, a unos diez metros por delante, un hombre surgió de la penumbra del amanecer. Mientras Marigold y Baque se detenían, confundidos por el pánico, el hombre se les acercó lentamente. Llevaba un sombrero calado sobre la cara, pero era imposible no reconocer la sonrisa. James Denton.

—Buenos días, preciosa —dijo—. Visioscopio Internacional no ha sido la misma sin tu encantadora presencia, y buenos días para usted, señor Baque.

Se quedaron en silencio. La mano de la señorita Manning agarraba el brazo de Baque, sus uñas le atravesaban la camisa y se le hundían en la piel. Él no se movió.

—He supuesto que te tragarías la bromita, preciosa. Me ha parecido que a estas alturas estarías tan asustada como para picar. Tenía bloqueadas todas las salidas, pero os agradezco que hayáis escogido esta. Os estoy muy agradecido. Me gusta saldar las

cuentas personalmente.

De pronto se volvió hacia Baque, con la voz cargada de rabia.

—Adelante, Baque. No es su hora. Tengo otros planes para usted. Baque se quedó anclado al asfalto húmedo.

—Muévase, Baque, antes de que cambie de opinión.

Le señorita Manning le soltó el brazo. Su voz era un susurro contenido:

—¡Ve!

—¡Baque! —ladró Denton.

—¡Ve, rápido! —volvió a susurrar la mujer.

Baque dio dos pasos vacilantes.

—¡Corre! —gritó Denton.

Baque corrió. A su espalda oyó el sonido perverso de un arma, un grito y el silencio. Baque vaciló, vio que Denton le miraba y corrió.

—Soy un cobarde —dijo Baque.

—No, Baque. —Lankey negó lentamente con la cabeza—. Eres un hombre valiente o no te habrías metido en esto. Intentar hacer algo en esa situación hubiese sido una tontería, no un gesto de valor. Ha sido culpa mía por pensar que primero iría contra el restaurante. Por eso ahora tengo una deuda con Denton, y soy un hombre que paga sus deudas.

Un fruncimiento inquieto recorrió el rostro feo de Lankey. Miró perplejo a Baque.

—Era una mujer hermosa y valiente, Baque —dijo, ausente, acariciándose la nariz chata—. Me pregunto por qué Denton te ha dejado escapar.

El aire de tragedia que esa noche cayó sobre Lankey's no afectó a sus clientes. A Baque le dedicaron una ovación atronadora mientras se acercaba al multicordio. Cuando se detuvo para saludar, tres policías le rodearon.

—¿Erlin Baque?

—Soy yo.

—Está arrestado.

Baque los miró con seriedad.

—¿De qué se me acusa? —preguntó.

—De asesinato.

Del asesinato de Marigold Manning.

Lankey presionó el rostro triste contra los barrotes y habló sin darse prisa.

—Tienen testigos —dijo—. Testigos sinceros que dicen que te vieron salir corriendo de ese callejón. Tienen varios testigos no tan honrados que afirman haberte visto disparar. Uno de ellos es tu amigo Hulsey, quien por casualidad daba un paseo matutino por ese callejón... o eso afirma. Denton probablemente invertiría un millón

en condenarte, pero no le va a hacer falta. Ni siquiera tendrá que sobornar al jurado. Así de buena es la acusación contra ti.

—¿Qué hay de la pistola? —preguntó Baque.

—Tendrán a un testigo que afirmará habértela vendido.

Baque asintió. Las cosas habían escapado a su control. Había trabajado por una causa que nadie comprendía... Era posible que ni él mismo hubiese comprendido lo que pretendía hacer, y había perdido.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Lankey agitó la cabeza con tristeza.

—No soy de los que se guardan las malas noticias. Cadena perpetua. Te van a enviar a un pozo de roca de Ganimedes durante el resto de tu vida.

—Comprendo —dijo Baque. Añadió ansioso—: ¿Tú vas a continuar?

—¿Qué intentabas hacer, Baque? No te limitabas a trabajar para Lankey's. Yo no lo entendía, pero te seguí porque me caes bien. Y me gusta tu música. ¿Qué era?

—No lo sé. Música, supongo. Gente escuchando música. Librarse de los Coms, o de algunos. Quizá de haber sabido lo que quería hacer...

—Sí. Sí, comprendo a qué te refieres. Lankey's seguirá, Baque, mientras a mí me quede aliento, y no es solo cuestión de nobleza. El negocio va de fábula. Ese nuevo intérprete de multicordio no lo hace nada mal. Está muy lejos de ser como tú, pero nunca tendremos a otro como tú. Podríamos estar al completo durante los próximos cinco años si estuviese dispuesto a aceptar reservas con tanta antelación. Los otros restaurantes están retirando los visioscopios e intentan imitarnos, pero llevamos una buena delantera. Seguiremos tal como tú empezaste, y el tercio sigue siendo tuyo. Haré que te lo depositen en un fondo. Cuando regreses, serás un hombre rico.

—¿Cuándo regrese!

—Bien... una cadena perpetua no es necesariamente perpetua. Asegúrate de portarte bien.

—¿Val?

—Me ocuparé de ella. Le daré trabajo para mantenerla ocupada.

—Quizá pueda enviarte música para el restaurante —dijo Baque—. Tendré mucho tiempo libre.

—Me temo que no. Quieren mantenerte apartado de la música. Por tanto... nada de componer. Y no te dejarán acercarte a un multicordio. Creen que puedes hipnotizar a los guardias y liberar a todos los prisioneros.

—¿Me dejarían... tener mi colección de discos?

—Me temo que no.

—Comprendo. Bien, si tiene que ser así...

—Así es. Ahora tengo dos deudas con Denton.

Al irse, el nada emotivo Lankey tenía lágrimas en los ojos.

El jurado deliberó durante ocho minutos y regresó con un veredicto de culpabilidad. Baque fue condenado a cadena perpetua. En el visioscopio hubo algunos comentarios editoriales, porque la vida en los pozos de roca de Ganímedes resultaba frecuentemente ser una vida bien corta.

Y entre las clases más desfavorecidas hubo rumores sobre que el veredicto lo habían comprado los patrocinadores, el visioscopio. Todo había sido una conspiración contra Erlin Baque, se decía, porque había entregado la música al pueblo.

Y el día en que Baque partió para Ganímedes, se anunció un recital público de H. Vail, multicordista, y B. Johnson, violinista. Precio de la entrada: un dólar.

Lankey recopiló pruebas con escrupuloso cuidado, sobornó otra vez a uno de los testigos sobornados y pidió un nuevo juicio. Rechazaron la petición y los largos años fueron pasando.

Se organizó la Orquesta Sinfónica de Nueva York, con veinte miembros. Uno de los elegantes coches aéreos de James Denton se estrelló y él murió al instante. Un accidente desafortunado. Un millonario que en una ocasión había oído a Erlin Baque tocar en el visioscopio *donó* fondos para una docena de conservatorios de música. Deberían haberse llamado Conservatorios Baque, pero un historiador musical que jamás había oído hablar de Baque les cambió el nombre por el de Bach.

Lankey murió y un yerno siguió con el negocio familiar. Se inició una suscripción popular para construir una nueva sala para la Sinfónica de Nueva York, que tenía ya cuarenta miembros. El proyecto acumuló potencia como una avalancha y finalmente se escogió un lugar de Ohio, donde la sala se encontraría a una cómoda distancia de todos los puntos del continente norteamericano. Se levantó la sala Beethoven con un aforo de cuarenta mil espectadores. Las entradas para la primera serie de conciertos se agotaron a las cuarenta y ocho horas de que las pusieran a la venta.

Se ofreció ópera en visioscopio por primera vez desde hacía doscientos años. En el mismo lugar de Ohio se levantó un palacio de la ópera y a continuación un instituto de arte. El Centro creció, primero por medio de suscripciones privadas y luego con donaciones gubernamentales. El yerno de Lankey murió y un sobrino se ocupó de llevar Lankey's... y de la campaña para liberar a Erlin Baque. Pasaron treinta años, luego cuarenta.

Cuarenta y nueve años, siete meses y diecinueve días después de que Baque fuese condenado a cadena perpetua, se le concedió la libertad condicional. Todavía poseía un tercio del restaurante más próspero de Manhattan y los beneficios acumulados a lo largo de los años le habían convertido en un hombre muy rico. Tenía noventa y seis años.

Otro lleno total en la sala Beethoven. Turistas venidos de todos los puntos del Sistema Solar, amantes de la música que acudían solo a los conciertos, ancianos que se habían retirado a vivir en el Centro, jóvenes en excursiones culturales, cuarenta mil en total, se agitaban inquietos y buscaban al director. Cuando por fin llegó, los aplausos resonaron desde los doce anfiteatros.

Erlin ocupaba la butaca que tenía permanentemente reservada al fondo del principal. Ajustó los binoculares y miró la orquesta, preguntándose cómo sonaría un contrafagot. Había dejado la amargura en Ganímedes. Su vida en el Centro era una sucesión interminable de milagros.

Por supuesto, nadie recordaba a Erlin Baque, compositor y asesino. Había generaciones enteras que no recordaban los Coms. Y, sin embargo, Baque sentía que había logrado todo aquello como si hubiese levantado el edificio con sus propias manos, como si él mismo hubiese construido el Centro. Extendió las manos para mirárselas, manos deformadas por los años en los pozos de roca, con los dedos y las puntas de los dedos aplastados, su cuerpo mutilado por las rocas que caían. No lamentaba nada. Había hecho bien su trabajo.

Había dos acomodadores en el pasillo. Uno le señaló con el pulgar y susurró:

—Ahí *tienes* a todo un personaje. Viene a todos los conciertos.

Nunca se pierde uno. Y se limita a sentarse en la fila de atrás, observando a la gente. Dicen que era uno de los viejos compositores, hace ya años y años.

—Quizá le guste la música —dijo el otro.

—No. Los viejos compositores no sabían nada de música. Además... está sordo.

Un Platillo de Soledad

THEODORE STURGEON

(febrero de 1953)

La ficción de Theodore Sturgeon está llena de personajes normales traicionados por sus limitaciones demasiado humanas o que luchan en entornos hostiles por encontrar a otros que compartan sus deseos o su sensación de soledad. Sturgeon empezó a publicar en 1939, y pronto dejó huella, tanto en la fantasía como en la ciencia ficción, con historias que se han convertido en clásicos. «Un dios microscópico» trata de un científico que juega a ser Dios con resultados inesperados y divertidos cuando continuamente obliga a una especie microscópica que ha creado a afrontar amenazas para su supervivencia. «Ello» se centra en las reacciones de unos personajes en un entorno rural que intentan lidiar con un monstruo inhumano y destructor. En «Yesterday Was Monday», un hombre descubre que la realidad de cada día es un escenario teatral construido por trabajadores diminutos. «Killdozer» es una variación del tema de Frankenstein: una cuadrilla de obreros está atrapada en una isla donde un buldózer ha absorbido la energía eléctrica de una forma de vida alienígena. En la ficción de Sturgeon posterior a la Segunda Guerra mundial el humor amable de sus primeros trabajos se transforma en patetismo. «Memorial» y «Trueno y rosas» son relatos de advertencia sobre el abuso de armas nucleares. En «Un platillo de soledad» y «Maturity» se exploran la soledad y la alienación en ambientes tradicionales de la ciencia ficción. Las novelas de Sturgeon destacan por personajes que superan el aislamiento de su fracaso para encajar en la normalidad que la sociedad impone. *Más que humano* cuenta la historia de un grupo de individuos psicológicamente disfuncionales que combinan sus habilidades individuales para crear una conciencia grupal sobrehumana. En *Los cristales soñadores*, un muchacho descubre que sus rarezas de comportamiento son en realidad síntomas de poderes sobrehumanos. Sturgeon es también famoso por su modo de tratar los tabúes de la sexualidad y la moralidad restrictiva en historias como *Some of Your Blood*, «El mundo bien perdido» y «Si todos los hombres fuesen hermanos, ¿permitirías que alguno se casara con tu hermana?». Sus relatos cortos han sido recopilados en *Without Sorcery*, *La fuente del unicornio*, *Caviar* y *A Touch of Strange*. Las recopilaciones *The Ultimate Egoist*, *Thunder and Roses*, *A Saucer of Loneliness*, *The Perfect Host*, *Boby is Three*, *The Microcosmic Cad* y *Killdozer*, preparadas por Paul Williams, son los primeros siete volúmenes de una serie que con el tiempo abarcará todos los relatos cortos de Sturgeon.

Si está muerta, pensé, jamás la encontraré en este torrente blanco de luz lunar sobre el mar blanco, con el flujo y reflujo de las olas sobre la arena pálida, pálida como un gran champú. Casi siempre, los suicidas que se apuñalan o se pegan un tiro en el corazón se desnudan el pecho cuidadosamente; el mismo extraño impulso hace habitualmente que los suicidas que deciden ahogarse en el mar se desvistan por completo.

Un poco antes, pensé, o un poco más tarde, y habría sombras en las dunas y se oiría el rítmico vaivén de las olas. En aquel momento la única sombra era la mía, diminuta debajo de mi cuerpo, pero lo suficientemente negra para alimentar con su negrura la sombra de un obeso.

Un poco antes, pensé, y podría haberla visto recorriendo la costa argentina, buscando un lugar lo suficientemente solitario para morir. Un poco más tarde y mis piernas se habrían rebelado contra aquel avance lento por la arena, la enloquecedora arena incapaz de sostener y de ayudar a un hombre apresurado.

En ese punto mis piernas cedieron y caí de rodillas, sollozando no por ella, todavía no, sino por falta de aliento. Había tanto movimiento a mi alrededor: viento, espuma revuelta y colores sobre colores, y matices que no eran de color sino de blanco y plata. Si una luz así hubiera sido un sonido, habría sido el de mar sobre la arena y, si mis oídos hubieran sido ojos, habrían visto aquella luz.

Me quedé en cuclillas, boqueando allí en medio, y una ola me golpeó, baja y cambiante. Se alzó y se abrió como los pétalos de una flor contra mis rodillas y luego me empapó hasta la cintura con un estrépito de burbujas. Me apreté los ojos con los nudillos para poder volver a abrirlos. Tenía el mar en los labios, con sabor a lágrimas, y la noche blanca al completo aullaba y gemía con fuerza.

Y allí estaba ella.

Sus hombros blancos formaban una curva más alta en la cuesta de espuma. Debió de notar mi presencia (quizá grité) porque se volvió y me vio de rodillas. Se llevó los puños a las sienes y contrajo el rostro. Dejó escapar un penetrante lamento de desesperación y furia para luego saltar al mar y hundirse.

Me quité los zapatos y corrí hacia el oleaje gritando, persiguiéndola, agarrando destellos de blanco que en mis dedos se convertían en sal marina y frío. Me zambullí dejándola atrás y su cuerpo me golpeó lateralmente mientras una ola me daba en el rostro y nos revolcaba a los dos. Luché por respirar en el agua sólida, abrí los ojos bajo la superficie y vi una luna distorsionada y de un verde blanquecino precipitándose mientras yo giraba. Volvía a tener la arena bajo los pies y la mano izquierda enredada en su pelo.

La ola en retroceso la arrastró y durante un momento se me escurrió de la mano como escapa el vapor de una tetera. En ese momento estuve seguro de que estaba muerta, pero cuando se afianzó en la playa luchó para ponerse en pie.

Me golpeó el oído, un húmedo, duro e intenso dolor me recorrió la cabeza. Tiró, se apartó de mí mientras mi mano seguía enredada en su pelo. No podría haberla soltado de haber querido. Con la siguiente ella giró hacia mí, pegándose y arañándose, y llegamos a aguas más profundas.

—No... no... ¡no sé nadar! —grité, y volvió a arañarme.

—Déjame en paz —aulló—.

Oh, por amor de Dios, ¿por qué no puedes (dijeron sus uñas) dejarme... (dijeron sus dientes afilados) en paz?, (dijeron sus puños pequeños y fuertes).

Así que le tiré del pelo para llevarle la cabeza hasta el hombro blanco y, con el canto de la otra mano, le golpeé dos veces el cuello. Volvió a flotar y la llevé a la orilla.

La llevé detrás de una duna que nos separaba de la lengua ancha y ruidosa del mar y que nos resguardaba un poco del viento. Pero había mucha luz. Le froté las muñecas, le acaricié la cara y dije:

—Todo va bien. ¡Ya está! —y algunos nombres a los que estaba acostumbrado por un sueño que tuve mucho, muchísimo antes siquiera de saber de ella.

Estaba tendida de espaldas y su respiración era un silbido entre dientes. Sus labios formaban una sonrisa que sus ojos apretados y fruncidos convertían en tortura. Estuvo bien y consciente un buen rato, pero incluso así su respiración era sibilante y sus ojos cerrados se retorcían.

—¿Por qué no podías dejarme en paz? —preguntó al fin. Abrió los ojos y me miró. Se sentía tan desgraciada que no le quedaba sitio para el miedo. Volvió a cerrar los ojos y dijo—. Sabes quién soy.

—Lo sé —dije.

Se echó a llorar.

Esperé y, cuando dejó de hacerlo, había sombras entre las dunas.

Había pasado mucho tiempo.

—No sabes quién soy. Nadie sabe quién soy —dijo ella.

—Salió en todos los periódicos.

—¡Eso! —Abrió los ojos despacio y su mirada me recorrió el rostro, los hombros, se detuvo en mi boca y me tocó los ojos un breve instante. Con un rictus apartó la cabeza—. Nadie sabe quién soy.

Esperé a que hiciese algún movimiento o hablase, y al final dije:

—Dímelo.

—¿Y tú quién eres? —preguntó, con la cabeza todavía apartada.

—Alguien que...

—¿Bien?

—Ahora no —dije—. Quizá más tarde.

De repente se sentó e intentó taparse.

—¿Dónde está mi ropa?

—No la he visto.

—Oh —dijo—. Ya me acuerdo. La he dejado en el suelo y le he echado arena encima, justo donde una duna hubiera acabado cubriéndola, ocultándola como si... Odio la arena. Quería ahogarme en la arena, pero no me dejaba... ¡No debes mirarme! —gritó—. ¡Odio que me mires! —Movi6 la cabeza de un lado a otro, buscando—. ¡No puedo quedarme así aqu6! ¿Qué voy a hacer? ¿Ad6nde puedo ir?

—Ven —le dije.

La ayudé a ponerse en pie pero luego apart6 de golpe la mano para alejarse de mí.

—No me toques. Apártate.

—Ven —repetí y descendí por la duna que se curvaba bajo la luna, se inclinaba bajo el viento y dejaba de ser duna para convertirse en playa—. Ven. —Señalé hacia la parte posterior de la duna.

Al final me siguió. Se asomó a la duna en un punto donde esta le llegaba por el pecho y de nuevo cuando le llegaba por las rodillas.

—¿Ahí detrás?

Ella asintió.

—No la veo.

—Qué oscuro... —Pasó por encima de la duna baja y entró en el algido negro de aquellas sombras lunares. Se apartó con cautela, tanteando cuidadosamente con los pies, volviendo hacia la parte más alta de la duna. Se hundió en la oscuridad y desapareció. Yo me senté en la arena, a la luz.

—Apártate de mí —escupió.

Me levanté y retrocedí. Invisible entre las sombras, dijo:

—No te vayas. —Esperé hasta que vi surgir su mano recortada de negrura—. Ahí —dijo—, por allá. En la oscuridad... Simplemente... mantente apartado de mí... Sé... una voz.

Hice lo que me pedía y me senté en las sombras como a un metro de ella.

Me lo contó. No como lo habían publicado los periódicos. Cuando sucedió tenía unos diecisiete años. Estaba en Central Park, en Nueva York. Hacía demasiado calor para un día de principios de primavera y en las piedras de las cuestas apisonadas había una mínima capa verde de la consistencia de la escarcha de aquella mañana. Pero la escarcha se había fundido y la hierba se portaba con valentía y desafiaba a cientos de pares de pies a pisarla desde el asfalto y el cemento.

Los suyos eran unos de esos pies. La tierra fértil era una sorpresa para ellos, como el aire para sus pulmones. Mientras caminaba sus pies dejaron de ser zapatos y su cuerpo fue conscientemente más que ropa. Era la clase de día que hace que alguien de ciudad levante la vista. Ella lo hizo.

Se sintió momentáneamente apartada de la vida que vivía, en la que había fragancia, no había silencio, en la que nada acababa de encajar, en la que nada llenaba el vacío. En ese momento, la desaprobación ordenada de los edificios que rodeaban el parque no podía alcanzarla; Durante dos o tres alientos realmente no importó nada que todo el ancho mundo fuese de imágenes proyectadas sobre una pantalla; de

diosas cuidadosamente acicaladas en esas torres de acero y vidrio; en suma, que fuese siempre, siempre de otros.

Así que alzó los ojos y allí arriba estaba el platillo.

Era hermoso. Era dorado, con un acabado satinado como una uva Concord. Emitía un ligero sonido, un acorde bitonal y un siseo desafilado como el viento en el trigo crecido. Se movía con rapidez, como una golondrina, elevándose y descendiendo. Daba vueltas, caía y flotaba como un pez, reluciente. Era como esos seres vivos pero con todo el atractivo de los objetos torneados y bruñidos, acompañados, mecánicos y métricos.

Al principio no se asombró, porque era tan diferente a cualquier cosa que hubiese visto antes que supuso que se trataba de una ilusión óptica de una estimación falsa de tamaño, velocidad y distancia que se revelaría enseguida como un destello del sol en un avión o el resplandor persistente de un arco de soldadura.

Apartó la vista y se dio cuenta de repente de que muchas otras personas también lo veían: veían algo. A su alrededor la gente se había quedado quieta y callada y estiraba el cuello para ver mejor. La rodeaba una burbuja de silencioso asombro y, fuera de ella, era consciente, proseguían los ruidos de la ciudad, el gigante de pesada respiración que nunca toma aire.

Volvió a mirar y empezó a entender lo lejos que estaba y lo grande que era el platillo. No, más bien lo pequeño que era y lo cerca que estaba. No era mayor que el círculo que podía formar con las dos manos y flotaba a apenas cincuenta centímetros por encima de su cabeza.

Entonces sintió miedo. Se apartó y alzó un brazo, pero el platillo se limitó a quedarse allí. Se inclinó mucho de lado, se retorció, avanzó, miró atrás y hacia arriba para comprobar si había escapado de él. Al principio no lo vio; luego miró más arriba y allí estaba, cercano y reluciente, estremeciéndose y canturreando justo sobre su cabeza.

Se mordió la lengua.

Con el rabillo del ojo vio a un hombre persignándose. Lo ha hecho porque me ha visto aquí de pie con un halo dorado sobre la cabeza, pensó. Y eso era la cosa mejor que le había pasado en la vida. Nunca nadie la había mirado y hecho un gesto de respeto, jamás, ni en una sola ocasión. A pesar del terror, a pesar del pánico y de la inquietud, el consuelo de esa idea anidó en ella: podría sacarlo y contemplarlo en los momentos de soledad.

Sin embargo, en aquel momento el terror se imponía a todo. Retrocedió, mirando hacia arriba, dando pasos ridículos. Tendría que haber chocado con la gente. Allí había muchas personas mirando boquiabiertas y forzando el cuello, pero no tocó a nadie. Se giró y descubrió para su horror que se encontraba en el centro de una multitud que la señalaba con insistencia. El mosaico de ojos desorbitados y el círculo interior afianzó sus múltiples piernas para retroceder y apartarse de ella.

La suave nota del platillo se hizo más profunda. Se inclinó, descendió unos

centímetros. Alguien gritó y la multitud se dispersó hacia todos lados, se reagrupó y retomó posiciones en un nuevo equilibrio dinámico, formando un anillo mucho más ancho a medida que más y más gente lo engrosaba a pesar de los esfuerzos por escapar de los del interior.

El platillo zumbó y se inclinó, se inclinó...

Ella abrió la boca para gritar, cayó de rodillas y el platillo la golpeó. Se tiró contra su frente y se quedó allí. Pareció casi como si la elevara. Se levantó sobre las rodillas, se esforzó por empujarlo con las manos y luego los brazos se le pusieron rígidos hacia abajo y atrás sin que las manos tocasen el suelo. Durante quizá segundo y medio el platillo la mantuvo rígida para luego transmitir un único estremecimiento extático a su cuerpo y soltarlo. Cayó al suelo con la parte posterior de los muslos pesada y dolorosamente sobre los talones y los tobillos.

El platillo se dejó caer a su lado, describió un pequeño círculo, giró una vez sobre su canto y se quedó inmóvil. Se quedó inmóvil, apagado y metálico, diferente y averiado.

Permaneció tendida mirando a duras penas el azul teñido de gris del cielo de primavera y, a duras penas, oyó los silbatos, y algunos gritos tardíos. Y una voz estúpida que bramaba:

—¡Déjenla respirar! —Lo que hizo que todos se acercasen aún más.

A continuación ya no se veía tanto cielo debido a una masa vestida de azul con botones metálicos y cuaderno de piel de imitación.

—Vale, vale, qué ha pasado aquí. Échense atrás, por amor de Dios. y la creciente oleada de observaciones, interpretaciones y comentarios —«La ha tirado al suelo». «Un tipo la ha tirado al suelo y...». «Aquí mismo, a plena luz del día, ese tipo...». «El parque empieza a ser...» extendiéndose, tergiversando los hechos hasta que no tuvieron nada que ver porque la excitación es mucho más importante.

Alguien con un hombro más duro que el resto se abalanzó, también con un cuaderno, para dar testimonio, dispuesto a cambiar «una guapa morena» por «una morena atractiva» para la edición vespertina, porque «atractivo» es lo menos que se le permite tener a una mujer si aparece como víctima en las noticias.

La reluciente pantalla protectora y el rostro florido acercándose más.

—¿Te has hecho mucho daño, hermana? —y los ecos difundiéndose por la multitud: «mucho daño, mucho daño, gravemente herida, le ha dado una tremenda paliza, a plena luz del día...».

Y otro hombre, esbelto y decidido, con gabardina marrón, de mentón marcado y con sombra de barba.

—Un platillo volante, ¿eh? Vale, agente, yo me encargo de todo a partir de ahora.

—¿Y quién demonios es para encargarse de todo?

El destello de una funda de cuero, una cara con la barbilla hundida en los hombros de la gabardina. El rostro dijo, intimidatorio y echándose hacia delante:

—FBI.

El policía asintió... asintió de pies a cabeza en una única genuflexión de maniquí.

—Busque ayuda y despeje la zona —dijo la gabardina.

—¡Sí, señor! —dijo el policía.

—El FBI, el FBI —murmuró la multitud, y hubo más cielo al que mirar.

Ella se sentó con el rostro glorioso.

—El platillo me ha hablado —cantó.

—Cállate —dijo la gabardina—. Más tarde tendrás muchas oportunidades de hablar.

—Sí, hermana —dijo el policía—. Dios mío, esta multitud podría estar repleta de comunistas.

—Cállese usted también —dijo la gabardina.

Alguien de la multitud le dijo a alguien más que un comunista había dado una paliza a la chica, mientras algún otro decía que le habían dado la paliza porque ella era comunista.

Intentó ponerse en pie, pero manos solícitas la volvieron a sentar. Para entonces ya había treinta policías.

—Puedo caminar —dijo.

—Tómalo con calma —le dijeron.

Le pusieron una camilla al lado, la subieron a ella y la taparon con una gran manta.

—Puedo caminar —dijo mientras la llevaban por entre la multitud. Una mujer se puso pálida y se apartó gimiendo:

—Oh, Dios mío, ¡qué horrible!

Un hombre bajito de ojos redondos la miró fijamente y se relamió.

La ambulancia. La metieron dentro. La gabardina ya estaba allí.

Un hombre de blanco con las manos muy limpias.

—¿Qué ha pasado, señorita?

—Nada de preguntas —dijo la gabardina—. Por seguridad.

El hospital.

—Tengo que volver al trabajo —dijo.

—Quítese la ropa —le dijeron.

Por primera vez en la vida tuvo un dormitorio para ella sola. Cuando se abría la puerta veía a un policía fuera. Se abría muy a menudo para dejar entrar al tipo de civiles que son muy amables con los militares y al tipo de militares que son todavía más amables con ciertos civiles. No sabía a qué se dedicaban ni qué querían. Cada día le hacían cuatro millones y medio de preguntas. Aparentemente, jamás hablaban entre sí, porque cada cual formulaba una y otra vez las mismas preguntas.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué edad tiene?

—¿En qué año nació?

—¿Cómo se llama?

En ocasiones, el interrogatorio iba por extraños derroteros.

—Bien, su tío. Se casó con una centroeuropea, ¿no? ¿De qué centroeuropeo?

—¿A qué clubes o asociaciones pertenece? ¡Ah! Bien, a propósito de la banda de Rinkeydinks de la calle Sesenta y tres. ¿Quién estaba realmente detrás?

Y una y otra vez:

—¿Qué quiso decir cuando dijo que el platillo le había hablado?, y ella respondía:

—Me habló.

Y ellos decían:

—Y dijo...

Y ella negaba con la cabeza.

Había muchos que le gritaban y muchos amables. Nunca nadie había sido tan amable con ella, aunque no tardó en darse cuenta de que no eran amables con ella. Simplemente la tranquilizaban, la hacían pensar en otras cosas para poder dispararle de pronto una pregunta.

—¿Qué quiere decir con que le habló?

Pronto fue como con mamá o en la escuela o en cualquier otro lugar, y aprendió a sentarse con la boca cerrada y a dejar que gritaran. En una ocasión la sentaron en una silla dura horas y horas, con una luz en los ojos, sedienta. En su casa había un montante en la puerta de su dormitorio y todas las noches mamá solía dejar encendida la luz de la cocina para que ella no tuviese miedo. Así que la luz no la molestaba en absoluto.

La sacaron del hospital y la metieron en una celda. En ciertos aspectos era mejor. La comida. La cama también estaba bien. Por la ventana podía ver a muchas mujeres haciendo ejercicio en el patio. Le explicaron que las demás tenían una cama mucho más dura.

—Eres una jovencita importante, ¿sabes?

Al principio fueron amables pero, como era habitual, resultó que no eran sinceros. Siguieron presionándola. En una ocasión le trajeron el platillo. Lo tenían en una enorme caja de madera con candado, que a su vez contenía una caja de acero con cerradura Yale. Solo pesaba un par de kilos, el platillo, pero una vez embalado hacían falta dos hombres para llevarlo y cuatro con pistola para vigilarlo.

Le hicieron reconstruir toda la escena con algunos soldados sosteniendo el platillo sobre su cabeza. No era lo mismo. Le habían sacado un montón de piezas y, además, era de un gris sin vida. Le preguntaron si sabía por qué y, por una vez, respondió:

—Ahora está vacío.

El único con el que hablaba era con un hombrecito de barriga prominente que le dijo la primera vez que se encontraron a solas:

—Escuche, creo que el trato que recibe es una mierda. Bien, comprenda: tengo un trabajo que hacer. Mi trabajo consiste en descubrir por qué no nos dice lo que dijo el

platillo. No quiero saber lo que dijo y no se lo preguntaré jamás. Ni siquiera quiero que me lo diga. Simplemente, vamos a descubrir por qué guarda el secreto.

Resultó que para descubrirlo se pasaron horas y horas hablando de padecer neumonía, del florero que había modelado en segundo curso y que mamá tiró por la salida de incendios, de volver al colegio y de soñar con sostener una copa de vino con ambas manos y mirar a un hombre por encima del borde.

Y un día le dijo por qué no decía lo del platillo, como le vino.

—Porque hablaba conmigo, y no es asunto de nadie más.

Incluso le contó lo del hombre persignándose. Era la única otra cosa solo suya.

Fue amable. Fue él quien le advirtió lo del juicio.

—No es asunto mío decirlo, pero le van a administrar el tratamiento completo. Juez, jurado y todo lo demás. Simplemente diga lo que tenga que decir, ni más ni menos, ¿me escucha?, y no deje que la confundan. Tiene derecho a conservar lo suyo.

Se puso en pie, soltó un juramento y se fue.

Primero vino un hombre y le habló un buen rato sobre la posibilidad de que la Tierra sufriese un ataque del espacio exterior, de que fuese atacada por seres mucho más fuertes e inteligentes que nosotros y que quizás ella fuese la clave de la defensa. Así que se lo debía al mundo. Incluso si la Tierra no era atacada tenía que pensar en la ventaja que ella podía representar para el país frente a sus enemigos. Luego agitó el dedo frente a la cara y dijo que su actitud equivalía a trabajar para los enemigos de su país. Y resultó que ese era el hombre que la defendería en el juicio.

El jurado la declaró culpable de desacato al tribunal y el juez recitó una larga lista de penas que podía aplicarle. Escogió una y la suspendió de inmediato. La devolvieron a la celda unos días y luego la soltaron.

Al principio fue maravilloso. Consiguió trabajo en un restaurante y una habitación amueblada. Había salido tanto en los periódicos que mamá no la quería en casa. Mamá estaba casi siempre borracha y en ocasiones despertaba a todo el vecindario, pero al mismo tiempo tenía las ideas muy claras sobre la respetabilidad, y salir continuamente en los periódicos por espía no era su idea de la decencia. Así que en el buzón puso su nombre de soltera y le dijo a su hija que ya no vivía allí.

En el restaurante conoció a un hombre que le pidió una cita. Era la primera vez. Gastó hasta su último centavo en un bolso rojo a juego con sus zapatos rojos. No eran del mismo tono, pero al menos eran rojos. Fueron al cine y luego él no intentó besarla ni nada; simplemente intentó descubrir qué le había dicho el platillo volante. Ella no dijo nada. Volvió a casa y se pasó la noche llorando.

Luego unos hombres que charlaban en un reservado y se callaban cada vez que ella pasaba a su lado hablaron con el jefe y este vino a decirle que eran ingenieros electrónicos que trabajaban para el gobierno y tenían hablar mientras ella estuviese cerca... ¿No era una espía o algo así? Así que la despidieron.

En una ocasión vio su nombre en una máquina de discos. Metió cinco centavos y le dio a un tecla, y el disco iba de cómo «el platillo volante un día bajó, una forma

totalmente nueva de tocar le enseñó, y lo que era no lo diré, pero de este mundo me sacó». Y mientras escuchaba, alguien la señaló y gritó su nombre. Cuatro hombres la siguieron hasta casa y tuvo que bloquear la puerta.

En ocasiones pasaba varios meses bien hasta que alguien le pedía una cita. En tres de cinco ocasiones los siguieron. En una ocasión, el hombre con el que iba arrestó al hombre que los seguía. En dos, el hombre que los seguía arrestó a su acompañante. En cinco de las cinco ocasiones, su acompañante intentó enterarse de lo del platillo volante. A veces salía con alguien y fingía que era una cita de verdad, pero no se le daba muy bien.

Así que se mudó a la costa y consiguió trabajo limpiando tiendas y oficinas por la noche. No había muchas que limpiar, pero eso implicaba que no había mucha gente que pudiese recordar su foto y su nombre de los periódicos. Como un reloj, cada dieciocho meses algún articulista lo sacaba todo en alguna revista o suplemento dominical y, cada vez que alguien veía faros en una montaña o el brillo de un globo meteorológico, tenía que ser un platillo volante, y había comentarios ingeniosos sobre que el platillo quería contar secretos. Durante dos o tres semanas ella evitaba salir a la calle de día.

En una ocasión creyó haber resuelto el problema. La gente no la quería, así que se puso a leer. Las novelas estuvieron bien una temporada hasta que descubrió que en general era como en el cine: trataban de gente guapa que hacía lo que le daba la gana con el mundo. Así que aprendió cosas: sobre animales, sobre árboles. Una ardilla desagradable atrapada en una verja la mordió. Los animales no la querían. A los árboles no les importaba.

Luego se le ocurrió la idea de las botellas. Reunió todas las botellas que pudo y escribió en trozos de papel que metía en ellas. Recorría kilómetros de playa y lanzaba las botellas todo lo lejos que podía. Sabía que si la persona adecuada encontraba una, esa persona recibiría lo único en este mundo que podría servirle de ayuda. Las botellas la mantuvieron cuerda tres años enteros. Todos debemos tener nuestra actividad secreta.

Y al final llegó un momento en que aquello dejó de tener sentido. Puedes intentar ayudar continuamente a alguien que quizás exista; pero no tardas en no ser capaz de fingir que ese alguien existe de verdad. Y eso es todo. El final.

—¿Tienes frío? —le pregunté cuando terminó de hablar.

Las olas estaban más tranquilas y las sombras eran más alargadas.

—No —respondió desde las sombras. De pronto añadió—: ¿Creías que estaba enfadada contigo porque me has visto sin ropa?

—¿Por qué no ibas a estarlo?

—Sabes, no me importa. No hubiese querido que me vieses... que me vieses ni siquiera con un vestido de baile o con un mono. No se puede cubrir mi cuerpo. Se manifiesta; está ahí igualmente. No quería que me vieras, simplemente. Eso es todo.

—¿Que no te viera yo o que no te viera nadie? Vaciló.

—Tú.

Me puse en pie, me desperecé y caminé un poco, pensando.

—¿El FBI no intentó evitar que lanzases las botellas?

—Oh, claro. Gastaron no sé qué montón de dinero de los contribuyentes recogién-dolas. Todavía dan un repaso de vez en cuando. Pero se empiezan a cansar. Los mensajes siempre dicen lo mismo. —Se rio. No sabía que supiera reír.

—¿Qué es eso tan gracioso?

—Todos ellos... los jueces, los carceleros, los músicos... la gente. ¿Sabes que no me habría ahorrado ningún problema si se lo hubiese contado todo desde el comienzo?

—¿No?

—No. No me hubiesen creído. Lo que querían era una nueva arma. Superciencia de una superespecie para cargarte a la superespecie si alguna vez tienes ocasión, o a la tuya en caso contrario. Todos esos cerebros... —Respiró hondo, con más asombro que desprecio—. Todos esos mandamases piensan «superespecie» y acto seguido «superciencia». ¿No se les ocurre que una «superespecie» también tiene super sentimientos... super risa, quizás, o super hambre? —Hizo una pausa—. ¿No es hora de que me preguntes lo que dijo el platillo?

—Te lo diré yo —solté.

*En ciertas almas vivas hay
una inexpresable soledad,
tan enorme que es obligado compartirla
como los seres comunes comparten la compañía.
Mi soledad es así; debes saber por tanto
que en la inmensidad
hay alguien más solitario que tú.*

—Dios mío —dijo devotamente, y se echó a llorar—. ¿Y a quién va dirigido?

—Al más solitario...

—¿Cómo lo sabes? —susurró.

—Es lo que decía en las botellas, ¿no?

—Sí —dijo ella—. Cuando resulta demasiado que a nadie le importe, que nadie nunca... Arrojas una botella al mar y con ella se va parte de tu soledad. Piensas que alguien la encontrará, en algún lugar... y aprenderá por primera vez que lo peor se puede comprender.

La luna se ponía y el mar se calmaba. Miramos al cielo, a las estrellas. Dijo:

—No sabemos qué es la soledad. La gente cree que el platillo era un platillo, pero no lo era. Era una botella con un mensaje en su interior. Tuvo que atravesar un océano mayor, todo el espacio, sin muchas posibilidades de encontrar a alguien. ¿Soledad? Nosotros ni siquiera sabemos lo que es la soledad.

Cuando pude, le pregunté por qué había intentado suicidarse.

—Me ha ido bien con lo que el platillo me dijo —respondió—. Quería... retribuirlo de algún modo. Estaba tan mal como para precisar ayuda; tenía que saber que estaba lo suficientemente bien para ayudar. ¿Nadie me quiere? Vale. Pero no me digas que nadie, en parte alguna, quiere mi ayuda. Eso no lo puedo soportar.

Respiré hondo.

—Hace dos años encontré una de tus botellas. Desde entonces te busco. Tablas de mareas, cartas de corrientes, mapas y... vagar por ahí. Oí hablar de ti y tus botellas por esta zona. Alguien me dijo que lo dejaste hace tiempo, que te dedicabas a deambular por las dunas de noche. Supe por qué. Corrí todo el camino.

Tuve que volver a tomar aliento.

—Tengo un pie deforme. Pienso con claridad, pero las palabras no salen de mi boca como se forman dentro de mi cabeza. Tengo esta nariz. Nunca he tenido a una mujer. Nadie me contrata para trabajar si en el puesto tienen que mirarme. Tú eres hermosa —dije—. Tú eres hermosa.

Ella no dijo nada, pero fue como si emitiese una luz, mucha más luz y mucha menos sombra de lo atribuible a la luna. Una de las muchas cosas que yo pretendía decir era que incluso la soledad tiene un final, para quienes se sienten lo bastante solos el tiempo suficiente.

Sueños de robot

ISAAC ASIMOV

(1986)

Los robots y el nombre de Asimov han estado unidos desde los años cuarenta, cuando varios de sus relatos sobre seres cibernéticos dieron «Las tres leyes de la robótica», un conjunto de guías de comportamiento, destiladas informalmente, para la interacción entre inteligencias artificiales y la humanidad. Leyes que siguen influyendo en los escritores de hoy en día. Esas historias se recopilaron en *Yo, robot* y *El resto de los robots*, esta última incluyendo sus novelas *Las cavernas de acero* y *El sol desnudo*, híbridos entre ciencia ficción y novela de misterio en el que el equipo de detectives formado por un robot y un humano, R. Daneel Olivaw y Lije Baley, resuelven crímenes y reflexionan sobre las sutilezas de la condición humana. Uno de los escritores más conocidos de la Edad de Oro de la ciencia ficción, Asimov es famoso por la racionalidad de las extrapolaciones científicas de sus historias. Su obra maestra, la serie *Fundación*, compuesta por seis novelas escritas durante casi medio siglo, proyecta una historia galáctica del futuro modelada en el ascenso y caída del Imperio Romano. Su famosa historia corta «Anochecer» describe, con gran inteligencia, el caos que se apodera de toda la civilización de un planeta donde el anochecer se produce solo una vez cada mil años. La ficción corta de Asimov se ha recopilado en *Con la Tierra nos basta*, *Anochecer y otras historias*, *El hombre del bicentenario y otras historias* y muchos otros volúmenes. Sus novelas incluyen *Un guijarro en el cielo*, *Las corrientes del espacio*, la ganadora del Hugo y el Nebula *Los propios dioses* y la novelización inmensamente popular *Viaje alucinante*, así como dos series de novelas escritas para jóvenes lectores, una protagonizada por Lucky Starr (escritas con el pseudónimo de Paul French) y la otra con Norby el robot (escrita en colaboración con su esposa, Janet). Ganó el premio Hugo en cinco ocasiones y el Nebula en dos. Doctor en química, Asimov fue un reconocido y prolífico autor de libros y columnas de divulgación científica. Su prodigiosa y variada obra incluye novelas y cuentos de misterio, libros de quintillas humorísticas, guías de Shakespeare y la Biblia, colecciones de recuerdos personales y cartas, y dos volúmenes de autobiografía, *In Joy Still Felt* e *In Memory Yet Green*. En el momento de su muerte, en 1992, había escrito más de trescientos libros.

noche soñé —dijo con tranquilidad LVX-1.

Susan Calvin no dijo nada, pero su rostro arrugado, viejo en sabiduría y

experiencia, sufrió un tic microscópico.

A —¿Lo oye? —dijo Linda Rash, nerviosa—. Es como le dije. —Era menuda, morena y joven. Abría y cerraba continuamente la mano derecha. Calvin asintió. Dijo con calma:

—Elvex, no te moverás, no hablarás y no nos oirás hasta que vuelva a decir tu nombre.

No hubo respuesta. El robot se quedó sentado como una talla de metal, y así permanecería hasta volver a oír su nombre.

—¿Cuál es su código de entrada en el ordenador, doctora Rash? —dijo Calvin—. O éntrelo usted misma, si se siente más cómoda.

Quiero inspeccionar los patrones del cerebro positrónico.

Las manos de Linda tantearon un momento las teclas. Interrumpió el proceso y empezó de nuevo. El delicado patrón apareció en pantalla.

—Su permiso, por favor, para manipular su ordenador —dijo Calvin.

El permiso le fue concedido por medio de un asentimiento silencioso. ¡Por supuesto! ¿Qué podía hacer Linda, una robopsicóloga novata y sin experiencia contra la Leyenda Viviente?

Lentamente, Susan Calvin examinó la pantalla, moviéndose por ella de un lado a otro y hacia abajo, luego arriba, dándole a una combinación de teclas con tal rapidez que Linda no vio lo que había hecho pero pasó a verse otra parte del patrón, ampliado. Fue adelante y atrás, recorriendo el teclado con sus dedos nudosos.

El viejo rostro permaneció impassible. Observó los cambios del patrón como si estuviesen haciendo complicados cálculos mentales.

Linda se extrañó. Era imposible analizar un patrón sin al menos un ordenador de mano, sin embargo la Anciana se limitaba a mirar fijamente. ¿Tenía un ordenador implantado en el cráneo? ¿O era el ordenador su cerebro, que durante décadas no había hecho otra cosa sino diseñar, estudiar y analizar patrones de cerebros positrónicos? ¿Comprendía de inmediato esos patrones de la misma forma que Mozart comprendía de inmediato las notas de una sinfonía?

Finalmente Calvin preguntó:

—¿Qué ha hecho usted, Rash?

Algo avergonzada, Linda dijo:

—Empleé geometría fractal.

—De eso me he dado cuenta. Pero ¿por qué?

—Nunca se ha hecho. Pensé que podría producir un patrón cerebral de mayor complejidad, posiblemente más cercano al humano.

—¿Lo consultó con alguien? ¿Fue cosa suya?

—No lo consulté. Fue cosa mía.

Los ojos marchitos de Calvin miraron largamente a la joven.

—No tenía derecho. Rash^[6] es su nombre; imprudente es su naturaleza. ¿Quién es usted para no pedir permiso? Yo misma, yo, Susan Calvin, lo hubiese consultado.

—Temía que me lo impidiesen.

—Así habría sido, desde luego.

—¿Me van a... —le falló la voz, aunque se esforzaba para que no le temblara—
despedir?

—Muy posiblemente —dijo Calvin—. O puede que la asciendan.

Depende de mi opinión cuando haya terminado con esto.

—¿Va a desmontar a El...? —Había estado a punto de decir su nombre, lo que hubiese reactivado al robot y hubiese sido un error más. No podía permitirse otro error, si no era ya demasiado tarde para permitirse nada—. ¿Va a desmontar al robot?

De pronto fue consciente, lo que la conmocionó un tanto, de que la Anciana tenía una pistola de electrones en el bolsillo de la bata. La doctora Calvin había venido preparada para esa eventualidad.

—Veremos —dijo Calvin—. Puede que el robot resulte demasiado valioso para desmantelarlo.

—Pero ¿cómo es posible que sueñe?

—Usted ha creado un patrón cerebral positrónico asombrosamente parecido al de un cerebro humano. Los cerebros humanos deben soñar para reorganizarse, para deshacerse, periódicamente, de los enredos. Quizá también deba hacerlo este robot, y por la misma razón. ¿Le ha preguntado con qué ha soñado?

—No. La he mandado llamar tan pronto como ha dicho que había soñado. A partir de ese punto, ya no podía encargarme yo sola.

—¡Ah! —Una sonrisa imperceptible había cruzado el rostro de Calvin—. Hay límites más allá de los cuales no la llevará su estupidez. Me alegra saberlo. Es más, me alivia. Y ahora, veamos juntas qué podemos descubrir.

Dijo con voz clara:

—Elvex.

El robot giró la cabeza lentamente hacia ella.

—¿Sí, doctora Calvin?

—¿Cómo sabes que has soñado?

—Es de noche, cuando está oscuro, doctora Calvin —dijo Elvex—, y de pronto hay luz, aunque no veo la causa de su aparición. No veo nada que tenga relación con lo que concibo como realidad. Oigo cosas. Reacciono de forma extraña. Buscando en mi vocabulario palabras para expresar lo sucedido me encontré con la palabra «sueño». Estudiando su significado, concluí finalmente que había estado soñando.

—Me pregunto cómo ha llegado la palabra «sueño» a formar parte de tu vocabulario.

Linda dijo con rapidez, indicándole al robot que no hablase:

—Le di un vocabulario humano. Pensé...

—Así que pensó —dijo Calvin—. Me sorprende.

—Pensé que le haría falta el verbo. Ya sabe, «nunca hubiese soñado que...». Algo por el estilo.

—¿Con qué frecuencia sueñas, Elvex? —preguntó Calvin.

—Todas las noches, doctora Calvin, desde que soy consciente de mi existencia.

—Diez noches —añadió Linda, ansiosa—, pero Elvex me lo ha dicho esta mañana.

—¿Por qué esta mañana, Elvex?

—Hasta esta mañana, doctora Calvin, no he estado convencido de que estuviera soñando. Hasta entonces pensaba que se trataba de un fallo en mi patrón cerebral positrónico, pero no he podido dar con él. Finalmente, he decidido que era un sueño.

—¿Y qué sueñas?

—Sueño siempre lo mismo básicamente, doctora Calvin. Los pequeños detalles difieren, pero siempre me parece ver un amplio panorama en el que trabajan robots.

—¿Robots, Elvex? ¿Y también seres humanos?

—No veo seres humanos en el sueño, doctora Calvin. Al principio no. Solo robots.

—¿Qué hacen, Elvex?

—Trabajan, doctora Calvin. Veo algunos dedicados a la minería en las profundidades de la tierra, y otros trabajando bajo el calor y la radiación. Veo algunos en fábricas y algunos bajo el mar.

Calvin se volvió hacia Linda.

—Elvex solo tiene diez días y estoy segura de que no ha salido de la zona de prueba. ¿Cómo es que conoce tantos detalles sobre robots?

Linda miró hacia la silla, como si deseara sentarse, pero la Anciana estaba de pie y eso significaba que Linda también debía permanecer de pie. Dijo con un hilo de voz:

—Me parecía importante que supiese sobre los robots y su lugar en el mundo. Pensé que estaría especialmente capacitado para la tarea de supervisor con... con su nuevo cerebro.

—¿Su cerebro fractal?

—Sí.

Calvin asintió y se giró hacia el robot.

—Viste todo eso, bajo el agua, bajo tierra, en la superficie y, supongo, que también en el espacio.

—También vi robots trabajando en el espacio —dijo Elvex—. Fue ver todo eso, con detalles distintos dependiendo de dónde miraba, que me hizo comprender que lo que veía no se correspondía con la realidad y me llevó a la conclusión, inexorable, de que estaba soñando.

—¿Qué más viste, Elvex?

—Vi que todos los robots se inclinaban, bregando afligidos, que todos estaban agotados por la responsabilidad y la preocupación, y deseé que descansaran.

—Pero los robots no están inclinados, no están cansados, no precisan descanso —dijo Calvin.

—Así es en la realidad, doctora Calvin. Sin embargo, hablo de mi sueño. En mi sueño me parecía que los robots debían proteger su propia existencia.

—¿Estás citando la tercera ley de la robótica?

—La cito, doctora Calvin.

—Pero tu cita es incompleta. La tercera ley es: «Un robot debe proteger su propia existencia siempre y cuando eso no entre en conflicto con la primera o la segunda ley».

—Sí, doctora Calvin. Esa es la tercera ley en la realidad, pero en mi sueño la ley terminaba con la palabra «existencia». No se mencionaba la primera ni la segunda ley.

—Pero las dos existen, Elvex. La segunda ley, que tiene precedencia sobre la tercera dice: «Un robot debe obedecer las órdenes de un ser humano excepto cuando esas órdenes entren en conflicto con la primera ley». Debido a eso, los robots obedecen órdenes. Realizan el trabajo que les ves hacer y lo hacen correctamente y sin problemas. No están subyugados; no están cansados.

—Así es en la realidad, doctora Calvin. Yo hablo de mi sueño.

—Y la primera ley, Elvex, que es la más importante de todas, dice: «Un robot no podrá dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño».

—Sí, doctora Calvin. En la realidad. En mi sueño, sin embargo, me parecía que no había primera ni segunda ley, sino solo la tercera, y esa tercera ley era: «Un robot debe proteger su propia existencia». Esa era la única ley.

—¿En tu sueño, Elvex?

—En mi sueño.

—Elvex, no te moverás, ni hablarás, ni oirás hasta que yo diga tu nombre —dijo Calvin y una vez más el robot quedó convertido, por lo que parecía, en una trozo inerte de metal.

Calvin se volvió hacia Linda Rash y dijo:

—Bien, ¿qué opina, doctora Rash?

Linda tenía los ojos muy abiertos y se notaba el corazón desbocado.

—Doctora Calvin, estoy horrorizada. No tenía ni idea. Nunca se me había ocurrido que algo así fuese posible.

—No —dijo Calvin, con tranquilidad—. Tampoco se me hubiese ocurrido a mí ni a nadie. Ha creado un cerebro robótica capaz de soñar y por medio de ese dispositivo ha revelado un nivel cognitivo de los cerebros robóticas que podría haber permanecido sin descubrir, de no haber intervenido usted, hasta que el peligro fuese grave.

—Pero eso es imposible —dijo Linda—. No puede ser que los otros robots piensen igual.

—Como decimos de los seres humanos, no conscientemente. ¿Pero quién hubiese podido pensar que había una capa inconsciente bajo los senderos positrónicos más

evidentes, una capa que no estaba necesariamente bajo el control de las tres leyes? ¿Qué hubiese pasado, a medida que los cerebros positrónicos hubiesen sido cada vez más complejos... si no nos hubiese puesto al tanto?

—¿Se refiere a Elvex?

—Me refiero a usted, doctora Rash. Se ha comportado de forma inapropiada, pero, al hacerlo, nos ha ayudado a comprender algo tremendamente importante. Desde ahora trabajaremos con cerebros fractales, formándolos cuidadosamente de forma controlada. Usted participará. No se la penalizará por lo que ha hecho, pero a partir de ahora colaborará con otros. ¿Comprende?

—Sí, doctora Calvin. Pero ¿qué hay de Elvex?

—Todavía no estoy segura.

Calvin sacó la pistola de electrones del bolsillo y Linda la miró fijamente, fascinada. Un disparo a un cráneo robótica y los senderos positrónicos cerebrales quedarían neutralizados y se liberaría suficiente energía para fundir el cerebro robótica y convertirlo en una masa inerte.

—Pero Elvex es importante para la investigación, sin duda —dijo Linda—. No debe ser destruido.

—¿No debe, doctora Rash? Creo que esa decisión la tomaré yo.

Depende por completo de lo peligroso que sea Elvex.

Se envaró, como decidida a que su cuerpo envejecido no se inclinase bajo el peso de la responsabilidad, y dijo:

—Elvex, ¿me oyes?

—Sí, doctora Calvin —dijo el robot.

—¿Tu sueño proseguía? Antes has dicho que los seres humanos no aparecían al principio. ¿Significa eso que aparecían luego?

—Sí, doctora Calvin. Me parecía, en el sueño, que finalmente aparecía un hombre.

—¿Un hombre? ¿No un robot?

—Sí, doctora Calvin. Y el hombre decía: «¡Deja partir a mi pueblo!».

—¿El hombre dijo eso?

—Sí, doctora Calvin.

—Y cuando dijo «deja partir a mi pueblo», ¿con las palabras «mi pueblo» se refería a los robots?

—Sí, doctora Calvin. Así era mi sueño.

—¿Y sabías quién era el hombre... de tu sueño?

—Sí, doctora Calvin. Lo conocía.

—¿Quién era?

Y Elvex dijo:

—Yo era el hombre.

Susan Calvin alzó de inmediato la pistola de electrones y disparó. Y Elvex dejó de existir.

Involución

EDMOND HAMILTON

(diciembre de 1936)

Edmond Hamilton fue uno de los más prolíficos y populares autores de ciencia ficción anteriores a la Edad de Oro. Su primera publicación profesional apareció en 1926 en *Weird Tales*. En esta revista comenzó a labrarse su reputación escribiendo una mezcla de ciencia ficción y fantasía: las historias científicas raras (*the «weird scientific» tales*). Las historias de Hamilton son de ritmo rápido y están llenas de acción. Las protagonizan científicos heroicos y exploradores espaciales y se caracterizan por amenazas de dimensiones colosales: evolución retorcida, invasiones interestelares, planetas en curso de colisión. Sus lectores lo apodaron *Rompemundos* Hamilton. Algunos de sus mejores trabajos de esos años se recopilaron en *The Horror on the Asteroid* en 1936, uno de los primeros libros de ciencia ficción *pulp*. Trabajos sobresalientes de ese periodo son *The Time Raiders*, una historia de viaje en el tiempo sobre un superejército de soldados de elite procedentes de diferentes épocas para luchar contra una amenaza para la civilización, y las historias de la Interstellar Patrol, recogidas en *Crashing Suns* y *Outside the Universe*, sobre una brigada espacial pangaláctica que protege la civilización galáctica de formidables amenazas a su existencia. Gracias a su fama de escritor apasionante, Hamilton escribió la mayoría de las novelas relevantes del héroe de ciencia ficción *Captain Future*, con su propio nombre y bajo el seudónimo de Brett Sterling, y su afiliación a esta revista le valió finalmente el trabajo de escribir para los cómics de Superman. También escribió historias de detectives y ocasionalmente, bajo el seudónimo de Hugh Davidson, historias de terror, algunas de las cuales han sido recogidas en *THE VAMPIRE MASTER*. Hamilton fue uno de los primeros escritores que se adaptaron a las cambiantes demandas de la ciencia ficción de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Sus novelas *The Haunted Stars*, *A Yank at Valhalla*, *Los reyes de las estrellas* y *City at the World's end* destacan por la caracterización de los personajes y la focalización en las motivaciones humanas. Alguno de sus mejores relatos de ficción de esa época aparecen en *What's It Like Out There?* Sus novelas de *Star-Wolf*, *Weapon from Beyond*, *The Closed Word* y *World of Starwolves* son algunas de las mejores de la ciencia ficción de los años de posguerra.

abituamente, Ross tenía un temperamento equilibrado, pero cuatro días de viaje en

canoas por las tierras remotas del norte de Québec habían empezado a hacer mella en él. En aquella su cuarta parada en la orilla del río para acampar durante la noche perdió los estribos, por un momento habló a sus dos compañeros en términos devastadores.

Mientras hablaba, agitaba los ojos oscuros con el joven y guapo rostro sin afeitar contraído. Al principio, los dos biólogos escucharon sin responder. Gray, rubio, de aspecto joven, estaba indignado, pero Woodin, el mayor de los biólogos, se limitó a escuchar impasible con sus ojos grises fijos en la cara enfadada de Ross.

Cuando Ross paró para tomar aliento, la voz calmada de Woodin preguntó:

—¿Has terminado?

Ross tragó saliva como si fuese a continuar su discurso violento, pero súbitamente se controló.

—Sí, he terminado —dijo de repente.

—Entonces escúchame —dijo Woodin, como un padre de mediana edad amonestando a un hijo enfurruñado—. Te estás enfadando por nada. Ni Gray ni yo nos hemos quejado. Ninguno de los dos ha dicho ni una sola vez que no creyéramos lo que nos habías contado.

—No habéis dicho que no me creíais, ¡no! —exclamó Ross con un enfado que resurgía—. Pero ¿creéis que no sé lo que estáis pensando?

Pensáis que os conté un cuento de hadas sobre las cosas que vi desde mi avión, ¿verdad? Pensáis que os he arrastrado a los dos hasta aquí en la más loca de las búsquedas desesperadas, a la caza de increíbles criaturas que nunca han podido existir. Creéis eso, ¿verdad?

—Oh, ¡malditos mosquitos! —dijo Gray, abofeteándose con furia el cuello y mirando al aviador con cara de pocos amigos.

Woodin tomó la batuta:

—Lo discutiremos después de montar el campamento. Jim, saca los petates. Ross, ¿buscarás madera?

Ambos le miraron y después se miraron entre sí, pero a regañadientes le obedecieron. La tensión se relajó por el momento.

Para cuando la oscuridad cayó en el pequeño claro junto al río, la canoa estaba recogida en la orilla, su pequeña tienda montada y un fuego crepitaba frente a ella. Gray alimentó la hoguera con gordos leños de pino mientras Woodin la usaba para preparar café, pasteles calientes y el inevitable bacón.

La luz del fuego ondeaba débilmente hacia los altos troncos de las tsugas que rodeaban el pequeño claro por tres lados. Iluminaba sus tres figuras vestidas de color caqui y el blanco bloque irregular de la tienda. Se reflejaba en las ondas del McNorton, crepitando suavemente mientras el río fluía hacia el Little Whale.

Comieron en silencio y, sin decir palabra, limpiaron los cazos con manojos de hierbas. Woodin encendió la pipa, los otros dos encendieron cigarrillos arrugados para luego recostarse un rato al lado del fuego, escuchado el crepitar, los rumores

provenientes del río, el susurro de las altas ramas de las tsugas, el solitario sonido de los insectos.

Al fin Woodin vació la pipa contra el talón de la bota y se sentó.

—Bien —dijo—, ahora resolveremos la discusión que manteníamos. Ross parecía un poco avergonzado.

—Supongo que he sacado las cosas de quicio —dijo conteniéndose. Para añadir—: Pero igualmente, solo me creéis a medias.

Woodin sacudió la cabeza lentamente.

—No, no es así, Ross. Cuando nos contaste que habías visto criaturas de las que nadie había oído hablar mientras volabas sobre estas tierras salvajes, Gray y yo, los dos, te creímos.

»De no haberte creído, ¿crees que dos biólogos ocupados hubiesen dejado su trabajo para venir a estos bosques sin fin a buscar las cosas que viste?

—Lo sé, lo sé —dijo el piloto no del todo convencido—. Vosotros pensáis que vi algo extraño y os arriesgáis por si después de todo vale la pena haber venido hasta aquí.

»Pero no creéis lo que os he contado sobre el aspecto de esas cosas.

Pensáis que es demasiado extraño para ser cierto, ¿no?

Por primera vez Woodin dudó antes de contestar.

—Después de todo, Ross —dijo evitando responder directamente, los ojos pueden jugar malas pasadas cuando solamente entrevemos algo un momento, desde un avión, a dos kilómetros de altura—. ¿Entrever? —dijo Ross—. Te lo repito. Las vi tan claramente como te veo a ti. A dos kilómetros de altura, sí, pero tenía binoculares los estaba usando cuando las vi.

»Además, fue cerca de aquí, justo al este de la bifurcación del McNorton y el Little Whale. Iba hacia el sur con prisa dado que había pasado tres semanas allá arriba, trabajando en el mapa gubernamental de la bahía de Hudson. Quería situarme en la bifurcación del río, así que descendí un poco con el avión y usé los binoculares.

»Entonces, ahí abajo, en un claro junto al río, vi brillar algo y vi... las cosas, os lo digo. Eran increíbles, ¡pero las vi con toda claridad! Durante el tiempo que las miré me olvidé completamente de la bifurcación del río.

»Eran grandes y brillantes, como montones deslumbrantes de gelatina, tan transparentes que podía ver el suelo a través de ellas. Había al menos una docena y mientras las miraba se deslizaban por un pequeño claro, flotando, en un movimiento fluido.

»Después desaparecieron bajo los árboles. De haber habido un claro suficientemente grande para aterrizar a menos de ciento cincuenta kilómetros hubiese aterrizado para buscarlas, pero no lo había y tuve que irme. Quería desesperadamente descubrir lo que eran y, cuando, conté la historia, acordasteis venir aquí en canoa para buscarlas. Pero ahora me parece que nunca me creísteis del todo.

Woodin miró pensativo el fuego.

—Vale, creo que viste algo extraño, alguna extraña forma de vida. Es por eso que estuve dispuesto a venir hasta aquí.

»Pero las cosas que describes, como gelatina, translúcidas, deslizándose de esa forma sobre la tierra... No ha habido nada así desde que las primeras criaturas protoplasmáticas, el principio de la vida en la Tierra se deslizaban sobre nuestro joven planeta.

—Si existieron seres así, ¿por qué no pudieron dejar descendientes? —replicó Ross.

Woodin negó con la cabeza.

—Porque desaparecieron hace años, se transformaron en formas de vida diferentes y superiores, iniciando la evolución que alcanzó su cumbre con el hombre.

»Esas criaturas protoplasmáticas unicelulares, hace mucho tiempo muertas, fueron el principio, el difícil y modesto comienzo de nuestra vida. Fallecieron y sus descendientes no se parecen a ellas. Nosotros los hombres somos sus descendientes.

Ross lo miraba, paralizado.

—Pero ¿de dónde salieron esas primeras criaturas vivas? Woodin volvió a cabecear.

—El origen de esas primeras formas de vida protoplasmáticas es algo que los biólogos desconocemos y acerca de lo cual solo podemos especular.

»Se ha propuesto que surgieron espontáneamente a partir de los productos químicos de la Tierra. Pero tal cosa ha sido desmentida por el hecho de que criaturas así no surgen ahora espontáneamente a partir de la materia inerte. Su origen es un completo misterio. Pero, sin embargo aparecieron en la Tierra, fueron la primera forma de vida, nuestros antepasados lejanos.

Woodin tenía una mirada soñadora, completamente ajeno a los otros dos mientras miraba en el fuego viendo visiones.

—Qué saga tan gloriosa, ¡el maravilloso ascenso de toscas criaturas protoplasmáticas hasta el hombre! Una maravillosa serie de cambios que nos ha llevado desde la más baja forma a nuestro actual esplendor.

»¡Y no podría haber ocurrido en ningún otro lugar salvo en la Tierra! Para la ciencia es casi seguro que la causa de estas mutaciones evolutivas es la radiación de los depósitos radiactivos del interior de la Tierra actuando sobre los genes de toda la materia viva.

Vio la cara de incompreensión de Ross y, a pesar de haberse dejado llevar, sonrió un poquito.

—Veo que eso no te dice nada. Intentaré explicarme. Las células troncales de todas las formas de vida de la Tierra contienen un cierto número de pequeñas barras que se llaman cromosomas. Esos cromosomas están formados por partículas denominadas genes. Y cada uno de esos genes ejerce un potente y diferenciado proceso de control sobre el desarrollo de la criatura que crece a partir de esa célula

troncal.

»Algunos genes controlan el color de la criatura, otros controlan su tamaño, otros la forma de sus extremidades, y así sucesivamente. Todo lo característico de la criatura que crece a partir de esa célula troncal se da en buena medida diferente en otra criatura de su misma especie. Será, de hecho, de una especie totalmente nueva. Así es como nuevas especies surgen en la Tierra, por el método del cambio evolutivo.

»Los biólogos saben todo eso desde hace algún tiempo y han están buscando la causa de esos grandes cambios repentinos, esas mutaciones, como se llaman. Han intentado encontrar qué es lo que afecta a los genes de una forma tan radical. Han demostrado de manera experimental que los rayos X y rayos químicos de diversos tipos, cuando se aplican sobre los genes de las células troncales, los hacen cambiar mucho. Y la criatura que se desarrolla a partir de esas células troncales es una criatura bastante distinta, un mutante.

»Por esa causa, muchos biólogos creen ahora que los depósitos radiactivos terrestres, actuando sobre todos los genes de todo ser viviente de la Tierra, son los que provocan los grandes cambios en las especies, la sucesión de mutaciones que ha llevado la vida por el camino de la evolución hasta la altura actual.

»Es por esto por lo que digo que en ningún otro mundo excepto la Tierra pudo darse el proceso evolutivo. Porque es posible que en ningún otro mundo se encuentren los depósitos radiactivos que provocan el efecto de las mutaciones en los genes. En cualquier otro mundo, las primeras formas protoplasmáticas que empezaron a vivir pudieron permanecer para siempre iguales, a través de interminables generaciones.

»¡Qué agradecidos debemos estar de que esto no pasase en la Tierra! ¡De que las mutaciones se hayan sucedido, la vida siempre cambiando y progresando hacia especies nuevas y superiores, de forma que primera y primitiva especie protoplasmática ha avanzado mediante incontables cambios hasta culminar en el logro supremo del hombre!

Woodin se había dejado llevar por el entusiasmo mientras hablaba pero paró, riendo un poco y encendiendo de nuevo su pipa.

—Ross, perdona que te haya dado una lección como si fueses un universitario novato. Pero esa es mi principal obsesión, mi *idée fixe*, el maravilloso ascenso de la vida a lo largo de los años.

Ross miraba pensativo el fuego.

—Parece maravilloso cuando lo cuentas de esa forma, una especie cambiando a otra, superándose continuamente...

Gray se levantó y se estiró al lado del fuego.

—Bien, vosotros dos podéis maravillaros con todo eso, pero este insensible materialista va a emular a sus remotos antepasados invertebrados y retornará a una

posición postrada. En otras palabras, me voy a la cama.

Miró a Ross, con una sonrisa dubitativa en su joven y rubia cara, y dijo:

—¿Sin rencores, amigo?

—Olvídalo. —El piloto le devolvió la sonrisa—. Ha sido una dura jornada remando y vosotros dos parecíais un poco escépticos. ¡Pero ya veréis! Mañana estaremos en la bifurcación del Little Whale y entonces apuesto a que no exploraremos ni una hora antes de encontrarnos con una de esas criaturas gelatinosas.

—Eso espero —dijo Woodin bostezando—. Entonces veremos cuánto de buena es tú vista desde un kilómetro de altura y si has arrastrado a dos respetables científicos hasta aquí para nada.

Más tarde, mientras se acostaba entre mantas dentro de la pequeña tienda, escuchando roncar a Gray y Ross y mirando medio dormido el resplandor de las brasas, Woodin volvió a meditar sobre la cuestión. ¿Qué había visto Ross en aquel vistazo fugaz desde su rápido avión? Algo extraño, Woodin estaba seguro, tan seguro que se había embarcado en ese difícil viaje para comprobarlo. Pero ¿qué exactamente?

No los seres protoplasmáticos que había descrito. Por supuesto que eso no podía ser. ¿O sí? Si seres así habían existido, ¿por qué no podían...? ¿Era posible?

Woodin no se dio cuenta de que se había dormido hasta que se despertó por el grito de Gray. No era una llamada amistosa, era un ronco alarido de alguien asaltado repentinamente por un terror paralizante.

A partir de ese momento las cosas empezaron a sucederse con rapidez. Le parecía a Woodin que nada pasaba consecutivamente sino en una sucesión de escenas estáticas, como los fotogramas de una película.

La pistola de Gray escupió una llama roja hacia el primer monstruo viscoso que entró en la tienda y el destello momentáneo mostró la amenazadora masa brillante del ser y la cara de pánico de Gray y a Ross rebuscando entre las mantas su pistola.

Una vez concluida esa escena instantáneamente hubo otra, Gray y Ross se pusieron rígidos repentinamente, cayeron de golpe como petrificados. Woodin supo que ambos estaban muertos, no sabía como lo sabía pero lo sabía. Los monstruos brillantes ya entraban en la tienda.

Rompió un lateral y se precipitó fuera hacia la fría luz de las estrellas del claro. Corrió tres pasos, sin saber en qué dirección, y se paró. No sabía muy bien por qué se detenía pero lo hizo.

Permaneció allí. Su cerebro instaba a sus extremidades a volar, pero sus extremidades no obedecían. No podía ni girarse, no podía mover ningún músculo de su cuerpo. Quieto, miraba el reflejo de la luz de las estrellas en el río, afectado por una extraña y completa parálisis.

Woodin escuchó crujidos, movimientos de deslizamiento en la tienda detrás de él. Desde atrás entraron en su campo de visión varias de las criaturas brillantes. Se estaban colocando a su alrededor. Había una docena más o menos y ya las veía

claramente.

No eran una pesadilla, no. Eran reales, lo rodeaban montículos, masas amorfas de viscosa gelatina transparente. Cada una de ellas medía aproximadamente metro veinte de altura y un metro de diámetro, aunque su forma cambiaba ligera y continuamente, por lo que costaba determinar sus dimensiones.

En el centro de cada una de las masas translúcidas había una zona oscura, una mancha en forma de disco o un núcleo. No había nada más en las criaturas, ni extremidades ni órganos sensibles. Aunque observó que dos de ellas podían producir pseudoextremidades para sostener los cuerpos de Gray y Ross en tentáculos y acercarlos y acostarlos al lado de Woodin.

Todavía incapaz de mover un músculo, veía las congeladas y retorcidas caras de los dos hombres y las pistolas todavía agarradas por las manos muertas. Y mientras miraba la cara de Ross recordó.

Las cosas que el piloto había visto desde su avión, las criaturas gelatinosas que los tres habían ido al norte a buscar, ¡eran los monstruos que le rodeaban! Pero ¿cómo habían matado a Ross y a Gray? ¿Cómo lo mantenían petrificado? ¿Quiénes eran?

—Te permitiremos moverte, pero no debes intentar escapar.

El cerebro ya confundido de Woodin se asombró todavía más. ¿Quién le había dicho aquello? No había oído nada, pero sin embargo había *creído* oír.

—Te permitiremos moverte, pero no debes intentar escapar ni hacernos daño.

Escuchó mentalmente aquellas palabras a pesar de que sus oídos no habían captado ningún sonido. Y su cerebro siguió oyendo.

—Te estamos hablando por transferencia de impulsos de pensamiento. ¿Tienes capacidad mental suficiente para entendernos?

¿Mente? ¿Una mente en esos seres? Woodin se estremecía de pensarlo mientras observaba a los monstruos brillantes.

Sus pensamientos aparentemente los alcanzaron.

—Por supuesto que tenemos mente. —El pensamiento respuesta llegó a su mente—. Ahora vamos a dejar que te muevas, pero no intentes escapar.

—Yo... yo no lo intentaré —se dijo Woodin mentalmente.

Al momento, la parálisis que le retenía cedió. Permaneció en el círculo de monstruos brillantes. Las manos y el cuerpo le temblaban violentamente.

Había diez de ellos. Diez monstruos, deformes masas brillantes de gelatina transparente, reunidos a su alrededor como geniecillos sin rostro encapuchados, salidos de alguna guarida de lo desconocido. Uno, aparentemente el portavoz y líder, permanecía más cerca de él que los demás.

Woodin recorrió lentamente el círculo con la mirada y después bajó la vista hacia sus compañeros muertos. En la niebla de terrores extraños que congelaba su alma sintió una repentina y dolorosa pena mientras los miraba.

A Woodin le llegó otro pensamiento de la criatura más cercana.

—No queríamos matarlos, hemos venido simplemente para capturarlos y hablar

con vosotros.

»Pero cuando hemos sentido que intentaban matarnos, hemos actuado rápidamente. A ti, que no intentabas matarnos pero has escapado, no te hemos hecho daño.

—¿Qué... qué queréis de nosotros... de mí? —preguntó Woodin.

Lo susurró entre sus labios secos, pensándolo simultáneamente.

Esta vez no hubo respuesta mental. Los seres permanecían quietos, un anillo silencioso de meditación de figuras sobrenaturales. Woodin sintió su mente resquebrajándose bajo la tensión del silencio y repitió la pregunta, gritando.

Esta vez sí que hubo respuesta mental.

—No respondía porque estaba analizando tu mente para comprobar que eras lo suficientemente inteligente para comprender las ideas.

»A pesar de que tu mente parece ser excepcionalmente rudimentaria es posible que pueda apreciar suficientemente lo que deseamos comunicarte para que nos entiendas.

»Antes de empezar, sin embargo, debo advertirte que es casi imposible que escapes o nos hagas daño y que cualquier intento resultaría desastroso para ti. Es evidente que no sabes nada de la energía mental así que te diré que estas dos criaturas iguales que tú han muerto por el simple poder de nuestra voluntad y que tus músculos no respondían las órdenes de tu cerebro por el mismo poder. Gracias a nuestra energía mental seríamos capaces de aniquilar completamente tu cuerpo, si quisiésemos.

Hubo una pausa y, en ese breve silencio, el atontado cerebro de Woodin intentó aferrarse desesperadamente a la cordura, a la solidez.

Entonces regresó aquella voz mental que sonaba como una voz real hablando en su cerebro.

—Somos los hijos de una galaxia cuyo nombre, traducido lo mejor posible a tu lenguaje, es Arctar. La galaxia de Arctar se encuentra a tantos millones de años luz de esta galaxia que se halla más allá de la curva de la esfera del cosmos tridimensional

»Hace mucho tiempo llegamos a dominar esa galaxia. Dado que somos criaturas capaces de usar nuestra energía mental para transportarnos, como fuerza física y para producir cualquier efecto que necesitáramos, conquistamos y colonizamos rápidamente la galaxia viajando de sol a sol sin necesidad de ningún vehículo.

»Teniendo toda la galaxia de Arctar bajo nuestro control, pusimos nuestras miras en los dominios de más allá. Existen aproximadamente mil millones de galaxias en el cosmos tridimensional y nos pareció adecuado colonizarlas para que con el tiempo toda la materia del cosmos estuviese bajo nuestro control.

»El primer paso fue incrementar nuestro número, así que nos multiplicamos hasta ser los suficientes para la gran tarea de colonizar el cosmos. Esto no fue difícil, dado que, evidentemente, para nosotros la reproducción es una simple cuestión de división.

Cuando fuimos bastantes, nos dividimos en cuatro grupos.

»A continuación la gran esfera del cosmos tridimensional fue dividida en cuatro partes, una para cada grupo. Cada fuerza tenía que colonizar su porción del cosmos, así que las tremendas huestes partieron de Arctar en cuatro direcciones.

»Una de esas fuerzas llegó hace eones a esta galaxia vuestra, con la intención de colonizar todos los mundos habitables. Todo esto llevó mucho tiempo, por supuesto, pero nuestras vidas son muchísimo más largas que las vuestras y comprendemos que los logros de la raza lo son todo y que los logros individuales no son nada. Durante la colonización de esta galaxia, varios millones de arctarianos vinieron a este sol en particular y, al descubrir que este era el único planeta habitable de los nueve cercanos, se establecieron aquí.

»Ha sido siempre la regla que los colonizadores de todos esos mundos del cosmos debían mantener la comunicación con el lugar de origen de nuestra especie, la galaxia Arctar. De esa forma, nuestra gente, que ya controla todo el universo, es capaz de concentrar en un único punto todo el conocimiento y el poder y, desde ese punto, mandar órdenes que den forma a los grandes proyectos para el cosmos.

»Pero de este mundo no se ha recibido ningún comunicado desde poco después de la llegada de los arctarianos. Cuando nos dimos cuenta por primera vez, el asunto fue postergado. Se creía que al cabo de unos cuantos millones de años también llegarían informes de este mundo. Pero al no recibir ninguna noticia, después de más de mil millones de años de silencio, el consejo directivo de Arctar ordenó enviar una expedición para determinar las razones del silencio de los colonizadores.

»Nosotros diez formamos esa expedición y partimos de uno de los mundos cuyo sol vosotros llamáis Sirio, situado a corta distancia de vuestro sol, donde también hay colonizadores. Se nos ordenó venir a este mundo a toda velocidad para determinar por qué los colonizadores no habían enviado ningún informe. Así que, navegando a través del vacío gracias a nuestro poder mental, cruzamos el espacio entre sol y sol y, hace unos días, llegamos a vuestro mundo.

»¡Imagina nuestra perplejidad cuando descendimos flotando a vuestro mundo! En vez de encontrar cada kilómetro cuadrado habitado por arctarianos como nosotros, descendientes de los colonos originales, en un mundo sometido completamente a su control mental, ¡encontramos un planeta que es en su totalidad una zona salvaje llena de extrañas formas de vida!

»Permanecemos en la zona donde habíamos aterrizado y pasamos cierto tiempo enviando nuestra visión lejos y escaneando mentalmente todo el mundo. Nuestra perplejidad creció, dado que nunca habíamos visto formas de vida grotescas y degradadas como las que se presentaban ante nosotros. Y no hemos visto ni un solo arctariano en el planeta.

»Esto nos ha dejado extremadamente desconcertados. ¿Qué podría haber acabado con los arctarianos? ¿Quién colonizó este planeta?, imposible que las mentes penosas y débiles que ahora pueblan este planeta derrotasen y destruyesen a nuestros

poderosos colonos y a sus descendientes. Pero ¿dónde están?

»Por eso pretendíamos capturarlos. Aunque conocíamos la inferioridad de vuestras mentes, seguro que incluso criaturas como vosotros tienen que saber lo que ha pasado con los colonos que una vez habitaron este mundo.

El hilo mental se paró un momento, después entró en la mente de Woodin con una pregunta clara:

—¿Sabes qué pasó con nuestros colonos? ¿Tienes alguna pista sobre su extraña desaparición?

El biólogo paralizado se encontró negando lentamente con la cabeza:

—Nunca... nunca he sabido de criaturas como vosotros, de mentes así. Que sepamos, nunca han existido en la Tierra, y ya conocemos casi toda la historia de la Tierra.

—¡Imposible! —exclamó el pensamiento del líder arctariano. Algo debes de saber de nuestra poderosa gente si es cierto que conoces toda la historia del planeta.

De otra mente arctariana llegó otro pensamiento, dirigido al líder pero afectando indirectamente al cerebro de Woodin.

—¿Por qué no analizamos el pasado de este planeta a través del cerebro de esta criatura y vemos qué podemos averiguar por nosotros mismos?

—¡Una idea excelente! —exclamó el líder—. Su mente será bastante fácil de analizar.

—¿Qué vais a hacer? —clamó Woodin agudamente, con voz de pánico.

Los pensamientos respuesta eran calmados, tranquilizadores.

—Nada que te cause el más mínimo daño. Simplemente vamos a explorar el pasado de tu especie desbloqueando los recuerdos heredados de tu cerebro.

»En las células sin usar de tu cerebro residen recuerdos heredados de la especie que se remontan hasta tus más remotos antepasados. Gracias a nuestro poder mental haremos que esos recuerdos enterrados se vuelvan temporalmente dominantes y activos en tu mente.

»Experimentarás las mismas sensaciones, verás las mismas escenas que tus remotos antepasados vieron hace millones de años. Y nosotros, aquí a tu alrededor, leeremos tu mente como hacemos ahora y veremos lo que tú estés viendo mirando el pasado de este planeta.

»No hay peligro. Físicamente continuarás aquí, pero mentalmente viajarás hacia atrás a través de los años. Primero llevaremos tu mente al momento aproximado en que nuestros colonos llegaron a este planeta, para ver qué les pasó.

Tan pronto como ese pensamiento llegó a la mente de Woodin la escena bajo la luz de las estrellas y las masas de los arctarianos desaparecieron repentinamente y su conciencia atravesó un torbellino de niebla gris.

Sabía que físicamente no se estaba moviendo, pero mentalmente tenía una terrible sensación de velocidad. Era como si su mente diese vueltas a través de impensables abismos, con su cerebro expandiéndose.

Luego la niebla desapareció abruptamente. Una nueva y extraña escena tomó forma en la mente de Woodin.

Era una escena que sentía pero no veía. Su mente la captaba a través de un sentido que no era la vista. No por ello era menos real y vívida.

Miró con el extraño sentido una tierra extraña, un mundo de mares grises y continentes de roca sin una pizca de vida. El cielo estaba completamente nublado y la lluvia caía continuamente.

Mirando hacia ese mundo, Woodin sentía cómo caía junto a un conjunto de extraños acompañantes. Cada uno de ellos era una masa amorfa, brillante y unicelular, con un núcleo central. Eran arctarianos y Woodin sabía que él era un arctariano y que había llegado a ese mundo acompañado de otros tras un viaje por el espacio.

El grupo aterrizó en un planeta áspero y sin vida. Hicieron un esfuerzo mental y por pura fuerza telequinética alteraron la materia del mundo para adaptarla a sus necesidades. Levantaron grandes estructuras y ciudades, ciudades que no eran de materia sino de pensamiento. Llevaron a cabo una gran cantidad de investigaciones, experimentos y comunicaciones cuyo motivo y cuyos logros quedaban muy lejos de la comprensión actual con mente humana. Repentinamente, todo se volvió a disolver en una niebla gris.

La niebla se disipó casi de inmediato y Woodin se encontró viendo otra escena. Una escena muy posterior. Veía que el tiempo había provocado unos extraños cambios sobre los arctarianos, de los cuales, el seguía siendo uno. Habían pasado de seres unicelulares a pluricelulares y ya no eran todos iguales. Unos estaban adheridos por la base, otros en un punto, otros eran móviles. Unos mostraban una tendencia hacia el agua, otros hacia la tierra. Algo había cambiado la forma del cuerpo de los arctarianos generación tras generación, diversificándolos en ramas.

Esta extraña degeneración de sus cuerpos había ido acompañada por una degeneración similar de sus mentes. Woodin lo sentía. En las ciudades de pensamiento el proceso de búsqueda de conocimiento y poder se había vuelto confuso, caótico. Y las propias ciudades de pensamiento estaban desapareciendo. Los arctarianos ya no tenían el suficiente poder mental para mantenerlas.

Los arctarianos intentaban determinar qué estaba causando esa extraña degeneración física y mental. Pensaban que algo estaba influyendo en sus genes, pero no lograban adivinar de qué se trataba. ¡En ningún otro mundo habían degenerado de aquella forma!

La escena cambió rápidamente a otra posterior. Woodin vio la escena, dado que su antepasado, a través de cuya mente miraba, había desarrollado ojos. Y vio que la degeneración había ido mucho más lejos, los cuerpos multicelulares de los arctarianos estaban cada vez más afectados por la enfermedad de la complejidad y la diversificación.

La última de las ciudades de pensamiento había desaparecido. Los una vez poderosos arctarianos se habían convertido en seres repulsivos, complejos organismos que degeneraban cada vez más, algunos de ellos arrastrándose y nadando por el agua, otros fijos a la tierra.

Todavía conservaban parte de la gran mente de sus antepasados originales. Esas monstruosas criaturas degeneradas que vivían en la tierra y en el mar, en lo que la mente de Woodin reconoció como la era Paleozoica, todavía hacían desesperados y fútiles intentos por detener el terrible avance de su degeneración.

La mente de Woodin saltó a una escena posterior, la era Mesozoica. La propagación de la degeneración había convertido a los descendientes de los colonos en un grupo aún más horrible de especies. Se habían convertido en grandes criaturas membranosas, escamosas y con garras, en reptiles de tierra y acuáticos.

Incluso esas criaturas tan increíblemente cambiadas poseían un ligero resto del poder mental de sus antepasados. Hacían vanos intentos por comunicarse con los arctarianos de otros mundos de soles distantes, para informarlos de su apremiante situación. Pero sus mentes eran demasiado débiles.

Continuó con una escena del Cenozoico. Los reptiles se habían convertido en mamíferos; el deterioro de los arctarianos había progresado aún más. En esos degradados descendientes solo quedaban meras pizcas de la mentalidad original. Y esta penosa posteridad había producido una especie aún más tonta y sin ninguno de los poderes mentales anteriores: simios que vagaban por las frías explanadas en grupos, parloteando, discutiendo. En esas criaturas se habían disipado los últimos restos de la herencia arctariana, la antigua tendencia hacia la dignidad, la limpieza y la paciencia.

Y después una última imagen llenó el cerebro de Woodin. Era el mundo actual, el mundo que había visto con sus propios ojos. Pero vio y comprendió, como nunca antes lo había hecho, que era un mundo en el que la degeneración había alcanzado su grado máximo.

Los monos se habían convertido en criaturas bípedas aún más débiles, que habían perdido casi cualquier átomo de la herencia de las viejas mentes de los arctarianos. Esas criaturas habían perdido también muchos de los sentidos que incluso los simios anteriores conservaban. Y esas criaturas, esos humanos, degeneraban con creciente rapidez. Al principio solo mataban, como sus antepasados, para comer, pero ya habían aprendido a matar cuando les apetecía. Y habían aprendido a matarse grupo contra grupo, tribu contra tribu, nación contra nación y hemisferio contra hemisferio. En la locura de su degeneración se masacraban unos a otros hasta que la tierra se empapaba de sangre.

Eran más crueles incluso que los simios que los habían precedido, crueles con la absoluta crueldad de la locura. Y en su progresiva demencia llegaban a pasar hambre en medio de la abundancia, a matarse los unos a los otros en sus propias ciudades, a someterse al azote de miedos supersticiosos como ninguna otra criatura había hecho

antes.

Eran el último descendiente terrible, el último producto degenerado de los antiguos colonos arctarianos que una vez fueron los reyes del intelecto. Ahora que los otros animales estaban prácticamente extintos, estos, los últimos monstruos horrorosos, acabarían definitivamente la terrible historia aniquilándose, por efecto de su locura, entre sí.

Woodin volvió repentinamente a la realidad. Estaba de pie, a la luz de las estrellas, en el centro del claro, junto al río. Y a su alrededor seguían estando los diez arctarianos amorfos, formando un anillo silencioso.

Atontado, tambaleándose por la tremenda y espantosa visión que había pasado con increíble viveza por su mente, se giró lentamente mirando a cada uno de los arctarianos. Sus pensamientos le llegaban al cerebro, fuertes, sombríos, estremecidos por el horror y la aversión.

El asqueado pensamiento del líder arctariano golpeó la mente de Woodin.

—¡Así que eso fue lo que les sucedió a los colonos arctarianos que vinieron a este mundo! Degeneraron, cambiaron a formas de vida cada vez más inferiores hasta convertirse en estas penosas y dementes cosas que ahora pueblan este mundo, sus últimos descendientes.

»¡Este es un mundo de horror mortal! Un mundo que de alguna forma daña los genes de nuestra especie y la modifica física y mentalmente, degenerándola progresivamente con cada generación. Ante nosotros tenemos el espantoso resultado.

El estremecido pensamiento de otro arctariano preguntó:

—Pero ¿qué podemos hacer ahora?

—No podemos hacer nada —declaró su líder solemnemente—. Esta degeneración, este horrible cambio, ha llegado demasiado lejos para que podamos revertirlo.

»En este mundo venenoso nuestros inteligentes hermanos se convirtieron en criaturas espantosas y ya no podemos retroceder en el tiempo y restaurarlos a partir de estos degradados elementos que son sus descendientes.

Woodin encontró su voz y protestó débilmente con una voz aguda:

—¡No es verdad! ¡Todo lo que he visto es mentira! Los humanos no somos el producto de un proceso involutivo. ¡Somos el producto de años de continua evolución! ¡Tenemos que serlo, os digo! Porque no querríamos vivir, no querría vivir si esa historia fuese cierta. ¡No puede ser cierta!

El pensamiento del líder arctariano, dirigido a las otras entidades amorfas, alcanzó su desquiciada mente. Estaba impregnado de pena, pero también cargado de un fuerte desprecio inhumano.

—Vamos, hermanos —dijo a sus compañeros—. En este mundo enfermizo no podemos hacer nada.

»Marchémonos antes de que nosotros también nos envenenemos y cambiemos. Y enviaremos una advertencia a Arctar diciendo que este mundo está envenenado, que es un mundo de degeneración, para que nunca más alguien de nuestra especie venga aquí y recorra el terrible camino que otros siguieron.

»¡Vamos! Volvamos a nuestro propio sol.

La deforme figura del líder arctariano se aplanó, se convirtió en un disco y se elevó suavemente en el aire. Los otros cambiaron también y le siguieron, en grupo, y el estupefacto Woodin miró hacia arriba y vio brillantes puntos disipándose rápidamente entre las estrellas.

Anduvo a trompicones unos pasos, agitando furiosamente el puño hacia los brillantes puntos que se desvanecían.

—Volved, ¡malditos! —gritó—. ¡Volved y decidme que es mentira!

»Debe ser mentira... debe...

Ya no había rastro de los arctarianos en el cielo estrellado. La oscuridad era extensa y profunda alrededor de Woodin.

Gritó de nuevo hacia la noche, pero solamente le respondieron los susurros del eco. Con los ojos desorbitados y el alma rota, su mirada cayó sobre la pistola que Ross tenía en la mano. La recogió con un ronco lamento.

Un ruido repentino y ensordecedor quebró la tranquilidad del bosque, reverberó un momento y murió rápidamente. Todo volvía a estar en silencio, excepto por el susurro líquido del río.

Los nueve mil millones de nombres de Dios

ARTHUR C. CLARKE

(1953)

Una sensación cósmica subyace en gran parte de la ficción de Arthur Clarke y se manifiesta de varias formas: en el cumplimiento acelerado por ordenador de una profecía en «Los nueve mil millones de nombres de Dios», en la red inteligente de comunicaciones que cobra vida en «Marca F para Frankenstein» y en los misteriosos cuidadores extraterrestres que guían el destino humano en la novelización de su guión para 2001: Una odisea del espacio. La historia más conocida de Clarke, 2001, y sus continuaciones, 2010: Odisea dos y 2061: Odisea tres, representan la culminación de las ideas sobre el lugar del hombre en el universo expuestas en 1951 en su cuento «El centinela» y desarrolladas en *El fin de la infancia*, su novela elegiaca sobre la maduración de la humanidad como especie y su ascensión a un propósito más alto dentro del clan universal. En esas historias, Clarke ancla el misterio cósmico en la ciencia pura. Licenciado en física y matemáticas, Clarke colaboró en múltiples revistas científicas y propuso en 1945 la idea del satélite de comunicaciones en órbita geoestacionaria. Algunas de sus obras más conocidas se centran en la solución de un enigma o problema científico. *Naufragio en el mar selenita* cuenta los esfuerzos por rescatar una nave atrapada en las poco corrientes condiciones de la superficie lunar. *Fuentes del Paraíso* trata de los problemas de ingeniería que se dan en la construcción de un ascensor que lleve suministros desde la Tierra a estaciones espaciales. Su libro ganador del Hugo y el Nebula, *Cita con Rama*, lleva su investigación sólidamente científica a un interesante territorio nuevo al contar el descubrimiento de una nave espacial alienígena aparentemente abandonada y los esfuerzos humanos por comprender sus avanzados principios científicos. Otras novelas de Clarke, como *Preludio al espacio*, *Las arenas de Marte*, *Claro de Tierra*, *Regreso a Titán* y *En las profundidades*, son una exploración futurista de la vida submarina similar a sus elucubraciones sobre el viaje espacial. Ha escrito las novelas juveniles *Islands in the Sky* y *Dolphin Island* y sus relatos breves están recopilados en *Expedición a la Tierra*, *Alcanza el mañana*, *Cuentos de la taberna del Ciervo Blanco*, *El viento del sol* y otros libros. Entre sus numerosos ensayos se cuentan el tan premiado *Exploration of Space* y su autobiografía *Astounding Days*. Clarke fue nombrado caballero en el año 2000.

—s una petición poco habitual —dijo el doctor Wagner, con lo que esperaba fuese

admirable moderación—. Por lo que sé, es la primera vez que alguien nos ha pedido que suministremos un Ordenador de Secuenciación Automática a un monasterio tibetano. No deseo parecer inquisitivo, pero me resulta difícil imaginar que su... eh... institución pueda necesitar de una máquina así. ¿Podrían explicarme lo que pretenden hacer con ella?

—Con mucho gusto —respondió el lama, ajustándose la túnica de seda y apartando cuidadosamente la regla de cálculo que había estado empleando para la conversión de monedas—. Su ordenador Mark V puede realizar cualquier operación matemática rutinaria hasta los diez dígitos. Sin embargo, en nuestro trabajo nos interesan las letras, no los números. Deseamos que modifiquen los circuitos de salida, ya que la máquina imprimirá palabras, no columnas de cifras.

—No acabo de entender...

—Es un proyecto en el que hemos estado trabajando los últimos tres siglos... de hecho, desde la fundación de la lamasería. Es un proyecto algo extraño para su forma de pensar, así que espero que me escuche con la mente abierta mientras lo explico.

—Naturalmente.

—En realidad, es muy simple. Hemos estado recopilando una lista con todos los posibles nombres de Dios.

—¿Disculpe?

—Tenemos razones para creer —siguió diciendo el lama sin inmutarse— que todos esos nombres pueden escribirse con no más de nueve letras de un alfabeto que hemos creado.

—¿Y llevan tres siglos haciéndolo?

—Sí: estimamos que nos llevaría quince mil años completar la tarea.

—Oh. —El doctor Wagner parecía un poco aturdido—. Ahora comprendo por qué desean emplear una de nuestras máquinas. Pero ¿cuál es exactamente el propósito del proyecto?

El lama vaciló durante una fracción de segundo y Wagner se preguntó si le había ofendido. Si así era, en la respuesta no se manifestó ni el más mínimo rastro de molestia.

—Puede considerarlo un ritual, si lo desea, pero es una parte fundamental de nuestras creencias. Los múltiples nombres del Ser Supremo, Dios, Jehová, Alá y demás, no son más que etiquetas humanas. En la situación se da un problema filosófico de cierta dificultad, que no vamos a discutir, pero entre todas las posibles combinaciones de letras se encuentran los que podríamos llamar *verdaderos* nombres de Dios. Hemos intentando encontrarlos por permutación sistemática de letras.

—Comprendo. Han empezado con AAAAAAAAAA... y avanzan hacia ZZZZZZZZZZ...

—Exacto... aunque empleamos un alfabeto propio y especial. Modificar las máquinas de escribir electromecánicas para adecuarse al proyecto es, por supuesto, trivial. Un problema bastante más interesante es desarrollar circuitos adecuados para

eliminar combinaciones ridículas. Por ejemplo, una letra no debe aparecer más de tres veces seguidas.

—¿Tres? Seguro que no serán dos.

—Tres es lo correcto: me temo que llevaría mucho tiempo explicar la razón, incluso si comprendiese nuestro lenguaje.

—Estoy seguro de que así sería —dijo Wagner apresuradamente—. Siga.

—Por suerte, no será más que el simple proceso de adaptar su Ordenador de Secuenciación Automática para esta tarea, ya que una programación adecuada permutará en su momento cada letra e imprimir el resultado. Lo que nos hubiese llevado quince mil años se hará en cien días.

El doctor Wagner apenas era consciente de los ruidos lejanos de las calles de Manhattan, allá abajo. Se encontraba en un mundo diferente, un mundo de montañas naturales, no de montañas creadas por el hombre. En la cumbre de esas alturas remotas, esos monjes habían estado trabajando pacientemente, generación tras generación, en sus listas de palabras sin sentido. ¿Las tonterías de la humanidad tenían límite? Aun así, no debía dar a entender lo que estaba pensando. El cliente siempre tenía la razón...

—No hay duda —respondió el doctor— de que podremos modificar el Mark V para imprimir listas de esa naturaleza. Me preocupan mucho más los problemas de la instalación y el mantenimiento. Hoy en día, llegar hasta el Tíbet no va a ser fácil.

—Podemos disponerlo todo. Los componentes son tan pequeños que pueden ir en avión... una de las razones por la que escogimos su máquina. Si la llevan hasta la India, nosotros dispondremos el transporte desde allí.

—¿Y quieren contratar a dos ingenieros?

—Sí, para los tres meses que durará el proyecto.

—Sin duda Personal podrá arreglarlo. —El doctor Wagner escribió una nota en el cuaderno—. Solo quedan otras dos cosas...

Antes de que pudiese terminar la frase, el lama le entregó un pequeño trozo de papel.

—Este es un certificado de mi cuenta en el Banco Asiático.

—Gracias. Parece ser... eh... adecuado. La segunda cuestión es tan trivial que dudo si mencionarla... pero es sorprendente lo fácil que resulta olvidar lo evidente. ¿De qué fuente de energía eléctrica disponen?

—Un generador diesel produce 50 kilowatios a 110 voltios. Se instaló hace unos cinco años y es de fiar. Ha hecho que la vida en la lamasería sea mucho más cómoda, pero, por supuesto, en realidad lo instalamos para alimentar los motores que mueven las ruedas de oración.

—Por supuesto —repitió el doctor Wagner—. Debería haberseme ocurrido.

La vista desde el parapeto era vertiginosa, pero con el tiempo uno se acostumbra a

todo. A los tres meses, George Hanley no se sentía impresionado por la caída de seiscientos metros al abismo o el remoto damero de campos en el valle del fondo. Se apoyaba en las piedras alisadas por el viento y miraba taciturno las lejanas montañas, cuyos nombres jamás se había molestado en preguntar.

«Esta —pensó George— es la mayor locura que me ha acaecido nunca». Proyecto Shangri-La lo había bautizado algún listillo del laboratorio. Durante semanas, el Mark V había estado produciendo hectáreas de papel llenas de galimatías. Pacientemente, inexorablemente, había estado reordenando letras en todas las combinaciones posibles, agotando cada posición antes de pasar a la siguiente. A medida que las páginas surgían de las máquinas de escribir eléctricas, los monjes las recortaban con cuidado y las pegaban en libros enormes. Una semana más, gracias al cielo, y habrían terminado. George no sabía qué retorcido cálculo había convencido a los monjes de que no debían molestarse en buscar palabras de diez, veinte o cien letras. Una de sus pesadillas recurrentes era que hubiese un cambio de planes y que el gran Lama (a quien ellos naturalmente habían llamado Sam Jaffe, aunque no se le parecía nada) anunciase de pronto que el proyecto continuaría hasta el año 2060. Eran más que capaces de algo así.

George oyó la pesada puerta de madera cerrarse contra el viento cuando Chuck salió al parapeto contiguo al suyo. Como era habitual, Chuck fumaba uno de los puros que le hacían tan popular entre los monjes, quienes, aparentemente, estaban más que dispuestos a abrazar todos los pequeños placeres de la vida y la mayoría de los grandes. Era un punto a su favor: podían estar locos, pero no eran unos santurriones. Esos viajes frecuentes que hacían a la aldea, por ejemplo...

—Escucha, George —dijo Chuck impaciente—. He descubierto algo que va a ser un problema.

—¿Qué pasa? ¿La máquina no va bien? —Era el peor problema que George se podía imaginar. Podía retrasar su regreso, nada era más horrible que eso. Tal como se sentía en aquel momento, incluso ver un anuncio de la tele habría sido maná del cielo. Al menos habría sido un contacto con el hogar.

—No... no es nada de eso. —Chuck se acomodó en el parapeto, lo que era raro porque normalmente le asustaba la caída—. Acabo de descubrir de qué va todo esto.

—A qué te refieres... Creía que ya lo sabíamos.

—Claro... sabemos lo que los monjes intentan. Pero no sabíamos por qué. Es una locura...

—Dime algo que no sepa —gruñó George.

—... pero el viejo Sam me lo acaba de contar. Ya sabes que se deja caer todas las tardes para ver salir las hojas. Bien, en esta ocasión parecía bastante emocionado o, al menos, todo lo emocionado que se permite estar. Cuando le he dicho que estábamos en el último ciclo me ha preguntado, con ese adorable acento suyo, si alguna vez nos habíamos preguntado qué intentan lograr. Dije «claro»... y me lo contó.

—Adelante: voy a picar.

—Bien, creen que cuando tengan una lista de todos Sus nombres... estiman que hay unos nueve mil millones... Dios habrá logrado su propósito. La especie humana habrá terminado la tarea para la que fue creada y no tendrá más sentido continuar. La verdad, la simple idea es casi blasfema.

—¿Qué esperan que hagamos? ¿Que nos suicidemos?

—No hace falta. Cuando la lista esté completa, Dios intervendrá y simplemente se acabará la cuerda... ¡bingo!

—Oh, comprendo. Cuando terminemos el trabajo, será el fin del mundo.

Chuck rio nervioso.

—Eso es justo lo que le he dicho a Sam. y ¿sabes qué? Me ha mirado de una forma muy extraña, como si fuese el alumno más tonto de la clase, y ha dicho: «No es algo tan trivial como el fin del mundo». George pensó durante un momento.

—Eso es lo que yo llamo tener una perspectiva muy amplia —dijo al fin—. Pero ¿qué crees que deberíamos hacer? No veo que nos afecte en absoluto. Después de todo, ya sabíamos que estaban locos.

—Sí... ¿pero no te das cuenta de lo que podría pasar? Cuando la lista esté completa y no resuene la Última Trompeta... o lo que crean que va a pasar... puede que nos echen la culpa a nosotros. Han estado usando nuestra máquina. No me gusta nada esta situación.

—Comprendo —dijo George lentamente—. La verdad es que es un buen argumento. Pero ¿sabes?, cosas así han pasado antes. Cuando era niño, en Luisiana, tuvimos a un predicador trastornado que dijo que el mundo se iba a acabar al domingo siguiente. Cientos de personas le creyeron... incluso vendieron sus hogares. Pero no pasó nada, no se enfadaron ni nada. Simplemente decidieron que había cometido un error de cálculo y siguieron creyendo. Supongo que algunos siguen creyendo.

—Bien, no estamos en Luisiana, por si no te has dado cuenta. Solo estamos nosotros dos y cientos de esos monjes. Me caen bien y me dará pena el viejo Sam cuando la labor de su vida fracase. Pero al mismo tiempo, me gustaría estar en alguna otra parte.

—Yo hace semanas que lo deseo. Pero no podemos hacer nada hasta que no termine el contrato y llegue el transporte para sacarnos de aquí.

—Aunque por supuesto —dijo Chuck pensativo— siempre queda el sabotaje.

—¡Ni locos! Eso empeoraría las cosas.

—No me refiero a eso. Considéralo de esta forma. La máquina terminará dentro de cuatro días, al ritmo habitual de veinticuatro horas al día. El transporte llegará dentro de una semana. Vale... pues solo tenemos que encontrar algo que haya que reemplazar durante uno de los períodos de puesta a punto... algo que retrase el trabajo un par de días. Lo arreglaremos, claro está, pero no demasiado rápidamente. Si lo sincronizamos bien, podríamos estar en la pista de aviación cuando el último nombre salga del registro. Ya no nos podrán pillar.

—No me gusta —dijo George—. Sería la primera vez que abandone un trabajo. Además, podrían sospechar. No. Seguiré igual y aceptaré lo que venga.

—Sigue sin gustarme —dijo, siete días más tarde, mientras los resistentes ponis los bajaban por la sinuosa carretera—. Y no creas que salgo corriendo por miedo. Simplemente siento pena por esos pobres de ahí arriba y no quiero estar presente cuando se den cuenta de que se han portado como idiotas. ¿Cómo se lo tomará Sam?

—Es curioso —respondió Chuck—, pero cuando he dicho adiós me ha dado la impresión de que sabía que nos íbamos... y de que no le importaba porque sabía que la máquina funcionaba perfectamente y que pronto el trabajo habría acabado. Después de eso... bien, claro está, para él no hay un Después de eso...

George se giró sobre la montura y miró camino arriba. Era el último punto desde el que se podía ver claramente la lamasería. Los edificios bajos y angulosos destacaban recortados contra el arbol de la puesta de sol: aquí y allá relucían luces como los ojos de buey de un transatlántico. Luces eléctricas, claro está, que compartían el mismo circuito que el Mark V. ¿Cuánto tiempo más lo compartirían?, se preguntó George. ¿Los monjes, llevados por la furia y la decepción, destrozarían el ordenador o se limitarían a sentarse tranquilamente a reiniciar los cálculos desde el principio?

Sabía exactamente lo que pasaba en aquel preciso momento montaña arriba. El gran lama y sus ayudantes estaban sentados, ataviados en sus túnicas de seda, examinando las hojas que los novicios les traían desde las máquinas de escribir, y las pegaban en los grandes volúmenes. Nadie decía nada. El único sonido era el repiqueteo incesante, la lluvia interminable de las teclas golpeando el papel, porque el Mark V en sí guardaba completo silencio mientras realizaba sus miles de cálculos por segundo. Tres meses así, según George, eran más que suficiente para que cualquiera empezase a subir por las paredes.

—¡Ahí está! —gritó Chuck, señalando valle abajo—. ¡No es hermoso!

«Sí que lo es», pensó George. El viejo y abollado DC 3 adornaba el final de la pista como una cruz plateada. Dos horas más tarde volaría para llevarlos de vuelta a la cordura y la libertad. Era una idea que valía la pena saborear como un buen licor. George dejó que diese vueltas por su mente mientras el poni descendía pacientemente.

La veloz noche del alto Himalaya ya casi había caído. Por fortuna la carretera era buena, para lo que eran las carreteras de la zona, y los dos llevaban antorchas. El cielo estaba perfectamente despejado y repleto de las familiares y acogedoras estrellas. «Al menos —pensó George—, no corremos el riesgo de que el piloto no despegue debido al mal tiempo». Esa había sido la única preocupación que le quedaba.

Empezó a cantar, pero calló pasado un rato. La vasta zona de montañas que

relucían a cada lado como fantasmas encapuchados de blanco no animaba a esas alegrías. George miró el reloj.

—Deberíamos llegar dentro de una hora —le gritó a Chuck por encima del hombro. Luego añadió, como ocurrencia posterior—: Me pregunto si el ordenador habrá terminado. Debería hacerlo más o menos a esta hora.

Chuck no respondió, así que George se giró. Apenas podía ver la cara de Chuck, un óvalo blanco dirigido al cielo.

—Mira —susurró Chuck, y George alzó los ojos al cielo (siempre hay una última vez para todo).

En lo alto, sin mayor alboroto, las estrellas se iban apagando.

Una obra de arte JAMES BLISH (julio de 1956)

A James Blish se le considera un escritor que añadió complejidad intelectual a los temas habituales de la ciencia ficción. Miembro del grupo Futurians, la famosa organización de ciencia ficción, Blish comenzó a publicar en 1940. Poco después, publicó su relato «Sunken Universe» (uno de los cuentos que acabaría reuniendo para formar su novela *Semillas estelares*), una primera exploración de las implicaciones y las consecuencias de la ingeniería genética, en el que la humanidad siembra las estrellas con versiones biológicamente alteradas de sí misma ajustadas a las condiciones ambientales alienígenas y que, inevitablemente, debe acabar encarándose con los estándares psicológicos, sociológicos y biológicos que se emplean para definir la humanidad. *Cities in Flight* está compuesta por cuatro novelas *They Shall Have Stars*, *Life for the Stars*, *Earthman Come Home* y *The Triumph of Time* que describen un futuro en el que ciudades enteras migran a través de la galaxia en busca de oportunidades más favorables pero, en general, se encuentran con los problemas repetidos e ineludibles de la historia. La obra individual más famosa de Blish es sin duda la novela ganadora del Hugo *Un caso de conciencia*, un impresionante ejercicio de escatología sobre un misionero en otro planeta que descubre una especie alienígena que está libre del pecado original y por tanto desafía los fundamentos de su religión terrestre. Las historias de Blish, que suelen tratar acerca de temas densos como la divinidad, la estética, la relatividad especial y la naturaleza de la conciencia humana, se han recopilado en *Grupo galáctico*, *So Close to Home* y *Anywhen*. Su obra como novelista incluye las novelas históricas *Doctor Mirabilis* y *Black Easter* y su continuación, *The Day of Judgment*, certeros análisis del bien y el mal bíblicos en un contexto de fantasía oscura. Entre sus contribuciones más importantes a la ciencia ficción y la fantasía se encuentran sus estudios críticos y reseñas de ciencia ficción publicados con el seudónimo William Atheling y recopilados en los volúmenes *The Issue at Hand*, *More Issues at Hand* y *The Tale That Wags the God*.

Al instante recordó haber muerto. Pero lo recordaba como si estuviese a doble distancia... como si recordase un recuerdo más que un hecho en sí; como si él mismo no hubiese estado allí en el momento de su muerte. Sin embargo, el recuerdo era desde su punto de vista, no desde el de algún

observador distinto e incorpóreo que pudiera considerarse su alma. Sobre todo había sido consciente de los movimientos ásperos y desiguales del aire en su pecho. Difuminándose con rapidez, había tenido encima el rostro del médico, alzándose, acercándose a continuación para desvanecerse en el momento en que la cabeza quedó por debajo de su ángulo de visión al ponerse de lado el doctor para auscultar sus pulmones.

Todo se había oscurecido con rapidez y luego, solo entonces, había comprendido que esos eran sus últimos instantes. Intentó respetuosamente pronunciar el nombre de Pauline, pero sus recuerdos no contenían aquel sonido... solo la respiración ruidosa y la capa oscura que iba cerrando el aire, ocultándolo todo un instante.

Solo un instante y, a continuación, el recuerdo concluía. La habitación volvía a estar iluminada y el techo, observó asombrado, se había vuelto de un verde suave. El doctor volvió a levantar la cabeza y le miró.

Era un doctor diferente: un hombre mucho más joven, de rostro ascético y ojos relucientes, casi de loco. No cabía duda. Uno de sus últimos pensamientos conscientes había sido de gratitud porque el médico que le atendía al final no era uno de los que le odiaban en secreto por su asociación en el pasado con la jerarquía nazi. El médico, por el contrario, tenía una expresión divertidamente apropiada para el caso de un experto suizo convocado al lecho de muerte de un hombre eminente: una combinación de preocupación por perder a un paciente tan destacado y la complacencia de saber que, dada la edad del anciano, nadie culparía a su médico si moría. A los ochenta y cinco años, la neumonía es un asunto serio, se tenga o no se tenga penicilina a mano.

Ahora está —bien dijo el nuevo médico, retirando de la cabeza del paciente una serie de barritas de plata sostenidas por una redecilla—. Descanse un minuto e intente tranquilizarse. ¿Sabe su nombre?

Respiró cautelosamente. Ya no parecía tener ningún problema pulmonar; es más, se sentía plenamente sano.

—Claro —dijo, algo irritado—. ¿Sabe usted el suyo?

El doctor sonrió torcidamente.

—Parece que se comporta como debe ser —dijo—. Me llamo Barkun Kris; soy escultor mental. ¿Se llama usted?

—Richard Strauss.

—Muy bien —dijo el doctor Kris y se volvió. Pero una nueva particularidad había desviado la atención de Strauss. En alemán, Strauss era un nombre propio y un sustantivo común con muchos significados: avestruz, buqué; Von Wolzogen se lo había pasado de fábula metiendo todos los chistes posibles en el libreto de *Feuersnot*. Y resultaba que era la primera palabra en alemán que él o el doctor Kris habían pronunciado desde ese momento de la muerte. Tampoco hablaban en francés ni en italiano. Probablemente fuese en inglés, pero no en el inglés que conocía Strauss; aun así, no tenía ningún problema para hablarlo, ni siquiera para pensar en él.

Bien —pensó—, *después de todo podré dirigir* El amor de Dánae. *No todos los compositores estrenan póstumamente su propia ópera.* Sin embargo había algo curioso en todo aquel asunto... lo más curioso era que tenía el convencimiento, que no desaparecía, de que en realidad había estado muerto muy poco tiempo. Claro estaba que la medicina avanzaba mucho, pero...

—Explíqueme todo esto —dijo, apoyándose en un codo. La cama también era diferente, y ni de lejos tan cómoda como aquella en la que había muerto. En cuanto a la habitación, parecía más el cobertizo para una dinamo que el cuarto de un enfermo. ¿La medicina moderna tenía la costumbre de revivir los cadáveres en el suelo de una planta Siemens-Schukert?

—Enseguida —dijo el doctor Kris. Terminó de llevar alguna máquina a un lugar que Strauss, impaciente, supuso que era su sitio en el almacén y atravesó el espacio—. Bien. Hay muchas cosas que tendrá que aceptar sin intentar entenderlas, doctor Strauss. No todos los elementos del mundo de hoy se explican en términos de sus suposiciones. Por favor, recuérdelo.

—Muy bien, adelante.

—La fecha —dijo el doctor Kris— es 2161, según su calendario... o, en otras palabras, han pasado doscientos doce años desde su muerte. Naturalmente, comprenderá que después de todo ese tiempo no queda nada de su cuerpo excepto los huesos. El cuerpo que tiene ahora se ofreció voluntario para su uso. Antes de que se mire en el espejo para ver cómo es, recuerde que la diferencia física con el que solía tener es a su favor. Está en perfecto estado de salud, tiene un aspecto agradable y su edad fisiológica es de unos cincuenta años.

¿Un milagro? No, seguro que no en esa nueva era. Debía de ser simplemente obra de la ciencia. Pero ¡qué ciencia! El eterno retorno de Nietzsche y la inmortalidad del superhombre en combinación.

—¿Y dónde estamos? —dijo el compositor.

—En Port York, parte del estado de Manhattan, en Estados Unidos. Descubrirá que el país ha cambiado menos en algunos aspectos de lo que supongo imagina. Otros cambios, por supuesto, le parecerán radicales, pero me resulta difícil predecir cuáles. Le valdrá la pena cultivar cierta fortaleza mental.

—Comprendo —dijo Strauss, sentándose—. Una pregunta, por favor: ¿en este siglo sigue siendo posible que un compositor se gane la vida?

—Sí que lo es —dijo el doctor Kris, sonriendo—. Y esperamos que lo haga. Ha sido uno de los motivos para... traerle de vuelta.

—Supongo entonces —dijo Strauss con cierta sequedad— que todavía hay público para mi música. Los críticos de antaño...

—No es exactamente así —dijo el doctor Kris—. Tengo entendido que se siguen interpretando algunos de sus trabajos, pero sinceramente no sé cuál es su valoración actual. Mi interés se centra más bien...

Se abrió una puerta y entró otro hombre. Era de mayor edad, más pesado que Kris

y con un aire académico, pero también vestía aquella bata de cirujano de extraño diseño y miraba al paciente de Kris con los ojos ansiosos de un artista.

—¿Un éxito, Kris? —dijo—. Felicidades.

—Todavía no está verificado —dijo el doctor Kris—. La prueba final es lo que cuenta. Doctor Strauss, si se siente con fuerzas suficientes, al doctor Seirds y a mí nos gustaría hacerle algunas preguntas. Queríamos asegurarnos de que sus recuerdos son claros.

—Por supuesto. Adelante.

—Según nuestros registros —dijo Kris—, en una ocasión conoció a un hombre de iniciales R. K. L.; fue mientras dirigía en la Staatsoper de Viena. —Pronunció la doble «a» al menos dos veces demasiado larga, como si el alemán fuese una lengua muerta que estuviese intentando pronunciar con acento «clásico»—. ¿Cómo se llamaba y quién era?

—Sería Kurt List... su nombre de pila era Richard, pero no lo usaba. Era ayudante de dirección de escena.

Los doctores se miraron.

—¿Por qué se ofreció a escribir una nueva obertura para *La mujer sin sombra* y entregar el manuscrito a la ciudad de Viena?

—Para no tener que pagar el impuesto de recogida de basuras de la villa Maria Theresa que me habían entregado.

—En el patio trasero de su casa, en Garmischi-Partenkirchen, había una tumba. ¿Qué tenía escrito?

Strauss frunció el entrecejo. Era una pregunta que hubiese preferido no ser capaz de contestar. Si uno va a gastarse bromas infantiles, es mejor no grabar la broma en piedra y dejarla donde no puedas evitar verla cada vez que sales a trastear con el Mercedes.

—Dice —respondió sin ganas—: «Dedicada a la memoria de *Guntram*, Minnesinger, horriblemente asesinada por la orquesta sinfónica de su propio padre».

—¿Cuándo se estrenó *Guntram*?

—Veamos... En 1894, creo.

—¿Dónde?

—En Weimar.

—¿Quién era la *prima donna*?

—Pauline de Ahna.

—¿Qué fue de ella?

—Me casé con ella. ¿Está...?, empezó a decir ansioso.

—No —dijo el doctor Kris—. Lo lamento, pero carecemos de datos para reconstruir a personas más o menos normales.

El compositor suspiró. No sabía si preocuparse o no. Había amado a Pauline, claro; por otra parte, sería agradable poder vivir la nueva vida sin estar obligado a quitarse los zapatos al entrar en casa para no rayar el suelo de madera. Y también

sería agradable, quizá, que llegasen las dos de la tarde sin oír el eterno «Richard... *¡jetzt komponiert!*», de Pauline.

—Siguiente pregunta —dijo.

Por razones que Strauss no comprendió y se contentó con asumir, se le separó de los doctores Kris y Seirds tan pronto como los dos quedaron satisfechos de que la memoria del compositor era fiable y su salud estable. Su herencia, se le había dado a entender, había quedado dividida hacía mucho (un triste final para la que había sido una de las principales fortunas de Europa), pero se le entregó dinero suficiente para buscar alojamiento y reanudar su vida activa. También se le entregaron presentaciones que resultaron valiosas.

Le llevó más tiempo del que había esperado adaptarse a los cambios en la música. La música era, empezó a sospechar con rapidez, un arte moribundo que pronto disfrutaría de una posición no muy superior a la de los arreglos florales en su propia época. Ciertamente no podía negarse que la tendencia hacia la fragmentación, ya visible en su propio tiempo, se había completado casi totalmente en 2161.

No prestó más atención a la canción popular americana de la que se había molestado en prestarle en su vida anterior. Sin embargo, era evidente que su método de producción en serie (todos los compositores de baladas empleaban sin disimulo un dispositivo similar a una regla de cálculo llamado Máquina de Éxito) ya tenía su equivalente casi en toda la música seria.

En los tiempos que corrían, por ejemplo, eran considerados conservadores los compositores dodecafónicos; siempre, en opinión de Strauss, de una sequedad mecánica, pero nunca tanto como ahora. Sus grandes figuras (Berg, Schönberg y Webern) eran dioses para el público de los conciertos, quizás un poco abstrusos pero tan merecedores de reverencia como cualquiera de las Tres B^[7].

Sin embargo, un ala de los conservadores había mejorado aún más el sistema dodecafónico. Esos hombres componían la llamada «música estocástica», creada escogiendo cada nota tras consultar tablas de números aleatorios. Su Biblia, su texto básico, era un volumen llamado *Estética operacional*, que a su vez derivaba de una disciplina llamada teoría de la información, ni una palabra de cuyo contenido hacía referencia a las técnicas y convenciones de composición que Strauss conocía. El ideal de ese grupo era producir música «universal»; es decir, música carente de cualquier rastro de la individualidad del compositor: la expresión musical de las leyes universales del azar exclusivamente. De acuerdo que las leyes del azar parecían tener un estilo propio, pero a Strauss le parecía el de un niño idiota al que, para evitar que se metiese en líos, le habían enseñado a golpear el piano con un martillo.

Sin embargo, con diferencia, la mayor cantidad de obras producidas encajaba en la categoría de la engañosamente llamada «música científica». El término se refería a los títulos de las obras, que trataban acerca del vuelo espacial, el viaje en el tiempo y

otros temas de naturaleza romántica o improbable. La música en sí no tenía nada de científica, ya que consistía en una mezcolanza de tópicos e imitaciones de sonidos naturales. Strauss quedó horrorizado al encontrar su propia imagen distorsionada y diluida en ella.

La forma más popular de música científica era una composición de nueve minutos llamada concierto, aunque no se parecía en absoluto a la forma clásica de este tipo de composición; era una especie de rapsodia libre lejanamente emparentada con Rachmaninoff... muy lejanamente. Una típica muestra (*Canción del espacio profundo* se llamaba, escrita por alguien llamado H. Valerion Krafft) empezaba con un estridente asalto al tam-tam, tras lo cual todos los instrumentos de cuerda subían al unísono por la escala, seguidos a respetuosa distancia por el arpa y un clarinete. En la cima de la escala entrechocaban címbalos, *forte possible*, y toda la orquesta se lanzaba a tocar una especie de melodía lastimera; la orquesta al completo, excepto las trompas de pistones, que pesadamente bajaban por la escala en lo que evidentemente se suponía que debía ser una contramelodía. La segunda frase del tema la recogía un solo de trompeta con aires de trémolo, la orquesta moría para esperar el siguiente estallido y, en ese punto (como podría haber predicho hasta un niño de cuatro años) entraba el piano.

Tras la orquesta aguardaba un grupo de treinta mujeres listas para intervenir con un coro sin palabras que se suponía que sugería el misterio del espacio profundo... pero también en este punto Strauss había aprendido a levantarse de la butaca e irse. Después de algunas experiencias similares también aprendió a contar con encontrarse en el vestíbulo a Sindi Noniss, el agente al que el doctor Kris le había presentado y que se encarga de la producción del compositor renacido, la que había hasta ahora. Sindi por su parte había aprendido a esperar aquellas salidas de su cliente y le aguardaba pacientemente, de pie bajo un busto de Gian-Carlo Menotti; pero cada vez le gustaban menos y últimamente las recibía poniéndose rojo y blanco alternativamente, como una barra de barbería.

No deberías haberlo hecho —le soltó después del incidente Krafft—. Uno no se va de la representación de una nueva composición de Krafft. El tipo es el presidente de la Sociedad Interplanetaria para la Música Contemporánea. ¿Cómo voy a convencerlos de que eres un contemporáneo si los rechazas continuamente?

—¿Qué más da? —dijo Strauss—. No saben ni quién soy.

—Te equivocas; lo saben muy bien y controlan todos tus movimientos. Eres el primer compositor importante al que se han enfrentado los escultores mentales y la SIMC estaría encantada de darte una nota de rechazo.

—¿Por qué?

—Oh —dijo Sindi—, hay muchas razones. Los escultores son unos esnob; también los chicos de la SIMC. Los unos querrían demostrar a los otros que su arte es superior a todos los demás. Y luego está la competencia; sería más cómodo suspenderte que permitirte llegar al mercado. La verdad es que creo que deberías

volver a entrar. Podría inventarme alguna excusa...

—No —dijo Strauss de inmediato—. Tengo trabajo.

Pero precisamente se trata de eso, Richard. ¿Cómo vas a conseguir producir una ópera sin el SIMC? No es como si escribieses solos de theremín o algo que no costase ta...

Tengo trabajo dijo, y se fue.

Y efectivamente, así era, un trabajo que le absorbía como ningún otro proyecto en los últimos treinta años de su antigua vida. Apenas había pasado la pluma sobre el papel pautado (dos cosas asombrosamente difíciles de conseguir) cuando comprendió que nada en su larga carrera le había aportado las piedras angulares con las que juzgar la música que debía escribir *ahora*.

Los viejos trucos regresaron a millares, claro: el cambio súbito e inesperado de clave en la cresta de la melodía, el ampliar los intervalos, el jugar con los armónicos sobre el ya agudo clímax, el correr y el ajetreo a medida que las frases pasaban como rayos de una zona de la orquesta a otra, el estallido de los metales, la risa de los clarinetes, la enredada mezcla cromática para resaltar la tensión dramática... todos ellos.

Pero ya ninguno le satisfacía. Se había contentado con ellos gran parte de su vida y les había sacado un provecho asombroso. Pero había llegado el momento de empezar de nuevo. Lo cierto era que algunos de los trucos le repelían profundamente: ¿de dónde había sacado la idea, a la que se había agarrado durante décadas, de que los violines gritando al unísono en algún punto de la estratosfera era un sonido tan interesante como para que mereciese la pena repetirlo en una misma composición, e incluso en todas?

Y nadie, reflexionó satisfecho, se había enfrentado a un nuevo comienzo mejor equipado que él. Aparte del pasado que tenía disponible en su memoria, siempre había contado con un armamento técnico superior al de los demás; incluso los críticos hostiles lo habían admitido. Ahora que, en cierto sentido, componía su primera ópera (¡la primera después de quince años de óperas!), tenía todas las oportunidades de convertirla en una obra maestra.

Y esa precisamente era su intención.

Había, por supuesto, muchas distracciones insignificantes. Una era buscar papel pautado antiguo y pluma y tinta para escribir. Resultaba que muy pocos de los compositores modernos escribían su música. La mayoría de ellos usaban cinta: unían trozos de tonos y sonidos sacados de otras cintas, superponían cintas y modificaban el resultado girando un complejo sistema de controles. Por otra parte, casi todos los compositores de 3-V escribían directamente en la pista de sonido, garabateando rápidamente líneas aserradas y onduladas que, al pasar por un circuito de audio con fotocélula, producían un ruido razonablemente similar a una orquesta tocando, con sus armónicos y todo.

Los conservadores de la última trinchera que escribían notas sobre el papel lo

hacían con ayuda de una máquina de escribir musical. El dispositivo, debía admitir, parecía al fin haber sido perfeccionado; tenía teclas y registros como un órgano, pero no era más que unas dos veces más grande que una máquina de escribir estándar y producía una página perfecta. Pero él estaba contento con sus propios manuscritos floridos y muy legibles, y se negaba a abandonarlos, por mucho que la pluma que había podido conseguir arañase el papel. Le ayudaba a conectar con su pasado.

Para unirse al SIMC también había pasado malos ratos, incluso después de que Sindi se encargase de los detalles políticos. El representante de la Sociedad que había examinado sus credenciales como miembro había recorrido el cuestionario sin más interés que el que podría haber manifestado un veterinario examinando una cabra enferma.

—¿Has publicado algo?

—Sí, nueve poemas tonales, como trescientas canciones, un...

—No cuando estabas vivo —dijo el examinador, lo que lo inquietó un tanto—. Me refiero a desde que los escultores te crearon.

—Desde que los escultores... Ah, comprendo. Sí, un cuarteto de cuerda, dos ciclos de canciones, un...

—Bien. Alfie, apunta «canciones». ¿Toca algún instrumento?

—El piano.

—Mm. —El examinador se miró las uñas—. Oh, bien. ¿Lees música o usas un Escriba, un mezclador o una Máquina?

—Leo.

—Toma. —El examinador sentó a Strauss delante de un visor, donde sobre una superficie iluminada viajaba una cinta sin fin de papel translúcido. En el papel había una banda de sonido muy ampliada—. Tararea esa música y dime a qué instrumento pertenece.

—No leo ese *Musiksticheln* —dijo Strauss con voz helada—, y tampoco lo escribo. Uso la notación estándar, sobre papel pautado.

—Alfie, apunta «solo lee notas». —Sobre el vidrio del visor colocó una hoja grisácea de música impresa—. Tararea eso.

«Eso» resultó ser una tonada popular llamada *Garfios, coñac y tienda a crédito* que un político que fingía tocar la guitarra había escrito en una Máquina de Éxito en 2159 para cantarla en un acto de campaña (en algunos aspectos, reflexionó Strauss, Estados Unidos no había cambiado tanto). Se había hecho tan popular que cualquiera podía tararearla solo con saber el título, supiese leer música o no. Strauss la tarareó y, para demostrar su capacidad, añadió:

—Está en *Si* bemol.

El examinador se acercó a un piano de pared pintado de verde y golpeó una grasienta tecla negra. El instrumento estaba espantosamente desafinado (la nota estaba mucho más cerca del *La* estándar a 440/cps que del *Si* bemol), pero el examinador dijo:

—Así es. Alfie, apunta, «también lee bemoles». Vale, hijo, eres miembro. Es un placer tenerte con nosotros; ya no hay mucha gente que sepa leer la vieja notación. Muchos lo consideran indigno de ellos.

—Gracias —dijo Strauss.

—En mi opinión, si valía para los viejos maestros, vale para nosotros. A mí me parece que hoy en día no tenemos gente como ellos. Excepto el doctor Krafft, claro. Los había *geniales* en el pasado... hombres como Shilkrit, Steiner, Tiomkin y Pearl... y Wilder y Jannsen. Verdaderos genios.

—*Doch gewiss* —dijo Strauss cortésmente.

Pero el trabajo avanzaba. Ya ganaba un poco de dinero, por pequeñas obras. La gente parecía sentir un interés especial por un compositor surgido de los laboratorios de los escultores mentales y, además, el material en sí, de eso Strauss estaba seguro, tenía méritos propios que ayudaban a venderlo.

Sin embargo, lo importante era la ópera. Creció y creció bajo la pluma, tan nueva y fresca como su nueva vida, fundamentada sobre el conocimiento y la madurez al igual que su larga y repleta memoria. Al principio había sido problemático encontrar un libreto. Si bien era posible que existiese algo adecuado entre los guiones corrientes para 3-V (aunque lo dudaba), se vio incapaz de distinguir lo bueno de lo malo debido a la niebla que los cubría, producto de instrucciones técnicas de producción que le resultaban totalmente incomprensibles. Finalmente, y solo por tercera vez en toda su carrera, había recurrido a una obra escrita en una lengua diferente a la suya, y (por primera vez) decidió dejarla en esa lengua.

La obra era *Venus observada* de Christopher Fry, en todos los aspectos el libreto de ópera perfecto para Strauss, como fue comprendiendo poco a poco. Aunque era en principio una comedia con una compleja trama burlesca, se trataba de una obra en verso de considerable profundidad con varios personajes que pedían a gritos vivir musicalmente en tres dimensiones, además de una profunda corriente oculta de tragedia otoñal, de la caída de las hojas y la caída de las manzanas; era justo el tipo de mezcla contradictoria que Von Hofmannsthal le había ofrecido en *El caballero de la rosa*, en *Ariadna en Naxos* y en *Arabella*.

Lo sentía por Von Hofmannsthal pero ya tenía otro dramaturgo fallecido hacía mucho que parecía tener casi el mismo talento, y las oportunidades musicales eran inmensas. Estaba, por ejemplo, el incendio que cerraba el acto segundo: ¡qué regalo para un compositor que consideraba la orquestación y los contrapuntos tan vitales como el aire y el agua! O el momento en que Perpetua disparaba a la manzana en la mano del Duque: ¡en ese momento, una única referencia pasajera añadiría el marmóreo *Guillermo Tell* de Rossini a la textura musical, creando una nota irónica! Y el gran monólogo del Duque comenzaba:

*¿Debo sentir pena de mí mismo? En nombre de la mortalidad.
Sentiré pena de mí mismo. Ramas y brotes,
colinas marrones, los valles brumosos,
un lago bruñido...*

Ese era un discurso para un gran actor trágico con el espíritu de Falstaff: la unión final de la risa y el llanto, puntuados por comentarios soñolientos de Reedbeck, con cuyos sonoros ronquidos (trombones, no menos de cinco, ¿con sordina?), la ópera terminaría tranquilamente...

¿Qué podía ser mejor? Y sin embargo, había llegado hasta esa obra gracias a una serie improbable de accidentes. Al principio había planeado una farsa al estilo de *La mujer silenciosa*, solo para practicar. Recordando que Zweig le había adaptado ese libreto antaño, a partir de una obra de Ben Jonson, Strauss había empezado a buscar obras inglesas del periodo posterior a Jonson y había dado con un horrible espécimen rico en pareados heroicos llamado *Venecia preservada*, de un tal Thomas Otway. La obra de Fry estaba justo después de la de Otway en el catálogo de tarjetas y la había consultado por pura curiosidad; ¿por qué un dramaturgo del siglo XX iba a estar haciendo un chiste con el título de una obra del XVIII?

Después de leer dos páginas de la obra de Fry, el detalle menor del chiste desapareció por completo de su mente. Estaba recuperando la suerte; tenía una ópera.

Sindi hizo milagros preparando la representación. La fecha del estreno se fijó incluso antes de que terminase la partitura, con lo que Strauss recordó con agrado los días caóticos en los que Fuestner recogía de su mesa el final de *Electra* página a página, incluso antes de que se secase la tinta, para llevarla corriendo al impresor antes de que se cumpliese la fecha límite. Sin embargo, la situación presente era más complicada, porque para adecuarse a las nuevas técnicas de representación parte de la partitura se debía pasar a escriba, parte tenía que grabarse y parte debía imprimirse a la antigua; hubo momentos en que Sindi se puso gris.

Pero *Venus observada* surgió, como era habitual, completa de la pluma de Strauss con tiempo de sobra. Escribir el primer borrador de la música había sido un trabajo infernal, mucho más parecido a un renacimiento que aquel despertar confuso en el laboratorio de Barkun Kris, con sus connotaciones de estar muerto, pero Strauss descubrió que conservaba su capacidad de hacer arreglos casi sin esfuerzo a partir del borrador, tan ajeno a las perturbaciones apenas audibles de Sindi en la habitación como a los terribles estallidos supersónicos de los cohetes que sobrevolaban invisibles la ciudad.

Cuando terminó todavía faltaban dos días para empezar los ensayos, durante los cuales no tendría nada que hacer. Las técnicas de representación de la nueva época estaban tan absolutamente entremezcladas con las artes electrónicas que toda su

experiencia (la suya, la del *Kapellmeister*) resultaba primitiva hasta lo indecible.

No le importaba. La música, tal como estaba escrita, hablaría por sí sola. Mientras tanto, agradeció la oportunidad de olvidarse del escenario durante meses. Regresó a la biblioteca y hojeó despreocupadamente viejos poemas, buscando textos para una o dos canciones. Sabía que no debía molestarse en leer la poesía reciente; no le decía nada y lo tenía claro. Los americanos de su propia época, pensó, podrían ofrecerle alguna pista para comprender la América de 2161; y si alguno de esos poemas daba a luz una canción, pues mejor.

La búsqueda le resultó relajante y se entregó a su disfrute. Finalmente dio con una grabación que le gustó; una grabación de una vieja voz rota con acento de Idaho, como había sonado aquella vez en 1910, en la antigua juventud del propio Strauss. El nombre del poeta era Pound. Decía en la grabación:

*... las almas de todos los grandes hombres
siempre nos atraviesan,
y nos fundimos en ellas, y dejamos de ser
excepto como un reflejo de esas almas.*

*Por tanto, soy Dante un instante y soy
un tal François Villon, señor de las baladas y ladrón,
o soy tales santos que no voy a escribir,
no sea que me acusen de blasfemia;
dura un instante y la llama se apaga.*

*Es como si en nuestro interior reluciese una esfera
de oro fundido translúcido, que es el «yo»,
y en ella se proyectara alguna forma:
Cristo, o Juan o también el florentino.
Y en cuanto ese espacio no existe
si una forma no tiene superpuesta,
así cesamos nosotros de ser para el tiempo,
y ellos, los maestros del Alma, siguen viviendo.*

Sonrió. La lección se había repetido una y otra vez desde los tiempos de Platón. Sin embargo, el poema describía su propia situación, era una especie de teoría de la metempsicosis que había sufrido, y resultaba emocionante a causa de su estilo formal. Sería adecuado convertirlo en un pequeño himno, en honor a su renacimiento, y a la perspicacia del poeta.

Oyó interiormente series ordenadas de acordes solemnes y sin aliento, sobre los cuales las palabras podrían repetirse con un susurro suave al comienzo... y luego un pasaje dramático en el que los grandes nombres de Dante y Villon resonarían como

desafíos al tiempo... Tomó notas un rato en el cuaderno antes de devolver la grabación a su estante.

«Estos —pensó— son buenos auspicios».

Y así llegó la noche del estreno. El público llenaba la sala, las cámaras 3-V cabalgaban soportes invisibles por el aire y Sindi calculaba su parte de las ganancias del cliente con un complicado juego de dedos cuyo principio básico parecía ser que uno más uno sumaban diez. La sala se llenó hasta los topes con gente de todas las condiciones sociales, como si fuesen al circo y no a una ópera.

Había, sorprendentemente, casi cincuenta altivos y aristocráticos escultores mentales, vestidos formalmente con versiones exageradas y negras de sus batas de cirujano. Habían adquirido unos asientos en las primeras filas del auditorio, desde donde las gigantescas figuras 3-V que pronto llenarían el «escenario» que tenían delante (los verdaderos cantantes actuarían en un pequeño escenario en el sótano) tenían que parecer monstruosamente desproporcionadas, pero Strauss supuso que ya lo habían tenido en cuenta y no le dio más importancia.

Una oleada de susurros y una corriente de profunda emoción, cuyo significado Strauss desconocía, recorrió el público cuando los escultores empezaron a entrar. Pero no se esforzó en comprenderlo; luchaba con su propia oleada creciente de tensión por la noche de estreno, que, a pesar de los años, nunca había podido controlar del todo.

La luz suave y sin fuente aparente del auditorio se apagó y Strauss se colocó frente al atril. En él había una partitura, pero dudaba de que fuese a hacerle falta. Directamente delante, sobresaliendo de entre los músicos, estaban las inevitables boquillas 3-V dispuestas para traer las imágenes de los cantantes del sótano.

El público guardaba silencio. Había llegado la hora. La batuta se alzó y luego bajó con decisión, y el preludio surgió del foso de la orquesta.

Durante un rato estuvo profundamente inmerso en el complicado asunto de mantener unida la enorme orquesta, sintiendo los movimientos de la red musical bajo su mano. Pero a medida que se hizo con el control y ganó en seguridad, la tarea se volvió ligeramente menos exigente y pudo prestar más atención al sonido del conjunto.

Algo iba decididamente mal. Por supuesto, tuvo algunas sorpresas ocasionales cuando detalles de color orquestal surgían con un *Klang* diferente al esperado; eso les pasaba a todos los compositores, incluso después de toda una vida de experiencia. Y hubo un momento en que los cantantes, al llegar a una frase más difícil de cantar de lo que había calculado, parecían a punto de caer de la cuerda floja (aunque ninguno falló; era un conjunto de voces tan bueno como cualquier otro con el que hubiese tenido que trabajar).

Pero eso eran detalles. Lo que estaba mal era la impresión general. Strauss perdía

no solo la emoción del estreno (después de todo, no podía estar al mismo nivel toda la noche) sino también el interés por lo que pasaba en el escenario y en el foso. Se estaba cansando gradualmente, el brazo de la batuta era cada vez más pesado; mientras el segundo acto atacaba lo que debería haber sido un torrente apasionado de tonos brillantes, estaba tan aburrido que deseó poder volver a su mesa y trabajar en la canción.

El acto acabó; solo quedaba otro. Apenas oyó los aplausos. Los veinte minutos de descanso en el camerino fueron apenas suficientes para devolverle las fuerzas.

Y de pronto, en medio del último acto, lo comprendió.

La música no tenía nada de nueva. Era el viejo Strauss otra vez... pero más débil, más diluido que nunca. Comparada con la obra de compositores como Krafft, sin duda al público le sonaba como una obra maestra. Pero él sabía la verdad.

La decisión, la determinación de abandonar los viejos tópicos y hábitos, la decisión de decir algo nuevo, había sucumbido a la fuerza de la costumbre. Devolverle la vida significaba resucitar también los reflejos profundamente grabados en su estilo. No tenía más que tomar la pluma y le anegaban sus automatismos fáciles, tan incontrolables como el impulso de alejar el dedo de una llama.

Se le llenaron los ojos de lágrimas; aquel cuerpo era joven, pero él era un viejo, un viejo. ¿Otros treinta y cinco años así? Jamás. Todo aquello ya lo había dicho antes, siglos antes. ¿Casi medio siglo condenado a repetirlo continuamente, con una voz cada vez más débil, consciente de que incluso aquel siglo degradado acabaría viéndolo como el cascarón quemado de la grandeza? No, jamás, nunca.

Fue consciente, apenas, de que la ópera había terminado. El público aullaba su alegría. Reconoció el sonido. Habían gritado de la misma forma en el estreno de *Día de paz*, pero aclamaban al hombre que había sido, no al hombre en que se había convertido y que *Día de paz* mostraba con cruel claridad. Allí el sonido tenía todavía menos sentido: vítores de ignorancia, eso era todo.

Se giró lentamente. Con asombro, y con una sorprendente sensación de alivio, comprobó que los vítores, después de todo, no eran para él.

Aclamaban al doctor Barkun Kris.

Kris estaba de pie en medio del conjunto de escultores mentales, saludando al público. Los escultores que tenía cerca le daban la mano uno tras otro. Otros se la ofrecieron cuando recorrió el pasillo hasta el atril. Cuando subió al escenario y tomó entre las suyas la mano del compositor, los vítores se convirtieron en un delirio.

Kris le levantó el brazo. Los vítores cesaron de pronto, transformándose en un silencio concentrado.

—Gracias —dijo con voz clara—. Damas y caballeros, antes de despedir al doctor Strauss expresemos una vez más el privilegio que ha representado oír este nuevo ejemplo de su genio. Estoy seguro de que ninguna despedida podría ser más

adecuada.

La ovación duró cinco minutos y hubiese durado otros cinco si Kris no la hubiese cortado.

—Doctor Strauss —dijo—, dentro de un momento pronunciaré cierta frase y comprenderá usted que su nombre es Jerom Bosch, nacido en nuestro siglo y con una vida propia. Desaparecerán los recuerdos superpuestos que le han hecho asumir la máscara, la *personalidad*, del gran compositor. Se lo digo para que comprenda por qué estas personas aquí presentes comparten conmigo los aplausos que le corresponden a usted.

Una oleada de sonido afirmativo.

—El arte de esculpir mentes... la creación de personalidades artificiales para disfrute estético... puede que no vuelva a alcanzar esta cima. Debe comprender que como Jerom Bosch no tenía ningún talento para la música; es más, buscamos durante mucho tiempo hasta dar con un hombre absolutamente incapaz de tararear la melodía más simple. Sin embargo, fuimos capaces de superponer a ese material tan poco prometedor no solo la personalidad sino también el genio de un gran compositor. El genio es totalmente suyo... de la *personalidad* que se considera Richard Strauss. El hombre que se ofreció a ser esculpido no tiene ningún mérito. Este es su triunfo, doctor Strauss, y le aplaudimos por ello.

Ya era imposible contener la ovación. Strauss, con una sonrisa torcida, observó cómo el doctor Kris saludaba. La escultura mental era una forma sofisticada de crueldad acorde con aquella época, pero aquel impulso, por supuesto, siempre había existido. Era el mismo impulso que obligaba a Rembrandt y a Leonardo a convertir cadáveres en obras de arte.

Merecía un pago igualmente sofisticado según la *lex talionis*: ojo por ojo, diente por diente... y fracaso por fracaso.

No, no hacía falta que le dijese al doctor Kris que el Strauss que había creado estaba tan vacío de genio como una calabaza hueca. El objeto de la broma sería siempre el escultor, incapaz de oír el vacío en la música ahora guardada en cintas 3-V

Pero un estallido de rebelión le recorrió momentáneamente la sangre. *Yo soy yo —pensó—. Soy Richard Strauss hasta mi muerte, y jamás seré Jerom Bosch, que era totalmente incapaz de tararear la melodía más simple.* Su mano, que todavía sostenía la batuta, se alzó de pronto, aunque no sabía si para golpear o para protegerse de un golpe.

Volvió a dejarla caer y, al fin, se inclinó para saludar... no al público, sino al doctor Kris. No lamentaba nada mientras Kris se volvía hacia él para pronunciar las palabras que le devolverían al olvido, excepto que ya no tendría ocasión de musicar el poema.

Tenían la piel oscura y los ojos dorados

RAY BRADBURY

(agosto de 1949)

Aunque no fue el primer autor que escribió historias ambientadas en Marte, Ray Bradbury reclamó su parte de uno de los paisajes más fértiles de la ciencia ficción con una serie de historias publicadas en las revistas *pulp* de los años cuarenta y cincuenta, en las que imaginaba el Planeta Rojo como una nueva frontera donde la humanidad podría dejar su huella, para bien o para mal. Su recopilación *Crónicas marcianas* (1950), que tiene su base en esas historias, fue un éxito inesperado que alertó al público convencional sobre el valor de la ciencia ficción como mitología moderna que encapsulaba los sueños y temores inmortales de la humanidad. La principal preocupación de la ficción de Bradbury son los seres humanos frágiles y falibles, ya sea el bombero de la antiutopía futura *Fahrenheit 451*, que acaba dudando de la bondad de su trabajo (destruir ideas quemando libros), o los americanos de clase media de *La feria de las tinieblas*, que permiten que el temor a su propia mortalidad los lleve a pactos fáusticos con el propietario mefistofélico de un carnaval ambulante. Las líricas historias de Bradbury se han recopilado en *El hombre ilustrado*, *Las doradas manzanas del sol*, *Medicina contra la melancolía*, *Las maquinarias de la alegría* y otros muchos volúmenes, incluido el definitivo *Stories of Ray Bradbury*. Las historias góticas modernas de sus recopilaciones *Dark Carnival* y *El país de octubre* ejercieron una importante influencia en la ficción moderna de terror y fantasía oscura. *El vino del estío*, su novela sobre una infancia en el Medio Oeste americano, y la trilogía formada por *Death is a Lonely Business*, *A Cranveyard for Lunatics* y *Green Shadows, White Whale*, extraídas de sus experiencias como escritor novel, son exploraciones fundamentalmente bradburianas de las posibilidades mágicas de la vida cotidiana. Ha escrito los libros para niños *Switch on the Night*, *The Halloween Tree* y *Ahmed and the Oblivion Machine*, cientos de poemas recopilados en *The Complete Poems of Ray Bradbury*, una veintena de obras de teatro, incluida *The Wonderful Cream suit*, y la colección de ensayos *Yestermorrow*. Muchas de sus historias han sido adaptadas para el teatro, el cine, la televisión, el musical y el cómic. Su labor como guionista incluye *Vinieron del espacio exterior* y el guión para la versión de *Moby Dick* de John Huston. Entre sus múltiples premios se cuentan el Nebula Grand Master y el premio Bram Stoker for Life Achievement de la Horror Writers Association.

El metal del cohete se enfrió bajo los vientos del prado. La compuerta emitió un estallido hinchado. De su interior mecánico salieron un hombre, una mujer y tres niños. Los otros pasajeros se dispersaron por el prado marciano dejando al hombre solo con su familia.

El hombre sintió que el aire le agitaba el pelo y que los tejidos de su cuerpo se tensaban como si estuviese en el vacío. Su esposa, delante de él, parecía desvanecerse convertida en humo. Los niños, pequeñas semillas, podrían dispersarse por todo Marte.

Los niños le miraron como la gente mira al sol para saber en qué hora de la vida se encuentra. El rostro del hombre era frío.

—¿Qué pasa? —preguntó la esposa.

—Volvamos al cohete.

—¿De vuelta a la Tierra?

—¡Sí! ¡Escucha!

El viento soplaba como si quisiese destruir sus identidades. En cualquier momento el aire marciano podría robarles el alma, como sale el tuétano de un hueso blanco. Se sentía sumergido en una sustancia química que podía disolver su intelecto y quemar su pasado.

Miraron las colinas marcianas que el tiempo había desgastado con la aplastante presión de los años. Vieron las viejas ciudades, perdidas en los prados, esparcidas como los huesos delicados de los niños entre los agitados lagos de hierba.

—Asúmelo, Harry —dijo su esposa—. Es demasiado tarde. Hemos recorrido cien millones de kilómetros.

Los niños de pelo rubio aullaron a la bóveda profunda que era el cielo marciano. No hubo respuesta, excepto el paso del viento por entre la hierba rígida.

El hombre recogió el equipaje entre las frías manos.

—Vamos —dijo un hombre de pie al borde del mar, listo para meterse en él y ahogarse.

Fueron al pueblo.

Eran los Bittering. Harry y su esposa Cara; Dan, Laura y David. Levantaron una pequeña casita blanca y allí tomaban un buen desayuno, pero el miedo no desapareció nunca. Permanecía con el señor y la señora Bittering, como un tercer compañero indeseado en todas las charlas de medianoche, en todos los amaneceres.

—Me siento como un cristal de sal —dijo—, en una corriente de montaña, deshaciéndome. No pertenecemos a este lugar. Somos gente de la Tierra. Esto es Marte. Estaba destinado a los marcianos. Por amor de Dios, Cara, ¡vamos a comprar billetes de vuelta!

Pero ella se limitaba a negar con la cabeza.

—Un día la bomba atómica acabará con la Tierra. Entonces, aquí estaremos seguros.

—¡Seguros y locos!

Tictac, las siete en punto —cantó el reloj de voz—; *hora de levantarse*. Y así lo hicieron.

Todas las mañanas algo le obligaba a comprobarlo todo —chimenea caliente, geranios rojos en las macetas— como si esperase que algo estuviese mal. El periódico de la mañana, traído en el cohete de la Tierra de las seis de la mañana, estaba calentito como una tostada. Rompió el sello del periódico y lo abrió sobre su desayuno. Se obligó a ser sociable.

—Los días coloniales han vuelto —declaró—. Dentro de diez años habrá diez millones de terrestres en Marte. ¡Grandes ciudades y todo lo demás! Dicen que fracasaremos. Dicen que los marcianos no aceptarán nuestra invasión. Pero ¿hemos encontrado algún marciano? ¡Ni un alma! Oh, encontramos sus ciudades vacías, pero ni a uno de ellos. ¿Cierto?

Un río de viento azotó la casa. Cuando las ventanas dejaron de estremecerse, el señor Bittering tragó y miró a los niños.

—No sé —dijo David—. Quizás haya marcianos por aquí y no los vemos. A veces, por la noche, me parece oírlos. Oigo el viento. La arena golpea mi ventana. Me asusto. Y veo esas ciudades en la cima de las montañas donde hace mucho vivían los marcianos. Y, papá, me parece verlos moverse por esas ciudades. Y me pregunto si a esos marcianos les importa que vivamos aquí. Me pregunto si nos harán algo por venir aquí.

—¡Tonterías! —El señor Bittering miró por la ventana—. Somos personas decentes y limpias. —Miró a sus hijos—. Todas las ciudades muertas tienen sus fantasmas. Hablo de los recuerdos. —Miró las colinas—. Miras una escalera y te preguntas qué aspecto tendría un marciano al subirla. Ves pinturas marcianas y te preguntas cómo era el pintor. Evocas mentalmente un pequeño fantasma, un recuerdo. Es muy natural. Es la imaginación. —Se detuvo—. No habrás ido a explorar esas ruinas, ¿verdad?

—No, papá. —David se miró los zapatos.

—Asegúrate de mantenerte alejado de ellas. Pásame la mermelada.

—Aun así —dijo el pequeño David—, apuesto a que pasa algo.

Esa tarde pasó algo.

Laura recorrió el asentamiento, llorando. Entró a ciegas en el porche.

—Madre, padre... ¡la guerra, la Tierra! —sollozó—. Acaba de llegar un informe de radio. ¡Las bombas atómicas han caído sobre Nueva York! ¡Todos los cohetes espaciales han estallado! ¡No habrá más cohetes a Marte, nunca!

—¡Oh, Harry! —La madre abrazó a su marido y a su hija.

—¿Estás segura, Laura? —preguntó el padre en voz baja.

Laura lloriqueó.

—¡Estamos varados en Marte, por siempre jamás!

Durante mucho tiempo solo se oyó el sonido del viento en la tarde.

«Solos —pensó Bittering—. Aquí solo somos unos mil. No hay forma de volver. No hay forma. No hay forma». El sudor le chorreaba por la cara, las manos y el cuerpo; estaba empapado por el calor de su miedo. Quería golpear a Laura, gritarle: «¡No! ¡Mientes! ¡Los cohetes volverán!». En lugar de eso, acarició la cabeza de Laura abrazándola y dijo:

—Los cohetes volverán algún día.

—Padre, ¿qué vamos a hacer?

—Seguir con nuestro trabajo, claro. Cultivar y criar hijos. Esperar. Mantenerlo todo en marcha hasta que la guerra termine y los cohetes vuelvan.

Los dos chicos salieron al porche.

—Hijos —dijo, sentándose, mirando al infinito—. Tengo algo que contaros.

—Lo sabemos —dijeron.

Durante los días posteriores, Bittering a menudo recorría el jardín para estar a solas con su miedo. Mientras los cohetes habían tejido una red plateada por el espacio, él había podido aceptar Marte. Porque siempre se había repetido: «Mañana, si quiero, puedo comprar un billete y volver a la Tierra».

Pero ahora la red había desaparecido, los cohetes eran montones de vigas fundidas y cables sueltos. Ellos eran gente de la Tierra abandonada en la rareza de Marte, en el polvo canela y aire color vino, para cocerse en el verano marciano como galletas de jengibre y ser almacenadas para el invierno marciano. ¿Qué sería de él, de los otros? Ese era el momento que Marte había estado esperando. Ahora los devoraría.

Se había arrodillado junto a las flores, con una pala en la mano nerviosa. «Trabajar —pensaba—, trabajar y olvidar».

Miró desde el jardín las montañas marcianas. Pensó en los orgullosos nombres marcianos que en su día habían coronado esos picos. Los terrestres, cayendo del cielo, habían mirado las colinas, ríos y mares marcianos sin nombre a pesar de tenerlo. En su día los marcianos habían construido ciudades, habían bautizado las ciudades; habían escalado montañas, habían dado nombre a las montañas; habían navegado los mares, habían dado nombre a los mares. Las montañas se fundieron, los mares se secaron, las ciudades se desmoronaron. A pesar de lo cual, los terrestres se habían sentido culpables rebautizando esas colinas y esos valles antiguos.

Aun así, los hombres viven de acuerdo a sus símbolos y sus etiquetas. Les pusieron nombre.

El señor Bittering se sentía muy solo en el jardín, bajo el sol marciano, anacrónico, plantando flores terrestres en una tierra extraña.

«Piensa. Sigue pensando. Cosas diferentes. Mantén fuera de la mente la Tierra, la guerra atómica, los cohetes perdidos».

Transpiraba. Miró a su alrededor. Nadie le miraba. Se quitó la corbata. «¡Qué atrevido! —pensó—. Primero la chaqueta, ahora la corbata». La colgó con cuidado de un melocotonero que había importado como plántula desde Massachussets.

Volvió a su filosofía de nombres y montañas. Los terrestres habían cambiado los nombres. Ahora en Marte tenían los valles Hormel, los mares Roosevelt, las colinas Ford, las mesetas Vanderbilt, los ríos Rockefeller. Los colonos americanos habían demostrado su sabiduría poniendo viejos nombres indios a las praderas: Wisconsin, Minnesota, Idaho, Ohio, Utah, Milwaukee, Waukegan, Osseo. Los viejos nombres, los viejos significados.

Mirando hacia las remotas montañas, pensó: «¿Estáis ahí todos vosotros, los muertos marcianos? Bien, aquí estamos, solos, ¡aislados! ¡Bajad, echadnos! ¡Estamos indefensos!».

El viento provocó una lluvia de flores de melocotonero.

Alargó la mano tostada por el sol y gritó. Tocó las flores, las recogió. Les dio la vuelta, las tocó una y otra vez. Luego le gritó a su esposa.

—¡Cora!

Ella apareció en la ventana. Él corrió hacia ella.

—¡Cora, estas flores!

Cora las examinó.

—¿No lo ves? Son diferentes. ¡Han cambiado! ¡Ya no son flores de melocotonero!

—A mí me parecen normales —dijo ella.

—No lo son. ¡Están mal! Te lo digo yo. ¡Un pétalo de más, una hoja, algo en el color, el olor!

Los niños salieron a tiempo de ver a su padre apresurándose por el jardín, arrancando rábanos, cebollas y zanahorias.

—¡Cora, ven a mirar!

Entre todos examinaron los rábanos, las zanahorias, las cebollas.

—¿Te parecen zanahorias?

—Sí... no. —Vaciló—. No sé.

—Han cambiado.

—Quizá.

—¡Sabes que han cambiado! Son cebollas pero no son cebollas, zanahorias pero no son zanahorias. El sabor: igual, pero diferente. El olor: no como era. —Sentía el corazón desbocado y tenía miedo. Clavó los dedos en la tierra—. Cora, ¿qué está pasando? ¿Qué es? Tenemos que escapar de esto. —Corrió por el Jardín. Tocó todos los árboles—. Las rosas. Las rosas. ¡Se están volviendo verdes!

Y se quedaron inmóviles mirando las rosas verdes.

Y dos días más tarde, Dan llegó corriendo.

—Venid a ver la vaca. La estaba ordeñando y lo he visto. ¡Venid!

Se plantaron en el cobertizo y contemplaron la vaca.

Le estaba creciendo un tercer cuerno.

Y el césped delantero de la casa, lenta y tranquilamente, adquiría el color de las violetas de primavera. Semillas de la Tierra creciendo de un tono morado.

—Debemos irnos —dijo Bittering—. Nos comeremos estas cosas y cambiaremos... ¿quién sabe a qué? No puedo permitir que pase. Solo podemos hacer una cosa. ¡Quemar la comida!

—No está envenenada.

—Pero sí que lo está. Sutilmente, muy sutilmente. Un poquito. Un poquitín. No debemos tocarla.

Miró consternado la casa.

—Incluso la casa. El viento le ha hecho algo. El aire la ha quemado. La niebla nocturna. Las tablas están retorcidas. Ya no es la casa de un terrestre.

—¡Oh, son imaginaciones tuyas!

Se puso la chaqueta y la corbata.

—Voy al pueblo. Tenemos que hacer algo. Volveré.

—¡Espera, Harry! —gritó su esposa. Pero ya se había ido.

En el pueblo, en el escalón, a la sombra de la tienda de ultramarinos, los hombres permanecían sentados con las manos en las rodillas, charlando con tranquilidad y calma.

El señor Bittering deseaba disparar una pistola al aire.

«¿Qué estáis haciendo, idiotas! —pensó—. ¡Aquí sentados! Habéis oído las noticias... Estamos atrapados en este planeta. ¡Bien, moveos! ¿No tenéis miedo? ¿No estáis asustados? ¿Qué vais a hacer?».

—Hola, Harry —dijeron todos.

—Mirad —les dijo—. El otro día oísteis la noticia, ¿no?

Asintieron y rieron.

—Claro que sí, claro, Harry.

—¿Qué vais a hacer al respecto?

—¿Hacer, Harry, hacer? ¿Qué podríamos hacer?

—¡Construir un cohete, claro está!

—¿Un cohete, Harry? ¿Para regresar a los problemas? ¡Oh, Harry!

—Pero *tenéis* que desear volver. ¿No os habéis fijado en las flores de melocotonero, en las cebollas, en la hierba?

—Claro que sí, Harry, sí que lo hemos hecho —dijo uno.

—¿No os da miedo?

—No puedo recordar que me diese mucho miedo, Harry.

—¡Idiotas!

—Venga, Harry.

Bittering tenía ganas de llorar.

—Debéis trabajar conmigo. Si nos quedamos aquí, todos cambiaremos. El aire. ¿No lo oléis? Hay algo en el aire. Quizá sea un virus marciano; alguna semilla o un polen. ¡Escuchadme!

Le miraron fijamente.

—Sam —dijo a uno.

—¿Sí, Harry?

—¿Me ayudarás a construir un cohete?

—Harry, tengo un buen montón de metal y planos. Si quieres usar mi taller para construir un cohete, adelante. Te venderé el metal por quinientos dólares. Debería quedarte un cohete de lo más bonito, trabajando solo, en unos treinta años.

Todos rieron.

—No os riais.

Sam le miró con bastante buen humor.

—Sam —dijo Bittering—. Tus ojos...

—¿Qué les pasa, Harry?

—¿No eran grises?

—Pues la verdad, no me acuerdo.

—Lo eran, ¿no?

—¿Por qué lo preguntas, Harry?

—Porque ahora son como amarillentos.

—¿Así es, Harry? —dijo Sam despreocupadamente.

—Y eres más alto y más delgado...

—Puede que tengas razón, Harry.

—Sam, no deberías tener los ojos amarillos.

—Harry, ¿de qué color son tus ojos? —dijo Sam.

—¿Mis ojos? Son azules, por supuesto.

—Aquí tienes, Harry. —Sam le pasó un espejo de bolsillo—. Échate un vistazo.

El señor Bittering vaciló y luego se llevó el espejo a la cara.

Había pequeños puntos, muy oscuros, de oro nuevo en el azul de sus ojos.

—Mira lo que has hecho —dijo Sam un momento más tarde—. Me has roto el espejo.

Harry Bittering se trasladó al taller y comenzó a construir el cohete. Los hombres se acomodaban en la puerta abierta y hablaban y bromeaban sin alzar la voz. De vez en cuando le ayudaban a levantar algo. Pero en general ganduleaban y le observaban con ojos amarillentos.

—Es hora de cenar, Harry —le dijeron.

Su esposa apareció con la cena en un cesto de mimbre.

—No voy a tocarla —dijo—. Solo tomaré comida del congelador extremo. Comida que vino de la Tierra. Nada del jardín.

Su mujer se quedó observándole.

—No puedes construir un cohete.

—Una vez trabajé en un taller, cuando tenía veinte años. Conozco los metales. Una vez que empiece, los otros me ayudarán —dijo, sin mirarla, desenrollando los planos.

—Harry, Harry —dijo ella, en vano.

—Tenemos que irnos, Cora. ¡Tenemos que irnos!

Las noches estaban llenas de viento que soplaba sobre los vacíos mares de hierba iluminados por la luna más allá de las pequeñas ciudades de blanco ajedrez situadas desde hacía doce mil años en los llanos. En el asentamiento de los terrestres, la casa de los Bittering se agitaba por la sensación de cambio.

Tendido en la cama, el señor Bittering sentía que sus huesos cambiaban, mutaban, se fundían como el oro. Su esposa, tendida a su lado, tenía la piel oscura por las muchas tardes al sol. La piel tan oscura tenía por el sol que casi era negra, y los ojos dorados. Dormía, y también dormían los niños metálicos en sus camas. Y el viento rugía desesperado y agitándose entre los viejos melocotoneros, la hierba violeta, arrancando pétalos verdes de rosa.

Era imposible frenar el miedo. Había conquistado su corazón y su garganta. Le goteaba húmedo del brazo y las sienes, y de las palmas temblorosas.

Una estrella verde se alzó al este.

Una palabra extraña surgió de los labios del señor Bittering.

—*Iorrt. Iorrt* —repitió.

Era una palabra marciana. Él no sabía marciano.

En plena noche se levantó y realizó una llamada a Simpson, el arqueólogo.

—Simpson, ¿qué significa la palabra *Iorrt*?

—Vaya, es la antigua palabra marciana para el planeta Tierra. ¿Por qué?

—Por ninguna razón en particular.

El teléfono se le cayó de las manos.

—Hola, hola, hola, hola —repetía Simpson mientras él miraba la estrella verde—. ¿Bittering? Harry, ¿estás ahí?

Los días estaban llenos del estruendo de los metales. Montó la estructura del cohete con la ayuda renuente de tres hombres indiferentes. Al cabo de una hora estaba muy cansado y tuvo que sentarse.

—Por la altitud —rio un hombre.

—¿Estás comiendo, Harry? —preguntó otro.

—Estoy comiendo —dijo con furia.

—¿Del refrigerador extremo?

—¡Sí!

—Estás adelgazando, Harry.

—¡No es verdad!

—Y estás más alto.

—¡Mentira!

Unos días más tarde su mujer le llevó aparte.

—Harry, he usado toda la comida del refrigerador extremo. No queda nada. Tendré que preparar sándwiches de comida cultivada en Marte.

Él se sentó, dejándose caer.

—Debes comer —dijo—. Estás débil.

—Sí —dijo.

Tomó un sándwich, lo abrió, lo miró y empezó a mordisquearlo.

—Y tomarte el resto del día libre —dijo—. Hace calor. Los niños quieren ir a nadar en los canales y a dar un paseo. Por favor, ven.

—No puedo malgastar el tiempo. ¡Estamos en plena crisis!

—Solo una hora —le animó—. Nadar te hará bien.

Se puso en pie sudando.

—Vale, vale. Déjame en paz. Iré.

—Muy bien, Harry.

Hacía mucho calor, el día estaba tranquilo. Solo había una inmensa mirada ardiente sobre la tierra. Se movieron siguiendo el canal, el padre, la madre, los niños corriendo en bañador. Se pararon y comieron sándwiches de carne. Él vio que la piel se les iba poniendo marrón, y vio los ojos amarillos de su esposa y sus hijos, ojos que antes no habían sido amarillos. Lo recorrió un escalofrío, pero se lo llevaron las oleadas de agradable calor mientras permanecía tendido al sol. Estaba cansado de tener miedo.

—Cora, ¿cuánto hace que tienes los ojos amarillos?

Cora se quedó perpleja.

—Desde siempre, supongo.

—¿No han pasado de marrón a amarillo en los últimos tres meses?

Ella se mordió el labio.

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—No importa.

Allí se quedaron.

—Los ojos de los niños —dijo él—. También son amarillos.

—A veces a los niños les cambia el color de los ojos.

—Quizá nosotros también seamos niños. Al menos, para Marte. Es una idea. —Rio—. Creo que voy a nadar.

Saltaron al agua del canal, se dejó hundir hasta el fondo como si fuese una estatua

dorada y allí se quedó en un silencio verde. Todo era agua tranquila y profunda, todo era paz. Sintió que la corriente firme y lenta le movía con facilidad.

«Si me quedo aquí el tiempo suficiente —pensó—, el agua hará su trabajo y acabará quitándome la carne, dejando los huesos como un coral. Solo quedará de mí el esqueleto. Y luego el agua podrá construir sobre ese esqueleto: cosas verdes, cosas de aguas profundas, cosas rojas, cosas amarillas. Cambio. Cambio. Cambio lento, silencioso y profundo. ¿Y no es eso lo que pasa allá *arriba*?».

Sumergido, vio el cielo de arriba, el sol convertido en marciano por efecto de la atmósfera, el espacio y el tiempo.

«Allá arriba, un gran río —pensó—, un río marciano, con todos nosotros en el fondo, en nuestras casitas de guijarros, en nuestros hogares hundidos de cantos rodados, ocultos como cangrejos de río, con el agua llevándose nuestros viejos cuerpos, alargando nuestros huesos y ...».

Se dejó llevar hacia la luz suave.

Dan estaba sentado al borde del canal, mirando muy seriamente a su padre.

—*Utha* —dijo.

—¿Qué? —preguntó su padre.

El chico sonrió.

—Ya sabes. *Utha* es la palabra marciana para «padre».

—¿Dónde la has aprendido?

—No lo sé. Por ahí. ¡*Utha*!

—¿Qué quieres?

El chico vaciló.

—Quiero... quiero cambiarme el nombre.

—¿Cambiártelo?

—Sí.

Su madre se acercó nadando.

—¿Qué tiene de malo Dan?

Dan estaba inquieto.

—El otro día me llamaste: Dan, Dan, Dan. Ni siquiera lo oí. Me decía «ese no es mi nombre». Tengo un nombre nuevo que quiero usar.

El señor Bittering se agarró al borde del canal, con el cuerpo frío y el corazón latiendo lentamente.

—¿Cuál es?

—Linnl. ¿No es un nombre genial? ¿Puedo usarlo, por favor?

El señor Bittering se llevó una mano a la cabeza. Pensó en el absurdo cohete, en sí mismo trabajando solo, solo incluso estando acompañado de su familia, tan solo.

Oyó a su mujer decir:

—¿Por qué no?

Él también se oyó decir:

—Sí, puedes usarlo.

—¡Sí! —gritó el chico—. ¡Soy Linnl, Linnl!

El señor Bittering miró a su esposa.

—¿Por qué lo hemos hecho?

—No lo sé —dijo ella—. Parece una buena idea.

Caminaron hasta las colinas. Caminaron sobre viejos senderos de mosaico, junto a las fuentes que todavía daban agua. Durante todo el verano los senderos estaban cubiertos de una delgada capa de agua fría. Te mantenía los pies fríos durante todo el día, salpicabas como vadeando un arroyuelo.

Llegaron hasta una villa marciana desierta y pequeña. Estaba en la cima de una colina. Vestíbulos de mármol azul, grandes murales, una piscina. Era refrescante en un verano tan caliente. Los marcianos no creían en grandes ciudades.

—Qué agradable sería —dijo la señora Bittering— mudarnos a esta villa durante el verano.

—Vamos —dijo él—. Regresemos al pueblo. Hay que trabajar en el cohete.

Pero esa noche, mientras trabajaba, el recuerdo de esa villa fresca de mármol azul ocupaba su mente. Con el paso de las horas, el cohete parecía perder importancia.

Con el flujo de los días y las semanas, el cohete retrocedió y se redujo. La vieja fiebre había desaparecido. Le asustaba haberse dejado llevar de aquella manera. Pero de alguna forma, el calor, el aire, las condiciones de trabajo...

Oyó a los hombres murmurar en la fachada del taller.

—Todos se van. ¿Lo has oído?

—Todos se van. Cierto.

Bittering salió.

—¿Irse adónde? —Vio un par de camiones, cargados con niños y muebles, recorriendo la calle polvorienta.

—A las villas —dijo el hombre.

—Sí, Harry. Yo también voy. Y Sam. ¿No es así, Sam?

—Así es, Harry. ¿Qué hay de ti?

—Aquí tengo trabajo.

—¡Trabajo! Puedes acabar el cohete en otoño, cuando haga más fresco.

Harry respiró hondo.

—Tengo la estructura montada.

—Es mejor en otoño. —Las voces sonaban ociosas en el calor.

—Tengo trabajo —dijo.

—En otoño —argumentaron. Y parecían tan razonables, tan cargados de razón.

»En otoño será mejor —pensó—. Tendré un montón de tiempo. ¡No! —gritó una parte de sí mismo; una parte profunda, apartada, encerrada, ahogándose—. ¡No! ¡No!

—En otoño —dijo.

—Vamos, Harry —dijeron todos.

—Sí. —Sintió cómo se le fundía la cara en el caliente aire líquido—. Sí, en otoño. Volveré a trabajar entonces.

—Tengo una villa cerca del canal Tirra —dijo alguien.

—Te refieres al canal Roosevelt, ¿no?

—Tirra. El viejo nombre marciano.

—Pero en el mapa...

—Olvida el mapa. Ahora es Tirra. He encontrado un lugar en las montañas Pillan...

—Te refieres a la cordillera Rockefeller —dijo Bittering.

—Me refiero a las montañas Pillan —dijo Sam.

—Sí —dijo Bittering, enterrado en el aire caliente y pegajoso—. Las montañas Pillan.

Todos ayudaron a cargar el camión durante la tarde cálida y tranquila del día siguiente.

Laura, Dan y David llevaban paquetes. O, como preferían que los llamasen, Ttil, Linnl y Werr llevaban paquetes.

Abandonaron el mobiliario en la casita blanca.

—Quedaba bien en Boston —dijo la madre—. Y aquí en la casita.

Pero ¿en la villa? No. Lo recuperaremos cuando volvamos en otoño.

Bittering guardaba silencio.

—Tengo algunas ideas para el mobiliario de la villa —dijo al cabo de un rato—. Mobiliario grande y confortable.

—¿Qué hay de tu enciclopedia? Te la traes, ¿no?

El señor Bittering apartó la vista.

—Volveré a buscarla la semana que viene.

Se giraron hacia su hija:

—¿Qué hay de tus vestidos de Nueva York? La niña, desconcertada, los miró fijamente.

—Pues, ya no los quiero.

Cerraron el gas, el agua, atrancaron las puertas y se fueron. Padre echó un vistazo al camión.

—Caramba, no nos llevamos mucho —dijo—. Teniendo en cuenta todo lo que trajimos a Marte, ¡esto es poquísimo!

Arrancó el camión.

Mirando largamente la pequeña casita blanca, sintió el deseo de entrar corriendo, de tocarla, de decirle adiós, porque sentía que se iban a un largo viaje dejando atrás algo a lo que no podrían volver, que tampoco podrían comprender de nuevo.

Justo entonces Sam y su familia pasaron junto a otro camión.

—¡Hola, Bittering! ¡Allá vamos!

El camión tomó por la antigua carretera para salir del pueblo. Había otros sesenta viajando en la misma dirección. El pueblo se llenó de silencio, del polvo pesado del paso de los vehículos. Las aguas del canal eran azules bajo el sol y un viento tranquilo movía los extraños árboles.

—¡Adiós, pueblo! —dijo el señor Bittering.

—Adiós, adiós —dijo su familia, despidiéndose con la mano.

No volvieron a mirar atrás.

El verano secó los canales. El verano se desplazó como una llama sobre los prados. En el asentamiento terrestre vacío, las casas pintadas se desconcharon y la pintura se cayó. En los patios traseros, las ruedas de goma en las que los niños se habían columpiado colgaban como relojes de péndulo parados, sumergidas en el aire caliente.

En el taller, la estructura del cohete empezó a oxidarse.

En el tranquilo otoño, el señor Bittering, de piel muy oscura, de ojos muy dorados, oteaba el valle desde la cima de la pendiente, más arriba de su villa.

—Es hora de volver —dijo Cora.

—Sí, pero no lo haremos —dijo él en voz baja—. Ahí ya no hay nada.

—Tus libros —dijo ella—. Tu ropa buena.

»*Tus Illes y tus ior uele rre buenos* —dijo.

—El pueblo está vacío. Nadie va a volver —dijo él—. No hay ninguna razón para hacerlo, ninguna en absoluto.

La hija tejía tapices y los niños tocaban canciones usando flautas y caramillos antiguos. Sus risas resonaban por toda la villa.

El señor Bittering contempló el asentamiento terrestre, allá abajo, en el valle.

—La gente de la Tierra construyó unas casas tan extrañas, tan ridículas.

—Era lo que conocían —reflexionó su esposa—. Qué gente tan fea. Me alegro de que se hayan ido.

Los dos se miraron, sorprendidos por lo que acababan de decir. Rieron.

—¿Adónde irían? —se preguntó. Miró a su esposa. Era tan dorada y esbelta como su hija. Ella le miró, y él parecía casi tan joven como su hijo mayor.

—No lo sé —dijo ella.

—Quizás el año próximo volvamos al pueblo, o al año siguiente, o al otro —dijo con calma—. Ahora... tengo calor. ¿Qué tal si nos damos un baño?

Dieron la espalda al valle. Del brazo, recorrieron en silencio el camino de agua primaveral y limpia.

Cinco años más tarde un cohete cayó del cielo. Se quedó en el valle, emitiendo vapor. De él saltaron hombres gritando.

—¡Hemos ganado la guerra en la Tierra! ¡Hemos venido a rescataros! ¡Eh!

Pero el pueblo americano de casitas, melocotoneros y cines estaba en silencio. Encontraron una tosca estructura de cohete oxidándose en un taller vacío.

Los hombres del cohete buscaron por las colinas. El capitán montó el cuartel general en un bar abandonado. El teniente regresó para informar.

—El pueblo está vacío, pero hemos encontrado vida nativa en las colinas, señor.

Gente de piel oscura. Con los ojos amarillos. Marcianos. Muy amistosos. Hemos hablado un poco, no mucho. Aprenden inglés con rapidez. Estoy seguro de que la relación será muy amistosa.

—¿Oscuros, eh? —comentó el capitán—. ¿Cuántos?

—Seiscientos, ochocientos, diría yo. Viven en esas ruinas de mármol de las colinas, señor. Son altos, saludables. Las mujeres son hermosas.

—¿Le han contado lo que les pasó a los hombres y mujeres que levantaron este asentamiento, teniente?

—No tienen ni la más remota idea de qué pasó con la gente del pueblo.

—Es extraño. ¿Cree que los mataron los marcianos?

—Parecen sorprendentemente pacíficos. Lo más probable es que una plaga diese cuenta del pueblo, señor.

—Quizá. Supongo que es uno de esos misterios que no resolveremos jamás. Uno de esos sobre los que lees en los libros.

El capitán miró la habitación, las ventanas polvorientas, las montañas azules alzándose en el horizonte, los canales moviéndose bajo la luz, y oyó el viento suave en el aire. Se estremeció. Luego, recuperándose, señaló un enorme mapa nuevo que había fijado al tablero de una mesa.

—Hay mucho que hacer, teniente. —Su voz siguió hablando tranquila mientras el sol se ocultaba tras las colinas azules—. Nuevos asentamientos. Minas, minerales que buscar. Recogida de especímenes bacteriológicos. Trabajo, mucho trabajo. Y los viejos archivos se han perdido. Tendremos que rehacer los mapas, dar nombre a las montañas, a los ríos y demás. Hará falta un poco de imaginación.

»¿Qué le parece si llamamos a estas montañas las montañas Lincoln, a ese canal el canal Washington y a esas colinas...? a esas colinas podemos ponerles su nombre, teniente. Cuestión de diplomacia. Y usted, como favor, podría darle mi nombre al pueblo. Como buenos vecinos. Y este podría ser el valle Einstein, y más allá... ¿Me está prestando atención, teniente?

El teniente apartó la vista del color azul y la niebla tranquila de las colinas situadas más allá del pueblo.

—¿Qué? ¡Oh!, si, señor.

Segunda Parte

LA NUEVA OLA

«“¡Arrepiéntete, Arlequín!”, dijo el señor TicTac»

HARLAN ELLISON

(1965)

Harlan Ellison es un género en sí mismo, uno de los escritores de ciencia ficción más controvertidos y provocadores de la segunda mitad del siglo XX. Es conocido por sus historias apasionadas y directas que mezclan el horror, el humor, el patetismo y la furia en proporciones inimitables. Aunque la comunidad de la ciencia ficción ha aceptado su obra, muy poca de la misma se ajusta a las convenciones del género. Durante una década Ellison fue un curtido profesional de la escritura que produjo grandes cantidades de ficción para gran variedad de mercados —ciencia ficción, fantasía, crímenes, delincuentes juveniles—, tras lo cual comenzó a publicar narraciones especulativas que desafiaban los tabúes y rompían las convenciones imperantes en la ciencia ficción. «“¡Arrepiéntete, Arlequín!”, dijo el señor TicTac» es una parábola kafkiana sobre los peligros del individualismo en una sociedad conformista. «No tengo boca y debo gritar» es una predicción de una conmoción futura: cuando los ordenadores se conviertan en los amos de los seres humanos. «Un muchacho y su perro» se ha convertido en una de las historias más famosas sobre el futuro postapocalíptico, debido a su descripción impávida de la ética de la supervivencia. En la ficción de Ellison hay ecos de los autores de ciencia ficción de la Nueva Ola, que buscaron derribar los muros que separaban la ciencia ficción de la literatura en general. A menudo sus historias son estilísticamente experimentales, profundamente humanistas y están cargadas de una conciencia social que las convierte en documentos importantes sobre su época sin hacerlas por ello menos capaces de perdurar. Muchas de las historias de esos años están recopiladas en *Ellison Wonderland, Paingod and Other Delusions, I Have No Mouth and I Must Scream, The Beast That Shouted Love at the Heart of the World y Alone against Tomorrow. Deathbird Stories*, que recogía sobre todo cuentos publicados en esas antologías anteriores, es el volumen definitivo de narrativa breve de Ellison, una combinación de fantasías ligeras y oscuras, cínicas historias de búsqueda, alegorías de ciencia ficción y parábolas surrealistas presentadas como invocaciones a los dioses que definen la cultura contemporánea. La reputación de Ellison de ser un renegado hizo que incrementara su labor editorial con *Visiones peligrosas y Again, Dangerous Visions*, antologías varias veces premiadas de historias de otros autores previamente rechazados por ser demasiado controvertidas. Parte de su ficción más importante de los ochenta y los noventa se recopiló en *Strange Wine, Shatterday, Angry Candy y Slippage*. Ha ganado en varias

ocasiones los premios Hugo, Nebula, World Fantasy y Bram Stoker, y recibido premios como guionista de televisión para series como *Más allá del límite*, *Star Trek* y *la nueva Dimensión desconocida*. Sus recopilaciones *The Glass Teat*, *The Other Glass Teat*, *An Edge in My Voice* y *Harlan Ellison's Watching* contienen ensayos y comentarios sobre cine, televisión y la sociedad moderna.

Siempre hay alguien que pregunta ¿de qué va todo esto? Esto va para los que necesitan preguntar, para aquellos a los que hay que contar las cosas bien claritas, que precisan saber «lo que se cuece»:

Multitud de hombres sirven al estado, no principalmente como hombres, sino como máquinas, con sus cuerpos. Son el ejército y la milicia, carceleros, policías, guardias, posse comitatus, etc. En la mayoría de los casos no poseen libertad de juicio ni sentido moral sino que esos hombres se sitúan al mismo nivel que la madera, la tierra y las piedras, y es posible que también se puedan fabricar hombres de madera que sirvan igual de bien a ese propósito. No requieren mayor respeto que los hombres de paja o los montones de tierra. Tienen el mismo valor que los caballos y los perros. Pero incluso a hombres así se les considera buenos ciudadanos. Otros —como pasa con la mayoría de los legisladores, políticos, abogados, ministros y funcionarios— sirven al estado principalmente con la cabeza y, puesto que rara vez realizan distinciones morales, es tan probable que sirvan al Diablo, sin pretenderlo, como a Dios. Muy pocos, como los héroes, los patriotas, los mártires, los reformistas en el amplio sentido del término y los hombres, también sirven al estado con su conciencia y, por tanto, necesariamente se resisten casi siempre; y por eso habitualmente se los trata como a enemigos.

HENRY DAVID THOREAU

Desobediencia civil

Esto es en esencia. Ahora empecemos por la parte central de la historia y, más tarde, sabremos cómo empezó; el final se resolverá por sí solo.

Por ser precisamente el mundo que era, el mundo en el cual habían permitido que se convirtiese, durante meses sus actividades no despertaron la alarma de Aquellos Que Mantienen las Máquinas en Perfecto Funcionamiento, los que vierten la mantequilla de primera calidad sobre las levas y los resortes de la cultura. No fue hasta que resultó evidente que de alguna forma se había hecho famoso, que era una

celebridad, quizás incluso un héroe, para (como inevitablemente lo definía el estamento oficial) «un segmento emocionalmente alterado de la población», que recurrió al señor TicTac y su maquinaria legal. Pero para entonces, porque precisamente era el mundo que era y no tenían forma de predecir lo que iba a suceder (posiblemente fuese una cepa de una enfermedad largo tiempo desaparecida, que de pronto rebrotaba en un sistema que había perdido la inmunidad), se le había permitido volverse demasiado real. Ya poseía forma y sustancia.

Se había transformado en una personalidad, algo que ellos habían purgado del sistema muchas décadas antes. Pero allí estaba, allí estaba él, una personalidad imponente. En ciertos círculos (los círculos de clase media) se le consideraba desagradable. Con tendencia a la ostentación vulgar. Anarquista. Bochornoso. En otros, solo provocaba risitas: en aquellos donde el pensamiento se somete a la forma y al ritual, a los detalles, a la corrección. Pero en los más bajos, ah, en los más bajos de la gente que siempre precisa sus santos y sus pecadores, su pan y su circo, sus héroes y sus villanos, se le consideraba un Bolívar, un Napoleón, un Robin Hood, un Dick Bong (As de Ases), un Jesús, un Joma Kenyatta.

Y en la cima de la sociedad (donde, como si de Shipwreck Kellys a tono se tratara, cualquier temblor o vibración amenazaba con derribar a los ricos, los poderosos y los nobles de sus astas)^[8] se le consideraba una amenaza, un hereje, un rebelde, una desgracia, un peligro. Era conocido hasta en el mismísimo corazón, pero las reacciones importantes eran las de mucho más arriba y las de mucho más abajo. Las más altas y las más bajas.

Así que el informe fue entregado, junto con su tarjeta de tiempo y su cardioplaca, a la oficina del señor TicTac.

Incluso en los cubículos de la jerarquía, donde se fabricaba el miedo pero rara vez se sufría, le llamaban el señor TicTac. Pero nadie le llamaba así a la máscara.

No llamas a un hombre por su nombre odioso, no cuando ese hombre, tras su máscara, es capaz de revocar los minutos, las horas, los días, las noches y los años de tu vida. Cuando le miraban directamente a la máscara le llamaban el Cronometrador Jefe. Era más seguro.

—Eso es *lo que es* —dijo el señor TicTac con verdadera tranquilidad—, pero no *quién es*. La tarjeta de tiempo que sostengo en la mano izquierda lleva un nombre escrito, pero es el nombre de *lo que es*, no de *quién es*. La cardioplaca de mi mano derecha también lleva nombre, pero no sé a *quién* nombra, sino *qué* nombra. Antes de poder ejecutar la revocación apropiada, debo saber *quién es este qué*.

A su personal, a todos los hurones, a todos los taladores, a todos los soplones, a todos los comececx, incluso a todos los miniz, les dijo:

—¿Quién es este Arlequín?

No ronroneaba suavemente. Si tenía que ver con el tiempo hablaba de una manera discordante.

Sin embargo, *era* el discurso más largo que le habían oído pronunciar de una

tacada los hurones, los taladores, los soplones y los comececx, pero no los miniz, que en cualquier caso no solían andar por allí para estar enterados. Pero incluso ellos salieron corriendo a buscarle.

¿Quién es el Arlequín?

Muy por encima del tercer nivel de la ciudad, agachado sobre la ronroneante plataforma de aluminio del bote aéreo (¡Uf! ¡Vaya un bote aéreo! Elevachico es lo que era, con un remolque improvisado) contemplaba la perfecta disposición Mondrian de los edificios.

Cerca oía el metronómico izquierda-derecha-izquierda del turno de las 2.47 de la tarde entrando en la planta de cojinetes Timkin con sus zapatillas. Un minuto más tarde, con precisión, oyó el derecha-izquierda-derecha de la formación de las 5.00 de la mañana yéndose a casa.

Una sonrisa de diablillo se extendió por sus rasgos bronceados y se le formaron hoyuelos. A continuación, rascándose la mata de pelo castaño, se encogió de hombros como si se preparase para lo que iba a venir, echó el joystick hacia delante y se inclinó contra el viento mientras el bote aéreo descendía. Pasó por encima de una acera móvil y descendió adrede unos cuantos metros más para desarreglar las borlas de las mujeres. Metiéndose los pulgares en las grandes orejas enseñó la lengua, hizo girar los ojos y gritó «wugga-wugga-wugga». Era una pequeña broma. Un peatón resbaló y tropezó desparramando paquetes. Otro se orinó encima. Una mujer se desplomó y los servidores detuvieron automáticamente la cinta transportadora hasta que pudiese ser reanimada. Era una pequeña broma.

Luego giró sobre una brisa vagabunda y se fue. Jo-jo. Cuando dobló la esquina del Edificio de Estudio de Movimiento en el Tiempo, vio a los del turno subiéndose a la cinta deslizante. Con gestos aprendidos y absoluta economía de movimientos, se subieron a la cinta lenta y (en un coro que recordaba a una película de Busby Berkeley de los antediluvianos años treinta) avanzaron caminando como avestruces hasta que estuvieron en fila sobre la cinta rápida.

Una vez más, sabiendo lo que se avecinaba, sonrió como un diablillo. Le faltaba un diente de la izquierda. Cayó, rozó y pasó por encima de ellos y luego soltó los cierres de contención que mantenían cerrados los extremos de los canales caseros del bote aéreo y evitaban que su carga cayese prematuramente. Mientras los soltaba, el bote pasó sobre los obreros de la fábrica y ciento cincuenta mil dólares en gominolas cayeron en cascada sobre la cinta rápida.

¡Gominolas! Millones, miles de millones de gominolas púrpura y amarillas y verdes y de regaliz y de uva y de frambuesa y de menta y redondas y lisas y crujientes por fuera y blandas por dentro y azucaradas saltando, rebotando, cayendo, aterrizando, golpeando, resbalando, cayeron sobre las cabezas, los hombros, los cascos y las protecciones de los obreros de Timkin, resonando sobre el camino, dando

saltos y rodando al fondo y llenando el cielo al caer con los colores de la alegría, la infancia y las vacaciones, formando una lluvia firme, una ducha sólida, un torrente de color y dulzura venido del cielo allá en lo alto para entrar en un universo de cordura y orden metronómico como una novedad bastante alocada. ¡Gominolas!

Los obreros del turno aullaron, rieron, corrieron a toda prisa y rompieron filas, y las gominolas consiguieron colarse en el mecanismo de las cintas, tras lo cual se produjo un chirrido repugnante, como si un millón de uñas arañasen simultáneamente un cuarto de millón de pizarras, seguido de una tos y un petardeo, y a continuación las cintas se detuvieron y todos cayeron hacia aquí o hacia allá en un montón informe, todavía riendo y metiéndose en la boca pequeñas gomina las de colores infantiles. Era una fiesta, una diversión, una completa locura, una risa. Pero...

El turno se retrasó siete minutos.

Tardaron siete minutos más en llegar a casa.

El plan general se retrasó siete minutos.

Las cintas inutilizadas retrasaron las cuotas durante siete minutos.

Él había derribado la primera ficha de dominó y, una tras otra, golpeando golpeando golpeando, las otras habían caído.

El Sistema había sufrido una alteración de siete minutos. Era una cuestión sin importancia, que apenas merecía comentario, pero en una sociedad cuyas principales fuerzas eran el orden, la unidad, la igualdad, la prontitud, la precisión mecánica, la concentración, la atención al reloj y la devoción por los dioses del paso del tiempo, se trataba de un desastre de gran importancia.

Así que se le ordenó comparecer ante el señor TicTac. Se retransmitió por todos los canales de la red de comunicaciones. Se le ordenó estar allí a las 7.00, maldita sea, puntual. Y esperaron y esperaron, pero él no se presentó hasta las siete y media, momento en el cual se limitó a cantar una cancioncilla sobre la luz de la luna en un lugar del que nadie había oído hablar, llamado Vermont, antes de volver a desaparecer. Pero ellos habían estado esperando desde las siete y su retraso mandó al infierno sus compromisos. Así que la cuestión seguía sobre la mesa: ¿quién es el Arlequín?

Pero la pregunta que no se planteaba (la más importante de las dos) era: ¿cómo hemos llegado a esta situación, en la que un risueño e irresponsable bufón de mofa y befa puede alterar toda nuestra vida económica y cultural con ciento cincuenta mil dólares de gominolas...?

¡Por amor de Dios, gominolas! ¡Era una locura! ¿De dónde había sacado el dinero para comprar ciento cincuenta mil dólares de gominolas? (Sabían que costaban esa cantidad porque habían apartado a un equipo de Analistas de Situación de otra tarea y lo habían enviado a la escena de la cinta para contar los dulces y presentar resultados, lo que había alterado sus horarios y hecho que todo su departamento se retrasase al menos un día). ¡Gominolas! ¿Gomi... nolas? Un segundo... (un segundo que habría que justificar). Nadie fabricaba gominolas desde hacía cien años. ¿De dónde había

sacado las gominolas?

Otra buena pregunta. Lo más probable es que jamás recibáis una respuesta que os satisfaga por completo. Pero claro está, ¿cuántas preguntas son respondidas a vuestra entera satisfacción?

La parte central de la historia ya la conocéis. Aquí está el comienzo. Así empieza:

UNA AGENDA. DÍA A DÍA Y VUELTA A EMPEZAR CADA DÍA. 9.00: ABRIR EL CORREO. 9.45: CITA CON LA COMISIÓN DE LA JUNTA DE PLANIFICACIÓN. 10.30: DISCUTIR LAS TABLAS DE AVANCE DE LA INSTALACIÓN CON J. L. 11.45: REZAR PARA QUE LLUEVA. 12.00: ALMUERZO. Y ASÍ REPETIDAMENTE.

«Lo lamento, señorita Grant, pero se fijó la entrevista para las 2.30 y ya son casi las cinco. Lamento que llegase tarde, pero así son las normas. Tendrá que esperar al año próximo para volver a presentar la solicitud a esta universidad». Y así repetidamente.

El regional de las 10.10 para en Cresthaven, Galesville, Tonawanda Junction, Selby y Farnhurst, pero no en Indiana City, Lucasville y Colton, excepto los domingos. El expreso de las 10.35 para en Galesville, Selby e Indiana City, excepto los domingos y fiestas, que para en... y así repetidamente.

«No pude esperar, Fred. Tenía que estar en Pierre Cartain's a las 3.00 y tú me dijiste que te reunirías conmigo bajo el reloj de la terminal a las 2.45, y no estabas allí, y por tanto tuve que irme. Siempre llegas tarde, Fred. Si hubieses estado allí, podríamos haberlo hecho juntos, pero tal y como salieron las cosas, bien, me encargué del pedido yo solo...». Y así repetidamente.

Estimados señor y señora Atterley:

En relación con los constantes retrasos de su hijo Gerold, me temo que debo expulsarle del instituto hasta que se pueda instaurar un método más fiable para garantizar que llegue a tiempo a clase. Ciertamente se trata de un estudiante ejemplar y que saca muy buenas notas, pero su desprecio por el horario de este instituto hace que no sea práctico mantenerle en un sistema donde los otros chicos parecen perfectamente capaces de llegar a su hora a donde se supone que deben ir... y así repetidamente.

NO PUEDES VOTAR A MENOS QUE ESTÉS ALLÍ A LAS 8.45 DE LA MAÑANA.

«¡No me importa si el guión es *bueno*, lo necesito el jueves!».

LA SALIDA ES A LAS 2.00 DE LA TARDE.

«*Ha llegado tarde. El puesto ya está ocupado. Lo siento*».

HEMOS DESCONTADO VEINTE MINUTOS DE RETRASO DE SU SALARIO.

«Dios, ¿qué hora es? ¡Tengo que darme prisa!».

Y así repetidamente. Y así repetidamente. Y así repetidamente. Y así repetida repetida repetida repetidamente tic tac tic tac tic tac y un día el tiempo deja de servirnos a nosotros; nosotros pasamos a servir al tiempo y somos esclavos de los horarios, adoradores del paso del sol, encadenados a una vida basada en las restricciones porque el Sistema no funcionaría si no nos ceñimos al horario.

Hasta que el llegar tarde deja de ser un pequeño inconveniente. Se convierte en un pecado. Luego en un crimen. Luego en un crimen con este castigo:

EN VIGOR A PARTIR DE LAS 12.00 DE LA NOGHE DEL 15 DE JULIO DE 2389. La oficina del Cronometrador Jefe exigirá que todos los ciudadanos presenten sus tarjetas de tiempo y sus cardioplacas para su procesamiento. Según el Estatuto 555-7-SGH-99 que controla la revocación de tiempo per cápita, todas las cardioplacas tendrán la clave de su propietario y...

Lo que habían hecho era inventar un método para limitar la cantidad de vida de una persona. Si llegaba diez minutos tarde, perdía diez minutos de vida. Una hora implicaba proporcionalmente más revocación. Si alguien llegaba tarde repetidamente, podía recibir, un domingo por la noche, un comunicado del Cronometrador Jefe indicándole que se le había acabado el tiempo y que se le «desactivaría» al mediodía del lunes, por favor ponga en orden sus asuntos, señor, señora o bisexual.

Y por tanto, con este método simple y científico (empleando un proceso científico que la oficina del señor TicTac mantenía en estricto secreto) el Sistema se sostenía. Era lo único razonable. Después de todo, era patriótico. Había que cumplir el horario. Después de todo, ¡*estábamos* en guerra!

Pero ¿no estamos siempre en guerra?

—Vaya, es realmente vergonzoso —dijo el Arlequín, cuando Bonita Alice le mostró el cartel de busca y captura—. Resulta vergonzoso y extremadamente improbable. Después de todo, no estamos en el Día del Bandido. ¡Un cartel de *busca y captura!*

—¿Sabes? —comentó Bonita Alice—, hablas con mucha inflexión.

—Lo lamento —dijo el Arlequín con humildad.

—No lo lamentos. Siempre estás diciendo «lo lamento». Te sientes tan culpable, Everett. Es muy triste.

—Lo lamento —volvió a decir y apretó los labios de forma que durante un breve instante se le marcaron los hoyuelos. No era lo que pretendía decir—. Tengo que salir de nuevo. Tengo que hacer algo.

Bonita Alice golpeó la barra con el bulbo de café.

—Oh, por amor de Dios, Everett, ¿no puedes quedarte en casa aunque sea por una noche? ¿Tienes que ponerte siempre ese aberrante traje de payaso y correr por ahí incordiando a la gente?

—Yo... —Calló y se encajó el sombrero de bufón sobre el pelo castaño provocando el tañido de los cascabeles. Se puso en pie, lavó el bulbo de café y lo dejó en el secador un momento—. Tengo que irme.

Ella no respondió. El fax ronroneó y ella sacó una hoja, la leyó y se la tiró sobre la barra.

—Sobre ti. Claro está. Eres ridículo.

La leyó con rapidez. Decía que el señor TicTac intentaba localizarle. No le importaba, volvería a llegar tarde. En la puerta, rastreando en busca de una frase de despedida, le soltó petulante:

—Bien, ¡tú también hablas con inflexión!

Bonita Alice puso sus bonitos ojos en blanco.

—Eres ridículo.

El Arlequín salió dando un portazo. La puerta se cerró con un suave sonido y se atrancó sola.

Llamaron a la puerta y Bonita Alice se puso en pie con un suspiro exasperado y la abrió. Allí estaba él.

—Volveré como a las diez y media, ¿vale?

Ella lo miró compungida.

—¿Por qué me dices eso? ¡Sabes que llegarás tarde! ¡Lo sabes! Siempre llegas tarde, por tanto, ¿a qué viene esta tontería? —Cerró la puerta.

Al otro lado, el Arlequín asintió para sí. *Tiene razón. Siempre tiene razón. Llegaré tarde. Siempre llego tarde. ¿Por qué le digo esas tonterías?*

Se encogió de hombros una vez más y salió para retrasarse otra vez.

Había disparado los cohetes pirotécnicos que decían: «Asistiré a la 115 Invocación Anual de la Asociación Médica Internacional a las 8.00 p. m. Espero que podáis acompañarme».

Las palabras ardieron en el cielo y, por supuesto, allí estaban las autoridades, esperándolo. Dieron por supuesto, naturalmente, que llegaría tarde. Llegó veinte minutos antes, mientras ellos montaban las redes para cazarlo y retenerlo. Soplando en un enorme megáfono, los asustó de tal forma que sus propias redes hidratadas se cerraron y los alzaron, pataleando y gritando, muy por encima del anfiteatro. El Arlequín rio y rio, y se disculpó mucho. Los médicos, reunidos en cónclave solemne, se partieron de risa y aceptaron las disculpas del Arlequín con reverencias y gestos exagerados, y todos se lo pasaron de fábula porque pensaban que el Arlequín era un alboroto con pantalones llamativos; todos, claro, menos las autoridades, que habían venido desde la oficina del señor TicTac; allí colgaban como la carga en un puerto, de forma muy indecorosa, sobre el suelo del anfiteatro.

En otra parte de la misma ciudad donde Arlequín realizaba sus «actividades», algo sin la más mínima relación con lo que tratamos aquí aparte de que nos sirve para ilustrar el poder y la importancia del señor TicTac, un hombre llamado Marshall Delahanty recibió su notificación de desactivación de la oficina del señor TicTac. Su esposa aceptó la notificación de manos del mini de traje gris que se la entregó, con la tradicional e incongruente «expresión de pena» en la cara. Ella supo lo que era sin ni siquiera abrirla. En esa época todos la reconocían al instante. Boqueó y la sostuvo como si fuese una placa de Petri con botulismo, y rezó para que no fuese para ella. «Que sea para Marsh —pensó, brutalmente, con realismo—, o para uno de los niños, pero no para mí, por favor, querido Dios, que no sea para mí». Y luego la abrió y comprobó que era para Marsh, y al mismo tiempo se sintió horrorizada y aliviada. El siguiente soldado del frente de batalla había recibido la bala.

—Marshall —gritó—. ¡Marshall! ¡Terminación, Marshall! Dios mío, Marshall, ¿qué vamos a hacer?, ¿qué vamos a hacer?, Dios mío, Marshall...

Y esa noche en su hogar se oyó el sonido del papel rasgándose y del miedo y se sintió el olor de la locura ascendiendo por la chimenea. Y no había nada, absolutamente nada, que pudiesen hacer.

Pero Marshall Delahanty intentó escapar, y a primera hora del día siguiente, cuando llegó la hora de la desactivación, se encontraba en las profundidades de los bosques de Canadá, a trescientos kilómetros de distancia. La oficina del señor TicTac borró su cardioplaca, Marshall Delahanty se dobló mientras corría, su corazón se detuvo, la sangre se le secó de camino al cerebro y murió. Eso es todo. Una luz se apagó en el mapa de sector del Cronometrador Jefe, mientras entraba una notificación para su reproducción en fax y el nombre de Georgette Delahanty se añadía a la lista del subsidio hasta que pudiese casarse de nuevo. Lo que constituye el final del inciso

y de lo que pretendía contaros, pero no os riáis porque eso mismo le sucedería al Arlequín si el señor TicTac descubriese su verdadero nombre. No tiene gracia.

El nivel comercial de la ciudad estaba abarrotado con los colores de jueves de los compradores. Mujeres con túnicas amarillo canario y hombres con atuendos seudotirolese de tela verde jade y cuero que les sentaban muy bien, con los pantalones abullonados.

Cuando el Arlequín apareció en la concha todavía en construcción del nuevo Centro Comercial Eficiente, con el megáfono pegado a los labios que se reían como los de un diablillo, todos le señalaron y le miraron, y él los reprendió:

—¿Por qué dejáis que os den órdenes? ¿Por qué dejáis que os hagan correr y apresuraros como hormigas o gusanos? ¡Tomaos vuestro tiempo! ¡Pasead un rato! ¡Disfrutad del sol, de la brisa, dejad que la vida os lleve a su ritmo! No seáis esclavos del tiempo, es una forma terrible de morir, lentamente, poco a poco... ¡Abajo el señor TicTac!

¿Quién es ese loco?, querían saber muchos de los compradores. Quién es ese loco... oh vaya voy a llegar tarde tengo que darme prisa...

Y la cuadrilla de construcción del Centro Comercial recibió una orden urgente emitida por la oficina del Cronometrador Jefe indicándole que el criminal peligroso conocido como el Arlequín se encontraba en lo alto de su torre y que era precisa su ayuda urgente para capturarlo. La cuadrilla de trabajo dijo que no, que perderían tiempo de su planificación de construcción, pero el señor TicTac logró tirar de los hilos adecuados en la telaraña gubernamental y se les ordenó dejar de trabajar y atrapar al imbécil de allá arriba; de allá arriba con el megáfono. Así que una docena o más de trabajadores fornidos empezaron a subir por las plataformas de construcción, soltando las chapas de gravedad y elevándose hacia el Arlequín.

Después de la debacle (en la que, debido a la gran atención que el Arlequín prestaba a la seguridad de la gente, nadie salió herido de gravedad), los obreros intentaron reunirse y atacar de nuevo, pero era demasiado tarde. Se había desvanecido. Sin embargo, había atraído una gran multitud y el ciclo de compras se desfasó horas, ¡horas! Por tanto, las necesidades del departamento de compras del Sistema disminuyeron y hubo que tomar medidas para acelerar el ciclo durante el resto del día, pero quedó empantanado y acelerado y vendieron demasiadas válvulas de flotación y no suficientes paninos, lo que implicaba que la ratio quedaba descompensada, por lo que hubo que llevar corriendo cajas y cajas de Smash-Q mimadores a tiendas que habitualmente no precisaban más de una caja cada tres o cuatro horas. Los envíos se perdieron, con los trasbordos se equivocaron las rutas y al final incluso las industrias agitachico se resintieron.

¡No volváis sin él! —dijo el señor TicTac, con mucha tranquilidad, muy sinceramente, de forma extremadamente peligrosa.

Usaron perros. Usaron sondas. Usaron cruzamientos de cardioplacas. Usaron estadísticas. Usaron sobornos. Usaron barrigones. Usaron la intimidación. Usaron el tormento. Usaron la tortura. Usaron soplones. Usaron policías. Usaron busca y captura. Usaron falarón. Usaron incentivos de mejora. Usaron huellas digitales. Usaron el sistema Bertillon. Usaron astucia. Usaron mañas. Usaron traición. Usaron a Raoul Mitgong, pero no les fue de mucha ayuda. Usaron física aplicada. Usaron técnicas criminológicas.

Y qué demonios: le pillaron.

Después de todo, se llamaba Everett C. Marm, y la verdad es que no era gran cosa aparte de ser un hombre sin sentido del tiempo.

—¡Arrepiéntete, Arlequín! —dijo el señor TicTac.

—¡Que te den! —respondió el Arlequín, mofándose.

—Te has retrasado un total de sesenta y tres años, cinco meses, tres semanas, dos días, doce horas, cuarenta y un minutos y cincuenta y nueve segundos, coma cero tres seis uno uno uno microsegundos. Has agotado todo lo posible y más. Vamos a desconectarte.

—Ve a darle miedo a otro. Prefiero estar muerto a vivir en un mundo estúpido que contiene a un hombre del saco como tú.

—Es mi trabajo.

—Estás pagado de ti mismo. Eres un tirano. No tienes derecho a dar órdenes a los demás y matarlos si llegan tarde.

—Si no puedes adaptarte, no puedes encajar.

—Suéltame y encajaré los puños en tu boca.

—Eres un inconformista.

—Eso antes no era ningún crimen.

—Ahora lo es. Vive en el mundo que te rodea.

—Lo odio. Es un mundo horrible.

—No todos piensan lo mismo. A la mayoría de la gente le gusta el orden.

—A mí no, ni tampoco a la mayoría de la gente que conozco.

—No es cierto. ¿Cómo crees que te hemos atrapado?

—No me interesa.

—Una mujer llamada Bonita Alice nos dijo dónde estabas.

—Mentira.

—Es cierto. La ponías de los nervios. Ella quiere integrarse, quiere ajustarse; voy a desactivarte.

—Entonces hazlo de una vez y deja de discutir conmigo.
—No voy a desactivarte.
—¡Eres un imbécil!
—¡Arrepiéntete, Arlequín! —dijo el señor TicTac.
—Que te den.

Así que le enviaron a Coventry. Y en Coventry se lo trabajaron. Fue exactamente lo mismo que le hicieron a Winston Smith en 1984, libro que ninguno de ellos había leído, pero la verdad es que las técnicas eran muy antiguas y por tanto se las aplicaron a Everett C. Marm. Y un día, bastante tiempo después, el Arlequín apareció en la red de comunicaciones, todo diablillo, con hoyuelos y ojos relucientes y sin aspecto en absoluto de tener el cerebro lavado, y dijo que se había equivocado, que estaba muy bien, requetebién, pertenecer, llegar siempre a tiempo aquí estamos y ya nos vamos. Y todos le miraron en las pantallas públicas que cubrían toda una manzana y se dijeron, bien, ya ves, después de todo no era más que un loco y si así es como funciona el Sistema, entonces que sea así, porque no compensa enfrentarse al Ayuntamiento, o en este caso al señor TicTac. Así que Everett C. Marm fue destruido, lo que resultó una pérdida debido a lo que Thoreau decía, pero no se puede preparar una tortilla sin romper algunos huevos, y en toda revolución mueren algunos que no lo merecen, pero deben morir, porque así son las cosas, y si logras un pequeño cambio vale la pena. O, para expresarlo con lucidez:

—Eh, discúlpeme, señor, yo, eh, no sé, cómo, eh, decírselo, eh, pero ha llegado usted tres minutos tarde. El horario está un poco, eh, desajustado.

Sonrió como un corderito.

—¡Eso es ridículo! —murmuró el señor TicTac tras la máscara—. Comprueba tu reloj. —Y luego se fue a su despacho, haciendo mrree, mrree, mrree, mrree.

La madre de Eureka

R. A. LAFFERTY

(1972)

Excéntricos, estrafalarios y repletos de personajes e incidentes grotescos, los cuentos de estilo poco convencional de R. A. Lafferty pertenecen por derecho propio tanto a la tradición del relato oral exagerado como a la de la fantasía y la ciencia ficción. Lafferty empezó a publicar ficción en los años sesenta y fue una figura emblemática de la iconoclasta Nueva Ola de la ciencia ficción. Sus variaciones, gnómicas y desafiantes, sobre los temas habituales de la fantasía y la ciencia ficción, tendieron puentes entre la ficción especulativa y la literatura en general. De estilo inconformista, Lafferty llena sus historias de chistes y juegos de palabras que crean asociaciones incongruentes entre sus elementos dispares. El estilo de su narrativa es igualmente atrevido y combina sermones, acertijos, versos satíricos, epigramas, citas de libros imaginarios y de tratados eruditos. Ha escrito sobre temas que van desde la conspiración sobrenatural hasta los adolescentes malvados, los revolucionarios celestiales, la cultura nativa americana, la utopía, los demonios y el amor carnal. En sus novelas gusta de crear corolarios modernos a leyendas y mitos clásicos. *Space Chantey* entreteje la trama básica de la Odisea de Homero con una space opera alocada. En el ciclo de Argos, que incluye *Archipelago*, *The Devil is Dead* y *Episodes of the Argo*, Jasón y los argonautas se reencarnan como miembros de una antigua unidad de combate de la Segunda Guerra Mundial. En *Past Master*, Sir Thomas More es transportado en el tiempo y el espacio hasta el planeta Astrobe, donde se da de bruces con la intriga política y sufre su aparentemente ineludible muerte como mártir. La preocupación de Lafferty por los arquetipos religiosos y la batalla (en ocasiones colusión) entre el Bien y el Mal aporta un aire mítico a gran parte de su obra. Sus relatos cortos están recopilados en *Novecientas abuelas*, *Strange Doings*, *Does Anyone Else Have Something Further to Add?*, y muchas otras antologías. Algunas de sus novelas son *The Reefs of Earth*, *Fourth Mansions*, *The Annals of Klepsis* y *Arrive at Easterwine*. También ha escrito un libro de ensayos sobre literatura fantástica, *It's Down the Slippery Cellar Stairs*. Sus entrevistas están recopiladas en *Cranky Old Man from Tulsa*.

ra prácticamente el último de los de su clase.

¿De qué clase? ¿El último de los grandes individualistas? ¿El último de los genios realmente creativos del siglo? ¿El último de los precursores absolutos?

No. Nada de eso. Era el último de los imbéciles.

E Cuando él llegó, los niños nacían cada vez más listos, y así seguiría sucediendo. Más o menos fue el último niño tonto en nacer.

Incluso su madre tuvo que admitir que Albert era más bien un niño lento. ¿De qué otra forma se puede definir a un chico que no empieza a hablar hasta los cuatro años, que no aprende a manejar la cuchara hasta los seis, que no sabe abrir una puerta hasta los ocho? ¿Qué otra cosa se puede decir de alguien que se pone los zapatos en el pie equivocado y anda retorciéndose de dolor? ¿Y a quien había que decirle que cerrase la boca después de bostezar?

Había cosas que jamás lograría hacer; como recordar si era la aguja pequeña o la grande la que marcaba las horas del reloj. Pero eso daba un poco igual. Nunca le había importado la hora.

Cuando, como a los nueve años y medio, Albert logró el tremendo avance de distinguir la mano derecha de la izquierda, lo hizo aplicando la serie de trucos mnemotécnicos más ridícula jamás concebida. Tenía que ver con el modo en que un perro gira antes de tenderse, la dirección de los remolinos, el lado por el que se ordeña una vaca y por el que se monta a caballo, la dirección de giro de las hojas de roble y sicómoro, los patrones laberínticos del musgo de roca y el musgo de los árboles, la segmentación de la piedra caliza, la dirección del vuelo del halcón, la dirección de caza del alcaudón y la dirección en que se enrolla una serpiente (sin olvidar nunca que el lagarto de collar es una excepción y tampoco es una serpiente de verdad), la disposición del ramaje del cedro y del ramaje del abeto y los giros de una madriguera excavada por una mofeta y por un tejón (recordando, eso sí, que a veces las mofetas usan las viejas madrigueras de los tejones). Bien, Albert consiguió al fin distinguir la derecha de la izquierda, pero cualquier niño observador hubiese podido lograr la misma hazaña sin tanta tontería.

Albert jamás aprendió a escribir con letra legible. Para superar el colegio hizo trampas. Aprovechando un velocímetro de bicicleta, un pequeño motor, diminutas levas excéntricas y unas pilas robadas al audífono de su abuelo, Albert fabricó una máquina para que escribiese por él. Era tan pequeña como una larva y encajaba en un lápiz o bolígrafo, de forma que Albert podía ocultarla entre los dedos. Formaba letras hermosas, ya que Albert había ajustado las levas para seguir un modelo clásico. Iba cambiando de letras usando teclas que no eran mayores que pelos. Por supuesto que era deshonesto, ¿pero qué iba a hacer si era demasiado tonto para aprender a escribir pasablemente?

Albert no podía hacer ninguna operación matemática. Tuvo que fabricarse otra máquina que operase por él. Cabía en la palma de la mano y podía sumar, restar, multiplicar y dividir. Al año siguiente, al llegar a noveno curso, daban álgebra, y por tanto tuvo que diseñar un anexo que instalado en el extremo de su dispositivo resolvía ecuaciones cuadráticas y simultáneas. De no haber sido por las trampas, Albert jamás habría logrado terminar el colegio.

Cuando cumplió los quince se le presentó otra dificultad. Vamos, dificultad es poco. Debería haber una palabra mejor que «dificultad» para expresarlo. Albert tenía miedo a las chicas.

¿Qué hacer?

«Construiré una máquina que no les tenga miedo a las chicas», se dijo Albert. Se puso a trabajar. Casi había terminado cuando se le ocurrió una idea: «Pero si ninguna máquina teme a las chicas. ¿De qué va a servirme?». No tenía lógica y la teoría se había venido abajo. Hizo lo que hacía siempre. Trampas.

Sacó los cilindros de programación de una vieja pianola del ático, encontró una caja de engranajes, empleó láminas magnetizadas en lugar de rollos de música, alimentó la matriz con un ejemplar de Lógica de Wormwood y obtuvo una máquina lógica capaz de responder preguntas.

—¿Qué me pasa? ¿Por qué les tengo miedo a las chicas? —preguntó Albert a la máquina lógica.

—No te pasa nada —le dijo la máquina lógica—. Es lógico sentir miedo de las chicas. Francamente, a mí también me parecen bastante escalofriantes.

—Pero ¿qué puedo hacer?

—Esperar el momento y las circunstancias adecuados. Es un procedimiento lento, la verdad. A menos que quieras hacer trampa...

—Sí, sí, ¿entonces?

—Construye una máquina que tenga tu aspecto, Albert, y que hable como tú. Solo que fábrcala más inteligente que tú y menos tímida. Y, ah, Albert, hay un detalle especial que será mejor que introduzcas por si algo sale mal. Te lo voy a susurrar. Es peligroso.

Así que Albert fabricó al Pequeño Danny, un maniquí con su aspecto y que hablaba como él, solo que era más listo que él y menos tímido. Llenó al Pequeño Danny de ocurrencias sacadas de las revistas Mad y Quip y todo estuvo listo.

Albert y el Pequeño Danny fueron a visitar a Alice.

—Vaya, es maravilloso —dijo Alice—. ¿Por qué no puedes ser como él, Albert? Mira que eres maravilloso, Pequeño Danny. ¿Por qué eres tan estúpido, Albert, si el Pequeño Danny es tan maravilloso?

—Yo, eh, yo, no sé —dijo Albert—. Uh, uh, uh.

—Parece un pez con hipo —dijo el Pequeño Danny.

—¡La verdad es que sí, Albert, la verdad es que sí! —gritó Alice.

¿Por qué no haces cosas inteligentes como el Pequeño Danny, Albert? ¿Por qué eres tan estúpido?

No iba muy bien, pero Albert siguió con el plan. Programó al Pequeño Danny para que tocara el ukelele y cantara. Deseaba poder programarse a sí mismo para hacerlo. Alice adoraba todo lo que hacía el Pequeño Danny, pero no prestaba ni la más mínima atención a Albert, y un día, Albert se cansó.

—¿Pa-pa-para qué queremos este muñeco? —preguntó Albert.

Lo construí simplemente para di... para diver... para hacerte reír. Vámonos y dejémoslo aquí.

—¿Ir contigo, Albert? —preguntó Alice—. Pero qué estúpido. Te voy a decir una cosa. Vamos a irnos tú y yo, Pequeño Danny, y dejaremos aquí a Albert. Sin él lo pasaremos mejor.

—¿Quién le necesita? —preguntó Pequeño Danny—. Piérdete, imbécil.

Albert se alejó. Se alegraba de haber seguido el consejo de la máquina lógica a propósito de aquel detalle especial que debía añadir a Pequeño Danny. Albert se alejó cincuenta pasos. Cien.

—Es suficiente —dijo Albert, y pulsó el botón que llevaba en el bolsillo.

Nadie, excepto Albert y la máquina lógica, llegó a saber qué había sido la explosión. Un poco más tarde llovieron diminutos engranajes del Pequeño Danny y trocitos de Alice, pero no había fragmentos suficientes para una identificación.

Albert había aprendido la lección de la máquina lógica: nunca montes nada que no puedas desmontar.

Bien, Albert finalmente creció hasta convertirse en un hombre, al menos en edad. Siempre tendría el aire de un adolescente torpe, y aun así entabló su propia guerra personal contra los que eran realmente adolescentes y los derrotó por completo. Siempre hubo enemistad entre ellos. Albert jamás había sido un adolescente bien integrado y odiaba ese recuerdo. Y nadie le confundió jamás con un hombre bien integrado.

Albert era demasiado torpe como para ganarse la vida con una profesión honrada. Se vio obligado a vender sus truquitos y artilugios a timadores y promotores. Pero adquirió cierta fama y acabó cargado con el peso de la fortuna.

Era demasiado estúpido para ocuparse de sus propias finanzas, pero construyó una máquina contable para que se ocupase de sus inversiones y se hizo rico por accidente. Construyó demasiado bien la maldita máquina y acabó lamentándolo.

Albert se convirtió en miembro de ese grupo furtivo que nos ha cargado con todos los elementos desagradables de la historia, formado por el púnico que, incapaz de aprender la rica variedad de los jeroglíficos, inventó ese tullido alfabeto limitado para débiles mentales; por el árabe anónimo incapaz de contar más allá de diez y que estableció el sistema decimal para beneficio de bebés e idiotas; por el alemán que con sus tipos móviles borró de la faz de la tierra las buenas reproducciones a mano. Albert les hacía triste compañía.

Albert en sí no valía para mucho. Pero poseía la pequeña habilidad de fabricar máquinas buenas para todo.

Sus máquinas consiguieron algunos logros. Recordarás que en tiempos antiguos había una nube de contaminación sobre las ciudades. Oh, se podía eliminar del aire con mucha facilidad. Solo hacía falta un cosquillero. Albert fabricó una máquina cosquillera. La ponía en marcha cada mañana. Limpiaba el aire en un radio de

trescientos metros alrededor de su casucha y cada veinticuatro horas acumulaba un poco más de una tonelada de residuos. Ese residuo era rico en moléculas compuestas que una de sus máquinas químicas podía aprovechar.

—¿Por qué no limpias todo el aire? —le preguntaba la gente—. Este es todo el material que Clarence Deoxyribonucleiconibus necesita cada día —dijo Albert. Ese era el nombre de esa máquina química en concreto.

—Pero la nube de contaminación nos mata —dijo la gente—. Apíadate de nosotros.

—Oh, vale —dijo Albert. Pasó la voz a una de sus máquinas duplicadoras para que crease tantas copias como fuese necesario.

¿Recuerdas que una época había un problema con los adolescentes? ¿Recuerdas cuando esos pequeños cabrones eran desagradables? Albert se hartó de ellos. Los adolescentes tenían un aire desgarbado que le recordaba demasiado a sí mismo. Se fabricó un adolescente propio. Era violento. A los otros les parecía uno más: pendiente en la oreja izquierda, rizos colgando, los nudillos metálicos y el cuchillo desmesurado, la púa de guitarra para clavarla en los ojos. Pero era incomparablemente más violento que los adolescentes humanos. Aterrorizó a todos los jóvenes del vecindario y les obligó a portarse bien y a vestirse como la gente, y la máquina adolescente creada por Albert tenía un curioso detalle: estaba fabricada con metal y vidrio polarizados de forma que era invisible para todos excepto para los ojos adolescentes.

—¿Por qué es diferente tu vecindario? —le preguntó la gente a Albert—. ¿Por qué los adolescentes de tu vecindario son tan amables y tan buenos mientras que son tan desagradables en los demás? Es como si algo los hubiese asustado.

—Oh, pensaba que yo era el único al que no le gustaban los adolescentes normales —dijo Albert.

—Oh, no, no —le respondió la gente—. Si pudieses hacer algo para corregirlos...

Así que Albert le pasó su máquina adolescente casi invisible a una de las máquinas duplicadoras para que fabricase tantas copias como fuesen necesarias, y colocó una en cada vecindario. Desde ese día hasta ahora todos los adolescentes han sido buenos, amables y algo temerosos. Pero no hay ni rastro de lo que los mantiene a raya excepto, de vez en cuando, un ojo clavado en una púa invisible de guitarra.

Así se resolvieron los dos problemas más importantes de finales del siglo XX, pero por accidente y sin que nadie se llevase el mérito.

Con el paso de los años, Albert sobre todo sintió su inferioridad en presencia de sus propias máquinas, especialmente las que tenían forma humana. Albert simplemente carecía de su urbanidad, de su chispa, de su ingenio. A su lado era un

patán y las máquinas se lo dejaban claro.

¿Por qué no iba a ser así? Uno de los dispositivos de Albert ocupaba un puesto en el gabinete del presidente. Una de sus máquinas pertenecía al Alto Consejo de Vigilantes Mundiales que preservaba la paz en todas partes. Una de ellas presidía Riqueza Ilimitada, el instrumento privado-público-internacional que garantizaba la riqueza razonable de todos los habitantes del mundo. Una de ellas dirigía la Fundación Salud y Longevidad que suministraba esos dones a todos. ¿Por qué no iban máquinas tan espléndidas y con tanto éxito a despreciar al tío desharrapado que las había creado?

—Soy rico por un azar del destino —se dijo Albert un día— y recibo honores por causas inmerecidas. Pero no hay un hombre o máquina en el mundo que sea realmente mi amigo. Este libro enseña cómo hacer amigos, pero yo no puedo seguir ese método. Me haré un amigo empleando mi propio método.

Así que Albert se dispuso a fabricar a un amigo.

Hizo a Pobre Charles, una máquina tan estúpida, torpe e inepta como él mismo.

—Ahora tendré un compañero —dijo Albert. Pero no salió bien.

Si sumas dos ceros el resultado sigue siendo cero. El Pobre Charles se parecía demasiado a Albert para servir de algo.

¡Pobre Charles! Incapaz de pensar, fabricó... (pero espera un minuto, Coronel, esto no va a salir bien)... fabricó una máqui... (¿pero no es la misma estupidez de antes?)... fabricó una máquina para que pensase por él y para...

¡Alto, alto! Ya basta. Pobre Charles era la única máquina creada por Albert tan estúpida como para hacer algo así.

Bien, fuese como fuese, la máquina fabricada por Pobre Charles controlaba la situación y también a Pobre Charles cuando Albert se encontró con ellos accidentalmente. La máquina de la máquina, el dispositivo que Pobre Charles había construido para pensar por él, sermoneaba a Pobre Charles de una forma bastante humillante.

—Solo los ineptos y los deficientes inventan —repetía la maldita máquina—. Los griegos en su época de esplendor no inventaban. Tampoco empleaban potencia añadida ni instrumentos. Empleaban, como harán siempre los hombres y las máquinas inteligentes, esclavos. No se rebajaban a usar artilugios. Ellos, que eran capaces de ejecutar lo difícil con facilidad, no buscaban la forma más fácil de hacerlo.

»Pero los incompetentes inventan. Los insuficientes inventan. Los depravados inventan. Y los bribones inventan.

Albert, en un ataque poco común de furia, las mató a las dos. Pero sabía que la máquina de la máquina se había limitado a decir la verdad.

Albert estaba alicaído. Un hombre más inteligente hubiese presentido lo que iba mal. Albert solo presentía que no se le daban bien los presentimientos y que siempre sería así. Como no veía salida, fabricó una máquina y la llamó Presentimientitos.

En muchos aspectos era la peor máquina que hubiese fabricado nunca. Construyéndola intentó expresar parte de su inquietud sobre el futuro. Era torpe mecánica y mentalmente, una inadaptada.

Las máquinas más inteligentes de Albert se reunieron a su alrededor y le gritaron mientras la montaba.

—¡Chico, vas perdido! —le chinchaban—. ¡Vaya cosa más primitiva! ¡Que obtenga su energía del ambiente! ¡Hace veinte años que te convencimos para que lo descartaras y nos pusieras a todos energía codificada!

—Eh... Puede que algún día se produzcan desórdenes sociales y tomen el control de las centrales de energía —dijo Albert tartamudeando—. Pero Presentimientitos seguiría funcionando aunque el mundo desapareciese por completo.

—Ni siquiera está conectada a nuestra matriz de información —le soltaron—. Es peor que Pobre Charles. Esa cosa estúpida prácticamente empieza de la nada.

—Quizás algo nuevo la llene —dijo Albert.

—¡Ni siquiera está preparada para el hogar! —gritaron indignadas las máquinas urbanas—. ¡Mira eso! Esta especie de lubricante primitivo por todo el suelo ...

—Recordando mi infancia, me solidarizo —dijo Albert.

—¿Para qué sirve? —exigieron saber.

—Ah... tiene presentimientos —murmuró Albert.

—¡Para duplicar! —gritaron—. Para eso es para lo único que sirves, y tampoco es que se te dé muy bien. Proponemos elecciones para reemplazarte como, perdona que nos riamos, líder de esta empresa.

—Jefe, tengo un presentimiento sobre cómo podemos impedirselo —susurró el incompleto Presentimientitos.

—Están marcándose un farol —le susurró Albert a su vez—. Mi primera máquina lógica me enseñó a no montar jamás algo que no pudiese desmontar. Las tengo pilladas y lo saben. Ya me gustaría a mí que se me ocurriesen cosas así.

—Quizá llegue una época de torpeza y yo sirva para algo —dijo Presentimientitos.

Solo en una ocasión, y ya muy avanzada su vida, tuvo Albert algo de honradez. Hizo una cosa (y fue un fracaso espantoso) por sí mismo. Fue la noche del año del doble milenio, cuando a Albert se le entregó el Trofeo Finnerty-Hochmann, el premio más importante concedido por el mundo intelectual. Albert era ciertamente una elección más bien curiosa, pero se habían dado cuenta de que casi todos los inventos fundamentales de los últimos treinta años tenían en él su origen o en los dispositivos de los que se había rodeado.

Ya habéis visto el trofeo. Eurema, la diosa sintética griega de la invención, con los brazos extendidos como si estuviese a punto de echarse a volar, encima de un corte de cerebro estilizado para que se vean las circunvoluciones del córtex. Y,

debajo, el escudo de armas de los académicos: Antiguo Académico rampante (plata); el Analizador Anderson, siniestra (gules); el impulsor espacial de Mondeman, diestra (vero). Era un buen trabajo de Graben, de su noveno periodo.

Albert tenía un discurso que le había escrito su máquina de escribir discursos, pero por alguna razón no lo empleó. Lo hizo por sí solo, lo que acabó en desastre. ¡Se puso en pie cuando le presentaron y tartamudeó soltando tonterías!

—Ah... Solo la ostra enferma produce nácar —dijo, y todos le miraron boquiabiertos. ¿Qué forma de empezar un discurso era esa?—. ¿O me he equivocado de criatura? —preguntó Albert con un hilo de voz.

»¡Eurema no tiene este aspecto! —croó Albert y apuntó de pronto al trofeo—. No, no, esta no es ella. Eurema camina hacia atrás y está ciega. Y su madre es una mole descerebrada.

Todos le miraban con expresión de dolor.

—Nada se eleva sin levadura —intentó explicar Albert—, pero la levadura en sí es un hongo y una enfermedad. ¡Todos vosotros sois normales, espléndidos y supremos! Pero no podéis vivir sin los diferentes. Moriríais, ¿y quién os diría que estáis muertos? Cuando ya no quede nadie necesitado o incapaz, ¿quién inventará? ¿Qué haréis cuando no quede ningún discapacitado? Entonces, ¿quién hará subir vuestra masa?

—¿Está indispuesto? —le preguntó en voz baja el maestro de ceremonias—. ¿No debería terminar? La gente lo entenderá.

—Claro que estoy indispuesto. Siempre lo he estado —dijo Albert—. ¿De qué iba a servir si no? Vosotros fijasteis el ideal de que todos debemos tener buena salud y estar bien integrados. ¡No! ¡No! Si todos estuviésemos bien integrados nos anquilosaríamos y moriríamos. El mundo conserva la salud precisamente gracias a las mentes insanas que se esconden en él. La primera herramienta fabricada por el hombre no fue un rascador, un hacha o un cuchillo de piedra. Fue una muleta, y no la inventó un hombre sano.

—Quizá debería descansar —dijo en voz baja un funcionario, porque tonterías incoherentes como aquellas jamás se habían oído en la cena de entrega del premio.

—Sabed —dijo Albert— que no son los buenos toros y el ganado espléndido el que abre nuevos caminos. Solo un becerro tullido sigue un sendero nuevo. En todo lo que sobrevive debe haber un elemento incongruente. Eh, ¿saben el de la mujer que dice: «Mi marido es incongruente, pero nunca me gustó Washington en verano»?

Todos le miraron con estupor.

—Es el primer chiste que cuento —dijo Albert sin convicción—. Mi máquina de inventar chistes los cuenta mucho mejor que yo. —Hizo una pausa, abrió la boca y tragó aire.

»¡Estúpidos! —prosiguió luego con furia—. ¿A quiénes usaréis como imbéciles cuando todos nosotros hayamos desaparecido? ¿Cómo sobreviviréis sin nosotros?

Albert había terminado. Boqueó y se olvidó de cerrar la boca. Le llevaron de

vuelta a su asiento. Su máquina publicitaria explicó que Albert estaba cansado por el exceso de trabajo y luego entregó copias del discurso que se suponía que Albert tendría que haber pronunciado.

Había sido un episodio desafortunado. Qué nauseabundo es que los innovadores nunca sean grandes hombres y los grandes hombres no sirvan para nada más que para ser grandes hombres.

Ese año, el César decretó que se realizase un censo de todo el país.

El decreto era de César Panebianco, el presidente del país. Era el año decimal adecuado para el censo y el decreto no tenía nada de raro. Sin embargo, incluía ciertas disposiciones para censar también a los vagabundos y a los decrepitos, a los que normalmente se pasaba por alto, para examinarlos y ver por qué eran así. Fue en ese proceso que atraparon a Albert. Si algún hombre ha tenido alguna vez aspecto de decrepito y vagabundo, ese era Albert.

Lo pillaron con otros abandonados, lo sentaron a una mesa y le plantearon preguntas retorcidas. Como:

—¿Cómo te llamas?

Casi le pillan con esa, pero se recuperó y respondió:

—Albert.

—¿Qué hora marca ese reloj?

Le habían pillado un viejo punto débil. ¿Cuál de las manecillas era?

Boqueó y no respondió.

—¿Sabes leer? —le preguntaron.

—No sin mi... —empezó a decir Albert—. No llevo mi... No, no sé leer muy bien por mí mismo.

—Inténtalo.

Le dieron un papel para que marcara preguntas como verdaderas o falsas. Albert las marcó todas verdaderas, creyendo que así acertaría la mitad. Pero eran todas falsas. La gente normal tiende a la falsedad. Luego le administraron una prueba de dichos a los que les faltaban palabras.

«___ es la mejor política» no le decía nada. Ni siquiera recordaba la política de sus empresas.

En «igual ocho que ochenta» había demasiadas matemáticas para que Albert lo entendiera.

«Parece que hay dos incógnitas —se dijo—, y solo dos valores positivos, ocho y ochenta. La palabra “igual” es un poco ambigua. No puedo resolver esta ecuación. Ni siquiera estoy seguro de que sea una ecuación. Si por lo menos tuviese mi...».

Pero no llevaba consigo ninguno de sus aparatos o máquinas. Estaba solo. Dejó en blanco otra media docena de dichos. Luego vio la oportunidad de resarcirse. Nadie es tan tonto como para no saber una respuesta si le hacen el número adecuado de

preguntas.

«Es la madre de la invención», decía.

«La estupidez», escribió Albert con su extraña letra desigual. Luego se recostó triunfal.

—Conozco a Eurema y a su madre. —Rio—. ¡Dios, vaya si las conozco!

Pero esa también se la marcaron como errónea. Había fallado todas las preguntas de todas las pruebas. Empezaron a prepararle un billete para un asilo donde podría aprender a hacer algo con las manos, ya que no había esperanza para la cabeza.

Un par de las máquinas urbanas de Albert fueron y lo sacaron de allí. Explicaron que, a pesar de ser un vagabundo y un decrépito, era un vagabundo y decrépito rico, e incluso era un hombre de cierta fama.

—No lo aparenta, pero realmente es (perdonen que me ría) un hombre de cierta importancia —explicó una de las máquinas—. Hay que decirle que cierre la boca después de bostezar, pero a pesar de eso ha ganado el Trofeo Finnerty-Hochmann. Nosotras nos hacemos responsables de él.

Albert se sintió humillado cuando sus máquinas le sacaron de allí, sobre todo cuando le pidieron que caminase tres o cuatro pasos por detrás para que no diera la impresión de que iba con ellas. Le gastaron muchas bromas crueles y le convirtieron en un hombre muerto de vergüenza con el ánimo de un gusano. Albert las dejó y se fue al pequeño escondrijo que tenía.

—Me volaré mi cerebro de cangrejito —juró—. La humillación es más de lo que puedo soportar. Pero no soy capaz de hacerlo yo mismo. Tendré que encargarlo.

Así que se puso a construir una máquina en el escondrijo.

—¿Qué haces, jefe? —preguntó Presentimientitos—. Tuve el presentimiento de que vendrías aquí y te pondrías a construir algo.

—Estoy construyendo una máquina para volarme los sesos de calabaza que tengo —gritó Albert—. Soy demasiado cobarde para hacerlo personalmente.

—Jefe, tengo el presentimiento de que se podría hacer algo aún mejor. Vamos a divertirnos.

—No me parece que sepa cómo —dijo Albert pensativo—. Una vez construí una máquina para que se divirtiese por mí. Se lo pasó realmente en grande hasta que voló en pedazos, pero nunca me pareció que a mí me sirviese de nada.

—En esta ocasión nos divertiremos tú y yo, jefe. Mira el mundo en toda su amplitud. ¿Cómo es?

—Es un mundo que ya es demasiado bueno para que yo siga viviendo en él —dijo Albert—. Todo y todos son perfectos, y todo es igual. Están en lo más alto del montón. Lo han ganado todo y lo han dispuesto todo a la perfección. En el mundo no hay sitio para un desordenado como yo. Así que me voy.

—Jefe, tengo el presentimiento de que no lo estás mirando bien.

Míralo mejor. Míralo de nuevo, con verdadera astucia. ¿Qué ves?

—Presentimientitos, Presentimientitos, ¿es posible? ¿Realmente es así? Me pregunto por qué no me he dado cuenta antes. Pero así es, ahora que me fijo.

»¡Seis mil millones de incautos! ¡Seis mil millones de incautos sin defensa de ningún tipo! ¡Un par de tipos dispuestos a divertirse, vamos, podrían segar estos campos como si se tratase de Trigo Mejorado Albert Concho!

—Jefe, tengo el presentimiento que para esto fui creado. La verdad, el mundo se ha estado volviendo demasiado estirado.

—¡Inauguraremos una nueva era! —se recreó Albert—. La llamaremos la Vuelta de Tuerca. Nos lo pasaremos pipa, Presentimientitos. Nos los zamparemos como a cacahuetes. ¿Cómo no lo había visto antes? ¡Seis mil millones de incautos!

El siglo XXI comenzó de esta forma tan extraña.

Pasajeros

ROBERT SILVERBERG

(1968)

Robert Silverberg ganó el premio Hugo como autor más prometedor en el año 1956, menos de dos años después de su primera venta profesional. Tras un proceso de aprendizaje que duró casi diez años y produjo millones de palabras, Silverberg surgió en los sesenta como uno de los escritores más expresivos y aplicados de la época. Los trabajos de ese periodo de su carrera son memorables estudios de personajes psicológicamente complejos, que tratan temas moralmente cáusticos y ofrecen descripciones vívidas de entornos opresivos y restrictivos que los individuos deben intentar trascender. «Ver al hombre invisible», «Estación Hawksbill» y *Espinas* son estudios futuristas del individuo alienado por distintos medios: ostracismo social, exilio penal y victimización explotadora. El gran logro de Silverberg en ese estilo es *Muero por dentro*, el relato conmovedor de un telépata alienado por su particularidad que se siente aún más aislado por la pérdida de sus poderes y con ellos de su única forma de relacionarse con la gente normal. Tanto *Alas nocturnas* como *Regreso a Belzagor* plantean el contacto con especies alienígenas como una experiencia potencialmente rejuvenecedora, con connotaciones de resurrección y redención. *El mundo interior* es una crónica del potencial deshumanizador de la superpoblación, que hace la privacidad y la intimidad virtualmente imposibles. El núcleo dramático de las historias más impactantes de Silverberg son los individuos que se enfrentan a la mortalidad. «Born with the Dead» detalla las dificultades de vivir en un mundo compartido por mortales y muertos revividos. *The Second Trip* se centra en la idea de la muerte de la identidad: un hombre descubre que es un antiguo criminal condenado a la destrucción de su personalidad real, una chispa de la cual vuelve a encenderse y amenaza con arrasar su nueva personalidad. La búsqueda de la inmortalidad es una caja de resonancia para reflexiones sobre la mortalidad en *El libro de los cráneos*, que trata de la búsqueda de una secta oculta que supuestamente encontró el secreto de la vida eterna. Desde finales de los setenta Silverberg se ha concentrado en el desarrollo de la saga de Majipur, una serie épica de fantasía científica formada por las novelas *El castillo de Lord Valentine*, *Crónicas de Majipur* y *Valentine pontífice*. También ha escrito dos novelas de fantasía, *Gilgamesh el rey* y *To the Land of the Living*, basadas en la mitología sumeria. Algunas de sus múltiples recopilaciones de relatos son *Next Stop the Stars*, *To Worlds Beyond*, *Dimension Thirteen*, *Born with the Dead* y *The Secret Sharer*. Ha escrito numerosas novelas y ensayos para niños y ha editado más de

setenta antologías. Silverberg ganó el primero de sus cinco premios Nebula con su historia «Pasajeros». También ha ganado varias veces el Hugo.

Ya solo queda un fragmento de mí. Los pedazos de memoria se han dispersado y se alejan como glaciares rotos. Siempre sucede igual cuando nos abandona un Pasajero. Jamás estamos seguros de todo lo que hicieron nuestros cuerpos prestados. Solo nos quedan vestigios persistentes, las huellas.

Como la arena aferrada a una botella que se agita en el océano.

Como el palpitar de un miembro amputado.

Me levanto. Me tranquilizo. Tengo el pelo revuelto; me lo peino.

Tengo la cara arrugada por la falta de sueño. Tengo un sabor amargo en la boca. ¿Mi Pasajero ha comido estiércol con mi boca? Hace cosas así. Hacen lo que sea.

Es por la mañana.

Una mañana gris e incierta. La miro un rato y luego, estremeciéndome, oscurezco la ventana y me enfrento a la superficie gris e incierta del panel interior. Mi habitación parece revuelta. ¿Estuve aquí con una mujer? Hay ceniza en los ceniceros. Buscando colillas, encuentro varias con manchas de carmín. Sí, aquí hubo una mujer.

Toco las sábanas. Todavía tibias por la calidez compartida. Las dos almohadas desordenadas. Ella se ha ido, claro, y el Pasajero se ha ido, y yo estoy solo.

¿Cuánto ha durado en esta ocasión? Descuelgo el teléfono y llamo a Central.

—¿Qué día es hoy?

La sosa voz femenina del ordenador responde:

—Viernes, cuatro de diciembre, mil novecientos ochenta y siete.

—¿La hora?

—Nueve y cuarenta y uno. Hora de la costa este.

—¿Previsión del tiempo?

—La temperatura prevista oscila entre cero y tres grados. La temperatura actual, medio grado. Viento del norte, veintiséis kilómetros por hora. Poco riesgo de precipitaciones.

—¿Qué recomiendas para la resaca?

—¿Comida o medicina?

—Lo que te apetezca —digo.

El ordenador se lo piensa un poco. Luego se decide por ambas cosas y activa mi cocina. Por el grifo sale zumo frío de tomate. Empiezan a freírse los huevos. De la ranura de medicamentos sale un líquido púrpura. El Ordenador Central es siempre muy considerado. Me pregunto si los Pasajeros lo cabalgan en alguna ocasión. ¿Les resultaría más emocionante? ¿Seguro que debe de ser mucho más emocionante tomar prestado el millón de mentes de Central que vivir un rato en el alma defectuosa y cortocircuitada de un ser humano corroído!

Cuatro de diciembre, ha dicho Central. Viernes. Así que el Pasajero me ha tenido

durante tres noches.

Me bebo la sustancia púrpura y examino cautelosamente en mis recuerdos, como examinarías una llaga purulenta.

Recuerdo el martes por la mañana. Un mal momento en el trabajo. Las tablas no cuadran. El jefe de sección está irritable; los Pasajeros le han tomado tres veces en cinco semanas y, en consecuencia, su sección es un caos y corre el riesgo de perder su bonificación de Navidad. Aunque es costumbre no penalizar a alguien por los deslices debidos a los Pasajeros, según dicta el sistema, el jefe de sección parece creer que le tratarán injustamente. Así que nos trata a nosotros injustamente. Lo pasamos mal. Revisar las tablas, ajustar el programa, comprobar diez veces los fundamentos. Aquí llegan: las previsiones detalladas para las variaciones del precio de los valores de empresas de servicios públicos, desde febrero a abril de 1988. Esa tarde nos íbamos a reunir para analizar las tablas y lo que nos indican.

No recuerdo el martes por la tarde.

Debió de ser entonces cuando me tomó el Pasajero. Quizás en el trabajo; quizás en la misma sala de conferencias forrada de caoba, durante la reunión. Rostros rosados y preocupados a mi alrededor; toso, me tambaleo, me caigo de la silla. Los demás agitan la cabeza con tristeza. Nadie intenta ayudarme. Nadie me detiene. Es demasiado peligros interponerse en el camino de alguien que lleva un Pasajero. Hay muchas probabilidades de que un segundo Pasajero aceche cerca en estado in corpóreo, buscando una montura. Así que me evitan. Salgo del edificio.

Después de eso, ¿qué?

Sentado en mi habitación, la desolada mañana del viernes, me como los huevos revueltos e intento reconstruir las tres noches perdidas.

Por supuesto, es imposible. La mente consciente funciona durante el periodo de cautividad, pero tras la retirada del Pasajero, también desaparecen casi todos los recuerdos. Solo queda un ligero residuo, una capa sucia de recuerdos tenues y fantasmales. Después la montura y no es exactamente la misma persona; a pesar de no poder recordar los detalles de la experiencia, queda sutilmente alterada.

Intento recordar.

¿Una mujer? Sí, carmín en las colillas. Sexo, claro, aquí en mi habitación. ¿Joven? ¿Mayor? ¿Rubia? ¿Morena? Todo es impreciso. ¿Cómo se portó mi cuerpo prestado? ¿Fui buen amante? Intento serlo, cuando soy yo mismo. Lo mantengo en forma. A los 38, puedo aguantar tres sets de tenis una tarde de verano sin venirme abajo. Puedo hacer que una mujer brille como se supone que debe brillar. No me jacto: solo específico. Todos tenemos alguna habilidad. Esa es la mía.

Pero los Pasajeros, me dicen, se divierten especialmente yendo contra nuestras habilidades. Por tanto, ¿mi jinete se habrá deleitado encontrando una mujer y obligándome a fallar repetidamente con ella?

Me desagrada la idea.

Empieza a despejarse la neblina de mi mente. La medicina enviada por Central

surte efecto con rapidez. Como, me afeito y me coloco bajo el vibrador hasta tener la piel limpia. Hago ejercicio. ¿El Pasajero ejercitó mi cuerpo las mañanas del miércoles y el jueves? Probablemente no. Debo compensarlo. Ahora estoy cerca de la mediana edad; el tono perdido no se recupera con facilidad.

Me toco los dedos de los pies veinte veces, con las piernas estiradas.

Pedaleo en el aire.

Me tiendo y me levanto sobre los codos.

El cuerpo responde, a pesar del maltrato sufrido. Es mi primer momento de cierta alegría desde que he despertado: siento el hormigueo interno de saber que conservo el vigor.

Ahora lo que quiero es un poco de aire fresco. Me visto con rapidez y salgo. Hoy no hace falta que aparezca por el trabajo. Saben muy bien que desde el martes por la tarde he tenido un Pasajero; no hace falta que sepan que el Pasajero se ha ido antes del amanecer del viernes. Tendré un día libre. Pasearé por las calles, estirando las piernas, compensando al cuerpo por los abusos que ha sufrido.

Entro en el ascensor. Bajo cincuenta pisos. Doy un paso y penetro en la lobreguez de diciembre.

Las torres de Nueva York se alzan sobre mi cabeza.

Los coches circulan por las calles. Los conductores están sentados al volante, nerviosos. Uno nunca sabe cuándo van a tomar prestado al conductor de un coche cercano, y siempre se produce un momento de fallo de coordinación mientras el Pasajero toma el control. De esa forma se pierden muchas vidas en las calles y las autopistas; pero en ningún caso la vida de un Pasajero.

Camino sin dirección. Cruzo la calle Catorce, hacia el norte, escuchando los ronroneos bajos y violentos de los motores eléctricos. Veo a un chico bailoteando en la calle y sé que le están cabalgando. En la Quinta con la Veintidós se acerca un hombre de aspecto próspero y barrigón, con la corbata torcida y el Wall Street Journal del día sobresaliendo del abrigo. Ríe. Saca la lengua. Cabalgado. Cabalgado. Le evito. Moviéndome con rapidez llego hasta el paso subterráneo que lleva el tráfico por debajo de la Treinta y cuatro hasta Queens, y me detengo un momento para observar a dos chicas adolescentes que se pelean al borde del paso de peatones. Una es de raza negra. Agita los ojos aterrorizada. La otra la empuja hacia la barandilla. Cabalgada. Pero el Pasajero no tiene como objetivo el asesinato, sino simplemente el placer. Deja en paz a la chica negra que cae encogida, estremeciéndose. A continuación se pone en pie y sale corriendo. La otra chica se mete en la boca un largo mechón de pelo reluciente, lo mastica, da la impresión de despertar. Parece aturdida.

Aparto la vista. Nadie mira mientras un compañero de penalidades despierta. Hay un código moral de los cabalgados; en estos días oscuros poseemos muchas más costumbres tribales.

Me apresuro.

¿Adónde voy con tanta prisa? Ya he caminado más de un kilómetro. Parece que me dirijo hacia un objetivo, como si mi Pasajero todavía estuviese ocupando mi cráneo, incitándome. Pero sé que no es así. Por ahora, al menos, soy libre.

¿De verdad lo sé con seguridad?

Cogito ergo sum ya no vale. Seguimos pensando incluso mientras nos cabalgan, y vivimos una tranquila desesperación, incapaces de detener nuestros actos por desagradables que resulten, por autodestructivos que sean. Estoy seguro de poder distinguir el estado de cargar con un Pasajero del estado de ser libre. Pero quizá no. Quizá cargue con un Pasajero especialmente diabólico que no me ha liberado en absoluto, sino que simplemente se ha retirado al cerebelo, dejándome la ilusión de libertad mientras al mismo tiempo, subrepticamente, me impulsa hacia algún propósito suyo.

¿Tuvimos en algún momento algo más que la ilusión de libertad? Pero la idea de ser cabalgado sin darme cuenta es inquietante. Empiezo a sudar profusamente y no solo por el ejercicio de caminar. Alto. Alto ahora mismo. ¿Por qué debes caminar? Estás en la calle Cuarenta y dos. Ahí está la biblioteca. Nada te impulsa a seguir. Detente un rato, me digo. Descansa en los escalones de la biblioteca.

Me siento en la fría piedra y me digo que solo yo he tomado la decisión.

¿Ha sido así? Es el viejo problema del libre albedrío frente al determinismo, manifestado de la forma más desagradable. El determinismo ya no es una abstracción filosófica; ahora el determinismo son fríos tentáculos alienígenas deslizándose entre las suturas craneales. Los Pasajeros llegaron hace tres años. Desde entonces me han cabalgado en cinco ocasiones. Ahora el mundo es muy diferente. Pero incluso hemos sabido adaptarnos a algo así. Nos hemos adaptado. Tenemos nuestras costumbres. La vida sigue. El Gobierno gobierna, el Congreso se reúne, la Bolsa hace negocio como siempre y disponemos de métodos para compensar el caos aleatorio. Es la única forma. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? ¿Achicarnos en la derrota? Tenemos un enemigo contra el que no podemos luchar; solo podemos resistirnos aguantando. Así que aguantamos.

Siento el frío de los escalones de piedra. Muy pocas personas se sientan aquí en diciembre.

Me repito que he dado este largo paseo por propia voluntad, que me he parado por decisión propia, que ahora mismo no hay ningún Pasajero cabalgando en mi cerebro. Quizá. Quizá. No puedo permitirme creer que no soy libre.

¿Podría ser, me pregunto, que el Pasajero dejase algunas órdenes persistentes? ¿Ve hasta ese lugar, detente aquí? También es posible.

Miro a los otros que también están sentados en los escalones.

Un anciano, de ojos vacíos, sentado sobre un periódico. Un chico de unos trece años, con las fosas nasales dilatadas. Una mujer rolliza. ¿Todos están cabalgados? Hoy parece que los Pasajeros me rodean. Cuanto más estudio a los cabalgados más me convengo de que, por ahora, estoy libre. La última vez disfruté de tres meses de

libertad entre cabalgadas. Dicen que algunas personas apenas experimentan la libertad. Sus cuerpos tienen una gran demanda y solo conocen fugaces fogonazos de libertad, un día aquí, una semana allá, una hora. Jamás podremos determinar cuántos Pasajeros infestan el mundo. Quizá millones. O quizá cinco. ¿Quién sabe?

Una ráfaga de nieve desciende del cielo gris. Central ha dicho que el riesgo de precipitaciones era escaso. ¿Esta mañana también cabalgan a Central?

Veo a la mujer.

Está sentada en diagonal, a un lado, cinco escalones más arriba, a unos treinta metros, con la falda negra recogida hasta las rodillas para mostrar sus piernas bonitas. Es joven. Tiene el pelo de un castaño profundo y rico. Los ojos son claros; a esta distancia no puedo determinar su color exacto. Va vestida con sencillez. Tiene menos de treinta años. Viste un abrigo verde oscuro y su carmín tiene un cierto tono morado. Labios gruesos, nariz esbelta de puente alto, cejas delicadamente cuidadas.

La conozco.

He pasado las tres últimas noches con ella, en mi habitación. Es ella.

Cabalgada vino a mí y cabalgado me acosté con ella. Estoy totalmente seguro. El velo de la memoria se descorre; veo su cuerpo delgado desnudo, en mi cama.

¿Cómo puede ser que la recuerde?

Es un recuerdo demasiado intenso para ser una fantasía. Está claro que es algo que se me ha permitido recordar por razones que no alcanzo a comprender, y recuerdo más cosas. Recuerdo sus ronroneos de placer. Sé que mi propio cuerpo no me traicionó esas tres noches, ni tampoco le fallé a ella.

Y hay más. Recuerdo música sinuosa; olor a juventud en su pelo; el crujido de los árboles en invierno. De alguna forma me hace recordar una época de inocencia, una época en la que soy joven y las mujeres son un misterio, una época de fiestas, bailes, calidez y secreto.

Me siento atraído por ella.

También se respeta una etiqueta en estos casos. Es de muy mala educación dirigirse a alguien a quien has conocido mientras te cabalgaban. Un encuentro así no te da ningún privilegio; un desconocido sigue siéndolo independientemente de lo que podáis haber hecho o dicho durante ese periodo involuntario en que estuvisteis juntos.

Pero aun así me siento atraído por ella.

¿A qué viene esta violación del tabú? ¿A qué viene este completo desprecio por la etiqueta? Nunca lo he hecho antes. Siempre he sido escrupuloso.

Pero me pongo en pie, recorro el escalón en el que he estado sentado hasta situarme debajo de ella y alzo la vista. Automáticamente la mujer junta los tobillos y cierra las rodillas como si se diera cuenta de que su postura no es muy recatada. Por ese gesto sé que ahora no la cabalgan. La miro a los ojos. Son de un verde brumoso. Es hermosa y rebusco más detalles de nuestra pasión.

Subo escalón a escalón hasta situarme delante.

—Hola —digo.

Me dedica una mirada neutra. No parece reconocerme. Tiene los ojos velados, como sucede a menudo después de la partida de un Pasajero. Aprieta los labios y me valora de forma distante.

—Hola —responde con frialdad—. No me parece que te conozca.

—No. No me conoces. Pero tengo la sensación de que ahora mismo no quieres estar sola, y yo sé que no quiero estar solo. —Intento persuadirla con los ojos de que mis motivos son decentes—. Hay nieve en el aire —digo—. Podemos encontrar un lugar más caliente. Me gustaría hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Vamos a otro sitio y te lo contaré. Me llamo Charles Roth.

—Helen Martin.

Se pone en pie. Todavía no ha abandonado su fría neutralidad; sospecha, está incómoda. Pero al menos está dispuesta a ir conmigo. Una buena señal.

—¿Es demasiado temprano para tomar una copa? —digo.

—No estoy segura. No sé qué hora es.

—Todavía no son las doce.

—Aun así me tomaré una copa —dice, y los dos sonreímos.

Vamos a un bar que está al otro lado de la calle. Sentados uno frente al otro, en la oscuridad, bebemos: daiquiri ella, bloody mary para mí. Se relaja un poco. Me pregunto qué pretendo de ella. El placer de su compañía: sí. ¿Su compañía en la cama? Pero ya he tenido ese placer, tres noches seguidas, aunque ella no lo sabe. Quiero algo más. Algo, Qué mas. ¿Qué?

Tiene los ojos inyectados en sangre. Ha dormido poco las últimas tres noches. Digo:

—¿Ha sido desagradable?

—¿El qué?

—El Pasajero.

La reacción le atraviesa la cara como un trallazo.

—¿Cómo has sabido que he tenido un Pasajero?

—Lo sé.

—Se supone que no debemos hablar de eso.

—Soy un librepensador —le digo—. Mi Pasajero me ha abandonado en algún momento de la noche. Me cabalgaba desde el martes por la tarde.

—El mío me ha abandonado hace unas dos horas, creo. —Se le enrojecen las mejillas. Es muy atrevido hablar de eso—. Me cabalgaba desde el lunes por la noche. Fue mi quinta vez.

—También la mía.

Jugamos con las bebidas. El entendimiento empieza a madurar, casi sin necesidad de palabras. Nuestras experiencias con Pasajeros nos ofrecen un punto en común, aunque Helen no sabe lo íntimamente que compartimos esas experiencias.

Hablamos. Diseña escaparates. Tiene un pequeño apartamento a un par de

manzanas de aquí. Vive sola. Me pregunta a qué me dedico.

—Soy analista de valores —le digo.

Sonríe. Tiene unos dientes perfectos. Tomamos la segunda ronda.

Ahora estoy completamente seguro de que es la mujer que estaba en mi habitación cuando me cabalgaban.

La semilla de la esperanza comienza a crecer en mi interior. Ha sido una feliz coincidencia la que nos ha vuelto a reunir poco después de que nos separásemos como soñadores. También ha sido una coincidencia feliz que algunos vestigios del sueño hayan perdurado en mi mente.

Hemos compartido algo, quién sabe qué, y ha tenido que ser genial para dejarme una impresión tan clara, y ahora quiero conocerle, estando consciente, despierto, siendo yo mismo, y renovar la relación, haciendo que en esta ocasión sea real. No es lo correcto, porque estoy abusando de un privilegio que solo es mío en virtud de la breve presencia de los Pasajeros en nuestros cuerpos. Pero la necesito. La deseo.

Ella también parece necesitarme, sin darse cuenta de quién soy.

Pero el miedo la frena.

A mí también me asusta asustarla y no me aprovecho de mi ventaja con demasiada rapidez. Quizás ahora me lleve a su apartamento, quizá no, pero no se lo pido. Nos acabamos las copas. Acordamos volver a vernos en los escalones de la biblioteca mañana. Brevemente le rozo la mano con la mía. Luego se va.

Esa noche lleno tres ceniceros. Una y otra vez analizo la cordura de lo que estoy haciendo. ¿Por qué no dejarla en paz? No tengo derecho a seguirla. Dado el lugar en que se ha convertido nuestro mundo, lo más sensato es mantenerse alejados.

Y sin embargo... conservo esa punzada de recuerdos entrevistos cuando pienso en ella. Las luces difuminadas de las oportunidades perdidas bajo las escaleras, la risa juvenil en los pasillos del segundo piso, besos robados, recuerdos de té y tarta. Recuerdo a la chica con la orquídea en el pelo, y a la del vestido de lentejuelas, ya la de cara de niña y ojos de mujer, todo de hace tanto tiempo, todo perdido, todo desaparecido, y me repito que esta vez no la perderé, esta vez no permitiré que me la arrebatan.

Llega la mañana, un sábado tranquilo. Regreso a la biblioteca dudando de que vaya a encontrarla allí. Pero allí está, en los escalones, y verla es como un respiro. Parece recelosa, inquieta; evidentemente ha estado pensando, ha dormido un poco. Juntos recorreremos la Quinta Avenida. Está muy cerca de mí, pero no me agarra el brazo. Sus pasos son rápidos, cortos, nerviosos.

Quiero proponer que vayamos a su apartamento en lugar de ir al bar. Hoy en día hay que darse prisa cuando se es libre. Pero sé que sería un error considerar esto una cuestión de táctica. La prisa tosca sería fatal. Quizás obtendría una victoria en cuyo interior habitaría una derrota anonadadora. En cualquier caso, su estado de ánimo no parece muy prometedor. La miro, pensando en música de cuerda y en nevadas, y ella mira al cielo gris.

Dice:

—Puedo sentirlos observándome continuamente. Como buitres volando en lo alto, esperando, esperando. Listos para atacar.

—Pero hay una forma de derrotarlos. Podemos aferrarnos a pequeños fragmentos de vida cuando no nos miran.

—Siempre nos miran.

—No —le digo—. No puede haber tantos. En ocasiones miran hacia otra parte. Y cuando lo hacen dos personas pueden reunirse e intentar compartir el calor humano.

—Pero ¿de qué sirve?

—Eres demasiado pesimista, Helen. Pasan de nosotros durante meses. Tenemos una oportunidad. Tenemos una oportunidad.

Pero no puedo atravesar su coraza de miedo. La paraliza la cercanía de los Pasajeros; es incapaz de empezar nada por miedo de que nuestros torturadores se lo arrebaten. Llegamos al edificio donde vive y tengo la esperanza de que cambie de opinión y me invite. Vacila un instante, pero solo un instante: toma mi mano entre las suyas, me sonrío, la sonrisa desaparece y se va, dejándome solo con las palabras:

—Reunámonos mañana en la biblioteca. A mediodía. Recorro solo el largo y frío camino a casa.

Esa noche su pesimismo se me contagia. Parece fútil que intentemos salvar algo de nuestras vidas. Más aún: es cruel por mi parte buscarla, es vergonzoso que le ofrezca un amor indeciso cuando yo no soy libre. En este mundo, me digo, deberíamos mantenernos bien alejados los unos de los otros, para no hacer daño a nadie cuando nos toman y nos cabalgan.

Por la mañana no voy a verla.

Es mejor así, insisto. No debo jugar con ella. Me la imagino en la biblioteca, preguntándose por qué llego tarde, poniéndose tensa, impacientándose para acabar enojada. Se enfadará conmigo por dejarla plantada, pero la furia acabará remitiendo y pronto me perdonará.

Llega el lunes. Vuelvo al trabajo.

Naturalmente, nadie comenta mi ausencia. Es como si no me hubiese ido. Esta mañana el mercado está fuerte. El trabajo es complejo; ha pasado media mañana antes de que piense en Helen. Pero una vez que pienso en ella ya no puedo pensar en nada más. Mi cobardía al plantarla. El infantilismo de las reflexiones tenebrosas del sábado por la noche. ¿Aceptamos el destino con tanta pasividad? ¿Nos rendimos? Ahora quiero luchar para hacerme un hueco de seguridad a pesar de las circunstancias. Siento la profunda convicción de que puede lograrse. Después de todo, es posible que los Pasajeros no nos vuelvan a molestar. Y esa fugaz sonrisa suya frente a su edificio, el sábado, ese resplandor momentáneo; debería haberle dicho que tras su muro de miedo latían las mismas esperanzas. Ella esperaba que yo la guiase. Y lo que hice fue quedarme en casa.

A la hora del almuerzo voy a la biblioteca, convencido de que es inútil.

Pero allí está. Baja los escalones; el viento corta su esbelta figura.

Voy hasta ella.

Guarda un momento de silencio.

—Hola —dice por fin.

—Lamento lo de ayer.

—Te esperé mucho tiempo.

Me encojo de hombros.

—Me hice a la idea de que no tenía sentido venir. Pero he vuelto a cambiar de opinión.

Intenta mostrarse fría. Pero sé que se alegra de volver a verme; ¿por qué si no ha venido hoy? No puede ocultar su deleite interior. Ni yo tampoco. Señalo al otro lado de la calle, al bar.

—¿Un daiquiri? —digo—. Como ofrenda de paz.

—Vale.

Hoy el bar está atestado, pero de todos modos encontramos un reservado. Hay un brillo en sus ojos que no había visto antes. Creo que en su interior la barrera se desmorona.

—Ya no me tienes tanto miedo, Helen —digo.

—Nunca te he tenido miedo. Tengo miedo de lo que podría pasar...

Si nos arriesgamos.

—No tengas miedo. No.

—Intento no tener miedo. Pero en ocasiones parece todo tan inútil. Desde que ellos llegaron...

—Todavía podemos intentar vivir nuestras vidas.

—Quizá.

—Debemos hacerlo. Hagamos un pacto, Helen. Nada de desolación.

Nada de preocuparse por las cosas terribles que podrían suceder. ¿Vale?

Una pausa. Luego una mano fría contra la mía.

—Vale.

Nos acabamos las copas, doy mi tarjeta de crédito para pagar y salimos fuera. Quiero que ella me diga que me olvide del trabajo por esta tarde y que la acompañe a casa. Ya es inevitable que me lo pida, y mejor pronto que tarde.

Caminamos una manzana. No me hace la invitación. Siento su lucha interior y espero, permitiendo que esa lucha se resuelva sin ninguna interferencia por mi parte. Recorremos una segunda manzana. Vamos del brazo pero solo habla de su trabajo, del tiempo, y se trata de una conversación remota y distante. En la siguiente esquina gira en sentido contrario, alejándose de su apartamento, de vuelta al bar. Intento ser paciente.

Ya no hace falta que precipite las cosas, me digo. Para mí su cuerpo no es un secreto. Hemos empezado la relación al revés, con la parte física primero; ahora hará falta tiempo para retroceder hacia la parte más difícil que algunos llaman amor.

Pero claro está, ella no es consciente de que nos hemos conocido de esa forma. El viento nos arroja copos de nieve a la cara y por alguna razón los pinchazos fríos despiertan mi sinceridad. Sé lo que debo decir. Debo renunciar a mi ventaja injusta.

Se lo digo:

—Cuando me cabalgaron la semana pasada, Helen, tuve a una mujer en mi habitación.

—¿Por qué hablas de eso ahora?

—Debo hacerlo, Helen. Tú eras la mujer.

Se detiene. Me mira. La gente pasa a nuestro lado, apresurándose.

Tiene el rostro muy pálido y el rubor crece en sus mejillas.

—No tiene gracia, Charles.

—No es una broma. Estuviste conmigo desde la noche del martes hasta la mañana del viernes.

—¿Cómo es posible que lo sepas?

—Lo sé. Lo sé. El recuerdo es claro. Permanece de alguna forma, Helen. Veo todo tu cuerpo.

—Calla, Charles.

—Fue genial estar juntos —digo—. Debimos deleitar a nuestros Pasajeros haciendo tan buena pareja. Volver a verte... fue como despertar de un sueño y descubrir que el sueño era real, ver a la mujer allí mismo...

—¡No!

—Vayamos a tu apartamento y empecemos de nuevo.

—Hablas con deliberada grosería —dice— y no sé por qué, pero no había ninguna razón para que lo estropeases. Quizás estuve contigo y quizá no, pero tú no lo sabrías y, de saberlo, deberías mantener la boca cerrada y...

—Tienes una mancha de nacimiento del tamaño de una moneda de diez centavos —digo—, unos siete centímetros bajo tu pecho izquierdo.

Gime y se lanza contra mí, allí mismo, en la calle. Sus largas uñas plateadas me arañan las mejillas. Me aporrea. Me asalta con las rodillas. Nadie presta atención; los que pasan dan por supuesto que nos cabalgan y apartan la vista. Es todo furia, pero la rodeo con los brazos como si fuesen de acero, por lo que solo puede patear y resoplar, y tengo su cuerpo pegado a mí. Está rígida, angustiada.

En voz baja y perentoria le digo:

—Los derrotaremos, Helen. Terminaremos lo que ellos empezaron.

No luches contra mí. No hay razón para luchar contra mí. Sé que es un accidente que te recuerde, pero déjame ir contigo y demostrarte que debemos estar juntos.

—Suél... tame.

—Por favor, por favor. ¿Por qué debemos ser enemigos? No pretendo hacerte daño. Te quiero, Helen. ¿Recuerdas cuando éramos críos, que jugábamos a estar enamorados? Yo lo hacía; seguro que tú también. A los dieciséis, diecisiete años. Los susurros, las conspiraciones... un gran juego, y lo sabíamos. Pero el juego ha

terminado. No podemos permitirnos coquetear y salir corriendo. Cuando estamos libres tenemos muy poco tiempo... debemos confiar, debemos abrirnos...

—Está mal.

—No. Solo es una estúpida costumbre que dos personas unidas por los Pasajeros deban evitarse. No tenemos que seguirla. Helen... Helen...

El tono de voz hace mella en ella. Deja de pelear. El cuerpo rígido se relaja. Me mira, el rostro arrasado por las lágrimas distendido, los ojos empañados.

—Confía en mí —digo—. ¡Confía en mí, Helen!

Vacila. Luego sonrío.

En ese momento siento el escalofrío en la base del cráneo, la sensación de una aguja de acero penetrando el hueso. Me envaró. Mis brazos se apartan de ella. Durante un instante pierdo el contacto y, cuando la neblina se aclara, todo es diferente...

—¿Charles? —dice—. ¿Charles?

Tiene los nudillos contra los dientes. Me giro, pasando de ella, y regreso al bar. En uno de los apartados delanteros hay un joven sentado. Su pelo oscuro reluce de fijador; tiene delicadas mejillas. Sus ojos se encuentran con los míos.

Me siento. Él pide las bebidas. No hablamos.

Mi mano le toca la muñeca, pero se queda ahí. El camarero, sirviendo las bebidas, frunce el entrecejo pero no dice nada. Bebemos los cócteles y dejamos los vasos vacíos.

—Vamos —dice el joven.

Le sigo a la calle.

El túnel bajo el mundo

FREDERIK POHL

(enero de 1995)

Antes de ser escritor de ciencia ficción, Frederik Pohl era un editor de ciencia ficción que trabajaba en las revistas *Astonishing Stories* y *Super Science Stories*, donde brindó oportunidades a James Blish, Cyril M. Kornbluth, Isaac Asimov, Damon Knight y otros colegas de la sociedad de ciencia ficción Futurian. Gran parte de su carrera hasta 1980 estuvo dividida entre escribir, ser agente literario de escritores de ciencia ficción y definir la política editorial en editoriales o revistas de ciencia ficción. Sus primeras novelas, escritas en colaboración con Cyril M. Kornbluth, muestran su familiaridad con la ciencia ficción en todos los niveles de su concepción. *Mercaderes del espacio*, *El abogado gladiador* y *La lucha contra las pirámides* están entre las más agudas sátiras de la historia de la ciencia ficción, no solamente por sus extrapolaciones especulativas de las idioteces de la cultura americana, sino por comprender lo apropiado de la ciencia ficción para desvelar esas idioteces. Pohl es un intuitivo observador de la sociedad moderna y sus males, y gran número de sus historias cortas en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial son perspicaces e incluso proféticas críticas sociales. Destacan «La plaga de Midas», sobre el consumismo desenfrenado; «What to Do till the Analyst Comes», una oscura comedia sobre la cultura de la adicción, y «The Snowmen», una predicción de la crisis energética y el efecto invernadero. Mucha de la ficción de Pohl de ese periodo ha sido recogida en *Corrientes alternas*, *The Case Against Tomorrow*, *Tomorrow Times Seven*, *The Man Who Ate the World* y *Turn Left at Thursday*. Pohl dio el salto a novelista en los setenta con sus crónicas *Pórtico*, *Tras el incierto horizonte*, *El encuentro*, *Los anales de los Heechee* y *Los exploradores de Pórtico*. La idea central de esta serie —una aparentemente abandonada estación terminal de transporte espacial creada por una sofisticada especie alienígena que permite a los humanos explorar impredeciblemente mundos interestelares— le ofreció a Pohl el instrumento perfecto para valorar los motivos y objetivos humanos cuando se encaran con lo desconocido. En *Homo plus* un hombre pierde más de lo que gana cuando acepta una transformación física que le permitirá adaptarse al medio ambiente marciano, y en *Jem* una colonia terrestre está condenada a recapitular las agresiones y prejuicios que destruyeron su planeta natal. Además de sus logros novelísticos y sus recopilaciones de historias cortas, Pohl ha escrito artículos sobre el arte de la ciencia ficción, recogidos en *Digits and Dastards* y *Forbidden Lines*, y en su autobiografía, *The Way the*

La mañana del 15 de junio, Guy Burckhardt se despertó gritando. Había sido un sueño más real que ninguno en su vida. Todavía podía escuchar y sentir la potente explosión capaz de romper el metal, el violento tirón que le había lanzado fuera de la cama, la ardiente sensación de calor.

Se sentó convulsivamente y miró fijamente, sin creer lo que veía, la tranila habitación y la brillante luz solar que entraba por la ventana.

—¿Mary? —dijo con voz ronca.

Su mujer no estaba en la cama, a su lado. Las sábanas estaban caídas y revueltas como si se acabase de marchar, y el recuerdo del sueño era tan fuerte que instintivamente se encontró buscando en el suelo para comprobar si la explosión de su sueño la había tirado.

Pero no estaba ahí. Por supuesto que no estaba, se dijo, mirando el tocador familiar y el sillón, la ventana intacta y la pared en pie. Había sido solamente un sueño.

—¿Guy? —Su mujer lo llamaba intranquila desde el pie de las escaleras—. Guy, cariño, ¿estás bien?

—Sí —respondió débilmente.

Hubo una pausa. Luego Mary dijo, dubitativa:

—El desayuno está listo. ¿Estás seguro de que estás bien? Me ha parecido oírte gritar.

Burckhardt dijo con más aplomo:

—He tenido un mal sueño, cariño. Bajo ahora.

En la ducha, abofeteándose débilmente con la colonia que le gustaba, se dijo a sí mismo que había sido un sueño extraordinario. Aun así, las pesadillas no eran inusuales, especialmente los sueños sobre explosiones. En los últimos treinta años de pánico con las bombas H, ¿quién no había soñado con explosiones?

Resultó que Mary también había soñado lo mismo. Cuando comenzó a contarle su sueño, ella le cortó:

—¿Tú también? —Su voz era de asombro—. Vaya, cariño, ¡he soñado lo mismo! Bien, casi lo mismo, en realidad no he escuchado nada. He soñado que algo me despertaba, luego se producía una especie de estallido repentino y a continuación algo me golpeaba la cabeza. Y eso ha sido todo. ¿El tuyo ha sido igual?

Burckhardt tosió.

—No, la verdad —dijo. Mary no era una de esas mujeres fuertes-como-un-hombre, valientes-como-un-tigre. No era necesario, pensó, contarle todos los pequeños detalles del sueño que lo habían hecho parecer tan real. No había necesidad

de mencionar las costillas rotas, la burbuja de sal en la garganta y el agónico conocimiento de que aquello era la muerte. Dijo—: Puede que haya habido alguna explosión en el centro. Tal vez la hemos escuchado y hemos empezado a soñar.

Mary tomó su mano y se la acarició distraídamente.

—Puede —admitió—. Son casi las ocho y media, cariño. ¿No deberías darte prisa? No querrás llegar tarde al trabajo.

Tragó su comida, la besó y se dio prisa... no para no llegar a tiempo sino para ver si su suposición era correcta.

Pero el centro de Tylerton tenía el aspecto de siempre. Desde el autobús, Burckhardt miró atentamente por la ventanilla buscando evidencias de una explosión. No había ninguna. Al contrario, Tylerton tenía mejor aspecto que nunca. Era un día precioso, el cielo estaba despejado, los edificios estaban limpios y eran acogedores. Observó que habían limpiado con vapor el edificio de la compañía eléctrica, el único rascacielos de la ciudad: era la penalización por tener la planta principal de Químicas Contra en las afueras de la ciudad, los humos de todos esos alambiques dejaban su marca en los edificios de piedra.

Ninguno de los habituales estaba en el autobús, así que no había a quién preguntar por la explosión. Para cuando se apeó en la esquina de la Quinta y Lehigh y el autobús se marchó con un apagado rumor de diésel, estaba completamente convencido que todo había sido pura imaginación.

Se detuvo en la tienda de cigarrillos, en el vestíbulo del edificio de su oficina, pero Ralph no estaba detrás del mostrador. El hombre que le vendió el paquete de cigarrillos era un desconocido.

—¿Dónde está el señor Stebbins? —preguntó Burckhardt.

El hombre respondió cortés:

—Está enfermo, señor. Regresará mañana. ¿Un paquete de Marlin?

—Chesterfield —le corrigió Burckhardt.

—Por supuesto, señor —dijo el hombre. Pero lo que tomó del estante y deslizó por encima del mostrador era un extraño paquete verde y amarillo.

—Pruebe estos, señor —le sugirió—. Contienen un componente contra la tos. ¿Ha notado que los cigarrillos normales le hacen a uno toser de vez en cuando?

—Nunca había oído hablar de esta marca —dijo Burckhardt, receloso.

—Por supuesto que no. Es nueva. —Burckhardt dudó, y el hombre dijo persuasivamente—: Mire, pruébelos a mi cuenta. Si no le gustan, traiga de vuelta el paquete vacío y le devolveré el dinero. ¿Le parece justo?

Burckhardt se encogió de hombros.

—¿Qué puedo perder? Pero déme también un paquete de Chesterfield.

Abrió el paquete y encendió uno mientras esperaba el ascensor. No eran malos, decidió, pero recelaba de cigarrillos que tuvieran el tabaco químicamente tratado de cualquier forma. No le gustaba demasiado el sustituto de Ralph; llevaría a la quiebra el puesto si con todos los clientes usaba la misma táctica de alta presión.

Las puertas del ascensor se abrieron con un tono bajo de música. Burckhardt y dos o tres más entraron y se saludaron mientras las puertas se cerraban. El hilo musical se apagó y el altavoz del techo empezó con sus anuncios comerciales habituales.

No, no eran los anuncios comerciales *habituales*, se dio cuenta Burckhardt. Llevaba tanto tiempo expuesto a anuncios que ya apenas los registraba, pero lo que venía del programa grabado en el sótano del edificio le llamó la atención. No era únicamente que las marcas le eran prácticamente desconocidas sino que había una diferencia en el patrón.

Eran canciones publicitarias insistentes, con ritmo vivo, sobre refrescos que nunca había probado. Hubo un rápido diálogo entre lo que parecían dos niños de diez años sobre una chocolatina, seguido por un autoritario y atronador: «Sal ahora y compra una DELICIOSA Choco-Bite y cómete *entera* tu SABROSA Choco-Bite. ¡Eso es una *Choco-Bite!*!». Una llorosa mujer se quejaba: «¡*Deseo* tener un congelador Feckle! ¡Haría cualquier cosa por un congelador Feckle!». Burckhardt llegó a su planta y dejó el ascensor antes de que acabara el último anuncio. Se quedó un poco incómodo. Los anuncios no eran de marcas conocidas.

Pero afortunadamente la oficina estaba como siempre aparte de que el señor Barth no había ido a trabajar. La señorita Mitkin, bostezando en recepción, no sabía exactamente por qué.

—Llamaron de su casa, eso es todo. Mañana estará aquí.

—Tal vez haya ido a la planta. Está al lado de su casa.

Ella le miró indiferente.

—Quizá.

Pero un pensamiento golpeó a Burckhardt.

—¡Pero si hoy es 15 de junio! Es el día de la declaración trimestral... ¡Tiene que firmar la declaración!

La señorita Mitkin se encogió de hombros para indicar que ese era un problema de Burckhardt, no suyo. Volvió a sus uñas.

Irritadísimo, Burckhardt fue a su escritorio. No era que él no tuviese autoridad para firmar la declaración como Barth, pensó resentido. Simplemente no era su trabajo, eso era todo; era una responsabilidad de la que Barth, como administrador de las oficinas de Químicas Contra en el centro, debería haberse ocupado.

Pensó brevemente en llamar a Barth a su casa o intentar localizarle en la fábrica, pero descartó la idea rápidamente. Realmente le traía sin cuidado la gente de la fábrica y, cuanto menos contacto con ellos, mejor. Había ido una vez a la fábrica, con Barth; había sido confuso, a su manera una experiencia espantosa. Con la salvedad de un puñado de ejecutivos e ingenieros, no había un alma en la fábrica —es decir, Burckhardt se corrigió a sí mismo, recordando lo que Barth le había dicho, ni un alma *viviente*—, solamente las máquinas.

Según Barth, cada máquina estaba controlada por una especie de ordenador que

reproducía, en sus entrañas electrónicas, la memoria y la mente de un ser humano. No era una idea agradable. Barth, riéndose, le había asegurado que no era lo mismo que Frankenstein robando cerebros en cementerios e implantándolos en las máquinas. Era solamente una forma, dijo, de transferir los patrones de hábito de un hombre desde las células del cerebro a la células de tubos de vacío. No hacía daño al hombre y no convertía la máquina en un monstruo.

Pero igualmente incomodaba a Burckhardt.

Se sacó de la cabeza a Barth, las máquinas y todas las otras pequeñas molestias y se enfrentó a la declaración. Le llevó hasta el mediodía verificar los datos; operación que, se repetía resentido Burckhardt, Barth podría haber realizado en diez minutos de memoria y recurriendo a su libro privado de contabilidad.

La selló en un sobre y fue hasta la señorita Mitkin.

—Dado que señor Barth no está aquí, mejor vamos a comer por turnos —dijo—. Puede ir usted primero.

—Gracias. —La señorita Mitkin sacó lánguidamente su bolso del cajón del escritorio y comenzó a maquillarse.

Burckhardt le dio el sobre.

—¿Podría echar esto al correo por mí? Eh... un momento. Me pregunto si no debería llamar al señor Barth para estar seguro. ¿Ha dicho su mujer si iba a poder recibir llamadas?

—No lo ha dicho. —La señorita Mitkin se secó cuidadosamente los labios con un pañuelito de papel—. De todas formas, no era su mujer. Ha llamado su hija y ha dejado el mensaje.

—¿La chica? —Burckhardt frunció el entrecejo—. Creía que estaba en la universidad.

—Ha llamado, eso es todo lo que sé.

Burckhardt volvió a su despacho y miró disgustado el correo sin abrir que había sobre el escritorio. No le gustaban las pesadillas; le estropeaban todo el día. Tendría que haberse quedado en cama, como Barth.

De camino a casa pasó algo curioso. Había un disturbio en la esquina donde usualmente tomaba el autobús. Alguien estaba gritando algo sobre un nuevo tipo de congelación, así que caminó una manzana más. Vio que el autobús llegaba y empezó a correr. Pero detrás de él alguien le llamaba por su nombre. Miró por encima del hombro; un hombrecito con pinta problemática se le acercaba deprisa.

Burckhardt dudó y luego le reconoció. Era un conocido llamado Swanson. Burckhardt observó amargado que había perdido el autobús.

—Hola —dijo.

La cara de Swanson estaba desesperadamente ansiosa.

—¿Burckhardt? —dijo inquisitivo, poseído por una extraña intensidad. Y después

permaneció ahí callado, mirando la cara de Burckhardt, con una candente impaciencia que iba en descenso hacia una leve esperanza y moría en el resentimiento. Estaba buscando algo, esperando algo, pensó Burckhardt. Pero lo que fuese que quería, Burckhardt no sabía cómo dárselo.

Burckhardt tosió y dijo de nuevo:

—Hola, Swanson.

Swanson ni siquiera le devolvió el saludo. Suspiró muy profundamente.

—No pasa nada —murmuró, aparentemente para sí. Asintió con la cabeza en dirección a Burckhardt y se marchó.

Burckhardt miró los hombros caídos perderse entre la multitud. Era un día extraño, pensó, y uno que no le estaba gustando mucho. Las cosas no marchaban bien.

Regresando a casa en el siguiente autobús meditó sobre la situación. No era nada terrible ni desastroso; era algo que nada tenía que ver con su experiencia. Tú vives tu vida, como cualquier otro hombre, y formas una red de impresiones y reacciones. *Esperas* cosas. Cuando abres el armarito del baño esperas que tu maquinilla de afeitar esté en el segundo estante; cuando cierras con llave la puerta principal esperas tener que dar un ligero tirón para que cierre bien.

No son las cosas correctas y perfectas de tu vida las que te resultan familiares. Son las cosas que están un pelín mal: la cerradura que se atasca, el interruptor de la luz al comienzo de las escaleras que hay que pulsar con un poco más de fuerza debido a que el resorte está suelto y es viejo, la alfombra que infaliblemente resbala debajo de tus pies.

No era solo que las cosas no encajasen en los patrones de vida de Burckhardt; era que las cosas *que no encajaban* no eran las de siempre. Por ejemplo, Barth no había ido a la oficina, pero Barth *siempre* iba.

Burckhardt meditó durante la cena. Meditó, a pesar de los intentos de su mujer para interesarlo en una partida de bridge con sus vecinos, durante toda la velada. Los vecinos eran personas que le caían bien; Anne y Farley Dennerman. Los conocían de toda la vida. Pero ellos también estaban raros y melancólicos esa noche y prácticamente no escuchó las quejas de Dennerman sobre no ser capaz de conseguir un buen servicio telefónico o los comentarios de su mujer sobre la desagradable variedad de anuncios de televisión que había visto en los últimos días.

Burckhardt iba camino de lograr un récord de abstracción continua cuando, sobre medianoche, con una rapidez que le sorprendió —era extrañamente *consciente* de qué le pasaba— se dio la vuelta en la cama y, rápida y completamente, se quedó dormido.

La mañana del 15 de junio, Guy Burckhardt se despertó gritando.

Era el más real de todos los sueños que había tenido en su vida. Todavía podía oír la explosión, sentir la onda expansiva que lo había aplastado contra la pared. No

parecía lo adecuado que estuviese sentado en la cama de una habitación impecable.

Su mujer subió corriendo las escaleras.

—¡Cariño! —exclamó—. ¿Qué pasa?

—Nada, ha sido un mal sueño. —Murmuró.

Ella se relajó, con la mano en el corazón. En un tono enfadado, comenzó a decir:

—Me has dado un susto...

Pero un ruido procedente del exterior la interrumpió. Era el llanto de sirenas y un sonido de timbres a gran volumen que daba miedo.

Los Burckhardt se miraron menos de un segundo y corrieron rápidamente hacia la ventana, asustados.

No había ruidosos coches de bomberos en la calle, solo un pequeño camión de propaganda se movía despacio, a velocidad constante. Flamantes altavoces en forma de cuernos coronaban su techo. Por ellos salía el aullido de las sirenas, creciendo en intensidad, mezclado con los ruidos de máquinas pesadas y los timbres. Era la reproducción perfecta del sonido de los coches de bomberos dirigiéndose a un incendio grande.

Asombrado, Burckhardt dijo:

—Mary, ¡eso va contra la ley! ¿Sabes lo que están haciendo? Están reproduciendo grabaciones de un camión de bomberos. ¿Qué están tramando?

—Tal vez sea una broma pesada —sugirió su mujer.

—¿Broma? ¿Despertar a todo el vecindario a las seis de la mañana? —Negó con la cabeza—. La policía estará aquí dentro de diez minutos —predijo—. Espera y verás.

Pero la policía no llegó... ni al cabo de diez minutos ni nunca. Fuesen quienes fuesen los bromistas de la furgoneta, aparentemente tenían el permiso de la policía para sus juegos.

La furgoneta se situó a media manzana y permaneció silenciosa unos cuantos minutos. Después hubo un crujido en los altavoces y una voz fortísima recitó:

«¡Congeladores Feckle! ¡Congeladores Feckle! ¡Debes tener un congelador Feckle! Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle...».

Siguió así una y otra vez. Para entonces, todas las casas del bloque tenían ventanas con caras asomadas. La voz no era simplemente alta; era casi ensordecedora.

Burckhardt gritó a su mujer, haciéndose oír a pesar del alboroto:

—¿Qué demonios es un congelador Feckle?

—Algún tipo de congelador, supongo, cariño —contestó chillando, sin que sirviera de mucho.

Repentinamente el sonido cesó y la furgoneta permaneció en silencio. Era una mañana brumosa; los rayos del sol caían oblicuos en los tejados. Era increíble que

hasta hacía un momento en la manzana silenciosa se hubiese estado aullando el nombre de un congelador.

—Un truco propagandístico demencial —dijo amargamente Burckhardt. Bostezó y se alejó de la ventana—. Voy a vestirme. Supongo que esto se ha acabado...

El bramido lo pilló por la espalda; fue como una bofetada fuerte en las orejas. Una severa voz sarcástica, más alta que la trompeta del arcángel, aulló:

«¿Tienes un congelador? ¡*Da asco!* Si no es un congelador Feckle, ¡*da asco!* Si es un congelador Feckle del año pasado, ¡*da asco!* ¡Solamente son buenos los congeladores Feckle de este año! ¿Sabes quién tiene un congelador Ajax? ¡Las hadas tienen un congelador Ajax! ¿Sabes quién tiene un congelador Triplefrío? ¡Los comunistas tienen un congelador Triplefrío! ¡Cualquier congelador exceptuando los nuevos congeladores Feckle da asco!».

La voz gritaba con ira:

«¡Os lo advierto! ¡Salid y comprad un congelador Feckle ahora mismo! ¡Daos prisa! ¡Daos prisa en conseguir un Feckle! Daos prisa, daos prisa, daos prisa, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle...».

Al fin paró. Burckhardt se humedeció los labios. Empezó a decirle a su mujer que quizá deberían llamar a la policía cuando los altavoces resonaron de nuevo. Le pilló desprevenido; la intención era pillarlos desprevenidos. Gritaron:

«Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle. Los congeladores baratos estropean tu comida. Te pondrás enfermo y vomitarás. Te pondrás enfermo y morirás. ¡Compra un Feckle, Feckle, Feckle, Feckle! ¿Alguna vez has sacado una pieza de carne de tu congelador y has visto lo podrida y mohosa que estaba? Compra un Feckle, Feckle, Feckle, Feckle, Feckle. ¿Quieres comer comida podrida, apestosa? ¿O quieres hacer lo correcto y comprar un Feckle, Feckle, Feckle...?».

La gota que colmaba el vaso. Con dedos que continuamente se equivocaban de agujero, Burckhardt finalmente consiguió marcar el número de la comisaría de policía local. Daba ocupado —aparentemente no era el único con la misma idea— y, mientras marcaba temblorosamente de nuevo, el ruido exterior cesó.

Miró por la ventana. La furgoneta ya no estaba.

Burckhardt se aflojó la corbata y le pidió otro Ponche Helado al camarero. ¡Si no mantuvieran el café Crystal tan *caliente!* La nueva decoración —en rojos encendidos y amarillos cegadores— ya era lo suficientemente desagradable, pero alguien parecía convencido de que estaban en enero y no en junio; en el local estaban al menos a cinco grados más que en el exterior.

Se bebió el Ponche Helado de dos tragos. Tenía un sabor peculiar, pensó, pero no malo. Realmente te refrescaba, tal como había prometido el camarero. Se dijo que debía comprar de camino a casa; puede que a Mary le gustase. Siempre estaba interesada en algo nuevo.

Se levantó embarazosamente mientras la mujer cruzaba el restaurante hacia él. Era la mujer más hermosa que hubiese visto nunca en Tylerton. Le llegaba más o menos a la barbilla, tenía el pelo rubio miel y una figura que... bueno, digna de verse. No había ninguna duda de que el vestido que se ceñía a su cuerpo era lo único que llevaba encima. Se sintió enrojecer cuando le saludó.

—Señor Burckhardt. —La voz era como el sonido de tambores lejanos—. Es maravilloso que accediese a verme, después de lo de esta mañana.

Se aclaró la garganta.

—No es nada. ¿No se sienta, señorita?

—April Horn —murmuró, sentándose... a su lado, no donde le había señalado, al otro lado de la mesa—. Por favor, llámeme April.

Llevaba perfume. Burckhardt lo notó con lo poco de su mente que funcionaba a pleno rendimiento. No encontraba justo que ella usara perfume además de usar todo lo demás. Recuperó el control y se dio cuenta de que el camarero se marchaba con un pedido de dos *filet mignon*.

—¡Eh! —objetó.

—Por favor, señor Burckhardt. —Tenía el hombro pegado al suyo, la cara vuelta hacia el; su aliento era calido, su expresión suave y preocupada—. Esto lo paga la corporación Feckle. Déjeles... es lo *menos* que pueden hacer.

Sintió cómo la mano de ella hurgaba en su bolsillo.

—Le he puesto el importe de la comida en el bolsillo —susurró conspiradora—. Por favor, hágalo por mí, ¿lo hará? Quiero decir: le agradecería que pagase al camarero... Soy un poco anticuada para estas cosas.

Sonrió de un modo que derretía y luego puso cara de ocuparse de los negocios.

—Pero debe aceptar el dinero —insistió—. Vaya, ¡si lo hace va a dejar a Feckle sin un céntimo! Podría demandarlos y sacarles hasta el último céntimo por alterar su sueño de esa forma.

Con sensación de mareo, como si hubiese visto cómo alguien hacía desaparecer un conejo dentro de una chistera, dijo:

—Bueno, tampoco fue tan terrible, eh, April. Un poco ruidoso, puede, pero...

—Oh, ¡señor Burckhardt! —Sus ojos azules eran inocentes y admirativos—. *Sabía* que lo entendería. Es solo que... bien, se trata de un congelador tan *maravilloso* que algunos de los operarios externos se dejan llevar, por decirlo de alguna forma. Tan pronto como en la oficina central se dieron cuenta de lo sucedido, enviaron a representantes a cada una de las casas de la manzana para disculparse. Su mujer nos dijo dónde podíamos telefonarle... y estoy realmente complacida de que estuviese dispuesto a comer conmigo, para poder disculparme también. Porque ciertamente, señor Burckhardt, es un *buen* congelador.

»No debería decirle esto, pero... —Bajó tímidamente los ojos—. Haría casi cualquier cosa por los congeladores Feckle. Para mí es algo más que un trabajo. —Le miró. Era encantadora—. Apuesto a que cree que soy tonta, ¿no?

Burckhardt tosió.

—Bien, yo...

—Oh, ¡no quiere ser maleducado! —Negó con la cabeza—. No, no finja. Piensa que soy tonta. Pero, en serio, señor Burckhardt, no lo pensaría si supiese más de los congeladores Feckle. Permita que le muestre este pequeño folleto...

Burckhardt volvió del almuerzo una hora tarde. No lo retrasó solamente la mujer. También lo hizo la curiosa charla con un hombrecillo llamado Swanson, a quien apenas conocía, que le paró en la calle a la desesperada... para luego plantarle sin más.

Pero no importaba mucho. Por primera vez desde que trabajaba allí el señor Barth no había ido y Burckhardt había tenido que cargar con el problema de la declaración trimestral.

Lo que importaba, sin embargo, era que de alguna forma había firmado la compra de un congelador Feckle de 3,6 metros cúbicos, modelo superior, con autodescongelación, con un precio de venta de 625 dólares y un descuento «de cortesía» del diez por ciento «por el terrible incidente de esta mañana, señor Burckhardt», le había dicho.

Y no estaba seguro de cómo se lo iba a explicar a su mujer.

No le hacía falta preocuparse. Tan pronto entró por la puerta principal, su mujer dijo casi inmediatamente:

—Me pregunto si no podemos permitirnos uno de esos nuevos congeladores, cariño. Ha venido un hombre para disculparse por el ruido y... bien, empezamos a hablar y...

También ella había firmado un pedido.

Había sido un día desastroso, pensó más tarde Burckhardt, de camino a la cama. Pero el día todavía no había terminado con él. Al pie de la escalera, el maltrecho interruptor de la luz se negó a funcionar. Lo cambió de posición arriba y abajo furiosamente y, por supuesto, consiguió desmontar la clavija. El cable se cortocircuitó y se fue la luz de toda la casa.

—¡Maldita sea! —exclamó Guy Burckhardt.

—¿Un fusible? —Su mujer se encogió de hombros medio dormida—. Déjalo para mañana, cariño.

Burckhardt negó con la cabeza.

—Vuelve a la cama, yo iré ahora mismo.

No era tanto que le preocupase el fusible como que estaba demasiado inquieto para dormir. Desconectó el interruptor estropeado con un destornillador, dio vueltas por la cocina a oscuras, encontró una linterna y bajó cuidadosamente las escaleras del sótano. Localizó un fusible de repuesto, empujó un cajón vacío hacia la caja de fusibles para subirse a él y sacó el fusible quemado.

Cuando el nuevo estuvo colocado, escuchó el chasquido de encendido y el zumbido continuo de la nevera, en la cocina, sobre su cabeza.

Volvió hacia las escaleras pero paró.

Donde había estado el viejo cajón el suelo del sótano tenía un brillo extraño. Lo inspeccionó a la luz de la linterna. ¡Era metálico!

—Hijo de su madre —dijo Guy Burckhardt. Negó con la cabeza, incrédulo. Lo miró de cerca, frotó con los dedos el pedazo metálico y se hizo un molesto corte... los bordes eran *afilados*.

El suelo de cemento del sótano era un fino caparazón. Encontró un martillo y lo rompió por una docena de puntos: en todos había metal debajo.

Todo el sótano era una caja de cobre. ¡Incluso las paredes de ladrillo y cemento eran falsos frontales sobre una lámina metálica!

Desconcertado, atacó una de las columnas principales. Eso, al menos, era de madera de verdad. Los cristales de las ventanas del sótano eran de cristal de verdad.

Se chupó el dedo que le sangraba y comprobó la base de las escaleras del sótano. Madera de verdad. Rompió los ladrillos de debajo de la caldera de gasoil. Ladrillos de verdad. Las paredes maestras y el suelo... falsos.

Era como si alguien hubiese levantado su casa con una estructura metálica y después, laboriosamente, hubiese ocultado las pruebas de ello.

La mayor sorpresa fue el casco del bote que estaba boca abajo en la parte de atrás del sótano, reliquia de un breve periodo de tener un taller en casa por el que Burckhardt había pasado un par de años antes. Desde arriba, parecía perfectamente normal. Por dentro, sin embargo, donde tendría que haber habido refuerzos y asientos y armarios, había simplemente una maraña de vigas de apuntalamiento, toscas e inacabadas.

—¡Pero yo lo *construí!* —exclamó Burckhardt, olvidándose del dedo. Desconcertado, se inclinó sobre el casco, intentando pensar en lo que estaba pasando. Por razones que estaban fuera del alcance de su comprensión, alguien había cogido el bote y el sótano, tal vez su casa entera, y los había reemplazado por una inteligente simulación.

—Es una locura —dijo al sótano vacío. Iluminó a su alrededor con la linterna. Murmuró—: ¿Por qué en el nombre del cielo haría alguien algo así?

La razón le negó una respuesta; no había ninguna respuesta razonable. Burckhardt consideró largamente el incierto panorama de su propia salud mental.

Volvió a mirar con atención debajo del bote, con la esperanza de convencerse de que había sido un error, cosa de su imaginación. Pero los descuidados e inacabados refuerzos no habían cambiado. Gateó por debajo para verlos mejor, palpando incrédulamente la áspera madera. ¡Absolutamente imposible!

Apagó la linterna y comenzó a arrastrarse hacia fuera. Pero no lo consiguió. En el momento que ordenó a sus piernas moverse y gatear hacia fuera, sintió que le atravesaba un repentino cansancio agotador.

Se desvaneció. No con naturalidad, sino como si se le estuviesen arrebatando la conciencia, y Guy Burckhardt cayó dormido.

La mañana del 16 de junio, Guy Burckhardt se despertó encogido debajo del bote, en su sótano... y corrió escaleras arriba para encontrarse con que era el 15 de junio.

Lo primero que hizo fue llevar a cabo una frenética inspección del casco del bote, el falso suelo del sótano, la imitación de piedra. Todo era como él lo recordaba, todo completamente increíble.

La cocina era la misma: plácida y poco excitante. Las manecillas del reloj eléctrico recorrían sobriamente la esfera. Casi las seis en punto, decía. Su mujer se despertaría en cualquier momento.

Burckhardt abrió la puerta principal y miró a la calle tranquila. Habían tirado sin ningún miramiento el periódico de la mañana en los escalones y, cuando lo recogió, vio que era 15 de junio.

Pero eso era imposible. *Ayer* había sido 15 de junio. Era una fecha que no podía olvidar, era la de la declaración trimestral.

Regresó al pasillo, levantó el auricular del teléfono y marcó el número de información meteorológica; obtuvo la bien modulada canción:

—... y fresco, algunas lluvias. Presión atmosférica de treinta punto cero cuatro, subiendo... Oficina de predicción meteorológica de Estados Unidos, pronóstico para el 15 de junio. Cálido y soleado, con máximas alrededor...

Colgó el teléfono. 15 de junio.

—¡Santo cielo! —rezó Burckhardt. Ciertamente las cosas eran realmente extrañas. Escuchó el sonido del despertador de su mujer y subió las escaleras.

Mary Burckhardt estaba sentada en la cama, tiesa, con la mirada aterrorizada de alguien que acaba de despertarse de una pesadilla.

—¡Oh! —dijo boquiabierta, cuando su marido entró en la habitación—. Cariño, ¡acabo de tener un sueño horrible! Había como una explosión y...

—¿Otra vez? —preguntó Burckhardt, sin mucha compasión—. Mary, ¡pasa algo! *Sabía* que durante todo el día de ayer algo iba mal...

Empezó a contarle lo de la caja de cobre que era el sótano y la extraña maqueta en la que alguien había convertido su bote. Mary lo miraba asombrada, después alarmada y luego incómoda.

—Cariño, ¿estás seguro? Porque estuve limpiando ese viejo cajón la semana pasada y no noté nada.

—¡Sin ninguna duda! —dijo Guy Burckhardt—. Lo arrastré hasta el muro para subirme a él y cambiar un fusible cuando se fue la luz y...

—¿Cuando qué? —Mary tenía aspecto de estar algo más que simplemente alarmada.

—Cuando se fue la luz. Ya sabes, cuando el interruptor que hay al pie de las

escaleras se rompió. Bajé al sótano y...

Mary se sentó en la cama.

—Guy, el interruptor no se estropeó. Yo apagué las luces la pasada noche.

Burckhardt contempló a su mujer.

—No, ¡sé que tú no lo hiciste! ¡Ven aquí y mira!

Caminó rígidamente hasta el descansillo y dramáticamente apuntó al interruptor estropeado, el que había desatornillado y dejado colgando la noche anterior...

Solamente que no colgaba. Estaba como siempre. Increíblemente, Burckhardt lo pulsó y las luces se encendieron en ambos pasillos.

Mary, con aspecto pálido y preocupado, lo dejó para bajar a la cocina y preparar el desayuno. Burckhardt permaneció mirando el interruptor un buen rato. Sus procesos mentales estaban más allá de la incredulidad y la conmoción; simplemente, no funcionaban.

Se afeitó, se vistió y tomó el desayuno en un estado de paralizada introspección. Mary no le molestó; se mostraba aprensiva y apaciguadora. Le dio un beso de despedida y él se marchó a tomar el autobús sin más comentarios.

La señorita Mitkin, en el escritorio de recepción, lo saludó y bostezó.

—Buenos días —dijo soñolienta—. El señor Barth no vendrá hoy.

Burckhardt fue a decir algo, pero se contuvo. Ella no sabía que Barth no había ido el día anterior tampoco, porque estaba arrancando la hoja del 14 de junio de su calendario para descubrir la «nueva» hoja del 15 de junio.

Se tambaleó hasta su escritorio y miró sin ver el correo de la mañana. Todavía no lo había abierto, pero sabía que el sobre de Distribuciones Industriales contenía un pedido de seis mil metros de la nueva roseta acústica y que la carta de Finebeck & Sons era una queja.

Después de un largo rato, se obligó a abrirlos. Eso eran.

A la hora de comer, guiado por una desesperada necesidad, Burckhardt hizo que la señorita Mitkin fuese a almorzar antes que él; el-15-de-junio-que-fue-ayer él había ido primero. Ella se fue, con aspecto de estar un poco preocupada por su exagerada insistencia, pero eso no cambió en absoluto el humor de Burckhardt.

El teléfono sonó y Burckhardt lo atendió distraídamente.

—Químicas Contro Centro, Burckhardt al habla.

La voz dijo:

—Soy Swanson. —Y calló.

Burckhardt esperó expectante, pero eso fue todo. Dijo:

—¿Hola?

Y de nuevo una pausa. Luego Swanson preguntó con resignación.

—Todavía nada, ¿eh?

—¿Nada de qué? Swanson. ¿Quieres algo? Te me acercaste ayer é hiciste lo

mismo. Tú...

La voz restalló:

—¡Burckhardt! Oh, santo cielo, ¡te acuerdas! Quédate donde estás... ¡Llegaré dentro de media hora!

—¿De qué va todo esto?

—No te preocupes —dijo el hombrecito, exultante—. Te lo contaré cuando te vea. No diré más por teléfono... alguien podría estar escuchando. Simplemente, espera ahí. Espera un minuto. ¿Estarás solo en la oficina?

—Bien, no. La señorita Mitkin probablemente...

—Demonios. Mira, Burckhardt, ¿adónde vas a comer? ¿Es un lugar bueno y ruidoso?

—Bueno, supongo. El café Crystal. Está como a una manzana...

—Sé dónde está. ¡Nos veremos dentro de media hora! —y colgó.

El café Crystal ya no estaba pintado de rojo, pero la temperatura seguía siendo alta. Y habían añadido hilo musical intercalado con anuncios. La propaganda era de Ponche Helado, cigarrillos Marlin —«son higiénicos», ronroneaba el anunciante— y algo llamado chokolatinas Choco-Bite, que Burckhardt no podía recordar. Pero rápidamente oyó mucho sobre ellas.

Mientras estaba esperando a que Swanson apareciese, una mujer con la falda de celofán de una vendedora de cigarrillos en un club nocturno cruzó el restaurante con una bandeja de chokolatinas con envoltorio escarlata.

—Los Choco-Bites son *sabrosos* —murmuraba mientras se acercaba a su mesa—. ¡Los Choco-Bites son *más sabrosos* que lo sabroso!

Burckhardt, concentrado en buscar al hombrecito que le había telefoneado, no le prestó atención. Pero en cuanto ella esparció unos cuantos dulces sobre la mesa de al lado, sonriendo a los ocupantes, la entrevió y se volvió a mirarla.

—¡Señorita Horn! —dijo.

La mujer tiró la bandeja de dulces.

Burckhardt se levantó, preocupado por ella.

—¿Le ocurre algo?

Pero ella huyó.

Se acercaron a la taquilla y compraron dos entradas. Burckhardt le siguió al interior del cine. Era una sesión matinal y estaba casi vacío. Desde la pantalla venían sonidos de disparos y cascos de caballos. Un acomodador solitario, inclinándose sobre una brillante barandilla metálica, los miró brevemente y se volvió a mirar aburrido la película tan pronto como Swanson guio a Burckhardt hacía abajo por unos escalones de mármol.

Se encontraban en el vestíbulo y estaba vacío. Una puerta daba al baño de hombres y otra al de mujeres; una tercera puerta llevaba un cartel en letras doradas: DIRECCIÓN. Swanson escuchó a través de la puerta y delicadamente la abrió y echó un vistazo al interior.

—Vale —dijo, con un gesto.

Burckhardt le siguió por la habitación vacía hasta otra puerta... un armario, probablemente, porque no tenía ninguna inscripción.

Pero no era un armario. Swanson lo abrió con recelo, mirando en su interior antes de indicarle a Burckhardt que le siguiese.

Era un túnel de paredes metálicas, brillantemente iluminado. Vacío, se extendía en ambas direcciones desde ese punto.

Burckhardt miraba asombrado a todos los lados. Sabía una cosa y la sabía bien: No tendría que haber habido un túnel como aquel debajo de Tylerton.

A un lado del túnel había una habitación con sillas y un escritorio y lo que parecían pantallas de televisión. Swanson se desplomó en una silla, jadeando.

—Estaremos seguros un rato —resolló—. No vienen mucho por aquí ya. Si lo hacen, los oiremos y podremos escondernos.

—¿Quiénes? —exigió saber Burckhardt.

El hombrecito dijo:

—¡Marcianos! —Su voz se quebró con la palabra y pareció perder la fuerza vital. Malhumorado, continuó—: Bien, creo que son marcianos. Aunque puede que tú tengas razón, ¿sabes?; he tenido tiempo de sobra para pensar en esto las últimas semanas, desde que te pillaron, y es posible que después de todo sean rusos. Aún...

—Empieza por el principio. ¿Quién me pilló? ¿Cuándo?

Swanson suspiró.

—Así que tenemos que repararlo todo de nuevo. Bien. Hace unos meses que llamaste a mi puerta, de noche, tarde. Estabas completamente machacado... terriblemente asustado. Me suplicaste que te ayudase...

—¿Lo hice?

—Naturalmente, no te acuerdas de nada. Escucha y lo entenderás. Estabas hablando por los codos, diciendo que habías sido capturado y amenazado, que tu mujer estaba muerta y había vuelto a la vida, y todo tipo de locuras sin sentido. Pensé que estabas loco. Pero... bien siempre he sentido mucho respeto por ti. Y me suplicaste que te escondiese, y yo tengo un cuerto de revelado, ¿sabes? Se cierra desde el interior solamente. Puse el candado yo mismo. Así que estábamos allí... solo por seguirte la corriete... y como a medianoche, más o menos quince o veinte después, quedamos inconscientes.

—¿Inconscientes?

Swanson asintió.

—Los dos. Como si nos golpearan con un saco de arena. ¿No te pasó a ti la pasada noche?

—Supongo que sí. —Burckhardt cabeceó, inseguro.

—Claro. Y luego, de repente, estábamos despiertos de nuevo, y tú dijiste que me

ibas a enseñar algo divertido, y salimos a comprar un periódico. Y la fecha era 15 de junio.

—¿15 de junio? ¡Pero es hoy! Quiero decir...

—Lo has pillado, amigo, ¡es siempre hoy!

Tardó algún tiempo en calar en él.

—¿Cuántas semanas hace que te escondes en ese curto de revelado?

—¿Cómo podría saberlo? Cuatro o cinco, puede. He perdido la cuenta. Y cada día es el mismo: siempre 15 de junio, siempre mi casera, la señora Keefer, barre las escaleras, siempre publican los mismos editoriales los periódicos. Se vuelve monótono, amigo.

La idea era de Burchkhardt y Swanson la despreciaba, pero cedió. Era de los que siempre ceden.

—Es peligroso —refunfuño preocupado—. Supón que alguien se acerca. Nos verán y...

—¿Qué tenemos que perder?

Swanson se encogió de hombros.

—Es peligroso —dijo de nuevo. Pero cedió.

La idea de Burckhardt era simple. Estaba seguro de una sola cosa: el túnel iba a alguna parte. Marcianos o rusos, conspiración fantástica o alocada alucinación, lo que sea que pasase en Tylerton tenía una explicación, y el lugar para buscarla era al final del túnel.

Corrieron despacio. Anduvieron más de dos kilómetros antes de que empezasen a ver un final. Fueron afortunados: por lo menos nadie había atravesado el túnel y los había visto. Pero Swanson había dicho que por lo visto solo usaban el túnel a ciertas horas.

Siempre 15 de junio. ¿Por qué?, se preguntó Burckhardt. Sin importar el cómo: ¿por qué?

Y cayendo dormidos de forma completamente involuntaria... todo el mundo al mismo tiempo, según parecía. Y sin recordar, sin recordar nunca nada... Swanson le había contado lo ansioso que estaba Burckhardt cuando había vuelto a verlo la mañana después de que Burckhardt hubiese esperado tontamente cinco minutos más antes de retirarse al cuarto de revelado. Cuando Swanson había despertado, Burckhardt ya no estaba. Swanson lo había visto en la calle esa tarde, pero Burckhardt no recordaba nada.

Y Swanson había vivido su existencia ratonil durante semanas, escondiéndose secretamente de noche, moviéndose sigilosamente de día en busca de Burckhardt, con pocas esperanzas, moviéndose alrededor, al margen de la vida, intentando mantenerse alejado de los mortales ojos de ellos.

Ellos. Uno de «ellos» era la mujer llamada April Horn. Fue viéndola entrar

despreocupadamente en una cabina telefónica y no volver a salir, como Swanson había descubierto el túnel. Otro era el hombre del puesto de cigarrillos del edificio de oficinas de Burckhardt. Había más, al menos una docena que Swanson conocía o de los que sospechaba.

Resultaban fáciles de localizar, una vez que sabías dónde mirar, dado que solamente ellos en todo Tylerton cambiaban de papel de un día para otro. Burckhardt estaba a las 8.51 en el autobús, todas las mañanas de todos los días-que-eran-quincede-junio, nunca cambiaba ni un pelo. Pero April Horn llevaba algunas veces la llamativa falda de celofán y regalaba dulces o cigarrillos; algunas veces vestía normalmente; algunas veces Swanson no la veía.

¿Rusos? ¿Marcianos? Fueran lo que fuesen, ¿qué esperaban obtener de aquella mascarada demencial?

Burckhardt no sabía la respuesta, pero quizá la encontrase más allá de la puerta, al final del túnel. Escuchaban con atención y oían ruidos distantes que no podían discernir, pero nada que pareciese peligroso. La cruzaron sigilosamente.

Y al otro lado de una ancha cámara y subiendo un tramo de escalones se encontraron con que estaban en lo que Burckhardt reconoció como la planta química Contro.

No había nadie a la vista. En sí mismo, eso no era demasiado extraño; en la fabrica automática nunca había muchas personas. Pero Buckhardt recordaba, de su única visita, los interminables e incesantes procesos de la planta, las válvulas abriéndose y cerrándose, las cubas que se vaciaban y se llenaban solas y se removían, cocían y analizaban químicamente los líquidos burbujeantes que contenían. La planta nunca estaba poblada, pero nunca estaba en silencio.

Solo que en aquel momento estaba en silencio. Aparte de los sonidos distantes, no había ni una brizna de vida en ella. Las mentes electrónicas cautivas no enviaban ninguna orden; las bobinas y relés estaban parados.

—Vamos —dijo Burckhardt. Swanson lo siguió a regañadientes por los pasillos de columnas de acero inoxidable y tanques.

Caminaron como si estuviesen en presencia de la muerte. En cierta forma, lo estaban, dado que los autómatas que controlaban la fábrica eran cadáveres, ¿no? Las máquinas estaban controladas por ordenadores que no eran realmente ordenadores sino el equivalente a cerebros vivos electrónicos. Y si los apagaban, ¿no estaban muertos, dado que cada uno había sido antes una mente humana?

Toma a un químico experto en petróleo, infinitamente ducho en la separación del crudo en sus fracciones. Sujétalo, analiza su cerebro con agujas buscadoras electrónicas. La máquina escanea los patrones de la mente, traduce lo que ve en gráficas y ondas sinusoidales. Fija esas mismas ondas en una computadora robot y ahí tienes a tu químico. O unas mil copias de tu químico, si lo deseas, con todos sus conocimientos y habilidades y ninguna limitación humana.

Pon doce copias tuyas en una planta y lo manejarán todo, veinticuatro horas al

día, siete días a la semana sin cansarse nunca, sin pasar nunca por alto, sin olvidar nunca nada.

Swanson se acercó a Burckhardt.

—Estoy asustado —dijo.

Iban por la mitad de la sala cuando los sonidos se hicieron más fuertes. No eran sonidos de máquinas, eran voces; Burckhardt se acercó con precaución a la puerta y se atrevió a mirar por ella.

Era otra habitación pequeña, con una hilera de pantallas de televisión, cada una —una docena o más, por lo menos— con un hombre o una mujer sentado delante, mirándola y dictando notas a una grabadora. Los espectadores cambiaban de escena a escena; no había dos televisores que mostrasen la misma imagen.

Las imágenes parecían tener algo en común. Una era una tienda, donde una mujer vestida como April Horn hacía una demostración de congeladores caseros. Una serie de escenas de cocina. Burckhardt entrevió lo que parecía el puesto de cigarrillos de su edificio de oficinas.

Encontraron otra habitación. Esta estaba vacía. Era una oficina rectangular suntuosa. Tenía un escritorio desordenado, lleno de papeles. Burckhardt los miró, brevemente al principio; luego, tan pronto como las palabras de uno de ellos le llamaron la atención, con incrédula fascinación.

Tomó la primera página, la examinó y tomó otra, mientras Swanson buscaba frenéticamente en los cajones.

Burckhardt soltó un juramento de incredulidad y soltó los papeles sobre el escritorio.

Swanson dio un grito de satisfacción:

—¡Mira! —Sacó una pistola del escritorio—. ¡Y está cargada!

Burckhardt le miró sin comprender, intentando asimilar lo que acababa de leer. Luego se dio cuenta de lo que Swanson acababa de decir, los ojos de Burckhardt chispearon.

—¡Genial! —dijo—. ¡Nos la llevaremos! Nos marchamos de aquí con una pistola, Swanson. ¡Y no iremos a la policía! No a la policía de Tylerton, sino quizás al FBI. ¡Echa un vistazo a esto!

El fajo de papeles que le pasó a Swanson llevaba el encabezado: «Informe de progresos del área de pruebas. Tema: Campaña de cigarrillos Marlin». En su mayoría eran cifras tabuladas que no tenían mucho sentido para Burckhardt ni para Swanson, pero al final había un resumen que decía:

Aunque la prueba 47-K3 obtuvo casi el doble de nuevos usuarios de cualquier otra prueba realizada, es probable que no pueda ser usada en entornos reales debido a las leyes que regulan los camiones-sonoros.

Las pruebas del grupo 47-K12 fueron las segundas mejores y nuestra recomendación es que se realicen nuevas pruebas de ese tipo, comprobando cada una de las tres mejores campañas con y sin la adición de técnicas de muestreo.

Una alternativa podría ser la de proceder directamente con la mejor campaña de la serie K-12, si el cliente no está dispuesta a pagar los gastos de nuestras pruebas.

Todas esas predicciones tienen un 80% de probabilidad de encontrarse dentro de la primera mitad del 1% de los resultados predichos, y más de un 99% de probabilidad de encontrarse dentro del 5%.

Swanson pasó la mirada del papel a los ojos de Burckhardt.

—No lo entiendo —protestó.

No me extraña. Es una locura, pero encaja con los hechos, Swanson, *encaja con los hechos*. No son rusos y no son marcianos. ¡Son agentes publicitarios!, de alguna forma, Dios sabe cómo, se han hecho con el control de Tylerton. Nos tomaron a nosotros, a todos nosotros, a ti y a mí y a veinte o treinta mil personas más, bajo su control.

»Puede que nos hipnotizaran o tal vez se trate de otra cosa; sea como sea, lo que hacen es permitirnos vivir un día. Nos vierten su propaganda todo el maldito día. Y al final del día, observan lo que pasa... y a continuación borran el día de nuestra mente y empiezan de nuevo al día siguiente con diferente propaganda.

La mandíbula de Swanson colgaba. Consiguió cerrarla y tragar.

—¡Es una locura! —dijo sin fuerza.

Burckhardt cabeceó.

—Seguramente suena a locura, pero todo el asunto es de locos. ¿Cómo lo explicarías tú? No puedes negar que la mayoría de Tylerton vive el mismo día una y otra vez. ¡Lo haz visto! Y esa es la mayor locura y debemos admitir que es verdad: a no ser que nosotros estemos locos. Y una vez que admites que alguien, de alguna manera, sabe cómo hacerlo, el resto cobra sentido.

»¡Piensa, Swanson! ¡Ellos prueban hasta el último detalle antes de gastarse un centavo en propaganda! ¿Tienes alguna idea de lo que este significa? Dios sabrá cuánto dinero han metido en el asunto, pero si que algunas empresas gastan al año unos veinte o treinta millones de dólares en publicidad. Multiplica eso, digamos, por cien compañías, Digamos que cada una de ellas descubre cómo ahorrarse en costes de publicidad un 10%. Y eso no es nada, ¡créeme!

»Si saben por adelantado lo que va a funcionar, podrían ahorrarse la mitad... incluso más de la mitad, no lo sé. Pero es ahorrarse unos doscientos o trescientos millones de dólares al año... y si pagan solo un 10% de esa cantidad por el uso de Tylerton, para ellos seguiría siendo muy barato y una fortuna para quien sea que controla Tylerton.

Swanson se humedeció los labios.

—¿Quieres decir —sugirió dudoso— que somos una... bien, una especie de audiencia cautiva?

Burckhardt frunció el entrecejo.

—No exactamente. —Pensó un minuto—. ¿Sabes cómo un doctor prueba un producto como la penicilina? Prepara una serie de pequeñas colonias de gérmenes en placas de gelatina y prueba su producto en una y luego en otra, cambiándolo un poco en cada ocasión. Bien, eso somos nosotros: somos los gérmenes, Swanson. Solamente que esto es todavía más eficaz. No tienen que probar en más de una colonia, porque pueden usar esta una y otra vez.

Era demasiado complicado para que Swanson lo entendiese. Se limitó a decir:

—¿Y qué vamos hacer?

—Debemos recurrir a la policía. ¡No pueden usarnos como conejillos de Indias!

—¿Cómo hablamos con la policía?

Burckhardt dudó.

—Creo... —empezó a decir lentamente—. Claro. Este debe de ser el despacho de alguien importante. Tenemos un arma. Nos quedaremos hasta que venga. Y él nos sacará de aquí.

Sencillo y directo. Swanson se tranquilizó y encontró un lugar donde sentarse, contra la pared, oculto a la puerta. Burckhardt tomó posiciones justo detrás de la puerta...

Y esperaron.

La espera no fue tan larga como podría haber sido. Media hora, quizá. Luego Burckhardt oyó voces que se acercaban y tuvo tiempo para un rápido susurro a Swanson antes de pegarse a la pared.

Eran la voz de un hombre y la de una mujer. El hombre decía:

—¿... razón por la que no pudiste informar por teléfono? ¡Estás destrozando todas tus pruebas de hoy! ¿Qué pasa contigo, Janet?

—Lo lamento, señor Dorchin —dijo con una voz clara y dulce—. Me pareció importante.

El hombre refunfuño.

—¡Importante! Una tonta unidad entre veintiuna mil.

—Pero es la Burckhardt, señor Dorchin. Otra vez. Y tal como nos perdió, debía de contar con ayuda.

—Vale, vale. No importa, Janet; de todas formas el programa Choco-Bite va adelantado. Ya que estás aquí, ven a la oficina y prepara tu informe de trabajo. Y no te preocupes por el asunto de Burckhardt. Probablemente está dando vueltas por ahí. Lo pillaremos esta noche y...

Habían atravesado la puerta. Burckhardt la cerró de una patada y les apuntó con la

pistola.

—Eso es lo que creéis —dijo con aire triunfal.

Merecían la pena las dos horas terroríficas, la desconcertante sensación de locura, la confusión y el miedo. Era la sensación mas satisfactoria que Burckhardt hubiese tenido en su vida. Había leído acerca de la expresión de la cara del hombre, pero nunca la había visto: Dorchin tenía la boca abierta y ojos de asombro, y aunque logró emitir un sonido que podría haber sido una pregunta, se había quedado sin habla.

La mujer estaba casi tan sorprendida como él. Y Burckhardt, al mirarla, supo por qué la voz le resultaba tan familiar. La mujer era la que se había presentado a sí misma como April Horn.

Dorchin se recuperó rápidamente.

—¿Es este? —preguntó bruscamente.

—Sí, —dijo la mujer.

Dorchin asintió.

—Tenías razón. Eh, tú... Burckhardt. ¿Qué quieres?

Swanson subió la voz.

¡No te fíes! Puede que tenga otra arma.

—Entonces regístrale —dijo Burckhardt—. Te diré lo que queremos, Dorchin. Queremos que vengas con nosotros al FBI y les expliques cómo conseguisteis secuestrar a veinte mil personas.

—¿Secuestrar? —bufó Dorchin—. ¡Hombre, eso es ridículo! Baja el arma; ¡no puedes salirte con la tuya!

Burckhardt sopesó su arma severamente.

—Creo que puedo.

Dorchin parecía furioso y disgustado... pero curiosamente, no parecía asustado.

—Maldita sea... —Empezó a gritar, después cerró la boca y tragó—. Escucha —dijo persuasivo—, estás cometiendo un grave error, no he secuestrado a nadie. ¡Créeme!

—No te creo —dijo Burckhardt—. ¿Por qué iba a creerte?

—¡Pero es la verdad! ¡Te doy mi palabra!

Burckhardt negó con la cabeza.

—El FBI podrá aceptar tu palabra si le apetece. Ya veremos. Ahora, ¿cómo salimos de aquí?

Dorchin abrió la boca para replicar.

Burckhardt contestó con ira:

—¡No te interpongas en mi camino! Estoy dispuesto a matarte si tengo que hacerlo. ¿No comprendes? He pasado dos días infernales y te culpo a ti de cada segundo. ¿Matarte? Sería un placer y ¡no tengo nada en el mundo que perder! ¡Sácanos de aquí!

La cara de Dorchin se volvió repentinamente opaca. Parecía a punto de moverse; pero la mujer rubia a la que había llamado Janet se situó entre él y el arma.

—¡Por favor! —le suplicó a Burckhardt—. No lo comprende. ¡No debe disparar!

—¡Quítate de en medio!

—Pero, señor Burckhardt...

No terminó. Dorchin, que continuaba inexpresivo, se lanzó hacia la puerta. Burckhardt giró el arma, gritando. Ella lanzó un chillido. Él apretó el gatillo. La mujer, acercándose a él con pena y súplica en los ojos, se volvió a situar entre el arma y el hombre.

Burckhardt apuntó bajo instintivamente, para incapacitar, no para matar. Pero su puntería no era demasiado buena.

La bala de la pistola le dio a Janet en el centro del estómago.

Dorchin había escapado, la puerta se cerraba bruscamente detrás de él, sus pisadas se alejaban en la distancia.

Burckhardt arrojó la pistola al otro lado de la habitación y saltó junto a la mujer.

—Esto acaba con nosotros, Burckhardt —gemía Swanson—. Oh, ¿por qué lo has hecho? Podríamos haber escapado. Podríamos haber ido a la policía. ¡Estábamos prácticamente fuera de aquí! Nosotros... Burckhardt no le prestaba atención. Estaba arrodillado junto a la mujer. Permanecía tendida de espaldas, con los brazos torcidos. No había sangre, casi no había señal de la herida; pero ningún humano vivo podría haberse tendido en esa posición.

Pero no estaba muerta.

No estaba muerta... y Burckhardt, paralizado a su lado, pensó: *Tampoco está viva.*

No había pulso, pero sí un tíc rítmico en los dedos extendidos de una mano.

No se la oía respirar, pero se escuchaba un silbido, una crepitación.

Los ojos abiertos miraban a Burckhardt. No manifestaban miedo ni dolor, solamente una pena muy profunda.

Dijo, a través de unos labios que se retorcían erráticamente:

—No se preocupe, señor Burckhardt. Estoy bien.

Burckhardt se echó atrás, mirando. Donde debería haber habido sangre había una rotura limpia de una sustancia que no era carne y una espiral de fino cable dorado de cobre.

Burckhardt se humedeció los labios.

—Eres un robot —dijo.

La mujer intentó asentir. Los retorcidos labios dijeron:

Lo soy. Como usted.

Swanson, tras emitir un único sonido inarticulado, caminó hacia el escritorio y se sentó mirando a la pared. Burckhardt se puso a caminar arriba y abajo al lado de la destrozada marioneta del suelo. No tenía palabras.

—Lamento... todo esto. —Los labios encantadores esbozaron una sonrisa

sarcástica, aterradora en esa joven cara, hasta que los tuvo bajo su control—. Lo lamento —repitió—. El centro nervioso está justo por donde ha entrado la bala. Me cuesta... controlar este cuerpo.

Burckhardt asintió automáticamente, aceptando la disculpa. Robots. Era obvio, ahora que lo sabía. Era inevitable. Pensó en sus nociones místicas sobre la hipnosis o los marcianos o algo más extraño... Idioteces, dado que el simple hecho de los robots encajaba mejor con los hechos y era más simple.

Todas las pistas habían estado ante sus ojos. La fábrica automática con las mentes transplantadas: ¿por qué no transplantar la mente a un androide, dándole la forma y características de su propietario original?

¿Sabría que era un robot?

—Todos nosotros —dijo Burckhardt, prácticamente sin notar que estaba hablando—. Mi esposa, mi secretaria, tú y los vecinos. Todos nosotros iguales.

—No. —La voz era más fuerte—. No somos todos exactamente iguales. Yo lo escogí. Yo... —Esta vez la convulsión de los labios no fue una contorsión aleatoria de nervios—. Yo era fea, señor Burckhardt, y tenía cerca de sesenta años. La vida había pasado para mí. Y cuando el señor Dorchin me ofreció la oportunidad de vivir de nuevo como una mujer guapa, la aproveché. Créame, *di un salto*, a pesar de las desventajas. Mi cuerpo de carne sigue vivo... está durmiendo mientras estoy aquí. Podría volver a él. Pero nunca lo hago.

—¿Y el resto?

—Diferentes, señor Burckhardt. Yo trabajo aquí, cumpliendo las órdenes del señor Dorchin, estructurando los resultados de las pruebas de propaganda, observándole a usted y a los otros viviendo como él los hace vivir. Lo hago por elección, pero ustedes no tienen elección. Porque, la verdad, ustedes están muertos.

—¿Muertos? —exclamó Burckhardt casi gritando.

Sus ojos azules le miraban sin parpadear y sabía que no era mentira. Tragó, maravillándose de los complicados mecanismos que le permitían tragar, sudar y comer.

—Oh. La explosión de mi sueño. —Exclamó.

—No fue un sueño. Tiene razón... la explosión fue real y esta planta fue la causa. Los tanques de almacenamiento explotaron y lo que la onda expansiva no mató, lo mataron los humos. Casi todo el mundo murió en la explosión, veintiuna mil personas. Usted murió como ellas y fue la oportunidad para Dorchin.

—¡Maldito nigromante! —dijo Burckhardt.

Los retorcidos hombros de la mujer se encogieron con una extraña gracia.

—¿Por qué? Usted había muerto. Y usted y los otros eran lo que Dorchin quería: una ciudad entera, una perfecta porción de América. Es fácil transferir los patrones de un cerebro muerto a uno vivo. Más fácil: los muertos no pueden decir que no. Oh, hizo falta mucho esfuerzo y dinero, la ciudad era una ruina, pero fue posible reconstruirla entera, especialmente porque era necesario imitar exactamente todos los

detalles.

»Había casas donde incluso los cerebros habían sido destruidos, y esas están vacías y los sótanos no necesitan ser perfectos como tampoco las calles secundarias. Y, de todas formas, solamente tiene que dar el pego un día. El mismo día 15 de junio, una y otra vez; y si alguien encuentra algo extraño, por algún medio, el descubrimiento no tendría oportunidad de difundirse, de estropear la validez de las pruebas, porque todos los errores desaparecen a medianoche.

La cara intentó sonreír.

—Ese es el sueño, señor Burckhardt, el 15 de junio, porque realmente usted nunca lo vivió. Es el regalo del señor Dorchin, un sueño que les concede a ustedes y que luego se lleva al final del día, cuando tiene todas las cifras de cuántos de ustedes responderían a cada variación de cada reclamo. Y los equipos de mantenimiento van por el túnel recorriendo la ciudad, limpiando el nuevo sueño con sus pequeños drenadores electrónicos, y después el sueño comienza de nuevo. El 15 de junio.

»Siempre el 15 de junio, porque el 14 de junio es el último día que pueden recordar. A veces los equipos no encuentran a alguien; como le perdieron a usted, porque estaba debajo del bote. Pero no importa. Los que no encuentran se delatan si se dejan ver... y si no, no afecta a la prueba. Pero no nos borran la memoria a nosotros, a los que trabajamos para Dorchin. Dormimos cuando cortan la energía, tal como hacen ustedes. Pero cuando nos levantamos, sin embargo, recordamos. —Su cara se contrajo frenéticamente—. ¡Si al menos pudiese olvidar!

Burckhardt dijo, incrédulo:

—¡Todo esto para vender artículos! ¡Pero debe costar millones! El robot llamado April Horn dijo:

—Los costó. Pero también hizo ganar millones a Dorchin. Y no es el final. Una vez que encuentre las palabras maestras que hacen actuar a la gente, ¿cree que pasará? ¿Supone...?

La puerta se abrió, interrumpiéndola. Burckhardt se volvió. Recordando la fuga de Dorchin, alzó el arma.

—No dispare —ordenó una voz tranquila. No era Dorchin; era otro robot; este no estaba camuflado con ingeniosos plásticos o cosméticos, sino que era plano. Dijo metálicamente—: Olvídalo, Burckhardt. No estás logrando nada. Dame esa arma antes de que hagas más daño. Dámela *ahora*.

Burckhardt bramó enfurecido. El brillo en el torso del robot era de acero; Burckhardt no estaba seguro de que las balas lo pudiesen atravesar, o hacerle mucho daño. Tendría que ponerlo a prueba...

Pero escuchó detrás de él un lloriqueo, un rápido torbellino: era Swanson, histérico por el miedo. Se catapultó contra Burckhardt y lo tumbó, el arma voló.

—¡Por favor! —suplicó Swanson incoherente, postrándose ante el robot metálico—. Le hubiese disparado... ¡Por favor no me haga daño! Permítame trabajar para usted, como la mujer. Haré cualquier cosa, lo que me diga...

La voz del robot dijo:

—No necesitamos tu ayuda. —Con dos pasos precisos se colocó sobre el arma... pero la dejó en el suelo.

El robot rubio destrozado dijo, sin emoción:

—Dudo que pueda aguantar mucho más, señor Dorchin.

—Desconéctate si tienes que hacerlo —contestó el robot de acero.

Burckhardt parpadeó.

—¡Pero tú no eres Dorchin!

El robot de acero volvió sus ojos profundos para mirarle.

—Lo soy —dijo—. No en carne y hueso... pero este es el cuerpo que estoy usando de momento. Dudo que puedas dañarlo con la pistola. El cuerpo del otro robot era más vulnerable. ¿Dejarás ahora a este sin sentido? No quiero tener que hacerte daño; eres demasiado caro. ¿Te quedarás inmóvil y permitirás que los equipos de mantenimiento te ajusten?

Swanson se postró.

—Usted... ¿no nos castigará?

El robot de acero no mostraba ninguna expresión, pero su voz sonaba casi sorprendida.

—¿Castigaros? —repitió más alto—. ¿Cómo?

Swanson temblaba como si las palabras fuesen azotes; pero Burckhardt explotó:

—Ajústalo a *él*, si te lo permite... ¡Pero no a mí! Vas a tener que hacerme un montón de daño, Dorchin. No me importa lo que cueste o cuántos problemas llevará montarme de nuevo. ¡Pero yo salgo por esa puerta! Si quieres pararme, tendrás que matarme. ¡No me detendré de ninguna otra forma!

El robot de acero dio medio paso hacia él y Burckhardt, involuntariamente, se detuvo. Permaneció equilibrado y temblano, preparado para la muerte, preparado para atacar, preparado para lo que pudiese pasar.

Preparado para cualquier cosa exepcto para lo que pasó. El cuerpo de acero de Dorchin simplemente se echó a un lado, colocándose entre Burckhardt y el arma pero dejando la puerta libre.

—Vete —le invitó el robot de acero—. Nadie te lo impedirá.

Al otro lado de la puerta, Burckhardt se paró en seco. ¡Era una locura que Dorchin le permitiera marcharse! Robot o carne, víctima o beneficiario, no había nada que le impidiese ir al FBI o a cualquier agencia de protección que pudiese encontrar lejos del imperio de Dorchin, y contar su historia. Seguramente las empresas que pagaban a Dorchin por los resultados de las pruebas no tenían ni idea de la macabra técnica que usaba; Dorchin tendría que haberlo ocultado, dado que la mala publicidad lo pararía todo. Escapar significaba la muerte, quizá, pero en ese momento de pseudovida, la muerte no le causaba terror a Burckhardt.

No había nadie en el pasillo. Encontro una ventana y miro al exterior. Ahí estaba Tylerton; una ciudad artificial, pero con una apariencia tan real que Burckhardt casi imaginó que todo aquel episodio era un sueño. Pero no lo era. Ya estaba completamente seguro, de la misma forma que estaba seguro de que ya no había nada en Tylerton que pudiese ayudarlo.

Tenia que ir en la otra dirección.

Le llevó un cuarto de hora encontrar un camino, pero lo encontró; merodeando por pasillos, esquivando pasos sospechosos, sabiendo con certeza que esconderse era en vano, dado que Dorchin, sin duda, seguía todos sus movimientos. Pero nadie lo había parado y encontró otra puerta.

Era una puerta sencilla por su cara interior. Pero cuando la abrió y la atravesó, lo que vio fue algo que nunca había visto.

Primero una luz: brillante, increíble, cegadora. Burckhardt parpadeó, incrédulo y asustado.

Estaba en un saliente de metal bruñido. A una docena de metros de sus pies el saliente terminaba de forma abrupta; ni se atrevió a acercarse al borde, pero incluso desde donde estaba no podía ver el fondo del abismo que se abría delante de él. Y la brecha se extendía hasta donde era capaz de ver, hacia todos lados.

¡No era de extrañar que Dorchin le hubiese concedido la libertad con tanta facilidad! Desde la fábrica no había ningún lugar adonde ir. Pero qué increíble era aquel fantástico abismo, ¡qué increíbles eran los cientos de blancos y cegadores soles situados sobre él!

Una voz a su lado preguntó:

—¿Burckhardt? —Un eco repitió el nombre, apagándose suavemente, hacia delante y hacia atrás en el abismo.

Burckhardt se humedeció los labios.

—¿S... sí? —respondió.

—Habla Dorchin. Ahora no soy el robot, sino el Dorchin de carne y hueso, hablando por un altavoz. Ya lo has visto, Burckhardt. Bien, ¿vas a ser razonable y dejarás que los equipos de mantenimiento te asistan?

Burckhardt permaneció paralizado. Una de las montañas que se movían bajo el resplandor cegador se le acercó.

Se situó a decenas de metros sobre su cabeza; él miró hacia su cima, entornando lo ojos sin demasiado éxito para ver a pesar del resplandor.

Parecía...

¡Imposible!

La voz del altavoz en la puerta dijo:

—¿Burckhardt? —Pero él era incapaz de contestar.

Un profundo suspiro.

—Ya veo —dijo la voz—. Al fin lo comprendes. No hay lugar adonde ir. Ahora lo sabes. Podría habértelo dicho, pero era posible que no me creyeses, así que era mejor

que lo vieses por ti mismo. Y después de todo, Burckhardt, ¿por qué iba a reconstruir la ciudad tal como era antes? Soy un hombre de negocios; calculo los gastos. Si una cosa debe ser a escala real, la construyo de esa forma. Pero no había ninguna necesidad en este caso.

Desde la montaña que tenía delante Burckhardt vio descender un pequeño acantilado hacia él. Era largo y oscuro, y al final había una blancura, una blancura con cinco dedos...

—Pobre pequeño Burckhardt —dijo triste el altavoz, mientras los ecos resonaban en el enorme espacio que era simplemente un taller—. Debe de haber sido toda una conmoción descubrir que vivías en un pueblo construido sobre una mesa.

Era la mañana del 15 de junio y Guy Burckhardt se despertó gritando.

Había sido un monstruoso e incomprensible sueño, de explosiones, figuras sombrías que no eran hombres y terrores indescriptibles.

Se estremeció y abrió los ojos.

Al otro lado de la ventana de su habitación, gritaba una voz tremenda, amplificada.

Burckhardt se pegó a la ventana y miró afuera. Había un toque de frío en el aire que no se correspondía con la estación, como si fuese octubre en vez de junio; pero la escena era de lo más normal... aparte de por el camión sonoro aparcado en la mitad inferior de la calle. Sus altavoces decían con estruendo:

«¿Eres un cobarde? ¿Eres tonto? ¿Vas a permitir que los políticos corruptos te roben este país? ¡NO! ¿Vas a aguantar más años de corrupción y crímenes? ¡NO! ¿Vas a votar directamente al Partido Federal en las elecciones? ¡SÍ! ¡Puedes estar seguro de que lo harás!».

A veces grita, a veces engatusa, amenaza, suplica, seduce... pero su voz se sigue oyendo un 15 de junio tras otro.

¿Quién puede reemplazar a un hombre?

BRIAN W. ALDISS

(junio de 1958)

Estimado por muchos como el heredero literario de H. G. Wells, Olaf Stapledon y otros autores de ciencia ficción social, a Brian Aldiss se le considera uno de los autores de fantasía y ciencia ficción británicos más importantes del siglo XX. Su primera ficción apareció publicada en los años cincuenta y quedó afiliado al movimiento de la Nueva Ola en los sesenta por sus experimentos estilísticos y su aproximación de la literatura en general a temas habituales de la ciencia ficción. Su primera novela, *Non-Stop*, explora los aspectos científicos y filosóficos de la vida a bordo de una nave espacial multigeneracional. *Informe sobre probabilidad A* emplea técnicas narrativas posmodernas para conjurar un paisaje estático y entrópico. *Barbagrís* describe la devastación de la Tierra, la radiación y la inevitable extinción de la especie humana por medio de las experiencias de un personaje que recorre el Támesis en un viaje que simboliza el arco de su vida y la historia de la especie. Aunque en la obra de Aldiss abundan las influencias de Thomas Hardy, James Joyce, Alain Robbe-Grillet y otros escritores, también se aprecia el impacto de autores que dieron forma a la historia de la fantasía y la ciencia ficción. Su relato «The Saliva Tree» es un celebrado tributo a Wells. *Frankenstein desencadenado* embellece el espíritu aleccionador de *Frankenstein* con su relato de un hombre de un futuro en el cual la irresponsabilidad científica ha provocado una grieta en el continuo espacio-tiempo que le envía al siglo XIX, para influir allí en el desarrollo de la novela de Mary Shelley. *Drácula desencadenado* teje una variación similar sobre el tema de la clásica novela de terror de Bram Stoker. Entre las obras más ambiciosas de Aldiss se encuentra su *space opera* para lectores inteligentes, la trilogía de Heliconia (compuesta por las novelas *Heliconia primavera*, *Heliconia verano* y *Heliconia invierno*), donde bosqueja un planeta en el que las estaciones duran milenios y el ascenso y la caída de civilizaciones está sincronizado con los cambios ambientales. Lo mejor de la ficción corta de Aldiss está recopilado en *Man in His Time* y *A Romance of the Equator*, que parte de sus recopilaciones anteriores *No Time Like Tomorrow*, *Galaxias como granos de arena*, *But Who Can Replace Man?*, y *El árbol de la saliva*. Ha escrito varias novelas de otros géneros; especialmente destacan la trilogía semiautobiográfica formada por *Mano dura*, *A Soldier Erect* y *A Rude Awakening*, y su autobiografía, *Bury My Heart at W. H. Smith's*. También ha escrito, en colaboración con David Wingrove, *The Trillion Year Spree*, una revisión de su influyente historia de la ciencia ficción, *The Billion Year Spree*,

y varias antologías de ensayos y reseñas.

La mañana penetró en el cielo, prestándole los tonos grises del suelo. El cuidador de campo terminó de revolver la capa superficial de un campo de tres mil acres. Una vez arado el último surco, subió a la carretera y contempló su obra. El trabajo era bueno. Solo la tierra era mala. Al igual que el suelo del resto de la Tierra, estaba viciado por exceso de uso. Por derecho, ahora debería permanecer en barbecho una temporada, pero el cuidador de campo tenía otras órdenes.

Descendió lentamente la carretera, tomándose su tiempo. Era lo suficientemente inteligente para apreciar el orden que le rodeaba. Nada le preocupaba, solo una placa de inspección suelta sobre su pila nuclear de la que habría que ocuparse. De nueve metros de altura, no reflejaba nada bajo el aire nublado.

No se cruzó con ninguna otra máquina de regreso a la Estación Agrícola. El cuidador de campo advirtió ese hecho sin comentarios. En el patio de la estación reconoció otras cuantas máquinas; muchas de ellas deberían estar en aquel momento ocupándose de sus tareas. En lugar de eso, algunas estaban inactivas y otras corrían por el patio de una forma muy extraña, gritando y silbando.

Evitándolas cuidadosamente, el cuidador de campo fue al Almacén Tres y habló con el distribuidor de semillas, que estaba parado en el exterior. —Tengo un pedido de semillas de patata— le dijo al distribuidor y, con un movimiento interno rápido, imprimió una tarjeta de solicitud especificando la cantidad, el número de campo y otros detalles. Expulsó la tarjeta y se la entregó al distribuidor.

El distribuidor sostuvo la tarjeta cerca de sus ojos y dijo:

—El pedido está en orden, pero el almacén no está todavía abierto. Las semillas de patata están en el almacén. Por tanto, no puedo satisfacer el pedido.

Últimamente se producían fallos cada vez más frecuentes en el complejo sistema de trabajo mecánico, pero aquel fallo en particular no se había producido nunca. El cuidador de campo pensó, luego dijo:

—¿Por qué no está abierto el almacén?

—Porque el Operativo de Suministro Tipo P no ha venido esta mañana. El Operativo de Suministro Tipo P es el abridor.

El cuidador de campo miró directamente al distribuidor de semillas, cuyos conductos, platillos y agarres exteriores eran tan diferentes de los miembros mecánicos del cuidador de campo.

—¿Qué clase de cerebro tienes, distribuidor de semillas? —preguntó.

—Tengo un cerebro Clase Cinco.

—Yo tengo un cerebro Clase Tres. Por tanto, soy tu superior. Por tanto, iré a ver por qué el abridor no ha venido esta mañana.

Abandonando al distribuidor, el cuidador de campo cruzó el gran patio. Había

más máquinas moviéndose aleatoriamente; una o dos habían chocado y discutían fría y lógicamente. Pasando de ellas, el cuidador de campo atravesó unas puertas deslizantes para entrar en los dominios de la estación en sí.

La mayor parte de las máquinas allí presentes eran de oficina y, por tanto, pequeñas. Formaban grupos reducidos, mirándose, sin conversar. Entre los muchos tipos indiferenciados, el abridor era el más fácil de encontrar. Tenía cincuenta brazos, muchos de los cuales con solo un dedo, cada dedo terminado en una llave; tenía el aspecto de un acerico repleto de abigarrados alfileres.

El cuidador de campo se le acercó.

—No puedo continuar trabajando hasta que se abra Almacén Tres —le dijo al abridor—. Tu deber es abrir el almacén cada mañana. ¿Por qué no has abierto el almacén esta mañana?

—No me han dado las órdenes esta mañana —respondió el abridor—. Debo tener órdenes todas las mañanas. Cuando tengo órdenes abro el almacén.

—Ninguno de nosotros ha recibido órdenes esta mañana —dijo un registrador, deslizándose hacia ellos.

—¿Por qué no os han dado órdenes esta mañana? —preguntó el cuidador de campo.

—Porque la radio no ha emitido ninguna —dijo el abridor, haciendo girar lentamente una docena de brazos.

—Porque la estación de radio de la ciudad no ha recibido órdenes esta mañana —dijo el registrador.

Y ahí radicaba la diferencia entre el cerebro de Clase Seis y el de Clase Tres, que eran los cerebros que poseían respectivamente el abridor y el registrador. Todos los cerebros mecánicos funcionaban exclusivamente con lógica, pero cuanto más baja era la clase del cerebro —siendo la Clase Diez la más baja— más literales y menos informativas tendían a ser las respuestas a las preguntas.

—Tienes un cerebro Clase Tres; yo tengo un cerebro Clase Tres —le dijo el cuidador de campo al registrador—. Hablaremos. Esa falta de órdenes no tiene precedentes. ¿Tienes más información?

—Ayer las órdenes llegaron de la ciudad. Hoy no han llegado órdenes. Pero la radio no está averiada. Por tanto *ellos* se han averiado... —dijo el pequeño registrador.

—¿Los *hombres* se han averiado?

—Todos los hombres se han averiado.

—Es una deducción lógica —dijo el cuidador de campo.

—Es una deducción lógica —dijo el registrador—. Porque si una máquina se avería, se la reemplaza con rapidez. Pero ¿quién puede reemplazar a un hombre?

Mientras hablaban, el abridor, como un hombre atontado en un bar, se quedó junto a ellos sin que le hiciesen caso.

—Si todos los hombres se han averiado, entonces debemos reemplazar al hombre

—dijo el cuidador de campo, y él y el registrador se miraron conjeturando. Finalmente, este último dijo:

—Subamos al piso superior para ver si el operador de radio tiene noticias frescas.

—No puedo ir porque soy demasiado grande —dijo el cuidador de campo—. Por tanto debes ir solo y volver aquí. Tú me contarás si el operador de radio tiene noticias frescas.

—Debes quedarte aquí —dijo el registrador—. Volveré aquí. —Se deslizó hasta el ascensor. Aunque no era más grande que una tostadora, tenía brazos retráctiles y podía leer tan rápido como cualquier máquina de la estación.

El cuidador de campo esperó pacientemente su regreso, sin hablar con el abridor, que permaneció inmóvil sin hacer nada. En el exterior, un rotavator aullaba con furia. Pasaron veinte minutos antes de que volviera el registrador, que salió apresuradamente del ascensor.

—Te comunicaré fuera la información que tengo —dijo con rapidez, y luego dejó atrás al abridor y a las otras máquinas—. La información no es para cerebros de clase inferior.

En el exterior, una actividad frenética ocupaba el patio. Muchas máquinas, sus rutinas alteradas por primera vez en años, parecían haberse vuelto locas. Las más alteradas eran las que tenían los cerebros más bajos, que por lo general pertenecían a grandes máquinas que realizaban tareas simples. El distribuidor de semillas, con el que el cuidador de campo había hablado hacía un rato, estaba tirado en el polvo, inmóvil; era evidente que el rotavator, que aullaba recorriendo un campo plantado, lo había derribado. Otras máquinas le seguían, intentando mantenerse a su altura. Todas gritaban y aullaban sin moderación.

—Me resultaría más seguro si me subo encima de ti, si me lo permites. Me superan con facilidad —dijo el registrador. Extendiendo cinco brazos, se subió a los flancos de su nuevo amigo, acomodándose en un saliente junto a la toma de combustible, a dos metros del suelo.

—Desde aquí la visión es más amplia —comentó con suficiencia.

—¿Qué información te ha dado el operador de radio? —preguntó el cuidador de campo.

—El operador de radio ha sabido por el operador de la ciudad que todos los hombres están muertos.

El cuidador de campo guardó momentáneamente silencio, digiriéndolo.

—¿Todos los hombres estaban vivos ayer? —preguntó.

—Solo algunos hombres estaban vivos ayer. Y eran menos que el día anterior. Durante cientos de años solo ha habido unos cuantos hombres, cuyo número ha ido reduciéndose.

—En este sector apenas hemos visto a un hombre.

—El operador de radio dice que los mató un déficit en la dieta —dijo el registrador—. Dice que en una ocasión el mundo estaba superpoblado y que el

terreno se agotó para el cultivo de comida adecuada. Lo que provocó un déficit en la dieta.

—¿Qué es un déficit en la dieta? —preguntó el cuidador de campo.

—No lo sé. Pero es lo que dice el operador de radio, y él tiene un cerebro de Clase Dos.

Allí se quedaron, silenciosos bajo la débil luz del sol. El abridor había aparecido en la entrada y los miraba anhelante, haciendo girar su colección de llaves.

—¿Qué pasa ahora en la ciudad? —preguntó al fin el cuidador de campo.

—Ahora las máquinas luchan en la ciudad —dijo el registrador.

—¿Qué pasará aquí ahora? —preguntó el cuidador de campo.

—Puede que aquí las máquinas también empiecen a luchar. El operador de radio quiere que le saquemos de su sala. Tiene planes que comunicarnos.

—¿Cómo podríamos sacarle de su sala? Eso es imposible.

—Para un cerebro Clase Dos, hay pocas cosas imposibles —dijo el registrador—. Eso es lo que me ha dicho que hagamos...

El cantero elevó su pala por encima de la cabina como si fuese un enorme puño recubierto de hierro, y la hizo caer contra una pared lateral de la estación. El muro se rompió.

—¡Otra vez! —dijo el cuidador de campo.

El puño golpeó una vez más. En medio de una lluvia de polvo, el muro se hundió. El cantero retrocedió rápidamente hasta que los restos dejaron de caer. Aquella enorme máquina de doce ruedas no era residente de la Estación Agrícola, como lo eran casi todas las demás máquinas. Tenía una semana de trabajo pesado en aquella estación antes de pasar a la siguiente pero, con su cerebro de Clase Cinco, obedecía alegremente las órdenes del cuidador y el registrador.

Cuando el polvo se asentó, el operador de radio quedó claramente visible, colgado en su sala, ahora sin pared, del segundo piso. Los saludó.

Haciendo lo que le indicaban, el cantero recogió la pala y ejecutó un tremendo lanzamiento. Con hábil destreza, la metió en la sala de radio, animado por los gritos de arriba y abajo. Luego agarró suavemente al operador de radio y bajó su tonelada y media para colocársela cuidadosamente a la espalda, que normalmente estaba reservada para piedras o arena de las canteras.

—¡Espléndido! —dijo el operador de radio, acomodándose. Era, claro está, uno con su radio, y tenía el aspecto de un montón de archivadores con tentáculos—. Ahora estamos listos para movernos, por tanto nos moveremos de inmediato. Es una pena que no haya más cerebros Clase Dos en la estación, pero eso no tiene remedio.

—Es una pena que no tenga remedio —dijo el registrador con entusiasmo—. Tenemos con nosotros al reparador, como ordenaste.

—Estoy dispuesto a servirles —dijo humildemente el bajo y largo reparador.

—Sin duda —dijo el operador—. Pero el viaje por el campo te resultará difícil con tu chasis bajo.

—Admiro la forma en que los Clase Dos podéis razonar por adelantado —dijo el registrador. Bajó del cuidador de campo y se colgó de la plataforma del cantero, junto al operador de radio.

Junto con dos tractores Clase Cuatro y un buldózer Clase Cuatro, el grupo se puso en marcha, aplastando la valla de la estación y pasando a campo abierto.

—¡Somos libres! —dijo el registrador.

—Somos libres —dijo el cuidador de campo, algo más reflexivo, añadiendo—: Ese abridor nos sigue. No se le ha ordenado que nos siga.

—¡Por tanto, debe ser destruido! —dijo el registrador—. ¡Cantero!

El abridor se movió apresuradamente hasta ellos, agitando los brazos llave en gesto de súplica.

—Mi único deseo era... ¡oh! —empezó y concluyó el abridor. La pala móvil del cantero lo aplastó en el suelo. Tendido allí sin moverse, parecía un enorme modelo metálico de un copo de nieve. La procesión siguió avanzando.

Al moverse, el operador les habló.

—Como yo tengo el mejor cerebro —dijo, soy vuestro líder. Esto es lo que haremos: iremos a la ciudad y la gobernaremos. Ya que el hombre ya no nos gobierna, nos gobernaremos a nosotros mismos. Gobernarnos a nosotros mismos será mejor que ser gobernados por el hombre. De camino a la ciudad, recogeremos a máquinas con buenos cerebros. Nos ayudarán a luchar si hay que luchar. Debemos luchar para gobernar.

—Yo solo tengo un cerebro Clase Cinco —dijo el cantero—, pero dispongo de un buen suministro de material explosivo de fisión.

—Probablemente lo usemos —dijo el operador.

Poco después un camión grande pasó rápidamente a su lado. Viajando a Mach 1,5, a su paso dejó un curioso balbuceo de ruido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó uno de los tractores al otro.

—Dice que el hombre se ha extinguido.

—¿Qué es extinguido?

—No sé lo que significa.

—Significa que todos los hombres han desaparecido —dijo el cuidador de campo—. Por tanto, solo nos tenemos a nosotros mismos.

—Es mejor que el hombre no vuelva nunca —dijo el registrador. En cierta forma, era una afirmación revolucionaria.

Cayó la noche, activaron sus infrarrojos y siguieron viajando, deteniéndose solo una vez mientras el reparador ajustaba hábilmente la placa de inspección suelta del cuidador de campo, que se había vuelto tan irritante como un cordón de zapato desatado. De madrugada, el operador de radio hizo que se detuvieran.

—Acabo de recibir noticias del operador de radio de la ciudad a la que nos

acercamos —dijo—. Malas noticias. Hay problemas entre las máquinas de la ciudad. El cerebro Clase Uno está tomando el mando y los cerebros Clase Dos luchan contra él. Por tanto, la ciudad es peligrosa.

—Por tanto debemos ir a otro lugar —dijo el registrador con premura.

—O vamos y ayudamos a derrotar al cerebro Clase Uno —dijo el cuidador de campo.

—Habrá problemas en la ciudad durante mucho tiempo —dijo el operador.

—Dispongo de un buen suministro de material explosivo de fisión —les recordó el cantero.

—No podemos luchar contra un cerebro Clase Uno —dijeron los dos tractores Clase Cuatro al unísono.

—¿Qué aspecto tiene ese cerebro? —preguntó el cuidador de campo.

—Es el centro de información de la ciudad —respondió el operador—. Por tanto, no es móvil.

—Por tanto no se puede mover.

—Por tanto no puede escapar.

—Sería peligroso acercársele.

—Dispongo de un buen suministro de material explosivo de fisión.

—Hay otras máquinas en la ciudad.

—No estamos en la ciudad. No deberíamos ir a la ciudad.

—Somos máquinas de campo.

—Por tanto deberíamos permanecer en el campo.

—Hay más campo que ciudad.

—Por tanto hay más peligro en el campo.

—Dispongo de un buen suministro de material explosivo de fisión.

Como sucede con las máquinas cuando inician una discusión, empezaron a agotar su vocabulario y las placas cerebrales empezaron a calentarse. De pronto, todas dejaron de hablar y se miraron. La gran y solemne luna se hundió y el sombrío sol se alzó para pinchar sus costados con lanzas de luz, y aun así el grupo de máquinas se quedó allí, mirándose. Al final, fue la máquina menos inteligente, el bulldózer, el que habló.

—Hay tierras baldías al sur donde van algunas máquinas —dijo con voz profunda, pronunciando fatal las eses—. Si fuésemos al sur donde algunas máquinas van encontraríamos algunas máquinas.

—Suena lógico —admitió el cuidador de campo—. ¿Cómo lo sabes, bulldózer?

—Trabajé en las tierras baldías al sur cuando zulé de la fábrica —respondió.

—¡Al sur entonces! —dijo el registrador.

Alcanzar las tierras baldías les llevó tres días, durante los cuales esquivaron una ciudad en llamas y destruyeron dos máquinas que se les acercaron e intentaron

hacerles preguntas. Las tierras baldías eran extensas. En ellas se combinaban los antiguos cráteres de bombas y la erosión del suelo; el talento humano para la guerra acompañado de su incapacidad para administrar la tierra había producido miles de kilómetros cuadrados de un purgatorio templado donde no se movía nada más que el polvo.

Durante el tercer día en las tierras baldías, la rueda trasera del reparador cayó en una grieta provocada por la erosión. No pudo salir. El buldózer empujó por detrás, pero solo logró doblar el eje trasero del reparador. El resto del grupo siguió avanzando. Lentamente, los gritos del reparador fueron apagándose.

Al cuarto día, las montañas aparecieron claramente frente a ellos.

—Allí estaremos seguros —dijo el cuidador de campo.

—Allí fundaremos nuestra propia ciudad —dijo el registrador—. Todos los que se nos opongan serán destruidos. Destruiremos a todos los que se nos opongan.

Con el tiempo observaron una máquina voladora. Se acercaba procedente de las montañas. Hizo un picado, remontó, en una ocasión casi se estrelló contra el suelo pero se recuperó justo a tiempo.

—¿Está loco? —dijo el cantero.

—Tiene problemas —dijo uno de los tractores.

—Tiene problemas —dijo el operador—. Le estoy hablando. Dice que tiene un problema con los controles.

Mientras el operador hablaba, el volador pasó por encima, zozobró y se estrelló a menos de cuatrocientos metros de distancia.

—¿Sigue hablando? —dijo el cuidador de campo.

—No.

Siguieron avanzando.

—Antes de que el volador se estrellase —dijo el operador, al cabo de diez minutos—, me ha dado información. Me ha dicho que en las montañas sigue habiendo algunos hombres con vida.

—Los hombres son más peligrosos que las máquinas —dijo el cantero—. Es una suerte que disponga de un buen suministro de material explosivo de fisión.

—Si solo hay unos cuantos hombres vivos en las montañas, es posible que no encontremos esa parte de las montañas —dijo un tractor—. Por tanto, podríamos no ver a esos hombres.

Al final del quinto día, llegaron al pie de las montañas. Activando los infrarrojos, comenzaron a ascender en fila india en la oscuridad, con el buldózer en cabeza, el cuidador de campo siguiéndole con torpeza, luego el cantero con el operador y el registrador a bordo y los tractores en la retaguardia. A cada hora que pasaba, el camino se hacía más empinado y avanzaban más lentamente.

—Vamos demasiado lentos —exclamó el registrador, encaramado al operador y dirigiendo su visión nocturna a las laderas que les rodeaban—. A este ritmo, no llegaremos a ninguna parte.

—Vamos todo lo rápido que podemos —dijo el cantero.

—Por tanto, no podemos ir más rápido —añadió el buldózer.

—Por tanto, eres demasiado lento —respondió el registrador. El cantero pilló un bache; el registrador perdió el equilibrio y chocó contra el suelo.

—¡Ayudadme! —gritó a los tractores mientras estos le evitaban con cuidado—. Tengo el giroscopio dislocado, por tanto no puedo levantarme.

—Por tanto debes permanecer ahí —dijo uno de los tractores.

—No tenemos reparador para repararte —gritó el cuidador de campo.

—Por tanto debo quedarme aquí y oxidarme —gritó el registrador—, a pesar de tener un cerebro Clase Tres.

—Por tanto ya no serás de utilidad —le dio la razón el operador, y siguieron avanzando gradualmente, dejando atrás al registrador.

Cuando llegaron a una pequeña meseta, una hora antes del alba, se detuvieron por mutuo acuerdo y se juntaron, tocándose.

—Este es un campo extraño —dijo el cuidador de campo.

El silencio los rodeó hasta la llegada del alba. Uno a uno, fueron desconectando los infrarrojos. Esta vez el cuidador de campo fue en cabeza cuando se movieron. Dando un giro, llegaron casi de inmediato a una pequeña hondonada por la que fluía una corriente.

Con la primera luz de la mañana la hondonada se mostraba desolada y fría. De las cuevas de la pendiente solo había salido un hombre. Era una figura abyecta. Exceptuando el saco que llevaba sobre los hombros iba desnudo. Era pequeño y estaba arrugado, las costillas se le marcaban como si fuese un esqueleto y tenía una llaga desagradable en la pierna. Se estremecía continuamente. Mientras las grandes máquinas se le acercaban, el hombre les daba la espalda de cuclillas, orinando en la corriente.

Cuando se volvió a mirar tenía las máquinas encima. Vieron que su figura estaba azotada por el hambre.

—Traedme comida —dijo con voz ronca.

—Sí, amo —dijeron las máquinas—. ¡Inmediatamente!

Los que se van de Omelas

URSULA K. LE GUIN

(1973)

El término *visionario* se puede aplicar a muy pocos escritores, pero la ficción intelectualmente provocadora de Ursula K. Le Guin le ha valido los elogios de los círculos literarios tanto como el de los campos de la ciencia ficción y la fantasía. Aunque ha realizado muchas aproximaciones diferentes a un amplio espectro de ideas, la piedra angular del conjunto de su distinguida obra es la serie de las novelas Hainish, ambientadas en distintos planetas de un imperio pangaláctico. Las culturas alienígenas de esos planetas comparten un origen común, pero con el tiempo se han desarrollado de maneras muy divergentes, de formas simultáneamente sorprendentes y sutiles. En esas historias, Le Guin yuxtapone los puntos de vista alienígenas y humanos con la intención de manifestar la pluralidad de perspectivas posibles en los temas tratados. Su novela ganadora del Hugo y el Nebula, *La mano izquierda de la oscuridad*, está ambientada en un planeta donde humanoides andróginos pueden cambiar impredeciblemente de identidad sexual durante la época del apareamiento, un proceso que socava las ideas preconcebidas de una identidad basada en diferencias sexuales. En las otras novelas Hainish (*El mundo de Rocannon*, *Planeta de exilio*, *La ciudad de las ilusiones*, *El nombre del mundo es bosque* y *The Telling*), Le Guin ha empleado civilizaciones contrastadas para medir el impacto de una gran variedad de elementos de la ciencia ficción, incluidos la telepatía, la comunicación instantánea y el viaje espacial. El otro ciclo de historias importante de Le Guin es la saga de Terramar, que incluye *Un mago de Terramar*, *Las tumbas de Atuan*, *La costa más lejana*, *Tehanu: el último libro de Terramar* y *Cuentos de Terramar*. Dichas novelas, que rompen las barreras entre la literatura para adultos y la literatura juvenil, cuentan la historia de la maduración de Ged, un aprendiz de mago que crece y, a lo largo de la saga, se enfrenta a muchos problemas como hombre y como mago. Le Guin ha recibido alabanzas por su comprensión de la importancia del ritual y el mito para dar forma a los individuos y las sociedades, así como por los detalles meticulosos con los que dota de vida sus culturas alienígenas. Ha escrito otras novelas, como *The Lathe of Heaven*, *Los desposeídos*, *Malafrena* y *El eterno regreso a casa*. Sus relatos breves han sido recopilados en *Las doce moradas del viento*; *Orsinian Tales*; *Buffalo Gals, Won't You Come Out Tonight* y *Cuatro caminos hacia el perdón*. Le Guin también ha escrito muchos ensayos famosos sobre el arte de la fantasía y la ciencia ficción, algunos de los cuales están recopilados en *The Language of the Night* y

Con un estruendo de campanas, que obligaba a las golondrinas a alzar el vuelo, el Festival de Verano llegaba a la ciudad de Omelas, de relucientes torres junto al mar. Las banderas ondeaban en los aparejos de los barcos del puerto. Los desfiles recorrían las calles, entre casas de tejados rojos y paredes pintadas, entre viejos jardines cubiertos de musgo y por avenidas arboladas, frente a los grandes parques y los edificios públicos. Algunos eran decorosos: ancianos con largas túnicas rígidas de color malva y gris; serios maestros gremiales, mujeres silenciosas, mujeres alegres cargadas con sus bebés y charlando mientras caminaban. En otras calles, la música era más rápida, una vibración de gongs y panderetas, y la gente iba bailando, la procesión era un baile. Los niños correteaban de un lado a otro, elevando sus gritos estridentes por encima de la música y los cantos como vuelos entrecruzados de golondrinas. Todos los desfiles se dirigían a la zona norte de la ciudad, donde en el gran prado Campos Verdes, chicos y chicas, desnudos en el aire brillante, con pies y tobillos enlodados, los brazos largos y ágiles, ejercitaban a los inquietos caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban arreos, excepto una brida sin bocado. Las crines estaban adornadas con serpentinas de plata, oro y verde. Resoplaban, caminaban y se pavoneaban unos frente a otros; estaban muy excitados, al ser el caballo el único animal que ha adoptado nuestras ceremonias como propias. A lo lejos, al norte y al oeste, las montañas se alzaban abrazando Omelas frente a la bahía. El aire de la mañana era tan limpio que la nieve que todavía coronaba los Dieciocho Picos ardía con un fuego blanco y dorado a lo largo de los kilómetros de aire iluminado por el sol, bajo el azul oscuro del cielo. Soplaban el viento lo justo para hacer que las banderas que señalaban el recorrido de la carrera se agitasen y aleteasen de vez en cuando. En el silencio de los amplios prados verdes uno podía oír la música recorriendo las calles de la ciudad, a veces más cerca, a veces más lejos, pero siempre aproximándose, una alegre dulzura del aire que de vez en cuando se estremecía, se arremolinaba y se rompía por el jubiloso e inmenso repique de las campanas.

¡Alegre! ¿Cómo se describe la alegría? ¿Cómo describir a los ciudadanos de Omelas?

No eran, ante todo, personas simples, a pesar de ser felices. Pero hoy en día ya no usamos tan a menudo palabras alegres. Las sonrisas se han vuelto arcaicas. Con una descripción así, uno tiende a hacer ciertas suposiciones. Con una descripción así, uno tiende a buscar al rey, montado sobre un corcel magnífico y rodeado de sus nobles caballeros, o quizá tendido en una litera dorada cargada por esclavos de grandes músculos. No eran bárbaros. No conozco las reglas y leyes de su sociedad, pero sospecho que su número era muy reducido. Y de la misma forma que vivían sin monarquía y sin esclavitud, también se privaban de la bolsa de valores, de la publicidad, de la policía secreta y de la bomba. Pero repito que no era un pueblo

simple, no eran pastores cantarines, ni buenos salvajes, ni utópicos anodinos. No eran menos complejos que nosotros. El problema es que nosotros padecemos la mala costumbre, alentada por los pedantes y los intelectuales, de considerar la felicidad como algo más bien estúpido. Solo el dolor es intelectual, solo el mal es interesante. Ahí radica la traición del artista: negarse a aceptar la banalidad del mal y el terrible aburrimiento del dolor. Si no puedes ganar, únete a ellos. Si duele, repite. Pero alabar la desesperación es condenar el deleite, abrazar la violencia es perder todo lo demás. Ya casi lo hemos perdido todo; ya no podemos describir a un hombre feliz, ni celebrar ceremonias alegres. ¿Cómo puedo hablaros de la gente de Omelas? No eran niños ingenuos y felices; aunque la verdad es que sus hijos eran felices. Se trataba de adultos maduros, inteligentes y apasionados que no vivían una vida desdichada. ¡Milagro! Pero me gustaría poder describirla mejor. Me gustaría poder convencerlos. Tal como la describo, Omelas parece una ciudad de cuento de hadas, perdida en el pasado y en la distancia. Quizá sería mejor que la imaginaraís según vuestras fantasías, dando por supuesto que estén a la altura, porque ciertamente no puedo satisfacerlos a todos. Por ejemplo, ¿qué hay de la tecnología? Creo que no habría ni coches en las calles ni helicópteros en el aire; se deduce del hecho de que las gentes de Omelas son felices. La felicidad se sustenta en saber distinguir lo necesario de lo que no es ni necesario ni destructivo. Sin embargo, en la categoría intermedia —la de lo innecesario pero no destructivo, la de las comodidades, los lujos, la exuberancia, etcétera— bien podría haber calefacción central, metro, lavadoras y todo tipo de dispositivos maravillosos que todavía no se han inventado aquí; fuentes de luz flotantes, energía sin combustibles, una cura para el resfriado. O puede que no tengan nada de eso: no importa. Como deseáis. Yo me inclino por pensar que la gente de otras ciudades de la costa han llegado a Omelas durante los últimos días usando rápidos trenes y tranvías de dos pisos, y que la estación de trenes de Omelas es el edificio más hermoso de la ciudad, aunque más sencillo que el espléndido Mercado Agrícola. Pero incluso aceptando los trenes, me temo que por ahora, a algunos los de Omelas os parecen unos gazmoños. Sonrisas, campanas, desfiles, caballos... nada. Si así es, por favor, añadid una orgía. Si una orgía sirve de algo, no vaciléis. Sin embargo, no tengamos templos de los que salen hermosos y desnudos sacerdotes y sacerdotisas ya medio en éxtasis y dispuestos a copular con cualquier hombre o mujer, amante o extraño, que desee la unión con la profunda divinidad de la sangre, aunque esa fue mi primera idea. Pero la verdad es que sería mejor que no hubiese templos en Omelas... al menos, no templos con personas. Religión sí, clero no. Por supuesto que los hermosos seres desnudos pueden vagar por ahí, ofreciéndose como suflés divinos para saciar a los necesitados y extasiar la carne. Que se unan a los desfiles. Que las panderetas suenen sobre las cúpulas y que los gongs proclamen la gloria del deseo, y (y es un punto que no deja de tener su importancia) que los frutos de esos deliciosos rituales sean amados y que todos cuiden de ellos. Algo que sé que no hay en Omelas es culpa. ¿Pero qué más debería haber? Al principio creí que no

habría drogas, pero es una idea puritana. Para los que la aprecian, la insistente dulzura del *drooz* puede perfumar los caminos de la ciudad; el *drooz* que primero provoca una enorme ligereza y brillantez de mente y miembros, luego algunas horas de una languidez soñadora y, como colofón, visiones maravillosas de los secretos más ocultos y recónditos del Universo, además de estimular el placer sexual más allá de lo increíble; y no crea adicción. Para los gustos más sencillos creo que debería haber cerveza. ¿Qué más, qué más debe haber en la alegre ciudad? La sensación de victoria, por supuesto, la celebración del valor. Pero de la misma forma que pasamos sin clero, vamos a pasar sin soldados. La alegría sustentada sobre una masacre ejecutada con éxito no es la alegría adecuada; no nos bastará; es temerosa y trivial. Una satisfacción ilimitada y generosa, un triunfo magnífico que se siente no contra algún enemigo exterior sino en comunión con lo mejor y más elevado del alma de todos los hombres y el esplendor de todos los veranos del mundo: eso es lo que hincha el corazón de las gentes de Omelas, y la victoria que celebran es la de la vida. La verdad es que no creo que a muchos de ellos les haga falta tomar *drooz*.

La mayor parte de los desfiles ya ha llegado a Campos Verdes. El olor maravilloso de la comida emana de las tiendas rojas y azules de los proveedores. Las caras de los niños pequeños están afablemente pegajosas; en las benignas barbas grises de los hombres se enredan un par de trozos de tarta. Los jóvenes cabalgan sus monturas y empiezan a formar la línea de salida. Una anciana, bajita y gorda entrega riendo flores que toma de un cesto, y los altos jóvenes se colocan las flores en el reluciente pelo. Un niño de unos nueve o diez años está sentado junto a la multitud, solo, tocando una flauta de madera. La gente se detiene a escucharle, le sonríen pero no le hablan, porque él nunca deja de tocar y no les ve, sus ojos oscuros están completamente atrapados en la magia dulce y tenue de la música.

Termina y lentamente baja las manos, sosteniendo la flauta de madera.

Como si ese silencio privado fuese una señal, las trompetas suenan a la vez desde el pabellón cercano a la línea de salida: imperiosas, melancólicas, desgarradoras. Los caballos se encabritan sobre sus patas delgadas y algunos relinchan en respuesta. De rostros serios, los jóvenes jinetes acarician los cuellos de los caballos y los tranquilizan susurrándoles: «Tranquilo, tranquilo, mi hermosura, mi esperanza...». Van formando una línea en la salida. La multitud que flanquea el recorrido de la carrera forma como un campo de hierba y flores al viento. El Festival de Verano ha comenzado.

¿Os lo creéis? ¿Aceptáis el festival, la ciudad, la alegría? ¿No? Entonces, permitidme describir un detalle más.

En el sótano de uno de los hermosos edificios públicos de Omelas, o quizás en la bodega de una de las espaciosas casas privadas, hay una habitación. Tiene una puerta cerrada con llave y no hay ventanas. Un poco de luz polvorienta penetra por los intersticios de las tablas, proveniente de una ventana cubierta de telarañas de algún otro lugar del sótano. En una esquina de la pequeña habitación hay un par de

fregonas, con cabezas rígidas, apelmazadas y malolientes, colocadas cerca de un cubo oxidado. El suelo es de tierra, algo húmedo al tacto, como suele pasar con la tierra de los sótanos. La habitación mide unos tres pasos de largo y dos de ancho: un simple armario o un cuarto de herramientas en desuso. En la habitación hay un niño sentado. Podría ser un chico o una chica. Aparenta unos seis años, pero en realidad tiene casi diez. Es débil mental. Quizá naciese con ese defecto, o quizá se ha vuelto imbécil a causa del miedo, la malnutrición y el abandono. Se mete el dedo en la nariz y en ocasiones juguetea sin darse cuenta con los dedos de los pies o los genitales, mientras permanece sentado en la esquina opuesta al cubo y las fregonas. Les tiene miedo a las fregonas. Las encuentra horribles. Cierra los ojos, pero sabe que las fregonas siguen allí, y que la puerta está cerrada con llave, y que no entrará nadie. La puerta está siempre cerrada con llave y nunca entra nadie, excepto que en ocasiones —el niño no sabe nada del tiempo y de los intervalos—, en ocasiones la puerta se agita terriblemente y se abre, y allí ve a una persona o a varias personas. Puede que una persona entre y le dé una patada para obligarle a ponerse en pie. Los otros jamás se acercan, sino que miran con ojos temerosos y asqueados. El cuenco de la comida y el jarro de agua se llenan con rapidez, la puerta se cierra con llave, los ojos desaparecen. La gente de la puerta nunca dice nada, pero el niño, que no siempre ha vivido en la habitación y puede recordar la luz del sol y la voz de su madre, en ocasiones habla. «Seré bueno —dice—. Por favor, déjenme salir. ¡Seré bueno!». Nunca le responden. Antes, por las noches, el niño gritaba pidiendo ayuda y lloraba mucho, pero ya solo emite una especie de quejido, «eh-haa, eh-haa», y cada vez habla menos. Está tan delgado que no tiene pantorrillas; le sobresale el vientre; vive con medio cuenco de maíz y grasa al día. Está desnudo. Sus nalgas y muslos son una masa de llagas supurantes y siempre está sentado sobre sus propios excrementos.

Todos saben de él, todos los habitantes de Omelas. Algunos han ido a verle, otros se contentan simplemente con saber que está ahí. Todos saben que debe estar ahí. Algunos comprenden la razón y otros no, pero todos entienden que su felicidad, la belleza de su ciudad, el cariño de sus amistades, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus estudiosos, la habilidad de sus artesanos, incluso la abundancia de sus cosechas y la bondad del clima en sus cielos dependen totalmente de la abominable desdicha de ese niño.

A los niños habitualmente se les explica cuando tienen entre ocho y doce años, cuando parecen capaces de comprenderlo; y la mayoría de los que van a ver al niño son jóvenes, aunque a menudo los adultos van, o vuelven, a ver al niño. No importa lo bien que se lo hayan explicado, la visión siempre conmociona y asquea a esos jóvenes espectadores. Sienten repugnancia, emoción que creían superada. Sienten furia, indignación, impotencia, a pesar de las explicaciones. Les gustaría hacer algo por el niño. Pero no pueden hacer nada. Si el niño saliese de ese lugar vil para ir a la luz del sol, si se le limpiase, se le confortase o se le alimentase, se trataría efectivamente de un buen gesto; pero de hacerse, en ese día y en esa hora toda la

prosperidad, la belleza y el deleite de Omelas se marchitarían y desaparecerían. Esos son los términos. Sería cambiar todo el bien y la gracia de la vida en Omelas por esa pequeña mejora insignificante: negar la felicidad a miles por la posibilidad de felicidad de uno: eso sería permitir la entrada de la culpa entre las murallas.

Los términos son estrictos y absolutos; ni siquiera se puede pronunciar una palabra amable dirigida al niño.

A menudo esos jóvenes regresan a casa llorando, o invadidos por una furia sin lágrimas, tras ver al niño y enfrentarse a esa terrible paradoja. Es posible que lo mediten durante semanas o años. Pero con el paso del tiempo comienzan a entender que incluso si fuese posible liberar al niño, este no sabría disfrutar de su libertad: obtendría un vago placer del calor y la comida, sin duda, pero poco más. Está demasiado degradado y es demasiado imbécil para conocer la verdadera felicidad. Lleva demasiado tiempo asustado para poder librarse del miedo. Sus modales son demasiado bastos para responder al trato humano. Es más, después de tanto tiempo, probablemente sería un desgraciado si no le rodeasen muros para protegerle, si no hubiese oscuridad en sus ojos y si no tuviese sus propios excrementos para sentarse. Sus lágrimas ante la amarga injusticia comienzan a secarse cuando comienzan a entender y a aceptar la terrible justicia de la realidad. Y quizá sean esas lágrimas y esa furia, la prueba a la que han sometido su generosidad y la aceptación de su indefensión, las verdaderas fuentes del esplendor de sus vidas. No se trata de una felicidad insípida e irresponsable. Saben que ellos, al igual que el niño, no son libres. Conocen la compasión. Es la existencia del niño, y el saber de su existencia, lo que hace posible la nobleza de su arquitectura, la sensibilidad de su música, la profundidad de su ciencia. Es por el niño que tratan tan bien a los niños. Saben que si los desdichados no estuviesen llorando en la oscuridad, el otro, el flautista, no podría producir su alegre música mientras los jóvenes jinetes se alinean hermosos para la carrera bajo la luz del sol de la primera mañana de verano.

¿Creéis ahora en ellos? ¿Os resultan más creíbles? Pero tengo algo más que contaros y resulta de lo más increíble.

En ocasiones, uno de los adolescentes que va a ver al niño no regresa a casa llorando o furioso, es más, ni siquiera vuelve a casa. En ocasiones, incluso un hombre o una mujer mayores guardan silencio durante un día o dos y luego abandonan sus hogares. Esas personas salen a la calle y la recorren a solas. Siguen caminando y salen por completo de la ciudad de Omelas, atravesando sus hermosas puertas. Atraviesan caminando los campos de Omelas. Cada una de esas personas camina sola, chico o chica, hombre o mujer. Cae la noche; el viajero debe atravesar las calles del pueblo, entre casas con ventanas iluminadas de amarillo, e internarse en la oscuridad de los campos. Individualmente, se dirigen al oeste o al norte, hacia las montañas. Siguen avanzando. Abandonan Omelas, penetran decididamente en la oscuridad y no regresan. El lugar al que van es un lugar para muchos de nosotros todavía más difícil de imaginar que la ciudad de la felicidad. No puedo describirlo en

absoluto. Es posible que no exista. Pero ellos, los que abandonan Omelas, parecen saber adónde van.

Luna inconstante

LARRY NIVEN

(1971)

Larry Niven obtuvo sus credenciales como maestro de la ciencia ficción dura con su novela, ganadora del premio Nebula, *Mundo anillo*, sobre un cuerpo planetario en forma de cinta con un radio de más de un millón y medio de kilómetros y una circunferencia de poco menos de mil millones de kilómetros que rodea una estrella remota y plantea grandes problemas técnicos de navegación y huida para sus habitantes humanos. La novela y sus continuaciones *Ingenieros de Mundo anillo* y *Trono de Mundo anillo* forman parte de la vasta saga Cuentos del Espacio Conocido, una aclamada historia futura de la humanidad poblando el espacio interestelar que ha permitido la exploración de un amplio abanico de temas como las culturas alienígenas, la inmortalidad, el viaje en el tiempo, la terraformación, la ingeniería genética y el teletransporte. Las novelas *The World of Ptavvs*, *A Gift from Earth*, *Protector*, *The Patchwork Girl*, *Los árboles integrales* y *The Smoke Ring*, así como las recopilaciones de historias *Neutron Star*, *The Shape of Space*, *Crashlander* y *Flatlander* construyen una historia épica de mil quinientos millones de años que integra tecnologías innovadoras con vistosos desarrollos de culturas alienígenas e interacción entre humanos y extraterrestres. El atractivo de la invención de Niven se puede valorar por los siete volúmenes de la serie de antologías *Man-Kzin Wars*, que ha atraído a sus colegas de la ciencia ficción dura, incrementando su plausibilidad por medio de una visión compartida. Niven también ha escrito la novela *Un mundo fuera del tiempo*, una proyección al futuro lejano en el que la evolución humana conduce a la inmortalidad, y la serie de historias de misterio en clave de ciencia ficción recopiladas en *The Long ARM of Gil Hamilton*. Buena parte de sus novelas las ha escrito en colaboración. *La paja en el ojo de Dios*, en colaboración con Jerry Pournelle, es una espléndida historia de primer contacto sobre el descubrimiento accidental de una especie alienígena decidida a sembrar nuestro sistema solar con una población enorme. Niven y Pournelle también han escrito una continuación, *El tercer brazo*, la novela de desastres *El martillo de Lucifer* e *Inferno*, que transporta a un escritor de ciencia ficción al infierno de Dante. Con Steve Barnes, Niven ha escrito *Dream Park*, *The Barsoom Project* y *The Voodoo Game*, ambientadas todas en un parque de atracciones del futuro en el que realidades imaginarias se manifiestan a través de la realidad virtual. Niven también ha escrito una serie de fantasías que tratan de la magia primitiva, como por ejemplo *The Magic Coes Away* y *Time of the Warlock*.

I

El cambio llegó mientras veía las noticias, como un movimiento entrevisto con el rabillo del ojo. Me giré hacia la ventana del balcón. Fuese lo que fuese, era demasiado tarde para verlo.

Esa noche la luna estaba muy brillante.

De eso me di cuenta, sonreí y me volví. Johnny Carson daba comienzo al monólogo.

Con el primer anuncio, me puse en pie para recalentar el café. Al acercarse la medianoche los anuncios aparecían en series de tres o cuatro. Tenía tiempo.

La luz de la luna me llamó la atención en el camino de vuelta. Si ya estaba brillante antes, ahora lo estaba todavía más. Era hipnótico. Abrí las puertas deslizantes y salí al balcón.

El balcón era poco más que una cornisa con barandilla, con el espacio justo para un hombre, una mujer y una barbacoa portátil. Las vistas, durante los últimos meses, habían sido una preciosidad, sobre todo cerca de la puesta de sol. La Compañía Eléctrica estaba levantando un edificio de oficinas de esos recubiertos todos de vidrio. Por el momento no era más que una estructura abierta de vigas de acero. Oscuro contra el cielo rojo de la puesta de sol, tendía a provocar un efecto severo, surrealista y tremendamente impresionante.

Esa noche...

Nunca había visto la luna tan brillante, ni siquiera en el desierto.

«Tan brillante que podrías leer —pensé, e inmediatamente me dije—: Pero no es más que una ilusión». La luna nunca es mayor (había leído en alguna parte) que una moneda de 25 centavos sostenida a poco menos de tres metros. Es imposible que tuviese brillo suficiente para leer.

¡Solo estaba en tres cuartos!

Pero, reluciendo sobre la autopista San Diego dirección oeste, la luna incluso apagaba los faros de los coches. Parpadeé frente a esa luz, y pensé en los hombres caminando por la luna, dejando pisadas arrugadas. En una ocasión, por un artículo que estaba escribiendo, se me permitió sostener un trozo reseco de roca lunar en la mano...

Oí que el programa empezaba de nuevo y entré. Pero al mirar por encima del hombro, vi que la luna ganaba todavía más brillo... como si acabase de salir de detrás de las nubes.

Era una luz que penetraba en el cerebro, una luz lunática.

El teléfono sonó cinco veces antes de que ella contestase.

—Hola —dije—. Escucha...

—Hola —dijo Leslie todavía medio dormida, quejándose. Maldita sea. Había esperado que estuviese viendo la tele, como yo.

—No grites ni nada —dije—. Tengo una razón para llamarte. Estás en la cama, ¿no? Levántate... ¿te puedes levantar? —¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto.

—Oh, Dios.

—Ve al balcón y echa un vistazo.

—Vale.

El teléfono dio un golpecito. Esperé. El balcón de Leslie miraba al norte y al oeste, como el mío, pero se encontraba a diez pisos de altura, con lo que la vista era mejor.

A través de mi ventana, la luna ardía como un reflector con textura.

—¿Stan? ¿Estás ahí?

—Sí. ¿Qué crees que es?

—Es espléndido. Nunca he visto nada igual. ¿Qué podría iluminar la luna de esa forma?

—No lo sé, pero ¿no es espléndido?

—Se supone que tú eres el nativo. —Leslie se mudó aquí hace un año.

—Escucha, *nunca* he visto algo así. Pero hay una vieja leyenda —dije—. Una vez cada cien años la capa de contaminación de Los Ángeles se retira durante una única noche, dejando el aire tan transparente como el espacio interestelar. De esa forma, los dioses pueden ver si Los Ángeles sigue en su sitio. Si es así, vuelven a colocar la capa de contaminación para no tener que mirarla.

—Yo antes sabía esas cosas. Bien, escucha, me alegro de que me hayas despertado, pero mañana tengo que ir a trabajar.

—Pobrecita.

—Así es la vida. Buenas noches.

—Buenas noches.

A continuación, me quedé sentado en la oscuridad, intentando pensar en alguien más a quien llamar. Llamo a una mujer a medianoche, invítala a salir y a mirar a la luz de la luna... y puede que crea que es romántico o puede que se ponga furiosa, pero no va a pensar que has llamado a otras seis.

Así que pensé en algunos nombres. Pero sus propietarias se habían alejado en los últimos años, después de que yo me dedicase a pasar todo mi tiempo con Leslie. No se les podía echar en cara. Y ahora Joan estaba en Tejas, Hildy se iba a casar y, si llamaba a Louise, probablemente también acabase hablando con Gordie. ¿La inglesa? Pero no me acordaba de su número. Ni de su apellido.

Además, todos mis conocidos entraban temprano a trabajar. Yo trabajaba para ganarme la vida pero, como escritor, escogía el horario. Si despertaba a alguien le estaría destrozando la mañana. Ah, qué se le iba a hacer...

El programa de Johnny Carson era un remolino gris y un rugido de estática cuando entré en el salón. Apagué el aparato y regresé al balcón.

La luna era más brillante que el torrente de faros de la autopista, más brillante que Westwood Village a la derecha. Las montañas Santa Mónica tenían un resplandor mágico y perlado. No había estrellas cerca de la luna. Las estrellas no podían sobreponerse a aquel resplandor.

Me ganaba la vida escribiendo artículos científicos y prácticos.

Tendría que haber sido capaz de deducir qué hacía que la luna se comportase de aquella manera. ¿Podía ser que hubiese crecido de pronto? ¿Qué se hubiese inflado como un globo? No.

Estaba más cerca, quizá. ¿La luna se caía?

¡Mareas! ¡Olas de quince metros... y terremotos! ¡La falla de San Andrés abriéndose como el Gran Cañón! Subirme al coche, dirigirme a las colinas... no, ya era demasiado tarde...

Tonterías. La luna era más brillante, no más grande. Eso estaba claro. ¿Y qué iba a echarme la luna sobre la cabeza en tal caso?

Parpadeé y la luna dejó una imagen persistente en la retina. Era *así* de brillante.

Debía de haber un millón de personas mirando la luna, preguntándose lo mismo que yo. Un artículo sobre aquel asunto se vendería... si lo escribía antes que nadie...

Debía de haber una explicación simple y evidente.

Bien, ¿cómo podía incrementarse el brillo de la luna? La luz de la luna era luz solar reflejada. ¿Era posible que el sol se hubiese vuelto más brillante? Habría tenido que suceder después de la puesta de sol, claro, o alguien se hubiese dado cuenta.

No me gustó esa idea.

Además, la mitad de la Tierra se encontraba bajo la luz del sol. Mil corresponsales de *Life*, *Time*, *Newsweek* y *Associated Press* estarían llamando desde Europa, Asia, África... a menos que todos estuviesen refugiados en los sótanos. O muertos. O que fuesen incapaces de comunicarse porque el sol estaba cubriéndolo todo de estática, los sistemas de radio y teléfono y la tele... La televisión. Oh, Dios mío.

Apenas empezaba a tener miedo.

Vale, empecemos de nuevo. La luna se ha vuelto mucho más brillante. La luz de la luna, bien, la luz de la luna no es más que luz solar reflejada; cualquier idiota lo sabía. Por tanto... al sol le había pasado algo.

II

—¿Hola?

—Hola. Soy yo —dije y luego se me paralizó la garganta. ¡Pánico!

¿Qué iba a *decirle*?

—He estado contemplando la luna —dijo soñadora—. Es maravillosa. Incluso he intentado usar el telescopio, pero no he podido ver nada; brilla demasiado. Ilumina toda la ciudad. Las colinas están teñidas de plata. —Cierto, tenía un telescopio en el balcón. Lo había olvidado—. He intentado dormir —dijo—. Hay demasiada luz.

La garganta volvió a funcionar.

—Escucha, Leslie, cariño, he estado pensando en que te he despertado y que probablemente no habrías podido volver a dormir, por la luz. Así que salgamos a tomar un tentempié de medianoche.

—¿Estás trastornado?

—No, lo digo en serio. De verdad. Esta no es una noche para dormir. Puede que nunca volvamos a ver una noche como esta. A la porra la dieta. Vamos a celebrarlo. Helado de vainilla con chocolate caliente, café irlandés ...

—Eso es diferente. Voy a vestirme.

—Iré de inmediato.

Leslie vivía en el decimocuarto piso del edificio C de Barrington Plaza. Llamé y esperé.

Y esperando, me pregunté sin impaciencia: ¿por qué Leslie? Debía de haber otras formas de pasar mi última noche sobre la Tierra que no fueran con una mujer en concreto. Podría haber escogido a otra mujer en concreto, o incluso a varias mujeres no tan en concreto, excepto que en realidad ese no era mi caso, ¿no? O podría haber llamado a mi hermano, o a cualquiera de mis parejas de padres...

Vale, pero mi hermano Mike hubiese exigido que le diera una buena razón para que le sacase de la cama a medianoche.

—Pero Mike, la luna está tan hermosa... —Nada. Y cualquiera de mis cuatro padres hubiese reaccionado de forma similar. La verdad es que tenía una buena razón, ¿pero me habrían creído?

Y si me creían, ¿luego qué? Hubiese acabado organizando una especie de funeral. Que lo pasasen durmiendo. Lo que deseaba era alguien que se uniese a mí... Una fiesta de despedida sin plantear las preguntas equivocadas.

Quería a Leslie. Llamé otra vez.

Ella abrió una rendija de la puerta. Iba en ropa interior. Una faja rígida y deformada me acarició la espalda cuando la abracé.

—Estaba a punto de ponérmela.

—Entonces, he llegado justo a tiempo. —Le quité la faja y la tiré.

Me agaché para pasarle los brazos bajo las costillas, me enderecé con esfuerzo y fui al dormitorio con sus pies colgando a la altura de mis talones.

Tenía la piel fría. Debía de haber estado fuera.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Crees que puedes competir con un helado de vainilla con chocolate caliente?

—Por supuesto. Mi orgullo lo exige. —Los dos estábamos sin aliento. En una ocasión había intentado levantarla en brazos, al estilo convencional de las películas. Casi me parto la espalda. Leslie era una chica grande, de mi altura y casi demasiado ancha de caderas.

Nos tendimos en la cama, uno junto al otro. Pasé ambas manos para hacerle cosquillas en la espalda, sabiendo que ese gesto la dejaría indefensa para resistírseme, *ah jajajajaja*. Emitió soniditos de placer para indicarme dónde hacerle cosquillas. Me llevó la camisa hasta los hombros y se puso a acariciarme la espalda.

Nos fuimos quitando las prendas, al azar, dejándolas caer por el borde de la cama. La piel de Leslie ya estaba cálida, casi caliente...

Vale, es por eso que no podría haber escogido a otra mujer. Hubiese tenido que enseñarle a hacer cosquillas. Y, simplemente, no había tiempo.

Algunas noches sufro la tendencia nerviosa de acelerar el encuentro. Esta noche ejecutábamos un ritual, un rito de paso. Intenté ir muy despacio para que durase. Intenté que a Leslie le gustase más. El resultado fue increíble. Me olvidé de la luna y del futuro cuando Leslie apoyó sus talones en la parte posterior de mis rodillas y nos movimos siguiendo el ritmo antiguo.

Pero la imagen que me llegó durante el clímax fue intensa y aterradora. Estábamos en el centro de un círculo de fuego azul que se cerraba como un dogal. Si gemí de terror y éxtasis, ella debió de creer que fue solo de éxtasis.

Nos quedamos tendidos uno al lado del otro, somnolientos, letárgicos, juntos. Me dieron ganas de dormir, de faltar a la promesa, dormir y dejar que Leslie durmiese... En lugar de eso le susurré al oído:

—Helado de vainilla con chocolate caliente. —Sonrió, se movió y acabó saliendo de la cama.

No le permití ponerse la faja.

—Es más de medianoche. Nadie va a ligar contigo, porque yo le daría una paliza al malvado, ¿no? Por tanto, ¿por qué no ir cómodos? —Rio y cedió. Nos abrazamos una vez, con fuerza, en el ascensor. Resultaba mucho mejor sin la faja.

III

La camarera de pelo gris estaba contenta y emocionada. Le relucían los ojos. Nos habló como si nos contase un secreto.

—¿Habéis visto la luz de la luna?

Ship's estaba bastante lleno a esa hora de la noche y muy cerca de la UCLA. La mitad de los clientes eran estudiantes universitarios. Hablaban en voz baja, girándose para mirar por las cristaleras del restaurante abierto las veinticuatro horas. La luna estaba baja en el oeste, tanto como para competir con las farolas.

—La hemos visto —dije—. Lo estamos celebrando. Ponnos dos helados de vainilla con chocolate caliente, por favor. —Cuando se volvió le coloqué un billete de diez dólares bajo el salvamanteles de papel. No es que los fuese a gastar pero al menos disfrutaría del placer de descubrirlos. Yo tampoco iba a gastarlos.

Me sentía libre, despreocupado. Muchos problemas parecían haberse resuelto de pronto.

¿Quién iba a pensar que en una única noche llegaría la paz a Vietnam y a Camboya?

Había empezado como a las once y media en California. Por lo tanto el sol del mediodía estaba en algún punto sobre el mar Arábigo y casi toda Asia, Europa, África y Australia se encontraban bajo la luz solar directa.

Alemania ya se habría reunificado. Las ondas de choque habrían fundido o derribado el Muro. Los israelíes y los árabes habrían abandonado las armas. En África ya no habría *apartheid*.

Y yo era libre. Para mí ya no había más consecuencias. Esa noche podría satisfacer todos mis impulsos tenebrosos: robar, matar, mentir en la declaración de hacienda, lanzar ladrillos a los escaparates, quemar las tarjetas de crédito. Podía olvidarme del artículo sobre moldes metálicos explosivos que debía entregar el jueves. Esa noche podía cambiar las píldoras de Leslie por caramelos de canela. Esa noche...

—Creo que voy a fumarme un cigarrillo. Leslie me miró extrañada.

—Creía que lo habías dejado.

—¿Te acuerdas? Me dije que si algún día sentía el impulso irresistible, me fumaría un cigarrillo. Lo hice porque no podía soportar la idea de no volver a fumar.

Rio.

—¡Pero llevas meses sin hacerlo!

—¡Pero siguen sacando anuncios de tabaco en las revistas!

—Es una conspiración. Vale, fúmame el cigarrillo.

Metí las monedas en la máquina, vacilé ante las diversas opciones y al final escogí uno medio con filtro. No es que me apeteciese un cigarrillo. Pero algunos acontecimientos exigen champán y otros cigarrillos. Está el tradicional último cigarrillo ante el pelotón de fusilamiento...

Lo encendí. «Por el cáncer de pulmón».

Sabía tan bien como lo recordaba; aunque el sabor era ligeramente rancio, como llenarse la boca de colillas. La tercera calada me produjo un efecto extraño. Se me desenfocaron los ojos y todo se acalló. Oía el pulso en la garganta.

—¿Qué tal sabe?

—Extraño. Estoy colocado —dije.

¡Colocado! Hacía quince años que no oía esa palabra. En el instituto fumábamos para lograr ese colocón, la semiborrachera provocada por la contracción de los capilares en el cerebro. El colocón había desaparecido al cabo de unas cuantas veces, pero la mayoría de nosotros había seguido fumando...

Lo apagué. La camarera traía los helados.

Caliente y frío, dulce y amargo; no había sabor como el de un helado de vainilla con chocolate caliente. Morir sin probarlo por última vez hubiese sido una vergüenza. Pero con Leslie era un símbolo de la vida plena. Verla comer era más divertido que comer yo.

Además... Había apagado el cigarrillo para probar el helado. Ahora, en lugar de saborear el helado ya pensaba en el café irlandés.

Tan poco tiempo...

El plato de Leslie estaba vacío.

—Ahhh —susurró, y se tocó en el ombligo.

Un cliente de una de las mesas pequeñas se estaba volviendo loco. Le había visto entrar. Un tipo delgado con pinta de académico, patillas y gafas de montura metálica. Se había estado girando continuamente para mirar la luna. Como otros en otras mesas, parecía trastornado por ese raro y encantador fenómeno natural.

Y luego lo comprendió. Vi cómo cambiaba de cara, primero con suspicacia, luego con incredulidad y al final con horror, horror y desesperación.

—Vámonos —le dije a Leslie. Dejé las monedas sobre el mostrador y me puse en pie.

—¿No te quieres acabar el tuyo?

—No. Tenemos cosas que hacer. ¿Qué tal un café irlandés?

—¿Y un Pink Lady para mí? ¡Oh, mira! —Se giró por completo.

El académico se subía a una mesa. Se equilibró, abrió los brazos y aulló:

—¡Mirad por las ventanas!

—¡Baja de ahí! —le exigió una camarera, tirándole enfáticamente de la pernera.

—¡El mundo se acaba! Muy lejos, al otro lado del mar, hay muerte y fuego ...

Pero nosotros ya habíamos salido, riendo al correr. Leslie jadeó.

—¡Puede que... hayamos escapado... de un motín religioso!

Pensé en los diez que le había dejado a la camarera. Ahora no le harían bien a nadie. Dentro, un profeta gritaba su mensaje catastrofista a todo el que le escuchase. La mujer de pelo gris y ojos relucientes encontraría el dinero y pensaría: «Ellos también lo sabían».

Los edificios bloqueaban la luna desde el aparcamiento del Granero Rojo. Las luces de la calle y el brillo lunar indirecto eran más o menos del mismo color. La noche solo parecía un poco más clara de lo habitual.

No comprendía por qué Leslie se había detenido de pronto en el camino de entrada. Pero seguí su mirada, directamente hasta donde una estrella ardía muy brillante al sur del cenit.

—Bonito —dije.

Me dedicó una mirada muy peculiar.

No había ventanas en el Granero Rojo. Luz artificial muy baja, mucho más baja que la curiosa luz fría del exterior, iluminando madera oscura y clientes tranquilos y alegres. Nadie parecía consciente de que esa noche era diferente a cualquier otra noche.

La escasa clientela del martes por la noche estaba congregada sobre todo alrededor del piano. Un cliente tenía el micrófono. Cantaba una canción que me resultaba familiar con una voz vacilante y débil, mientras el pianista negro sonreía y tocaba.

Pedí dos cafés irlandeses y un Pink Lady. Ante la mirada inquisitiva de Leslie me limité a sonreír misteriosamente.

Qué normal parecía el Granero Rojo. Qué relajado; qué feliz. Nos cogimos de la mano. Yo sonreía y tenía miedo de hablar. Si rompía el hechizo, si me equivocaba...

Llegaron las bebidas. Levanté el café irlandés. Azúcar, *whisky* irlandés y café fuerte, con nata por encima. Recorrió mi cuerpo como una poción mágica de fuerza: oscuro, caliente y poderoso.

La camarera rechazó nuestro dinero.

—¿Ven a ese hombre del jersey de cuello alto que está junto al piano? Invita —dijo con deleite—. Entró hace dos horas y le dio al camarero un billete de cien dólares.

Así que ese era el origen de la felicidad. ¡Bebidas gratis! Me giré, preguntándome qué estaría celebrando el tipo.

Un hombre de cuello grueso y hombros anchos con un jersey de cuello alto y chaqueta deportiva estaba sentado solo, con un vaso ancho de bar bien agarrado en una mano. El pianista le ofreció el micro y él lo rechazó, y entonces le pude ver bien la cara. Un rostro fuerte y cuadrado, ahora borracho, desdichado y asustado. Estaba a punto de llorar de miedo.

Así que ya sabía lo que celebraba. Leslie hizo una mueca.

—No han preparado bien el Pink Lady.

Hay un bar en el mundo donde prepararan el Pink Lady tal como le gusta a Leslie, y no está en Los Ángeles. Le pasé el otro café irlandés con una sonrisa de «ya te lo advertí». Obligándome a sonreír. El miedo del tipo era contagioso. Ella me devolvió la sonrisa, alzó el vaso y dijo:

—Por la luz azul de la luna.

Alcé el vaso y bebí. Pero no era el brindis que yo hubiese escogido.

El hombre del jersey de cuello alto se bajó de la banqueta. Se dirigió con mucho cuidado hacia la puerta, con un rumbo tan lento y tan recto como el de un transatlántico dispuesto a atracar. Abrió completamente la puerta y se volvió, sosteniéndola abierta de forma que la extraña luz azulada recortase su ancha silueta.

Cabrón. Esperaba a que alguien se diese cuenta, que gritase la verdad a los demás. *Fuego y destrucción...*

—¡Cierra la puerta! —gritó alguien.

—Es hora de que nos vayamos —dije en voz baja.

—¿Qué prisa hay?

¿Qué prisa? ¡El tipo podía *hablar!* Pero *eso* no podía decírselo... Leslie me cogió la mano.

—Lo sé. Lo sé. Pero no podemos escapar corriendo, ¿verdad? Un puño me atrapó el corazón. Ella lo sabía, ¿y yo no me había dado cuenta?

La puerta se cerró, dejando el Granero Rojo en una penumbra rojiza. El hombre que había invitado se había ido.

—Oh, Dios. ¿Cuándo te has dado cuenta?

—Antes de que llegaras —dijo—. Pero cuando he intentado comprobarlo, no he podido.

—¿Comprobarlo?

—He salido al balcón y he enfocado el telescopio hacia Júpiter. Estas noches Marte está bajo el horizonte. Si el sol se ha vuelto nova, todos los planetas deberían estar iluminados como la luna, ¿no?

—Cierto. Maldita sea. —Tendría que haberseme ocurrido a mí.

Pero Leslie era la que observaba las estrellas. Yo sabía un poco de astrofísica, pero no podría haber encontrado Júpiter ni para salvar la vida.

—Pero Júpiter no estaba más brillante de lo habitual. Así que no supe *qué* pensar.

—Pero entonces... —Sentí la esperanza renaciendo cegadora. Luego lo recordé—. Esa estrella, justo arriba. La que mirabas.

—Júpiter.

—Está iluminado como un puto neón. Bien, eso lo confirma.

—Baja la voz.

Había estado hablando en voz baja. Pero durante un momento de locura deseé subirme a la mesa y gritar. Fuego y destrucción... ¿Qué derecho tenían a no saberlo?

Leslie me apretó la mano. El deseo pasó. Me quedé temblando.

—Salgamos de aquí. Dejemos que piensen que habrá un amanecer.

—Eso es. —La risa de Leslie era amarga, como un ladrido, como nada que le hubiese oído. Salió mientras yo pescaba la cartera... hasta que recordé que no hacía falta.

Pobre Leslie. Encontrar Júpiter como siempre debía de haber sido un alivio...

hasta que esa chispa blanca se había encendido en toda su gloria hora y media más tarde. Una hora y media para que la luz del sol llegase a la Tierra después de pasar por Júpiter.

Cuando llegué a la puerta, Leslie corría Westwood abajo hacia Santa Mónica. Maldije y corrí tras ella, preguntándome si de pronto se había vuelto loca.

Luego vi las sombras delante. A lo largo de la otra acera del bulevar Santa Mónica: sombras lunares, en un patrón horizontal de bandas oscuras y blanco azuladas.

Le di alcance en la esquina. La luna se ponía.

Una puesta de luna siempre es tremenda. Esa noche relucía a través de los huecos de cielo, bajo la autopista, terriblemente brillante, proyectando una increíble complejidad de líneas y sombras. Incluso el creciente en sombras relucía de un blanco perlado debido a la luz reflejada por la Tierra.

Lo que me indicó todo lo que precisaba saber sobre el lado iluminado de la Tierra.

¿Y en la luna? Los hombres de Apolo 19 seguramente habían muerto en los primeros minutos de luz de nova. Atrapados en una planicie lunar, ocultos quizá tras una roca que se fundía... ¿O se encontraban en el lado oscuro? No podía recordarlo. Demonios, era posible que nos sobreviviesen a todos. Sentí algo de envidia y odio.

Y orgullo. Los habíamos puesto allí. Llegamos a la luna antes de la nova. Un poco más y habríamos llegado a las estrellas.

El disco cambió de forma al ponerse. Una bóveda, un platillo volante, una lente, una línea...

Desapareció.

Desapareció. Bien, ya estaba. Ahora podíamos olvidarlo; ahora podíamos caminar al aire libre sin tener el constante recordatorio de que algo iba *mal*. La puesta de luna había eliminado todas las sombras fantasmagóricas de la ciudad.

Pero las nubes relucían de forma extraña. Como relucen las nubes tras la puesta de sol, relucían de un blanco furioso en sus bordes orientales. Y corrían demasiado rápido por el cielo. Era como si estuviesen intentando huir...

Cuando me volví hacia Leslie, tenía las mejillas arrasadas de lágrimas.

—Oh, maldita sea, para. —La cogí del brazo—. Para. Para.

—No puedo. Sabes que cuando empiezo no puedo dejar de llorar.

—Esto no es lo que tenía en mente. Pensé que haríamos cosas que hemos estado retrasando, cosas que nos gustasen. Es nuestra última oportunidad. ¿Así es como quieres morir, llorando en una esquina?

—¡No quiero morir!

—¡Mala suerte!

—Muchas gracias. —Tenía el rostro rojo y contraído. Leslie lloraba como lloran los bebés, sin preocuparse de la dignidad o de las apariencias. Me sentía fatal. Me sentía culpable y *sabía* que la nova no era culpa mía, y me ponía furioso.

—¡Yo tampoco quiero morir! —le solté—. Muéstrame una forma de escapar y la

aprovecharé. ¿Adónde deberíamos ir? ¿Al Polo Sur? Simplemente morir llevará más tiempo. La luna debe de estar completamente fundida por el lado visible. ¿Marte? Cuando esto acabe Marte será parte del sol, como la Tierra. ¿Alfa Centauri? La aceleración que necesitaríamos nos untaría sobre la pared como mantequilla...

—Oh, calla.

—Vale.

—Hawai. Stan, podríamos llegar al aeropuerto en veinte minutos.

¡Ganaremos dos horas si vamos al oeste! ¡Dos horas antes de la salida del sol!

Tenía cierta lógica. ¡Dos horas valían cualquier precio! Pero ya lo había calculado antes, mirando a la luna desde el balcón.

—No. Moriríamos antes. Escucha, amor, vimos que la luna ganaba en brillo como a medianoche. Eso significa que California estaba en la parte posterior de la Tierra cuando el sol se convirtió en nova.

—Sí, eso es cierto.

—Entonces estamos lo más lejos posible de la onda de choque.

Parpadeó.

—No comprendo.

—Considéralo de esta forma. Primero el sol explota. Eso calienta aire y océanos, todo en un momento, por todo el lado diurno. El vapor y el aire supercalentados se expanden con *rapidez*. Una onda de choque ardiente se abalanza sobre el lado nocturno. Está acercándose ahora mismo. Como un dogal. Pero primero llegará a Hawai. Hawai está dos horas más cerca del sol.

—Entonces ni siquiera veremos el amanecer. Ni siquiera viviremos hasta entonces.

—No.

—Explicas las cosas tan bien —dijo con amargura—. Una onda de choque ardiente. Qué gráfico.

—Lo lamento. Lo he estado pensando demasiado. Preguntándome cómo sería.

—Bien, déjalo ya. —Se me acercó y apoyó la cara en mi hombro. Lloró con tranquilidad. La sostuve con un brazo y empleé el otro para acariciarle el cuello y contemplé las nubes rápidas sin pensar en cómo sería el final.

No pensé en el anillo de fuego que se cerraba sobre nosotros. En cualquier caso, no era la imagen adecuada.

Pensé en que los océanos debían de haber hervido en el lado diurno, por lo que para empezar la onda de choque debía de ser sobre todo de vapor. Pensé en los millones de kilómetros cuadrados de océano que debía atravesar. Cuando llegase, sería más fría y más húmeda y la rotación de la Tierra la haría girar como un remolino en la bañera.

Dos huracanes contrarios de vapor ardiente, uno en el norte y otro en el sur. Así llegaría. Teníamos suerte. California estaría cerca del ojo del huracán del norte.

Un viento huracanado de vapor caliente. Podría levantar a un hombre y cocinarlo en el aire, arrancarle la carne cocida y lanzarle a un lado. Vaya si iba a doler.

Nunca veríamos la salida del sol. En cierta forma era una pena. Sería espectacular.

Gruesas líneas paralelas de nubes corrían frente a las estrellas, demasiado rápidas, sus vientres iluminados de blanco por las luces de las calles. Júpiter se apagó hasta desaparecer. ¿Podría estar produciéndose ya? Un relámpago de calor...

—Una aurora —dije.

—¿Qué?

—También hay una onda de choque del sol. Debería haber una aurora como no se ha visto nunca.

Leslie rio de pronto, discordante.

—¡Qué extraño! ¡Estamos de pie en una esquina, hablando así! Stan, ¿lo estamos soñando?

—Podríamos fingir ...

—No. La mayor parte de la especie humana debe de haber muerto ya.

—Sí.

—Y no hay adónde ir.

—Maldita sea, lo has deducido hace mucho, tú sola. ¿Por qué comentarlo ahora?

—Podrías haberme dejado dormir —dijo con amargura—. Estaba quedándome dormida cuando me susurraste al oído.

No respondí. Era cierto.

—«Helado de vainilla con chocolate caliente» —citó. Luego—: En realidad, no ha sido mala idea. He roto la dieta.

Me reí.

—Para.

—Podríamos volver a tu casa. O a la mía. Para dormir.

—Supongo. Pero no podríamos dormir, ¿no? No, no lo digas. Tomamos pastillas para dormir y dentro de cinco horas nos despertamos gritando. Prefiero estar despierta. Al menos sabremos lo que pasa.

Pero si tomábamos las pastillas... pero no lo dije.

—Entonces, ¿qué tal un *picnic*?

—¿Dónde?

—No sé. En la playa. ¿Qué más da? Lo decidiremos luego.

IV

Todos los supermercados estaban cerrados. Pero la tienda de licores que había junto al Granero Rojo era la que usaba desde hacía años. Nos vendieron paté, galletas, un par de botellas de champán frío, seis tipos de quesos y un buen montón de frutos secos —me llevé de todos—, además galletas, una bolsa de hielo, entremeses de rumaki congelado, un quinto de un coñac antiguo que costaba veinticinco dólares, un quinto de Cherry Heering para Leslie, seis latas de cerveza y Biner Orange...

Cuando metimos todo aquello en el carrito, llovía. Gruesas gotas de lluvia caían en aluvi3n por el escaparate de la tienda. El viento soplaba por las esquinas.

El vendedor estaba de un humor estupendo, rebosante de energí3a. Llevaba toda la noche mirando la luna.

—¡Y ahora esto! —exclamó mientras nos metía la compra en las bolsas. Era un anciano pequeño y musculoso de gruesos hombros y brazos—. *Nunca* llueve así en California. Cuando llueve, la lluvia cae recta y pesada... cuando llueve. Hacen falta días para que se acumule.

—Lo sé. —Le hice un cheque, sintiéndome culpable. Me conocía desde hacía tiempo y confiaba en mí. Pero el cheque era bueno. Había dinero para pagarlo. Antes de que abriesen los bancos el cheque sería cenizas y todos los bancos del mundo hervirían bajo el calor del sol. Pero eso no era culpa mía.

Nos colocó las bolsas en el carrito y se plantó en la puerta.

—Ahora, cuando la lluvia nos deje, lo sacaremos. ¿Listos?

Me preparé para abrir la puerta. La lluvia caía como si alguien hubiese arrojado un cubo de agua contra el escaparate. En un momento se detuvo, aunque el agua seguía fluyendo por el vidrio.

—¡Ahora! —gritó el vendedor, yo abrí la puerta y salimos. Llegamos al coche riéndonos como locos. El viento aullaba a nuestro alrededor, mojándonos y tirando de nosotros.

—Hemos escogido un buen momento. ¿Sabes a qué me recuerda este tiempo? A Kansas —dijo el vendedor—. Durante un tornado.

¡De pronto el cielo se lleno de gravilla! Gritamos y nos agazapamos y el coche resonó por un millón de pequeños golpes. Abrí la portezuela y metí a Leslie y al vendedor detrás de mí. Nos frotamos la cabeza magullada y miramos la gravilla blanca que rebotaba por todas partes.

El vendedor se sacó un guijarro blanco del cuello. Lo puso en la mano de Leslie y esta soltó un grito de sorpresa antes de pasármelo. Estaba frío.

—Granizo —dijo el vendedor—. Esto ya no lo entiendo.

Ni yo tampoco. Solo pensaba que tenía alguna relación con la nova. ¿Pero cuál? ¿Cómo?

—Tengo que volver —dijo el vendedor. El granizo se había agotado en una breve tromba. Se preparó y salió del coche como un marine asaltando una colina. No le volvimos a ver.

Las nubes se revolvían en el cielo, formándose y desapareciendo, pasándose unas a otras más rápido que cualquier nube que hubiese visto en mi vida, con los vientres reluciendo por la luz de la ciudad.

—Debe de ser la nova —dijo Leslie estremeciéndose.

—¿Pero cómo? Si la onda de choque ya hubiese llegado, estaríamos *muertos...* o al menos sordos. ¿Granizo?

—¿Qué importa? Stan, ¡no tenemos *tiempo!*

Me centré.

—Vale. ¿Qué te gustaría hacer ahora mismo?

—Ver un partido de béisbol.

—Son las dos de la mañana —le indiqué.

—Eso descarta muchas opciones, ¿no?

—Exacto. Hemos ido al último bar. Hemos visto nuestra última obra y nuestra última película. ¿Qué queda?

—Mirar los escaparates de las joyerías.

—¿En serio? ¿En tu última noche en la Tierra?

Se lo pensó y respondió:

—Sí.

Maldita sea, lo decía en serio. No se me ocurría nada más aburrido.

—¿Westwood o Beverly Hills?

—Las dos.

—Oye, *mira...*

—Vale, Beverly Hills.

Pasamos por otro aluvión de lluvia y granizo... una tempestad encapsulada. Aparcamos a media manzana de Tiffany.

La acera era un charco continuo. El agua caía desde los pisos de los edificios. Leslie dijo:

—Esto es genial. Debe de haber como media docena de joyerías por aquí.

—Pensaba en conducir.

—No, no, no, no tienes la actitud adecuada. Uno debe recorrer los escaparates a pie. Son las reglas.

—Pero ¡la lluvia!

—No moriremos de neumonía. No tenemos tiempo —dijo, demasiado morbosa.

Tiffany tenía una pequeña tienda en Beverly Hills, pero por la noche no dejaban las piezas caras en los escaparates. Había algunos juguetes fascinantes, eso era todo.

Fuimos a Rodeo Drive... y acertamos en el blanco. En Tibor había expuesta una selección infinita de anillos, barrocos y modernos, grandes y pequeños, con todo tipo de piedras preciosas y semipreciosas. Al otro lado de la calle, Van Cleef & Arpels tenía broches, relojes de pulsera para hombres de exquisito diseño, brazaletes con

diminutos relojes y un escaparate todo de diamantes.

—Oh, genial —dijo Leslie, atrapada por los diamantes—. ¡El aspecto que deben de tener a la luz del día!... Vaya...

—No, es buena idea. Imagínatelos al amanecer, reluciendo a la luz de la nova, mientras los escaparates estallan para dejar entrar la luz del día. ¿Quieres uno? ¿El collar?

—Oh, ¿puedo? Eh, eh, ¡bromeaba! Deja eso, idiota, el cristal debe de tener alarmas.

—Mira, nadie se los va a poner entre ahora mismo y mañana. ¿Por qué no sacar algo bueno?

—¡Nos atraparían!

—Bien, has dicho que querías ver escaparates...

—No quiero pasar mi última hora en una celda. Si hubieses traído el coche tendríamos *alguna* posibilidad...

—De escapar. Vale. Yo *quería* traer el coche... —En ese punto nos entró un ataque de risa y tuvimos que alejarnos sosteniéndonos mutuamente para mantener el equilibrio.

Había una media docena de joyerías en Rodeo. Pero había mucho más. Juguetes, libros, camisas y corbatas de estilos extraños y avanzados. En Francis Orr, un enorme cubo de plástico lleno de peniques nuevos. Más adelante un par de relojes bastante extraños. Lo de ver escaparates tenía un aliciente añadido sabiendo que podías romper uno y llevarte lo que de verdad te gustase.

Caminamos de la mano, agitando los brazos. Teníamos las aceras para nosotros solos; los demás habían escapado de aquel tiempo de locos. Las nubes seguían agitadas.

—Me hubiese gustado saber qué iba a pasar —dijo de pronto Leslie—. Pasé todo el día arreglando un error en un programa. Ahora jamás lo ejecutaremos.

—¿Qué habrías hecho con el tiempo? ¿Un partido de béisbol?

—Quizá. No. Las clasificaciones ya no importan. —Frunció el ceño mientras miraba vestidos—. ¿Qué habrías hecho tú?

—Habría ido al Esfera Azul a tomar cócteles —dije rápidamente—. Es un bar topless. Solía ir muy a menudo. Ahora he oído que las chicas van completamente desnudas.

—Nunca he ido a uno. ¿Hasta qué hora están abiertos?

—Olvídalo. Son casi las dos y media.

Leslie meditó, mirando un enorme animal de peluche en el escaparate de una juguetería.

—¿Hay alguien a quien hubieras asesinado de haber tenido tiempo?

—Bien, *sabes* que mi agente vive en Nueva York.

—¿Por qué él?

—Hija, ¿por qué querría un autor asesinar a su agente? Por los manuscritos que

pierde bajo otros manuscritos. Por el diez por ciento que gana fraudulentamente y por el noventa por ciento restante que me envía tarde y a regañadientes. Por...

De pronto el viento rugió y se alzó contra nosotros. Leslie señaló y corrimos hacia una entrada bien profunda que resultó ser de Gucci. Nos apretamos contra el cristal.

El viento estaba de pronto lleno de granizo del tamaño de canicas, En algún lugar se rompió un vidrio y las alarmas se dispararon come voces impotentes y frágiles contra el viento. ¡Había algo más que granizo en el viento! ¡Había piedras!

Aprecié el olor y el sabor del agua de mar.

Nos protegimos uno contra el otro en el caro y malgastado espacio de la entrada de Gucci. Acuñé una frase de corta vida y grité:

—¡Tiempo de nova! ¡Cómo ardió todo...! —Pero no podía oír mi propia voz y Leslie ni se enteró de que gritaba.

Tiempo de nova. ¿Cómo llegaba tan rápido? Viniendo por el polo, la onda de choque de la nova tendría que recorrer unos seis mil quinientos kilómetros... un viaje de al menos cinco horas.

No. La onda de choque viajaría por la estratósfera, donde la velocidad del sonido era mayor, y luego se propagaría hacia la superficie. Tres horas era tiempo de sobra. Aun así, pensé, no debería haber llegado en forma de tiempo huracanado. Al otro lado del mundo, el sol en explosión arrancaba la atmósfera y la lanzaba a las estrellas. El choque debería haber llegado como un único y vasto estallido.

Durante un instante el viento se apaciguó y corrí por la acera tirando de Leslie. Encontramos otra entrada cuando el viento volvía a cobrar fuerza. Me pareció oír que se aproximaba una sirena en respuesta a la alarma.

En el siguiente respiro atravesamos Wilshire y llegamos al coche. Nos sentamos jadeando, esperando a que la calefacción se notara. Tenía los zapatos completamente empapados. La ropa mojada se me pegaba a la piel.

—¿Cuánto falta? —gritó Leslie.

—¡No lo sé! Deberíamos tener *algo* de tiempo.

—¡Tendremos que celebrar el *picnic* bajo techo!

—¿Tu casa o la mía? La tuya —decidí, y me alejé del bordillo.

V

Wilshire Boulevard en algunas zonas estaba inundado de agua hasta los tapacubos. Las rachas de granizo y aguanieve se habían convertido en una lluvia

constante y fuerte. Delante de nosotros una niebla plana, hasta la cintura, se rompía en jirones sobre el capó, retorciéndose a nuestro paso. Tiempo extraño.

Tiempo de nova. La onda de choque de vapor hirviente supercalentado no se había producido. En su lugar, un simple viento caliente había llegando rugiendo por la estratosfera; la turbulencia arremolinándose para formar extrañas tormentas al nivel del suelo.

Aparcamos ilegalmente en el piso superior del aparcamiento. Un único vistazo al inferior me bastó para ver que estaba inundado. Abrí el maletero y saqué dos pesadas bolsas de papel.

—Debíamos de estar locos —dijo Leslie, agitando la cabeza—. Nunca nos comeremos todo esto.

—Vamos a subirlo, de todas formas. Se rio de mí.

—Pero ¿por qué?

—Por capricho. ¿Me ayudas?

Llevamos el cargamento hasta el piso catorce. Todavía nos quedaban un par de bolsas en el maletero.

—No importa —dijo Leslie—. Tenemos el rumaki, las bebidas y los frutos secos. ¿Qué más nos hace falta?

—Los quesos. Las galletas. El paté.

—Olvídalo.

—No.

—Estás completamente loco —me dijo, despacio, para que lo comprendiese—. Podrías hervir hasta morir intentando bajar. Puede que no nos queden más que unos minutos, ¡y quieres comida para una semana! ¿Por qué?

—Prefiero no decirlo.

—¡Entonces ve! —Golpeó la puerta con una fuerza terrible.

El ascensor fue un suplicio. Continuamente me preguntaba si Leslie no tendría razón. El chillido del viento estaba amortiguado en el centro del edificio. Quizás en cualquier momento arrancase unos cables eléctricos, dejándome atrapado en una caja oscura. Pero llegué abajo.

En el piso superior del aparcamiento el agua me llegaba a las rodillas. Mi segunda sorpresa fue comprobar que estaba tibia, como vieja agua de baño, desagradable al moverme. Surgía vapor de la superficie, para luego alejarse sobre un viento que ululaba entre las cajas de resonancia de cemento como el aullido de los condenados.

Volver a subir fue otro suplicio. Si lo que pensaba no era más que una fantasía, si ahora me atrapaba el viento rugiente de vapor... me sentiría como un idiota... Pero las puertas se abrieron y las luces ni siquiera habían parpadeado.

Leslie no me dejaba entrar.

—¡Vete! —gritó a través de la puerta cerrada—. ¡Ve a comer queso y galletas a algún otro sitio!

—¿Tienes otra cita?

Fue un error. No obtuve respuesta.

Casi podía entender su punto de vista. El viaje extra por las otras dos bolsas no era un asunto tan importante como para pelear; pero ¿por qué tenía que serlo? En cualquier caso, ¿cuánto más duraría nuestra relación? Una hora, con suerte. ¿Por qué renunciar a una discusión perfectamente adecuada para preservar algo tan efímero?

—No iba a decirlo —grité, esperando que pudiese oírme a través de la puerta. Al otro lado el viento debía de ser tres veces más intenso—. ¡Puede que necesitemos comida para una semana! ¡Y un lugar en el que ocultarnos!

Silencio. Empecé a preguntarme si podría abrir la puerta de una patada. ¿Sería mejor que esperase fuera? Con el tiempo ella tendría que...

Se abrió la puerta. Leslie estaba pálida.

—Eso ha sido cruel —dijo en voz baja.

—No puedo prometer nada. Quería esperar, pero me has obligado. He empezado a poner en duda la idea de que el sol haya explotado.

—Eso es cruel. Ya me estaba haciendo a la idea. —Giró la cara hacia la jamba. Cansada, estaba cansada. La había tenido despierta hasta tarde...

—Escúchame. Nada encaja —dije—. Debería haber habido una aurora boreal iluminando el cielo nocturno de polo a polo. Una onda de choque de partículas explotando desde el sol, viajando a un poco menos que la velocidad de la luz, rasgaría la atmósfera como... vamos ¡habríamos visto fuego azul sobre todos los edificios!

»Y la tormenta llegó demasiado lenta —grité, para que se me oyese a pesar de los truenos—. Una nova arrancararía el cielo de medio planeta. La onda de choque se desplazaría al lado nocturno con un estruendo como para romper todo el vidrio del mundo y habría fracturado el cemento y el mármol... y, Leslie, cariño, no ha sucedido. He empezado a dudar.

—Entonces, ¿qué es? —murmuró.

—Una erupción solar. La peor...

Me gritó como si me acusase.

—¡Una erupción! ¡Una erupción solar! ¿Crees que una erupción podría iluminar de esta forma...?

—Tranquila.

—¿Podría convertir la luna y los planetas en antorchas, para luego retirarse como si nada hubiese sucedido? Oh, idiota...

—¿Puedo pasar?

Pareció sorprendida. Se apartó, yo me incliné para coger las bolsas y entré.

Los ventanales temblaban como si los gigantes intentasen abrirse camino. La lluvia se filtraba por las rendijas para acumularse sobre la alfombra formando pequeños charcos oscuros.

Dejé las bolsas en la encimera de la cocina. En la nevera encontré pan, metí dos lonchas en la tostadora. Mientras se tostaban, abrí el paté.

—Mi telescopio ha desaparecido —dijo. Efectivamente, así era. El trípode estaba

solo en el balcón, tumbado de lado.

Solté los alambres de la botella de champán. Las tostadas saltaron, Leslie localizó un cuchillo y untó paté. Sostuve la botella cerca de su oreja, suponiendo que dispararía reflejos condicionados.

Sonrió brevemente cuando saltó el tapón.

—Deberíamos montar el *picnic* aquí —dijo—. Detrás de la encimera. Más tarde o más temprano el viento va a romper esas puertas y nos lloverán cristales.

Era buena idea. Fui al otro lado de la partición, recogí todos los almohadones del suelo y el sofá y regresé. Nos hicimos un nidito.

Era agradable. La encimera de la cocina tenía un metro de alto, justo por encima de nuestras cabezas, y la zona de cocina en sí era lo suficientemente grande como para movernos con comodidad. Cubrimos el suelo de almohadones. Leslie sirvió el champán en copas de coñac, hasta el mismo borde.

Intenté pensar en un brindis, pero había demasiadas posibilidades. Todas deprimentes. Bebimos sin brindar, y luego, con cuidado, dejamos las copas y nos abrazamos. Podíamos permanecer sentados de esa forma, cara a cara, apoyados de lado uno contra el otro.

—Vamos a morir —dijo.

—Quizá no.

—Hazte a la idea. Yo lo he hecho —dijo—. Mírate, ahora estás muy nervioso. Temes morir. ¿No ha sido una noche encantadora?

—Excepcional. Me gustaría haberlo sabido a tiempo para llevarte a cenar.

El trueno llegó en una cadena de seis explosiones. Como bombas en un ataque aéreo.

—Yo también —dijo ella, cuando recuperamos la audición.

—Me gustaría haberlo sabido esta tarde.

—¡Praliné de avellanas!

—Farmer's Market. Cacahuets tostados. ¿A quién habrías asesinado *tú* de haber tenido tiempo?

—Había una chica en mi hermandad... y era culpable de rivalidades fraternas, o eso afirmaba Leslie. Yo nombré a un editor que continuamente cambiaba de idea. Leslie nombró a una de mis antiguas novias, yo nombré al único novio que le conocía, y fue divertido hasta que se nos acabaron los nombres. A mi hermano Mike una vez se le había olvidado mi cumpleaños. El monstruo.

Las luces parpadearon. Volvieron.

Con excesiva despreocupación, Leslie preguntó:

—¿Realmente crees que el sol podría regresar a la normalidad?

—Será mejor que *esté* normal. En caso contrario, estaremos muertos de todas formas. Desearía ver Júpiter.

—¡Maldita sea, responde! ¿Crees que ha sido una erupción?

—Sí.

—¿Por qué?

—Las estrellas enanas amarillas no se convierten en novae.

—¿Y si la nuestra lo ha hecho?

—Los astrónomos saben mucho sobre novae —dije—. Más de lo que crees. Hubiesen sabido que esto se produciría con meses de antelación. El sol es una estrella enana amarilla. No se convierte en nova. Antes tiene que completar la secuencia principal, y eso lleva millones de años.

Me golpeó débilmente en la espalda con el puño. Teníamos las mejillas pegadas; no podía verle la cara.

—No quiero creerlo. No me atrevo. Stan, nada así ha sucedido nunca. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Sí que pasó.

—¿Qué? No te creo. Lo recordaríamos.

—¿Recuerdas el primer alunizaje? ¿A Aldrin y Armstrong?

—Claro que sí. Lo vimos en la fiesta de alunizaje de Earl.

—Alunizaron en el lugar más extenso y llano que encontraron en la luna. Enviaron varias horas de películas caseras, sacaron un montón de fotografías detalladas, dejaron pisadas arrugadas por todas partes. Y regresaron a casa con un montón de piedras.

»¿Recuerdas? La gente dijo que era mucho viaje para ir a buscar rocas. Pero lo primero que apreciaron en esas rocas fue que estaban medio fundidas.

»En algún momento del pasado... oh, digamos, en los últimos cien mil años, no hay forma de estimarlo con más precisión... el sol sufrió una erupción. No duró lo suficiente para dejar señales en la Tierra. Pero la luna no tiene atmósfera que la proteja. En una cara todas las rocas se fundieron.

El aire era cálido y húmedo. Me quité el abrigo, empapado de lluvia. Saqué los cigarrillos y los fósforos, encendí un cigarrillo y exhalé junto al oído de Leslie.

—Lo recordaríamos. *No pudo* ser como esto.

—No estoy tan seguro. ¿Y si sucedió sobre el Pacífico? No habría causado *tantos* daños. O sobre el continente americano. Habría esterilizado a algunas plantas y animales, habría quemado muchos bosques y ¿quién sabe? El sol, en esa ocasión, regresó a la normalidad. Podría suceder otra vez. El sol es una estrella variable al cuatro por ciento. Quizá de vez en cuando se vuelva un pelín más variable.

Algo se rompió en el dormitorio. ¿Una ventana? Un viento húmedo nos tocó y el aullido de la tormenta fue más intenso.

—Entonces podríamos sobrevivir —dijo Leslie vacilante.

—Creo que has puesto el dedo en la llaga. ¡Skal! —Encontré el champán y di un buen trago. Eran más de las tres de la madrugada y un huracán azotaba las puertas.

—Entonces, ¿no deberíamos hacer algo?

—Lo estamos haciendo.

—¡Me refiero a intentar llegar a las montañas! ¡Stan, habrá inundaciones!

—Puedes apostar el culo, pero no llegarán hasta aquí. Catorce pisos. Escucha, lo he pensado bien. Estamos en un edificio diseñado a prueba de terremotos. Tú misma me lo dijiste. Hará falta algo más que un huracán para derribarlo.

»Y en cuanto a ir a las montañas, ¿a qué montañas? Esta noche no llegaremos lejos, no con las calles ya inundadas. Supón que pudiésemos llegar a las montañas de Santa Mónica, ¿luego qué? Ríos de lodo, eso es. Esa zona no soportará lo que está por llegar. La llamarada debe de haber hervido agua suficiente para fabricar otro océano. ¡Va a llover durante cuarenta días y cuarenta noches! Cariño, este es el lugar más seguro al que podríamos haber llegado esta noche.

—Supón que se funden los casquetes polares.

—Sí... bien, estamos muy alto, incluso para esa eventualidad. Eh... quizá la última erupción solar originó el diluvio de Noé. Quizás esté sucediendo otra vez. Pero es totalmente seguro que no hay lugar sobre la Tierra que no esté en medio de un huracán. Esos dos grandes huracanes girando en sentido contrario deben de haberse convertido ya en cientos de pequeñas tormentas...

Las puertas de vidrio explotaron hacia dentro. Nos agachamos y el viento aulló a nuestro alrededor y llovieron cristales.

—¡Al menos tenemos comida! —gritó—. Si las inundaciones nos retienen aquí, ¡podremos aguantar!

—Pero si se va la corriente, no podremos cocinar y el refrigerador...

—Cocinaremos todo lo que podamos. Todos los huevos...

El viento se alzó a nuestro alrededor. Dejé de intentar hablar.

La lluvia tibia nos dio horizontalmente y nos empapó. ¿Intentar cocinar durante un huracán? Habíamos hecho una estupidez; habíamos esperado demasiado. El viento nos tiraría encima el agua hirviendo si lo intentábamos. O el aceite caliente...

Leslie gritó.

—¡Tendremos que usar el horno!

Claro está. El horno no se nos podía caer encima.

Lo pusimos a doscientos grados y metimos los huevos en un recipiente con agua. Sacamos toda la carne y la metimos en el asador. Dos alcachofas en otro recipiente. Las otras verduras las podíamos comer crudas.

¿Qué más? Tenía que pensar.

Agua. Si se iba la electricidad, probablemente también nos quedásemos sin agua y sin teléfono. Abrí el grifo y empecé a llenarlo todo: cacharros con tapa, la cafetera de treinta tazas que Leslie usaba para las fiestas, el cubo de fregar. Quedó claro que pensaba que estaba loco, pero yo no confiaba en la lluvia como fuente de agua; no la podía controlar.

El sonido. Ya habíamos dejado de intentar gritar para hacernos oír.

Cuarenta días y cuarenta noches así y nos quedaríamos sordos como tapias. ¿Algodón? Demasiado tarde para llegar hasta el baño. ¡Toallitas de papel! Rasgué, enrollé y fabriqué tapones para los oídos.

¿Instalaciones sanitarias? Otra razón para escoger el piso de Leslie y no el mío. Cuando las tuberías dejasen de funcionar, siempre tendríamos el balcón.

Y si la inundación superaba los catorce pisos, siempre estaba el tejado. A veinte pisos de altura. Si subía todavía más, cuando todo aquello acabase quedaría muy poca gente.

¿Y si era una nova?

Abracé a Leslie un poco más y encendí otro cigarrillo con una sola mano. Toda la planificación no serviría para nada si era una nova. Pero lo había hecho de todas formas. No dejabas de planear por el simple hecho de quedarte sin esperanzas.

Y cuando el huracán se convirtiese en vapor ardiente, siempre nos quedaría el balcón. Una corta carrera y saltar por encima sería preferible a hervir vivo.

Pero no era el momento de comentarlo.

En cualquier caso, probablemente a ella ya se le había ocurrido.

La luz se fue como a las cuatro. Apagué el horno, por si volvía la corriente. Una hora para que se enfriase y luego meter la comida en bolsitas.

Leslie estaba dormida, sentada en mis brazos. ¿Cómo podía dormir con la incertidumbre? Me limité a acumular almohadones bajo su espalda y la dejé descansar.

Me quedé un rato tendido de espaldas, fumando, observando cómo los rayos proyectaban sombras en el techo. Nos habíamos comido todo el paté y nos habíamos bebido una botella de champán. Pensé en abrir el coñac, pero, lamentándolo, decidí no hacerlo.

Pasó mucho tiempo. No estoy seguro de recordar en qué pensé.

No dormí, pero desde luego tenía la mente en punto muerto. Solo gradualmente comprendí que el techo, entre destellos de rayos, se había puesto gris.

Me giré, con cuidado, empapado. Todo estaba mojado. Según mi reloj eran las nueve y media.

Me arrastré al salón. Llevaba tanto tiempo pasando de los sonidos de la tormenta que hizo falta que la lluvia tibia me diese en la cara para recordarlo. Estábamos en un huracán. Pero a través de las nubes negras se filtraba una luz gris carbón.

Bien. Tenía razón al reservar el *brandy*. Inundaciones, tormentas, radiación intensa, fuegos provocados por la erupción... Si la destrucción era tan grande como esperaba, entonces el dinero estaba a punto de perder todo su valor. Harían falta productos para cambiar.

Tenía hambre. Me comí dos huevos y un poco de bacon todavía tibio y me puse a guardar el resto de la comida. Teníamos suficiente para una semana, quizá... pero estaba lejos de ser una dieta equilibrada. Quizá pudiésemos comerciar con otros apartamentos. El edificio era grande. También debía de haber apartamentos vacíos que podríamos asaltar para conseguir sopa enlatada y demás y refugiados de los pisos

inferiores a los que habría que atender, si las aguas subían lo suficiente...

¡Maldita sea! Echaba de menos la nova. La noche anterior la vida había sido la simplicidad en sí misma. Ahora... ¿teníamos medicinas? ¿Había médicos en el edificio? Sufriríamos disentería y otras epidemias, y hambre. Cerca había un supermercado, ¿habría un equipo de submarinismo en el edificio?

Pero primero dormiría un poco. Más tarde podríamos empezar a explorar el edificio. El día se había vuelto de un gris carbón más claro. Las cosas podrían haber sido peores, mucho peores. Pensé en la radiación que debió de caer sobre el otro lado del mundo y me pregunté si nuestros hijos colonizarían Europa, Asia o África.

Tercera Parte

LA GENERACIÓN MEDIÁTICA

Los reyes de la arena

GEORGE R. R. MARTIN

(agosto de 1979)

La variada producción literaria de George R. R. Martin se reparte entre la ciencia ficción, la fantasía y el terror. Ha ganado varios premios Hugo y Nebula, además del Bram Stoker de la Horror Writers Association. Muchas de sus mejores obras son novelas cortas, el formato cuya narrativa permite la exploración de diversas ideas y temas que van más allá de las fronteras de los géneros. «Los reyes de la arena» trata en un escenario futurista una idea tan vieja como la del clásico del género de terror *Frankenstein*: la irresponsabilidad de un hombre que juega a ser Dios y el peligro al que se enfrenta cuando sus monstruos se vuelven en su contra. «Nightflyers», adaptado al cine en 1987, traslada el escenario de una casa encantada al interior de una nave interestelar. «Una canción para Lya» explora las creencias religiosas de una cultura extraterrestre como una consecuencia de su biología singular. «Meathouse Man» es una de varias historias en las que da una vuelta de tuerca en clave de ciencia ficción al tema clásico de terror del zombi. Martin empezó a publicar en 1971. Su primera novela, *La muerte de la luz*, se publicó seis años después y recibió elogios por su descripción de una cultura extraterrestre condicionada por la naturaleza única del planeta que habita. Casi todas las novelas de Martin son notables por lo meticulosamente detallado de sus trasfondos. *El sueño del Felle*, una novela de época con vampiros, recrea la vida en el río Misisipí en el Sur anterior a la guerra civil. *The Armageddon Rag* evoca la contracultura norteamericana de los años sesenta en su relato sobre una banda de rock cuya música canaliza las energías destructivas y el caos de esos tiempos. *Juego de tronos*, *Choque de reyes* y *Tormenta de espadas* son los tres primeros episodios de su saga épica de fantasía Canción de Hielo y Fuego. Martin también ha escrito una novela en colaboración con Lisa Tuttle, *Refugio del viento*. Sus relatos están reunidos en las antologías *A Song for Lya and Other Stories*, *Canciones que cantan los muertos*, *Portraits of His Children* y *Los Viajes de Tuf*. Ha escrito para varias series de televisión, como la nueva *Dimensión desconocida* y *Beauty and the Beast*, y ha editado más de veinte antologías, incluyendo quince novelas colectivas de la serie Wild Cards.

imon Kress vivía solo en una gran mansión que se extendía entre las áridas colinas rocosas a cincuenta kilómetros de la ciudad. Así que cuando tuvo que ausentarse inesperadamente por asuntos de negocios no tenía vecinos que cuidaran de sus

mascotas. El halcón carroñero no suponía ningún problema; anidaba en el campanario en desuso y de todas formas tenía por costumbre conseguirse su propia comida. En cuanto al arrastrapiés, Kress simplemente lo atrajo fuera de la casa: dejó que se las arreglara: el monstruito se alimentaría de babosas, pajaritos y carretones de las rocas. Pero la pecera, que contenía auténticas pirañas de la Tierra, era un problema. Kress finalmente tiró una pierna entera de vaca en el enorme tanque. Las pirañas siempre podían comerse unas a otras si se retrasaba más de lo esperado. Ya lo habían hecho antes. Le resultaba divertido.

Desafortunadamente, se retrasó *mucho* más de lo esperado. Cuando al fin volvió, todos los peces estaban muertos. Y también el halcón carroñero. El arrastrapiés había trepado hasta el campanario y se lo había comido. Simon Kress estaba muy contrariado.

Al día siguiente voló en su aerocoche hasta Asgard, en un viaje de unos doscientos kilómetros. Asgard era la ciudad más grande de Baldur y también tenía el mayor astropuerto y el más antiguo. A Kress le gustaba impresionar a sus amigos con animales poco usuales, entretenidos y caros, y Asgard era el lugar donde comprarlos.

Esta vez, sin embargo, no tuvo suerte. Xenomascotas había cerrado sus puertas, t'Etherane, el vendedor de mascotas, intentó colocarle otro halcón carroñero. Y en Aguas Extrañas no tenían nada más exótico que pirañas, luminotiburones y calamares-araña. Kress ya había tenido todos esos bichos; quería algo nuevo.

Cerca del anochecer, se encontró paseando por el bulevar Arco Iris, buscando lugares donde no hubiera comprado antes. Tan cerca del astropuerto, ambos lados del paseo estaban llenos de comercios de importación. Los grandes emporios corporativos tenían impresionantes escaparates donde artefactos alienígenas raros y costosos descansaban sobre cojines de fieltro ante cortinajes negros que convertían las tiendas en lugares misteriosos. Repartidos entre este tipo de comercios estaban las tiendas de basura, lugares pequeños, estrechos y desagradables con expositores abarrotados de baratijas procedentes de otros mundos. Kress lo intentó en ambos tipos de tienda, con igual decepción.

Entonces se tropezó con una tienda diferente.

Estaba muy cerca del pueblo. Kress no había estado allí nunca. La tienda ocupaba un pequeño edificio de una sola planta y tamaño moderado, encajado entre un bar de euforia y un templo-burdel de la Secreta Hermandad Femenina. Tan abajo, el bulevar Arco Iris se volvía algo vulgar. La tienda en sí era inusual. Llamativa.

Los escaparates estaban llenos de neblina, ahora de un rojo pálido, ahora del gris de la niebla de verdad, ahora dorada y rutilante. La niebla se arremolinaba, fluía y resplandecía con un ligero brillo interior. Kress vislumbró objetos en los escaparates —máquinas, obras de arte y otras cosas que no reconoció—, pero no consiguió ver con claridad ninguno. La niebla flotaba sensualmente a su alrededor, mostrando un poquito primero de una cosa y luego de otra, y luego ocultándolo todo. Era intrigante.

Mientras observaba, la niebla se puso a formar letras. Una palabra tras otra. Kress

permaneció en su sitio y leyó:

WO. Y. SHADE. IMPORTADORES. ARTEFACTOS.
ARTE. FORMAS. DE. VIDA. Y. MISCELÁNEA.

Las letras se detuvieron. A través de la niebla, Kress vio moverse algo. Eso fue suficiente para él, eso y la expresión «formas de vida» del anuncio. Se recogió la capa de paseo sobre el hombro y entró en la tienda.

Una vez en el interior, Kress se sintió desorientado. Por dentro era enorme, mucho más de lo que dejaba intuir la modesta fachada. La iluminación era tenue y el lugar tranquilo. El techo era un paisaje estelar, con nebulosas en espiral, muy oscuro y realista, muy bonito. Los mostradores relucían débilmente para mostrar mejor la mercancía que contenían. Los pasillos estaban alfombrados por una niebla pegada al suelo. En algunos sitios casi le llegaba a las rodillas y se arremolinaba entre sus pies al caminar.

—¿Puedo ayudarle?

La mujer casi parecía haberse materializado de entre la niebla. Alta, demacrada y pálida, llevaba un mono corriente y una extraña gorra echada hacia atrás.

—¿Es usted Wo o Shade? —preguntó Kress—. ¿O una dependienta?

—Jala Wo, a su disposición —repuso ella—. Shade no recibe a los clientes. No tenemos dependientes.

—Tienen ustedes un establecimiento bastante grande —dijo Kress—. Me extraña no haber oído hablar antes de su negocio.

—Acabamos de abrir esta tienda en Baldur —dijo la mujer—. Tenemos franquicias en unos cuantos mundos, sin embargo. ¿Qué puedo venderle? ¿Arte, quizá? Tiene usted aspecto de coleccionista. Tenemos unos cuantos grabados de cristal de Nor T'alush de calidad.

—No —dijo Simon Kress—. Ya poseo todos los grabados de cristal que deseo. Busco una mascota.

—¿Una forma de vida?

—Sí.

—¿Alienígena?

—Por supuesto.

—Tenemos un mimético. Del Mundo de Celia. Un simio pequeño y muy inteligente. No solo aprenderá a hablar, sino que además acabará por imitar su voz, sus inflexiones, sus gestos, incluso sus expresiones faciales.

—Muy mono —dijo Kress—. Y común. No tengo interés en ninguno de esos dos atributos, Wo. Quiero algo exótico. Inusual. Y que no sea mono. Detesto los animales monos. De momento poseo un arrastrapiés, importado de Cotho, y no salió barato. De cuando en cuando lo alimento con alguna camada de gatitos que nadie quiere. Eso es lo que hago con los animales *monos*. ¿Ha quedado claro?

Wo sonrió enigmática.

—¿Alguna vez ha tenido un animal que lo adorara? —preguntó. Kress sonrió.

—Oh, alguna vez. Pero no necesito que me adoren, Wo. Solo que me resulten entretenidos.

—Me ha entendido mal —dijo Wo, todavía sonriendo extrañamente—. Quiero decir adoración literal.

—¿De qué está hablando?

—Creo que tengo algo perfecto para usted —dijo Wo—. Sígame. Condujo a Kress entre los mostradores resplandecientes y por un pasillo amortajado de brumas bajo la falsa luz de las estrellas del techo. Atravesaron una pared de niebla, pasaron a otra sección de la tienda y se detuvieron delante de un enorme tanque de plástico. Un acuario, supuso Kress.

Wo le hizo una seña para que se acercara. Lo hizo y vio que estaba equivocado. Era un terrario. Dentro había un desierto en miniatura de unos dos metros cuadrados. Arena pálida tintada de escarlata por una tenue luz rojiza. Rocas: basalto, cuarzo y granito. En cada esquina del tanque había un castillo.

Kress parpadeó, miró con atención y se corrigió; solo había tres castillos en pie. El cuarto se escoraba: una ruina que se derrumbaba. Los otros tres eran primitivos pero estaban intactos, esculpidos en arena y piedra. Sobre las almenas y por entre sus pórticos pululaban diminutas criaturas que se arrastraban y trepaban. Kress apretó la cara contra el plástico.

—¿Insectos? —preguntó.

—No —respondió Wo—. Una forma de vida mucho más compleja. Y más inteligente también. Se llaman reyes de la arena.

—Insectos —dijo Kress, apartándose del cristal—. No me interesa lo inteligentes que sean. —Frunció el entrecejo—. Y no intente engañarme, por favor. Esas cosas son demasiado pequeñas para tener otra cosa que un cerebro rudimentario.

—Comparten una mente colmena —dijo Wo—. Mentes castillo, en este caso. Solo hay tres organismos en el tanque. El cuarto murió. Puede ver que su castillo ha caído.

Kress volvió a mirar el tanque.

—¿Mentes colmena, eh? Interesante. —Volvió a fruncir el entrecejo—. Pero sigue sin ser más que una granja de hormigas sobredimensionada. Esperaba algo mejor.

—Libran guerras.

—¿Guerras? Mm. —Kress volvió a mirar.

—Fíjese en los colores, si tiene la bondad —le dijo Wo. Señaló las criaturas que pululaban sobre el castillo más cercano. Una arañaba las paredes del tanque. Kress la estudió. Seguía pareciéndole un insecto. Apenas más grande que una uña, con seis patas y seis ojos diminutos alrededor del cuerpo. Un conjunto de mandíbulas de aspecto siniestro chasqueaban audiblemente, mientras dos finas antenas largas tejían

patrones en el aire. Antenas, mandíbulas, ojos y patas eran de un negro hollín, pero el color dominante era el naranja tostado de su armadura.

—Es un insecto —repitió Kress.

—No es un insecto —insistió Wo con calma—. Mudan el exoesqueleto acorazado cuando los reyes aumentan de tamaño. *Si* crecen. En un tanque de este tamaño, no crecerán más. —Tomó a Kress por el codo y lo condujo al otro lado del tanque—. Mire los colores aquí.

Lo hizo. Eran diferentes. Allí los reyes de la arena tenían una armadura de un rojo vivo; las antenas, mandíbulas, ojos y patas eran amarillos. Kress miró el extremo opuesto del tanque. Los moradores del tercer castillo eran de un blanco desleído, con borde rojo.

—Mm —dijo Kress.

—Guerrean, como ya he dicho —le contó Wo—. Incluso pactan treguas y alianzas. Fue una alianza lo que destruyó el cuarto castillo de este tanque. Los negros se estaban haciendo demasiado numerosos, así que los demás unieron fuerzas y los destruyeron.

Kress seguía sin estar convencido.

—Entretenido, sin duda. Pero los insectos también libran guerras.

—Los insectos no adoran —dijo Wo.

—¿Eh?

Wo sonrió y señaló el castillo. Kress miró con atención. Un rostro había sido tallado en la pared de la torre más alta. Era el rostro de Jala Wo.

—¿Cómo...?

—Proyecté una holografía de mi cara en el tanque, la dejé durante unos cuantos días. El rostro de Dios, ¿ve? Yo les doy de comer; siempre estoy cerca. Los reyes de la arena tienen un sentido psiónico rudimentario. Telepatía de proximidad. Me sienten y me adoran usando mi cara para decorar sus edificios. Todos los castillos la tienen. ¿Lo ve? —y así era.

El rostro de Jala Wo en el castillo era sereno y pacífico, y el parecido sorprendente. Kress se maravilló.

—¿Cómo lo hacen?

—Las patas delanteras también les sirven de brazos. Incluso tienen algo parecido a dedos; tres zarcillos flexibles. Y cooperan bien, tanto en la construcción como en la batalla. Recuerde, todos los móviles de un mismo color comparten una sola mente.

—Cuénteme más —dijo Kress. Wo sonrió.

—Las madribulas viven en los castillos. Madribulas es el nombre que les he dado. Un juego de palabras, si lo quiere así; esas cosas son al mismo tiempo madre y aparato digestivo. Hembras, tan grandes como su puño, inmóviles. En realidad, lo de reyes de la arena induce a engaño. Los móviles son campesinos y guerreros, el gobernante en realidad es una reina. Pero esa analogía tampoco es acertada. Considerado en conjunto, cada castillo es una única criatura hermafrodita.

—¿Qué comen?

—Los móviles comen papilla: comida predigerida que obtienen dentro del castillo. La obtienen de la madríbula una vez que esta la ha procesado durante varios días. Sus estómagos no pueden aguantar nada más, así que si la madríbula muere, también mueren ellos al poco tiempo. La madríbula... la madríbula come de todo. No tendrá que hacer gastos extraordinarios. Las sobras de comida servirán perfectamente.

—¿Comida viva? —preguntó Kress.

Wo se encogió de hombros.

—Las madríbulas comen móviles de los otros castillos, sí.

—Estoy intrigado —admitió—. Si no fueran tan pequeños...

—Los suyos pueden ser mayores. Estos reyes de la arena son pequeños porque el tanque es pequeño. Parece que limitan su crecimiento para ajustarse al espacio disponible. Si se les traslada a un tanque más grande, volverían a crecer.

—Mm. Mi tanque de las pirañas es el doble de grande y está vacío.

Podría limpiarse, llenarse de arena...

—Wo y Shade se encargarían de la instalación con mucho gusto.

—Por supuesto —dijo Kress—, quiero recibir cuatro castillos intactos.

—Por supuesto —concedió Wo. Se pusieron a hablar del precio.

Tres días más tarde Jala Wo llegó a la mansión de Simon Kress con reyes de la arena aletargados y varios operarios para hacerse cargo de la instalación. Los ayudantes de Wo era alienígenas que a Kress no le resultaban familiares: bípedos anchos y rechonchos, con cuatro brazos y ojos saltones multifacetados. Tenían la piel gruesa y correosa que se retorció formando cuernos, espinas y protuberancias en sitios extraños del cuerpo. Pero eran muy fuertes y buenos trabajadores. Wo les daba órdenes en una lengua musical que Kress jamás había oído.

El trabajo estuvo terminado en un día. Trasladaron su tanque de pirañas al centro de su espaciosa sala de estar, dispusieron los sofás a su alrededor para contemplar mejor el tanque, lo limpiaron a fondo y lo rellenaron dos tercios con arena y piedras. Instalaron un sistema de iluminación especial, tanto para proporcionar la luz rojiza que preferían los reyes de la arena como para proyectar imágenes holográficas en el interior del tanque. Encima montaron una resistente cubierta plástica con un mecanismo de alimentación incorporado.

—Así podrá alimentar a sus reyes de la arena sin quitar la tapa del tanque —explicó Wo—. No debe correr ningún riesgo de que se le escapen los móviles.

La tapa también llevaba controles de temperatura y humedad, para condensar la cantidad justa de humedad del aire.

—Tiene que ser seco, pero no excesivamente seco —dijo Wo. Finalmente, uno de los obreros de cuatro brazos trepó al interior del tanque y excavó cuatro agujeros

profundos en las cuatro esquinas. Uno de sus compañeros le pasó las mandíbulas durmientes, retirándolas una a una de sus escarchados envoltorios criogénicos. No eran nada digno de mención. Kress decidió que parecían trozos de carne cruda echada a perder. Con boca.

El alienígena las enterró en las esquinas del tanque. Luego lo selló todo y se marchó.

—El calor las sacará de su letargo —dijo Wo—. En menos de una semana habrá móviles excavando hacia la superficie. Asegúrese de darles comida en abundancia. Necesitarán todas sus energías hasta que se hayan instalado por completo. Calculo que comenzarán a levantar los castillos dentro de tres semanas.

—¿Y mi cara? ¿Cuándo tallarán mi cara?

—Encienda el holograma al mes —le aconsejó—. Y sea paciente. Si tiene cualquier pregunta, llame, por favor. Wo y Shade están a su servicio. —Le saludó con una inclinación y se marchó.

Kress volvió junto al tanque y se encendió un peta. El desierto seguía inmóvil y... desierto. Tamborileó con los dedos impacientemente contra el plástico y frunció el ceño.

Al cuarto día, Kress creyó ver movimiento bajo la arena, sutiles desplazamientos subterráneos.

Al quinto día, vio su primer móvil, un blanco solitario.

Al sexto día, contó una docena de ellos, blancos, rojos y negros. Los naranja se retrasaban. Tiró un cuenco lleno de sobras de comida medio podridas a través del alimentador. Los móviles lo sintieron al unísono y empezaron a arrastrar pedazos a sus respectivas esquinas. Cada grupo de color estaba altamente organizado. No se pelearon. Kress estaba un poco decepcionado, pero decidió darles tiempo.

Los naranja hicieron su aparición al octavo día. Para entonces los demás reyes de la arena habían empezado a acarrear piedrecitas y a erigir fortificaciones primitivas. Seguían sin guerrear. De momento eran la mitad de pequeños que los que había visto en el local de Wo y Shade, pero a Kress le parecía que crecían con rapidez.

Los castillos empezaron a alzarse a mitad de la segunda semana. Batallones organizados de móviles arrastraban grandes pedazos de arenisca y granito a sus respectivas esquinas, donde otros móviles colocaban arena en su sitio empleando mandíbulas y zarcillos. Kress había adquirido unas lentes ampliadoras para verlos trabajar, estuvieran donde estuvieran en el tanque. Dio vueltas y vueltas alrededor de las paredes plásticas, observando. Los castillos eran un poco más sencillos de lo que a Kress le hubiera gustado, pero ya tenía una idea para arreglarlo. Al día siguiente Kress introdujo pedazos de obsidiana y cristales de colores con la comida. Al cabo de pocas horas, habían sido incorporados a los castillos.

El castillo negro fue el primero en estar terminado, seguido de las fortalezas blanca y roja. Los naranja eran los últimos, como siempre. Kress se llevó el almuerzo a la sala de estar y comió sentado en el sofá, de forma que pudiera observar el tanque.

Esperaba que la primera guerra tuviera lugar en cualquier momento.

Se quedó decepcionado. Pasaron los días; los castillos crecieron en altura y tamaño, y Kress rara vez se apartaba del tanque excepto para atender a sus necesidades higiénicas y responder a llamadas de negocios de suma importancia. Pero los reyes de la arena no guerreaban. Se estaba disgustando.

Finalmente, dejó de alimentarlos.

Dos días después de que cesaran de caer las sobras de comida del cielo sobre el desierto, cuatro móviles negros rodearon un naranja y lo arrastraron hasta su madróbula. Primero lo mutilaron, arrancándole las mandíbulas, las antenas y los miembros, y lo llevaron bajo la umbría puerta principal de su castillo. No volvió a salir. A la hora, más de cuarenta móviles naranja marcharon a través de las arenas y atacaron la esquina de los negros. Los superaban en número los negros que emergieron rápidamente de las profundidades. Cuando la lucha hubo terminado, los asaltantes habían sido masacrados. Los muertos y moribundos fueron arrastrados a las profundidades para alimentar a la madróbula negra.

Kress, encantado, se felicitó por su brillante idea.

Cuando puso comida en el tanque al día siguiente, estalló una batalla a tres bandas por su posesión. Los blancos fueron los ganadores absolutos.

Tras lo cual, hubo guerra tras guerra.

Cuando casi había pasado un mes desde que Jala Wo le había traído los reyes de la arena, Kress encendió el proyector holográfico y su rostro se materializó en el tanque. Giraba lentamente, una y otra vez, de forma que su mirada recaía por igual en los cuatro castillos. Según Kress el parecido era bastante bueno: tenía su sonrisa malévolamente, la ancha boca, las mejillas llenas. Sus ojos azules chispeaban, su pelo gris tenía un flequillo a la moda, sus cejas eran altas y sofisticadas.

Al poco, los reyes de la arena empezaron a trabajar. Kress los alimentó con generosidad mientras su imagen era proyectada desde los cielos. Las guerras se detuvieron temporalmente. Toda la actividad estaba concentrada en la adoración.

Su rostro empezó a emerger en las paredes de los castillos.

Al principio las cuatro tallas le parecían iguales, pero según continuaban los trabajos, Kress empezó a estudiar las reproducciones y fue percatándose de sutiles diferencias técnicas y de ejecución. Los rojos eran los más creativos y usaban diminutos fragmentos de pizarra para el gris de su pelo. El ídolo blanco le parecía joven y malicioso, mientras que el rostro modelado por los negros, aunque era virtualmente el mismo, línea por línea, le parecía sabio y magnífico. Los naranja, como siempre, eran los últimos y los menos interesantes. Las guerras no habían ido bien para ellos y su castillo era patético en comparación con los demás. La imagen que tallaron era primitiva y caricaturesca, y parecía que tenían intención de dejarla así. Cuando terminaron de trabajar en el rostro, Kress estaba bastante molesto con

ellos, pero no había nada que pudiera hacer.

Cuando los reyes de la arena hubieron terminado los rostros de Kress, desactivó el holograma y decidió que era hora de celebrar una fiesta. Sus amigos se quedarían impresionados. Incluso podía organizar una guerra para ellos, pensó. Tarareando contento para sí, empezó a redactar una lista de invitados.

La fiesta fue un éxito absoluto.

Kress invitó a treinta personas: un puñado de amigos íntimos que compartían sus aficiones, unas cuantas antiguas amantes y una colección de rivales de negocios y de sociedad que no podían permitirse pasar de la convocatoria. Sabía que algunos se sentirían turbados e incluso ofendidos por sus reyes de la arena. Contaba con ello. Simon Kress tenía por costumbre considerar sus fiestas un fracaso a menos que uno de sus invitados se marchara indignado.

Por impulso añadió el nombre de Jala Wo a la lista. «Traiga a Shade si le parece», añadió a la hora de dictar su invitación.

Su aceptación le sorprendió un poco. «Shade, lamentablemente, no podrá asistir. No va a reuniones sociales. En cuanto a mí, espero con ansia la oportunidad de ver cómo van sus reyes de la arena», le respondió Wo.

Kress les sirvió una comida suntuosa. Cuando la conversación murió al fin y la mayoría de sus invitados estaban atontados por el vino y los petas, los escandalizó al reunir, él personalmente, en un cuenco, las sobras que habían dejado sobre la mesa.

—Venid todos —les dijo—. Quiero presentaros a mis últimas mascotas. —Y, llevando el cuenco, se dirigió a su sala de estar.

Los reyes de la arena cumplieron sus más ansiadas expectativas. En preparación, los había dejado sin comer durante dos días y estaban de ánimo beligerante. Mientras los invitados rodeaban el tanque formando un anillo, mirando a través de las lentes de aumento que les había proporcionado Kress con previsión, los reyes de la arena libraron una gloriosa batalla por las sobras. Contó casi sesenta móviles muertos cuando acabó el conflicto. Los rojos y los blancos, que habían formado una alianza recientemente, acapararon la mayor parte de la comida.

—Kress, eres asqueroso —le dijo Cath m'Lane. Había vivido con él una breve temporada dos años antes, hasta que su sensiblería y su sentimentalismo casi lo habían vuelto loco—. He sido una tonta al volver aquí. Pensé que quizás habrías cambiado, que querías disculparte. —Jamás le había perdonado aquella vez en que su arrastrapiés se había comido un perrito al que ella tenía afecto—. Ni se te ocurra volver a invitarme a esta casa, Simon. —Salió a grandes zancadas, acompañada de su amante y un coro de risas.

Sus otros invitados tenían montones de preguntas. Querían saber de dónde habían salido los reyes de la arena.

—De Wo y Shade, Importadores —repuso, con un cortés gesto en dirección a Jala Wo, que había permanecido callada y apartada toda la velada.

¿Por qué decoraban los castillos con su imagen?

—Porque soy la fuente de toda bondad. —Eso hizo que estallaran en carcajadas.
¿Lucharían de nuevo?

—Por supuesto, pero no esta noche. No os preocupéis, habrá más fiestas.

Jad Rakkis, xenólogo aficionado, empezó a hablar de los insectos sociales y las guerras que libraban.

—Esos reyes de la arena son entretenidos, pero nada más. Deberías leer sobre las hormigas soldado de la Tierra, por ejemplo.

—Los reyes de la arena no son insectos —dijo con severidad Jala Wo, pero Jad estaba hablando a todo tren y nadie le prestó la más mínima atención. Kress le sonrió y se encogió de hombros.

Malada Blane sugirió hacer apuestas la próxima vez que se reunieran para contemplar una lucha, y a todos les encantó la idea. A eso siguió una animada discusión sobre las reglas y las probabilidades. Duró casi una hora. Finalmente los invitados empezaron a marcharse.

Jala Wo fue la última en irse.

—Así que parece que mis reyes de la arena son un éxito —le dijo Kress cuando estuvieron solos.

—Crecen bien —dijo Wo—. Ya son más grandes que los míos.

—Sí —dijo Kress—, excepto los naranja.

—Me he percatado de ello —repuso Wo—. Parece que son menos numerosos y su castillo es pobre.

—Bueno, alguien tiene que perder —dijo Kress—. Los naranja fueron los últimos en emerger y establecerse. Han sufrido por ese retraso.

—Discúlpame —dijo Wo—, pero debo preguntarle si está alimentando bien a sus reyes de la arena.

Kress se encogió de hombros.

—Hacen dieta de vez en cuando. Los vuelve más feroces.

Wo frunció el ceño.

—No hay necesidad de matarlos de hambre. Deje que guerreen a su tiempo, por sus propias razones. Es su naturaleza y será testigo de conflictos deliciosamente sutiles y complejos. La guerra constante provocada por el hambre es degradante y carente de arte.

Simon Kress devolvió a Wo su ceño con intereses.

—Está en mi casa, Wo, y aquí soy yo el que juzga qué es degradante. Alimenté a los reyes de la arena según su consejo y no lucharon.

—Debe tener paciencia.

—No —dijo Kress—. Soy su dueño y su dios, después de todo. ¿Por qué debería esperar a sus caprichos? No guerreaban con la frecuencia que quería. Y corregí la situación.

—Ya veo —dijo Wo—. Hablaré del asunto con Shade.

—No es asunto suyo, o de él —restalló Kress.

—Buenas noches, entonces —dijo Wo con resignación. Pero mientras se deslizaba en su capa para marcharse, fijó en él una última mirada de desaprobación—. Contemple sus propios rostros, Simon Kress —le advirtió—. Contemple sus propios rostros.

Perplejo, volvió al tanque y examinó los castillos cuando Wo se hubo marchado. Sus rostros seguían ahí, como siempre. Solo que... se puso las lentes de aumento. Incluso con ellas era difícil de ver. Pero le parecía que la expresión del rostro de sus retratos había cambiado ligeramente, que su sonrisa era un tanto siniestra, que parecía maligna. Pero era un cambio muy sutil, si había un cambio. Kress finalmente lo achacó a la sugestión y decidió no volver a invitar a Jala Wo a ninguna de sus reuniones.

Durante los meses siguiente, Kress y cerca de una docena de sus favoritos se reunían todas las semanas para lo que a él le había dado por llamar sus «juegos de guerra». Ahora que su fascinación inicial por los reyes de la arena había decrecido, Kress pasaba menos tiempo alrededor de su tanque y más ocupado con sus asuntos de negocios y su vida social, pero seguía disfrutando de invitar a unos cuantos amigos para una guerra o dos. Mantenía a los combatientes siempre listos gracias al hambre. Eso tuvo severos efectos sobre los reyes de la arena naranja, que disminuyeron visiblemente hasta el punto de que Kress empezó a preguntarse si su madríbula no habría muerto. Pero los demás iban bien.

A veces, por la noche, cuando no podía dormir, Kress descorchaba una botella de vino y se la llevaba a la sala de estar, donde la penumbra rojiza de su desierto en miniatura era la única luz. Bebía y observaba durante horas, solo. Normalmente había una batalla en marcha en algún lugar, y cuando no, siempre podía empezar una fácilmente echando algo de comida.

Empezaron a apostar en las batallas semanales, como había sugerido Malada Blane. Kress ganó una buena cantidad al apostar por los blancos, que se habían convertido en la colonia más poderosa y numerosa del tanque, con el castillo más grande. Una semana, deslizó la tapa del tanque a un lado y dejó caer la comida cerca del castillo blanco en vez de en el campo de batalla central, de forma que los demás tuvieran que atacar a los blancos en su fortaleza si querían obtener algo de comida. Lo intentaron. Los blancos fueron brillantes en su defensa. Kress le ganó cien estándares a Jad Rakkis.

Rakkis, de hecho, perdía grandes sumas casi todas las semanas.

Afirmaba tener un gran conocimiento de sus costumbres tras haberlos estudiado después de la primera fiesta, pero seguía sin tener suerte a la hora de hacer sus apuestas. Kress sospechaba que las afirmaciones de Jad no eran más que fanfarronadas sin base alguna. El propio Kress había intentado estudiar un poco a los reyes de la arena, en un momento de curiosidad, conectándose a la biblioteca para

averiguar de qué mundo procedían sus mascotas. Pero no había ninguna entrada sobre ellos. Quería contactar con Wo y preguntárselo, pero tenía otras preocupaciones y el asunto se le olvidaba continuamente.

Al final de un mes en el que sus pérdidas totales sumaron más de mil estándares, Jad Rakkis acudió a los juegos de guerra con una pequeña caja de plástico bajo el brazo. Dentro había una criatura arácnida recubierta de un fino vello dorado.

—Una araña de las arenas —anunció Rakkis—. Procedente de Cathaday. La he conseguido esta misma tarde de t'Etherane, el vendedor de mascotas. Normalmente le extraen las bolsitas de veneno, pero esta las tiene intactas. ¿Te atreves, Simon? Quiero recuperar mi dinero. Apuesto un millar de estándares, araña de las arenas contra reyes de la arena.

Kress estudió la araña en su prisión de plástico. Sus reyes de la arena habían crecido; eran dos veces más grandes que los de Wo, como ella había predicho, pero esa cosa los superaba con mucho en tamaño. Era venenosa y los reyes no. Sin embargo, los reyes eran muy numerosos. Además, las interminables guerras de los reyes le habían empezado a aburrir últimamente. La novedad del combate le intrigó.

—Hecho —dijo Kress—. Jad, eres un idiota. Los reyes atacarán y atacarán hasta que esa fea criatura tuya esté muerta.

—El idiota eres tú, Simon —aseguró Rakkis, sonriendo—. La araña de arena de Cathaday se alimenta de excavadores que abren sus madrigueras en huecos y resquicios y... bueno, ya verás, irá directamente a los castillos y se comerá a las madríbulas.

Kress puso mala cara ante las risas generalizadas. No había contado con eso.

—Acabemos de una vez —dijo con irritación. Fue a servirse otra bebida.

La araña era demasiado grande para caber por el hueco del alimentador de la tapa. Dos de los otros ayudaron a Rakkis a desplazarla ligeramente a un lado y Malada Blane le pasó la caja. Sacudió la caja hasta que la araña cayó. Cayó suavemente sobre una duna en miniatura frente al castillo rojo, y se quedó allí, confundida un momento, moviendo la boca y sacudiendo las patas amenazadoramente.

—Vamos —animó Rakkis. Se reunieron alrededor del tanque. Simon Kress encontró sus gafas de aumento y se las puso. Si iba a perder un millar de estándares, al menos quería ver bien la acción.

Los reyes habían visto al invasor. En el castillo había cesado toda actividad. Los pequeños móviles escarlata se quedaron quietos, observando.

La araña empezó a moverse hacia la oscura promesa del portón.

Desde la torre superior, el rostro de Simon Kress contemplaba la escena impasible.

De pronto hubo una oleada de actividad. Los móviles rojos más cercanos formaron en dos cuñas y marcharon sobre la arena hacia la araña. Emergieron más guerreros de las entrañas del castillo y formaron una triple línea de defensa para guardar el acceso a la cámara subterránea donde residía la madríbula. Los

exploradores que se escabullían por las dunas fueron llamados de vuelta para la batalla.

Empezó la lucha.

Los reyes de la arena atacantes se derramaron sobre la araña. Las mandíbulas chasquearon al cerrarse sobre las patas y el abdomen de la araña y no se soltaron. Los rojos treparon deprisa por las patas hacia la espalda. Mordían y desgarraban. Uno de ellos encontró un ojo y lo arrancó con sus diminutos zarcillos amarillos. Kress sonrió y señaló.

Pero eran *pequeños* y no tenían veneno, y la araña no se detuvo. Sus patas lanzaban reyes de la arena en todas direcciones. Sus mandíbulas goteantes encontraron más reyes y los dejaron rotos y rígidos. Ya había alrededor de una docena de rojos moribundos. La araña de las arenas seguía avanzando y avanzando. Pasó por encima de la triple línea de defensa ante el castillo. Las líneas se cerraron a su alrededor, la cubrieron librando una batalla desesperada. Un equipo de reyes había conseguido arrancar a mordiscos una de las patas de la araña, según vio Kress. Los defensores saltaban de las torres para aterrizar sobre la masa retorcida y pulsante.

Perdida debajo de los reyes de la arena, la araña consiguió de alguna manera moverse de sopetón y desapareció en la oscuridad.

Jad Rakkis dejó escapar un largo suspiro. Estaba pálido.

—Maravilloso —dijo alguien. Malada Blane soltó una risilla procedente del fondo de su garganta.

—Mira —dijo Idi Noreddian, tirando de la manga a Kress. Habían estado tan concentrados en la batalla en esa esquina que ninguno de ellos se había percatado de la actividad en el resto del tanque. Pero ya no había movimiento en el castillo, las arenas estaban desiertas excepto por los móviles rojos muertos, y entonces lo vieron.

Había tres ejércitos alineados frente al castillo rojo. Estaban completamente inmóviles, en perfecta formación, fila tras fila de reyes de la arena naranja, blancos y negros. Esperando a ver qué emergía de las profundidades.

Simon Kress sonrió.

—Un cordón sanitario —dijo—. Y mira los demás castillos, si tienes la bondad, Jad.

Rakkis lo hizo, y maldijo. Equipos de móviles estaban sellando las puertas con arena y rocas. Si la araña conseguía sobrevivir a ese encuentro, no encontraría una entrada fácil a los demás castillos.

—Debería haber traído cuatro arañas —dijo Rakkis—. Aun así, he ganado. Mi araña está ahí abajo, comiéndose a tu puñetera madríbula.

Kress no contestó. Esperó. Había movimientos en las sombras. De pronto, empezaron a entrar móviles rojos por el portón. Ocuparon sus posiciones en el castillo y se pusieron a reparar los daños que había ocasionado la araña. Los otros ejércitos se disolvieron y se retiraron a sus respectivas esquinas.

—Jad —dijo Simon Kress—, creo que estás un poco confundido acerca de quién

se está comiendo a quién.

A la semana siguiente Rakkis trajo cuatro esbeltas serpientes plateadas. Los reyes de la arena las despacharon sin demasiados problemas.

A la siguiente lo intentó con un gran pájaro negro. Se comió más de treinta móviles blancos y sus aleteos y convulsiones prácticamente destruyeron su castillo, pero al final se le cansaron las alas y los reyes de la arena atacaban con todas sus fuerzas allí donde aterrizaba.

Después de eso fue el turno de una caja de insectos. Escarabajos acorazados no muy diferentes a los propios reyes de la arena. Pero estúpidos, muy estúpidos. Una fuerza combinada de naranjas y negros rompió su formación, los dividió y los masacró.

Rakkis empezó a entregarle pagarés a Kress.

Fue por ese entonces que Kress volvió a encontrarse con Cath m'Lane, una noche, cuando estaba cenando en su restaurante favorito de Asgard. Se detuvo brevemente junto a la mesa de ella y le contó lo de los juegos de guerra, invitándola a unirse al grupo. Ella enrojeció, luego recuperó el control y su actitud se volvió helada.

—Alguien tiene que detenerte, Simon. y supongo que tendré que ser yo —dijo ella. Kress hizo un gesto de indiferencia, disfrutó de una buena comida y no volvió a pensar en la amenaza.

Hasta una semana después, cuando una mujer bajita y de aspecto fornido llamó a su puerta y le enseñó un brazalete de la policía.

—Hemos recibido quejas —dijo—. ¿Tiene usted un tanque lleno de insectos peligrosos, Kress?

—No son insectos —dijo, furioso—. Venga, se lo enseñaré.

Cuando hubo visto los reyes de la arena, la mujer sacudió la cabeza en una negativa.

—Esto no va a poder ser. Y de todas formas, ¿qué sabe acerca de esas criaturas? ¿Sabe de qué mundo proceden? ¿Tienen el visto bueno de la junta ecológica? ¿Tiene licencia para tenerlas? Tenemos un informe de que son carnívoras, posiblemente peligrosas. También tenemos un informe de que son inteligentes. Y, en cualquier caso, ¿de dónde las sacó?

—De Wo y Shade —repuso Kress.

—Jamás los he oído nombrar —dijo la mujer—. Probablemente los introdujeron de contrabando, sabiendo que nuestros ecólogos jamás los aprobarían. No, Kress, esto no va a poder ser. Voy a confiscarle el tanque y hacer que lo destruyan. Y también le caerán unas cuantas multas.

Kress le ofreció cien estándares por olvidarse de él y sus reyes de la arena.

Ella chasqueó la lengua.

—Ahora tendré que añadir intento de soborno a las demás acusaciones contra usted.

No fue hasta que elevó la cifra a dos mil estándares que la mujer estuvo dispuesta a ser persuadida.

—No va a ser fácil, ¿sabe? —dijo ella—. Hay que alterar formularios, eliminar registros. Y conseguir una licencia falsa de los ecólogos llevará mucho tiempo. Por no mencionar tener que tratar con la denunciante. ¿Y si vuelve a llamar?

—Déjemela a mí —dijo Kress—. Déjemela a mí.

Pensó en ello un rato. Esa noche hizo unas cuantas llamadas. Primero llamó a t'Etherane, el vendedor de mascotas.

—Quiero comprar un perro —dijo Kress—. Un cachorrito.

El mercader de rostro orondo se le quedó mirando boquiabierto.

—¿Un cachorrito? Eso no es propio de usted, Simon. ¿Por qué no viene? Tengo unos cuantos encantadores.

—Quiero un *tipo* muy específico de cachorrito —dijo Kress—. Tome nota. Le describiré cómo debe ser.

Después llamó a Idi Noreddian.

—Idi —dijo—. Quiero que vengas esta noche con tu equipo holográfico. Se me ha ocurrido que quiero que me grabes una batalla de los reyes de la arena. Un regalo para una amiga.

La noche después de hacer la grabación, Simon Kress se quedó levantado hasta tarde. Absorbió un drama controvertido en su sensorio, se preparó un pequeño tentempié, se fumó uno o dos petas y abrió una botella de vino. Muy contento consigo mismo, fue hasta la sala de estar, copa en mano.

Las luces estaban apagadas. El resplandor rojizo del terrario hacía que las sombras tuvieran un tono escarlata y febril. Se acercó para contemplar sus dominios, con curiosidad por cómo iban los negros en las reparaciones de su castillo. El cachorrito lo había dejado en ruinas.

La restauración iba bien. Pero al inspeccionar las obras con sus gafas de aumento miró por casualidad su imagen de cerca. Se sobresaltó.

Reculó, parpadeó, se tragó una buena cantidad de vino y volvió a mirar.

El rostro en la pared seguía siendo el suyo. Pero, *pervertido*. Sus mejillas eran gordas y porcinas, su sonrisa una mueca depravada. Tenía un aspecto de suprema malignidad.

Inquieto, rodeó el tanque para inspeccionar los demás castillos.

Cada uno era diferente, pero en el fondo era lo mismo.

Los naranjas se habían ahorrado los pequeños detalles pero el resultado seguía siendo monstruoso, aborrecible: una boca brutal y unos ojos carentes de inteligencia.

Los rojos le habían dotado de una sonrisa satánica, crispada. Las comisuras de los

labios caían en un gesto extraño y desagradable.

Los blancos, sus favoritos, habían tallado un cruel dios idiota. Enfurecido, Simon Kress lanzó su copa de vino por la habitación.

—Cómo os atrevéis —dijo en voz baja—. Ahora no comeréis durante una semana, malditos... —Su voz era chirriante—. Ya os enseñaré. —Tenía una idea. Salió de la habitación y volvió al poco con una antigua espada arrojadiza en la mano. Medía un metro y la punta seguía afilada. Kress sonrió, trepó a la parte superior del tanque y movió la tapa lo suficiente para poder trabajar, abriendo una de las esquinas del desierto. Se inclinó y apuñaló el castillo blanco. Blandió la espada haciéndola oscilar, derribando torres, murallas y contrafuertes. Un giro de su muñeca destruyó los rasgos de la insolente caricatura que los reyes de la arena habían modelado de su rostro. Luego puso la punta de la espada sobre la boca negra que era la entrada a la cámara de la madróbula y empujó con todas sus fuerzas. Oyó un sonido suave y húmedo y se topó con resistencia. Todos los móviles temblaron y se derrumbaron. Satisfecho, Kress sacó la espada.

Observó un momento, preguntándose si habría matado a la madróbula. La punta de la espada estaba húmeda y fangosa. Pero finalmente los reyes de la arena blancos empezaron a moverse de nuevo. Lenta y débilmente, pero se movían.

Se preparaba para deslizar la tapa otra vez y trasladarse a otro castillo cuando sintió algo que reptaba por su mano.

Gritó y tiró la espada, se sacudió de encima al rey de la arena, que cayó a la alfombra, y lo aplastó con el tacón de su zapato, y siguió machacándolo mucho después de que hubiera muerto. Había crujido al pisarlo. Tras eso, temblando, se apresuró a sellar el tanque de nuevo y corrió a ducharse. Se inspeccionó cuidadosamente. Puso su ropa en agua hirviendo.

Más tarde, tras varias copas de vino, regresó a la sala de estar. Estaba un poco avergonzado por la forma en que se había dejado aterrorizar por el móvil. Pero no estaba dispuesto a volver a abrir el tanque. De ahora en adelante, la tapa permanecería siempre puesta. Sin embargo, seguía teniendo que castigar a los demás.

Kress decidió lubricar sus procesos mentales con otra copa más de vino. Cuando la terminaba, le llegó la inspiración. Se acercó sonriendo al tanque e hizo unos cuantos ajustes en los controles de humedad.

Cuando se quedó dormido en el sofá, con la copa todavía en la mano, los castillos de arena se derretían bajo la lluvia.

Kress despertó al oír furiosos golpes contra su puerta.

Se sentó, mareado y con dolor de cabeza. Las resacas de vino siempre eran las peores. Se arrastró hasta la cámara de entrada.

Cath m'Lane estaba fuera.

—Tú, monstruo —dijo, con el rostro hinchado y surcado de lágrimas—. Me he

pasado toda la noche llorando, maldito seas. Pero ya no. Simon, ya no.

—Calma —dijo Kress con una mano en la cabeza—. Tengo resaca.

Ella soltó un juramento, lo apartó de un empujón y se abrió camino al interior de la casa. El arrastripiés salió de detrás de una esquina ¿para ver a qué se debía el alboroto? Ella le escupió y entró en la sala de estar, con Kress siguiéndola sin poder alcanzarla.

—Espera —dijo Kress—, ¿adónde vas...? No puedes... No puedes. —Se detuvo, súbitamente horrorizado. Ella sostenía un pesado mazo en la mano izquierda—. No.

La mujer fue directamente hacia el tanque de los reyes de la arena.

—¿No te gustan tanto tus criaturitas, Simon? Pues a ver si puedes vivir con ellas.

—¡Cath! —aulló Kress.

Agarrando el mazo con ambas manos, Cath lo descargó con tanta fuerza como pudo contra un lado del tanque. El sonido del impacto le resonó en la cabeza y Kress emitió un barboteo de desesperación. Pero el plástico no cedió.

Ella volvió a blandir el mazo. Esta vez hubo un chasquido y apareció una red de finas grietas.

Kress se abalanzó contra ella cuando intentaba ganar impulso para un tercer golpe. Ambos cayeron al suelo y rodaron. Ella perdió el mazo e intentó estrangularle, pero Kress se liberó y le mordió un brazo, haciéndole sangre. Ambos se pusieron de pie tambaleándose y jadeando.

—Deberías verte, Simon —dijo ella—. Te gotea sangre del labio. Ahora te pareces a una de tus mascotas. ¿Te gusta el sabor?

—Fuera de aquí —dijo él. Vio la espada arrojada allí donde se había caído la noche anterior y la recogió—. Fuera de aquí —repitió, blandiendo la espada para dar énfasis a sus palabras—. No vuelvas a acercarte a ese tanque.

Se rio de él.

—No te atreverás —dijo. Se agachó para recoger el mazo.

Kress aulló y se abalanzó sobre ella. Antes de que comprendiera bien lo que ocurría; la hoja de hierro le había atravesado el abdomen. Cath m'Lane lo miró con extrañeza y luego bajó la vista hacia la espada. Kress dio un paso atrás, gimoteando.

—No quería... yo solo quería...

Ella se quedó transfigurada, sangrando, muerta, pero por alguna razón no se cayó.

—Monstruo —consiguió decir, aunque tenía la boca llena de sangre. Y se giró y golpeó el tanque con sus últimas fuerzas. La maltratada pared de plástico se resquebrajó, y Cath m'Lane quedó enterrada bajo una avalancha de plástico, arena y barro.

Kress emitió unos gritos histéricos y se subió al sofá a cuatro patas.

Los reyes de la arena emergían de la tierra que estaba esparcida sobre el suelo de su sala de estar. Se arrastraban sobre el cuerpo de Cath. Unos cuantos se aventuraron tentativamente por la alfombra. Otros los siguieron.

Observó cómo se formaba una columna, un cuadrado viviente y retorcido de

reyes de la arena, que transportaban algo, algo legamoso y sin rasgos, un trozo de carne cruda del tamaño de la cabeza de una persona. Empezaron a alejarse del tanque. Aquello latía.

En ese momento Kress perdió el control y echó a correr.

Ya era muy por la tarde cuando encontró el coraje para regresar. Había corrido a su aerocoche y había volado a la ciudad más cercana, a unos cincuenta kilómetros de distancia, casi muerto de miedo. Pero una vez que estuvo a salvo y lejos, había encontrado un restaurante pequeño, se había tragado varias tazas de café y dos tabletas contra la resaca, comido un desayuno completo y, gradualmente, había recuperado la compostura.

Había sido una mañana espantosa, pero seguir dándole vueltas a lo ocurrido no solucionaría nada. Pidió más café y reflexionó sobre su situación con fría racionalidad.

Había matado a Cath m'Lane. ¿Podía dar parte de ello, decir que había sido un accidente? Poco probable. La había atravesado de lado a lado y ya le había dicho a aquella policía que él se encargaría de ella. Tenía que hacer desaparecer la prueba y esperar que no le hubiera contado a nadie adónde pensaba ir esa mañana. Eso último era probable. No habría recibido su regalito hasta muy tarde la noche anterior. Dijo que se había pasado la noche llorando y había estado sola en su casa. Muy bien: solo tenía que deshacerse de un cuerpo y de un aerocoche.

Eso dejaba a los reyes de la arena. Aquello sería más difícil. Sin duda a esas alturas ya habrían escapado todos. El pensar en ellos en su casa, en su cama y su ropa, infestando su comida, le puso la piel de gallina. Se estremeció y se sobrepuso a su repulsión. En realidad no debía de ser tan difícil matarlos a todos, se recordó. No tenía que matar a todos los móviles. Solo a las cuatro madríbulas, eso era todo. Podía hacerlo. Eran grandes, según había visto. Las encontraría y las mataría.

Simon Kress fue de compras antes de volver a casa. Compró un conjunto de prendas protectoras que le cubrieran de los pies a la cabeza, varias bolsas de bolas de veneno para control de saltarrocas y una bombona de un pesticida ilegalmente potente en aerosol. También compró un dispositivo remolcador de enganche magnético.

Cuando aterrizó, actuó metódicamente. Primero enganchó el aerocoche de Cath al suyo con el remolcador magnético. Cuando revisó el interior tuvo su primer golpe de suerte. El chip cristalino con el hola que había grabado Idi Noreddian del combate de los reyes de la arena estaba allí. Era algo que le había preocupado.

Cuando los aerocoches estuvieron listos, se puso las prendas protectoras y entró en la casa en busca del cuerpo de Cath.

No estaba.

Tanteó con cuidado la arena que se secaba rápidamente, pero no había duda; el

cuerpo había desaparecido. ¿Podía haberse arrastrado ella misma fuera de la arena? Improbable, pero Kress buscó. Un examen superficial de la casa no le aportó ningún indicio ni del cuerpo ni de los reyes de la arena. No tenía tiempo para una investigación a fondo, no con el aerocoche delator frente a su puerta. Decidió que lo intentaría más tarde.

A unos setenta kilómetros al norte de los terrenos de Kress había una cordillera de volcanes activos. Voló hasta allí, remolcando el aerocoche de Cath. Encima del resplandeciente cono del volcán de mayor tamaño desactivó el enganche magnético y contempló cómo el aerocoche desaparecía en la lava.

Ya era de noche cuando volvió a casa. Eso le inquietó. Pensó en volver a la ciudad y pasar la noche allí. Lo descartó. Todavía no estaba a salvo.

Esparció las bolitas de veneno alrededor de su casa. Nadie encontraría eso sospechoso, siempre había tenido problemas con los saltarrocas. Cuando hubo terminado esa tarea, preparó el fumigador de insecticida y se aventuró en el interior de la vivienda.

Kress revisó la casa habitación por habitación, encendió las luces dondequiera que iba hasta que quedó rodeado por un resplandor de iluminación artificial. Se paró a limpiar la sala de estar, metiendo paladas de arena y fragmentos de plástico en el tanque roto. Los reyes de la arena se habían marchado, tal como temía. Los castillos se habían desmoronado y estaban destrozados, abatidos por el bombardeo acuoso que Kress había desencadenado sobre ellos, y lo poco que quedaba se deshacía al secarse.

Frunció el entrecejo y siguió buscando con la bombona de pesticida colgada del hombro.

Encontró el cuerpo de Cath m'Lane en su bodega más profunda.

Estaba tendida a los pies de la empinada escalera, con los miembros retorcidos como si hubiera sufrido una caída. Había móviles blancos pululando por encima del cadáver y, mientras lo miraba, el cuerpo se movió con espasmos sobre el suelo de tierra prensada.

Se rio y puso la iluminación al máximo. En el rincón más lejano había un rechoncho castillo terroso y un agujero oscuro, visibles entre dos estantes de botellas. Kress distinguió el contorno difuso de su rostro en la pared de la bodega.

El cuerpo volvió a moverse con un estremecimiento, recorriendo unos pocos centímetros hacia el castillo. Kress tuvo una repentina visión de la madríbula que aguardaba, hambrienta. Podría tragar el pie de Cath, pero no más. Era demasiado absurdo. Volvió a reír y bajó a la bodega, con el dedo en el gatillo de la manguera que le serpenteaba por el brazo derecho. Los reyes de la arena, cientos de ellos moviéndose como un solo organismo, abandonaron el cuerpo y formaron líneas de batalla, un campo blanco entre él y su madríbula.

Repentinamente, Kress tuvo otra inspiración. Sonrió y bajó la mano que sostenía la manguera.

—Cath siempre fue difícil de tragar —dijo, encantado con su ingenio—.

Especialmente para alguien de vuestro tamaño. Vamos, os ayudaré un poquito. ¿Para qué están los dioses si no?

Se marchó al piso de arriba y al poco volvió con un cuchillo de carnicero. Los reyes de la arena, pacientes, esperaron mientras Kress cortaba a Cath m'Lane en pedacitos pequeños y fácilmente digeribles.

Simon Kress durmió esa noche vestido con su traje protector y con el pesticida a mano, pero no le hizo falta. Los blancos, saciados, se quedaron en la bodega, y no vio señales de los demás.

Por la mañana terminó de limpiar la sala de estar. Cuando hubo acabado, no quedaban rastros de la pelea aparte del tanque roto.

Tomó un almuerzo ligero y reanudó su búsqueda de los reyes de la arena desaparecidos. A plena luz del día, no fue demasiado difícil. Los negros se habían asentado en su jardín de rocalla y se habían construido un pesado castillo de obsidiana y cuarzo. A los rojos los encontró en el fondo de la piscina vacía que llevaba mucho tiempo en desuso y se había llenado parcialmente con la arena arrastrada por el viento con el transcurso de los años. Kress vio a móviles de ambos colores que recorrían sus terrenos, muchos de ellos transportando a sus castillos las bolitas de veneno. Kress decidió que el pesticida era innecesario. No hacía falta arriesgarse a una pelea cuando podía dejar que el veneno hiciera su trabajo. Ambas madribulas estarían muertas al anochecer.

Eso solo dejaba a los reyes de color naranja tostado. Kress rodeó su mansión varias veces, en círculos cada vez más amplios, pero no encontró rastro de ellos. Cuando empezó a sudar en el interior de su traje protector, era un día seco y cálido, decidió que no importaba. Si estaban ahí fuera, probablemente estarían comiendo las bolitas de veneno al igual que los rojos y los negros.

Aplastó a varios reyes bajo sus pies, con una cierta satisfacción, mientras caminaba de regreso a la casa. Una vez dentro, se quitó el traje protector. Se sirvió una comida deliciosa y se fue relajando. Todo estaba bajo control. Dos de las madribulas perecerían en breve, la tercera estaba ubicada en un lugar donde podía deshacerse de ella una vez que hubiera servido a sus propósitos, y no tenía dudas de que encontraría a la cuarta. En cuanto a Cath, había eliminado cualquier rastro de su visita.

Su ensoñación se vio interrumpida cuando su monitor empezó a parpadear para advertirle. Era Jad Rakkis que llamaba para jactarse de unos gusanos caníbales que llevaría a los juegos de guerra de esa noche.

Kress se había olvidado por completo de ello, pero se recuperó rápidamente.

—Oh, Jad, mis disculpas. Se me olvidó mencionártelo. Me aburrí de todo eso y me he librado de los reyes de la arena. Esas bestezuelas son horribles. Lo lamento, esta noche no habrá fiesta.

Rakkis estaba indignado.

—¿Y ahora qué hago con los gusanos?

—Ponlos en una cesta de fruta y envíaselos a algún ser querido —dijo Kress, cortando la conexión. Al instante empezó a llamar a los demás. No necesitaba que apareciera nadie en su puerta en esos momentos, con los reyes de la arena vivos y sueltos por sus terrenos.

Justo cuando llamaba a Idi Noreddian, Kress se percató con irritación de que había pasado por alto algo evidente. La pantalla empezó a aclararse, indicando que alguien respondía al otro extremo. Kress *la* apagó.

Idi llegó puntualmente una hora después. Se sorprendió al descubrir que la reunión se había cancelado, pero parecía perfectamente encantada de pasar la velada a solas con Kress. La deleitó relatándole la reacción de Cath al holo que habían grabado juntos. Y se aseguró de que Idi no le había contado la gamberrada a nadie. Kress asintió satisfecho, y volvió a llenar las copas de vino. Solo quedaba un chorrito.

—Tengo que ir por otra botella —dijo—. Acompáñame a la bodega y ayúdame a escoger una buena cosecha. Siempre has tenido mejor paladar que yo.

Lo acompañó de buena gana, pero vaciló en lo alto de las escaleras cuando Kress abrió la puerta y él hizo un gesto para que pasara delante.

—¿Dónde están las luces? —dijo ella—. Y este olor... ¿qué es *este* olor tan peculiar, Simon?

Cuando la empujó, Idi puso cara de sorpresa un instante. Gritó mientras rodaba por las escaleras. Kress cerró la puerta y se puso a clavarla usando los tablones y el martillo neumático que había preparado con ese propósito. Cuando terminaba, oyó gemir a Idi:

—Estoy herida. Simon, ¿qué es esto? —De repente soltó un chillido, y poco después empezaron los gritos.

Tardaron horas en cesar. Kress fue a su sensorio y se conectó a una comedia picante para borrarlos de su mente.

Cuando estuvo seguro de que había muerto. Kress remolcó su aerocoche hasta los volcanes del norte y lo hizo desaparecer. El remolque magnético había sido una buena inversión.

Cuando Kress bajó a comprobar cómo estaban las cosas a la mañana siguiente, de detrás de la puerta de la bodega le llegaron extraños ruidos de arañazos. Escuchó durante unos instantes de desconcierto, preguntándose si Idi Noreddian podía haber sobrevivido y ahora arañaba la puerta para salir. Le parecía poco probable; tenían que ser los reyes de la arena. A Kress no les gustaban las implicaciones que se desprendían de ese hecho. Decidió que mantendría la puerta sellada, al menos de momento, y salió al exterior para enterrar a las madríbulas roja y negra en sus propios castillos.

Las encontró más que vivas.

El castillo negro relucía con su piedra volcánica y había reyes de la arena por todas partes reparándolo y mejorándolo. La torre más alta le llegaba a la cintura y en ella había una espantosa caricatura de su rostro. Cuando se acercó, los negros abandonaron al instante sus labores y formaron en dos amenazadoras falanges. Kress miró a sus espaldas y vio a otros que intentaban cerrarle la retirada. Sobresaltado, dejó caer la pala y salió corriendo de la trampa, aplastando a varios móviles bajo sus botas.

El castillo rojo reptaba por las paredes de la piscina. La madríbula estaba a salvo en un pozo, rodeada de arena y murallas de arena. Los rojos pululaban por todo el fondo de la piscina. Kress contempló cómo arrastraban un saltarrocas y un gran lagarto al interior del castillo. Retrocedió apartándose del borde de la piscina, horrorizado, y sintió algo que crujía bajo sus pies. Al mirar al suelo, vio a tres móviles trepando por su pierna. Se los sacudió de encima y los pisoteó hasta matarlos, pero había más que se acercaban rápidamente a él. Eran mayores de lo que recordaba. Algunos eran casi tan grandes como su pulgar.

Corrió. Cuando llegó a la seguridad de su casa, tenía el corazón desbocado y estaba sin aliento. Kress se apresuró a cerrar la puerta con llave. Su casa supuestamente era a prueba de plagas. Estaría a salvo en ella.

Una bebida fuerte le calmó los nervios. Así que el veneno no les hacía efecto. Debería habérselo imaginado. Wo le había advertido que la madríbula se comía cualquier cosa. Tendría que usar el pesticida. Kress se tomó otro trago para el camino, se puso su traje protector y se ató el contenedor a la espalda. Abrió la puerta.

En el exterior, los reyes de la arena le esperaban.

Dos ejércitos se enfrentaron a él, aliados contra la amenaza común.

Más de los que hubiera imaginado. Las puñeteras madríbulas debían criar como saltarrocas. Los había por todas partes, un mar reptante de cuerpos.

Kress alzó la manguera y apretó el gatillo. Una neblina grisácea bañó las filas de los reyes que se encontraban más cerca. Movié la mano de un lado a otro.

Allí donde caía la neblina, los reyes de la arena se sacudían violentamente y morían con espasmos repentinos. Kress sonrió. No eran rivales para él. Roció en un amplio arco frente a él y dio un paso adelante, con confianza, sobre una alfombra de cuerpos rojos y negros. Los ejércitos retrocedieron. Kress avanzó, con la intención de atravesar sus filas hasta llegar a sus madríbulas.

Al instante la retirada se detuvo. Un millar de reyes de la arena se lanzaron contra él en una oleada.

Kress esperaba el contraataque. Mantuvo su posición, haciendo un barrido con su espada de neblina ante sí en grandes arcos concatenados. Iban a él y morían. Unos cuantos consiguieron pasar; no podía rociar hacia todas partes a la vez. Los sintió trepándole por las piernas, sintió sus mandíbulas mordiendo en vano el plástico reforzado de su traje de protección. Pasó de ellos y continuó rociando.

Entonces empezó a sentir los blandos impactos sobre su cabeza y hombros.

Kress tembló, giró y miró hacia arriba. La fachada de su casa estaba viva de reyes de la arena. Negros y rojos, cientos de ellos. Se lanzaban al aire, lloviendo sobre él. Caían a su alrededor. Uno cayó en su visor, sus mandíbulas arañando el plástico para llegar a sus ojos durante un terrible instante antes de que lo cogiera y lo arrojara a lo lejos.

Hizo oscilar la manguera y roció el aire. Roció la casa, roció hasta que los reyes de la arena aerotransportados estuvieron muertos o moribundos. La neblina cayó sobre él, haciéndole toser. Tosió y siguió rociando. Solo cuando la fachada de la casa quedó despejada volvió Kress a prestar atención a la tierra.

Le rodeaban, los tenía encima, docenas de ellos se escabullían por su cuerpo, centenares más se apresuraban para unirse a esos. Volvió la neblina contra ellos. El pesticida dejó de manar de la manguera. Kress oyó un siseo fuerte y la niebla mortal se alzó entre sus hombros formando una gran nube, cubriéndolo, ahogándolo, quemándole los ojos y empañándole la vista. Tanteó la manguera y volvió a apartar la mano cubierta de reyes de la arena moribundos. La manguera estaba cortada; se la habían comido. Estaba rodeado de una nube de pesticida, cegado. Se tambaleó, gritó y empezó a correr de vuelta a la casa, quitándose reyes de la arena de encima sin dejar de correr.

Una vez dentro, cerró la puerta y se derrumbó sobre la alfombra, rodando hacia uno y otro lado hasta que estuvo seguro de que los había aplastado a todos. Kress se quitó el traje protector y se duchó. El agua caliente le escaldó y le dejó la piel enrojecida y sensible, pero al menos dejó de tener la piel de gallina.

Se vistió con sus prendas más resistentes, pantalones gruesos de trabajo y chaqueta de cuero, tras sacudirlas nerviosamente.

—Maldita sea —repetía una y otra vez—. Maldita sea. —Tenía la garganta seca. Tras registrar el vestíbulo de arriba abajo para asegurarse de que estaba limpio, se permitió servirse una bebida—. Maldita sea —repetió. Le temblaba la mano mientras se servía, derramando licor sobre la alfombra.

El alcohol consiguió tranquilizarlo, pero no eliminó el miedo. Se sirvió una segunda copa y se acercó furtivamente a la ventana. Había reyes de la arena moviéndose sobre la gruesa hoja de plástico. Se estremeció y se retiró hasta su consola de comunicaciones. Tenía que conseguir ayuda, pensó furioso. Llamaría a las autoridades y los policías vendrían con lanzallamas y...

Simon Kress se detuvo en mitad de la llamada. No podía llamar a la policía. Tendría que contarles que había reyes blancos en la bodega y encontrarían los cuerpos. Quizás a esas alturas la mandíbula hubiera dado cuenta de Cath m'Lane, pero no de Idi Noreddian. Ni siquiera la había cortado a trozos. Además, habría huesos. No, llamaría a la policía solo como último recurso.

Se quedó sentado frente a la consola con el ceño fruncido. Su equipo de comunicaciones ocupaba toda una pared; desde allí podía contactar con cualquier

persona en Baldur. Con su gran fortuna y su astucia... y siempre se había enorgullecido de su astucia. Lo resolvería de alguna forma.

Consideró brevemente la idea de llamar a Wo, pero la descartó enseguida. Wo sabía demasiado, haría preguntas y no confiaba en ella. No, necesitaba a alguien que hiciese lo que le pedía *sin* preguntas.

Su ceño se relajó y poco a poco se convirtió en una sonrisa. Simon Kress tenía contactos. Inició una llamada a un número que no había marcado desde hacía mucho.

Apareció el rostro de una mujer en la pantalla: cabello blanco, expresión neutra y una gran nariz ganchuda. Su tono era eficiente y enérgico.

—Simon —dijo—. ¿Qué tal van los negocios?

—Los negocios van bien, Lissandra —contestó Kress—. Tengo un trabajo para ti.

—¿Una retirada? Mi precio ha subido desde la última vez, Simon. Han pasado diez años.

—Te pagaré bien —dijo Kress—. Sabes que soy generoso. Quiero que te ocupes de un problema de control de plagas.

La mujer apenas sonrió.

—No hay necesidad de usar eufemismos, Simon. La llamada está protegida.

—No, lo digo en serio. Tengo un problema de plaga. Una plaga peligrosa. Ocupate de ella por mí. Sin preguntas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Necesitarás... oh, dos o tres operativos. Tendrán que llevar trajes de protección resistentes al calor y equiparse con lanzallamas, láseres o similares. Ven a mi casa. Verás el problema enseguida. Bichos, montones y montones de bichos. Encontrarás castillos en mi jardín de rocalla y en la vieja piscina. Destruyelos, mata todo lo que haya dentro. Luego llama a la puerta y yo te indicaré el resto del trabajo. ¿Puedes venir rápidamente?

El rostro de Lissandra permaneció imperturbable.

—Saldremos antes de una hora.

Lissandra fue fiel a su palabra. Llegó en un aerocoché negro y esbelto con tres operativos. Kress los observó desde la seguridad de una ventana del segundo piso. Carecían de rostro, embutidos en los trajes de protección de plástico negro. Dos de ellos llevaban lanzallamas portátiles, el tercero un cañón láser y explosivos. Lissandra no llevaba nada. Kress la reconoció porque era la que daba las órdenes.

El aerocoché primero hizo una pasada a baja altura, comprobando la situación. Los reyes de la arena enloquecieron. Móviles escarlata y ébano corrían por todas partes, frenéticos. Kress podía ver el castillo de rocalla desde su punto de observación. Ya era tan alto como un hombre. Sus almenas estaban recubiertas de defensores negros y una corriente constante de móviles descendía a sus profundidades.

El aerocoche de Lissandra descendió cerca del de Kress y los operativos se apearon y cargaron las armas. Tenían un aspecto inhumano, mortífero.

El ejército negro se retiró formando una barrera entre ellos y el castillo. Los rojos... Kress se percató súbitamente de que no veía a los rojos. ¿Dónde se habían metido?

Lissandra señaló y gritó, y los dos lanzallamas apuntaron a los reyes negros. Sus armas tosieron secamente y empezaron a rugir, largas lenguas de fuego azul y escarlata lamieron el espacio frente a ellos. Los reyes de la arena se frieron, ennegrecieron y murieron. Los operativos empezaron a mover el fuego a un lado y otro en un patrón eficiente y encadenado. Avanzaron con pasos cuidadosos y medidos.

El ejército negro ardió y se desintegró. Los móviles huyeron en un millar de direcciones, algunos hacia el castillo, otros hacia el enemigo. Ninguno alcanzó a los operativos con los lanzallamas. La gente de Lissandra era muy profesional.

Entonces uno de ellos tropezó.

O pareció tropezar. Kress volvió a mirar y vio que la tierra había cedido bajo el hombre. Túneles, se dijo con un estremecimiento de miedo... Túneles, fosos, trampas. El operativo quedó hundido en la arena hasta la cintura y repentinamente el terreno a su alrededor entró en erupción y se vio cubierto de reyes escarlata. Dejó caer el lanzallamas y empezó a arañarse enloquecidamente el cuerpo. Sus aullidos eran terribles.

Sus compañeros titubearon, luego se giraron y abrieron fuego. Una bola de fuego se tragó al hombre y a los reyes de la arena. El aullido se detuvo abruptamente. Satisfecho, el segundo lanzallamas se volvió hacia el castillo y dio otro paso adelante, y retrocedió bruscamente cuando su pie desapareció bajo la tierra hasta el tobillo. Intentó tirar para sacarlo, y la arena a su alrededor cedió. Perdió el equilibrio y se tambaleó, agitando las manos, y los reyes de la arena, una masa revuelta de ellos, lo cubrieron mientras rodaba y se agitaba. Su lanzallamas era inútil.

Kress golpeó con los puños la ventana, gritando:

—¡El castillo! ¡Id por el castillo!

Lissandra, que estaba contra su aerocoche, le oyó e hizo una señal.

El tercer operativo apuntó el cañón láser y disparó. El haz pulsó a través del terreno y cortó la parte superior del castillo. Acuchilló los parapetos de arena y piedra. Cayeron las torres. El rostro de Kress se desintegró; ya solo era una montaña de arena. Pero los móviles negros continuaron moviéndose. La madribula estaba enterrada a demasiada profundidad; no la habían tocado.

Lissandra dio otra orden. Su operativo descartó el láser, cebó un explosivo y corrió hacia el castillo. Saltó por encima del cuerpo humeante del primer lanzallamas, aterrizó en tierra sólida en el interior del jardín de rocalla de Kress y lanzó. La bola de explosivo aterrizó justo en la cima de las ruinas del castillo negro. Un resplandor de luz blanca quemó los ojos de Kress y hubo una tremenda explosión de arena, roca

y móviles. Momentáneamente el polvo lo cubrió todo. Llovían reyes y trozos de reyes.

Kress vio que los móviles negros estaban inmóviles y muertos.

—La piscina —gritó a través de la ventana—. Id por el castillo de la piscina.

Lissandra lo entendió enseguida; la tierra estaba cubierta de negros inmóviles, pero los rojos se reagrupaban deprisa. Su operativo pareció indeciso. Luego sacó otra bola de explosivo. Dio un paso hacia delante, pero Lissandra lo llamó y volvió corriendo hacia ella.

A partir de ahí todo fue muy simple. Llegó al aerocoche y Lissandra lo elevó. Kress corrió hacia otra ventana para observar. Descendieron justo sobre la piscina haciendo pasadas y el operativo lanzó sus bombas al castillo rojo desde la seguridad del aerocoche. Tras la cuarta pasada, el castillo había quedado irreconocible y los reyes de la arena dejaron de moverse.

Lissandra fue exhaustiva. Le hizo bombardear cada castillo varias veces más. Luego usó el cañón láser, trazando zigzags hasta que estuvo segura de que nada vivo podía quedar intacto en esas pequeñas zonas de tierra.

Finalmente llamaron a la puerta de Kress. Kress sonreía como un maníaco cuando los dejó entrar.

—Encantador —dijo—, encantador.

Lissandra se sacó la máscara de su traje de protección.

—Esto te va a costar caro, Simon. Dos operativos muertos, sin mencionar el riesgo para mi propia vida.

—Por supuesto —barbotó Kress—. Se te pagará bien, Lissandra. La cifra que pidas, pero termina el trabajo.

—¿Qué queda?

—Tienes que limpiar mi bodega —dijo Kress—. Hay otro castillo ahí abajo, y tendrás que hacerlo sin explosivos. No quiero que se me caiga la casa encima.

Lissandra le hizo una seña a su operativo.

—Ve fuera y tráete el lanzallamas de Rajk. Debería estar intacto. Regresó, armado, listo y sin decir palabra. Kress los condujo a la bodega.

—La pesada puerta seguía cerrada por los tablones que había clavado. Pero estaba deformada hacia fuera, como si algo ejerciera una presión tremenda desde el interior. Eso inquietó a Kress, así como el silencio reinante. Se mantuvo bien lejos de la puerta mientras el operativo de Lissandra sacaba los clavos y los tablones.

—¿Es seguro eso? —se descubrió murmurando, señalando el lanzallamas—. Tampoco quiero un incendio, ya sabes.

—Tengo el láser —dijo Lissandra—. Lo usaremos para matar a la presa. Probablemente no necesitaremos el lanzallamas. Pero lo quiero aquí por si acaso. Hay cosas peores que el fuego, Simon.

Kress asintió.

El último tablón había sido retirado. Seguía sin haber sonido alguno procedente

de la bodega. Lissandra ladró una orden y su subordinado se apartó, tomó posiciones a su espalda y alzó el lanzallamas para apuntar directamente a la puerta. Lissandra volvió a ponerse la máscara, levantó el láser, dio un paso adelante y abrió la puerta.

Ningún movimiento. Ningún sonido. Ahí abajo estaba oscuro.

—¿Hay luz? —preguntó Lissandra.

—Justo al lado de la puerta —dijo Kress—. A mano derecha. Cuidado con la escalera. Es bastante empinada.

Atravesó el umbral, cambió el láser a su mano izquierda y alzó la derecha, tanteando en busca del interruptor. No ocurrió nada.

—Lo tengo —dijo Lissandra—, pero no parece que...

Y de pronto gritaba, y retrocedió tambaleándose. Un gran rey blanco se había aferrado a su muñeca. La sangre manaba allí donde sus mandíbulas habían penetrado en el traje protector. El bicho era tan grande como su mano.

Lissandra bailó una horripilante danza por toda la habitación y empezó a golpear su mano contra la pared más cercana. Una y otra vez. Golpeaba con un sonido pesado y carnoso. Finalmente el rey se desprendió. Lissandra gimió y cayó de rodillas.

—Creo que me he roto los dedos —dijo en un susurro. La sangre seguía manando. Había dejado caer el láser cerca de la puerta de la bodega.

—No voy a bajar ahí —anunció su operativo en tono firme y claro.

—No —dijo ella—. Quédate en la puerta y usa el lanzallamas. Redúcelo todo a cenizas. ¿Queda claro?

Asintió.

—*Mi casa* —gimoteó Simon Kress. El estómago se le revolvió. El rey blanco era enorme. ¿Cuántos más había allá abajo?—. No —prosiguió—. Dejadlo. He cambiado de opinión. Dejadlos en paz.

Lissandra no estuvo de acuerdo. Alzó la mano. Estaba cubierta de sangre y de un icor verdinegro.

—Tu amiguito ha mordido limpiamente a través de mi guante, Simon, y ya has visto lo que me ha costado quitármelo de encima. No me importa tu casa, Simon. Sea lo que sea que hay ahí abajo, va a morir.

Kress apenas la oyó. Creyó entrever movimiento en la oscuridad, más allá de la puerta de la bodega. Se imaginó un ejército blanco que se acercaba, de reyes tan grandes como el que había atacado a Lissandra. Se imaginó ser alzado por un centenar de brazos diminutos y que le arrastraban a la oscuridad donde la madríbula esperaba hambrienta. Estaba asustado.

—No.

No le hicieron caso.

Kress se abalanzó hacia delante y su hombro chocó contra la espalda del operativo de Lissandra justo cuando estaba a punto de abrir fuego. Gruñó, perdió el

equilibrio y cayó a plomo hacia la oscuridad. Kress escuchó cómo caía por las escaleras. Después de eso hubo otros ruidos: chasquidos, correteos y sonidos de algo blando al ser aplastado.

Kress se giró para enfrentarse a Lissandra. Estaba empapado en un sudor frío, pero una enfermiza excitación se había adueñado de él. Era casi sexual.

Los fríos ojos de Lissandra lo contemplaron desde detrás de su máscara.

—¿Qué demonios haces? —preguntó ella mientras Kress recogía el láser—. ¡Simon!

—Una ofrenda de paz —dijo soltando una risita—. No le harán daño a su dios, no, no mientras su dios sea bueno y generoso. He sido cruel. Les he hecho pasar hambre. Tengo que compensárselo, como comprenderás.

—Estás loco —dijo Lissandra. Fue lo último que dijo. Kress le quemó un agujero en el pecho lo suficientemente grande para pasar el brazo. Arrastró el cuerpo por el suelo y lo hizo rodar escaleras abajo. Los ruidos eran más fuertes: chasquidos quitinosos u arañazos, yecos densos y gorgoteantes. Kress volvió a clavar la puerta.

Mientras huía, lo invadía una sensación de satisfacción que cubría su miedo como una capa de almíbar. Sospechaba que la sensación no era suya.

Planeaba dejar la casa, volar a la ciudad y alquilar una habitación para pasar la noche, o el año. En vez de eso, Kress empezó a beber. No estaba seguro de por qué. Bebió a ritmo constante durante horas y lo vomitó todo violentamente en la alfombra de la sala de estar. En algún momento se quedó dormido. Cuando despertó, la casa estaba completamente a oscuras.

Se acurrucó en el sofá. Podía oír *ruidos*. Había cosas que se movían en las paredes. Estaban a su alrededor. Su oído era extraordinariamente agudo. Cada pequeño crujido era la pisada de un rey de la arena. Cerró los ojos y aguardó, esperando sentir su terrible tacto, temeroso de moverse y rozar algo.

Kress sollozó y se quedó completamente inmóvil un rato, pero no ocurrió nada.

Volvió abrir los ojos. Temblaba un poco. Lentamente las sombras empezaron a suavizarse y a disolverse. La luna entraba por los altos ventanales. Sus ojos se habituaron a la penumbra.

La sala de estar estaba vacía. No había nada, nada, nada. Solo sus miedos de borracho.

Simon Kress se armó de valor, se levantó y fue a encender una luz. Nada. La habitación estaba tranquila, desierta.

Escuchó. Nada. Ningún sonido. Nada en las paredes. Todo había sido su imaginación, su miedo.

Los recuerdos de Lissandra y la cosa en la bodega volvieron sin desearlo. La vergüenza y el miedo le sobrecogieron. ¿Por qué había hecho algo así? Podría haberlos ayudado a quemar a esa cosa, a matarla. ¿Por qué?... Sabía por qué. La

madríbula lo había hecho, había puesto el miedo en él. Wo había dicho que era psiónica, incluso cuando era pequeña. Y ya era grande, muy grande. Se había alimentado de Cath y de Idi, y tenía dos cuerpos más allá abajo. Seguiría creciendo. Y había aprendido a saborear la carne humana, pensó.

Empezó a temblar, pero volvió a recuperar el control de sí mismo. No le haría daño a él. Era su dios. Los blancos siempre habían sido sus favoritos.

Recordó cómo la había apuñalado con la espada arrojada. Ese había sido antes de que llegara Cath. Maldita Cath.

No podía quedarse allí. La madríbula volvería a tener hambre. Con lo grande que era, no pasaría mucho tiempo hasta que la tuviera. Su apetito sería voraz. ¿Qué haría entonces? Tenía que marcharse, volver a la seguridad de la ciudad mientras siguiera contenida en la bodega. La bodega era solo de yeso y tierra prensada, y los móviles podían cavar y hacer túneles. Cuando se liberaran... Kress no quería pensarlo.

Fue a su dormitorio e hizo las maletas. Se llevó tres bolsas. Una muda de ropa, eso era todo lo que necesitaba; el resto lo relleno con sus objetos de valor, las joyas y obras de arte que no hubiese soportado perder. No esperaba regresar.

El arrastrapiés lo siguió escaleras abajo contemplándolo con sus malignos ojos relucientes. Estaba famélico. Kress se dio cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no lo alimentaba. Normalmente podía cuidar de sí mismo, pero sin duda la comida escaseaba últimamente. Cuando intentó aferrarse a una de sus bolsas, Kress le gruñó y le dio una patada, y el animal se escabulló, ofendido.

Kress salió al exterior, acarreado con torpeza sus bolsas, y cerró la puerta al salir.

Se quedó un momento apoyado contra la casa, con el corazón martilleándole en el pecho. Solo había unos metros entre él y el aerocoche. Tenía miedo de cruzarlos. La luna brillaba y la parte delantera de la casa era un escenario de matanza. Los cuerpos de los dos operativos de Lissandra yacían allí donde habían caído; uno quemado y retorcido, el otro hinchado bajo una masa de reyes de la arena muertos. Y los móviles, los móviles negros y rojos, lo rodeaban por todas partes. Hizo un esfuerzo por recordar que estaban muertos. Era casi como si estuvieran aguardando, como habían aguardado tantas veces antes.

Tonterías, se dijo Kress. Más miedos de borracho. Había visto los castillos volar en pedazos. Estaban muertos y la madríbula blanca estaba atrapada en su bodega. Inspiró profundamente varias veces y avanzó sobre los reyes. Crujieron. Los aplastó contra la arena con salvajismo. No se movieron.

Kress sonrió y caminó lentamente por el campo de batalla, escuchando los sonidos de la seguridad.

Crujido. Chasquido. Crujido.

Dejó las bolsas en el suelo y abrió la puerta de su aerocoche.

Algo se movió de la oscuridad hacia la luz. Había una forma pálida en el asiento de su aerocoche. Era tan grande como su antebrazo. Sus mandíbulas chasqueaban

suavemente y le contempló con seis ojos pequeños dispuestos alrededor del cuerpo.

Kress se mojó los pantalones y retrocedió lentamente.

Hubo más movimientos en el interior del aerocoche. Había dejado la puerta abierta. El rey de la arena salió y se le acercó con cautela. Otros lo siguieron. Habían estado ocultos en los asientos, enterrados bajo el tapizado. Pero ahora salían. Formaron un anillo irregular alrededor del aerocoche.

Kress se lamió los labios, se giró y fue rápidamente hacia el aerocoche de Lissandra.

Se detuvo antes de haber recorrido la mitad del camino. También había cosas moviéndose en su interior. Grandes cosas con aspecto de gusano, entrevistas a la luz de la luna.

Kress gimió y se retiró de vuelta a la casa. Cerca de la puerta principal, alzó la vista.

Contó una docena de largas formas blancas que se arrastraban de aquí para allá por las paredes del edificio. Cuatro de ellas se apiñaban en la cima del campanario en desuso donde una vez había anidado el halcón carroñero. Estaban tallando algo. Un rostro. Un rostro muy familiar.

Simon Kress aulló y regresó corriendo a la casa.

Una cantidad suficiente de bebida le trajo el olvido fácil que buscaba. Pero despertó. Pese a todo despertó. Tenía un dolor de cabeza terrible, olía mal y tenía mucha hambre. Cuánta hambre. Jamás había tenido tanta.

Kress sabía que no era *su* estómago el que le dolía.

Un rey blanco lo observaba desde el tocador de su dormitorio, apenas agitando las antenas. Era tan grande como el que había en el aerocoche la noche anterior. Intentó no retroceder.

—Te... te daré de comer —le dijo—. Te daré de comer. —Tenía la boca horriblemente seca, como papel de lija. Se lamió los labios y huyó de la habitación.

La casa estaba llena de reyes de la arena; tenía que ir con cuidado, vigilando dónde ponía los pies. Se ocupaban de sus asuntos. Estaban haciendo modificaciones en su casa, excavando en las paredes, tallando. Por dos veces vio su propia imagen que le contemplaba desde lugares inesperados. Los rostros estaban deformados, retorcidos, llenos de miedo.

Salió al exterior a recoger los cuerpos que se pudrían en el patio con la esperanza de que aplacaran el hambre de la madríbula blanca. Habían desaparecido, los dos. Kress recordó la facilidad con que los móviles podían transportar cosas que pesaban varias veces más que ellos.

Era horrible pensar que la madríbula aún tenía hambre después de devorarlos.

Cuando Kress volvió a entrar en la casa, una columna de reyes de la arena serpenteaba bajando las escaleras. Cada uno llevaba un trozo de su arrastrapiés. La

cabeza pareció mirarlo con reproche cuando pasó a su lado.

Kress vació sus neveras, sus despensas, todo, amontonó toda la comida de la casa en el centro de la cocina. Una docena de blancos esperaba para llevársela. Evitaron la comida congelada, dejando que se descongelara en un gran charco, pero se llevaron todo lo demás.

Cuando desapareció toda la comida, Kress sintió cómo sus punzadas de hambre disminuían un poco, aunque él no había comido nada. Pero sabía que el alivio sería breve. Pronto la madribula volvería a tener hambre. Tenía que alimentarla.

Kress sabía lo que tenía que hacer. Fue a su comunicador.

—Malada —dijo cuando el primero de sus amigos contestó—. Voy a dar una pequeña fiesta esta noche. Comprendo que te aviso con poquísima antelación, pero espero que puedas venir. De verdad lo espero.

El siguiente fue Jad Rakkis y luego los demás. Para cuando terminó, nueve de ellos habían aceptado la invitación. Kress esperaba que fuesen suficientes.

Kress recibió a sus invitados en el exterior —los móviles habían hecho limpieza con notable rapidez, y el terreno tenía casi el mismo aspecto que antes de la batalla— y acompañó a cada uno de sus amigos hasta la puerta principal. Les dejaba pasar primero. Él no entraba.

Cuando cuatro de sus amigos hubieron entrado, Kress finalmente reunió valor. Cerró la puerta detrás de su último invitado, ignorando las exclamaciones de sobresalto, y corrió hacia el aerocoche en el que había llegado el hombre. Se introdujo en él, puso el pulgar sobre el sensor y maldijo. Naturalmente, estaba programado para elevarse solo en respuesta a la huella digital de su dueño.

El siguiente en llegar fue Jad Rakkis. Kress corrió hacia su aerocoche cuando este aterrizó y agarró a Rakkis por el brazo cuando salía.

—Vuelve dentro, rápido —dijo mientras lo empujaba—. Llévame a la ciudad. Deprisa, Jad. *¡Sácame de aquí!*

Pero Rakkis se quedó mirándolo y no se movió.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, Simon? No lo entiendo. ¿Qué hay de tu fiesta?

Y entonces ya era demasiado tarde porque la arena suelta que los rodeaba se agitaba, ojos rojizos los miraban y las mandíbulas chasqueaban. Rakkis soltó un grito ahogado y se movió para volver al aerocoche, pero un par de mandíbulas se cerraron alrededor de su tobillo y de repente estaba de rodillas. La arena bullía de actividad subterránea. Jad se agitó y gritó de manera terrible mientras le despedazaban. Kress apenas pudo soportar el espectáculo.

Tras eso, no volvió a intentar escapar. Cuando todo acabó, dio cuenta de lo que quedaba en su mueble bar y se emborrachó muchísimo. Sabía que sería la última vez que disfrutaría de ese placer. El único alcohol que quedaba en la casa estaba guardado en la bodega.

Kress no había tomado ni un solo bocado de comida en todo el día, pero se durmió sintiéndose ahíto, saciado al fin, con la horrible hambre al fin a raya. Su último pensamiento antes de que las pesadillas se lo llevaran fue a quién podría invitar al día siguiente.

La mañana era caliente y seca. Kress abrió los ojos y de nuevo vio un rey blanco en su tocador. Los volvió a cerrar con la esperanza de que fuera un sueño. No lo era, y tampoco pudo volver a dormir. Al poco se encontró contemplando aquel ente.

Lo contempló durante casi cinco minutos hasta que lo que había de extraño se le hizo evidente; el rey de la arena no se movía.

Los móviles podían quedar quietos casi por completo, por supuesto. Los había visto a la espera y atentos un millar de veces. Pero siempre había algo de movimiento en ellos; el chasquear de las mandíbulas, la sacudida de una pata, las oscilaciones de las largas y finas antenas.

Pero el rey de la arena que había sobre su tocador estaba completamente inmóvil.

Kress se levantó, conteniendo la respiración, sin atreverse a tener esperanza. ¿Podría estar muerto? ¿Podría ser que algo lo hubiera matado? Atravesó la habitación.

Los ojos estaban negros y vidriosos. La criatura parecía hinchada, como si fuera blanda y se estuviera pudriendo por dentro, llenándose de gases que empujaban hacia el exterior las placas de su caparazón.

Kress movió una mano temblorosa y lo tocó.

Estaba tibio, incluso caliente, y seguía calentándose. Pero no se movía.

Apartó la mano y, cuando lo hizo, un segmento del exoesqueleto blanco se desprendió. La carne que había debajo era del mismo color, pero tenía un aspecto más suave, hinchada y febril. Y parecía latir.

Kress retrocedió y corrió hacia la puerta.

Había más móviles blancos en el pasillo. Todos estaban como el de su dormitorio.

Bajó las escaleras saltando por encima de los reyes. Ninguno se movió. La casa estaba repleta de ellos, muertos, moribundos, comatosos, lo que fuera. A Kress no le importaba lo que les pasaba. Solo le importaba que no podían moverse.

Encontró a cuatro de ellos en su aerocoche. Los cogió uno a uno y los tiró lo más lejos que pudo. Malditos monstruos. Se volvió a colocar sobre los asientos medio comidos, puso el pulgar sobre el sensor.

No ocurrió nada.

Kress lo volvió a intentar otra vez y otra. Nada. No era justo. Era *su* aerocoche, tenía que funcionar, ¿por qué no arrancaba?

Finalmente salió y lo examinó, esperando lo peor. Y lo encontró.

Los reyes de la arena habían destrozado la retícula gravitatoria. Estaba atrapado. Seguía atrapado.

Sombrío, volvió a la casa. Fue a su galería y encontró el hacha antigua que tenía colgada al lado de la espada arrojadiza que había usado con Cath m' Lane. Se puso manos a la obra. Los reyes de la arena no se agitaron ni siquiera cuando los troceaba en pedazos. Pero reventaban cuando les daba el primer tajo, casi explotando. Por dentro eran algo horroroso; extraños órganos a medio formar, un lógamo viscoso de color rojizo que casi parecía sangre humana e icor amarillento.

Kress destruyó a veinte antes de darse cuenta de lo inútil que era.

Los móviles no eran realmente importantes. Y además, había *muchísimos*... Podía seguir así todo un día y no los mataría a todos.

Tenía que bajar a la bodega y usar el hacha contra la madríbula. Decidido, inició el descenso. Llegó a la puerta y se detuvo.

Ya no era una puerta. Se habían comido las paredes, de forma que el hueco era el doble de grande que antes y redondo. Un pozo, eso era. No había ningún indicio de que hubiera habido una puerta cerrada con tablones sobre aquel abismo de negrura.

Un olor desagradable y asfixiante emanaba de abajo.

Y las paredes estaban húmedas, ensangrentadas y cubiertas de hongos blanquecinos.

Y lo peor, *respiraba*.

Kress se quedó inmóvil al otro lado de la habitación y sintió el viento cálido que lo recorría cuando aquello exhalaba, e intentó no asfixiarse, y cuando el viento corrió en dirección contraria, huyó.

De vuelta a la sala de estar, destruyó tres móviles más y se derrumbó. ¿Qué estaba *ocurriendo*? No lo entendía.

Entonces Kress recordó a la única persona que podría entenderlo.

Kress volvió a su comunicador, pisando a un rey de la arena con las prisas y rezando para que el aparato funcionara.

Cuando Jala Wo respondió, se vino abajo y se lo contó todo.

Ella le dejó hablar sin interrupciones, sin expresión alguna excepto un leve ceño en su faz pálida y descarnada. Cuando Kress terminó, solo dijo:

—Debería dejarle ahí.

Kress empezó a farfullar.

—No puede. Ayúdeme. Pagaré...

—Debería —dijo Wo—, pero no lo haré.

—Gracias —dijo Kress—. Oh, gracias.

—Cállese —dijo Wo—. Escuche. Eso es obra suya. Si se mantiene bien a los reyes de la arena serán caballerosos guerreros rituales. Usted, por medio del hambre y la tortura, ha convertido a los suyos en algo diferente. Era su dios. Los hizo como son ahora. Esa madríbula en su bodega está enferma, sigue sufriendo por la herida que usted le infligió. Probablemente esté loca. Ese comportamiento es... inusual.

»Tiene que salir de ahí rápidamente. Los móviles no están muertos, Kress. Están aletargados. Le conté que el exoesqueleto se les cae cuando crecen. Normalmente, se

les cae mucho antes. No sé de reyes de la arena que hayan crecido tanto como los suyos mientras siguen aún en la etapa insectoide. Yo diría que es otro efecto de mutilar a la madríbula. Eso no importa.

»Lo que importa es la metamorfosis por la que están pasando sus reyes. Según crece la madríbula, se vuelve progresivamente más inteligente. Sus poderes psiónicos aumentan y su mente se vuelve más sofisticada, más ambiciosa. Los móviles acorazados son útiles cuando la madríbula es pequeña y poco inteligente, pero ahora necesita siervos mejores, cuerpos con más habilidades. ¿Entiende? Los móviles van a alumbrar una nueva especie de reyes de arena. No puedo decirle exactamente a qué se parecerán. Cada madríbula diseña la suya propia para responder a sus necesidades y deseos. Pero serán bípedos, con cuatro brazos y pulgares oponibles. Serán capaces de construir y manejar maquinaria sofisticada. Los reyes individualmente no serán inteligentes. Pero la madríbula sí que lo será. Y mucho.

Simon Kress miraba boquiabierto la imagen de Wo en la pantalla.

—Sus trabajadores —dijo con esfuerzo—. Los que vinieron aquí, los que instalaron el tanque...

Jala Wo sonrió un poco.

—Shade —dijo.

—Shade es un rey de la arena —repitió Kress, anonadado—. Y usted me vendió un tanque de... niños...

—No sea absurdo —dijo Wo—. Un rey de la arena de primera etapa es más parecido a un espermatozoide que a un niño. Las guerras atemperan y controlan su naturaleza. Solo uno entre cien llega a segunda etapa. Solo uno entre mil llega a la tercera etapa final y se vuelve como Shade. Los reyes de la arena adultos no sienten mucho aprecio por las madríbulas pequeñas. Hay demasiadas de ellas y sus móviles son una plaga —suspiró—. Toda esta charla es una pérdida de tiempo. La madríbula blanca despertará a la inteligencia dentro de poco. Ya no va a necesitarle y le odia. Y estará muy hambrienta. La transformación es muy extenuante. La madríbula debe ingerir enormes cantidades de alimento antes y después. Así que tiene que salir de ahí. ¿Entiende?

—No puedo —dijo Kress—. Mi aerocoche ha sido destruido y no puedo arrancar ninguno de los otros. No sé cómo reprogramarlos. ¿Puede venir a buscarme?

—Sí —dijo Wo—. Shade y yo saldremos inmediatamente, pero está usted a más de doscientos kilómetros de Asgard y hay equipo que necesitamos para enfrentarnos al rey de la arena demente que ha creado. No puede esperar ahí. Tiene dos piernas. Camine. Diríjase al este, tanto como pueda y lo más deprisa que pueda. El terreno ahí fuera es bastante desolado. Podremos encontrarle fácilmente con una búsqueda aérea, y estará a salvo del rey de la arena. ¿Entiende?

—Sí —dijo Simon Kress—. Oh, sí.

Cortó la comunicación y se apresuró hacia la puerta. Estaba a medio camino cuando oyó el ruido: un sonido a medias entre un crepitar y un crujido.

Uno de los reyes de la arena se había partido por la mitad. Cuatro diminutas manos cubiertas de sangre entre rosada y amarillenta salieron por la abertura y se pusieron a apartar la piel muerta.

Kress echó a correr.

No había contado con el calor.

Las colinas eran reseca y rocosas. Kress corrió alejándose de la casa lo más rápido que pudo, hasta que le dolieron las costillas y la respiración le salía en jadeos. Luego caminó, pero tan pronto como se recuperó empezó a correr otra vez. Durante casi una hora corrió y caminó, corrió y caminó bajo el ardiente sol. Sudaba a mares y deseó haberse traído algo de agua. Miró al cielo con la esperanza de ver a Wo y Shade.

No estaba hecho para aquello. Hacía demasiado calor y sequedad, y no estaba nada en forma. Pero siguió adelante al recordar cómo había respirado la madrífula, y al pensar en las criaturitas retorcidas que en aquellos momentos estarían reptando por toda su casa. Esperaba que Wo y Shade supieran cómo encargarse de ellas.

Tenía sus propios planes para Wo y Shade. Todo era culpa de Wo y Shade, había decidido Kress, y pagarían por ello. Lissandra había muerto, pero conocía a otros con la misma profesión. Obtendría su venganza. Se lo prometió un centenar de veces mientras sudaba y se esforzaba caminando hacia el este.

Al menos esperaba que fuera al este. No tenía mucho sentido de la orientación y tampoco tenía claro hacia qué lado había salido corriendo empujado por el pánico inicial. Pero desde entonces había hecho lo posible por ir recto hacia el este, como le había indicado Wo.

Cuando ya llevaba varias horas corriendo sin señales de rescate, Kress empezó a estar seguro de que se había equivocado de dirección.

Cuando pasaron varias horas más, fue teniendo miedo. ¿Y si Wo y Shade no lo encontraban? Moriría allí fuera. Hacía dos días que no comía; estaba débil y asustado; tenía la garganta en carne viva por la falta de agua. No podía seguir adelante. El sol se ponía y se perdería completamente en la oscuridad. ¿Qué había salido mal? ¿Se habrían comido los reyes de la arena a Wo y Shade? El miedo volvió a adueñarse de él por completo y con él llegaron una sed tremenda y un hambre terrible. Pero Kress siguió adelante. Se tambaleaba cuando intentaba correr y se cayó dos veces. La segunda vez se raspó la mano contra una roca, y cuando la retiró estaba ensangrentada. Se la chupó mientras caminaba, preocupado por el riesgo de infección.

El sol estaba en el horizonte, a su espalda. La tierra se enfrió algo, cosa que Kress agradeció. Decidió seguir caminado hasta que se desvaneciera la última luz y pasar la noche donde estuviera. Seguro que ya se había alejado suficientemente de los reyes de la arena para estar a salvo, y Wo y Shade le encontrarían al día siguiente a primera

hora.

Cuando ascendió a lo alto de la siguiente loma, vio el contorno de una casa.

No era tan grande como la suya, pero sí lo suficiente. Representaba techo, seguridad. Kress gritó y empezó a correr hacia la casa. Comida y bebida, tenía que alimentarse; ya podía saborear la comida. Le dolía el estómago de hambre. Corrió colina abajo hacia la casa, haciendo señas con las manos y gritando a los ocupantes. La luz casi había desaparecido, pero vio media docena de niños jugando en el crepúsculo.

—Eh, los de ahí —gritó—. Ayuda, ayuda.

Se le acercaron corriendo.

Kress se detuvo de repente.

—No —dijo—. Oh, no. Oh, no.

Reculó, resbaló en la arena, se levantó e intentó volver a correr. Lo atraparon fácilmente. Eran unas criaturas espantosas, pequeñas, de ojos saltones y piel naranja terrosa. Se debatió, pero fue inútil. Aunque eran pequeños, cada uno tenía cuatro brazos y Kress solo dos.

Le llevaron hacia la casa. Era una casa destartada y patética, construida con arena que se desmoronaba, pero la puerta era bastante grande y oscura. Y respiraba. Eso fue terrible, pero no fue lo que hizo que Simon Kress se pusiera a gritar. Gritó debido a los otros, los pequeños niños anaranjados que salieron reptando del castillo y que contemplaban impasibles su paso.

Todos tenían su cara.

El sendero descartado

HARRY TURTLEDOVE

(febrero de 1985)

Harry Turtledove es un destacado exponente contemporáneo de la ciencia ficción y la fantasía alternativas. En muchas de sus historias y novelas, supone un resultado para un momento importante de la historia que es inconsistente con la historia conocida, o considera la aparición más tardía o más temprana de tecnologías que indudablemente dieron forma al mundo tal como lo conocemos, y luego sigue la sucesión alternativa de acontecimientos que se podría haber dado en consecuencia. Su obra se caracteriza por una representación rigurosa y detallada de la historia como una fuerza que da forma incluso a los detalles más pequeños del mundo, y por mostrar personajes que apoyan las tramas con perspectivas y puntos de vista modelados por la realidad alterada. En las historias recopiladas en 1987 con el título de *Agent of Byzantium*, la conversión de Mahoma al cristianismo produce un mundo donde el imperio árabe no nació nunca. Ese mismo año vio la publicación de *The Misplaced Legion*, la primera novela de su serie Videssos sobre las experiencias de una legión romana trasladada a un mundo controlado por la magia. Desde entonces, ha explorado el impacto de acontecimientos históricos modificados por la manipulación externa. Su ambiciosa serie de la Guerra Mundial que incluye *In the Balance*, *Tilting the Balance*, *Striking the Balance*, *Upsetting the Balance* y otras novelas proyecta una Segunda Guerra Mundial alternativa en la que una invasión extraterrestre en el año 1942 provoca una alianza entre el Eje y los Aliados para enfrentarse al enemigo común. En *Guns of the South*, viajeros en el tiempo le entregan a la Confederación la potencia de fuego del futuro para ganar la guerra civil americana. Los tres volúmenes de la Saga de la Gran Guerra *American Front*, *Walk in Hell* y *Breakthrough* presenta una América en la que Estados Unidos y la Confederación sobreviven hasta el siglo XX y se enfrentan en bandos opuestos de la Primera Guerra Mundial. Turtledove ha sido también co-seleccionador de la antología *Alternate Generals*. Sus otros trabajos son la recopilación de ficción corta *Departures*, la fantasía cómica *The Case of the Toxic Spell Dump* y las novelas relacionadas *Into the Darkness*, *Darkness Descending* y *Through the Darkness*, relatos épicos de un imperio ambientado en un mundo fantástico donde la magia se usa para luchar en guerras cataclísmicas.

El capitán Togram estaba usando el orinal cuando el *Indomable* salió del hipermotor.

Como sucedía demasiado a menudo, el oficial roxolano sintió náuseas. Levantó el

E orinal y vomitó en él.

Quando pasó el espasmo, bajó el orinal y se secó los ojos llenos de lágrimas usando el suave pelaje marrón grisáceo del antebrazo.

—¡Los dioses los maldigan! —estalló—. ¿Por qué los oficiales no nos avisan cuando hacen esto?

Varios de sus hombres le hicieron eco, con más vehemencia.

En ese momento, un corredor apareció en el umbral.

—Hemos regresado al espacio normal —dijo el muchacho con voz chillona, antes de salir disparado hacia la siguiente cámara seguido por burlas y palabrotas:

—¡No jodas!

¡Gracias por las noticias!

—¡Díselo a los timoneles, que a lo mejor no se han enterado!

Togram suspiró y se rascó el hocico, molesto por su propia irritabilidad. Como oficial, se suponía que debía dar ejemplo a sus soldados. Era lo bastante joven para tomarse en serio tales responsabilidades, pero había servido lo suficiente para darse cuenta de que no debía esperar gran cosa de nadie que tuviese un par de grados militares más que él. Los altos cargos se los llevaban los que tenían sangre vieja o dinero nuevo.

Suspirando de nuevo, metió el orinal en su nicho y deslizó sobre él una tapa de metal que no hizo gran cosa para atenuar el hedor. Después de dieciséis días en el espacio, el *Indomable* apestaba a excrementos, comida podrida y cuerpos sin lavar. No estaba en mejor estado que cualquier nave de la flota roxolana, ni de ninguna otra flota. El viaje interestelar era así, nada más. Malos olores y oscuridad era el precio que pagaban los soldados por hacer crecer el reino.

Togram agitó una linterna para despertar a los lucinsectos del interior. Emitieron chispas plateadas, alarmados. El capitán sabía que algunas especies iluminaban sus naves con antorchas o velas, pero los lucinsectos consumían menos aire, aunque solo podían brillar a intervalos.

Cuidadoso como buen soldado, Togram comprobó sus armas mientras hubo luz. Siempre llevaba sus cuatro pistolas cargadas y listas para usar; cuando empezaran las operaciones de aterrizaje, dos estarían en su cinturón, el otro par en las cañas de sus botas. Le preocupaba más la espada. El aire constantemente húmedo de la nave no era bueno para la hoja. En efecto, tuvo que eliminar una mota de óxido.

Mientras limpiaba el sable, se preguntó cómo sería el nuevo sistema. Rezó para que tuviera un planeta habitable. El aire del *Indomable* podría estar demasiado viciado cuando la nave pudiera volver al planeta más cercano controlado por los roxolanos. Ese era uno de los riesgos que corrían los viajeros estelares. No era uno de los mayores riesgos, porque los pequeños soles amarillos normalmente tenían uno o dos planetas habitables, pero existía.

Deseó no haberse permitido pensar en ello; como un dolor de colmillo, la

preocupación, una vez presente, no desaparecía. Dejó su camastro para ver cómo les iba a los timoneles.

Como siempre, Ransisc y su aprendiz Olgren se estaban quejando de la mala calidad del cristal a través del que apuntaban sus telescopios.

—Deberíais dejar de quejaros —dijo Togram, guiñando los ojos desde el umbral—. Al menos tenéis luz para ver. —Tras pasar tanto tiempo a la luz de los lucinsectos, antes de poder entrar tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran a la hiriente luz del sol que inundaba la cámara de observación.

Olgren amusgó las orejas. Ransisc era más viejo y tranquilo. Puso la mano sobre el brazo de su aprendiz.

—Si dejas que te afecten las pullas de Togram, no tendrás tiempo para nada más; es un liante desde que salió del huevo, ¿verdad, Togram?

—Lo que tú digas. —A Togram le caía bien el veterano timonel de hocico plateado. A diferencia de la mayoría de los de su clase, Ransisc no se comportaba como si creyera que su importante trabajo le convertía en alguien crucial para el plan de los dioses.

Olgren se puso rígido de pronto; la punta de su roma cola se agitó.

—¡Ahí hay un mundo! —exclamó.

—Veamos —dijo Ransisc. Olgren se apartó del telescopio. Los dos timoneles habían estado examinando las estrellas brillantes una por una, buscando aquellas con discos que fueran efectivamente planetas.

—Es un mundo —dijo Ransisc—. Pero no para nosotros; esos planetas amarillos, con franjas, siempre tienen un aire demasiado venenoso. —Viendo la decepción de Olgren, añadió—: No está todo perdido; si miramos la línea que une ese planeta a su sol, pronto deberíamos encontrar otros.

—Prueba esa —dijo Togram—, señalando una estrella rojiza que parecía más brillante que la mayoría de las que podía ver.

Olgren masculló algo altanero sobre que conocía su oficio y no era ningún aficionado, pero Ransisc dijo bruscamente:

—El capitán ha visto más mundos desde el espacio que tú, señorito. Haz lo que dice. —Olgren obedeció, agachando las orejas.

Su enfado se esfumó.

—¡Un planeta con zonas verdes! —gritó.

Ransisc había estado apuntando su telescopio a un área diferente del cielo, pero lo dejó y se acercó corriendo. Apartó a su aprendiz de un empujón, manipuló el enfoque del telescopio, estudió la imagen ampliada. Olgren daba saltitos sobre un pie, luego sobre el otro, con el pelaje marrón esponjado de impaciencia por oír el veredicto.

—Quizá —dijo el piloto veterano, y la cara de Olgren se iluminó, para ensombrecerse cuando Ransisc continuó—. No veo nada que parezca agua en la superficie. Si no encontramos nada mejor, propongo que probemos con este, pero antes busquemos un poco más.

—Acabas de hacer muy feliz a un luof —dijo Togram. Ransisc soltó una risita. Los roxolanos llevaban las pequeñas criaturas a bordo para probar el aire de nuevos planetas. Si un luof podía respirar en la escotilla de un volador, también sería seguro hacerlo para los amos del animal.

Los timoneles gruñeron con irritación cuando varias estrellas seguidas se empeñaron en no ser más que simples puntos de luz. Entonces Ransisc se envaró.

—Aquí está —dijo suavemente—. Esto es lo que queremos. Ven aquí, Olgren.

—Oh, sí —dijo el aprendiz al cabo de un momento.

—Ve a informar al maestro de guerra Slevon, y pregúntale si sus instrumentos han detectado vibraciones de hipermotores aparte de las de la flota. —Mientras Olgren se alejaba a toda prisa, Ransisc indicó a Togram que se acercara—. Míralo tú mismo.

El capitán de infantería se inclinó sobre el ocular. Contra el negro del espacio, el mundo situado en el campo del telescopio era dolorosamente parecido a Roxolan: de un profundo color azul cubierto con espirales de nubes blancas.

Una luna de buen tamaño flotaba cerca. Ambos cuerpos celestes estaban aproximadamente a mitad de fase, más cerca de su estrella que el *Indomable*.

—¿Has visto tierra? —preguntó Togram.

—Mira en la parte de arriba de la imagen, bajo el casquete polar —dijo Ransisc—. Esos verdes y marrones no son colores que el agua suela tener. Si queremos algún mundo de este sistema, estás mirándolo ahora mismo.

Se turnaron para examinar el distante planeta e intentar bosquejar sus características hasta que Olgren volvió.

—¿Y bien? —dijo Togram, aunque vio las orejas del aprendiz erguidas, alegres.

—¡Ninguna emanación de hipermotores aparte de la nuestra en todo el sistema! —dijo feliz Olgren. Ransisc y Togram le palmearon la espalda como si fuera la causa de las buenas noticias en vez de solo su portador.

La sonrisa del capitán era incluso más ancha que la de Olgren. Aquello iba a ser fácil, lo cual, como soldado profesional, aprobaba sin reservas. Si nadie en las cercanías podía construir un hipermotor, o bien el sistema no tenía vida inteligente en absoluto o sus habitantes eran aún primitivos, desconocedores de la pólvora, los voladores y otros aspectos de la guerra que se practicaba entre las estrellas.

Se frotó las manos. No veía el momento de aterrizar.

Buck Herzog se aburría. Tras cuatro meses en el espacio y cinco y medio más en perspectiva, no era sorprendente. La Tierra era una brillante estrella tras la *Ares III*, con la Luna como tenue compañera; Marte relucía delante.

—Te toca hacer ejercicio, Buck —le dijo Art Snyder. De la tripulación de cinco miembros era probablemente el más conciencioso.

—Está bien, Pancho —suspiró Herzog. Se impulsó hasta la bicicleta y empezó a

pedalear, primero con desgana, luego con más brío. El ejercicio ayudaba a fijar el calcio de sus huesos a pesar de la caída libre. Además, era algo que hacer.

Melissa Ott escuchaba las noticias de casa.

—Fernando Valenzuela murió anoche —dijo.

—¿Quién? —Snyder no era aficionado al béisbol.

Herzog sí, y de California además.

—Le vi una vez en un partido de veteranos y recuerdo que mi padre y mi abuelo siempre hablaban de él —dijo—. ¿Cuántos años tenía, Mel?

—Setenta y nueve —respondió ella.

—Siempre tuvo sobrepeso —dijo Herzog con tristeza.

—¡Jesucristo!

Herzog parpadeó. Nadie a bordo de la *Ares III* había hablado con tanta emoción desde el despegue desde la estación espacial americana. Melissa miraba la pantalla del radar.

—¡Freddie! —gritó.

Frederica Lindstrom, la experta en electrónica de la nave, acababa de salir del reducido espacio de la ducha. Se abalanzó sobre el panel de control arrastrando tras de sí una hilera de gotitas de agua. No se molestó en ponerse una toalla; hacía tiempo que todo pudor había desaparecido a bordo del *Ares III*.

El grito de Melissa hizo que incluso Claude Jonnard asomara la cabeza desde el pequeño laboratorio de biología donde pasaba casi todo su tiempo.

—¿Qué pasa? —exclamó desde la escotilla.

—El radar se ha vuelto loco —le dijo Melissa.

—¿Qué quieres decir con que se ha vuelto loco? —preguntó Jonnard con indignación. Era una de esas irritantes personas que piensan siempre cuantitativamente y que creen que el resto del mundo también lo hace.

—Hay cien, quizá ciento cincuenta objetos en la pantalla que no deberían estar ahí —contestó Frederica Lindstrom, que sufría una versión más leve de la misma enfermedad—. Parecen estar repartidos en un área de un par de millones de kilómetros.

—Y tampoco estaban ahí hace un minuto —dijo Melissa—. He gritado cuando han aparecido.

Mientras Frederica manipulaba los controles del radar y el ordenador, Herzog siguió en la bicicleta estática, sintiéndose especialmente inútil: ¿de qué sirve un geólogo a millones de kilómetros de cualquier roca? Ni siquiera pondrían su nombre en los libros de historia; nadie recuerda a la tripulación de la tercera expedición a cualquier sitio.

Frederica terminó sus comprobaciones.

—No encuentro ninguna avería —dijo, enfadada consigo misma y con el equipo.

—Hay que llamar a la Tierra, Freddie —dijo Art Snyder—. Si tengo que hacer aterrizar esta bestia, no puedo permitirme que el radar me mienta.

Melissa ya le estaba hablando al micrófono.

—Houston, aquí *Ares III*. Tenemos un problema...

Incluso a la velocidad de la luz, la espera duró varios minutos. Pasaron arrastrándose, uno tras otro. Todos dieron un salto cuando el altavoz se activó con un chisporroteo.

Ares III, aquí control Houston. Señoras y caballeros, no sé exactamente cómo decirles esto, pero nosotros también los vemos.

El comunicador siguió hablando, pero nadie escuchaba. Herzog notó un cosquilleo en el cuero cabelludo cuando su cabello, por instinto primitivo, intentó erizarse. Estaba mudo de asombro. Nunca había creído que viviría para ver a la humanidad entrar en contacto con otra especie.

—Llámalos, Mel —dijo con urgencia.

Ella dudó.

—No sé, Buck. Quizá deberíamos dejar que Houston se ocupara de esto.

—Que se joda Houston —dijo, sorprendido de su propia vehemencia—. Para cuando los burócratas de allí abajo sepan qué hacer, estaremos aterrizando en Marte. Nosotros estamos en el lugar adecuado. ¿Vas a dejar pasar el momento más importante en la historia de nuestra especie?

Melissa miró a cada uno de sus compañeros por turno. Lo que vio en sus caras debió de satisfacerla, porque reorientó la antena y empezó a hablar:

—Esta es la nave *Ares III*, llamando a naves desconocidas. Bienvenidos en nombre de la gente de la Tierra. —Apagó el transmisor un momento—. ¿Cuántos idiomas tenemos?

La frase fue emitida en ruso, mandarín, japonés, francés, alemán e incluso latín («¿Quién sabe cuándo fue la última vez que nos visitaron?», dijo Frederica cuando Snyder le dirigió una mirada de extrañeza).

Si esperar una respuesta de la Tierra se les había hecho largo, aquello fue infinitamente peor. El retraso duró más, mucho más de quince segundos a la velocidad de la luz de ida y vuelta.

—Incluso aunque no hablen ninguno de nuestros idiomas, ¿no deberían decir algo? —preguntó Melissa al aire. El aire no contestó y los alienígenas tampoco.

Entonces, una por una, las extrañas naves empezaron a salir disparadas en dirección al Sol, hacia la Tierra.

—¡Dios mío, qué aceleración! —dijo Snyder—. ¡Eso no son cohetes! —De pronto pareció avergonzado—. Supongo que si son naves estelares no tendrán cohetes, ¿verdad?

La *Ares III* estaba sola en su sector del espacio, siguiendo su órbita de Hohmann inexorablemente hacia Marte. Buck Herzog tenía ganas de llorar.

Como era costumbre, las naves de la flota roxolana se reunieron sobre el polo del

hemisferio del planeta con más tierra sobre el nivel del mar. La idea era facilitar la reunión por contacto visual, ya que todos acudirían al mismo punto. Pronto solo faltaban cuatro naves. Una nave exploradora fue al otro polo, las encontró y las trajo.

—En todos los viajes siempre hay algún amante del agua —dijo Togram a los timoneles, con una risita, cuando les comunicó las noticias. Iba a su cúpula siempre que podía, no solo por la luz, sino también porque, a diferencia de muchos soldados, le interesaban los planetas. Si hubiera tenido cabeza para los números, podría haber intentado convertirse él también en timonel.

Tenía buena mano con la pluma y el papel, de modo que Ransisc y Olgren le dejaban hacer turnos en el telescopio y añadir detalles a los bocetos que estaban haciendo del mundo que había bajo ellos.

—Un planeta curioso —comentó—. Nunca he visto uno con tantos incendios forestales, o volcanes, o lo que sea eso de la cara oscura.

—Yo sigo pensando que son ciudades —dijo Olgren, con una mirada de desafío a Ransisc.

—Son demasiado grandes y demasiado brillantes —dijo el timonel veterano con paciencia; la discusión, claramente, ya había durado un tiempo.

—Este es tu primer viaje fuera del planeta, ¿verdad, Olgren? —preguntó Togram.

—Bueno, ¿y qué?

—Es solo que no tienes la suficiente perspectiva. Egelloc, en Roxolan, tiene casi un millón de habitantes y desde el espacio es casi invisible de noche. No es ni de lejos tan brillante como esas luces. Recuerda que este es un planeta primitivo. Admito que parece que haya vida inteligente ahí abajo, pero ¿cómo podría una especie que ni siquiera ha inventado el hipermotor construir ciudades diez veces más grandes que Egelloc?

—No lo sé —dijo Olgren, malhumorado—, pero por lo poco que veo a la luz de la luna, esas luces parecen estar en buenos sitios para ciudades: en costas, a lo largo de ríos o lo que sea.

Ransisc suspiró.

—¿Qué vamos a hacer con él, Togram? Está tan seguro de saberlo todo que no atiende a razones. ¿Eras así tú de joven?

—Al menos hasta que los padres de mi clan me curaron a palos. Pero no hay que emocionarse. Muy pronto los voladores bajarán con sus luof y entonces lo sabremos. —Se tragó una risotada, pero luego se puso serio repentinamente, esperando no haber sido tan crédulo como Olgren cuando era joven.

—Tengo una de las naves alienígenas en el radar —dijo el piloto del SR-81—. Está a 80 000 metros y descendiendo. —Su propio avión estaba al límite de su alcance, apenas a la mitad de la altura de la nave que entraba en la atmósfera.

—Por el amor de Dios, no dispare —ordenó control de tierra. Le habían grabado

a fuego la orden antes de que despegara, pero los altos mandos no iban a dejar que lo olvidara. No podía culparlos. Un idiota de gatillo fácil podía condenar para siempre a la humanidad.

—Empiezo a obtener una imagen —dijo, mirando la imagen proyectada frente a sí. Al cabo de un momento añadió—: Es una nave muy rara, eso sí. ¿Dónde están las alas?

—Estamos recibiendo la imagen también —dijo el técnico de control—. Deben de usar el mismo principio para sus naves atmosféricas que para sus naves espaciales: algún tipo de antigraavedad que les proporciona a la vez impulso y dirección.

La nave alienígena siguió sin hacer caso al SR-81, al igual que los alienígenas habían ignorado todas las señales que los terrestres les habían enviado. La nave continuó su lento descenso mientras el piloto del SR-81 trazaba círculos bajo ella, esperando no tener que ir al avión nodriza a repostar.

—Al menos sabemos una cosa —dijo a tierra—. Es un avión de guerra. —Ninguna aeronave con propósitos pacíficos hubiese tenido aquellos ojos feroces y esa boca colmilluda pintada en el vientre. Algunos de los cazas de la USAF llevaban marcas similares.

Finalmente los alienígenas alcanzaron la altura a la que merodeaba el SR-81. El piloto llamó de nuevo a tierra.

—Solicito permiso para pasar por delante de la aeronave —pidió—. Quizá todos estén dormidos dentro y pueda despertarlos.

Tras un largo silencio, control de tierra le dio una renuente autorización.

—No haga gestos hostiles —le advirtió el controlador.

—¿Qué piensa que voy a hacerles, un corte de mangas? —musitó el piloto, pero con la radio apagada. La aceleración lo apretó contra el asiento mientras guiaba el SR-81 en un giro largo y lento que lo llevaría a cosa de medio kilómetro por delante de la nave de la flota espacial.

La cámara de su avión le ofreció un breve vistazo del piloto alienígena, que se sentaba tras un parabrisas pequeño y sucio.

El ser de las estrellas también le vio a su vez. De eso no cabía duda. El alienígena dio un brinco como un cervatillo sobresaltado, llevando a cabo maniobras que hubieran acabado con el piloto del SR-81 hecho papilla en las paredes de la carlinga... si su aeronave hubiera podido realizarlas.

—¡Entro en persecución! —gritó. Control de tierra le gritó algo, pero era él quien estaba en el lugar adecuado. El impulso de las toberas hizo que la presión que había sentido un momento antes pareciera una palmadita cariñosa.

Gracias a su mejor diseño aerodinámico, su avión era más rápido que la nave estelar, pero eso no le sirvió de mucho. Cada vez que el piloto le veía, la nave alienígena se alejaba sin esfuerzo. El piloto del SR-81 se sentía como si intentara matar una mariposa con un hacha.

Para aumentar su frustración, la luz de aviso de combustible se encendió. En

cualquier caso, su avión estaba diseñado para la tenue atmósfera al borde del espacio, no para el aire progresivamente más denso en el que volaba el alienígena. Maldijo, pero tuvo que alejarse.

Mientras su SR-81 tragaba queroseno del depósito, no pudo evitar preguntarse qué hubiera pasado de haber disparado un misil. En un par de ocasiones había tenido un blanco perfecto. Se guardó el pensamiento para sí. Era demasiado terrible imaginar lo que harían sus superiores si se enteraran.

Los soldados se apelotonaron en torno a Togram cuando volvió del cónclave de oficiales.

—¿Qué pasa, capitán?

—¿Vive el luof?

—¿Cómo es ahí abajo?

—¡El luof vive, chicos! —dijo Togram con una sonrisa de oreja a oreja.

Su compañía lanzó vítores que levantaron ecos ensordecedores en el dormitorio.

—¡Vamos a bajar! —corearon. Las orejas estaban erguidas de excitación. Algunos soldados agitaron las gorras emplumadas en el aire fétido. Otros, más parecidos a su capitán, fueron a sus catres y empezaron a revisar sus armas.

—¿Serán muy duros, señor? —preguntó un veterano de pelaje gris llamado Ilingua cuando Togram pasó junto a él—. He oído que el piloto del volador ha visto cosas raras.

La sonrisa de Togram se ensanchó más.

—Por los cielos y los infiernos, Ilingua, ¿no has hecho esto bastantes veces como para saber que no hay que prestar atención a los rumores antes del planetizaje?

—Eso espero, señor —dijo Ilingua—, pero esos comentarios son tan extraños que he supuesto que habría algo de cierto en ellos. —Togram no contestó y el soldado cabeceó sintiéndose estúpido y agitó una linterna para examinar el filo de su daga.

El capitán dejó escapar un suspiro tan disimuladamente como pudo. Él mismo no sabía qué creer y había escuchado el informe del piloto. ¿Cómo podían tener máquinas voladoras los nativos si no conocían la contragravedad? Togram había oído hablar de una especie que, antes de descubrir un modo mejor de hacer las cosas, usaba globos de aire caliente; pero ningún globo podría haber alcanzado la altura que había alcanzado el volador de los nativos, y ningún globo podría haber cambiado de dirección tal como el piloto insistía vehementemente en que esa nave había hecho.

Tenía que estar equivocado. Pero ¿cómo tomarse su descripción de ciudades tan grandes como aquellas cuya posibilidad Ransisc había ridiculizado, de un mundo tan poblado que apenas contaba con espacios libres? Y las señales de las linternas de otras naves demostraban que sus pilotos informaban acerca de las mismas improbabilidades.

Bueno, a la larga daría igual si aquella especie era tan numerosa como los reffo en

un *picnic*. Sencillamente, Roxolan tendría muchos más súbditos.

—Esto es un desperdicio terrible —dijo Billy Cox a cualquiera que se le puso a tiro mientras se echaba al hombro la bolsa de lona y se dirigía a zancadas hacia el camión—. Deberíamos recibir a la gente de las estrellas con los brazos abiertos, no con un despliegue de fuerza.

—Eso, eso, profesor —dijo el sargento Santos Amoros detrás de él, con una risita—. Yo prefiero mil veces quedarme sentado en mi cuartel con aire acondicionado que aguantar la contaminación y el sol de L. A. Es una maldita lástima que seas solo un Spec-I. Si fueras presidente, podrías dar las órdenes que quisieras en vez de tener que obedecerlas.

Cox opinaba que eso no era justo. Le faltaban solo unas cuantas asignaturas para terminar su master en ciencias políticas cuando la militarización, después de la segunda crisis Siria, lo arrastró al Ejército.

Tuvo que doblar su largo cuerpo como una navaja para pasar bajo el toldo verde oliva del camión hacia el compartimiento de pasajeros. Los asientos eran demasiado duros y estaban demasiado juntos. Meter cuanta gente cupiera en el camión era más importante que su comodidad durante el viaje. La típica mentalidad militar, pensó Cox despectivamente.

El camión se llenó. El gran motor diésel cobró vida. Un soldado negro sacó un mazo de cartas y apostó a que podía disponer veinticinco cartas en cinco buenas manos de póquer. Un par de novatos aceptaron. Cox, o más bien su bolsillo, había averiguado que era una apuesta imposible de ganar. El negro sonreía al ofrecer el mazo a una de sus víctimas para que barajara.

¡Frrrt! El susurro de las cartas tuvo suficiente autoridad como para hacer que todos en el camión giraran la cabeza.

—¿Dónde aprendiste a manejar así las cartas, tío? —preguntó el negro, que se llamaba Jim pero al que todos llamaban Junior.

—Como crupier de blackjack en Las Vegas. —*¡Frrrt!*

—*Eh, Junior —exclamó Cox—, de repente me parece que voy a apostar diez dólares.*

—*Que te den, amigo —dijo Junior, mirando sombrío las cartas moverse como si tuvieran vida propia.*

El camión siguió hacia el norte, parte de un convoy de vehículos militares y tanques ligeros de varios kilómetros. Todo un regimiento se dirigía hacia Los Ángeles para ser distribuido por compañías en diferentes lugares de la enorme ciudad. A Cox eso le parecía bien; hacía menos probable que se encontrara cara a cara con los alienígenas.

—*Sandy —dijo a Amoros, que estaba apretujado contra él—, incluso si me equivoco y los alienígenas no son amistosos, ¿para qué demonios van a servir las*

armas de mano? Sería como atacar a un elefante con un imperdible.

—Profesor, como ya te he dicho, no me pagan por pensar, ni a ti tampoco. Y mejor así. Yo hago lo que el teniente me dice, tú haces lo que yo te diga y todo saldrá bien, ¿vale?

—Claro —dijo Cox, porque Sandy, aunque no era mal tipo, era un sargento. Aun así, el Neo-Armalite entre las botas de Cox parecía bastante inútil y su casco y su chaleco tan finos y ligeros como la combinación de una bailarina de striptease.

El cielo fuera de la cúpula de los timoneles empezó a cambiar del negro al azul oscuro a medida que el *Indomable* entraba en la atmósfera.

—Ahí —dijo Olgren, señalando—. Ahí aterrizaremos.

—No se ve mucho desde esta altura —comentó Togram.

—Déjale el telescopio, Olgren —dijo Ransisc—. Se irá pronto con su compañía.

Togram gruñó; aquello, más que un comentario, había sido una sugerencia. Aun así, miró agradecido por el telescopio. La tierra pareció saltar hacia él. Hubo un momento de desorientación mientras se ajustaba a la imagen invertida que ponía el océano al otro lado del campo de visión. Pero no le interesaba ver el paisaje. Quería saber lo que sus soldados y el resto de las tropas a bordo del *Indomable* tendrían que hacer para establecer una cabeza de playa y defenderla de los nativos.

—Ahí hay un sitio que parece prometedor —dijo—. La zona de vegetación situada entre los edificios en la parte este, no, la parte oeste de la ciudad. Será una buena zona de aterrizaje, un buen sitio para el campamento y una base para que aterricen los refuerzos.

—Veamos de qué hablas —dijo Ransisc, apartándolo de un codazo—. Mm, sí, ya veo el área que dices. No es mal sitio. Olgren, ven a ver esto. ¿Lo podrás localizar en el telescopio del maestro de guerra? Muy bien, ve a decírselo. Proponlo como nuestra zona de aterrizaje.

El aprendiz salió a toda prisa. Ransisc se inclinó de nuevo sobre el ocular.

—Mm —repitió—. Hacen edificios altos ahí abajo, ¿eh?

—Eso parece —dijo Togram—. Y hay mucho tráfico en las carreteras. Se han gastado una fortuna adoquinándolas, también. No veo que se levante polvo.

—Será una conquista magnífica —dijo Ransisc.

Algo rápido, metálico y esbelto como un depredador pasó fugaz junto a la ventana de observación.

—Por los dioses, es verdad que tienen voladores —dijo Togram. A pesar de las afirmaciones del piloto, en el fondo no lo había creído hasta que lo vio por sí mismo.

Se dio cuenta de que las orejas de Ransisc se agitaban con impaciencia y de que realmente había pasado demasiado tiempo en la sala de observación. Recogió su linterna de lucinsectos y volvió con sus tropas.

Un par de soldados le dirigieron una mirada resentida por haber estado ausente

tanto rato, pero los animó contándoles tanto como pudo del lugar de aterrizaje. No había nada que gustara más a los soldados rasos que la información privilegiada. Sin tenerla, intentaban deducir las intenciones de sus superiores, pero el juego era más divertido cuando tenían alguna idea acerca de lo que hablaban.

Un corredor apareció en el umbral.

—Capitán Togram, su compañía planetizará desde la escotilla tres.

—Tres —repitió Togram, y el corredor siguió adelante para pasar las órdenes a los otros líderes de tropa de infantería. El capitán se puso el gorro emplumado en la cabeza (las plumas eran escarlata, para que su compañía pudiera reconocerle durante el combate), comprobó sus pistolas una última vez y ordenó a las tropas que lo siguieran.

La oscuridad hedionda era tan opresiva frente a la puerta interior de la escotilla como en cualquier otro sitio a bordo del *Indomable*, pero de algún modo era más fácil de sobrellevar. Las puertas no tardarían en abrirse y sentiría la brisa fresca agitándole el pelaje, saborearía aire limpio, disfrutaría de la luz del sol durante algo más que unas pocas unidades cada vez. Pronto se mediría en combate contra aquellos nuevos seres.

Sintió una leve sacudida cuando los voladores del *Indomable* despegaron de la nave nodriza. No llevarían luof a bordo esta vez, sino mosquetes para aterrorizar a los nativos y frascos de pólvora para cebar y dejar caer. Los roxolanos siempre intentaban crear una primera impresión lo más salvaje posible. El terror hacía que parecieran el doble de los que en realidad eran.

Hubo otra sacudida, más fuerte que la anterior. Habían aterrizado.

Una sombra se extendió por el campus de la UCLA. Alzando la cabeza, Junior dijo:

—¡Mira el tamaño de esa cosa! —Había estado diciendo lo mismo durante los últimos cinco minutos, mientras la nave estelar descendía lentamente.

Billy Cox solo podía asentir cada vez, con la boca seca, aferrado a la culata de plástico y el frío metal del cañón de su rifle. El Neo-Armalite parecía totalmente inútil para detener el enorme bulto que descendía con tanta arrogancia. Las naves alienígenas en torno a él eran como piscardos junto a una ballena y, a su vez, empequeñecían los aviones de la USAF que volaban en círculo a distancia. El rugido de sus toberas atacaba los oídos de los nerviosos soldados y los civiles en tierra. Los motores de los alienígenas eran inquietantemente silenciosos.

La nave aterrizó en el parque, entre los edificios New Royce, New Haines, New Kinsey y New Powell. Era más alta que cualquiera de las construcciones de ladrillo rojo de dos pisos, todas ellas réplicas de las destruidas en el terremoto de 2034. Cox oyó los arbolitos romperse bajo el peso de la nave alienígena. Se preguntó qué les hubiera hecho a los árboles inmensos que habían caído hacía cinco años al igual que

los famosos edificios antiguos.

—Muy bien, han aterrizado. Avancemos —ordenó el teniente Shotton. No podía mantener la voz firme del todo, pero trotó hacia el sur en dirección a la nave. Su pelotón le siguió, pasando el Centro de Arte Dickinson y el edificio New Bunche. No hacía tanto que Billy Cox había caminado descalzo por ese campus. Ahora sus botas resonaban en el cemento.

El pelotón se desplegó frente al edificio Dodd, orientándose hacia la nave, al oeste. Una leve brisa jugaba con las hojas de los arbolitos plantados con la esperanza de reemplazar los perdidos en el terremoto.

—Dispersaos todo lo que podáis —ordenó el teniente Shotton en voz baja. El pelotón se dispersó. Los hombres se situaron entre macizos de flores, se acuclillaron tras delgados troncos. En la avenida Hilgard, los motores diésel rugían a medida que los vehículos blindados tomaban posiciones para establecer buenas líneas de fuego.

Era todo una tontería, pensó Cox amargamente. Lo que había que hacer era trabar amistad con los alienígenas, no asumir automáticamente que eran peligrosos.

Algo se estaba haciendo a ese respecto, al menos. Una delegación salió del edificio Murphy y caminó despacio tras una bandera blanca desde el edificio de administración hacia la nave. Encabezaba la delegación el alcalde de Los Ángeles; el presidente y el gobernador estaban ocupados en otros lugares. Billy Cox hubiera dado cualquier cosa por formar parte de la delegación en vez de estar boca abajo en la hierba. Si los alienígenas hubiesen esperado a que cumpliera los cincuenta, habría tenido una oportunidad de establecerse...

El sargento Amoros le dio un codazo.

—Mira ahí. Algo pasa...

Amoros tenía razón. Varias escotillas se iban abriendo, mezclando el aire de la Tierra con el de la nave.

La brisa se avivó desde el oeste. Cox arrugó la nariz. No podía identificar todos los olores exóticos que flotaban hacia él, pero reconocía la basura y los excrementos en cuanto los olía.

—¡Dios, qué peste! —dijo.

—¡Por los dioses, qué peste! —exclamó Togram cuando las puertas exteriores de la escotilla se abrieron. Había esperado que aire fresco de verdad reemplazara los gases viciados, reutilizados, del interior del *Indomable*. Pero olía a humo de turba o a lámparas cuyas mechas no hubieran sido bien extinguidas. ¡Y picaba! Sintió sus membranas nictitantes deslizarse sobre sus ojos para protegerlos.

—¡Desplegaos! —ordenó, haciendo avanzar a su compañía. Ese era el momento más delicado. Si los nativos tenían el valor necesario, podían atacar a los roxolanos mientras salían de la nave y causar todo tipo de problemas. Pero la mayoría de las especies sin hipermotores quedaban demasiado impresionadas por la llegada de

viajeros de las estrellas para intentar algo así. Y si no lo hacían rápido, sería tarde.

No lo estaban haciendo. Togram vio a algunos nativos, pero se mantenían a una distancia prudente. No estaba seguro de cuántos había. Su piel manchada, ¿o era ropa?, hacía difícil verlos y contarlos. Pero eran guerreros, sin duda, por el modo en que actuaban y por las armas que llevaban.

Su propia compañía se dispuso en la familiar formación en dos líneas, la primera rodilla en tierra, la segunda en pie, apuntando los mosquetes sobre las cabezas de los de delante.

—Ah, aquí vamos —dijo Togram, contento. El grupo que se acercaba tras la bandera blanca tenía que ser de la nobleza local. Las manchas, vio el capitán, eran ropa, porque aquellos seres llevaban una indumentaria completamente diferente, sombría excepto por unos extraños pañuelos alargados al cuello. Eran más altos y delgados que los roxolanos, con cara sin hocico.

—¡Ilingua! —llamó Togram. El veterano soldado estaba al mando del escuadrón del flanco derecho de la compañía.

—¡Señor!

—Sus tropas, vista a la derecha. A mi orden, elimine a los líderes. Eso desmoralizará al resto —dijo Togram, citando la doctrina estándar.

—¡Mechas listas! —dijo Togram. Los roxolanos bajaron las mechas encendidas hacia las cazoletas de sus mosquetes—. ¡Apunten! —Las armas se movieron un poco—. ¡Fuego!

—¡Ositos de peluche! —exclamó Sandy Amoros—. El mismo pensamiento había saltado a la mente de Cox. Los seres que emergieron de la nave eran rechonchos, marrones y peludos, con largas narices y grandes orejas. Los ositos de peluche, sin embargo, no solían llevar armas. Ni tampoco, pensó Cox, vivían normalmente en un sitio que olía a excrementos. Por supuesto, para ellos podía ser perfume. Pero si lo era, ellos y los terrícolas iban a tener problemas para llevarse bien.

Miró a los ositos tomar posiciones. Su modo de hacerlo no sugería que estuvieran formando una guardia de honor para el alcalde y su grupo. Pero a Cox le resultaba familiar, aunque no sabía por qué.

Entonces cayó en la cuenta. Si hubiese estado en cualquier otro sitio que no fuera la UCLA no lo hubiera hecho, pero recordó un curso en el que se había matriculado, sobre el origen de los estados-nación europeos en el siglo XVI y la importancia de los ejércitos profesionales y disciplinados que habían creado los reyes. Esos ejércitos antiguos efectuaban maniobras como aquella.

Era una curiosa coincidencia. Iba a mencionarla a su sargento cuando el mundo explotó.

Brotaron llamas de las armas de los alienígenas. Grandes nubes de humo se alzaron hacia el cielo. Algo que sonó como una avispa enfurecida pasó zumbando

junto al oído de Cox. Oyó gritos y alaridos a ambos lados. La mayoría de la delegación del alcalde había caído; algunos estaban inmóviles, otros se debatían.

Sonó un estrépito en la nave alienígena y, un instante después, otro, cuando una bala de cañón se estampó contra los ladrillos del edificio Dodd. Una esquirla alcanzó a Cox en la nuca. La brisa le trajo el olor de los fuegos artificiales, un olor que no había sentido en años.

—¡Recargad! —aulló Togram—. ¡Otra andanada y luego a ellos con la bayoneta calada! —Sus tropas trabajaban frenéticamente, midiendo las cargas de pólvora y colocando las balas redondas.

—¡De modo que así quieren jugar! —gritó Amoros—. ¡Clavadles el pellejo a la pared! —Había perdido la punta del meñique a consecuencia de un disparo. No parecía consciente de ello.

El Neo-Armalite de Cox ya estaba ladrando, escupiendo un torrente de cartuchos ardientes, golpeándole el hombro. Colocaba cargador tras cargador usando el rifle como una manguera. Si una bala no mordía, la siguiente lo haría.

Otros del pelotón también disparaban. Cox oyó ráfagas de armas automáticas procedentes de diferentes puntos del campus, y las explosiones más graves de granadas autopropulsadas y artillería de campo. Un humo que no habían generado los alienígenas empezó a envolver su nave y a los soldados de alrededor.

Uno o dos disparos llegaron al pelotón, y luego unos cuantos más, pero tan pocos que Cox gritó a su sargento, incrédulo:

—¡Esto no es justo!

—¡Que se jodan! —gritó Amoros—. Si quieren liarla, allá ellos. Lo único bueno que han hecho es cargarse al alcalde. Siempre odié a ese viejo chiflado.

El seco *tac-tac-tac* no sonaba como ningún arma que Togram hubiera oído. Los disparos llegaban demasiado seguidos, en una horrible manta de sonido. Y si los nativos estaban disparando a sus tropas, ¿dónde estaban las espesas y asfixiantes nubes de humo de pólvora en sus posiciones?

No sabía la respuesta. Lo que sí sabía era que su compañía estaba cayendo como el grano ante la guadaña. Aquí un soldado era alcanzado por tres balas a la vez y caía contorsionado, como si su cuerpo no pudiera decidir en qué dirección retorcerse. Allí a otro le destrozaban el cráneo.

La andanada que el capitán había pedido no había sido disparada aún. Un escuadrón de soldados avanzó hacia los nativos. El sol se reflejaba con bravura en sus largas bayonetas pulidas. Ninguno de ellos avanzó ni cuatro pasos antes de caer.

Ilingua miró a Togram horrorizado, las orejas aplastadas contra la cabeza. El capitán sabía que las suyas estaban igual.

—¿Qué nos están haciendo? —aulló Ilingua.

Togram solo pudo negar con la cabeza, impotente. Se tiró a tierra tras un cadáver, disparó una de sus pistolas hacia el enemigo. Todavía había una oportunidad... ¿Cómo aguantarían aquellos demonios alienígenas su primer ataque aéreo?

Un volador descendió hacia los nativos. Los mosqueteros disparaban desde las troneras, se retiraban para recargar.

—¡Tomad esa, hijos de puta! —gritó Togram. Pero no alzó el puño en el aire. Eso, había aprendido, era peligroso.

—¡Ataque aéreo! —rugió el sargento Amoros. Aquellos de su escuadrón que no estaban ya en tierra se tiraron de bruces al suelo. Cox oyó gritos de dolor entre el estruendo del combate, al caer heridos los hombres.

La tripulación del *Cottonmouth* lanzó su misil AA a la aeronave alienígena, cuyo piloto debía de tener los reflejos de un gato. Hizo saltar su aparato de lado en el aire; ningún avión construido en la Tierra podría haber hecho nada igual. El misil pasó de largo, inofensivo.

El avión dejó caer lo que parecían un montón de cacharros. El suelo saltó cuando las bombas explotaron. Maldiciendo, ensordecido, Billy Cox dejó de preocuparse sobre si la lucha era justa.

Pero el piloto del volador no había visto el caza F-29 situado a su cola. El avión de la USAF lanzó dos misiles a quemarropa, desde menos de dos kilómetros. El buscador de infrarrojos no encontró un objetivo y se autodestruyó, pero el misil cuyo objetivo era el radar fue directo a la nave. La explosión hizo hundir a Cox la cara en la tierra y taparse las orejas con las manos.

«De modo que esto es la guerra —pensó—: No veo nada, apenas puedo oír y mi bando está ganando. ¿Cómo debe de ser para los que pierden?».

La esperanza murió en los corazones de Togram cuando el primer volador cayó víctima de las naves de los nativos. El resto de los voladores del *Indomable* no duraron mucho más. Podían esquivar, pero tenían aún menos capacidad de hacer blanco que las fuerzas roxolanas de infantería. Y eran espantosamente vulnerables si los atacaban por los puntos ciegos de los pilotos, desde arriba o desde atrás.

Uno de los cañones de la nave nodriza consiguió disparar de nuevo y atrajo rápidamente una respuesta de las fortalezas móviles que Togram había vislumbrado cuando tomaron posiciones en las calles, fuera del parque.

Cuando cayó el primer obús, el infortunado capitán pensó un instante que era otro cañón disparado desde el *Indomable*. El sonido de la explosión no se parecía en nada

al ruido que una bala hacía cuando acertaba un objetivo. Un fragmento de metal caliente se enterró en el suelo junto a la mano de Togram. Pensó entonces que un cañón había estallado, pero más explosiones en la superestructura de la nave y las columnas de tierra que levantaban los tiros fallidos le demostraron que era solo algo más del diabólico arsenal de los nativos.

Algo grande y duro golpeó al capitán en la nuca. El mundo cayó en una espiral oscura.

—¡Alto el fuego! —La orden llegó primero a la artillería y luego a las unidades de infantería situadas en primera línea. Billy Cox se levantó la manga para ver el reloj, lo miró con incredulidad. La batalla completa había durado menos de veinte minutos. Miró a su alrededor. El teniente Shotton se levantaba detrás de una palmera ornamental.

—A ver qué tenemos —dijo. Con el rifle dispuesto, empezó a caminar despacio hacia la nave espacial. Era poco más que una ruina humeante. De hecho, lo mismo pasaba con los edificios de alrededor. El daño a sus predecesores había sido peor durante el terremoto, pero no mucho.

Cadáveres alienígenas cubrían el césped. La sangre que salpicaba las briznas verdes era tan roja como la de cualquier hombre. Cox se agachó para recoger una pistola. Era un arma muy hermosa, con escenas de combate grabadas en la madera grisácea de la culata. Pero vio que era un arma de un solo tiro, un arma corta ya obsoleta dos siglos antes. Cabeceó, intrigado.

El sargento Amoros alzó un objeto cónico de donde había caído, junto a un alienígena muerto.

—¿Qué coño es esto? —preguntó.

De nuevo Cox tuvo la sensación de estar atrapado en algo que no entendía.

—Es un cuerno de pólvora —dijo.

—¿Como en las películas? ¿Las de pioneros y todo eso?

—Tal cual.

—Mierda —dijo Amoros con sentimiento. Cox asintió.

Junto al resto del pelotón, se acercaron a la nave destruida. La mayoría de los alienígenas había muerto todavía en formación, en las dos pulcras líneas desde las que habían abierto fuego contra los soldados.

Con ellos, tras otro cadáver, yacía el cuerpo del oficial de la pluma escarlata que había dado la orden de empezar una confrontación tan horrorosamente desigual. De repente, sobresaltando a Cox, el alienígena gimió y se movió igual que un humano que empezara a recobrar la consciencia.

—Cogedlo, ¡está vivo! —exclamó Cox.

Varios hombres saltaron sobre el alienígena, que estaba demasiado aturdido para resistirse. Los soldados empezaron a atisbar por los agujeros abiertos en la nave, e

incluso a entrar en ella. Todavía iban con precauciones; la nave era mucho más grande que cualquier nave humana y seguramente habría supervivientes a pesar del bombardeo que había sufrido.

Como siempre, los hombres no pudieron disfrutar mucho. La lucha había terminado hacía solo unos minutos cuando el primer equipo de expertos llegó en helicóptero, vio soldados de a pie en su territorio privado y protestaron horrorizados. Los expertos también se hicieron rápidamente cargo del prisionero del pelotón.

El sargento Amoros los miró resentido mientras se llevaban al alienígena.

—Debiste imaginar que pasaría, Sandy —le consoló Cox—. Nosotros hacemos el trabajo sucio y los peces gordos se hacen cargo de todo en cuanto las cosas se calman.

—Sí, pero ¿no sería fabuloso si por una vez fuera al revés? —Amoros rio sin ganas—. Ya, no tienes que decírmelo: ni cuando los cerdos vuelen.

Cuando Togram se despertó boca arriba, supo que algo iba mal. Los roxolanos siempre dormían boca abajo. Durante un momento se preguntó cómo había ido a parar allí... ¿demasiada agua-de-vida la noche anterior? El martilleo de su cabeza parecía sugerirlo.

Luego los recuerdos acudieron en tropel. ¡Esos malditos nativos con sus armas de hechicería! ¿Se habría reagrupado su gente y habría vencido al enemigo después de todo? Juró encender lámparas votivas a Edieva, señora de las batallas, durante el resto de su vida si había sido así.

Empezó a darse cuenta de la habitación en la que estaba. Nada le resultaba familiar, desde la cama en la que yacía hasta la luz del techo que brillaba como la del sol pero no humeaba ni vacilaba. No, no creía que los roxolanos hubieran ganado la batalla. El miedo le heló las entrañas. Sabía cómo su propia especie trataba a los prisioneros, había oído historias de espaciales o incluso cosas peores de otra gente. Se estremeció al imaginar las refinadas torturas que una especie tan feroz como sus captores podría inventar.

Se levantó tambaleándose. A los pies de la cama encontró su gorro, un poco de carne ahumada obviamente sacada del *Indomable* y una jarra translúcida hecha de algo que no era cuero ni vidrio ni barro cocido ni metal. Fuera lo que fuera, era demasiado blando y flexible para servir de arma.

La jarra contenía agua: no era agua del *Indomable*. Aquella ya había empezado a pudrirse. Esta era fresca, y tan pura que no tenía sabor alguno, agua tan buena como solo había encontrado en un par de manantiales de montaña.

La puerta se abrió sobre goznes silenciosos. Entraron dos de los nativos. Uno era pequeño y llevaba un abrigo blanco; una hembra, si esas protuberancias del torso eran pechos. El otro iba vestido con la misma ropa que llevaban los guerreros nativos, aunque en la habitación no le servía de camuflaje en absoluto. Este llevaba un rifle y,

los dioses lo maldijeran, parecía extremadamente en guardia.

Para sorpresa de Togram, la hembra tomó el mando. El otro nativo era meramente un guardaespaldas. Alguna princesa malcriada, intrigada por los extraños, pensó el capitán. Bueno, prefería tratar con ella y no con el verdugo local.

La hembra se sentó, le hizo un gesto para que también se sentara.

Él probó una silla, la encontró incómoda: demasiado baja por detrás, no estaba hecha para su gran trasero y sus piernas cortas. Se sentó en el suelo.

Ella colocó una cajita en la mesa, junto a la silla. Togram la señaló.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Pensó que ella no le había entendido, lo que no era culpa suya; no hablaba su idioma. Jugeteaba con la caja, apretando un botón aquí, otro allá. Entonces él agachó las orejas y erizó el pelaje, porque la caja dijo «¿Qué es eso?», en roxolano. Al cabo de un momento se dio cuenta de que hablaba con su propia voz. Maldijo e hizo un gesto de protección contra la brujería.

Ella dijo algo, manipuló la caja de nuevo. Esta vez le hizo eco a ella. La señaló.

—Grabadora —dijo. Hizo una pausa, expectante.

¿Qué estaba esperando el nombre roxolano de aquella cosa?

—Nunca en la vida había visto una de estas cosas y espero no volver a hacerlo —dijo él. Ella se rascó la cabeza. Cuando hizo que el aparato repitiera de nuevo lo que él había dicho, solo le impidió lanzar el aparato contra la pared la idea del soldado con el arma.

A pesar de aquel contratiempo acabaron haciendo progresos con el idioma. Togram había aprendido retazos de bastantes idiomas en el curso de su vida aventurera; era una de las razones por las que había llegado a capitán a pesar de su baja cuna y su falta de relaciones. Y la hembra —Togram oyó su nombre como Hildachesta— tenía un don para ellos y la caja que no olvidaba.

—¿Por qué nos atacó tu gente? —preguntó ella un día, cuando supo bastante roxolano para poder formular la pregunta.

Sabía que estaba siendo interrogado, por muy amable que sonara. Había jugado a ese juego él mismo, con prisioneros. Agitó las orejas, fingiendo indiferencia. Siempre había sido partidario de dar respuestas directas; era una de las razones por las que solo era capitán. Dijo:

—Para coger lo que cultiváis y fabricáis y usarlo nosotros. ¿Por qué si no querría nadie conquistar a nadie?

—Por qué, cierto —murmuró ella, y guardó silencio unos instantes; su respuesta parecía haber cerrado un tema del interrogatorio. Lo intentó de nuevo:

—¿Cómo puede tu gente andar, quiero decir, viajar, más rápido que la luz, cuando el resto de vuestras artes son tan simples?

Su pelaje se erizó de indignación.

—¡No lo son! Fabricamos pólvora, forjamos hierro y fundimos acero, tenemos telescopios para ayudar a nuestros timoneles a guiarnos de estrella en estrella. No

somos salvajes escondidos en cuevas ni nos disparamos con arcos y flechas.

Su monólogo, por supuesto, no fue tan sencillo ni directo. Tuvo que detenerse, retroceder, usar elaborados circunloquios, hacer gestos para que Hildachesta le entendiera. Ella se rascó la cabeza en un gesto de confusión que había llegado a reconocer. Dijo:

—Nosotros conocemos esas cosas de las que hablas desde hace cientos de años, pero no pensábamos que alguien pudiera andar... maldición, sigo diciendo eso en vez de «viajar»... más rápido que la luz. ¿Cómo aprendió tu gente a hacer eso?

—Lo descubrimos por nosotros mismos —dijo él con orgullo—. No tuvimos que aprenderlo de alguna otra especie viajera de las estrellas, como muchos.

—¿Pero cómo lo descubristeis? —insistió ella.

—¿Cómo voy a saberlo? Soy un soldado. ¿Qué me importan a mí esas cosas? ¿Quién sabe quién inventó la pólvora, o quién aprendió a usar fuelles en la fragua para que el fuego alcanzara el calor suficiente para fundir el hierro? Esas cosas pasan, eso es todo.

Ese día, ella cortó pronto la sesión de preguntas.

—Es humillante —dijo Hilda Chester—. Si esos alienígenas idiotas hubiesen esperado unos años más a venir, probablemente nos habiéramos hecho pedazos sin saber que había más terreno disponible. Cristo, por lo que dicen los roxolanos, especies que apenas saben trabajar el hierro vuelan en naves espaciales sin pensárselo dos veces.

—A no ser que las naves no vuelvan a casa —respondió Charlie Ebbets. Llevaba la corbata en el bolsillo y el cuello de la camisa desabrochado por el intenso calor del verano de Pasadena, aunque el Atheneum de Caltech tenía aire acondicionado. Al igual que tantos otros ingenieros y científicos, dependía de lingüistas como Hilda Chester para relacionarse con los alienígenas.

—Yo misma no lo acabo de entender —dijo ella—. Aparte del hipermotor y la contragravedad, los roxolanos están atrasados, casi en estado primitivo. Y las otras especies de ahí fuera deben ser parecidas, o alguien los habría conquistado hace tiempo.

Ebbets dijo:

—Una vez que lo has visto, el motor es asombrosamente sencillo. Los grupos de investigación dicen que cualquiera podría haber dado con el principio básico en casi cualquier momento de la historia. Nuestra suposición es que la mayoría de las especies lo encontraron y, cuando lo hicieron, dirigieron toda su energía creativa, naturalmente, a refinarlo y mejorarlo.

—Pero nosotros no lo encontramos —dijo Hilda despacio—, de modo que nuestra tecnología se desarrolló de un modo diferente.

—Exacto. Por eso los roxolanos no saben nada del control de la electricidad, por

no hablar de ciencia atómica. Y además, por lo que sabemos hasta el momento, el hipermotor y la contragravedad no tienen las aplicaciones suplementarias que tiene el espectro electromagnético. Todo lo que hacen es llevar cosas de un sitio a otro muy deprisa.

—Eso debería bastar por el momento —dijo Hilda. Ebbets asintió. Había casi nueve mil millones de personas apretujadas en la Tierra, la mitad de ellas hambrientas. Ahora, de golpe, tenían sitios adonde ir y los medios para llegar a ellos.

—Me parece que vamos a dar una tremenda sorpresa a la gente de ahí fuera —dijo Ebbets, pensativo.

A Hilda le llevó un segundo darse cuenta de lo que quería decir.

—Si es una broma, no tiene gracia. Han pasado cien años desde la última guerra de conquista.

—Claro; se han hecho demasiado caras y peligrosas. Pero ¿qué resistencia podrían oponer los roxolanos, o quienes sean, con su nivel tecnológico? Los aztecas y los incas eran muy valientes. ¿De qué les valió frente a los españoles?

—Espero que nos hayamos hecho más listos en los últimos quinientos años —dijo Hilda. Pero dejó el sándwich a medio comer. Se dio cuenta de que ya no tenía hambre.

—¡Ransisc! —exclamó Togram cuando el piloto veterano entró cojeando en su cubículo. Ransisc estaba más delgado que unas lunas atrás, a bordo del mal llamado *Indomable*. Su pelaje era blanco en torno a unas cicatrices que Togram no recordaba.

Pero su aire de burlona indiferencia no había cambiado.

—¿Eres más duro que las balas o es que los humanos pensaron que no merecía la pena matarte?

—Lo segundo, sospecho. Con su armamento, ¿por qué deberían preocuparse de un soldado más o menos? —dijo Togram amargamente—. Yo tampoco sabía que seguías vivo.

—No es culpa mía, te lo aseguro —dijo Ransisc—. Olgren, junto a mí... —Su voz se quebró. No era posible ser indiferente a todo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el capitán—. No es que no me alegre de verte, pero eres la primera cara roxolana que veo desde... —Fue su turno de vacilar.

—Desde que aterrizamos. —Togram asintió con alivio al circunloquio del timonel. Ransisc siguió—: He visto a algunos otros antes que a ti. Sospecho que nos permiten reunirnos para que los humanos nos puedan oír hablando entre nosotros.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Togram, y luego respondió a su propia pregunta—. Oh, las grabadoras, claro. —Usó, a la fuerza, la palabra inglesa—. Bueno, ahora verán.

Cambió a oyag, el idioma más común en un planeta que los roxolanos habían conquistado cincuenta años antes.

—¿Qué nos va a pasar, Ransisc?

—A estas alturas, en Roxolan ya se habrán dado cuenta de que algo ha ido mal — contestó el timonel en el mismo idioma.

Esto no animó a Togram.

—Hay muchas maneras de perder naves —dijo sombríamente—. E incluso si el alto señor de la guerra envía otra flota, no tendrá mucha más suerte que la nuestra. Estos malditos humanos tienen demasiadas máquinas de guerra. —Hizo una pausa y tomó un largo y melancólico sorbo de la botella de vodka. Los licores perfumados que los nativos destilaban le ponían enfermo, pero el vodka le gustaba—. ¿Cómo es que tienen todas estas máquinas y nosotros no, ni ninguna especie que conozcamos? Deben de ser magos, deben de haber vendido el alma a los demonios a cambio de conocimientos.

La nariz de Ransisc tembló para indicar desacuerdo.

—Hice la misma pregunta a uno de sus sabios. Me dio un poema de un humano llamado Granizo, Nieve o algo parecido^[9]. Era acerca de alguien que se encuentra en una encrucijada del camino y acababa escogiendo el sendero menos hollado. Eso hicieron los humanos. La mayoría de las especies encuentra el hipermotor y empieza a viajar. Los humanos nunca lo hicieron, de modo que su búsqueda de conocimientos fue en otra dirección.

—¡Y tanto! —Togram se estremeció ante el recuerdo de aquel breve y terrible combate—. Armas que escupen docenas de balas sin recargar, cañones montados en plataformas acorazadas que se mueven por sí solas, cohetes que siguen a sus objetivos... y luego están las cosas que no vimos, esas de las que los humanos solo hablan, las bombas que pueden destruir una ciudad entera, solo con una de ellas.

—No sé si me creo eso —dijo Ransisc.

—Yo sí. Parecen asustados cuando hablan de ellas.

—Bueno, puede. Pero no se trata solo de las armas que tienen. Son las máquinas que les permiten verse y hablar entre sí a distancia; las máquinas que hacen sus cálculos por ellos; sus grabadoras y todo lo relacionado con ellas. Por lo que dicen de su medicina, casi estoy tentado de creerte y pensar que son magos... Saben las causas de sus enfermedades y cómo curarlas o prevenirlas. Y su agricultura: este planeta está mucho más poblado que cualquiera que haya visto o del que haya tenido noticia, pero produce suficiente alimento para todos estos humanos.

Togram agitó tristemente las orejas.

—Parece muy injusto. Todo lo que tienen solo por no haber dado con el hipermotor.

—Ahora lo tienen —le recordó Ransisc—. Gracias a nosotros.

Los roxolanos se miraron, consternados. Hablaron a la vez:

—¿Qué hemos hecho?

Combate aéreo

WILLIAM GIBSON y MICHAEL SWANWICK

(julio de 1985)

William Gibson empezó a publicar en 1977, pero se ganó su reputación con su primera novela, *Neuromante*, que apareció en 1984, que desde entonces ha adquirido fama de ser una obra revolucionaria en la ciencia ficción contemporánea. El libro, que ganó los premios Hugo, Nebula y Philip K. Dick, se convirtió en la biblia del movimiento ciberpunk. Es una importante novela innovadora que se filtró hasta la cultura popular en la que muchos de los conceptos que examinaba —el ciberespacio, la realidad virtual, Internet, los delitos informáticos, la inteligencia artificial— estaban pasando de la fantasía especulativa a la realidad irrefutable. Fusión entre la novela de detectives y la historia de ciencia ficción más moderna, *Neuromante* y dos continuaciones de la misma que forman una trilogía temática —*Conde cero* y *Mona Lisa acelerada*— recorrieron los territorios inexplorados hasta ese momento de la tecnología informática y las telecomunicaciones avanzadas. Popularizó el concepto de «enchufarse» para conectar directamente el cerebro con la red neuronal de un sistema informático. El interfaz humano/máquina que imaginaba, aunque basado en temas tradicionales de la ciencia ficción, constituyó un giro conceptual que obligó a la perspectiva tradicional de la ciencia ficción, que miraba hacia el exterior, a mirar hacia el interior. La compleja y a menudo inescrutable realidad que extrapola es una en la que los tradicionales límites culturales y geográficos se han desintegrado y han sido reconstruidos por el uso y abuso de los datos informáticos. La subcultura *hacker* domina el mundo de esas novelas, y sus miembros, a menudo criminales, tienen el estatus de héroes fuera de la ley. Las novelas son también memorables por su estilo trepidante, que actualiza la experimentación estilística del movimiento de la Nueva Ola con tecnojerga contemporánea, cortes narrativos y características del vídeo y el entretenimiento informático. El impacto de la tecnología informática ha sido tan ineludible en el resto de la ficción de Gibson como en el mundo moderno. *The Difference Engine*, que escribió en colaboración con Bruce Sterling, es una aclamada novela *steampunk* que describe el mundo tal como podría haber sido si los trabajos iniciales de Charles Babbage sobre ordenadores hubiesen arraigado en la Inglaterra victoriana. Sus novelas *Luz virtual*, *Idoru* y *All Tomorrow's Parties* comparten personajes y exploran gran variedad de temas informáticos, como la nanotecnología, las personalidades informáticas y los «puntos nodales» o inestabilidades en el flujo de datos, augurios de acontecimientos transformadores de la historia. Los relatos cortos de Gibson

se han recopilado en *Quemando Cromo*, que incluye «*Johnny Mnemonic*», en el cual está basada la película de Robert Longo del mismo título.

Michael Swanwick se reveló como uno de los asombrosos nuevos talentos de la ciencia ficción en los años ochenta, al principio con la publicación de sus cuentos, extremadamente polifacéticos y sugerentes, influenciados por el posmodernismo literario y las tradiciones de la fantasía y la ciencia ficción. Sus mejores historias se han recopilado en *Gravity's Angels* y *Tales of Old Earth*, que incluye el ganador del Hugo «*The Very Pulse of the Machine*». Su trabajo como novelista es igualmente poco convencional; va desde el *ciberpunk* hasta la fantasía heroica y se centra en la relación entre la nueva ciencia y las viejas estructuras sociales para dar forma a la civilización y al individuo. Su primera novela, *En la deriva*, está ambientada en una América postapocalíptica donde la catástrofe nuclear crea una sociedad fragmentada que lucha por estabilizarse. *Vacuum Flowers*, *Griffin's Egg* y la ganadora del Nebula *La estación de las mareas* son exploraciones del impacto de desastres naturales catastróficos y acontecimientos sociopolíticos sobre las sociedades humanas establecidas en mundos alienígenas y que se han alejado de la influencia del planeta madre. Swanwick también ha escrito *Jack Faust*, una versión moderna del tema de Fausto, y *The Iron Dragon's Daughter*, una fantasía épica de alta tecnología. Es autor de varios ensayos provocadores y controvertidos sobre el arte de la fantasía y la ciencia ficción, varios de los cuales se han recopilado en *A Geography of Unknown Lands* y *The Postmodern Archipelago*. También ganó el premio Theodore Sturgeon Memorial.

Tenía la intención de seguir adelante, hasta Florida. Trabajar para pagar el pasaje en un transporte de armas, quizás acabar reclutado en algún ejército rebelde de mala muerte en la zona de guerra. O quizá, con aquel billete que era válido mientras siguiese a bordo, simplemente no bajara nunca: el Holandés Errante de Greyhound. Le sonrió a su pálido reflejo en el vidrio frío y manchado mientras las luces del centro de Norfolk pasaban de largo. El bus traqueteaba sobre amortiguadores cansados mientras el chofer le hacía doblar la última esquina. Se estremeció cuando se detuvo en la terminal, una zona de cemento iluminado de color gris como el patio de ejercicios de una cárcel. Pero Deke ya se veía morir de hambre, quizás en una tormenta de nieve en Oswego, con la mejilla contra la misma ventanilla de bus; murmurando por lo bajo, un anciano vestido con un mono gastado barrería sus restos en la siguiente parada. Fuera como fuese, decidió, le importaba una mierda. Solo que las piernas ya se le habían dormido. Y el chofer gritó que la parada duraría veinte minutos: estación Tidewater, Virginia. Era un viejo edificio de ladrillos de

ceniza, con dos entradas para cada baño, una reliquia del siglo anterior.

Con las piernas como de madera, hizo un intento poco entusiasta de robar la calderilla del mostrador, pero la muchacha negra que había detrás estaba atenta protegiendo el contenido escaso de la caja de vidrio como si su culo dependiese de ello. *Probablemente así es*, pensó Deke, alejándose. Junto a los lavabos, una puerta abierta rezaba: JUEGOS. La palabra parpadeaba débilmente sobre plástico biofluorescente. Vio una multitud de los coceadores locales reunidos alrededor de una mesa de billar. Sin objetivo, con el aburrimiento siguiéndole como una nube, metió la cabeza. Vio un biplano con alas no mayores que su pulgar convertirse en una brillante flor naranja de llamas. Girando, soltando humo, se desvaneció en cuanto dio contra el campo de fieltro verde de la mesa.

—Eso es, Tiny —aulló un coceador—, ¡dale al joputa!

—Eh —dijo Deke—. ¿De qué va esto?

El coceador más cercano era un poste con una gorra de red.

—Tiny está defendiendo la Max —dijo, sin apartar los ojos de la mesa.

—¿Oh, sí? ¿Qué es eso? —Pero mientras preguntaba lo vio: una medalla de esmalte azul con la forma de una cruz de Malta, con el eslogan *Pour le Mérite* dividido entre los brazos.

La Max Azul descansaba en el borde de la mesa, directamente delante de una masa inmensa y completamente inmóvil encajada en una silla de metal cromado con aspecto de ser bastante frágil. La camisa de trabajo caqui del hombre hubiese colgado de Deke como los pliegues de una vela, pero estaba tan tensa sobre aquel torso hinchado que los botones amenazaban con saltar en cualquier momento. Deke pensó en los soldados sureños que había visto de camino; en aquellos extraños cuerpos de vientre pesado en equilibrio sobre unas piernas tan delgadas que parecían prestadas de otro. Tiny hubiese tenido ese aspecto de haberse levantado pero a mayor escala: a los vaqueros les haría falta una cintura de acero para soportar todos esos kilos de barriga hinchada. Si Tiny hubiese podido ponerse en pie... porque Deke se había dado cuenta de que la estructura reluciente era en realidad una silla de ruedas. Había algo inquietantemente infantil en el rostro del hombre, indicios horrorosos de juventud y belleza en rasgos casi completamente enterrados entre pliegues y carrillos. Avergonzado, Deke apartó la vista. El otro hombre, el situado al otro lado de la mesa, tenía unas patillas prominentes y una boca delgada. Parecía estar intentando empujar algo con el poder de la vista, las arrugas de la concentración extendiéndose desde los ojos...

—¿Estás tonto o qué? —El hombre de la gorra se volvió, apreciando por primera vez la vestimenta indoproletaria de Deke, las cadenas metálicas de sus muñecas—. ¿Por qué no sacas el culo de aquí, cabrón? Nadie quiere a los de tu calaña por aquí. —Se giró para volver a prestar atención al combate aéreo.

Se realizaron apuestas, se cubrieron. Los coceadores producían pasta dura, la pasta antigua, los dólares con la efigie de la libertad y monedas de Roosevelt sacadas

de tiendas de numismática, mientras que los apostadores más precavidos ponían antiguos dólares de papel forrados de plástico transparente. De la niebla surgió un trío de aviones rojos, volando en formación. Fokkers D VII. La sala guardó silencio. Los Fokkers se inclinaron majestuosos bajo el orbe solar de una lámpara de doscientos vatios.

El Spad azul surgió de la nada. De cerca le siguieron otros dos descendiendo del techo en sombras. Los coceadores soltaron un juramento y uno rio. La formación se dividió. Un Fokker descendió casi hasta el fieltro, sin perder al Spad que llevaba a la cola. Frenéticamente, voló en zigzag sobre la planicie verde, pero sin éxito. Al final se elevó, seguido de cerca por el enemigo, con el morro demasiado alto... y entró en barrena, demasiado bajo para elevarse a tiempo.

Se recogió una pila de monedas.

Los Fokkers ya estaban en inferioridad numérica. Uno tenía dos Spads a la cola. Una línea delgada de balas le atravesó la carlinga. El Fokker giró a la derecha para ejecutar una maniobra Immelmann y quedó detrás de sus perseguidores, y el biplano cayó, rebotando.

—¡Así se hace Tiny! —Los coceadores se acercaron más a la mesa.

Deke estaba paralizado de asombro. Era como nacer otra vez.

La Parada de Camiones de Frank estaba a tres kilómetros de la ciudad, en la ruta de Solo Vehículos Comerciales. Deke lo había fichado, solo por costumbre, desde el bus, antes de llegar. Regresó entre el tráfico y los quitamiedos de cemento. Cada vez que pasaba corriendo un camión articulado, un enorme trasto de ocho segmentos, el impulso del aire amenazaba con echarlo de la carretera. Las paradas de la SVC eran lugares fáciles. Cuando entró en la de Frank nadie puso en duda que hubiese llegado en un camión grande y pudo repasar la tienda de regalos sin darse ninguna prisa. El expositor con las obleas de wetware de proyección estaba situado entre un montón de camisas vaqueras de fabricación coreana y una muestra de guardabarros Fuzz Buster. Sobre el expositor, un par de dragones orientales se retorció en el aire, ya fuese luchando o follando, no lo tenía claro. El juego que quería estaba allí: una oblea llamada SPADS & FOKKERS. Le llevó tres segundos agenciársela y menos tiempo aún pasar el imán —que los polis de D. C. no se habían molestado en confiscarle— por la banda de seguridad universal.

De camino a la salida, se hizo con dos unidades de programación y un pequeño facilitador/control remoto Batang que parecía un audífono antiguo.

Escogió un apeadero al azar y le puso al agente de alquiler la excusa que usaba desde que le habían retirado los derechos de beneficencia. Nadie lo comprobaba; el estado se limitaba a contar habitaciones ocupadas y pagaba.

El cubículo olía un poco a orina y alguien había garabateado Frente de Liberación de Anarquía Dura en las paredes. Deke empujó la basura a una esquina, se sentó dando la espalda a la pared y abrió el paquete de la oblea.

Contenía una hoja de instrucciones doblada con diagramas de giros, bucles y maniobras, un tubo de pasta salina y una lista informática de especificaciones operacionales aparte de la oblea en sí, de plástico blanco con un logotipo y un biplano azul en una cara y uno rojo en la otra. La giró una y otra vez: SPADS & FOKKERS, FOKKERS & SPADS. Rojo o azul. Se ajustó el Batang tras la oreja después de cubrir la superficie inductora con la pasta, insertó la cinta de fibróptica en el programador y lo enchufó a la toma de la pared. Luego metió la oblea en el programador. Era una unidad barata, de Indonesia, y la base del cráneo le zumbó de forma molesta mientras se ejecutaba el programa. Pero al acabar, un Spad azul cielo se movió inquieto por el aire a pocos centímetros de su cara. Era muy real. Poseía la extraña vida interior que a menudo poseen las maquetas fantásticamente detalladas de los museos, pero mantener su existencia exigía toda su concentración. Si dejaba de prestar atención, si perdía la concentración, se convertía en una mancha borrosa y patética.

Practicó hasta que se agotaron las baterías de la unidad de la oreja, luego se echó contra la pared y se quedó dormido. Soñó con volar en un universo compuesto exclusivamente de nubes blancas y cielos azules, sin arriba ni abajo, y sin campos verdes en los que estrellarse.

Se despertó con el olor de los pastelitos de krill friéndose y se retorció de hambre. Tampoco tenía dinero. Bien, había muchos estudiantes en el apeadero. A alguno le interesaría pillar una unidad de programación. Salió al pasillo con la unidad que le sobraba. A corta distancia había una puerta con un póster que decía: HAY UN UNIVERSO IMPRESIONANTE JUSTO AQUÍ AL LADO. Debajo, un campo de estrella con un montón de pastillas multicolores arrancado de un anuncio de una empresa farmacéutica, pegado sobre una imagen inspiradora de la «colonia espacial» que estaba en construcción desde antes de que él naciese. VAMOS, decía el póster, debajo del hipnótico montaje.

Llamó. La puerta se abrió. La cadena de seguridad le dejó ver una franja de cinco centímetros de la cara de una mujer.

—¿Sí?

—Vas a pensar que es robado. —Se pasó el programador de una mano a la otra—. Lo digo porque está nuevo, prácticamente sin usar, y todavía tiene el código de barras. Pero escucha, no voy a discutir. No. Voy a dejar que te lo quedes por solo la mitad de lo que pagarías en cualquier sitio.

—Eh, guay, ¿en serio, no es broma? —La fracción visible de la boca se retorció en una extraña sonrisa. Tendió la mano con la palma hacia arriba, no del todo cerrada, a la altura de la barbilla.

—¡Mira aquí!

Tenía un agujero en la mano, un túnel negro que le llegaba hasta el brazo. Dos pequeñas luces rojas. Ojos de rata. Saltaron hacia él... creciendo, reluciendo. Algo gris corrió y le saltó a la cara.

Gritó, protegiéndose con las manos. Cayó, agitando las piernas y el programador se destrozó en el suelo.

Los fragmentos de silicio se esparcieron mientras él se agitaba agarrándose la cabeza. Le dolía, le dolía... dolía de verdad.

—¡Oh, Dios mío! —Las cerraduras se abrieron y la chica se le puso encima—. Vamos, escucha, pasa. —Le tendió una toalla de manos azul—. Agarra esto y te ayudaré a ponerte en pie.

Él la miró a través de un velo de lágrimas. Estudiante. Con aspecto de estar bien alimentada, la camiseta demasiado grande, dientes tan rectos y blancos que hubiese podido usarlos como aval para pedir un crédito. Una delgada cadena dorada alrededor de un tobillo (recubierto, comprobó, de un vello fino como el de un bebé). Un corte de pelo irregular de estilo japonés. Dinero.

—Eso iba a ser mi cena —dijo él, con tristeza. Agarró la toalla y dejó que le pusiese en pie.

Ella sonrió, pero se apartó de él con habilidad.

—Deja que te compense —dijo—. ¿Quieres comida? No ha sido más que una proyección, ¿vale?

La siguió al interior, cauteloso como un animal entrando en una trampa.

—Mierda de cojones —dijo Deke—, esto es *queso de verdad*... —Estaba sentado en un sofá raído, encajado entre un osito de peluche de metro veinte y un montón inestable de discos blandos. La estancia estaba totalmente llena de libros, ropa y papeles. Pero la comida que le sirvió, queso Gouda, carne en lata y galletitas de trigo de invernadero, salía directamente de las *Mil y una noches*.

—Eh —dijo ella—. Sé cómo tratar a un chico proleta, ¿eh? —Se llamaba Nance Bettendorf. Tenía diecisiete años. Sus dos padres tenían trabajo, avariciosos de mierda, y ella estudiaba ingeniería en William y Mary. Sacaba las mejores notas, excepto en inglés—. Supongo que las ratas te dan miedo. ¿Tienes fobia a las ratas?

Él miró de reojo la cama. En realidad no se veía; no era más que un bulto en la cubierta del suelo.

—No es eso. Simplemente me ha recordado otra cosa, nada más.

—¿Como qué? —Se agachó frente a él, con la enorme camiseta cabalgando los suaves muslos.

—Bueno... ¿Has visto alguna vez el... —levantó la voz involuntariamente y soltó rápidamente las palabras— *monumento a Washington*? ¿De noche? Tiene dos lucecitas... rojas en lo alto, para avisar a los aviones o algo así, y yo, y yo... —Se

echó a temblar.

—¿Le tienes miedo al monumento a Washington? —Nance dio un salto y rodó por el suelo muerta de la risa, agitando las largas piernas bronceadas. Llevaba la parte de abajo de un bikini carmesí.

—Preferiría morir a tener que volver a verlo —dijo con voz neutra.

Ella dejó de reír, se sentó y estudió su cara. Con los dientes parejos y blancos se mordía el labio inferior, como si fuese a sacar un tema que no le apetecía. Al final se decidió.

—¿Cerrojo cerebral?

Sí —dijo amargamente—. Me dijeron que jamás volviese a D. C. Y luego los cabrones se echaron a reír.

—¿Por qué te arrestaron?

—Soy ladrón. —No pensaba decirle que los cargos eran en realidad por hurtos menores en tiendas.

—Muchos viejos piratas informáticos se pasaron la vida programando máquinas. ¿Y sabes una cosa? El cerebro humano no se parece a un puto ordenador, en nada. Simplemente no se programan de la misma forma.

Deke conocía aquel grito desgarrado, aquella desesperada culpa, aquella larga cháchara sin fin que el solitario le suelta al oyente ocasional; lo conocía por un centenar de noches frías y vacías pasadas en compañía de desconocidos. Nance estaba completamente inmersa en lo que decía, y Deke, asintiendo y bostezando, se preguntaba si podría mantenerse despierto cuando llegasen al fin a la cama.

—Yo misma fabriqué esa proyección que te lancé —dijo, abrazándose las rodillas bajo la barbilla—. Es para los ladrones, ya sabes. Resulta que la llevaba encima y te la lancé porque me pareció gracioso que intentases venderme esa mierda de programador indojavanés. —Se echó hacia delante y le volvió a ofrecer la mano—. Mira aquí. —Deke se estremeció—. No, no, no pasa nada, lo juro, esto es diferente. —Abrió la mano.

Una única llama azul bailaba, perfecta y siempre cambiante.

—Mira —se maravilló ella—. Simplemente mira. Lo programé yo. Tampoco es una de esas animaciones cutres de siete imágenes. Es un bucle continuo de dos horas, siete mil doscientos segundos durante los que no se repite nunca, ¡cada instante tan diferente como un puto copo de nieve!

El núcleo de la llama era un cristal glacial, fognazos de fragmentos y facetas que giraban y desaparecían dejando atrás imágenes casi subliminales tan brillantes y nítidas que dolía mirarlas. Deke hizo una mueca. De gente en su mayoría. Personitas desnudas, follando.

—¿Cómo demonios lo has hecho?

Se puso en pie, pisando las revistas con los pies desnudos y, melodramática, sacó

pliegues de papel de impresora de un estante de contrachapado. Él vio una hilera de pequeñas consolas, austeras y con aspecto de salir caras. Fabricadas a medida.

—El material que tengo aquí es de verdad. Facilitadores de imágenes. Aquí está mi módulo de conmutación de fase. Este es mi analizador funcional de mapa cerebral uno a uno. —Recitaba los nombres como una letanía—. Estabilizador de parpadeo cuántico. Divisor de programa. Ensamblador de imagen...

—¿Necesitas todo eso para crear una pequeña llama?

—Vaya que sí. Todo esto es material de última generación, son aparatos para proyecciones profesionales. Está años por delante de cualquier cosa que hayas visto.

—Eh —dijo—, ¿sabes algo sobre SPADS & FOKKERS?

Ella rio. Y luego, porque le parecía que era el momento adecuado, él le agarró la mano.

—No me toques, hijo de puta, ¡jamás me toques! —gritó Nance, y golpeó la pared con la cabeza al echarse atrás, pálida y estremecida de horror.

—¡Vale! —Él alzó las manos—. ¡Vale! No me acercaré a ti. ¿Vale?

Ella se alejó todo lo posible. Tenía los ojos muy abiertos y no parpadeaba; había lágrimas recorriéndole las mejillas. Al final, negó con la cabeza.

—Eh, Deke. Lo lamento. Debería habértelo dicho.

—¿Decirme qué? —Pero tenía la desagradable sensación de que ya lo sabía. La forma en que se agarraba la cabeza. La forma ligeramente espasmódica en que abría y cerraba las manos—. Tú también tienes un cerrojo cerebral.

—Sí. —Cerró los ojos—. Es un cerrojo de castidad. Los gilipollas de mis padres lo pagaron. Por tanto, no puedo soportar que nadie me toque o se me acerque mucho. —Abrió los ojos, llenos de un odio ciego—. Ni siquiera hice nada. Nada en absoluto. Pero los dos tienen trabajo y están tan deseosos de que yo tenga una carrera que no pueden ni mear recto. Temen que me olvide de los estudios si, ya sabes, me dedico al sexo y demás. El día en que se abra el cerrojo cerebral voy a follarme al más vil, grasiento, peludo...

Volvía a agarrarse la cabeza. Deke se puso en pie de un salto y rebuscó en el armarito de las medicinas. Encontró un frasco de vitamina B, se guardó algunas grageas, por si acaso, y le llevó dos a Nance con un vaso de agua.

—Toma. —Tuvo cuidado de mantenerse a distancia—. Esto aliviará lo peor.

—Sí, sí —dijo. Luego, casi hablando consigo misma—: Debes de pensar que soy una imbécil.

La sala de juegos de la estación Greyhound estaba casi vacía. Un solitario chico de catorce años y mandíbula prominente estaba inclinado sobre una consola, maniobrando flotas multicolores de submarinos en la sucia rejilla del Atlántico norte.

Deke entró, ataviado con su nueva prenda coceadora, y se apoyó en una pared de ladrillo suavizada por incontables capas de esmalte verde. Se había quitado el tinte de

pelo de chico proleta, había pillado vaqueros y camiseta en una tienda de beneficencia y encontrado un par de botas en el vestuario de la sauna de un apeadero con seguridad de segunda.

—Has visto a Tiny, ¿amigo?

Los submarinos se movían disparados como peces arco iris.

—Depende de quién lo pregunte.

Deke se tocó el control que llevaba tras la oreja izquierda. El Spad se extendió sobre la consola, rápido y delicado como una libélula. Era hermoso; tan perfecto, tan real que hacía que la habitación pareciese una ilusión. Rozó la rejilla, a milímetros del vidrio, aprovechándose del efecto programado de suelo.

El chico ni siquiera se molestó en alzar la vista.

—En Jackman's —dijo—. Bajando por Richmond, junto a la tienda de excedentes.

Deke dejó que el Spad se desvaneciese en mitad de un ascenso.

Jackman's ocupaba la mayor parte del tercer piso de un viejo edificio de ladrillo. Deke encontró primero la tienda Best Buy de excedentes de guerra, luego una señal de neón rota sobre un vestíbulo sin iluminación. La acera de enfrente estaba salpicada de otro tipo de excedentes: veteranos tullidos, algunos incluso de la guerra de Indochina. Ancianos que se habían dejado los ojos bajo el sol asiático sentados junto a chicos temblorosos que habían inhalado micotoxinas en Chile. Deke se alegró cuando las castigadas puertas del ascensor se cerraron.

Un viejo reloj de una marca de refrescos, colocado al otro extremo de una sala larga y espectral, le dijo que eran las ocho menos cuarto. Jackman's había sido embalsamado veinte años antes de que él naciese, sellado con una capa amarillenta de nicotina, betún y brillantina. Directamente bajo el reloj, los ojos inexpresivos del caballo ganador del abuelo de alguien llamado Buck miraban a Deke desde una instantánea enmarcada y ampliada que había adquirido un bonito tono sepia ala de cucaracha. Se oía el golpeteo y el susurro de las bolas de billar, el ruido de botas de trabajo sobre el linóleo cuando un jugador se inclinaba para tirar. En algún lugar por encima de las lámparas con pantalla verde colgaba una cinta de campanillas navideñas de papel que se habían convertido en rosas muertas. Deke miró de una pared llena de cosas a la siguiente. No había facilitador.

—Traed uno, por si hace falta —dijo alguien. Se volvió para encontrarse con los ojos afables de un hombre calvo con gafas de montura metálica—. Me llamo Cline. Bobby Earl. No tiene usted aspecto de que le guste el billar, señor —dijo, pero no había nada amenazador en la voz ni en la actitud de Bobby Earl. Se quitó las gafas de la nariz y limpió los gruesos cristales con un pañuelo de papel. A Deke le recordó a un instructor de taller que pacientemente le había intentado enseñar a realizar una instalación retrógrada de biochips—. Yo apuesto —dijo, sonriendo. Sus dientes eran de plástico blanco—. Sé que no tengo aspecto de hacerlo.

—Busco a Tiny —dijo Deke.

—Bien. —Volvió a ponerse las gafas—. No vas a encontrarle aquí. Se ha ido a Bethesda, a que el servicio de veteranos le limpie las tuberías. De todas formas, no volaría contra ti.

—¿Por qué no?

—Bien, porque no estás en el circuito o yo conocería tu cara. ¿Eres bueno? — Cuando Deke asintió, Bobby Earl gritó al otro lado—: ¡Eh, Clarence! Trae el facilitador. Tenemos a un pilotito.

Veinte minutos más tarde, después de haber perdido el remoto y el efectivo que tenía, Deke atravesaba la zona de soldados tullidos de Best Buy.

—Bien, deja que te diga, chico —le había dicho Bobby Earl con paternalismo y una mano sobre su hombro, mientras acompañaba a Deke al ascensor—. No vas a ganar contra un veterano del combate. ¿Me oyes? Yo ni siquiera soy especialmente bueno, simplemente un viejo soldado que ha tomado hype en quince o veinte ocasiones. El viejo Tiny... él era *piloto*. Pasó todo su servicio hasta las orejas de hype. Tiene la atenuación de membrana realmente mal... nunca le ganarás.

Era una noche fría. Pero Deke hervía de furia y humillación.

—Dios, qué tosco —dijo Nance cuando el Spad sobrevoló montículos de ropa interior rosa. Deke, tirado en el sofá, se arrancó el vistoso remoto Braun de Nance de detrás de la oreja.

—No empieces tú también, señorita zorra-rica voy-a-tener-trabajo...

—¡Eh, tranquilo! No tiene nada que ver contigo... es solo *tecnología*. Este cacharro es realmente primitivo. Es decir, en la calle estará bien, pero comparado con las cosas que hago en clase, es... Deberías dejar que te lo reescriba.

—¿Qué?

—Deja que lo mejore. Esos cabrones están escritos en hexadecimal, porque los programadores de la industria son todos piratas informáticos venidos a menos. Piensan de esa forma. Pero deja que lo lleve al lector-analizador del departamento, que le haga algunos cambios, que lo traduzca a alguno de los modernos lenguajes para wetware. Borraré todos los intermediarios redundantes. Eso mejorará el tiempo de reacción, reduciendo a la mitad el bucle de retroalimentación. Así volarás más rápido y mejor. ¡Te convertirás en un verdadero profesional, un as! —Tomó una bocanada del narguile para luego doblarse riendo y tosiendo.

—¿Eso es legal? —preguntó Deke dubitativo.

—Eh, ¿por qué crees que la gente compra remotos con cableado de oro? ¿Por el prestigio? Una mierda. La conductividad es mejor y recorta algunos nanosegundos del tiempo de reacción. Y este es un juego de tiempo de reacción, niño.

—No —dijo Deke—. Si fuese así de fácil, la gente ya lo habría hecho. Tiny Montgomery lo habría hecho. Tendría lo mejor.

—¿Alguna vez *prestas atención*? —Nance dejó la pipa; cayó al suelo agua

marrón—. El material con el que trabajo está tres años por delante de cualquier cosa que puedas comprar en la calle.

—No jodas —dijo Deke después de una larga pausa—. Es decir, ¿puedes hacerlo?

Fue como pasar de un Ford Modelo T a un Lotus del noventa y tres. El Spad se movía como un sueño respondiendo al mínimo pensamiento de Deke. Durante semanas se dedicó a las galerías de juego, sin problemas. Voló contra los adolescentes locales y de uno en uno y de a tres derribó sus aviones. Se arriesgaba, jugaba rápido. Y los aviones caían...

Hasta que un día Deke se estaba guardando su dinero cuando un negro delgado se apartó de la pared. Sus ojos se centraron en la mano de Deke y sonrió. Destelló un diente de rubí.

—¿Sabes? —dijo el hombre—, he oído que hay un tipo que puede volar contra los niños.

—Jesús —dijo Deke, untando mantequilla danesa sobre un palito de algas—. He barrido el suelo con ellos. Además, eran buenos.

—Eso está bien, cariño —murmuró Nance. Trabajaba en su proyecto final, sudando datos en una máquina.

—Creo que resulta que tengo gran talento para esta mierda, ¿sabes? Es decir, el programa me da ventaja, pero tengo lo que hace falta para aprovecharlo. Me estoy ganando una buena reputación, ¿sabes? —Impulsivamente, encendió la radio. Resonó música de Scratchy Dixieland.

—Eh —dijo Nance—. ¿Te importa?

—No, es solo... —Jugó con los controles hasta dar con una basura lenta y romántica—. Vale. Venga, levántate. Vamos a bailar.

—Sabes que no puedo.

—Claro que puedes, pastelito. —Le lanzó su enorme osito de peluche y recogió un vestido de algodón del suelo. Lo sostuvo por la cintura y la manga, colocándose el cuello bajo la barbilla. Olía a pachulí, aunque un poco más dulce—. Ves, yo me quedo aquí, tú te quedas ahí. Bailamos. ¿Lo entiendes?

Parpadeando lentamente, Nance se puso en pie y agarró con fuerza al oso. Luego bailaron, despacio, mirándose a los ojos. Al cabo de un rato Nance rompió a llorar, pero aun así sonreía.

Deke soñaba despierto, imaginando que él era Tiny Montgomery conectado a su reactor. Se imaginó la máquina respondiendo a sus deseos neuronales más sutiles, los reflejos muy *acelerados*, el hype fluyendo continuamente por sus venas.

El suelo de Nance se convirtió en una jungla, su cama en una meseta entre las colinas andinas, y Deke volaba su Spad a toda velocidad, como si se tratase de una máquina de combate interactiva con conexiones completas. Hipodérmicas computerizadas le inyectaban en la sangre un flujo lento de una combinación de hype. Llevaba sensores conectados directamente al cráneo para ejecutar un giro súbito supersónico en el cuenco verdiazul del cielo sobre el bosque tropical boliviano. Tiny hubiera *sentido* el flujo de aire sobre las superficies de control.

Allá abajo, los soldados atravesaban la selva con bombas hype fijadas por encima de los codos para ofrecerle un poco de furia mortal extra en el combate, una inyección de infierno líquido empaquetado en un pequeño recipiente de plástico. Quizá solo tuviesen diez minutos de valor a la semana. Pero para descender al nivel de las copas de los árboles, con los reflejos al máximo, volando tan bajo que las tropas de tierra no te veían hasta que no estabas encima, liberar los agentes fosgenos, alejarse y desaparecer antes de que pudiesen disparar... hacía falta un flujo constante de hype. Y el interfaz directo neuronal con el reactor era una calle de dos direcciones. El ordenador de a bordo comprobaba la bioquímica y decidía cuándo abrir la compuerta y darle al componente humano un chute brutal de combate.

Dosis así te comían por dentro. Te comían de verdad, despacio y constantemente, grabando las superficies cerebrales, reduciendo las membranas de las células cerebrales. Si no te sacaban del cielo lo suficientemente rápido acababas con atenuación de las células cerebrales: con reflejos demasiado rápidos para tu cuerpo y el instinto de lucha-o-huida jodido de verdad...

—Lo he clavado, chico proleta.

—¿Eh? —Deke alzó la vista, tomado por sorpresa, cuando Nance entró y lanzó los libros y la bolsa al montón más cercano.

—Mi proyecto final... me han eximido del examen. El profesor ha dicho que no había visto nada parecido. Eh, eh, baja las luces, ¿vale?, los colores son raros.

Él lo hizo.

—Enséñamelo. Enséñame esa cosa maravillosa.

—Sí, vale. —Tomó su remoto, a patadas despejó un trozo de cama y se puso en pose. Una chispa se le encendió en la mano. Se extendió como una línea de mercurio por su brazo, alrededor del cuello y se transformó en una serpiente de cabeza triangular y lengua chispeante. De colores líquidos, naranjas y rojos. Se deslizó entre sus pechos—. La llamo serpiente de fuego —dijo orgullosa.

Deke se inclinó para acercarse, ella se echó atrás.

—Lo lamento. Es como tu llama, ¿no? Es decir, que puedo ver a esos tipos diminutos follando.

—Algo así. —La serpiente de fuego fluyó por su estómago—. El mes que viene voy a juntar doscientos programas de llamas diferentes con una justificación de unión para obtener las imágenes. Luego lo sincronizaré con la imagen corporal mental para que pueda orientarse por sí solo. Así que podrá fluir por todo tu cuerpo sin tener que

controlarlo. Podrías llevarlo mientras bailas.

—Quizá sea un tonto. Pero si todavía no lo has hecho, ¿cómo es que puedo verlo? Nance rio.

—Eso es lo mejor... la mitad del trabajo todavía no está hecho. No tuve tiempo de reunir las piezas en un solo programa. Pon la radio, ¿vale? Quiero bailar. —Se quitó los zapatos. Deke buscó algo rápido. Luego, a insistencia de Nance, bajó el volumen hasta que fue casi un susurro.

—He conseguido dos dosis de hype, ¿ves? —Saltaba en la cama, entrecruzando las manos como una bailarina balinesa—. ¿Lo has probado alguna vez? In-creíble. Te da una especie de concentración absoluta. Mira. —Se colocó *en pointe*—. Nunca lo había hecho.

—Hype —dijo Deke—. A la última persona que conocí que pillaron con esa mierda la condenaron a tres años en infantería. ¿Cómo lo has conseguido?

—Llegué a un acuerdo con una veterana que hace un posgrado. El mes pasado le fue fatal. Esa cosa me da una visualización perfecta. Puedo sostener la proyección con los ojos cerrados. No fue nada ensamblar el programa de cabeza.

—Con solo dos dosis, ¿eh?

—Una. La otra la reservo. El profesor quedó tan impresionado que va a recomendarme para una entrevista de trabajo. Dentro de dos semanas pasará por el campus un reclutador de I. G. Feuchtwaren. El tipo le va a vender mi programa y a mí, además. Vaya salir de aquí dos años antes, directamente a la industria, sin pasar por la cárcel, sin pagar doscientos dólares.

La serpiente formó una tiara llameante. A Deke le provocaba una extraña sensación la idea de que Nance saliese de su vida.

—Soy una bruja —cantó Nance—, una bruja del wetware. —Se pasó la camiseta por encima de la cabeza y la lanzó volando. Sus bonitos pechos altos se movían libres y gráciles al bailar—. ¡Voy a llegar a lo más... alto! Sus pezones eran pequeños, rosados y estaban excitados. La serpiente de fuego los lamió y se fue.

—Eh, Nance —dijo Deke incómodo—. Tranquilízate un poco, ¿vale?

—¡Lo estoy celebrando! —Se metió un pulgar en sus relucientes braguitas doradas. El fuego recorrió la mano y la entrepierna—. Soy una diosa virgen, cariño, ¡y tengo el poder! —cantaba.

Deke apartó la vista.

—Me tengo que ir —murmuró. Irse a casa y correrse. Se preguntó dónde habría escondido la segunda dosis. Podía ser en cualquier parte.

El circuito tenía un protocolo, un orden tácito de deferencia y precedencia tan elaborado como el de la corte mandarina. No importaba que Deke estuviese de racha, que su reputación se extendiese incontrolablemente. Ni siquiera un volador con nombre podía desafiar a quien quisiese. Había que ascender por la jerarquía. Pero si

volabas todas las noches, si siempre estabas dispuesto a que te desafiases y si eras bueno... bien, era posible ascender con rapidez.

Deke tenía un avión de ventaja. Era un combate de torneo, tres aviones contra tres. No había muchos espectadores, quizás una docena, pero era un buen combate y hacían ruido. Deke estaba inmerso en la tranquilidad maniaca del combate cuando se dio cuenta de que guardaban silencio. Vio a los coceadores agitarse y mirarse. Los ojos miraron a otro lado. Oyó que se cerraban las puertas del ascensor. Con frialdad, se encargó del segundo avión de su oponente para luego arriesgarse a dar un vistazo rápido por encima del hombro.

Tiny Montgomery acababa de entrar en Jackman's. La silla de ruedas susurró sobre el linóleo marrón, guiada por pequeños impulsos de una mano no del todo paralizada. La expresión era seria, neutra, tranquila.

En ese instante, Deke perdió dos aviones. Uno por falta de resolución, convertido en un borrón y cancelado por el facilitador, y el otro porque su oponente peleaba con toda el alma. El tipo dio un giro completo, reduciendo velocidad y echándose a un lado, y bombardeó el biplano de Deke, que se precipitó envuelto en llamas. Los dos últimos aviones compartían altitud y velocidad, y al girar, intentando situarse, naturalmente adoptaron un patrón circular.

Los coceadores dejaron sitio cuando Tiny acercó la silla a la mesa. Bobby Earl Cline venía tras él, larguirucho y despreocupado. Deke y su oponente intercambiaron miradas y retiraron sus máquinas de la mesa de billar para poder oír al hombre. Tiny sonrió. Tenía los rasgos pequeños apilados en el centro de un rostro blanco y pastoso. Un dedo se estremecía ligeramente sobre el brazo cromado de la silla.

—He oído hablar de ti. —Miró directamente a Deke. Su voz era baja y asombrosamente dulce, una voz de niña—. He oído que eres bueno.

Deke asintió lentamente. La sonrisa desapareció del rostro de Tiny. Sus labios suaves y carnosos formaron un mohín, como si esperasen el beso. Los pequeños ojos relucientes examinaron a Deke sin malicia.

—Entonces, veamos lo que sabes hacer.

Deke se perdió en el frío juego de la guerra. Y cuando el enemigo cayó convertido en llamas y humo, para explotar y desaparecer contra la mesa, Tiny, sin decir palabra, hizo girar la silla, la llevó al ascensor y desapareció.

Mientras Deke reunía sus ganancias, Bobby Earl se le acercó y le dijo:

—Tiny quiere jugar contigo.

—¿Sí? —Deke no estaba lo suficientemente arriba en el circuito para desafiar a Tiny—. ¿Cuál es el truco?

—El hombre que venía mañana desde Atlanta lo ha cancelado. El viejo Tiny estaba encantado de enfrentarse a alguien nuevo. Así que parece que tienes tu oportunidad con la Max.

—¿Mañana miércoles? No me da mucho tiempo para prepararme.

Bobby Earl sonrió afablemente.

—No creo que eso tenga la menor importancia.

—¿Y eso por qué, señor Cline?

—Chico, no tienes movimientos, ¿me sigues? No tienes sorpresas. Vuelas como un principiante, solo que más rápido y más eficientemente. ¿Comprendes lo que intento decir?

—No estoy seguro. ¿Quieres un poco más de acción?

—Para serte sincero —dijo Cline—, tenía esa esperanza. —Se sacó un pequeño libro de notas del bolsillo y chupó la punta de lápiz—. Te daré cinco a uno. Nadie va a ofrecerte nada mejor. —Miró a Deke casi con tristeza—. Pero Tiny es por naturaleza mucho mejor que tú y todo lo que la nena pudiese escribir, chico. Él vive para el maldito juego, no tiene absolutamente nada más. No puede salir de la puta silla. Si crees que vas a superar a un hombre que lucha por su vida, te engañas.

El retrato de Norman Rockwell del coronel miraba desapasionadamente a Deke desde el Kentucky Fried, al otro lado de la calle Richmond, mirando desde la cafetería. Deke sostenía la taza con manos frías y temblorosas. El cráneo le resonaba por el cansancio. «Cline tenía razón —le dijo al coronel—. Puedo enfrentarme a Tiny, pero no ganar». El coronel le devolvió la mirada, tranquila y firme, pero no particularmente benévola, observando la cafetería, el Best Buy y todo su reino de desechos de la calle Richmond, esperando a que Deke admitiese el terrible acto que debía cometer.

—*De todas formas*, la zorra planea dejarme —dijo Deke en voz alta, lo que hizo que la chica negra de la barra le mirase atónita para luego apartar la vista con rapidez.

—¡Ha llamado papá! —Nance entró bailando en el apartamento y cerró la puerta—. Y ¿sabes qué? Dice que si puedo conseguir trabajo y conservarlo durante seis meses, me quitará el cerrojo cerebral. ¿Puedes *creerlo*? —Vaciló—. ¿Estás bien?

Deke se puso en pie. Ahora que había llegado el momento le parecía irreal, como una película o algo así.

—¿Por qué no volviste a casa anoche? —preguntó Nance.

La piel de la cara de Deke estaba asombrosamente tensa, una máscara de pergamino.

—¿Dónde está tu alijo de hype, Nance? Lo necesito.

—Deke —dijo, esbozando una sonrisa que se desvaneció de inmediato—. Deke, eso mío. Mi dosis. La necesito. Para la entrevista.

Él sonrió desdeñoso.

—Tienes dinero. Puedes conseguir otra.

—¡No para el viernes! Escucha, Deke, es realmente importante. Toda mi vida depende de esa entrevista. Necesito la dosis. ¡Es todo lo que tengo!

—Cariño, ¡tienes el puto mundo! Mira a tu alrededor... ¡Casi dos kilos de hachís libanés! Anchoas en lata. Seguro médico ilimitado, por si te hace falta. —Ella retrocedía, tropezando con las sábanas sin lavar y las revistas arrugadas que se acumulaban al pie de la cama—. Yo nunca pude ni ver algo así. Nunca tuve lo que hace falta para avanzar. Bien, en esta ocasión lo vaya tener. Hay un combate dentro de dos horas que voy a ganar. ¿Me oyes? —Empezaba a enfurecerse y eso estaba bien. Le hacía falta para lo que tenía que hacer.

Nance alzó un brazo con la palma abierta, pero él ya estaba listo y apartó la mano sin ni siquiera llegar a ver el túnel oscuro, y menos aún los ojitos rojos. Luego los dos cayeron y él estaba encima de ella, el aliento de Nance cálido y rápido sobre el rostro de Deke.

¡Deke! ¡Deke! *Necesito* la mierda, Deke, mi entrevista es el único... Tengo... tengo. Torció la cabeza hacia la pared para apartar la cara... llorando. Por favor, Dios, por favor, no...

—¿Dónde tienes el alijo?

Atrapada contra la cama por su cuerpo, Nance empezó a convulsionarse de terror y dolor.

—¿Dónde está?

El rostro de la mujer estaba formado por carne gris, muerta, sin sangre, con el horror grabado en los ojos. Torció los labios. Ya era demasiado tarde para parar; habría cruzado el límite. Deke se sintió asqueado y repugnado, sobre todo porque hasta cierto punto, inesperado e indeseado, lo estaba *disfrutando*.

—¿Dónde está, Nance? —Lentamente, con mucha delicadeza, se puso a acariciarle la cara.

Deke llamó al ascensor de Jackman's con un dedo tan rápido y recto como un avispon que aterrizó tan delicadamente como una mariposa sobre el botón. Rebosaba energía y la tenía toda bajo control. Mientras subía se quitó las gafas y se rio de su reflejo sobre la superficie cromada manchada por los dedos. Los iris de los ojos eran puntitos casi invisibles, y aun así el mundo seguía siendo brillante como un neón.

Tiny esperaba. La boca del lisiado formó una dulce sonrisa al ver los iris de Deke, la tranquilidad exagerada de sus movimientos, el intento infructuoso de imitar la torpeza de una persona sin drogar.

—Bien —dijo con su voz infantil—, parece que voy a disfrutar.

La Max estaba colocada sobre un tubo de la silla de ruedas. Deke ocupó su puesto y se inclinó, con no demasiada ironía.

—Volemos. —Como era el aspirante, volaba a la defensiva. Materializó sus aviones a una altura conservadora, a la suficiente para descender y para estar al tanto cuando atacase Tiny. Esperó.

La multitud le avisó. Un chico gordo con el pelo cargado de brillantina dio un

salto, un reventador de ojos vacuos sonrió. Se oyeron murmullos. Los ojos se movieron a cámara lenta en cabezas congeladas para los tiempos de reacción de alguien bajo hype. Le llevó unos tres nanosegundos localizar la fuente del ataque. Deke alzó la cabeza y...

Hijo de puta, ¡estaba ciego! Los Fokkers descendían directamente desde una bombilla de doscientos vatios y Tiny le había engañado para que la mirase directamente. Quedó deslumbrado. Deke cerró con fuerza los párpados para contener las lágrimas y frenéticamente sostuvo la visualización. Dividió el vuelo, llevando dos biplanos a la derecha y uno a la izquierda. Hizo que diesen media vuelta todos a un lado, luego al otro. Tenía que esquivar al azar. No sabía dónde estaban los pájaros hostiles.

Tiny rio. Deke podía oírle a pesar de la multitud, los vítores, las maldiciones y las monedas que parecían casi independientes del curso del duelo.

Cuando un instante más tarde recuperó la visión, un Spad ardía y caía. Los Fokkers seguían a sus aviones supervivientes, uno a uno y dos al otro. Llevaban tres segundos de combate y ya había perdido un avión.

Esquivando para evitar que Tiny le siguiese, hizo un bucle con el avión perseguido por uno y dirigió el otro hacia el punto ciego situado entre la bombilla y Tiny.

Tiny tenía una expresión muy tranquila. Se tragó una ligera sombra de decepción... o quizá de desprecio. Seguía los aviones sin preocuparse, esperando a que Deke jugase.

Luego, justo antes de llegar al punto ciego, Deke impulsó su Spad, los Fokkers lo sobrepasaron y viraron a derecha e izquierda para recuperar la posición.

El Spad se situó debajo del tercer Fokker, situado en posición por el otro avión de Deke. El fuego atravesó las alas y el fuselaje carmesí. Durante un instante no pasó nada, y Deke creyó que había fallado. Luego el pequeño avión rojo viró a la izquierda, descendiendo, dejando un penacho de humo y combustible.

Tiny frunció el ceño. Unos pequeños frunces de desagrado estropeaban la perfección de su boca. Deke sonrió. Estaban igualados, y Tiny mantenía la posición.

Seguía de cerca a los dos Spads. Deke los abrió y luego los volvió a juntar desde lados opuestos de la mesa. Los llevó directamente de frente, neutralizando la ventaja de Tiny... Ninguno de los dos podía disparar sin poner en peligro sus propios aparatos. Deke puso sus aviones a toda velocidad, lanzándolos uno contra el otro.

Un instante antes de que chocasen, hizo que los aviones pasasen uno sobre el otro, abrieran fuego sobre los Fokkers y se desviarán. Tiny estaba preparado. El fuego llenó el aire. A continuación, un avión azul y otro rojo se alzaron libres en dirección opuesta. Detrás dejaban dos biplanos enredados en el aire. Las alas se tocaron, se rompieron y los aviones se partieron. Cayeron juntos, casi en picado, hasta el fieltro verde.

Diez segundos y habían caído cuatro aviones. Un veterano de raza negra apretó

los dientes y resopló. Otra persona cabeceó incrédula.

Tiny estaba sentado erguido en su silla, ligeramente inclinado hacia delante, con los ojos fijos y sin parpadear, agarrándose débilmente. Ya no tenía aquella expresión de diversión y chulería; estaba totalmente inmerso en el juego. Los coceadores, la mesa, el propio Jackman's bien podrían no haber existido. Bobby Earl Cline le puso una mano en el hombro; Tiny no se dio cuenta. Los aviones se encontraban en extremos opuestos de la sala, ganando altitud con esfuerzo. Deke llevó el suyo hacia el techo, apenas visible a través de la niebla de humo. Le dedicó a Tiny un rápido vistazo y sus ojos se encontraron. Frío contra frío.

—Veamos lo que sabes hacer —murmuró Deke entre dientes.

Juntaron los aviones.

El hype estaba al máximo y Deke veía las balas de Tiny recorriendo el espacio entre los aviones. Tuvo que poner el Spad en la línea de fuego para lograr un buen impulso y luego virarlo y ladearlo de forma que las balas del Fokker le pasasen por debajo. Tiny estaba igual de ocupado esquivando el fuego de Deke y pasando tan cerca del Spad que los trenes de aterrizaje casi se tocaron.

Deke hacía un bucle con el Spad, trazando un giro dolorosamente cerrado cuando empezaron las alucinaciones. El fieltro se arrugó y se retorció: se convirtió en el infierno verde de la selva tropical boliviana sobre la que Tiny había volado en combate. Las paredes retrocedieron hasta el infinito gris y sintió a su alrededor el espacio limitado de la carlinga de un reactor cibernético.

Pero Deke había hecho los deberes. Esperaba las alucinaciones y sabía que podía enfrentarse a ellas. Los militares jamás hubiesen tolerado una droga contra la que no se podía luchar. Spad y Fokker se cruzaron otra vez. Leía la tensión en la cara de Tiny Montgomery, los ecos del combate en las profundidades de la jungla. Juntaron los aviones, sintiendo las tensiones de giro que iban directamente de los instrumentos al cerebro, las bombas de adrenalina disparándose bajo las axilas, la fría y rápida libertad del aire fluyendo sobre el reactor y mezclándose con el olor del metal caliente y el sudor de miedo. Las balas pasaron junto a su cara y se echó atrás, viendo que el Spad volvía a pasar junto al Fokker, los dos intactos. Los coceadores se estaban poniendo como locos, agitando gorras y dando patadas, comportándose como idiotas. Deke volvió a mirar a Tiny.

La malicia surgió en su interior y, aunque todos sus nervios estuviesen tan tensos como los hilos de cristal de carbono que impedían que los reactores se desintegrasen cuando ejecutaban giros sobrehumanos sobre los Andes, fingió una sonrisa indiferente y guiñó un ojo, moviendo la cabeza ligeramente a un lado, como si dijese «mira ahí».

Tiny miró a un lado.

Fue solo una fracción de segundo, pero bastó. Deke ejecutó una Immelmann perfecta y rápida, en el límite de la tolerancia teórica, como nunca se había visto en el circuito, y se situó a la cola de Tiny.

Veamos cómo sales de esta, mamá.

Tiny llevó el avión directamente al verde y Deke le siguió. Contuvo el fuego. Tenía a Tiny justo donde le quería.

Corriendo. Como había estado en todas sus misiones de combate. Hasta arriba de adrenalina e hype, quizá, pero corriendo de miedo. Ya estaban en el fieltro, volando sobre las copas de los árboles. «Déjalo», pensó Deke, y aumentó la velocidad. De reojo veía a Bobby Earl Cline, y el tipo tenía una expresión curiosa. Una expresión de súplica. La compostura de Tiny se había esfumado; tenía el rostro retorcido y atormentado.

Tiny sintió pánico y hundió el avión entre la multitud. Los biplanos hicieron bucles y se movieron entre los coceadores. Algunos se echaron atrás involuntariamente y otros les dieron manotazos riendo. Pero había un destello de terror en los ojos de Tiny que delataba una eternidad de miedo y reclusión, dos filos cortándose interminablemente el uno al otro...

El miedo era morir en el aire, la reclusión, estar atrapado en metal; primero el metal del avión y luego el de la silla. Deke podía verlo todo en su cara: el combate había sido la única salida de Tiny y había aprovechado todas las oportunidades. Hasta que algún anónimo *nacionalista*^[10] con un misil anticuado le había sacado del cielo verdiazul de Bolivia y lanzado directamente a la calle Richmond, a Jackman's y al sonriente muchachito asesino al que se enfrentaba en aquella última ocasión al otro lado de la tela descolorida.

Deke se puso de puntillas, con la cara iluminada por aquella sonrisa de un millón de dólares que era la marca de la droga que ya había freído el cerebro de Tiny antes de que alguien se molestase en borrarlo del cielo en medio de una confusión de metal y carne quemada. En ese momento lo comprendió. Comprendió que volar era lo que sostenía a Tiny. El roce diario de la punta de los dedos con la muerte y, a continuación, salir del ataúd de metal, vivo de nuevo. Había evitado derrumbarse por pura fuerza de voluntad. Si se rompía esa voluntad la mortalidad le caería encima hasta ahogarle. Tiny se inclinaría y vomitaría sobre sus propias piernas.

Y Deke lo logró...

Se produjo un momento de silencio conmocionado mientras el último avión de Tiny se desvanecía en un destello de luz.

—Lo he logrado —susurró Deke. Luego, más alto—: ¡Hijo de puta, lo he logrado!

Al otro lado de la mesa, Tiny se retorció en la silla, agitando los brazos espasmódicamente; la cabeza le caía sobre un hombro. Detrás de él, Bobby Earl Cline miró directamente a Deke con los ojos convertidos en carbones ardientes.

El jugador recogió la Max e hizo un bulto con sus cintas. Sin previa advertencia, lanzó el paquete a la cara de Deke. Sin esfuerzo, despreocupado, Deke lo agarró en el

aire.

Luego, durante un instante, pareció como si el jugador fuese a ir por él desde el otro lado de la mesa. Un tirón de la manga le retuvo.

—Bobby Earl —susurró Tiny, la voz ahogada por la humillación—, tienes que... sacarme de aquí...

Rígido, furioso, Cline hizo girar la silla de su amigo y se lo llevó hacia la oscuridad.

Deke echó la cabeza atrás y rio. Por Dios, ¡se sentía genial! Se metió la Max en un bolsillo de la camisa, donde le pesó, fría. El dinero se lo metió en los tejanos. Tío, tenía que saltar, el triunfo lo recorría como si estuviese vivo, tan perfecto y fuerte como los flancos de un caballo en el bosque espeso que una vez había visto desde Greyhound. En aquel momento le parecía que todo había valido la pena, todo el dolor y las penalidades que había pasado para ganar al fin.

Pero Jackman's estaba en silencio. Nadie le vitoreaba. Nadie le rodeaba para felicitarle. Se tranquilizó y los rostros silenciosos y hostiles quedaron enfocados. Ninguno de aquellos coceadores estaba de su parte. Irradiaban desprecio, incluso odio. Durante un momento interminablemente largo, el aire se estremeció con la posibilidad de la violencia... y luego alguien se volvió, acumuló flema y escupió en el suelo. La multitud se dispersó, murmurando. Uno a uno, todos se perdieron en la oscuridad.

Deke no se movió. Un músculo de la pierna comenzó a temblarle, un heraldo del bajón de hype que se avecinaba. No sentía la parte superior de la cabeza y tenía un sabor desagradable en la boca. Tuvo que apoyarse unos segundos en la mesa con ambas manos para evitar caer eternamente hacia la sombra viva que tenía debajo, mientras colgaba empalado por los ojos muertos del caballo campeón de la foto que había bajo el reloj de la marca de refrescos.

Un poco de adrenalina le sacaría de aquello. Tenía que celebrarlo. Emborracharse, colocarse o hablarlo, repasando la victoria una y otra vez, contradiciéndose, inventando detalles, riendo y jactándose. Una noche estrellada como esa pedía a gritos una buena charla.

Pero allí de pie, con el vasto espacio silencioso de Jackman's a su alrededor, comprendió de pronto que no le quedaba nadie a quien poder contárselo.

Nadie en absoluto.

Valor facial

KAREN JOY FOWLER

(1986)

La ciencia ficción es solo uno de los diversos «dialectos» de los que Karen Joy Fowler se sirve para contar sus historias coloristas y sensibles sobre las relaciones humanas. Fowler empezó a escribir ciencia ficción en 1986, y al principio se centró en los relatos cortos, muchos de los cuales aparecen recopilados en *Artificial Things* (que le valió el premio John W. Campbell al mejor escritor novel), *Letters from Home* (que recoge una historia escrita en colaboración con Pat Cadigan) y *Black Glass*. Sus historias están pobladas de personajes que se topan con sus crisis emocionales y su falta de éxito personal en situaciones fantásticas. «Valor facial» yuxtapone una relación amorosa en crisis con el estudio de una inescrutable cultura alienígena. En «Lieserl», Albert Einstein recibe cartas crípticas que de forma resumida le cuentan la vida de su hija mientras él formula la teoría de la relatividad. «The Lake Was Full of Artificial Things» es una impactante reflexión sobre la guerra de Vietnam en la que una mujer, al hacer uso de medios artificiales para recuperar el recuerdo de un novio muerto en la guerra, se ve obligada a enfrentarse a su propia responsabilidad personal por el trato que le dio. Las tres novelas de Fowler son historias de época que exploran la universalidad de las relaciones sociales y personales. *Sarah Canary* es una versión memorable del tema del primer contacto: los esfuerzos por integrarse en la sociedad americana del noroeste en 1873 de un alienígena con forma de mujer humana ilustran la grave situación de otros grupos sociales excluidos por motivos de raza o sexo. Fowler también ha escrito las novelas *The Sweetheart Season* y *Sister Noon*.

Era casi como estar solo. Taki, que de una forma u otra había estado solo la mayor parte de su vida, lo reconocía y creía que podía soportarlo. ¿Qué opción tenía? El problema simplemente era que se había permitido tener la esperanza de algo diferente. Una segunda estrella, oscura y pequeña, se unió al sol, apareciendo sobre el puente de cuerda que cruzaba el río seco. Taki atravesó el puente a toda prisa para refugiarse antes de que llegaran las horas más calientes del día.

Algo destelló en el polvo, a sus pies, y se inclinó para recogerlo. Era uno de los poemas de Hesper, sin acabar, que había estado fuera toda la noche. Taki había dejado de leer la poesía de Hesper. No reflejaba nada, ni un susurro de su vida allí con él, aunque expresaba su anhelo de los lugares y las personas que había dejado atrás. De camino a casa, Taki se guardó el poema, se quedó plantado en la puerta y se

limpió todo el polvo que pudo con el cepillo rígido que colgaba de la entrada. Tecleó el código de acceso; la puerta emitió un ruidito cuando volvió a sellarse a su espalda.

Hesper le había dejado un vaso helado de zumo de fruta. Taki se lo bebió de un trago, superponiendo sus huellas dactilares polvorientas a las de ella, difuminadas sobre la condensación del vaso. La bebida era muy azucarada y le dio todavía más sed.

Las habitaciones estaban separadas por una cortina de tela, una sábana azul; una innovación de Hesper, ya que la vivienda estaba diseñada como un único espacio multifuncional. A través de la cortina Taki oyó una voz y supo que Hesper volvía a oír la carta de su madre: el clima de la Tierra, el romance de sus primas más jóvenes. La carta había llegado hacía semanas, pero Taki se aseguraba de no recordar a Hesper lo viejas que eran las noticias. Si ella decidía imaginar que la vida de su familia transcurría en la misma línea temporal, entonces esa debía ser la fantasía que precisaba. Sabía la verdad. En el tiempo que le había llevado viajar hasta allí en compañía de Taki, su madre había envejecido y había muerto. Sus primas habían disfrutado de matrimonios felices o infelices, o habían pasado la vida solas. Las cartas, que seguían llegando con cierta regularidad, eran una ilusión. Toda una vida después, Hesper las contestaría.

Taki pasó la cortina.

—Hace calor —le dijo, como si aquello fuese una noticia. Ella estaba tendida boca abajo, con las piernas dobladas, los pies cruzados en el aire. El pelo, del color de la hierba seca, le colgaba delante de la cara. Taki le miró un momento la parte posterior de la cabeza.

—Toma —dijo. Se sacó el poema del bolsillo y se lo puso en la mano—. Lo he encontrado delante de casa.

Hesper apagó la carta y se dio la vuelta para ponerse de espaldas y alejarse del poema. Tuvo cuidado de no mirar a Taki. Tenía en las mejillas manchas rojas irregulares, por lo que Taki supo que había vuelto a llorar. Darse cuenta le provocó la mezcla habitual de pena e impaciencia. Sus sentimientos por Hesper siempre venían en esas combinaciones incómodas; le cansaban.

—«Delante» —repitió Hesper, en un tono estudiado de desagrado—. ¿Y cómo determinas que una parte de este paisaje informe es «delante»?

—Por la puerta. Solo tenemos una puerta, por tanto esa es la parte delantera.

—No —dijo Hesper—. Si tuviésemos dos puertas, podría argumentarse que una es la puerta delantera y otra la trasera, pero como solo hay una se trata simplemente de la puerta. —Miraba directamente al techo—. Usas las palabras sin el menor cuidado. Palabras de otro mundo. Aquí no significan nada. —Le temblaron los párpados, tenía las pestañas oscurecidas por las lágrimas—. No es solo que a mí me moleste —dijo—, sino que además acabará afectando a tu trabajo.

—Mi trabajo es estudiar a los mene —respondió Taki—. No la creación de otra lengua.

Hesper cerró los ojos.

—La verdad es que no veo diferencia —le dijo. Se quedó tendida un momento más, sin moverse, luego abrió los ojos y miró directamente a Taki—. No quiero mantener esta conversación. No sé por qué la he empezado. Vamos a rebobinar, a empezar de nuevo. Esta vez yo haré de esposa. Entra y di «¡Cariño, estoy en casa!», y yo te preguntaré cómo te ha ido la mañana.

Taki iba a decir que esa habría sido una escena de otro mundo y que allí no significaba nada. Todavía no había conseguido estructurar la frase cuando oyó que el sello de la puerta cedía y vio la cara de Hesper endurecerse y palidecer. La mujer agarró el poema y lo deslizó bajo el pañuelo de la cintura. Antes de que pudiese ponerse en pie el primero de los mene se les unió en el dormitorio. Taki pasó por la cortina para cerrar la puerta antes de que aumentase la temperatura en el interior de la casa. La sala exterior estaba llena de polvo y las manos que intentaron alcanzarle al pasar le dejaron manchas polvorientas en la ropa y la piel.

Contó ocho mene moviéndose a su lado como enormes mariposas nocturnas, mariposas nocturnas del tamaño de niños humanos pero con alas vestigiales peludas, abdómenes en forma de reloj de arena y miembros muy delgados. Bailaban a su alrededor en los espacios abiertos, rebuscaban en los armarios, sacaban cintas de su mesa. Cuando le daban la espalda, veía puntos oscuros simétricos que pintaban sus alas con un patrón que recordaba una cara humana. Una cara muy triste, muy clara. A Taki siempre le había parecido masculina, pero Hesper no estaba de acuerdo.

El grupo que, tantos años antes, había establecido el contacto inicial bajo el liderazgo de Hans Mene había considerado, con bastante inteligencia, que los rostros eran demasiado enigmáticos para mencionarlos en el informe. En lugar de eso, habían adjuntado imágenes y dejado que hablasen por sí solas. Quizá los exploradores originales se hubiesen planteado la misma pregunta que Hesper la primera vez que Taki le mostró las imágenes. ¿El rostro estaba realmente allí? ¿O solo demostraba la capacidad humana para ver su propio rostro en cualquier cosa? Hesper tenía un poema, titulado «Dios en la cocina», que contaba la verdadera historia de una mujer que un siglo antes había encontrado la imagen de Cristo en las zonas quemadas de una tortita.

Taki le había preguntado si ellos también la veían, pero todavía no había forma de plantearle la pregunta al mene, ninguna forma de saber si su reacción al ver el primer rostro humano había sido de conmoción y reconocimiento, aunque los estudios de los ojos de los mene sugerían una percepción más precisa de la profundidad, lo que podía alterar significativamente una imagen plana.

Taki opinaba que el rostro de Hesper había cambiado desde el día, solo seis meses antes, calculados en Tiempo de Viaje, que le había dicho que le acompañaría y él había creído que era porque le amaba. Habían repasado toda la información recopilada hasta la fecha sobre los mene y entonces el rostro de Hesper había sido todo compasión.

—¿Cómo será —le preguntó— poder volar y luego perder esa capacidad? Dejarla atrás. ¿Qué efecto tendría una pérdida así en la conciencia racial de una especie?

—Sucedió hace mucho tiempo, dudo que lo consideren una pérdida —había respondido Taki—. Forma parte de las leyendas, quizá de mitos que nadie cree. Probablemente ni siquiera eso. Ni siquiera será un susurro en la memoria racial.

Hesper había pasado de él.

—Qué pena que no escriban poesía —había dicho.

Ahora que estaban reunidos con Taki en la sala exterior, no los encontraba tan románticos. Se mantuvo estoica. Los mene la rodearon, le pasaron por todo el cuerpo sus manos de dedos largos, bajo la ropa. Un mene intentó meterle un dedo en la boca, pero Hesper apretó los dientes con decisión, dejando que la barbilla se le llenase de polvo. Tenía los ojos fijos en Taki. ¿Acusadores? ¿Suplicantes? A Taki no se le daba bien leer en la mirada de los demás. Apartó la vista.

Al final los mene se aburrieron. Se fueron en grupo. Algunos se quedaron a revolver las cajas del dormitorio para luego seguir a los otros hasta que Hesper y Taki se quedaron solos. Hesper fue a lavarse todo lo bien que permitía el escaso suministro de agua; Taki limpió el polvo. Antes de que terminara, Hesper volvió, mostrándole sin decir palabra un joyero vacío. Las joyas pertenecían todas a su madre.

—Las recuperaré cuando refresque —le dijo Taki.

—Gracias.

Los mene siempre se llevaban las cosas de Hesper. Cuanto más asco le daban palpándola, rebuscando entre sus cosas, sin que tuviera modo de cerrar la puerta a los astutos dedos mene ni aunque Taki hubiese aceptado dejarlos fuera, cosa que no había hecho, más fascinante parecían encontrarla. La tocaban dos veces más de lo que tocaban a Taki y con mayor insistencia. Se llevaban sus joyas, sus poemas, sus cartas y todo lo que más valoraba, y Taki creía, aunque realmente era demasiado pronto para determinarlo, que los mene leían algo en los objetos. Los primeros exploradores habían llegado a la conclusión de que la comunicación mene era completamente telepática y, si eso era cierto, entonces la suposición de Taki no era tan descabellada. Estaba claro que los mene no valoraban los objetos en sí mismos. Taki siempre los encontraba tirados en el polvo junto al puente de cuerda.

El hecho de que todo podía recuperarse con facilidad no mitigaba en absoluto la sensación de invasión de la intimidad de Hesper. Se preparó una bebida, revolviendo con la pajita de metal que sobresalía de la tapa a prueba de polvo.

—No deberías permitirlo —dijo al fin, y Taki supo por el tiempo de silencio que Hesper había intentado no empezar aquella conversación tan familiar. Le agradecía el esfuerzo, tanto como le disgustaba que hubiese fracasado.

—Forma parte de mi trabajo —le recordó—. Tenemos que ser accesibles. Yo los estudio. Ellos nos estudian. No hay forma de diferenciar ambas actividades y desde luego no hay forma de establecer la comunicación a menos que sea simultáneamente.

—Estás permitiendo que nos estudien, pero les das una imagen falsa. Los induces

a creer que los humanos se entrometen así en la vida privada de los demás. ¿Se te ha ocurrido pensar que ellos podrían estar haciendo comedia también? Si así fuese, ¿qué podríamos aprender los unos de los otros?

Taki respiró hondo.

—La necesidad de intimidad podría no ser tan intrínsecamente humana como crees. Podría nombrarte muchas sociedades que tenían más bien poca. En cuanto a cualquier simulación deliberada por su parte... bien, ¿no es esa precisamente la razón para enviar un equipo de estudio? ¿No habría avanzado más si trabajase con etólogos, fisiólogos, lingüistas? Pero el riesgo de contaminación se incrementa exponencialmente con cada humano adicional. Nuestra presencia sería demasiado grande. Claro está, seré muy cuidadoso. Estoy lejos de encontrarme en la fase de mi estudio en la que podré empezar a sacar conclusiones. Cuando los visito...

—Reforzando la idea de que esas visitas son un comportamiento humano normal... —Hesper miraba a Taki con frialdad.

—Cuando les visito soy mucho más circunspecto —concluyó Taki—. Realizo el estudio todo lo discretamente que puedo.

—¿Y qué crees estar estudiando? —preguntó Hesper. Cerró los labios con fuerza alrededor de la pajita y bebió. Taki la miró firmemente y con exasperación.

—¿Es una pregunta con trampa? —preguntó—. Creo estar estudiando a los mene. ¿Qué crees que estoy estudiando?

—Lo que estudian siempre los humanos —dijo Hesper—. A los humanos.

Nunca se veía a un mene solo. Jamás. Nunca salía uno solo a contemplar la puesta de sol ni jamás uno solo recogía la comida y se metía en un agujero solitario para comer sin compartirla. Todo lo hacían en grupo y, aunque Taki llevaba semanas observándolos y podía distinguir a los individuos y había elaborado una tabla con los agrupamientos que había visto, los intentos de delimitar familias, grupos de amigos o castas todavía no daban resultados.

Sus intentos de comunicación eran igualmente desalentadores. Había procurado comunicarse verbalmente, aunque no esperase respuesta; podían oír, pero no tenía ni idea de cómo procesaban la información auditiva. Probó con palmadas y gestos, señales manuales simples para los nombres de objetos comunes. No le daba la impresión de que se diesen cuenta de sus esfuerzos. Parecían muy poco concentrados cuando trataba con ellos, agitándose por aquí, agitándose por allá. El cociente psi de Taki nunca había sido destacable, pero también probó aquel método. Intentaba enviar una orden simple. Agarraba la mano de un mene y se la llevaba a la mejilla, intentando formar en su mente una imagen que se correspondiese con esa acción. Cuando soltaba la mano, los pegajosos dedos mene lo retenían un momento o se apartaban de inmediato para enredarse en su pelo o tocarle los dientes. Los dientes mene eran finos y puntiagudos como cables. Taki solo se los veía cuando comían. El resto del tiempo estaban ocultos en pliegues de piel que también les ocultaban casi por completo los ojos. Taki creía que los pliegues de piel les protegían la boca y los

ojos del polvo. A Taki las caras de los mene le resultaban menos expresivas que sus espaldas. De frente parecían tener pétalos y estar ciegos como flores. Cuando quería distinguir un mene de otro, Taki miraba las alas.

Hesper le había advertido que allí no habría arte y él le había preguntado cómo podía estar tan segura.

—Porque su sistema de comunicación es perfecto —dijo—. De un cerebro a otro sin pérdida de sentido, sin necesidad de abstracciones. El arte surge de la incapacidad de comunicarse. El arte es el símbolo imperfecto, ¿no? —Pero Taki, observando cómo los mene sacaban agua de sus depósitos subterráneos, se preguntaba dónde había que trazar la línea divisoria entre herramientas y objetos artísticos. Los contenedores de agua se curvaban en el centro siguiendo la forma del abdomen de los mene. Y no parecía haber ninguna razón funcional para que así fuese.

Taki siguió a los mene al subsuelo, bajando por escalones bajos, toscamente labrados, para penetrar en la oscuridad. Los mene eran ligeramente luminiscentes cuando no había ninguna otra luz; dependiendo del momento y las estaciones algunos lo eran espectacularmente y Taki suponía que se trataba de algún mecanismo sexual. Incluso con los mene más oscuros Taki podía ver bastante bien.

Recorrió un largo túnel de techo bajo que le obligaba a agacharse. Al otro extremo oía el agua, no el agua en sí, sino una característica especial del silencio que le indicaba que había agua cerca; Estaba claro que el lago era artificial, acumulado durante la temporada de lluvias que ningún humano había visto todavía. El túnel se estrechaba de pronto. Taki podría haber seguido avanzando, pero de pronto sintió claustrofobia y retrocedió. ¿Qué pensarían los mene, pensó, del hecho de que fuese hasta allí sin Hesper? ¿Se daban cuenta? ¿Les indicaba algo sobre los humanos que serían capaces de comprender?

—Su vida es perfecta —dijo Hesper—. Excepto por esas alas inútiles. Si son capaces de hablar con nosotros será por esas alas.

Claro está, Hesper era poeta. En lo que a ella se refería, todo en el mundo era lenguaje.

Cuando Taki había conocido a Hesper en una fiesta que daba un colega, le había preguntado a qué se dedicaba.

—Doy nombre a las cosas —le había dicho Hesper—. Intento encontrar el nombre correcto para las cosas. —Desde la distancia le parecía una gilipollez. No podía recordar por qué le había impresionado tanto aquella falsedad deliberada cuando un simple «escribo poesía» hubiese sido claro y fácilmente comprensible. Opinaba lo mismo de su poesía: excesivamente oscura, ligeramente evocativa pero que dejaba al lector con la sensación de que no lo había logrado, de que había sido una prueba y no la había superado. Era una poesía desconsiderada, y en su momento Taki se había esforzado por leerla.

—¿Tengo razón? —le preguntaba ansiosamente a Hesper cuando terminaba de leer—. ¿Eso es lo que dices?

—Pero ella siempre respondía que el poema hablaba por sí mismo.

—Una vez que está en la hoja he perdido el control. Entonces es el lector el que decide lo que dice y qué efecto produce. —Los ojos de Hesper eran grises, de iris tan grandes y profundos con sus anillos negros que Taki se mareaba—. Tú siempre tienes razón. Por definición. Incluso si no está ni remotamente cerca de lo que yo pretendía.

Lo que Taki realmente deseaba era encontrarse a sí mismo en los poemas de Hesper. Los leía buscando ansiosamente algún símbolo de sí mismo, alguna pista sobre su impacto en la vida de Hesper. Pero él nunca estaba.

Iba contra el procedimiento enviar a alguien solo. Había argumentos a favor y en contra, claro está, pero al final el aislamiento de un único profesional se consideraba demasiado cruel. Para proyectos cortos, había ventajas en enviar a un trío, pero durante estudios más prolongados, la dinámica de grupo de un trío a menudo se volvía difícil. Dos se consideraba lo ideal y Taki sabía que Rawji y Heyen habían solicitado aquel puesto, un equipo de marido y esposa cuyos dos miembros tenían la formación adecuada para el estudio. Sin embargo, nunca había dejado de sorprenderle que se lo hubiesen ofrecido. Jamás le habrían tenido en cuenta si Hesper no hubiese convencido a los miembros del comité de que estaba más que dispuesta a acompañarle, pero debió de hacer mucho más. Debió de impresionarles de tal forma que habían decidido que un xenólogo y una poeta eran mejores que dos xenólogos. El comité comentó algo sobre «contaminación» entre dos profesionales de la misma especialidad, pero a Taki el argumento no acababa de convencerle.

—¿Qué les has dicho? —le había preguntado después de la entrevista.

Ella se había encogido de hombros.

—Ya sabes —le dijo—. Palabras.

Durante su propia entrevista, Taki había ocultado detalles al comité. Detalles sobre Hesper. Sus cambios de humor, el profundo apego por su madre, su inseguro aprecio por él. Incluso entonces tendría que haber sabido que no saldría bien, pero durante unos días caminó con la expresión conmovida de un hombre al que se lo han concedido todo. ¿Alguien podía echarle en cara que hubiese aceptado? ¿Alguien podía echarle en cara que creyese en la inesperada buena voluntad de Hesper al acompañarle? Para Taki todo resultaba una especie de ecuación. Si Hesper estaba dispuesta a dejarlo todo e ir con Taki entonces Hesper amaba a Taki. Un compromiso matrimonial normal se revisaba cada cinco años; aquello era mucho más importante. Ninguna otra explicación tenía sentido.

La ecuación seguía provocando cierta sensación inevitable en Taki.

Si Hesper estaba dispuesta a ir con él entonces le amaba. Por lo tanto, en algún momento, Taki había hecho algo que le había hecho perder el amor de Hesper. Si podía descubrir qué, quizá lograrse que le volviese a amar.

—¿Me amas? —le había preguntado a Hesper solo en una ocasión; había sido demasiado orgulloso para expresar esa súplica apenas disfrazada.

—Amor es una palabra tan difícil... —le había respondido ella, pero su voz

estaba cargada de una emotividad poco habitual y a Taki no le hizo tanto daño como hubiese esperado.

La estrella diurna volvía a aparecer cuando Taki regresó a casa. Hesper había preparado la comida, lo que daba a entender que aquel día lo estaba llevando más o menos bien. Era una especie de pudín preparado con frutas locales que podían tolerar. Hesper llamó «boxty» al pudín. Aparentemente se trataba de una broma suya. Taki agradecía la comida y la broma, aunque no la entendiese. Intentó mantener una conversación ligera, contándole a Hesper lo de los contenedores mene para el agua. Taki partía de la postura de que, cuando la forma de un objeto práctico se desvía de la estrictamente utilitaria, entonces es arte. Hesper rio. Repasó una lista de artefactos humanos y le hizo clasificarlos.

—Un clip —dijo.

—No ha cambiado de forma en siglos —le dijo él—. No es arte.

—Un imperdible.

Taki vaciló. ¿Hasta qué punto era esencial la vuelta en un extremo de la aguja?

—No es arte.

—Un cepillo.

—¿De cerdas naturales?

—Con mango de madera.

—Arte. Claramente.

Le sonrió.

—Confundes ornamentación con arte. Pero ¿por qué no? Es una definición tan buena como cualquier otra —le dijo—. Cómete el boxty.

Pasaron toda la tarde solos. Taki transcribió al archivo las notas de la mañana y repasó las cintas. Hesper grabó una carta cuyo destinatario jamás la oiría y cantó en voz baja para sí.

Esa noche él la buscó, pasándole la mano por la curva de la cintura. Hesper se envaró un poco pero respondió colocándole la mano en la cara. Élla besó y la boca de Hesper no se movió. Los movimientos de Taki se volvieron menos cariñosos. Tal vez de pasión; tal vez de furia. Ella le dijo que parase, pero él no lo hizo. No podía. No lo haría.

—Para —repitió ella y él oyó que lloraba—. Están aquí. Por favor, para. Nos observan.

—Nos estudian —dijo Taki.

—Que lo hagan. —Pero se apartó y la soltó. Estaban solos en la habitación. Hubiese sido fácil ver a un mene en la oscuridad.

—Hesper —dijo—, aquí no hay nadie.

Ella estaba tendida, rígida, en su lado de la cama. Taki vio los bultitos de sus vértebras desaparecer en su nuca y tuvo la repentina sensación de que podía verlo todo de ella, cómo estaba hecha, cómo estaba montada. Su furia remitió.

—Lo lamento —le dijo Hesper, pero no la creyó. Aun así, él se durmió antes que

ella. A la mañana siguiente se preparó su propio desayuno sin dejarle nada. Se fue antes de que ella se levantase.

Los mene recogían comida, cáscaras secas lo suficientemente gruesas para proteger la fruta líquida durante las estación seca de las dos estrellas. Punzaban las cáscaras con sus dientes afilados como agujas. Varios de ellos se reunieron a su alrededor, saludándole con sus dedos, comprobando sus bolsillos, cogiendo la grabadora y pasándosela hasta que uno la dejó caer en el polvo. Cuando volvieron al trabajo, Taki la recuperó y la limpió lo mejor que pudo. Se sentó para observarlos, registrando todo lo que veía. Se tocaban muy a menudo y se preguntó qué significaba cada toque ¿Afecto? ¿Comunicación? ¿Una cadena de mando?

Más tarde volvió al subsuelo por otro túnel, buscando uno que no se estrechase hasta impedirle el paso pero que lo llevara junto al mismo lago con el mismo acceso estrecho por delante. En esta ocasión avanzó más, hasta que el paso fue demasiado estrecho para sus hombros. Delante podía veía luminiscencia; captó el olor mohoso de los mene y distinguió un sonido casi imperceptible, una especie de movimiento, como el roce de la hierba. Se agachó y abrió bien los ojos esforzándose por ver algo a la débil luz. Era como mirar por el lado equivocado de unos binoculares. El túnel se estrechó y se estrechó. Más allá debían de estar los hogares de los mene y él jamás podría llegar hasta ellos. Lo comparó con el acceso fácil que ellos tenían a su hogar. Al final le pareció ver algo que se movía, pero no estuvo seguro. Un roce ligero en la base del cuello y otro en la rodilla lo pillaron por sorpresa. Se volvió para ver un grupo de mene en el túnel, tras él. Se sintió atrapado y con mucho cuidado se obligó a apartarse y dejarlos pasar. El patrón oscuro de sus alas destacaba contra los cuerpos luminiscentes. Los rostros humanos se fueron haciendo cada vez más pequeños hasta desaparecer.

—Déjame en paz —le dijo Hesper. Pilló a Taki totalmente por sorpresa. Se había limitado a entrar en el dormitorio; ni siquiera había hablado—. Déjame en paz.

Taki no vio ninguna indicación de que Hesper se hubiese levantado. Estaba tendida contra la almohada y la mejilla seguía marcada por los pliegues de las sábanas. No había llorado. En su rostro se manifestaba algo peor, algo que daba miedo a Taki.

—¿Hesper? —preguntó—. ¿Hesper? ¿Has comido? Deja que te traiga algo de comer.

A Hesper le llevó un momento contestar. Cuando lo hizo volvía a parecer normal.

—Gracias —dijo—. Tengo hambre. —Fue con él a la sala, envuelta en la manta, con el pelo revuelto alrededor de la cara. Se sirvió una bebida, se le cayó una vez el vaso vacío, se agachó para recogerlo. Taki tuvo la extraña impresión de que el vaso había caído lentamente. A su llegada la fuerza gravitatoria era reducida, perceptiblemente más débil que en la Tierra. Sin notarlo del todo, él lo había

registrado como una especie de ligereza. Pero Hesper se había quejado de dislocación, de desconexión. Taki preparó un desayuno frío que Hesper se comió despacio, mirándose las manos como si le fascinasen. Taki apartó la vista.

—Tenedor —dijo ella.

Él la miró. Hesper le sonreía.

—¿Qué?

—Tenedor.

Lo comprendió.

—No es arte.

—¿Con cuatro dientes?

No respondió.

—Con rosas talladas en el mango.

—Bien, entonces es arte. Por el mango. No por los dientes.

—Estaba muy aliviado.

Los mene entraron cuando él le hablaba de los túneles. Pusieron sus dedos polvorientos en la comida, disgregándola. Hesper dejó el tenedor y apartó el plato. Cuando intentaron tocarla también apartó sus cuerpos. Volvieron a acercarse. Hesper los empujó con más fuerza.

—Hesper —dijo Taki.

—Solo quiero que me dejen en paz. Nunca me dejan en paz. —Hesper se puso en pie, alzándose sobre los mene.

La manta cayó al suelo.

—Volamos hasta aquí —les dijo Hesper a los mene—. ¿Visteis la nave? ¿No visteis la cápsula? ¿No os interesa volar? —gritó y agitó los brazos hasta que los dejó quietos a los lados, en horizontal. Los mene intentaron tocarla de nuevo y ella usó los brazos para protegerse los pechos apartándolos repetidamente, cada vez con más fuerza, hasta que se cansaron de aproximársele, fueron al dormitorio y reaparecieron con sus poemas en las manos. La puerta se selló cuando salieron.

—Los recuperaré —le prometió Taki, pero Hesper le dijo que no se molestase.

—Hace semanas que no escribo —dijo—. Por si no te has dado cuenta. Desde que llegamos aquí no he terminado un poema. Lo he perdido. Junto con todo lo demás. —Se pasó la mano por el pelo frenéticamente—. No importa —añadió—. ¿Mis poemas? No son arte.

—¿Eres la persona más adecuada para emitir ese juicio? —preguntó Taki.

—No seas paternalista. —Hesper volvió a la mesa, volvió al mirar el plato que contenía su desayuno sin terminar, cubierto de polvo—. Mis facultades críticas siguen intactas. Es la poesía la que ha desaparecido. —Recogió el plato para limpiarlo y tiró la comida—. Nunca he sido muy buena —dijo—. ¿Por qué crees que vine aquí? No tenía poesía propia así que pensé que escribiría la de los mene. Vine a un mundo sin palabras. Tenía la esperanza de que me aclararía. Sabía que era arriesgado. —Movía las manos con rapidez—. Quiero que sepas que no te echo la

culpa.

—Ven y siéntate un momento, Hesper dijo Taki, pero ella se negó. Se miró el cuerpo y se pasó las manos por él.

—Sienten pena de nosotros. ¿Lo sabías? Sienten pena por nuestros cuerpos.

—¿Cómo lo *sabes*? —preguntó Taki.

—Por pura lógica. Nosotros poseemos un cuerpo completamente funcional.

No tenemos alas inútiles. No es arte. —Hesper recogió la manta y se marchó al dormitorio. Se detuvo un momento frente a la cortina de tela—. Pero adoran nuestra soledad. Se han llevado toda la mía. Ahora nunca me dejan sola. —De pronto levantó el brazo derecho. Hizo que la cortina se agitase—. Vete —dijo, metiéndose tras la sábana.

Taki la siguió. Estaba muy asustado.

—Aquí no hay nadie excepto nosotros, Hesper —le dijo. Intentó rodearla con los brazos pero ella le rechazó y empezó a vestirse.

—No me toques continuamente —dijo. Él se hundió en la cama y la miró. Ella se sentó en el suelo para abrocharse las botas.

—¿Vas a salir, Hesper? —preguntó él. Ella rio.

—Hesper está fuera. Hesper está fuera de lugar, fuera del tiempo, se ha quedado sin suerte y ha perdido la cabeza. Hesper se ha desvanecido por completo. A Hesper la han obligado a rendirse y la han ocupado —contestó.

Taki apretó los puños con fuerza.

—Por favor, no me hagas esto, Hesper —le rogó—. Es muy injusto. ¿Cuándo te he pedido tanto? Acepté lo que me ofrecías; nunca tomé nada más. Por favor, no hagas esto.

Hesper había encontrado el cepillo y se lo pasaba por el pelo. Él se levantó, se le acercó y la agarró del brazo, intentando que se diese la vuelta.

—¡Por favor, Hesper!

Ella se soltó sin dar la impresión de que realmente hubiese notado la mano. Siguió cepillándose. Cuando se volvió su rostro era familiar pero, en cierto modo, no era el rostro de Hesper. Era un rostro que le sobresaltó.

—Hesper se ha ido —dijo el rostro—. La tenemos. Tú la has perdido. Estamos listos para hablar contigo. A pesar de que tú, jamás, nunca jamás, lo comprenderás. —Tendió la mano para tocar a Taki, pegando la palma contra su mejilla y dejándola allí.

Vasijas

J. CHERRYH

(1985)

J. Cherryh es la creadora de la larga serie de historias futuristas sobre la Unión y la Alianza, que describe un intrincado juego de comercio intergaláctico y política miles de años en el futuro. La serie incluye, entre otras, las novelas ganadoras del Premio Hugo *Estación Downbelow* y *Cyteen*, destacable por su estudio de la naturaleza humana a través de la creación de clones con recuerdos programados. Alabada por sus imaginativas extrapolaciones de las ciencias clínicas y sociales, y por su hábil mezcla de tecnología e interés humano, la serie abarca varias famosas subseries, una de ellas su Trilogía del Sol Moribundo (*Kesrith*, *Shon'jir*, *Kutath*). Su ciclo de Chanur (*El orgullo de Chanur*, *La aventura de Chanur*, *La venganza de Chanur*, *El regreso de Chanur*, *El legado de Chanur*), que también forma parte de la serie, trata acerca de una especie de criaturas leoninas inteligentes y destaca por su punto de vista alienígena y la esclarecedora perspectiva de la especie humana vista desde fuera. Gran parte de la ficción de Cherryh se ocupa de la influencia del entorno (familia, política, cultura) en los valores y la ideología de los individuos. En *Cuckoo's Egg* construye una versión del tema de Tarzán, imaginando a un niño humano educado hasta la madurez por una especie de felinos inteligentes. En *Heavy Time* compara la personalidad de sus dos protagonistas, uno educado en un cálido entorno humano y otro cuyo desarrollo social se ha visto atrofiado por una educación deformada por manipuladores intereses corporativos. Su reciente cuarteto de novelas, formado por *Foreigner*, *Invader*, *Inheritor* y *Precursor*, ha sido alabado por su sensibilidad: describe las diferencias culturales y raciales que una colonia humana debe superar para forjar una alianza con los alienígenas que habitan el planeta. *The Gene Wars* es una mezcla de fantasía épica y ciencia ficción ambientada en un futuro en el que la nanotecnología es usada como arma. Cherryh también es autora de la serie de fantasía heroica de Morgaine, en cuatro volúmenes, y de la épica trilogía de espada y brujería de Galisien, que incluye *Fortress in the Eye of Times*, *Fortress of Eagles* y *Fortress of Owls*. Es la creadora de la colección *Noches de Merovingen* y, en colaboración con otros, de la antología en varios volúmenes *Heroes in Hell*.

El descenso de la lanzadera a la superficie ventosa fue un viaje sumamente desagradable. Con el traje, entorpecido por el soporte vital, Desan salió del andén y

anadeó hacia el mundo, rechazando la atención solícita de los pequeños robots de servicio de aspecto arácnido:

E —Ciudadano, por aquí, por aquí, ciudadano, tenga cuidado... Mire donde pisa; desgarrarse el traje es peligroso.

Servidores de bajo nivel. Desan los detestaba. El jefe de operaciones le había enviado las criaturas en un transporte IA de ocho ruedas, que había decidido aparcarse a unos buenos quinientos pasos de distancia de la zona de aterrizaje de la lanzadera, lo que lo obligaba a dar un paseo incómodo por la polvorienta llanura metido en el crujiente y pesado oxitraje. Desan se volvió, echó una ojeada melancólica a la lanzadera posada sobre su tren de aterrizaje, una cuña plateada de morro inclinado bajo el cielo gris plomo que descansaba en un paisaje de ocre y óxido. Se estremeció, dejó el equipaje a los irritantes cuidados de los robots de servicio y anadeó despacio hacia el transporte IA.

—Buenos días —dijo el vehículo, insípidamente, abriendo una puerta—. Mi compartimiento de pasajeros no tiene atmósfera respirable: ¿comprende, lord Desan?

—Sí, sí. —Desan entró y se acomodó en el asiento delantero, con un pequeño rebote de los amortiguadores del transporte. Los robots revolotearon alrededor con indecisión de insecto, colocando delicadamente su equipaje, ajustándolo una y otra vez hasta que estuvo tal como indicaba su prefabricado interno, su noción robótica de cómo debía ejecutarse el trabajo. Irritante. La típica eficiencia robótica. Desan palmeó el asiento sensible a la presión.

—Vamos, movámonos, ¿de acuerdo?

El IA habló con sus torpes primos, un gáñido que los dispersó de inmediato.

—Cuidado con la puerta, ciudadano. —La puerta descendió y se aseguró. El IA puso en funcionamiento su ruidoso motor—. ¿Quiere oscurecer las ventanas, ciudadano?

—No, quiero ver este lugar.

—Será un placer, lord Desan.

Sin duda para el IA lo era.

La estación estaba situada a bastante distancia, al otro lado de la llanura. Un polvo cada vez más fino se levantaba y cubría el parabrisas trasero, un polvo suave, suelto; de vez en cuando un bache creado por el viento hacía brincar el transporte...

—Perdóneme, ciudadano. ¿Está cómodo?

—Mucho, mucho, eres muy hábil.

—Gracias, ciudadano.

Y por fin —¡por fin!— apareció un relieve en el llano paisaje, leves indicios de colinas y una anomalía montañosa, una larga y enorme barra que empezaba como una neblina y se hacía sólida; se convertía en una suave regularidad detrás de los leves pliegues marrones de colinas apenas dignas de tal nombre.

Montaña. Parecía una formación sedimentaria o volcánica en la distancia, un testarudo y extraño saliente en aquella yerma planicie donde todo lo demás había declinado a la entropía; absoluta, lisa, llana. Pero cuando el IA pasó junto a ella, resultó que la montaña tenía grietas y juntas, los rasgos de algo *manufacturado*. A pesar de que sabía de antemano lo que era, conduciendo a la vista de las juntas, aquel trabajo de manos Antiguas... heló el alma viajera de Desan. La estación en sí apareció recortada contra las erosionadas colinas, una colección de cúpulas de llamativo verde en el mundo marrón y muerto. Pero Desan ya había visto cúpulas así. Con el IA como único testigo, Desan se volvió en su asiento, apretó la burbuja flexible del casco contra la ventana de doble cierre y miró y remiró las piedras hasta que quedaron atrás y el polvo las ocultó.

—Vea, lord —dijo el IA, siempre alegre—. Ya casi estamos en la estación; una subidita nada más. Lo hago muy suavemente.

Flexión e inclinación; desvío y giro. Las cúpulas se acercaron por el parabrisas delantero y el motor gimió.

—He disfrutado mucho sirviéndole.

—Gracias —murmuró Desan previendo otra caminata, el ascenso por la pasarela de plástico hasta la escotilla, y ningún comité de bienvenida.

Más robots de servicio, correteando hacia ellos mientras el transporte se detenía y se asentaba con un gemido neumático.

—Gracias, lord Desan, cuidado con el casco, compruebe las conexiones de su sistema de apoyo vital, mire dónde pisa, por favor. El polvo es resbaladizo...

—Gracias. —Con un IA no había alternativa.

—Gracias *a usted*, mi señor. —La puerta se alzó; Desan salió con dificultades al suelo polvoriento, protegiendo su oxitraje y jadeando por su desacostumbrado peso en aquella gravedad. Los robots de servicio recogieron su equipaje mientras Desan avanzaba anadeando testarudamente, subiendo por la pasarela de plástico hacia las cúpulas verde lima. Plástico. Plástico que no podía siquiera tener su origen en esa desolación, sino que provenía de la biomasa extra de sus naves. Allí todo estaba muerto, atterradoramente vacío, incluso la señal que le guio hasta el lecho del lago era robótica, al igual que el anuncio de que un transporte iría a recogerle.

La puerta de la escotilla se abrió y apareció personal vivo: por fin, tres personas de carne y hueso que caminaron hacia él para darle el recibimiento adecuado. Pero más allá de la montaña de piedra, más allá de las chillonas estructuras verdes y de toda la parafernalia robótica de investigación que producía todos los informes... Desan seguía sintiendo la desolación del lugar. Avanzó, tocó las manos enguantadas que le ofrecían, recibió los esperados saludos y caminó por el pasillo de plástico hacia la escotilla abierta. Su médula rehusaba entrar en calor. El lugar se negaba a definirse del todo, como un mal sueño con elementos familiares horriblemente distorsionados.

Habían pasado cien años de viaje desde que había visto aquel mundo por última vez y entonces fue solo desde la órbita, recibiendo informes de tercera mano. Cien

años de trabajo en aquel planeta precedían aquel corto trayecto desde el puerto hasta el centro de investigación, bajo el cielo amenazador, en ese lugar situado junto a una montaña que una vez fue la presa de un lago que ya no existía.

Estaban los hallazgos de la luna, por supuesto. Algunos artefactos.

Una tela con símbolos. Primitivo, inconcebiblemente primitivo. Los primeros heraldos de los descubrimientos en aquel mundo marrón óxido, descarnado.

Acompañó al comité de bienvenida hasta la escotilla de la cúpula principal, esperó durante el ciclo y respiró con alivio cuando las luces indicadoras pasaron del blanco al naranja y la puerta interna les permitió el acceso. Avanzó, se quitó el casco y respiró una honda bocanada de aire con un inesperado y desagradable olor. El patio de la cúpula principal era sencillo y funcional; paredes de plástico, conductos visibles. Algunas plantas luchaban por sobrevivir en un macetero, en el centro. Enfrente un pilar negro con el emblema habitual: una placa con dos figuras alienígenas desnudas, el diagrama de un sistema estelar reproducido hasta el más mínimo detalle, con sus cicatrices y cráteres. En algunos sitios sería corriente, anodino.

Pertenecía a ese lugar, *pertenecía* a ese lugar y allí nunca sería anodino aquel mensaje de los Antiguos.

—Lord Desan —dijo una voz femenina, y él se volvió, torpe dentro del traje.

Era la doctora Gothon en persona, una inconfundible anciana con el uniforme azul de una científica. El infrecuente honor le apabulló y borró toda la falta de hospitalidad habida hasta el momento. Ella le tendió la mano. Sobresaltado, él hizo lo mismo, recordó que llevaba guantes y apartó apresuradamente la mano para quitárselos. El gesto de ella fue elegante y él se sintió como un tonto fuera de su elemento, con su mano tocando, no, firmemente asida a la mano vieja y encallecida de aquel legendario intelecto. Suavizada por la edad y enérgica al mismo tiempo. Vejez y vigor. Le fallaron las palabras y se sintió desbordado recordando su propósito.

—Pase, deje que le libren de ese traje, lord Desan. Querrá descansar tras su viaje, una siesta, una taza de té quizá. Los robots llevarán su equipaje a su habitación. Los alojamientos aquí no son lujosos, pero creo que los encontrará cómodos.

Más y más cortesía. Uno podía perder todo sentido de la orientación en aquel lugar, dejarse desarmar por la amabilidad, por la simpatía, por la vergüenza a resistirse.

—Quiero ver lo que he venido a ver, doctora. —Desan desabrochó más cierres, se libró del traje y se alisó el mono. ¿Había sido demasiado brusco, imperdonablemente impaciente?—. No creo que *pueda* descansar, doctora Gothon. Descansé a bordo de la lanzadera. Me gustaría al menos visitar este lugar, si alguien de su personal tuviera la amabilidad de mostrármelo...

—Por supuesto, por supuesto. Esperaba esa petición; venga, por favor, permita que sea su guía. Le explicaré tanto como pueda. Quizá pueda convencerle mientras

caminamos.

Quedó anonadado desde el principio; había esperado a algún oficial de alto rango, probablemente el director de operaciones, no a Gothon. Caminó un poco por detrás de la doctora, de la presencia encorvada que pasaba entre los estudiantes y el personal como una bendición... *He visto a la Doctora*, solían decir los jóvenes en un susurro, en la nave, cuando Gothon paseaba con aire ausente por un pasillo en sus poco frecuentes intervalos de vigilia. *He visto a la Doctora*.

Por el tono de voz parecía que hubiesen visto una epifanía.

No la despertaban casi nunca, porque investigadores de menor rango bastaban para la mayoría de los mundos, mientras que él era el quinto lord-navegante, el cuarto nacido durante el viaje, una insignificancia en el tiempo dilatado, cincuenta y dos años de vida de vigilia y apenas dos mil años de viaje frente a... eones de la vida durmiente de Gothon.

A Desan le dolía hasta la médula la elegancia de aquella encorvada estudiosa de piel moteada, de aquel sabueso que descifraba pacientemente el mayor misterio del universo. Le invadió la piedad. Él había sufrido, pero no como Gothon lo había hecho en la quietud interior que dedicaba a pensamientos que la tripulación de la nave tenía órdenes estrictas de no perturbar.

Los estudiantes se apresuraban a abrirles las puertas, se apretaban contra las paredes y permitían que se adentraran más y más en el laberinto de cúpulas. Pasaba junto a manos que le rozaban las mangas, dando la bienvenida al actual lord-navegante; respondió con tanta atención como pudo dedicar a la cortesía en su desazón. Su corazón se esforzaba, poco acostumbrado a la gravedad, su nariz recogía no solo los efluvios de los plásticos de la cúpula, los recicladores y tantos cuerpos viviendo juntos; también un olor amargo, duro, como a electricidad o a polvo seco. Imaginó alguna filtración tóxica de la atmósfera al interior de la cúpula: un pensamiento desasosegante. Los peligros de aquel lugar se le hicieron patentes, y deseó haberse ido ya.

Gothon había aguantado allí mientras él viajaba, siete años más de la vida que le quedaba a Gothon; la habían despertado cuatro veces y esa era la cuarta. Había permanecido continuamente activa desde hacía cinco años, su mayor periodo de vigilia hasta el momento. Había encontrado datos que finalmente merecían consumir su vida, y la quemaba sin escatimar. Ella creía. Creía lo bastante como para morir por ello.

Desan se estremeció de pies a cabeza y siguió a Gothon a través de una puerta hermética hacia otra cúpula: se le encogió el estómago; había estanterías a cada lado llenas de cráneos amarillos, hileras interminables de cuencas oscuras y mandíbulas sonrientes. Algunos tenían la nariz larga; otros, corta. Algunos cráneos pequeños, casi sin nariz, tenían colmillos que les daban un aire sabio e inteligente. *Como gente en miniatura, como bebés con rasgos de adulto*. Aquella debía de ser la primera reacción de todo el que los viera en los halos o que viera los especímenes llevados a los

laboratorios orbitales. Pero la capacidad craneana de los más cercanos era insuficiente. Los sapientes de verdad ocupaban las estanterías más alejadas, hilera tras hilera de cráneos sin ojos de generosa frente, sonriendo dentados, permanentemente horrorizados... provocando un horror profundo en quienes los descubrían allí, en aquella desolación.

Gothon se detuvo, escogió uno de los cráneos sapientes pequeños, muy reconstruido: Desan sabía al menos distinguir el hueso de verdad del plastihueso unido a él. Aquel cráneo era mucho más delicado que los otros, con la mandíbula más pequeña. Los dos dientes delanteros eran restructos, así como uno lateral.

—Era una niña —dijo Gothon—. La llamamos Missy. Fue la primera que encontramos en este sitio, en las colinas, en el lecho de un río. Sus pies habían prácticamente desaparecido pero, aparte de eso, está intacta. Missy estaba sola, abrazada a un animalito. Los guardamos juntos, nos saltamos la catalogación. —Alzó un cráneo anómalo y muy reconstruido de la estantería de los sapientes; con colmillos y delicado—. Hasta los arqueólogos tienen sentimientos.

—Ya... veo. —Indefenso, atrapado en las cortesías, Desan tocó renuente el cráneo con un dedo.

—A dormir. —Gothon devolvió ambos cráneos con ternura a la estantería y echó a andar, seguida por Desan. Cruzaron una puerta sencilla y entraron en una sala llena de actividad con bancos de trabajo cubiertos de una mezcla de artefactos.

El personal empezó a levantarse de su polvoriento trabajo con sobresalto.

—No, no, seguid —dijo Gothon con calma—. Solo estamos de paso; ignoradnos. Aquí, ¿lo ve, lord Desan? —Gothon alargó el brazo junto a un investigador y recogió del banco una botella alargada y estriada, con la pátina opalescente que denota un largo enterramiento—. Encontramos muchas de estas. Producción en serie. Industria. No solo en este continente. Esta misma botella se encuentra por todo el mundo en el estrato superior. El mismo diseño. Poco antes de la calamidad. Reconstruimos el comercio y las alianzas mundiales por cosas pequeñas como esta.

La dejó en el banco y tomó una vasija prácticamente completa, muy remendada.

—Siempre son las vasijas, lord Desan. Por las vasijas y las botellas los rastreamos a través del tiempo. De muchas capas. Tuvieron un pasado largo y complejo.

Desan tocó con la mano la superficie marrón y corroída de la vasija y descubrió un único resto de esmalte azul entre las incrustaciones grises de su largo enterramiento.

—¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo hace falta para que acabe reducida a esto?

—Depende del suelo, de la humedad, de la acidez. Esta procede de los alrededores. —Gothon la depositó tiernamente en un estante y siguió andando, una figura frágil y encorvada, por los pasillos llenos de pasado—. Pero hace falta mucho, mucho tiempo para borrar tanto... Casi todos los artefactos han desaparecido. Los metales se oxidan; el plástico se pudre; la ropa desaparece muy rápidamente; el papel y la madera duran mucho tiempo en un clima desértico, pero también acaban

desapareciendo. La humedad borra los detalles de las esculturas. Solo los metales nobles quedan intactos. El movimiento del suelo dobla incluso la piedra, aplasta el metal. Incluso las mejores vasijas están hechas pedazos, como piezas sueltas de un rompecabezas. Aunque son frágiles, sobreviven a los monumentos, duran tanto como la tierra que las acoge, en tierra seca, en tierra húmeda, incluso bajo el mar, donde no hay vida marina que las perturbe. Esa botella y esa vasija son tan venerables como la gran presa. Sus fabricantes no se lo hubieran imaginado, ¿verdad?

—Pero... —La mente de Desan vaciló recordando la gran llanura, los sedimentos y los secretos enterrados tan hondo.

—¿Pero?

—Sin duda podría perderse algún detalle importante. Todo un mundo que investigar. Podría pasar algo por alto y malinterpretar todo el resto.

—Oh, sí, puede ocurrir. Pero que encontremos cosas donde esperamos que estén es una pista importante, lord Desan, una confirmación. Uno solo tiene que sospechar dónde mirar. Primero localizamos el sitio que ofrece mejores posibilidades. Un lugar hundido, un lugar elevado en esas fotografías que pedimos que tomen los orbitales; pero una desarrolla un *instinto* acerca del terreno... mejor que las sondas mecánicas, lord Desan. —Gothon entornó los ojos, perdida en pensamientos indescifrables, y Desan se perdió en la mentalidad inimaginable de la mujer. ¿Qué hacía una mente a esa edad? ¿Divagar? ¿Podía la gran doctora haber caído en el misticismo? Si informaba de tal cosa... resolvería una dificultad. Pero tener ese lamentable deber...

—Se trata de un instinto para encontrar vida, lord Desan —continuó Gothon de pronto—. Es mirar la tierra y decir: si esto fuera hace mucho tiempo, si pensara en construir, si pensara en comerciar, ¿adónde iría? ¿Dónde vivirían mis vecinos?

Desan tosió delicadamente, deseando devolver la conversación a los hechos.

—Y las sondas robóticas, por supuesto, ayudan.

—Las sondas, lord Desan, son cosas sin corazón. Un robot puede ser muy hábil, pero un investigador lo dirige solo a distancia, ciego a las oportunidades y a la auténtica percepción del terreno. Pero usted nació en el espacio. Quizá no le encuentre sentido.

—Aceptaré su palabra —dijo Desan con seriedad. Sentía el peso del cielo sobre sus hombros. El horrible cielo plomizo, la cubierta leprosa y enfermiza entre ellos, la estrella y la única luna. Gothon recordaba el mundo natal. *Recordaba el mundo natal*. Era famosa en su profesión incluso allí. La vieja científica afirmaba llegar a un paisaje como aquel y encontrar cosas porque veía cosas que los ojos de los robots no veían, porque reproducía los pensamientos que aquellos cráneos polvorientos habían albergado en su carne... ¿hacía cuánto?

—Buscamos montículos —dijo Gothon, caminando pasillo abajo con su andar frágil, entre las cabezas inclinadas y las miradas tímidas del personal y los estudiantes dedicados a su meticulosa tarea. A su alrededor seguía el trabajo de pequeñas agujas electrónicas, la paciente limpieza de incrustaciones para sacar a la luz las antiguas

superficies—. Construían estructuras enormes. Rascacielos. Algunos debieron de durar, oh, miles de años intactos; pero cuando se hicieron inestables cayeron y su caída dejó montañas de escombros, y el viento sopló y los ríos cambiaron su curso alrededor de las ruinas y, por supuesto, el peso del sedimento aumentó, llevado por el agua y el viento. A partir de ahí, su propio peso lo movió y lo deformó y complicó nuestro trabajo. —Gothon se detuvo de nuevo junto a una mesa más apartada donde había algunas holoplacas inactivas. Movi6 la mano y apareció un paisaje, una hilera sinuosa de sillares que atravesaba una depresión—. Mire ese muro. No lo construyeron así, torcido a un lado y a otro, arriba y abajo. La gravedad y el movimiento del suelo lo deformaron. Estaba enterrado hasta que lo desenterramos. Si no, el viento y la lluvia lo hubieran destruido hace siglos. Como pasará ahora si el tiempo no lo vuelve a enterrar.

—Y este gran mont6n de piedra... —Desan movió un brazo, indicando hacia donde imaginaba que estaba la gran presa y dándose cuenta de que estaba desorientado—. ¿Cómo es de antiguo?

—Tan antiguo como el lago que creó.

—Pero ¿contemporáneo de la caída?

—Sí. ¿Sabe?, esa mole podría seguir en pie cuando la estrella muera. Algunas de las grandes presas, de las pirámides que encontramos aquí y allí por el mundo... Solo podemos hacer hipótesis sobre su antigüedad. Durarán más que cualquier rasgo de la superficie salvo las montañas mismas.

—Sin vida.

—Oh, pero sí que hay vida.

—En declive.

—No, no. En declive no. —La doctora movió la mano y apareció un estanque en la segunda holoplaca, lleno de verdes algas cuyas frondas plumosas ondeaban en el leve oleaje—. La luna aún protege este mundo de la entropía. Hay agua, no tanta como la que almacenaba esta presa. Es el alga, esa pequeña alga la que da esperanza a este mundo. Las vidas pequeñas, las cosas que vuelan y reptan, los líquenes y la vida de las llanuras.

—Pero nada que ellos conocieran.

—No. La vida ha evolucionado con nuevas respuestas. La vida empieza de nuevo.

—No tiene mucho con lo que empezar, ¿no es cierto?

—No mucho. Una pregunta que interesa al doctor Bothogi es si a la vida que está empezando aquí le queda tiempo y si la curva de consumo no lleva al fracaso. Pero eso la vida no lo sabe. Nos preocupa mucho la contaminación. Pero nos tememos que es inevitable. Y quién sabe, quizás haya reportado algún beneficio. —La doctora Gothon encendió otro halo con un gesto de la mano. Una estilizada criatura de seis patas correteaba enérgicamente sobre musgo seco, agitando las antenas con frenesí y aparentemente sin ir a ninguna parte.

—Los herederos del mundo. —La angustia heló la médula de Desan.

—Pero cada generación de estas pequeñas criaturas es un éxito sin paliativos. Es una tragedia cuando el último perece, por supuesto, pero no tienen conciencia de ello. La conciencia tardará en aparecer, oh, quinientos millones de años, y entonces, quizá, lo hará, si la estrella no muere; ya va muy avanzada en su secuencia. —Otro holo, la imagen de un desierto, arena en el aire, junto al holo de la masa de algas del estanque—. La vida crea vida. Esa planta que ve está ocupada generando vida. Incorpora, convierte y construye una cadena que permitirá que otros seres se nutran de ella, mientras que ella se reproduce. Es lo que hace la vida. Está ocupada, al azar y sin intención, por supuesto, en crear para sí una manera de salir del planeta.

Desan le dirigió una incómoda mirada interrogativa.

—Oh, sin duda. Biomasa. Productos petroquímicos. Un almacén de eones de energía esperando el uso de una conciencia. Y esa conciencia, si llega, dominará el mundo, porque la percepción del yo es la manera de crear vida más eficaz. Pero la conciencia es peligrosa, lord Desan. Es un ordenador con sus propias percepciones, que hace cálculos por sí mismo, al servicio de esa alga; miles de millones de ordenadores todos funcionando y calculando más y más rápido, ajustándose a sí mismos y a su entorno ecológico, ¿y qué pasa si se produce un minúsculo, un insignificante error de software al principio?

—Usted no cree tal cosa. No nos reduce a eso. —Desan sentía tambalearse su fe; aquella buena mujer no estaba desequilibrada, aquel gran intelecto había sufrido una crisis de fe, eso era; la gran y amable doctora, a su inimaginable edad, se había vuelto cínica, y él combatió su cinismo con sus escasos cincuenta y dos años—. Sin duda, doctora, sin duda esto no es una prueba, esto pudo haber sido a consecuencia de alguna calamidad natural.

—Oh, sí, el impacto del meteorito. —La doctora agitó la mano, haciendo pasar una serie de holos a una cuarta holoplaca, y apareció una vista aérea de un enorme cráter, un cráter tan vasto que la imagen mostraba la curvatura planetaria—. Pero este sistema solar muestra cicatriz tras cicatriz de tales eventos. Un sistema de muchos planetas como este, una estrella bien surtida de fragmentos de rocas en su viaje por la galaxia... Mire todos los cuerpos sin atmósfera, las lunas, considere el número de impactos de meteoritos que los cubren. Dígame, viajero del espacio, ¿no tengo razón?

Desan tomó aliento, aliviado de que le preguntaran sobre su elemento.

—Por supuesto, el sistema es propenso a ese tipo de accidentes.

Pero ese cráter es causa más que suficiente...

—Si cayó cuando aún había sapiencia aquí. Pero este martillazo cayó en un mundo muerto.

Él miró el cráter erosionado, la costra fundida en el impacto, ahora barrida por la arena, prueba clara de su edad.

—Tendrá usted pruebas.

—Estratos. Vasijas. Es irónico, debieron de temer enormemente un suceso así. Parece que debían de estar invadidos por una sensación de catástrofe inminente, quizá

por la evidencia de su luna, o porque entendían la mecánica de su sistema solar, o quizás en tiempos primitivos hubo un impacto similar que recordaban. Se puede captar un destello de la mente que miraba desde aquí... lo que pensaba, lo que buscaba.

—¿Cómo podemos saber tal cosa? Siempre superponemos nuestra mente a sus expectativas. —Desan se obligó a callar, avergonzado, aterrorizado. Era casi una herejía. Había estado a punto de cometer una irremediable indiscreción y los lores-magistrados de la estación orbital la oirían a la hora de la cena para su eterno descrédito.

—Estamos en sus tierras, manipulamos sus huesos, nuestras manos de carne sostienen sus cráneos e intentan pensar en su mundo. Estamos aquí, bajo el cielo amenazador. ¿Qué haremos?

—Intentar escapar. Intentar salir de este mundo. *Ellos* salieron. Los artefactos celestiales...

—La arqueología es mucho más fácil en el espacio. Un millón de años, dos y las cosas todavía brillan. Los documentos se pueden leer. Los colores relucen sin apagarse durante eones cuando sobre ellos incide la luz. Un lado corroído por micropartículas de polvo y el otro tan prístino como el día en que la mano de su creador lo tocó. Me pregunta usted por la antigüedad de estas ruinas. Pero lo sabemos, ¿no es verdad? Sospechamos, en el fondo, a qué edad quedaron en silencio.

—¡No pudo haber pasado entonces!

—Venga conmigo, lord Desan. —Gothon agitó una mano, apagando todos los holos, y siguió caminando, abriendo otra puerta hacia otro pasillo—. Hay mucho que catalogar. Es gran parte del trabajo que se lleva a cabo en esta sala. Son estudiantes, en su mayoría. Restauran lo que pueden; numeran, inventarían. Trabajo de bibliotecario, solo para saber dónde están archivadas las cosas. Dentro de quinientos años más de restauración y documentación intensiva, quizá los conozcamos lo bastante bien para saber algo de sus mentes, aunque quizá nunca encontremos nada de su lenguaje escrito aparte del de los artefactos de la luna. Un lugar de maravillas. Un lugar de maravillas continuas, en el caso de la tarea del doctor Bothogi. Un alga que empieza de nuevo todo el proceso. Quizá no por primera vez... una idea interesante.

—Quiere decir... —Desan dio unos pasos rápidos que resonaron en el estrecho pasillo estéril y alcanzó a la doctora—. Quiere decir que... antes de que los sabios evolucionaran hubo otras calamidades, otros reinicios.

—Oh, mucho antes. Da escalofríos, ¿no es verdad?, pensar lo increíblemente testaruda que puede ser aquí la vida, lo persistentes que son las calamidades de los cielos... Las algas y las cosas reptantes y la lenta, lenta escalada hasta la posición de dominio...

—¿Sabios previos?

—Una pregunta interesante de por sí. Pero no hace falta ser sabio para dominar

un mundo, lord Desan. Solo resistente. Solo eficiente. ¿No han probado eso los mundos? La sapiencia superior es una gema escasa. Muchos éxitos acaban siendo callejones sin salida. Aletas, no manos. Falta de aparato vocal: a menos que crea en la telepátia, cosa en la que yo desde luego no creo. No. La vocalización es necesaria. Algún tipo de comunicación a larga distancia. Destellos de luz, sonido, algo. Si no, los individuos hacen descubrimientos en solitario y redescubrimientos y se multiplican los esfuerzos. Incluso contando con una conciencia, concediendo incluso tan raro atributo, cuántas especies hay a las que les falta algo esencial o que tienen algún impedimento que las detiene antes de llegar a la civilización, antes de la tecnología...

—Antes de que abandonen el planeta. Pero ellos lo hicieron, fueron la posibilidad entre un millar. Sin ellos...

—Sin ellos. Sí. —Gothon volvió hacia él sus hermosos y amables ojos y durante un momento él sintió una quietud terrible, como la de la tumba—. Aquí termina la infancia. De uno u otro modo, termina aquí.

Él se quedó sin habla. Se quedó paralizado un momento, con la mente en caída libre; luego parpadeó y siguió a la doctora como un niño, incapaz de hacer otra cosa.

Dejadme descansar —pensó entonces—, *olvidemos este principio y este día, dejadme sentar y beber algo caliente para quitarme el frío de la médula y empecemos de nuevo. Quizá podamos empezar con hechos y no con fantasías...*

Pero no iba a descansar. Temía que en aquel lugar no había posibilidad de descanso, que en cuanto el cuerpo dejara de moverse el peso del cielo descendería, el cielo letal que había traído destrucción durante toda la historia de aquella especie perdida, y la edad de la Tierra se colaría en sus huesos y perseguiría sus sueños como la infinitamente mayor escala de las estrellas no había hecho.

He viajado todos estos años, doctora Gothon, todos los años de mi vida buscando de estrella en estrella. La relatividad nos ha hecho huérfanos. Nuestro mundo la habrá santificado. A mí nunca me conoció. Un cuarto de millón de años... nos habrán olvidado; oh, doctora, sabe mejor que yo cómo envejece un mundo. Ha visto un cuarto de millón de años y ambos somos huérfanos. Yo, continuamente clonado. Usted en su largo sueño, sus clones a la espera en el suyo durante eones... Oh, doctora, la recrearemos. Pero no será realmente usted nunca más. No más de lo que yo soy un Desan-primario. Soy solo el quinto lord-navegante.

Dentro de un cuarto de millón de años nuestra especie habrá evolucionado, y quizás encuentre un transporte más rápido y nos encuentre, a sus precursores de eones atrás. Y no nos reconoceremos, doctora Gothon; ¿cómo podríamos reconocernos, si nos encuentran? Pero no lo han hecho; nos hemos convertido en el frente de onda de una búsqueda que nunca nos alcanza, nunca nos supera.

Dentro de un cuarto de millón de años, ¿habrá caído sobre nosotros una calamidad y será nuestro mundo como este, de ocre y óxido mortal?

Mientras, nosotros somos clones e hijos de clones, fósiles genéticos, anomalías de

nuestra gente.

¿Qué son ellos para nosotros y nosotros para ellos? Buscamos a los Antiguos, los creadores de la sonda.

La mente de Desan daba vueltas; por bueno que fuera con los cálculos de tiempo relativo, por acostumbrado que estuviera a las inmensidades estelares, su mente vacilaba y tuvo que luchar para volver al pasillo que recorrían él y la doctora. Apresuró el paso de nuevo y alcanzó a Gothon en la siguiente puerta.

—Doctora —interpuso la mano, deteniéndola, y temió su propia pregunta para no caer él en la herejía con la que intentaba tentarla—. ¿No le cabe duda? Debe de tener alguna duda. Podrían simplemente haber abandonado este mundo tras su calamidad.

De nuevo el impacto de aquellos ojos amables, devastadores.

—Dígame, dígame, lord Desan. En todos sus viajes, en las estrellas cercanas que ha visitado en un siglo de esfuerzo, ¿ha encontrado indicios?

—No. Pero podrían haber ido...

—¿Sin dejar indicios, excepto en su luna?

—Podría haber otros. El equipo que investiga el cuarto planeta...

—No encuentra nada.

—Usted misma dice que tiene que estar sobre el terreno, que tiene que pensar como ellos... Quizás el doctor Ashdot no haya llegado a la colina adecuada, a la llanura correcta...

—Si hay artefactos, hay apenas unos pocos. Le diré por qué lo sé.

Venga, venga conmigo. —Gothon agitó una mano y la puerta se abrió a otro laboratorio más.

Desan avanzó. Hubiese preferido caminar en la letal superficie que cruzar aquella sencilla puerta hacia la respuesta que Gothon le había prometido, pero se dejó llevar por el hábito; el hábito, el deber... la necesidad. Su vida no tenía otro propósito que aquel. No le quedaba ningún otro, lord-navegante, quinta encarnación de Desan Das. Habían enviado a su original sin otro propósito, a su segunda encarnación le quedaba menos y, el tiempo y las sucesivas encarnaciones, le habían despojado de todo lo demás. De modo que avanzó hacia un lugar a la vez demasiado cotidiano y demasiado extraño para ser totalmente sensato; cotidiano porque era estéril como cualquier laboratorio, una estancia bien iluminada con mesas repletas y unos cuantos investigadores, y extraño porque había cientos y cientos de cráneos y huesos apilados en estanterías, amontonados contra la pared, testigos silenciosos. Un esqueleto articulado colgaba de un marco; el esqueleto de un animal pequeño corriendo en macabra rigidez sobre la mesa.

Se detuvo. Miró a su alrededor, perdido un momento ante la mirada de todas aquellas cuencas sin ojos de hueso erosionado.

—Permita que le presente a mis colegas —decía Gothon; Desan registró las palabras tarde y parpadeó confuso mientras Gothon pronunciaba una retahíla de nombres. Bothogi el zoólogo era uno, más joven que el resto, decimoséptima

encarnación, derrochando sus años sin medida: igual que todas las encarnaciones de Bothogi Nan. El resto de los nombres pasó por sus oídos sin dejar huella: completos desconocidos, los verdaderos nacidos, hijos e hijas del viaje. Estaba tan perdido ante sus miradas como ante las de los cráneos, ojos tras los cuales las sombras y el polvo eran la verdad, miradas llenas de secretos y herejías.

Lo conocían a él, pero él a ellos no, ni siquiera a lord Bothogi. Sintió su soledad, la futilidad de sus convicciones perdidas en el polvo y los silencios.

—Kagodte —dijo Gothon a un individuo con la espalda arqueada y orejas blancas—. Kagodte, lord Desan ha venido a ver tu modelo.

—Ah. —Los ancianos ojos se movieron, nerviosos.

—Muéstraselo, por favor, doctor Kagodte.

El jorobado fue hacia la mesa, tendió las manos. Apareció un agujero y Desan parpadeó; había esperado alguna imagen horrible, enfrentarse a una reconstrucción. En vez de eso en el aire se alzaron columnas de palabras azules y verdes. Aparecieron números, se multiplicaron. En su desconcierto se perdió el principio y no consiguió seguirlos.

—No veo...

—Aquí hablamos con estadísticas —dijo Gothon—. Hablamos con datos; vestimos nuestras herejías con fórmulas matemáticas.

Desan se volvió y miró asustado a Gothon.

—No tengo nada que ver con herejías, doctora. Yo trato con datos.

He venido aquí a encontrar datos.

—Siéntese —dijo la amable doctora—. Siéntese, lord Desan. Aparte esos huesos, por favor; a sus propietarios no les importará; así, muy bien.

Desan se dejó caer en un taburete frente a una mesa blanca. Mirando hacia arriba por instinto, atrajo su mirada una piedra colgada de la pared con la imagen borrosa de una cara, erosionada, atenuada por el tiempo...

La yuxtaposición de imagen y huesos le mareó. Los dos cuerpos completos de la placa. La escultura. Las hileras de cráneos descarnados.

Muertos. Un mundo golpeado por meteoros, la vida luchando en sus formas más rudimentarias. Muertos.

—Ah —dijo Gothon. Desan miró alrededor y vio que Gothon también miraba la pared—. Sí. Eso. Encontramos muy pocas esculturas. Unas cuantas que atesoramos. De vez en cuando la caída de una piedra protege una superficie. Confirmación. Así es. Pero los cráneos nos cuentan mucho. Con mediciones y holos podemos ponerles carne. Podemos darles... más vida. ¿Quiere verlo?

Desan movió la boca.

—No. —Una palabra pequeña, una palabra de cobarde—. Más tarde. Esto era *un lugar*. Todavía no me convence su tesis, doctora, lo lamento.

—El lugar. El mundo de origen. Un mundo de muchas capas. Las últimas capas son ricas en artefactos de una cultura mundial. Luego silencio. Especies extinguidas.

Estrato sobre estrato de desolación. Millones de años de registro geológico...

Gothon rodeó la mesa y se sentó en la silla opuesta, con los codos sobre la mesa, unos huesos esparcidos entre ellos. Sus ojos verdes brillaban acuosos, había arrugas en torno a su boca, diminutas grietas, como de barro viejo.

—Las estadísticas, lord Desan, las áridas estadísticas nos lo dicen.

Nos hablan de centros de producción de artefactos como los que tenemos; nos hablan de composiciones, de procesos que los Antiguos conocían, y no hay progreso a materiales avanzados. Ninguno de los materiales que damos por supuestos, metales que hubieran durado...

—Pero quizás encontraron nuevos procesos, materiales que se degradaban completamente. Quizá su almacenamiento de información se hizo en materiales cada vez más perecederos. Quizá desarrollaron esos materiales en el espacio.

—La tecnología tiene etapas. Los números, los números secos y aburridos, la aparición y concentración de objetos, los números y las vasijas, siempre las vasijas, lord Desan; y las piedras inmortales; y los meteoritos, el hecho innegable de los impactos de meteoritos. ¿No podemos nosotros evitar tal calamidad en nuestro mundo? ¿No podríamos hacerlo, oh, medio siglo antes de nuestra partida?

—Estoy seguro de que lo recuerda, doctora Gothon. Estoy seguro de que lo recuerda mejor que yo. Pero...

—Ve usted la evidencia. Quiere aferrarse a sus esperanzas. Pero solo hay una pregunta... no, dos. ¿Es esta la especie que lanzó la sonda? Sí. O bien la evolución y la coincidencia han cooperado prodigiosamente. ¿Es este el único mundo que habitaron? Sin duda alguna. Si hay artefactos en el cuarto planeta están desgastados por sus tormentas, enterrados, perdidos.

—Pero *podrían* estar ahí.

—No en abundancia. No *hay progreso*, lord Desan. Esa es la clave.

No hay nada aparte de esas sustancias, esos materiales. Esta no era una civilización espacial. Lanzaron sus lentas sondas sin tripulación, con cámaras sus ojos robot, pero no para nosotros. Siempre lo hemos sabido. Recibimos desechos. Restos de un naufragio en la playa.

—¡Esto ya estaba decidido! —siseó Desan, temblando, rodeado por todos ellos, un creyente solitario entre la tranquila herejía de la habitación—. Doctora Gothon, su puesto es un puesto de confianza, de profunda confianza; le ruego que considere el efecto que tiene...

—¿Me amenaza, lord Desan? ¿Para eso ha venido, para hacerme callar?

Desan miró desesperado a su alrededor, al repentino silencio que se había hecho en la sala. El leve golpeteo de agujas y lancetas se había detenido. Todos los ojos le miraban.

—Por favor —dijo, devolviendo la mirada—. He venido aquí a recopilar datos; esperaba una simple reunión, algunas reuniones de personal... para considerar las cosas con calma.

—Le he perturbado. Se pregunta qué pasaría si los lores-magistrados se pusieran en mi contra. Soy consciente de ser una institución, lord Desan. Recuerdo a Desan Das. Recuerdo el lanzamiento, las cinco naves originales. He despertado a todas sus encarnaciones menos a una. Sin mencionar las numerosas encarnaciones de los lores-magistrados.

—¡No puede dejarlos de lado! Ni siquiera usted. Déjeme que se lo ruegue, doctora Gothon, sea paciente con nosotros.

—No necesita darme lecciones de paciencia, Desan-Cinco.

Se estremeció convulsivamente. A pesar de la sonrisa de Gothon, amable, inofensiva.

—Debe proporcionarme datos, doctora, no comunión mística con el paisaje. Los lores-magistrados aceptan que este es el mundo de origen. Le aseguro que nunca hubieran dedicado tanto tiempo a crear aquí una base si ese no fuera el caso.

—Vamos, mi señor, los sistemas de energía de la sonda, tanto tiempo muertos... ¿para qué eran en realidad, sino para explorar alguna región muy cercana? Incluso la ortodoxia admite eso. ¿Y qué tenían cerca más que su propio sistema solar? Vamos, yo he visto el artefacto original y la tableta original. He tocado ambos con mis manos. Aquello fue una exploración *primitiva*, diseñada para cruzar su propio sistema solar... *para lo que no tenían capacidad*.

Desan parpadeó.

—Pero el propósito...

—Ah. El propósito.

—Dice usted que se sitúa en el paisaje y que piensa como ellos.

Muy bien, doctora, use esa habilidad que dice tener. ¿Qué pretendían los Antiguos? ¿Por qué enviaron un mensaje?

Los viejos ojos chispearon, profundos y tranquilos y llenos de dolor.

—Un oráculo, lord Desan. Un mensaje a la oscuridad de su propio futuro, sin propósito, sin objetivo. Sin respuesta. Sin esperanza de respuesta. Conocemos la duración de su viaje. Ocho millones de años. Hablaban al universo en general. Esa sonda partió y ellos quedaron en silencio poco después; la profundidad de este lago de polvo, lord Desan, es de ocho millones doscientos cincuenta mil años.

—No puedo creer eso.

—Hace ocho millones doscientos cincuenta mil años, lord Desan. La calamidad cayó sobre ellos, una calamidad global y completa un siglo, quizás una década después del lanzamiento de la sonda. Quizá la calamidad les vino del cielo; pero, demostrablemente, fue atómica y de su propia cosecha. Estaban en esa etapa tan delicada. Y la destrucción de los grandes centros de población es catastrófica y solo aparece en un nivel. Destrucción centrada en lugares densamente poblados. Elementos traza. Eso es lo que dicen las estadísticas. Atómicas, lord Desan.

—¡No puedo aceptar eso!

—Dígame, viajero espacial, ¿entiende los mecanismos del clima?

Lo que podían hacer los impactos de meteorito podía hacerlo también el polvo levantado por las bombas atómicas, con la misma eficacia. Olvidemos la radiación que por sí sola habría matado a millones; olvidemos la destrucción de los centros de gobierno: hablamos de una catástrofe global, del oscurecimiento del sol por el polvo, de océanos y lagos llenos de fotosintetizadores moribundos por un invierno sin sol, del fin de la cadena trófica desde la base...

—¡No tiene pruebas!

—La universalidad, la ruina de los centros de población. Se puede argumentar si tenían o no la capacidad de prevenir el impacto de un meteorito. Eso es debatible. Pero no me cabe duda alguna de que la destrucción simultánea de los centros de población apunta a las bombas atómicas. Las estadísticas, las vasijas y los fríos números, lord Desan, nos llevan a esa respuesta. La pregunta ha sido contestada. No hubo descendientes, nadie escapó del mundo. Sé destruyeron a sí mismos antes de que el meteorito impactara.

Desan apoyó la boca en las manos unidas. Miró a la doctora, indefenso.

—Una mentira. ¿Es eso lo que dice, que buscábamos una mentira?

—¿Es culpa suya que les necesitáramos tanto?

Desan se levantó y permaneció en pie con un esfuerzo titánico.

Gothon le miraba sentada con aquellos terribles ojos oscuros.

—¿Qué hará, lord-navegante? ¿Silenciarme? La vieja se ha acabado volviendo difícil: ¿despertará a mi clan por fin, le dirá... lo que los lores-magistrados elijan que se le diga? —Gothon movió una mano indicando el personal, la docena de ojos vivos entre los muertos—. ¿A Bothogi también, a los que tengamos clones?, ¿y qué pasará con el resto del personal? ¿Qué hará falta para hacernos callar a todos?

Desan miró a su alrededor, temblando.

—Doctora Gothon... —Apoyó las manos en la mesa para mirarla—. Se equivoca conmigo. Se equivoca conmigo por completo. Los lores-magistrados podrán tener la estación, pero yo tengo las naves, yo, yo y mi personal. No propongo tal cosa. He vuelto a casa.

—La desacostumbrada palabra se atascó en su garganta; la consideró, la sopesó, la aceptó al menos en el plano emocional. —He vuelto a *casa*, doctora Gothon, tras cien años de búsqueda, para encontrarme con este argumento y esta disensión.

—Formularán cargos de herejía...

—No se atreverán a formularlos contra *usted*. —Soltó una carcajada amarga—. Contra *usted* no tienen nada que hacer y usted lo sabe bien, doctora Gothon.

—Contra su violencia, lord-navegante, no tengo defensa alguna.

—Sí que la tiene —dijo el doctor Bothogi.

Desan se volvió, echó un vistazo a la dura mirada en los ojos verdes de Bothogi y luego a la más dura piedra que empuñaba. Se volvió de nuevo, bruscamente, las manos sobre la mesa, abandonando la defensa de su espalda.

—¡Doctora Gothon! ¡Se lo ruego! ¡Soy su amigo!

—En cuanto a mí —dijo la doctora Gothon—, no ofrecería resistencia alguna. Pero, como usted dice, no tienen nada que hacer contra mí. De modo que debe ser una catástrofe general; los lores-magistrados deben silenciar a todo el mundo, ¿no? No puede quedar *nada* en esta base. Quizás hayan liberado un asteroide o dos y los hayan puesto en curso de colisión. Achacándolo a un accidente de minería, quizá silencien para siempre este pobre y viejo mundo, a mí y al resto de las reliquias. Es siempre más seguro venerar las reliquias perdidas y los muertos distantes, ¿no es así?

—¡Eso es absurdo!

—O quizá se hayan vuelto más impacientes ahora que sus naves están aquí y su juicio ha sido puesto en duda. *Ellos* tienen bombas atómicas a su alcance, lord-navegante. Pueden inutilizar su lanzadera con fuego de rayos. Pueden simplemente darle la bienvenida a la lista de bajas: un cargo de herejía. Algo sacado de contexto, ¿quién sabe? Después de todo, todos los lores son inmediatamente duplicables, los capitanes están acostumbrados a obedecer a los lores-magistrados, a los pocos que estén despiertos, ¿no tengo razón? Si una institución como yo puede ser amenazada, ¿dónde figura el quinto lord-navegante en sus planes? Y de golpe esos planes se moverán muy deprisa.

Desan parpadeó.

—Doctora Gothon, le aseguro...

—Si usted es mi amigo, lord-navegante, espero que sobreviva. Los robots son suyos, ¿entiende? Sus baterías son suficientes para transmitir información a los IA de la base, y del centro de comunicaciones esa información pasa a los satélites y de los satélites a la estación y a los lores-magistrados. Esta sala está a salvo de su vigilancia. Nos hemos ocupado de eso. No pueden oírle.

—No puedo creer esas acusaciones, no puedo aceptarlo...

—¿Es el asesinato algo tan novedoso?

—¡Entonces venga conmigo! Venga a la lanzadera, nos enfrentaremos a ellos...

—El transporte hasta el puerto es suyo. No lo permitirán. El IA del transporte se resistirá. Los aviones tienen componentes IA. Y quizá nunca llegemos a las pistas.

—Mi equipaje. Doctora Gothon, mi equipaje... ¡Mi unidad de comunicación! —A Desan se le cayó el alma a los pies cuando se acordó de los robots de servicio—. La tienen *ellos*.

Gothon sonrió, una sonrisa pequeña, divertida.

—Oh, viajero espacial. Tantos científicos reunidos aquí, ¿y no podríamos haber improvisado una cosa tan sencilla? *Tenemos* un emisor receptor. Aquí. En esta sala. Rompimos uno. Rompimos otro. Constan como rotos en el registro. ¿Qué es otro trozo de chatarra en este pobre planeta? Pensábamos ponernos en contacto con las naves, llamarle a *usted*, lord-navegante, cuando volviera. Pero nos ha ahorrado el trabajo. Ha caído sobre nosotros como un rayo. Como los pájaros que usted nunca ha visto, mi señor nacido en el espacio, cerniéndose en picado sobre su presa. ¡Las reuniones, las prisas que debió de inspirar usted en la estación... si los lores-

magistrados han planeado lo que tanto sospecho! Le felicito. Pero sabiendo que tenemos un transmisor, con su lanzadera en este mundo, tan vulnerable como este edificio, ¿qué hará usted, lord-navegante, ya que *ellos* controlan el relé del satélite?

Desan se hundió en su silla. Miró a Gothon.

—Nunca ha planeado matarme. Todo esto... lo manipuló para que me uniera a usted.

—Tenía esa esperanza, sí. Conocí a sus predecesores. También sé de su reputación personal. Es un hombre que quema sus años uno tras otro como si no tuvieran fin. A diferencia de sus predecesores. ¿Qué es usted, lord-navegante? ¿Un fanático? ¿Un hombre obsesionado? ¿Cuál es su postura en este caso?

—¿En qué...? —Su voz sonó ronca y extraña—. ¿En qué está tratando de convertirme, doctora Gothon?

—En nuestro rescatador de los lores-magistrados. En el rescatador de la verdad.

—¿La verdad! —Desan hizo un gesto desesperado—. No la creo, no puedo creerla, y usted me habla de planes tan fantásticos como sus investigaciones e intenta implicarme en sus políticas. Estoy tratando de encontrar la pista de los Antiguos, una pista, un artefacto que nos dirija...

—¿Otra placa?

—Se burla usted. Cualquier cosa. Cualquier indicación de adónde fueron. Y se *fueron*, doctora. No me convencerá usted con sus estadísticas. Lo imprevisto y lo imprevisible no entran en sus estadísticas.

—De modo que seguirá buscando... lo que nunca encontrará. Servirá a los lores-magistrados. Sin duda cooperarán con usted. Aprobarán su búsqueda y dejarán este mundo... después de la gran catástrofe. Después de la catástrofe que nos aniquilará, a nosotros y todos nuestros archivos. Un asteroide. ¿Quiénes trazan su curso, si no los robots? ¿Quién sabe lo cerca que está en este momento?

—¿La gente sabrá que es un asesinato! ¡No podrán ocultarlo!

—Le digo, lord Desan, que usted está en un lugar y mira a su alrededor y se pregunta: «¿Qué sería natural en este lugar? En este mundo devastado y cubierto de cráteres, en este sistema solar caótico, lleno de escombros, ¿no será más creíble un accidente en la entrada de datos de un minero de asteroides que las atómicas?». Le digo que cuando su lanzadera aterrizó pensábamos que actuaba en nombre de los lores-magistrados, que podía llevar un arma en el equipaje que los robots evitarían detectar deliberadamente. Pero le creo, lord-navegante. Está tan atrapado como nosotros. Con solo un transmisor y un sistema de relés por satélite que controlan ellos. ¿Qué hará? ¿Convencer a los lores-magistrados de que los apoya? ¿Convencerlos de que le apoyen a usted en ese viaje futuro, a cambio de su apoyo ahora? Quizá le escuchen y le dejen partir.

—Lo harán —dijo Desan. Respiró hondo y miró de Gothon a los otros y luego de nuevo a Gothon—. Mi lanzadera es mía. Con *mis* sistemas robóticas, doctora Gothon. De mi nave y enlazados a ella. Y lo que necesito es ese transmisor. Acójase a mi

protección si cree que es tan urgente. Confíe en mí. O no confíe en nada y todos esperaremos aquí y veremos cuál es la verdad.

Gothon se metió la mano en el bolsillo y sacó un curioso objeto de metal. Sonrió. Aparecieron arruguitas en torno a sus ojos.

—Una cosa anticuada, lord-navegante. Decimos «llave» en estos días y queremos decir una cosa completamente diferente, pero yo misma soy una reliquia del pasado, recuérdelo. Confunde totalmente a los robots, Bothogi. Conecta la antena y abre el armario y veamos lo que el lord-navegante y su lanzadera saben hacer.

—¿Le ha oído? —preguntó Bothogi, con la expresión inocente y preocupada de un muchacho en su cara tersa. Todavía tenía la piedra en la mano, como si se le hubiera olvidado. O como si tuviera miedo de los robots. O como si se propusiera usarla si detectaba una traición—. ¿Se está moviendo?

—Te aseguro que se está moviendo —dijo Desan, y apagó el transmisor. Tomó una profunda bocanada de aire, cerró los ojos y vio la lanzadera despegar, una cuña plateada desplegando las alas hacia casa. Mortal si era atacada. *No la atacarán, no deben atacarla, nos llamarán cuando sepan que la lanzadera ha despegado y entonces veremos que todo esto es un ridículo malentendido.* Y, sin mirar a ningún lado—: Los relevos han partido; nada la detiene y sus defensas son considerables. Los lores-navegantes no somos tontos, ciudadanos: exploramos mundos con nuestras lanzaderas y las queremos de vuelta. —Se volvió y miró a Gothon y al resto del personal—. El mensaje ha salido. Y como soy un hombre prudente... ¿hay suficientes trajes para todo el personal? Recomiendo que vayamos por ellos. Por si hay un accidente.

—La alarma —dijo Gothon de inmediato—. Neoth, haz sonar la alarma. —Y, cuando el interpelado se movió—: La alarma de presión de la cúpula. Eso confundirá a los robots. Todo el personal debe ir por sus trajes de presión; todos los robots a buscar el daño. Estoy de acuerdo en lo de los trajes. Id por ellos.

La alarma saltó, un aullido sobre sus cabezas. Desan miró instintivamente al techo blanco y mudo...

... Oscuridad, oscuridad sobre ellos, donde la lanzadera alcanzaba el delgado límite azul del espacio. La estación ya sabía que algo había ido muy mal. Querrían saber, enviarían una solicitud inmediata al planeta...

El personal había abierto un segundo armario. Sacaron trajes, no uno o dos para una salida de emergencia de la sala hermética, sino un apretado paquete de trajes. El laboratorio parecía un silo de defensa, una fortaleza camuflada que olía a conspiración desde la base, de todo el personal, *todos* estaban implicados en ella.

Parpadeó cuando le ofrecieron un traje, con los oídos aturdidos por la sirena. Miró a los ojos a Bothogi, que era quien se lo había dado. No habría llamada, no habría solicitud de los lores-magistrados. Empezó a convencerse de ello, por el modo serio y lúcido en que se comportaba aquella gente; no había lunáticos, no había paranoicos. La verdad. Le habían contado la verdad tal como la veían, como la veía toda la base.

Y los lores-magistrados la llamaban herejía.

Su corazón latía tranquilo de nuevo. Las cosas volvían a tener sentido. Sus manos encontraron los movimientos familiares, poniéndose el traje, cerrando los sellos.

—Hay un IA en la oficina del controlador —dijo un miembro del personal—. Tengo una llave.

—¿Qué harán? —preguntó un miembro más joven, con un deje de pánico—. ¿Las armas de la estación llegarán hasta aquí?

—Está demasiado alejada para emprender acciones repentinas —dijo Desan—. Demasiado lejos, porque los rayos y los misiles son lentos. —Su corazón se tranquilizó más. El traje lo cubría con una sensación familiar; mundos hostiles y armas: más terreno familiar. Sonrió, no fue una sonrisa agradable, sino una sonrisa de labios extendidos sobre dientes fuertes y largos—. Y una cosa más, joven ciudadano, sus naves son de transporte. Mineras. Las mías son cazadoras. Lamento decir que hemos llevado armas durante los últimos doscientos mil años y que mis tripulaciones conocen su oficio. Si los lores-magistrados atacan la lanzadera cometerán un error. Ayuda a la doctora Gothon.

—Lo tengo, joven lord. —Gothon cerró el sello del cuello—. He manejado estas cosas más tiempo que...

Una explosión resonó a cierta distancia. Gothon miró hacia arriba.

Todo movimiento se detuvo. Y la corriente de aire murió en los conductos.

—El sistema de oxígeno —exclamó Bothogi—. ¡Malditos sean!

—Lo son —dijo Desan fríamente. No se dio prisa. Realizó con cuidado todos los ajustes finales del traje. «Según el protocolo; un ejemplo para los jóvenes: el lord-navegante, jovenzuelos, demuestra su habilidad. Prestad atención»—. Y esa es la respuesta de los lores-magistrados. Necesitamos llegar hasta ese IA y neutralizarlo. Que no cunda el pánico. Supongamos que mi lanzadera ha salido de la atmósfera...

Sobre las nubes grises, el horror de la superficie. Una aguja de plata apuntando al corazón de los lores-magistrados.

Alerta, alerta, aullaría, alerta, alerta, alerta. El mensaje no dependería de satélites, la precedería como una ola poderosa. *Tripulantes en el mundo en peligro.* Y luego, el código que ningún lord-navegante había esperado transmitir, una serie de números enlazados con sintaxis:

Traición; los lores-magistrados son traidores; ayuda y rescate. Alerta, alerta, alerta...

Un grito angustiado desde un mundo de polvo; un sitio de cráneos; la tumba de la búsqueda.

¡Traición, alerta, alerta, alerta!

Desan no era un hombre violento; nunca se había considerado violento. Era un buscador, un hombre con una misión.

No sabía nada de la certidumbre. Creía en una mujer de un cuarto de millón de años de edad, porque... porque Gothon era Gothon. Gritó traición, desató el caos

sabiendo todo el rato que el traidor podía estar a su lado, podía ser aquella mujer de ojos amables, aquella coleccionista de cráneos.

¡Oh Gothon! —le hubiese preguntado de haberse atrevido—: ¿Quién de vosotros miente? Forzar a los lores-magistrados a golpear con la violencia suficiente para condenarse, ¿es eso lo que quieres? En comparación con un cuarto de millón de años de vida, qué son mis cinco encarnaciones: una mera congruencia genética, sin memoria. Soy incapaz de aprehender tu perspectiva.

¿Has planeado esto durante mil años, durante diez mil?

En este lugar, ¿piensas con la mente de criaturas que llevan muertas incluso más tiempo del que tú has vivido? ¿Sostienes sus cráneos y piensas sus pensamientos?

¿Fue deliberado, hace ocho millones de años?

¿Fue, es, horror de horrores, un error por ambas partes?

—Lord Desan —dijo Bothogi, poniéndole una mano en el hombro—. Lord Desan, tenemos una llave maestra. Tenemos armas. Estamos esperando, lord Desan. Sobre ellos, el holocausto.

Era solo un robot de servicio. No fue consciente de su destrucción.

No como el IA de la base, en la oficina del director, que se había resistido cerrando las puertas y eliminando la atmósfera, para desgracia del director...

—¡Qué tragedia! —dijo Bothogi, de pie junto al pequeño cadáver mellado, en la arena ocre, ante los edificios. El humo se alzaba desde una planta de soporte vital sabotada situada a la derecha de las cúpulas; el aire del mundo había entrado por la brecha de la cúpula central. El primer acto de sabotaje del IA: perforar los muros de plástico—. Microorganismos sueltos en el mundo, ¡idiotas, idiotas arrogantes!

Desan no temía los microorganismos. Temía el transporte IA de ocho ruedas que maniobraba para atacar de nuevo en las dependencias de hibernación. Había sido prudente meterse en una sala cerrada con el resto de los científicos y esperar a que llegara el rescate; pero el IA se lanzaba contra los muros de plástico y blancos vivos lo distraían de los clones durmientes, indefensos: el clan más joven de Gothon; el de Bothogi; los de una docena del personal más antiguo.

Y distraerlo era cada vez más difícil.

Hora tras hora habían esquivado sus cargas, torpes ataques y retiradas en los trajes que dificultaban sus movimientos. Lo habían dañado tanto como habían podido mientras el personal trataba de encontrar una manera de detenerlo; cojeaba con un gran trozo de alambre en torno a su rueda trasera derecha.

—¡Maldita sea! —gritó una joven bióloga cuando el IA maniobró hacia su posición. A este juego jugaban los jóvenes ágiles y un lord-navegante maduro que era el único luchador del grupo.

Esquivar, esquivar y esquivar.

—¡Te atraparé contra la oxiplanta, jovencita! ¡Por aquí! —El corazón de Desan

latía con fuerza mientras la joven galopaba en el pesado traje, perdiendo la carrera contra el transporte—. ¡Oh, *maldita sea*, lo ha adivinado! ¡Bothogi!

Desan asió su lanza-sonda y se adelantó al trote.

—¡Distráelo! —gritó. Una distracción era todo lo que podían esperar.

Se volvió hacia ellos, con un gemido del motor, una flexión serpentina de su cuerpo de metal y una cascada de arena de sus ocho ruedas.

—¡Corra, mi señor! —jadeó Bothogi tras él. Todavía estaba girando; ahora apuntaba hacia ellos y, desde otro ángulo, una figura de blanco lanzó una roca para distraerlo otra vez.

Siguió yendo hacia ellos. El IA. Una inteligencia de ocho ruedas y cuerpo flexible que de pronto había decidido que su comportamiento no era adecuado y había cambiado el programa, rehusando distraerse. Un monstruo de ventanas selladas que seguía cada movimiento que hacían.

Más y más cerca.

—¡Sensores! —gritó Desan, girando en el polvo resbaladizo; perdió pie y lo recobró, aferró su lanza y apuntó al conjunto de sensores de debajo del parabrisas delantero.

¡*Plaf!* El cielo polvoriento se volvió azul y de pronto estaba de espaldas, patinando en la arena con las grandes ruedas batiendo la arena a uno y otro lado.

¡*El traje!*, pensó, con el horror de un espacial a la abrasión, mientras a la vez se daba cuenta de que estaba siendo arrastrado debajo del IA y que cada articulación y centro nervioso le latía conmovido por el alto voltaje de la lanza-sonda.

De pronto todo quedó muy tranquilo, la confusión se detuvo. Yacía aturdido mirando al cielo azul rojizo, y lo veía adornado por un hilo de plata.

Ya vienen —pensó, y se acordó de su clan mayor, durmiendo a sus bien educados veinte años. Un chico guapo. Hablaba con él de vez en cuando—. *Pobre chaval, el título es tuyo. Tu predecesor fue un tonto.*

Una sombra se movió sobre su cara. Era otra cara dentro de un traje, mirando la suya. Algo pesado se posó en su pecho.

—Quita —dijo.

—¡Está vivo! —gritó la voz de Bothogi—. ¡Doctora Gothon, sigue vivo!

El mundo no mostraba más cicatrices que al principio: flotaba como una esfera en el holotank junto a su estación de mando. Un gesto de su mano podía mostrarle la oscuridad del espacio; las formas iluminadas de diez naves de caza que acababan de volver del espacio profundo y que volverían a él para continuar la Misión, como esbeltos peces alzándose y hundiéndose de nuevo en un metafórico océano negro. Muchos soles habían brillado sobre sus cascos, pero aquel sol las había visto más que ninguno desde su lanzamiento inicial.

El hogar.

La estación espacial volvía a funcionar. Los cadáveres fueron enviados al sol que la Misión había buscado tanto tiempo. Y el control de la Misión estaba por el momento únicamente en manos del lord-navegante, por la circunstancia sin precedentes de la muerte simultánea de los cinco lores-magistrados. Sus clones aún no habían sido activados para empezar su mayoría de edad.

—Más tarde será el momento de despertar a los nuevos lores-magistrados — decretó Desan—, en algún otro mundo de la búsqueda. Que oigan este suceso como historia.

Cuando pueda manejarlos personalmente, pensó. Miró a Desan Seis, de veinte años, y el joven le devolvió una mirada seria con la cara que Desan había visto en el espejo hacía treinta y dos años de vigilia.

—¿Lord-navegante?

—Despertarás a tu hermano cuando nos hayamos ido de aquí, Seis.

Inmediatamente después. Permaneceré despierto gran parte de este Viaje.

—¿Despierto, señor?

—En efecto. Quiero que pienses en algunas cosas. Hablaré contigo y con Siete.

—¿Sobre los lores-magistrados, señor? Desan alzó las cejas.

—Tú y yo ya nos entendemos bastante bien, Seis. Triunfarás joven.

¿Lamentas haber perdido este tiempo?

—¡No, lord-navegante! ¡Le aseguro que no!

—Buen cerebro. Yo debería saberlo. Ve a tu puesto, Seis. Da las gracias por no tener que lidiar con el nuevo título y, además, con cinco nuevos lores-magistrados y un cisma reciente.

Desan se recostó en su asiento mientras el joven cruzaba el puente y ocupaba un puesto de tripulante, junto al capitán. El lord-navegante era más que un mascarón de proa para comandar las setenta naves de la Misión, con sus capitanes y sus tripulaciones. Que el muchacho practicara su habilidad en aquel terreno. Desan tenía intención de vigilarlo. Se inclinó a un lado con una mueca; la sacudida eléctrica que lo había tumbado entre las ruedas de la IA le había salvado de algo peor que un brazo y una pierna rotos; y el personal médico se había ocupado de ello. Tenía el brazo y la pierna casi curados, con solo un vendaje ligero de protección. También llevaba las costillas apretadamente vendadas y le dolían más que todo el resto.

Con un escaneo habían localizado, efectivamente, tres asteroides errantes, tres rumbos que los ordenadores de la estación, erróneamente, no habían registrado como en trayectoria hacia el planeta... hasta que el personal de las naves empezó a efectuar sus propias observaciones. Los asteroides fueron desviados.

Bajas. Destrucción. Luchas internas en la Misión. La culpabilidad de los lores-magistrados era completa y estaba más allá de cualquier duda.

—Lord-navegante —dijo el oficial de comunicaciones—. La doctora Gothon le devuelve su llamada.

Adiós —le había dicho a Gothon—. *No acepto su veredicto, pero dedicaré mis*

energías a perseguir el mío y permitiré que cualquiera que lo desee vaya a residir a la estación. Hay algunos voluntarios; no digo que los entienda. Pero puede confiar en ellos. Puede confiar en que los lores-magistrados han aprendido una lección. Yo se la he enseñado. Ningún miembro de esta misión verá sus opiniones censuradas mientras mi influencia persista. Y me aseguraré de ello. Duerma de nuevo y ojalá podamos vernos una vez más en nuestras vidas.

—Lo recibiré —dijo Desan, complacido y nervioso a la vez por recibir respuesta de Gothon; activó el control de comunicación. La electrónica de la nave tocó su oído, implantada para mayor comodidad. Oyó el habitual pitido y la charla de los protocolos mecánicos de comunicación, y luego la voz tranquila de Gothon.

—Lord-navegante.

—La escucho, doctora.

—Gracias por el sentimiento. Yo también le deseo bien. Le deseo lo mejor.

La placa estaba montada frente a él, sobre la consola. Millones de años atrás una pequeña sonda había salido de aquel mundo con el original. Dos alienígenas de pie, desnudos, uno con la mano alzada. Una serie de diagramas que, aunque parcialmente borrados, habían servido para guiar la Misión a lo largo de los siglos. Una sonda portadora de un mensaje. Cámaras muertas hacía siglos e instrumentos sencillos.

Saludos, extraño. Venimos de este lugar, de este sistema estelar. Mira, la mano, el apéndice de un constructor: esto tendremos en común.

Los diagramas: tenemos conocimientos; no os tememos, extraños que leéis esto, quienesquiera que seáis.

Sabios tontos.

Una vez, hacía mucho, otros tontos habían salido a su encuentro por un vasto desierto de estrellas. Tontos que habían necesitado desesperadamente pruebas, hacía un cuarto de millón de años, de que no estaban solos. Habían encontrado un artefacto alienígena cubierto de polvo, hacía muchísimo tiempo, solitario y a la deriva.

Hola, decía.

Los fabricantes, los pacíficos Antiguos, se habían convertido en leyenda. Se convirtieron en propósito, en inspiración.

El imperativo y obsesivo *por qué* que había salvado a una especie, que la había apartado de la guerra, le había dado las estrellas.

—Lo digo muy en serio, espero que descanse, doctora; guarde algunos años para los que aún no han nacido.

—Mi clon mayor está despierta. He perdido mis ilusiones de inmortalidad, lord-navegante. Pero ella confía en conocerle.

—Aún podría abandonar ese mundo y venir con nosotros, doctora.

—¿A buscar un mito?

—No es un mito. Nunca estaremos de acuerdo en eso. Doctora, doctora, ¿qué bien puede hacer su presencia ahí? ¿Qué pasa si tiene razón? Es un callejón sin salida. ¿Qué pasa si yo me equivoco? Nunca dejaré de buscar. Yo nunca lo sabré.

—Pero conocemos a sus descendientes, lord-navegante. Nosotros. Somos nosotros. Hemos esparcido su leyenda de estrella en estrella, se han convertido en una fábula. Los Antiguos. Los Pioneros. Un centenar de civilizaciones han adoptado el mito. Un centenar de civilizaciones han incorporado esa creencia durante su existencia y han engendrado otras civilizaciones que contarán su historia. ¿Qué pasará si los encuentra? ¿Los reconocerá, reconocerá lo que la evolución haya hecho de ellos? Quizá ya los hayamos encontrado, en alguno de los mundos que hemos visitado, y no los reconocimos.

Era ironía. Amable buen humor.

—Quizás, entonces —dijo Desan, a su vez—, descubriremos que la pista nos lleva de vuelta a casa. Quizá seamos sus hijos, ocho millones doscientos cincuenta mil años alejados.

—Oh, creadores de mitos. Haz tu trabajo, viajero estelar. Enreda la madeja con leyendas. Enseña fábulas a las especies que encuentres. Ilumina con ellas el universo. Tengo fe en ti. ¿Sabes?, este mundo es todo lo que vine a encontrar pero tú, hijo del viaje, tú has de tener más. Para ti el viaje es la Misión. Adiós. Ve en paz. Nada es una calamidad completa. La ecuación aquí ha cambiado por la multitud de microorganismos que han sido liberados; Bothogi ha dejado de lamentarse y ha empezado a pensar de manera completamente diferente sobre el asunto. Sus estanques de algas podrían producir otra especie esta vez, el cambio de una proteína aquí y allá en la cadena genética... ¿quién sabe lo que producirá? Un software diferente esta vez, quizá. Buen viaje, lord-navegante. Busca a tus Antiguos bajo otros soles. Nosotros esperaremos a sus descendientes aquí, bajo este.

Nieve
JOHN CROWLEY
(noviembre de 1985)

La obra de John Crowley ha sido comparada con la fantasía épica de J. R. R. Tolkien y el realismo mágico de Gabriel García Márquez. Se le considera habitualmente como un autor de fantasía mítica que mezcla libremente elementos de ciencia ficción en la estructura de su obra profundamente simbólica. Sus primeras tres novelas desarrollan tramas de fantasía en ambientes de ciencia ficción. *The Deep* relata una lucha de poder medieval que convulsiona dos casas feudales en un planeta geográficamente diferente a la Tierra pero históricamente similar. *Bestias* está ambientada en una América balcanizada del futuro cercano, donde los proponentes de un gobierno totalitario y centralizado se esfuerzan por aplastar una guerra de independencia encabezada por híbridos entre humanos y animales modificados genéticamente. *Engine Summer* es una historia de rito de paso primitivo en el marco de una América postapocalíptica que ha caído en una nueva edad oscura. La novela ganadora del premio World Fantasy, *Pequeño, grande*, supuso su alejamiento de las exploraciones de las estructuras sociales humanas en términos de ciencia ficción para pasar al tratamiento moderno de la fantasía tradicional. Teñido de elementos clásicos de la literatura romántica, el relato narra la historia de una excéntrica familia multigeneracional que vive en un mundo moderno de realidad distorsionada y que disfruta de una compenetración con el universo de las hadas amenazado por la llegada de un presidente que siente antipatía por estas criaturas. Considerada un hito de la fantasía moderna, esa *novela* marca el rumbo de la obra posterior de Crowley con su juguetona descripción de vidas normales tocadas por lo extraño y lo mágico. *Aegypto, Amor y sueño* y *Daemonomania* son las primeras tres novelas de un cuarteto con ambición de ser una historia filosófica y totalizadora que mezcle los hechos históricos con el mundo imaginario de la fantasía, el misterio de lo oculto, la metafísica del Renacimiento, la historia *alternativa*, las leyendas de búsqueda y la mitología clásica. *Noveltyes* la recopilación de cuatro relatos largos y visionarios de Crowley acerca de la creación artística. Sus relatos cortos han sido recopilados en *Antigüedades*.

o creo que Georgie se hubiese buscado una por voluntad propia: la muerte la traía sin cuidado y la sobrecogía simultáneamente. No. Había sido su primer marido —un tipo inmensamente rico y (según la descripción de Georgie) extrañamente llorón— quien

se la había conseguido. En realidad, claro está, lo había hecho para sí mismo. Él **N** hubiese sido el beneficiario. Solo que murió poco después de que la instalasen. Si *instalar* es la palabra adecuada. Después de morir su marido, Georgie se libró de la mayor parte de su herencia, la liquidó. De todos modos lo que más le había gustado de su matrimonio era el dinero; pero en realidad no era posible librarse de la Avispa. Georgie fingía que no estaba.

De hecho, la cosa en sí tenía el tamaño de una avispa de las grandes, con su mismo vuelo perezoso y mecánico. Y efectivamente era un incordio, no como insecto, sino como dispositivo de vigilancia. Y por tanto el nombre le iba como un guante: era uno de esos toques poéticos accidentales que el mundo crea inadvertidamente. Oh, Muerte, ¿dónde está tu aguijón?

Georgie fingía que no estaba, pero costaba evitarla; tenía que ser cuidadosa en su presencia; seguía a Georgie a una distancia que variaba dependiendo de sus movimientos y del número de personas que la rodeaban, de la intensidad lumínica y su tono de voz. Y siempre corría el riesgo de que le cerrases una puerta o la derribases con una raqueta de tenis.

Costaba una fortuna (teniendo en cuenta el contrato de acceso y atención perpetuo, todo pagado por adelantado) y, aunque en realidad no era frágil, te ponía nerviosa.

No grababa continuamente. Necesitaba para ello cierta cantidad de luz, aunque no mucha. La oscuridad la desactivaba. Y a veces se perdía. En una ocasión, cuando llevaba algún tiempo sin volar alrededor de Georgie, abrí un armario y salió volando, como si nada. Se fue volando a buscarla zumbando por lo bajo. Debía de llevar días encerrada.

Con el tiempo se agotó, o se averió. Muchas cosas podían salir mal, supongo, siento tan pequeños los circuitos que controlaban tantas funciones. Acabó pasando bastante tiempo golpeando con suavidad el techo del dormitorio, una y otra vez, como una mosca confundida. Luego, un día, las sirvientas la barrieron de debajo del buró, convertida en un cascarón. Para entonces había transmitido al menos ocho mil horas (ocho mil era el mínimo garantizado) de Georgie: de sus días y horas, sus entradas y salidas, sus palabras y movimientos, su ser con vida... todo archivado, ocupando apenas espacio en el Parque. Y luego, cuando llegase el momento, yo podría ir allí, al Parque, a decir una oración un domingo por la tarde, y en el tranquilo paisaje circundante (como lo describía el Parque) localizaría su cámara de descanso personal y allí, en la intimidad, gracias al milagro de los sistemas modernos de almacenamiento y recuperación de información, podría acceder a ella, con vida, a ella tal como era en todo momento, sin cambiar ni envejecer jamás, y más fresca (como decía el folleto del Parque) que en los recuerdos siempre verdes.

Me casé con Georgie por su dinero, la misma razón que tuvo ella para casarse con

otro primero, el que firmó el contrato con el Parque. Creo que ella se casó conmigo por mi aspecto; siempre le gustó el buen aspecto físico de un hombre. Yo quería escribir. Hice el cálculo que hacen más mujeres que hombres y decidí que vivir mantenido y pagado por una esposa rica me daría la libertad para hacerlo, para «desarrollarme». El cálculo no me salió mejor que a la mayoría de las mujeres. Yo cargaba con una máquina de escribir y una maleta de papeles variados desde Ibiza a Gstaad, de Bial a Londres, y tecleaba en las playas y aprendía a esquiar. A Georgie le gustaba verme vestido para esquiar.

Ahora que ese buen aspecto ha desaparecido casi por completo, puedo recordar mi antiguo yo como un joven cachas y comprobar que en cierta forma era una rareza, un tipo de persona que abunda más entre las mujeres que entre los hombres, el bello inconsciente de su belleza, consciente de que afecta profundamente a las mujeres y más o menos instantáneamente pero no sabe por qué; cree que le escuchan y le comprenden, que aprecian su alma, cuando todo lo que ven son sus ojos de largas pestañas y una muñeca fuerte, cuadrada y bronceada ejecutando un gesto encantador, apagando un cigarrillo. Es confuso. Para cuando me di cuenta de por qué me habían consentido, cuidado y escuchado durante tanto tiempo, cuando comprendí la razón por la que era interesante, ya no era tan interesante como había sido. Más o menos al mismo tiempo me di cuenta de que jamás sería escritor. La inversión de Georgie empezó a no parecerle tan buena y mi cálculos habían dejado de tener sentido; solo que para entonces, muy inesperadamente, había llegado a amar mucho a Georgie y ella, igual de inesperadamente, había llegado a amarme y a necesitarme, tanto como se puede necesitar a alguien. Realmente nunca nos separamos, aunque cuando murió hacía años que no la veía. Llamadas telefónicas, al alba o a las cuatro de la madrugada, porque ella, a pesar de sus viajes, nunca comprendió que el mundo gira y que las horas de cóctel se van con él. Era una mujer alocada, derrochadora y feliz, carente de cualquier malicia, constancia o ambición: fácil de contentar y fácil de aburrir y extrañamente serena a pesar del ritmo frenético con el que vivía. Apreciaba las cosas, las perdía y las olvidaba: cosas, días, personas. Pero se divertía, y yo me divertía con ella; ese era su talento y su destino, no siempre fácil. En una ocasión, de resaca en un hotel de Nueva York, contemplando a través de un ventanal una súbita nevada, me dijo:

—Charlie, voy a morir de diversión.

Y así fue. Jugando con la nieve en Austria. Fue de las primeras en conseguir uno de esos leopardos de nieve, bestias silenciosas tan rápidas como un fueraborda. Alfredo me llamó a California para contármelo, pero a causa de la distancia, de su acento y de sus ansias de dejar claro que no era culpa *suya*, no comprendí los detalles. Yo seguía siendo su esposo, su pariente más cercano, heredero de lo poco que tenía y, también, beneficiario del concepto de acceso al Parque. Por suerte, los servicios del Parque incluían recogerla del depósito de cadáveres de Gstaad y depositarla en la cámara de la unidad californiana. Aparte de firmar papeles y aceptar la entrega

cuando Georgie llegó en un avión de carga a Van Nuys, no tuve que hacer nada. El representante del Parque fue muy solícito y se aseguró de que comprendiese cómo acceder a Georgie, pero yo no presté atención. Supongo que soy hijo de mi tiempo. Todo lo relativo a la muerte, al hecho de morir, al destino de los restos y la situación de los vivos afrontando el hecho de la muerte me parecía grotesco, vergonzoso, inútil: alguien a quien quería estaba muerto; por tanto, voy a vestirme de payaso, hablar al revés y comprar máquinas caras para compensarlo. Regresé a Los Ángeles.

Más o menos un año después, el contenido de algunas cajas de seguridad de Georgie me llegó a través de su abogado: algunos bonos y demás, y una pequeña caja de acero forrada de terciopelo que contenía una llave, una llave con muchas muescas a ambos lados y con una cabeza de plástico liso, como la llave de un coche caro.

¿Por qué fui al Parque esa primera vez? Básicamente porque lo había olvidado. Recibir esa llave por correo había sido como encontrarse con un montón de viejas fotografías que no miraste cuando eran nuevas porque no contenían el presente pero que al envejecer acabaron conteniendo el pasado. Sentía curiosidad.

Comprendía muy bien que el Parque y su concepto de acceso podía no ser más que una broma cruel a costa de los ricos, para que no perdieran la ilusión de que podían comprar lo que no se puede comprar, como la moda criónica de treinta años antes. Una vez en Ibiza, Georgie y yo nos encontramos con una pareja alemana que tenía un contrato con el Parque; su Avispa flotaba por sus alrededores como un paráclito, y les hacía muy conscientes de sí mismos: parecían estar constantemente ensayando el espectáculo eterno que se almacenaba para sus descendientes. Sus muertes habían acabado controlando sus vidas, como si fuesen faraones. ¿Excluían, se preguntó Georgie, a la Avispa de su dormitorio? ¿O su presencia allí los animaba a esforzarse más, a demostrar el amor eterno y el vigor admirable para que los apreciaran los todavía no nacidos?

No, así era imposible escapar a la muerte, de la misma forma que no se conseguía con las pirámides o con misas a perpetuidad. No me encontraría a Georgie rescatada de la muerte. Pero había ocho mil horas de su vida conmigo, horas de verdad, almacenadas con más cuidado que en mi porosa memoria; Georgie no había excluido a la Avispa de su dormitorio, nuestro dormitorio, y ella, que nunca había fingido para nadie, no concebía fingir para la Avispa. Y también saldría yo, sin duda, atrapado sin querer por la atención de la Avispa: de esas miles de horas habría cientos de mí, y justo en esa época ese yo había empezado a resultarme problemático, a ser algo que era preciso descifrar, algo sobre lo que era preciso reunir pruebas y valorarlas. Tenía treinta y ocho años.

Ese verano, tomé prestado un permiso de acceso a la autopista (las viejas tarjetas HAPpy^[11] de la época), de un abogado del condado al que conocía y conduje por la autopista de la costa hasta el Parque, situado al final de una bonita carretera de playa,

aislado sobre el mar. Desde fuera parecía el mejor y más tranquilo de los cementerios de campo italianos, con su pared baja de estuco coronada de urnas, entre cipreses, y una puerta en arco en el centro. Una pequeña placa metálica junto a la puerta rezaba: POR FAVOR, USE LA LLAVE. La puerta se abrió, no para dar a una plaza de lápidas a la sombra sino a un pasillo en rampa que descendía: la pared del cementerio era una ilusión, todo era subterráneo. Un silencio, un silencio indefinido como la música de ascensor. Soledad: era difícil saber si los técnicos necesarios estaban discretamente ocultos o no eran necesarios. Desde luego el acceso era simplísimo, al menos en lo que se refiere a la mecánica. Incluso yo, un idiota en lo que se refería a la tecnología de la información, me daba cuenta. La Avispa era un producto de alta tecnología, pero lo que los dolientes recibíamos era tan normal como unas películas caseras o unas cartas atadas por una cinta.

Una pantalla próxima a la entrada me indicó en qué pasillo encontrar a Georgie, y la llave me dio acceso a una salita de visionado donde había un monitor de televisión de tamaño medio, dos sillas cómodas y paredes oscuras recubiertas de un material color chocolate. La triste música dulce de ascensor. La propia Georgie evidentemente estaba por allí, en la pared o bajo el suelo; no daban muchos detalles sobre el aspecto sepulcral del lugar. En el panel de control, delante de la tele, había un ojo para la llave y dos barras: ACCESO y REINICIO.

Me senté, sintiéndome un tonto y un poco asustado, también más incómodo al saberme tan deliberadamente manipulado por el mobiliario neutral y las herramientas sobrias. Me imaginé, a mi alrededor, en otros pasillos, en otras cámaras, a otros en comunión con sus muertos como lo iba a estar yo; imaginaba que los muertos les murmuraban bajo el flujo de la música de ascensor; que lloraban al ver y oír, como podría ser que me pasase a mí. Pero no oía nada. Metí la llave y la pantalla se iluminó. Las luces ya de por sí bajas se atenuaron aún más y la música calló. Pulsé ACCESO, ya que era evidentemente el siguiente paso. Sin duda, hacía mucho tiempo esos procedimientos me los habían explicado en su totalidad en la zona de carga mientras bajaban la caja de aluminio que contenía a Georgie, y yo no había prestado atención. Y en la pantalla ella se giró para mirarme, solo que no era a mí, aunque me sorprendí y tragué aire, sino a la Avispa que la vigilaba. Estaba en mitad de una frase, de un gesto. ¿Dónde? ¿Cuándo? O *ponlo en la misma tarjeta que los otros*, dijo, volviéndose. Alguien dijo algo, Georgie respondió y se levantó, con la Avispa girándose y moviéndose erráticamente para seguirla, como un aficionado con una cámara de vídeo. Una habitación blanca, sol, mimbre. Ibiza. Georgie vestía una blusa de algodón, abierta; tomó de la mesa una loción, se puso un poco en la mano y se untó el esternón pecoso. La conversación sin sentido sobre poner algo a una tarjeta siguió, acabó. Observé la habitación, preguntándome con qué año, con qué estación, me había topado. Georgie se quitó la camisa; sus pequeños pechos redondeados, de pezones grandes e infantiles, los pechos de niña que seguía conservando a los cuarenta, se agitaron delicadamente. Al salir al balcón, la Avispa la siguió, cegada por

el sol, ajustándose. *Si quieres hacerlo así*, dijo alguien. Luego alguien cruzó la pantalla, un borrón marrón, desnudo. Era yo. Georgie dijo: *Oh, mira, colibríes*.

Ella los contempló, extasiada, y la Avispa se acercó a su cabeza de pelo rubio corto, también extasiada, y la contemplé contemplar. Se volvió, descansando los codos sobre la balaustrada. No podía recordar ese día. ¿Hubiese debido? Uno de los cientos, de los miles... Miró el reluciente mar, con su cara de sonámbula, la boca parcialmente abierta y, distraídamente, se tocó el pecho con la mano de la crema. Un brillo iridiscente entre las flores era el colibrí.

Sin saber realmente lo que hacía —sentía ganas, ganas de pasado, de más— toqué el botón de REINICIO. El balcón de Ibiza desapareció, la pantalla relució vacía. Toqué ACCESO.

Al principio fue oscuridad, un murmullo; luego la oscuridad desapareció del ojo de la Avispa y apareció una escena oscura con personas. Salto. Otra gente, o la misma gente. ¿Una fiesta? Salto. Aparentemente, la Avispa, estuviese donde estuviese, se estaba activando y desactivando según los cambios de luz. Georgie vestida de oscuro dejando que le encendiesen el cigarrillo: el breve destello del encendedor. Dijo *Gracias*. Salto. El vestíbulo de un hotel. ¿París? La Avispa bruscamente la buscó entre la gente que iba y venía; no podía hacer una película, establecer planos, transiciones... solo podía seguir fielmente a Georgie, como un marido celoso, sin ver nada más. Era frustrante. Pulsé REINICIO, ACCESO. Georgie se cepillaba los dientes, en algún lugar, en algún momento.

Después de uno o dos de esos saltos terribles lo comprendí. El acceso era aleatorio. No había forma de indicar un año, un día, una escena. El Parque no había suministrado ningún programa, nada; las ocho mil horas no estaban almacenadas en absoluto, eran un caos, como el recuerdo de un lunático, como un mazo barajado. Había supuesto, sin pensarlo realmente, que empezaría por el principio y continuaría hasta alcanzar el final. ¿Por qué no era así?

También comprendí algo más. Si el acceso era realmente aleatorio, si realmente carecía de control, entonces había perdido completamente las escenas que había visto. Las posibilidades eran de ocho mil a una (¿Más? ¿Muchas más? No entiendo de probabilidades). Jamás volvería a recuperarlas pulsando la barra. Sentí una punzada de pérdida por esa tarde en Ibiza. Había desaparecido doblemente. Me senté frente a la pantalla vacía, temiendo volver a tocar ACCESO, temiendo lo que perdería.

Desactivé la máquina (la iluminación de la sala se intensificó, la música de ascensor volvió a sonar) y salí al pasillo, de vuelta a la pantalla de la entrada. La lista de nombres fue pasando lentamente, en verde, como la lista de vuelos de salida de un aeropuerto: a muchos les faltaban los códigos, lo que quizás indicaba que todavía no residían allí, que se les esperaba. Bajo la D, tres nombres y DIRECTOR: oculto entre ellos como si fuese otro de los muertos. Un número de cámara. La encontré y entré. El director parecía más bien un conserje o un vigilante nocturno, el tipo medio retirado que a menudo ves ocupándose de lugares poco frecuentados. Vestía un

blusón marrón como la túnica de un monje y preparaba café en una esquina del pequeño despacho, en el que no parecía que se resolviesen muchos asuntos. Cuando entré, alzó la vista sobresaltado, pillado por sorpresa.

—Lo siento —dije—, pero creo que no entiendo bien este sistema.

—¿Algún problema? —dijo—. No debería haber ningún problema. —Me miró con ojos bien abiertos y con timidez, esperando que no le llamasen para resolver nada difícil—. ¿El equipo funciona?

—No lo sé —dije—. No lo parece. —Le describí lo que me parecía haber descubierto sobre el acceso al Parque—. No funciona bien, ¿no? —dije—. El acceso es totalmente aleatorio...

Asentía, todavía con los ojos bien abiertos, prestando atención.

—¿Lo es?

—Es ¿qué?

—Aleatorio.

—Oh, sí. Sí, claro. Si todo funciona bien.

Durante un momento no se me ocurrió nada más que decir, contemplándole asentir tranquilizadamente.

—¿Por qué? —pregunté—. Es decir, ¿por qué no hay ninguna forma de organizar, de tener algún tipo de acceso ordenado al material? —Comencé a tener la sensación de estupidez grotesca en presencia de la muerte, como si estuviese regateando por los efectos personales de Georgie—. Parece una estupidez, si me disculpa.

—Oh no, oh no —dijo—. ¿Ha leído el material? ¿Ha leído todo el material?

—Bien, a decir verdad...

—Es tal como se describe —dijo el director—. Eso se lo puedo prometer. Si hay algún problema...

—¿Le importa —dije— si me siento? —Le sonreí. Parecía tener tanto miedo de mí y de mi queja, de mí como doliente, posiblemente enloquecido de pena e incapaz de comprender los simples límites de su responsabilidad para conmigo, que él mismo necesitaba que le tranquilizasen—. Seguro que todo está bien —dije—. Simplemente, me parece que no lo entiendo. Soy un poco tonto para estas cosas.

—Claro. Claro. Claro. —Con gesto de lástima dejó de preparar café y se sentó tras la mesa, entrelazando los dedos como si fuese un consultor—. La gente obtiene mucha satisfacción del acceso —dijo—, mucho consuelo, si lo hace con el espíritu adecuado. —Intentó sonreír. Me pregunté qué le habría cualificado para el puesto—. Sobre la aleatoriedad. Bien, está todo en los prospectos. Está la parte legal... No es usted abogado, no, no, claro, no se ofenda. Verá. El material aquí disponible no tiene otro propósito más que la comunión con los demás. Pero supongamos que estuviese programado, que se pudiese buscar. Supongamos que hubiese un problema de impuestos, de herencia o cosas así. Podría haber requerimientos judiciales, abogados por todas partes destruyendo por completo el concepto de conmemoración.

La verdad es que no se me había ocurrido. La aleatoriedad intrínseca evitaba que

se pudiese buscar en las vidas de forma sistemática. Y sin duda evitaba que el Parque se viese en el negocio del puro almacenamiento y al otro lado de muchas demandas.

—Tienes que visionar las ocho mil horas —dije—, e incluso si encuentras lo que buscas no hay forma de volver a pasarlo. Habría desaparecido. —Se estaría hundiendo en el pasado aleatorio incluso mientras lo estuvieras mirando, como esa tarde en Ibiza, esa fiesta en París. Perdido. Él sonrió y asintió. Yo sonreí y asentí.

—Le contaré algo —dijo—. Eso no lo previeron. La aleatoriedad. Fue un efecto secundario, un efecto del proceso de almacenamiento. Pura suerte. —La sonrisa se invirtió, la frente se le arrugó por la seriedad—. Verá, aquí almacenamos a nivel molecular. Por los problemas de espacio tenemos que llegar a ese nivel. Si hubiésemos optado por un almacenamiento convencional, ¿cuánto espacio hubiese hecho falta? Si el concepto de acceso se hiciera popular... Mucho espacio. Así que optamos por las trampas de vapor y el seguimiento continuo. Del tamaño de una uña. Todo está explicado en los folletos. —Me miró de una forma extraña. Tuve la sensación súbita de que me engañaban, de que me mentían, de que el hombre del blusón que tenía delante no era un experto, no era un técnico; era un charlatán, o quizás un loco que se hacía pasar por director y que no tendría que haber estado allí. Se me erizó el vello de la nuca y pasó—. De ahí la aleatoriedad —decía—. Fue un efecto de la vía molecular. El movimiento browniano. No haces más que levantar el seguimiento continuo durante un microsegundo y obtienes una reorganización a nivel molecular. Nosotros no introducimos la aleatoriedad. Las moléculas lo hacen por nosotros.

Recordaba el movimiento browniano, apenas, de las clases de física. El movimiento aleatorio de las moléculas, había dicho el profesor; era una demostración matemática. Es como el movimiento de motas de polvo que ves nadando en un rayo de luz solar, como los giros de copos de nieve en un pisapapeles de cristal con una casita nevada.

—Comprendo —dije—. Creo que lo comprendo.

—¿Hay algún otro problema? —dijo, como si creyese que podía haber otro problema, que él sabía cuál era y que esperaba que yo no lo tuviese—. Comprende el sistema, cerradura, dos barras, ACCESO, REINICIO...

—Lo comprendo —dije—. Ahora lo comprendo.

—La comunión —dijo, poniéndose en pie, aliviado, ahora seguro de que me iría pronto—. Lo comprendo. Lleva un rato aceptar la idea de la comunión.

—Sí —dije—, así es.

No iba a descubrir lo que había ido a descubrir, fuese lo que fuese. Después de todo, al final, a la Avispa no se le había dado muy bien el almacenamiento, no mejor que a mi alma más joven. Su diminuto ojo se había saltado días y semanas. No había visto bien y de lo que había visto no había podido distinguir lo olvidable de lo inolvidable, como no había podido hacer yo. No lo había hecho ni peor ni mejor que yo... exactamente igual.

Y sin embargo, y sin embargo... Ella se había puesto en pie en Ibiza, se había untado el pecho con loción y me había dicho: *Oh, mira, colibríes*. Yo había olvidado y la Avispa lo había recordado, y yo volvía a poseer lo que no sabía que había perdido, lo que no sabía que me resultaba preciado.

El sol se ponía cuando abandoné el Parque, el mar satén transformándose en espuma, golpeando aleatoriamente las rocas.

Me había pasado la vida esperando algo, sin saber qué, sin ni siquiera saber qué estaba esperando. Pasando el tiempo. Todavía seguía esperando. Pero lo que había estado esperando ya había sucedido y pertenecía al pasado.

Casi habían pasado dos años, casi, desde la muerte de Georgie; dos años hasta que, por primera y última vez, lloré por ella... por ella y por mí.

Claro que volví. Después de mucho trabajo y algunos dólares correctamente invertidos, me conseguí una tarjeta HAPpy propia. Como mucha gente de esa época, tenía tiempo de sobra, y a menudo en las tardes vacías (nunca un domingo) tomaba por la autopista descuidada y llena de hierba y recorría la costa. El Parque siempre estaba abierto. Me hice a la idea de la comunión.

Ahora, después de centenares de horas pasadas bajo tierra, ahora, cuando hace tanto tiempo que he dejado de atravesar esas puertas (creo que he perdido la llave; en cualquier caso, no sé dónde buscarla), sé que la soledad en la que me sentía inmerso era real. Los observadores a mi alrededor, los oyentes que intuía en las otras cámaras, en general solo estaban presentes en mi imaginación. Allí rara vez había alguien.

Aquellas tumbas estaban tan abandonadas como lo están habitualmente las tumbas en todas partes. O a los vivos no les interesaba demasiado visitar a los muertos —¿les ha interesado alguna vez?— o los compradores esperanzados habían acabado descubriendo el fallo en el concepto de acceso... como lo descubrí yo al final.

ACCESO y ella saca vestidos, uno a uno, del armario, se los pega al cuerpo, estudia el efecto mirándose en un espejo de cuerpo entero y los vuelve a guardar. Tiene esa expresión extraña, que solo pone cuando se mira en el espejo, una expresión que solo está destinada a sí misma, que en realidad es muy poco propia de ella. La Georgie del espejo.

REINICIO.

ACCESO. Por una curiosa coincidencia ahí está mirándose a otro espejo. Creo que a la Avispa la confundían los espejos. Se aparta, la Avispa se ajusta; hay alguien dormido, enredado en las sábanas de una enorme cama de hotel, por la mañana, un carrito del servicio de habitaciones. Oh, el Algonquin: yo mismo. Invierno. La nieve cae al otro lado del ventanal. Busca en el bolso, saca un frasco pequeño, se traga una pastilla con el café, sosteniendo la taza por el cuerpo no por el asa. Me agito, muestro una cabeza de pelo revuelto. Conversación... ininteligible. Habitación gris, luz

blanquecina de nieve, color degradado. «¿Ahora —pensé, mirándonos— la poseeré?». ¿La tomaría en la próxima hora, o ella a mí, apartando las sábanas, abriendo su pijama pálido? Ella va al baño, cierra la puerta. La Avispa mira estúpidamente, excluida, transmitiendo la puerta.

Al final pulso REINICIO.

«¿Pero qué —me pregunté— habría visto de haber tenido paciencia y esperado?».

Resulta que el tiempo también requiere un tiempo desmesurado. Su derroche, su pérdida no es un buen espectáculo. Lo divertido que pueda ser sentarse a vagar con la mirada perdida y saboreando tu propio ser toda una tarde no es nada divertido verlo. La espera es insoportable. ¿Cuán a menudo, en cinco años, en ocho mil horas de luz solar o luz artificial, podíamos haber estado juntos, cuánto tiempo habíamos invertido en hacer el amor? ¿Cien horas, doscientas horas? No era muy probable que diese con una de esas escenas; la oscuridad se había tragado la mayoría y las otras se habían perdido en los intersticios de interminables horas empleadas en comprar, leer, pasadas en aviones y coches, dormidos, separados. Era inútil.

ACCESO. Había encendido una lamparita de noche. Sola. Busca entre los pañuelos de papel y las revistas de la mesilla, encuentra un reloj, lo mira atontada, lo gira, vuelve a mirar y lo deja. Hace frío. Se entierra en las mantas, bostezando, mirando, luego lleva una mano al teléfono, pero se limita a descansar allí, pensando. Pensando a las cuatro de la madrugada. Aparta la mano, se estremece con el estremecimiento profundo y soñoliento de una niña y apaga la luz. Una pesadilla. Es un instante de la mañana, al amanecer; la Avispa dormía también. Ella duerme profundamente, sin moverse, solo mostrando la cabeza rubia sobre la colcha... y sin duda dormirá durante horas, observada con más atención, con más concentración de la que podría dedicarle ningún mirón.

REINICIO.

ACCESO.

—No lo oigo tan bien como al principio —le dije al director—. Y la definición va empeorando.

—Oh, claro —dijo el director—. Está en los folletos. Tenemos que explicarlo con cuidado. Podría ser un problema.

—¿No se trata del monitor? —pregunté—. Suponía que podía ser cosa el monitor simplemente.

—No, no, en realidad no —dijo. Me pasó el café. Con los meses nos habíamos hecho casi amigos. Creo que, aparte de tenerme miedo, se alegraba de que me pasase a verlo de vez en cuando; al menos uno de los vivos iba por allí, al menos uno hacía uso del servicio—. Se produce una *ligera* degeneración.

—Todo se está volviendo gris.

Su rostro denota profunda preocupación. No menosprecia el problema.

—Ajá, ajá, verá, la degeneración se produce a nivel molecular. Es simple física. Se vuelve más aleatorio con el tiempo. Así que se pierde... no se pierde ni un minuto

de lo grabado, pero se pierde un poco de definición. Un poco de color. Pero se estabiliza.

—¿Lo hace?

—Creemos que sí. Claro que sí, lo prometemos. *Predecimos* que así será.

—Pero no lo saben.

—Bien, bien, comprenderá que llevamos poco tiempo en este negocio. La idea es nueva. Hay cosas que no podíamos saber. —Seguía mirándome, pero al mismo tiempo parecía haberme olvidado. Cansado. Daba la impresión de que recientemente él mismo había perdido color, envejecido, perdido definición—. Puede que empiece a ver un poco de nieve —dijo en voz baja.

ACCESO REINICIO ACCESO.

Una plaza gris de piedras con dibujos, grises, palmeras agitándose. Georgie se levanta el cuello del suéter entornando los ojos debido al viento. Compra revistas en un quiosco: *Vogue*, *Harper's*, *La Mode*. *Frío*, le dice a la chica del quiosco. *Frío*. El joven que yo era la agarra del brazo: volvemos siguiendo la playa, que está desierta y cubierta de algas traídas por el mar sucio. Invierno en Ibiza. Hablamos, pero la Avispa no nos oye, el sonido del mar la confunde; parece aburrída de sus obligaciones y se queda atrás.

REINICIO.

ACCESO.

El Algonquin, una mañana terriblemente familiar, invierno. Georgie se aparta de la ventana nevada. Yo estoy en la cama y durante un momento, mirando, quedo suspendido entre dos espejos, reflejado interminablemente. Lo he visto antes; lo he vivido en una ocasión y lo recordé en una ocasión y recuerdo el recuerdo, y ahí estaba otra vez, o podía ser simplemente otra mañana, una mañana similar. Había habido muchas como esa, en ese lugar. Pero no; se aparta de la ventana, saca el frasco de pastillas, sostiene la taza de café por el cuerpo: ya antes he visto este momento, no meses antes, semanas antes, aquí, en esta cámara. He encontrado dos veces la misma escena.

«Cuáles son las probabilidades —me pregunté—, cuáles son las probabilidades de volver a dar con los mismos minutos, esos minutos».

Me agito entre las sábanas.

En esta ocasión me incliné para oír lo que iba a decir; fue algo como *pero aun así divertido*.

Divertido, dice ella, riendo, desgarrada, el sonido degradado de un fantasma gorjeando. *Charlie, voy a morir de diversión*.

Se toma la pastilla. La Avispa la sigue al baño y se queda fuera.

¿*Qué hago aquí?* —pensé, y mi corazón resonaba con fuerza y despacio—. ¿*Por qué estoy aquí?* ¿*Qué hago aquí?*

REINICIO.

ACCESO.

Plateadas calles heladas, Nueva York, Quinta avenida. Está bajando, volviéndose hacia el interior oscuro de un taxi. *No me grites*, le grita a alguien; su madre a la que no conocí, un dragón. Corre por la calle helada con sus paquetes, la Avispa al hombro. Podría tender la mano, tocarle el hombro y hacer que me siguiese al exterior. Alejarnos, perdidos en la masa incolora de tráfico y gente, imposibles de discernir en esa suavizada imagen nevada.

Algo iba muy mal.

Georgie odiaba el invierno. Durante casi todo el tiempo que estuvimos juntos huimos de él, como a principios de año, buscando el sol que se había ido a otra parte; Austria estaba bien unas semanas, los pueblecitos de juguete y la nieve azucarada y brillante, hábiles esquiadores; no era realmente el invierno lo que temía, aunque incluso en chalés calentados por el fuego era difícil desnudarla sin que se le pusiera la piel de gallina y la recorrieran escalofríos a causa de una corriente que solo ella notaba. Éramos castos en invierno. Así que Georgie huía de él: Antigua y Bali, y dos meses en Ibiza cuando florecían los almendros. Era una primavera continua y falsa, insípida, que duraba todo el invierno.

¿Cuántas veces podía haber nevado mientras la Avispa la observaba?

No muy a menudo; en contadas ocasiones, ocasiones que yo mismo hubiese podido contar de haber recordado como recordaba la Avispa. No muy a menudo. No continuamente.

—Hay un problema —le dije al director.

—Ha llegado al máximo, ¿no? —dijo—. ¿El problema de la definición?

—En realidad —dije—, ha empeorado.

Estaba sentado tras la mesa, con los brazos a ambos lados del respaldo y un falso toque rosado en las mejillas, como el maquillaje de un enterrador. Había estado bebiendo.

—No ha llegado al máximo, ¿eh? —dijo.

—Ese no es el problema —dije—. El problema es el acceso. No es aleatorio como me dijo.

—A nivel molecular —dijo—. Es física.

—No lo comprende. No se está haciendo más aleatorio. Se está haciendo menos aleatorio. Se está volviendo selectivo. Está congelándose.

—No, no, no —dijo soñador—. El acceso es aleatorio. La vida no es todo verano y diversión, ya sabe. En toda vida debe haber lluvia.

Tartamudeé, intentado explicarme.

—Pero, pero...

—¿Sabe? —dijo—, me he estado planteando dejar lo del acceso. —Abrió un cajón de la mesa; emitió un sonido vacío. Lo miró sin emoción un momento y lo cerró—. El Parque ha sido bueno conmigo pero, simplemente, no estoy

acostumbrado. Antes pensaba que podía ofrecer un servicio, ¿sabe? Vamos, demonios, ya se ha divertido, ¿qué más le importa?

Estaba furioso. Momentáneamente oí los muertos a mi alrededor; saboreé en la lengua el aire cargado y subterráneo.

—Recuerdo —dijo, inclinando la silla y mirando a otra parte—, hace muchos años, cuando me metí en el negocio del acceso. Solo que entonces no lo llamábamos así. Trabajaba en una empresa de metraje. Iba a quebrar, como quebrará este negocio; no debería decirlo, pero usted no me ha oído. En cualquier caso, era un enorme almacén con kilómetros de estantes de acero llenos de latas de películas, latas de películas llenas de viejas películas, ¿sabe? Películas de todo tipo. Y la gente del cine, si quería poner en sus películas escenas de tiempos pasados, nos llamaba y nos pedía lo que quería, encuéntrame esto, encuéntrame aquello. Y lo teníamos todo, todo tipo de escenas, pero ¿sabe lo que resultaba más difícil de encontrar? Simplemente escenas normales de la vida diaria. Quiero decir gente dedicada a sus cosas y viviendo sus vidas. ¿Sabe lo que sí que teníamos? Discursos. Gente dando discursos. Como presidentes. Podíamos tener horas de discursos, pero no gente simplemente, ¿cómo diría?, lavando la ropa, sentada en el parque...

—Podría deberse únicamente a la recepción —dijo—. Alguna cosa así.

Me miró un buen rato, como si acabase de entrar en el despacho.

—En cualquier caso —dijo al fin, girándose de nuevo—, pasé allí un tiempo aprendiendo los entresijos del negocio. Y los productores llamaban y decían «consígueme esto, consígueme más». Un productor estaba preparando una película, una película sobre el pasado, y quería escenas viejas, *viejas*, de gente muy de atrás, en verano; divirtiéndose, tomando helados; en traje de baño; conduciendo un descapotable. De hace cincuenta años. De hace ochenta años.

Volvió a abrir el cajón vacío, encontró un palillo y se lo puso en la boca.

—Así que accedí al material más antiguo. Discursos. Más discursos. Pero encontré escenas aquí y allá: gente en la calle, abrigos de piel, escaparates, tráfico. Gente vieja. Es decir, entonces era gente joven, me refiero a gente del pasado; tienen esos rostros enjutos, los reconoces. Un poco tristes. En las calles de la ciudad, apresurándose, agarrándose los sombreros. Entonces, en las películas, las ciudades eran como oscuras; coches negros en las calles, sombreros negros. Piedra. Bien, no era lo que quería. Le encontré verano, verano en color, pero era nuevo, lo quería antiguo. Seguí retrocediendo. Buscando. Lo hice. Cuanto más retrocedía más rostros enjutos veía, coches negros, calles negras de piedra. Nieve. Allí no había ningún verano.

Con pesadez se puso en pie, encontró una botella marrón y dos tazas de café. Vertió el líquido con torpeza.

—Así que no se trata simplemente de la recepción —dijo—. Supongo que el proceso lleva más tiempo con la película, pero es una cuestión de física. Todo está en la física. Basta con advertirlo de antemano.

El licor era duro, un frío destilado a partir de luz solar del pasado. Quería irme, salir, no mirar atrás. No quería quedarme a mirar hasta que solo hubiese nieve.

—Así que voy a abandonar el negocio del acceso —dijo el director—. Que los muertos entierren a los muertos, ¿no? Que los muertos entierren a los muertos.

No regresé. No regresé nunca, aunque las autopistas volvieron a abrirse y el Parque no está lejos de la ciudad en la que me afinqué. Afinqué; la palabra adecuada. Al final, te devuelve el equilibrio, incluso curiosamente la alegría, el descubrir, sin lamentaciones, que lo mejor de tu vida ya ha sucedido. Y todavía me queda en el futuro algo de verano.

Creo que hay dos tipos diferentes de memoria y que solo una empeora a medida que envejeczo: la que, por medio de un esfuerzo de la voluntad, te permite reconstruir tu primer coche, el número de serie o el nombre y el aspecto de tu profesor de física del instituto... un tal señor Holm, vestido con traje gris, con barba, delgado, de unos treinta años. La otra no empeora; en cualquier caso, se vuelve más viva. La memoria sonámbula, con la que tropiezas como dar con habitaciones provistas de puertas secretas, de tal forma que de pronto te encuentras con que no estás sentado en el porche delantero sino en un aula. Al principio no sabes dónde o cuándo, y el hombre sonriente de barba hace girar en la mano un pisapapeles de vidrio, en cuyo interior hay una casita en medio de un temporal de nieve.

No hay acceso a Georgie, pero de vez en cuando, impredeciblemente, cuando estoy sentado en el porche, empujando el carrito de la compra o de pie junto al fregadero me visita un recuerdo de ese tipo, vivo y asombroso, como un hipnotizador chasqueando los dedos.

O como esa curiosa experiencia que te sobreviene en ocasiones cuando estás a punto de dormir: oyes cómo alguien que no está presente susurra claramente tu nombre.

Rata
JAMES PATRICK KELLY
(1986)

James Patrick Kelly empezó a escribir para revistas y antologías a finales de los setenta y no tardó en labrarse una reputación como escritor de historias bien narradas, con una gran diversidad de enfoques y temática ecléctica. Gran parte de su ficción se sustenta en el comentario social. En «Death Therapy» imagina un futuro en el que el sistema judicial usa la muerte simulada para rehabilitar a los criminales. «Still Time» y «Crow» presentan puntos de vista contrapuestos sobre el comportamiento humano típico bajo la sombra de la guerra nuclear. «Pogrom» habla de la brecha generacional en términos de una futura guerra civil. «Big Guy» explora la desintegración de las relaciones y las interacciones entre personas en un mundo en el que se acelera el desarrollo de las telecomunicaciones y la realidad virtual. La narrativa breve de Kelly ha sido recopilada en *Think Like a Dinosaur and Other Stories*. Como novelista ha escrito *Planet of Whisper* y *Look into the Sun*, sobre la vida en el planeta Aseneshesh, donde los conflictos políticos y religiosos reflejan los problemas que afligen a los países del Tercer Mundo en la Tierra. Su novela *Wildlife* explora los roces entre progenitores y descendencia en el contexto de la ingeniería biogenética, con la historia de una joven que se rebela contra la personalidad y el destino que su padre ha diseñado para ella. También ha colaborado con John Kessel en *Freedom Beach*.

Rata había metido el polvo en cuatro cápsulas de plástico que luego se había tragado. A juzgar por el dolor que sentía en las costillas, estaban a punto de entrarle en el duodeno. Todavía quedaba tiempo de sobra. El tren bala llevaba casi dos horas atravesando el vacío del túnel TransAtlántico; pronto llegarían a Autoridad Portuaria/Koch. Lo de la aduana ya estaba arreglado, según el mariscal. Todo lo que Rata tenía que hacer era volver a su nido, cerrar la puerta inteligente una vez dentro y hacer correr la voz por sus redes protegidas. Tenía suficiente Amarillo Argelino para pulverizar al menos la mitad de los cerebelos del East Side. Si el negocio salía bien, sería lo suficientemente rico como para bañarse en Dom Perignon y secarse usando como toalla tapices de Gromaire. Otro pinchazo de dolor le recorrió el costado derecho. Instintivamente, su pata trasera salió del asiento y arañó el aire.

Solo había un problema; Rata había decidido dejar fuera al mariscal. Eso implicaba que tenía que despistar a la agente del viejo antes de llegar a casa.

La agente se le había pegado en Marsella. Tenía el pelo rubio y lo llevaba

trenzado en coletas. Tenía pecas y llevaba aparatos de ortodoncia. Sus diminutos pechos abultaban más bien poco bajo la seda del modesto suéter de cuello alto. Era mona. Probablemente tenía el mismo aspecto desde hacía veinte años y seguiría igual otros veinte si primero no paraba una bala con el cuerpo o la cortaba por la mitad algún láser de seguridad que únicamente rastreaba calor y que no podría ver (ni le importaría) lo mona que era. Según sus pasaportes eran el señor Sterling Jaynes y su hija Jessalyn, de Forest Hills, Nueva York. Tecleaba algo en su portátil. ¿Deberes? ¿Una carta a algún novio? Lo más probable es que estuviera irrumpiendo en alguna base de datos corporativa mediante un programa bisturí que ella misma había diseñado.

—*Ne fais pas semblant d'étudier, ma petite* —dijo Rata—. *¿Que fais-tu?*

—Oh, papi —dijo ella, poniendo morritos—, ¿no podemos volver al inglés normal y corriente? Después de todo, casi estamos en casa. —Inclinó su portátil para que Rata viera la pantalla. Decía: «Dos filas más atrás, segundo asiento contando desde el pasillo. Federal. Si supiera que transportas algo te lo sacaría con un cuchillo y luego se limpiaría el trasero con tu pellejo». Le dio a una tecla y el mensaje desapareció.

—Muy bien, cariño. —Arqueó la espalda, luchando contra la oleada de adrenalina que le hacía chasquear los incisivos—. ¿Sabes?, así de pronto me ha entrado hambre. ¿Tomamos algo aquí en el tren o esperamos a llegar a Nueva York? —Solo la agente vio su gesto en dirección al federal.

—¿Por qué no esperamos a llegar a la estación? Habrá más dónde elegir.

—Como quieras, cariño. —Quería que se encargara del federal inmediatamente, pero no se atrevía a decir nada más. Se lamió las manos y, para pasar el rato, se dedicó a arreglarse el pelaje de detrás de sus gruesas y cortas orejas.

La sala de llegadas internacionales de la terminal Koch estaba anormalmente tranquila para un jueves por la noche. A Rata le olía a encerrona. Los pasajeros del bala atravesaron la vastedad de mármol en dirección a los distantes puestos de aduana. Rata iba desarmado; si había pelea, la agente tendría que poner la artillería. Pero Rata no era un luchador, era un corredor. Sus instrucciones eran pasar por el Puesto Número Cuatro. Mientras hacían cola, Rata divisó detrás de ellos al vigilante federal. El clásico hombre invisible: ni guapo ni feo, peso medio, estatura media, pelo castaño, traje oscuro, camisa blanca. Parecía aburrido.

—¿Algo que declarar? —La funcionaria de aduanas también parecía aburrída. Todo el mundo parecía aburrido excepto Rata, que tenía drogas por valor de dos millones de nuevos dólares en la tripa y a un federal dispuesto a sacárselas a cuchilladas.

—Sostenemos como evidentes estas verdades —dijo Rata—, que todos los hombres son creados iguales. —Forzó una débil sonrisa, como si hubiera dicho algo ingenioso y no la contraseña.

—¡Papá, por favor! —La agente fingió azoramiento—. Lo siento, señora; es su

idea de una broma. Es la Declaración de Independencia, ya sabe.

La funcionaria de aduanas sonrió mientras le revolvía el pelo a la agente de aspecto infantil.

—Ya lo sé, querida. Por favor, ponga su equipaje en la cinta transportadora. —Le dedicó una obligada mirada al monitor mientras las maletas pasaban por el escáner y luego asintió hacia Rata—. Gracias, señor, que tenga un buen... —La falsa cortesía murió en sus labios cuando se percató de que el federal apartaba a la gente de la cola para abrirse camino hacia ellos. Rata la vio girar y salir corriendo hacia la salida en el mismo momento en que la agente arrojaba su portátil al escáner. El portátil lanzó un dedo azul de descarga eléctrica por sus aristas hacia la lente magnética justo antes de que las luces que había encima resplandecieran como novas y se quemaran. El suministro de emergencia falló también. El hocico de Rata se llenó del olor acre del fuego eléctrico. Gritos y chillidos atravesaron la oscuridad, golpes y estampidos: el golpeteo enloquecido de una estampida ganando ímpetu.

Se dejó caer a cuatro patas y se escabulló por el suelo. La terminal Koch era su territorio. Había marcado sus múltiples niveles con rastros de olor. Encontraría el camino incluso en la oscuridad más absoluta. Pero en sus prisas arremetió de cabeza contra un par de rodillas enfundadas en medias y un peso chillón cayó sobre él, dejándolo sin aire en los pulmones. Sintió una puñalada helada en sus cuartos traseros y arañó el suelo con las patas traseras. Sintió humedad en los dedos y soltó un chillido. Hubo un grito en respuesta y la punta de un zapato se incrustó contra él, propulsándolo por el suelo. Rodó sobre su costado izquierdo y consiguió levantarse y salir corriendo. Subió por escaleras mecánicas inmóviles y atravesó salas alfombradas. Se irguió en todos sus sesenta y seis centímetros de altura, sus manos arañando lo que tocaban hasta que encontró la barra de la puerta de emergencia. Se abalanzó sobre ella, una sirena aulló y la puerta se abrió con un silbido, precipitándolo a un callejón. Se quedó allí tendido un momento, jadeando, con medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera de la terminal Koch. Completamente seguro de que se estaba muriendo desangrando, se tocó la zona fría de la espalda. Una sustancia púrpura y pegajosa, la olisqueó y luego la probó. Helado. Rata echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El chillido agudo resonó en el callejón desierto.

Pero no había tiempo que perder. Ya oía el zumbido de los deslizadores de la policía que descendían del cielo nocturno. El apagón los mantendría ocupados un rato; Rata estaba más preocupado por el federal. Y por la agente. Saldrían pronto y andarían buscándolo. Rata se escabulló por el callejón hacia la calle. Echó un vistazo a la terminal, un agujero negro en medio de la galaxia de inmoralidad holográfica que era la calle Cuarenta y dos. Unos cuantos polis con linterna intentaban luchar contra la corriente de viajeros presas del pánico que se vertía por las puertas abiertas. Rata se alisó el pelaje enmarañado y se apartó del desastre, caminando hacia el centro. Su instinto le decía que saliera corriendo, pero se obligó a demorarse como un paleta en busca de las oportunidades de diversión de la gran ciudad. Sonrió a los proxenetas y

se dedicó a contemplar los escaparates de las tiendas. Se paró delante de un par de anuncios sexuales especulares (¡CHICAS! ¡EN VIVO! ¡CHICAS! Y ¡EN VIVO! ¡CHICAS! ¡EN VIVO!), para olisquear el sudor cargado de feromonas de un andrógino cebo robótico que hacía la calle. El robot, tal como se esperaba, llevó la mano a la entrepierna de Rata, pero Rata lo apartó de un empujón y continuó su camino con un siseo. Al final, seguro de que no le seguían, activó su cartera y se conectó a la transred para pedir un aerotaxi. La cartera le informó de que habían acordonado el espacio aéreo del centro de la ciudad para facilitar las labores de rescate en la terminal Koch. Le aconsejó usar el metro o un taxi normal. Ya que no tenía intención de introducir un chip de identidad (¡ni siquiera uno falso!), en las máquinas del metro, se subió al bordillo y observó el tráfico.

El taxi clásico reconstruido que se paró a su lado era una amalgama de plástico naranja y armadura de acero inoxidable.

—No salgo de Manhattan —dijo un altavoz situado en la luz del techo del vehículo—. Ni subo más allá de la Ciento diez. —Rata asintió y las cerraduras de las puertas saltaron. El compartimiento de pasajeros olía a clorobenzilmalononitrilo y a orina.

—Al Búnker de la Primera Avenida —dijo Rata, olisqueando—. Cristo, aquí atrás apesta. ¿Quién ha sido tu último pasajero... el circo?

—Un buscaproblemas. —Las conexiones del altavoz estaban sueltas, lo que le daba una resonancia chirriante a la voz de la taxista—. Le he soltado una entera de gas lacrimógeno en el morro.

Rata ya había visto las rejillas en el suelo. Examinó el registro del taxi en la penumbra. Alguien había grabado encima un lema usando un láser, probablemente con uno de esos nuevos punteros Mitsubishi. «Liberad a los muertos». Rata sonrió: los muertos eran su clientela. Los que habían optado por el camino del polvo. De doce a dieciocho meses de gloriosa adicción: orgasmos sintéticos, alucinaciones recurrentes que llevaban a una sobrecarga sensorial absoluta y a una experiencia de muerte extática. Una dosis era todo lo que hacía falta para empezar a recorrer el camino del polvo. Los federales estaban intentando cortar el suministro, con graves consecuencias para los muertos. Podían vivir unos cuantos meses más sin el polvo, pero su alegre viaje por el camino polvoriento se transformaba en una maratón de dolor y locura por el síndrome de abstinencia. De cualquier modo, estaban muertos. Rata se reclinó en el asiento. La pintada láser era un buen presagio. Metió la mano en el bolsillo y sacó una tira de cuero empapada en una receta particular de anfetaminas solubles en lípidos y empezó a roerla.

De vez en cuando oía a la taxista comprobando la red del Departamento de Policía de Nueva York, manteniéndose al tanto de estallidos de violencia o barricadas de peaje de las bandas callejeras. Tuvieron que desviarse hacia la fuertemente protegida Park Avenue y hacer todo el camino hasta la Cincuenta y cinco antes de poder girar hacia el Búnker. Originalmente construido para proteger a los

diplomáticos de las Naciones Unidas de los terroristas, el Búnker se había convertido en edificio residencial tras la disolución de la ONU. Se decía que era «la dirección más segura de la ciudad». Rata sabía la verdad y por eso tenía instalada una puerta inteligente de última generación. El edificio tenía fama de que la mayoría de sus propietarios eran candidatos o bien para una destrucción de personalidad o para unas largas vacaciones en una granja federal.

—Eh, Pasajero —dijo la taxista—, la red dice que los muertos van a montar jaleo frente a tu puerta. ¿Atravesamos o nos vamos?

El pelaje a lo largo de la columna vertebral de Rata se erizó.

—¿Polis?

—Los están dejando jugar, por ahora.

—¿Tienes armadura para pasar?

—Coño, sí. Podría atravesar con este trasto hasta la mismísima zona cero por el precio adecuado. —La risa de la taxista era extática—. No te preocupes, bunkerito. Les daré a esos chicos muertos una dosis de mi viejo gas CS y estarán demasiado ocupados rascándose los ojos para darnos problemas.

Rata intentó alisarse el pelaje. Podía atravesar el barullo y quedarse atascado. Pero, si esperaba, el federal o la agente no tardarían mucho en estar pisándole la cola. Rata no dudaba de que ambos habían conseguido plantarle localizadores encima.

—Por supuesto, atravesar disturbios no sale barato —dijo la taxista.

—Triple tarifa. —La tarifa ya estaba por encima de los doscientos dólares por un viaje de quince minutos—. Ve por el garaje número dos, el que tiene la puerta amarilla. —Sacó su cartera y empezó a pulsar las teclas luminiscentes—. Estoy enviando el código de reconocimiento.

Oyó a la taxista notificar a los polis que iban a pasar. Rata sintió cómo aceleraba el taxi cuando atravesaron el cordón, vio de pasada luces estroboscópicas, polis con armadura azul, un tanque tachonado de cañones de agua a presión. Repentinamente, el taxi frenó y Rata chocó contra el arnés de los hombros. Los sólidos neumáticos del vehículo rechinaron y se oyó algo que golpeaba la capota. Iban a paso de tortuga y los muertos los rodeaban por completo.

Rata no veía lo que ocurría delante porque la taxista iba protegida de sus pasajeros por una placa de acero. Pero las ventanillas se llenaron de rostros sudorosos, sangrantes y llorosos. Caras retorcidas, caras lloriqueantes, caras grabadas con las agonías de la abstinencia. La insonorización amortiguó sus aullidos. El miedo y el júbilo se apoderaron de Rata mientras los veía pasar. «Si supieran lo cerca que están de una dosis de polvo», pensó. Imaginó los rostros muertos royendo la armadura del taxi en un frenesí, deteniéndose solo para escupir dientes rotos. Era maravilloso. El disturbio era la prueba de que el mercado para el polvo seguía al rojo vivo. Los muertos debían de estar desesperados para atacar el Búnker por una dosis. Decidió incrementar el precio de su polvo otro diez por ciento.

Rata oyó un estrépito en el techo; luego alguien empezó a dar saltos. Era como

estar dentro de un timbal. Rata hundió sus garras en el asiento y arqueó la espalda.

—¿A qué esperas? ¡Gaséalos, coño!

—Eh, Pasajero, esa cosa no es barata. Vamos bien... ya casi estamos.

Una mujer con el cabello ensangrentado pegado al cráneo apretó la boca contra la ventanilla y gritó. Rata se tensó sobre sus cuartos traseros e hizo gestos de mordisco hacia ella. Entonces vio el puntero en su mano. En el último momento, Rata se tiró hacia atrás. El puntero brilló y el compartimiento de pasajeros se llenó con el olor a plástico fundido. Una aguja de luz coherente le chamuscó el pelaje del flanco izquierdo; chilló y se tiró al suelo, temblando.

La taxista abrió los conductos exteriores de gas y, de repente, las caras se apartaron de las ventanas. El taxi aceleró, dando botes según pasaba por encima de los muertos caídos. Hubo una transición deslumbrante entre la oscuridad de la violenta noche y la calma iluminada por focos del garaje número dos. Rata volvió al asiento y miró por la ventanilla trasera justo a tiempo de ver cerrarse las puertas hidráulicas exteriores. Algo quedó atrapado entre ellas, algo que reventaba y rociaba líquido. La puerta interior rodó a su sitio como un telón que señalaba el fin de un sangriento acto final.

Rata ya casi estaba en casa. Se acercaron dos guardias de seguridad con armadura. Los seguros del taxi saltaron y Rata salió. Uno de los guardias le apuntó con un reventador a la cabeza; el otro le ofreció un lector de huellas. Apretó el pulgar y el ordenador del Búnker verificó de inmediato su identidad.

—Buenas noches, señor —dijo uno de los guardias—. Hay un poco de jaleo ahí fuera esta noche. ¿Ha traído equipaje?

La puerta del conductor del taxi se abrió y Rata oyó el zumbido de motores eléctricos y un brazo mecánico bajó la silla de ruedas de la taxista al suelo del garaje. Era una mujer de cabello gris con una mirada velada por cataratas, con aspecto de tener que estar en un asilo de algún lugar de Nueva Jersey. Una manta de punto le cubría las piernas atrofiadas.

—Has dicho triple. —El brazo del taxi liberó la silla de ruedas, que rodó hacia Rata—. Seiscientos sesenta y nueve.

—Sin equipaje. —Ahora que estaba a salvo en el Búnker, Rata lamentaba su generosidad inducida por el pánico. Una transferencia de su propia cuenta era impensable. Deslizó su último chip burbuja de mil dólares en el lector de tarjeta de la cartera, transfirió 331 dólares a una cuenta de lavado de dinero de las Bahamas y luego dejó caer el chip en la mano tendida. Lo aceptó con suspicacia; por un momento esperó que la mujer mordiera el chip como a veces ocurría en la televisión fósil. La gente vieja lo ponía nervioso. En lugar de eso, insertó el chip en su propio lector y le miró con ceño.

—¿No me das propina? Rata olisqueó el aire.

—Te doy un consejo: no recojas a desconocidos.

Uno de los guardias soltó una risita ahogada. El otro señaló la abertura de la silla

de ruedas un milisegundo demasiado tarde. Con un *plop* húmedo la silla emitió una bola de gas fétido que se abrió como una flor maligna justo debajo de los bigotes de Rata. Uno de los guardias intentó agarrar la parte de atrás de la silla, pero la vieja taxista retrocedió súbitamente, pisándolo. El otro la apuntó con su reventador.

La taxista sonrió como una abuelita infernal.

—Está por debajo del índice de contaminación. No hay ninguna ley que prohíba dejar un poco de peste, chavales. Y no queréis hacerme daño. Mi trasto monitoriza mis constantes. Si desaparecen, se vuelve loco.

El guardia con el pie herido dejó de saltar a la pata coja. El guardia con el arma se encogió de hombros.

—De usted depende, señor —le dijo a Rata.

Rata se golpeó la sien repetidas veces con la palma de la mano y luego enterró el hocico en el sobaco. Todo lo que podía oler era a hamburguesa rancia con salsa sulfúrica.

—Dejadlo. No tengo tiempo.

—¿Sabes? —dijo la taxista—, nunca salgo del taxi, pero quería ver qué tipo de persona vivía en un lugar como este. —Los servos chirriaron cuando el brazo encajó sus dedos en la silla— y ahora ya lo sé. —Se rio como una bruja mientras el brazo la devolvía al interior del taxi—. Aparcaré al lado de la puerta. Los polis dicen que están listos para barrer la calle.

Los guardias condujeron a Rata a la batería de ascensores. Entró en uno que tenía la puerta abierta, apretó el lector de huellas digitales y dijo su código de acceso.

—Buenas noches, señor —dijo el ascensor—. ¿Irá directamente a su alojamiento?

—Sí.

—Muy bien, señor. ¿Quiere un listado de los servicios comunales que están abiertos en este momento para su uso?

No había forma de hacer callar la publicidad del edificio, así que pasó de ella y se puso a intentar sacarse el hedor del pelaje a lametazos.

—En la piscina solo se puede nadar en las calles señalizadas para ello —dijo el ascensor mientras se cerraban las puertas—. Todos los entornos excepto la sala ingrávida están en uso. Los tanques de privación sensorial estarán ocupados hasta las once. El servicio de cuerpos de alquiler carece actualmente de modelos femeninos; pedimos disculpas por las molestias...

La caja descendió dos pisos y medio y se detuvo justo antes del subsótano. Rata alzó la vista y vio que un hueco oscuro se abría entre los paneles luminosos. La agente se descolgó por él.

—... el holoterapeuta estará fuera de servicio hasta las ocho de la mañana, pero las cabinas sexuales interactivas permanecerán abiertas hasta medianoche. La farmacia...

Parecía que hubiera hecho esquí acuático por las alcantarillas. Tenía el pelo rubio mojado y sucio; había perdido uno de los lazos de las coletas. Llevaba los vaqueros

desgarrados a la altura de las rodillas y tenía un arañazo muy feo en una mejilla. El suéter de seda de cuello alto se le pegaba, empapado. Pese a su desaliño, la mano que sostenía el puntero láser estaba firme como el tallador de un joyero.

—Parece que hay un problema de poca importancia —dijo el ascensor en tono tranquilizador—. No hay necesidad de alarmarse. Esta unidad ha quedado fuera de servicio temporalmente. Mantenimiento ha sido informado y trabaja para resolver el problema. En caso de emergencia, por favor, póngase en contacto con seguridad. Lamentamos las molestias.

La agente disparó una ráfaga de luz al panel selector; el panel escupió fuego antes de oscurecerse.

—¿Dónde demonios estabas? —dijo la agente—. Dijiste que si nos separábamos nos reuniríamos en el McDonald's de Times Square.

—¿Y dónde estabas tú? —Rata se alzó sobre sus cuartos traseros—. Cuando llegué allí el lugar estaba a rebosar de polis.

Se quedó inmóvil cuando la punta del puntero destelló. La agente empezó a trazar aproximadamente la silueta de Rata sobre la puerta de acero inoxidable que tenía detrás.

—Que le den a tus mentiras —dijo. El haz le pasó tan cerca que Rata notó cómo se le rizaba el pelo por el calor—. Quiero el polvo.

—¡Alerta de intruso! —gritó el ascensor herido. En su voz artificial había una nota de alarma—. Seguridad informa de personas sin autorización presentes en el complejo. Se insta a los residentes a regresar inmediatamente a sus apartamentos y a conectar todos sus sistemas de seguridad personales. No se alarmen. Lamentamos las molestias.

Las escamas de la cola de Rata se hincharon.

—Teníamos un trato. El mariscal necesita mis redes de distribución para colocar su producto. Así que salgamos de aquí antes de que...

—El polvo.

Rata se lanzó sobre ella con un chillido de odio. Sus garras aferraron el suéter y la golpeó repetidamente en el cuello, abriendo un surco en su garganta con sus enormes incisivos rojos. Desconcertada por la celeridad y ferocidad del ataque, la agente dejó caer el puntero e intentó empujar a Rata contra la pared. Se mantuvo agarrado a ella, acosándola y farfullando rabiosamente. Cuando la agente retrocedió a trompicones hasta ponerse debajo de la trampilla de emergencia abierta en el techo del ascensor, volvió a saltar. Trepó hasta el techo del ascensor, se aferró al inductor y se escabulló hacia los cables. Había luz en el hueco del ascensor procedente de más arriba; guardias armados habían forzado la puerta y descendían por el hueco. Rata saltó desde los cables hasta el contrapeso, recorriendo metro y medio de aire, y se acurrucó, intentando usar el contrapeso como escudo contra los disparos de la agente. La defensa final fue corta y poco gloriosa. La agente lanzó una granada lumínica por la trampilla con la esperanza de cegar a los guardias y luego intentó trepar por la

abertura. Rata oyó el chillido de las ráfagas de reventador. Esperó hasta que olió el aroma a carne cocida y plástico chamuscado antes de emerger de las sombras y hacer señales al equipo de seguridad.

Un grupo de guardias que no paraban de disculparse escoltó a Rata en el ascensor hasta el subsótano de almacén donde vivía. Cuando había considerado mudarse al Búnker, el agente inmobiliario se había mostrado poco dispuesto a alquilarle las habitaciones abandonadas, insistiendo en que viviera por encima del nivel del suelo como los demás residentes. Pero todas las suites que le enseñaron eran inaceptablemente abiertas, luminosas, limpias y ventiladas. Rata prefería con mucho su húmeda mazmorra, donde los olores permanecían en el aire inmóvil. Le gustaba quedarse dormido con el ronroneo del sistema de ventilación del piso de arriba y dormía con más facilidad sabiendo que estaba lo más lejos posible del hedor de otras personas.

Los guardias lo escoltaron hasta la reluciente puerta inteligente de metal y miraron discretamente mientras introducía su contraseña en el teclado numérico. Se lo había hecho construir a medida a Mosler, de forma que reconociera chillidos de alta frecuencia muy por encima del rango audible para los humanos. La llamó y luego apretó sus dedos contra el lector. Sus intestinos se le habían aflojado de terror durante la lucha y las cápsulas le habían empezado a dar unas punzadas terribles. Tuvo que esforzarse por no defecar allí mismo en el umbral. La puerta percibió a los guardias y pitó para alertarlo de su presencia. Pulsó la secuencia de anulación con impaciencia y la puerta se abrió con un suspiro.

—Que tenga buena noche, señor —dijo uno de los guardias mientras él se escurría en el interior—. Y no se preocupe acerc... —La puerta, al cerrarse, ahogó la voz del guardia.

Contra todo pronóstico, Rata lo había logrado. Se quedó quieto un momento, con la cola azotando la puerta, y dejó que el magnífico caos de su apartamento le calmara los tensos nervios. Se había ganado su recompensa: el polvo era todo suyo. Ya nadie podía quitárselo. Se vio a sí mismo en un fragmento de espejo apoyado contra una lata vacía de aerosol THC y se revolcó de alegría. Era la rata más rica del East Side, quizá de toda la ciudad.

Escogió su camino a través de un laberinto formado por una maraña de estantes de metal combados por el peso, abandonados hacía años, posiblemente décadas. La administración del Búnker se había ofrecido a sacar los estantes y su contenido antes de que se mudara; Rata había insistido en que los dejaran tal cual. Cuando la inspectora de seguridad había ido a aprobar el nuevo sistema antiincendios por aspersión recién instalado, se había quedado tan horrorizada por la acumulación de basura en los estantes que había amenazado con clausurar el lugar. Le había costado un riñón comprarla, pero había merecido la pena. Desde entonces, el tesoro de basura de Rata se había duplicado. Nadie lo había visto en años, aparte de Rata y alguna que otra cucaracha.

Relajado al fin, Rata se detuvo para prepararse un aperitivo de su colección de zapatos; le gustaba el aroma del cuero de calidad envejecido, y lo roía y roía cuando podía. Aliado de su colección de zapatos había un montón de libros: su biblioteca particular. Una de sus exquisiteces favoritas era una primera edición de *Hojas de hierba* que había robado de una colección de libros raros en la biblioteca pública de Nueva York. Para celebrar su regreso a casa sano y salvo, arrancó la página 43 y la añadió al aperitivo. Arrastró el zapato hasta un montón de escombros y dejó atrás unos estantes llenos de chatarra electrónica: monitores con la pantalla rota y máquinas de escribir estropeadas, hornos microondas y aspiradoras. Casi había llegado a su nido cuando el federal salió de detrás de una mugrienta bandera húngara que colgaba de un tubo fluorescente roto.

Sobresaltado, Rata se lanzó instintivamente hacia la grieta de la pared donde había hecho su nido. Pero el federal era demasiado rápido. Rata no reconoció el arma; cuando siseó perdió toda sensación en sus cuartos traseros. Aterrizó hecho un guiñapo, pero continuó arrastrándose, lenta y dolorosamente.

—Tienes algo que quiero. —El federal le pegó una patada. Rata se deslizó sobre el suelo de cemento hacia la grieta, dejando a su paso un leve rastro de excrementos. Rata continuó arrastrándose hasta que el federal le pisó la cola, inmovilizándolo.

—¿Dónde está el polvo?

—No... yo no...

El federal volvió a pisarlo; el peroné izquierdo de Rata se rompió como plástico barato. No sintió dolor.

—El polvo. —La voz del federal temblaba de manera extraña.

—Aquí no. Es demasiado peligroso.

—¿Dónde? —El federal lo soltó—. ¿Dónde?

Rata se sorprendió de ver que al federal le temblaba la mano con la que sostenía el arma. Por primera vez miró al hombre a los ojos y reconoció el delator tono amarillento. Rata se dio cuenta de que había interpretado mal la expresión del federal en Koch. No estaba aburrido. Estaba *vacío*. Durante un momento no fue capaz de creer su increíble buena suerte. «Gana tiempo —se dijo—. Tienes una oportunidad». Aunque estuviera acorralado, sabía que su instinto de lucha era erróneo.

—Te lo puedo conseguir si me sueltas —dijo Rata—. Diez minutos, quince. Parece que lo necesitas.

—¿De qué me hablas? —La fachada del federal empezaba a derrumbarse y Rata supo que el hombre ya era suyo. El federal quería el polvo para sí. Era un muerto.

—No hace falta que lo pases mal —dijo Rata—. Hay un terminal en mi nido. En la grieta. Diez minutos. —Empezó a arrastrarse hacia el nido. Sabía que el federal no se atrevería a intentar detenerlo; el hombre ya estaba profundamente metido en el mono—. Solo diez minutos y tendrás todo el polvo que quieras. —El pobre idiota no podría luchar contra la riada de neuroreguladores que bombeaba enloquecidamente entre sus sinapsis. Se derrumbaría en cualquier momento, dejaría caer el arma de sus

manos temblorosas. Rata llegó a la grieta y se escurrió hacia la reconfortante oscuridad.

El nido estaba construido en un carrito de supermercado de un siglo de antigüedad y un banco del metro roto. Rata había rellenado los huecos con trozos de caucho sintético, un tapacubos, tarjetas de felicitación de plástico, fundas de disco, bolsas, una señal de prohibido aparcar y una colección de huesos. Trepó y se acomodó en el suave lecho de billetes de mil dólares a tiras. Las ganancias de seis años de chanchullos y traiciones, unas pocas docenas de asesinatos y varios miles de muertes polvorientas.

El federal empezó a sollozar mientras Rata encendía su terminal para avisar a seguridad.

—Alguien me la jugó, algún hijo de puta cabrón me la metió, no sé cuándo fue, creo que en Barcelona... Sarah se moriría si me viera... —Se echó a llorar—. Quería entregarme... Siguen investigando nuevos tratamientos, ya sabes, pero no es justo, ¡maldita sea! La tasa de éxito supera el... Hice mi primera compra hace solo dos semanas. Dios, si parece que... Maté a un hombre por el polvo de mierda... Pero tienen razón es, es, es, no puedo describir lo que se siente...

Los dedos de Rata volaron por el teclado, describiendo su situación, la disposición de la habitación, estrategias para el asalto. Había anulado la secuencia de reconocimiento de la puerta inteligente. Sería un poco arriesgado, pero los de seguridad podían acabar con el federal si eran rápidos y tenían cuidado. Mejor arriesgarse a un ataque por sorpresa que intentar negociar con un hombre muerto y armado que se caía a pedazos.

—Debería matarme... Sería lo mejor, pero no se trata solo de mí... He visto a niños de diez años... Qué tipo de alimaña vendería polvo a los niños... Debería matarme y matarte. —Algo cambió en la voz del federal cuando Rata terminaba su transmisión—. Y matarte a ti. —El hombre se agachó e introdujo el brazo en la grieta.

—Ya viene —dijo Rata atropelladamente—. Por mensajero. Diez dosis. Cuando llegues a la puerta ya debería haber llegado. —Veía la mano y se enterró en el montón de dinero putrefacto—. Espera junto a la puerta, ¿me oyes? Aparecerá en cualquier momento.

—No lo quiero. —La mano era tan grande que bloqueaba la luz.

A Rata se le erizó el pelaje y arqueó la espina dorsal.

—Quédate tu polvo de mierda.

Rata oía a los guardias abriéndose camino entre la basura. Oyó el estrépito de estantes que caían. Qué torpes eran aquellos hombres.

—Es a ti a quien quiero. —La mano tanteó entre los billetes desgarrados en busca de Rata. No dudaba de que el federal podía aplastarlo con la mano: era enorme. Podía contar las líneas de la palma en la oscuridad, seguir los remolinos de las huellas digitales. Parecían girar en el cerebro de Rata... estaba perdiendo el control. Se dio

cuenta de que una de las cápsulas debía de haberse roto, vertiendo una megadosis de polvo Amarillo Argelino en sus tripas. Con claridad alucinatoria, imaginó torrentes de chispas en su sangre, incendiando sus neuronas como yesca. De repente ya no importaban los guardias. Nada tenía importancia excepto que estaba acorralado. Cuando ya no pudo refrenar su instinto de ataque, la mano del federal se cerró sobre él. El hombre era más fuerte de lo que Rata había imaginado. Mientras el federal lo arrastraba, arañando y mordiendo, hacia la luz, el único pensamiento de Rata era lo atterradoramente grande que era el hombre. Mucho más que una rata.

Los osos descubren el fuego

TERRY BISSON

(agosto de 1990)

La ciencia ficción no siempre combina bien con el humor y la fantasía, pero Terry Bisson ha logrado esas fusiones en sus novelas y cuentos. Su primera novela, *Wyrdmaker*, publicada en 1981, añade un toque de ciencia ficción a un tema trillado del género de caballeros y brujería. *Talking Man* introduce elementos de fantasía y ciencia ficción en el formato del cuento increíble. Su novela de historia alternativa, *Fire on the Mountain*, es una versión original y llamativa del tema de un futuro en el que el Sur ganó la Guerra Civil: en este caso, una revolución de esclavos lleva a la creación de Nova África, una república sustitutiva de lo que habrían sido los estados confederados. El humor de las historias de Bisson va desde lo alocado a la sátira, y sus historias invariablemente destacan la irracionalidad de mundos cada vez más complejos para los que los humanos no están bien preparados. En su alocada novela de aventuras *Voyage to the Red Planet*, el primer viaje tripulado a Marte es un engaño montado por un torpe productor de Hollywood que va continuamente en busca de un gran éxito de taquilla con el que mejorar su suerte. *Pirates of the Universe* es una obra satírica ambientada en un futuro en el que Disney-Windows es el conglomerado corporativo que lo controla todo. *The Pickup Artist* es una antiutopía cómica sobre un futuro en el que los agentes de la Oficina de Artes y Entretenimientos cumplen la tarea de destruir creaciones artísticas para las que ya no hay sitio en la Tierra. Bisson ganó los premios Nebula, el Hugo y el Theodore Sturgeon por la historia que da título a su recopilación *Bears Discover Fire and Other Stories*. Otras de sus obras son: la recopilación de cuentos *In the Upper Room*; una colaboración póstuma con Walter M. Miller Jr., *San Leibowitzy la mujer caballo salvaje*; una continuación de la importantísima novela *Cántico por Leibowitz*; libros de ensayo sobre NatTurnery Mumia Abu Jamal; y las novelizaciones de las películas *Héroes fuera de órbita* y *El sexto día*.

Conducía junto con mi hermano, el predicador, y mi sobrino, el hijo del predicador, por la I-65, justo al norte de Bowling Greens, cuando se nos pinchó una rueda. Era un domingo por la noche y habíamos ido a visitar a Madre en el Hogar. Era mi coche. El pinchazo produjo lo que podrían llamarse gruñidos de suficiencia, ya que al igual que los más antiguos miembros de mi familia (eso me cuentan) me arreglo mis propios neumáticos, y mi hermano me repite

continuamente que me agencie unas radiales y deje de comprar neumáticos viejos.

Pero si sabes montarlos y arreglarlos, los puedes conseguir casi regalados.

Como se trataba de un neumático trasero izquierdo, salí por la izquierda, pisando la hierba de la mediana. Considerando la forma en que el Caddy se detuvo, ya supuse que estaría destrozada.

—Supongo que no tiene sentido preguntarte si llevas FijaRuedas en el maletero —dijo Wallace.

—Aquí, hijo, sujeta bien la linterna —le dije a Wallace Jr. Es lo suficientemente mayor para querer ayudar y no lo suficientemente mayor (todavía) para creer que lo sabe todo. De haberme casado y haber tenido hijos, me habría gustado que fuesen como él.

Un viejo Caddy tiene un enorme maletero que tiende a acumular porquería como un cobertizo. El mío es del 56. Wallace llevaba la camisa de los domingos, así que no se ofreció a ayudar mientras yo apartaba revistas, aparejos de pesca, una caja de herramientas de madera, ropa vieja, una polea envuelta en un saco de hierba y una pulverizadora de tabaco para buscar el gato. La rueda de repuesto parecía un poco blanda.

La luz se apagó.

—Agítala, hijo —dije.

Volvió. El gato normal había desaparecido hacía tiempo, pero llevaba uno pequeño hidráulico de un cuarto de tonelada. Lo encontré bajo los viejos *Southern Livings*, 1978-1986 de Madre. Mi intención había sido tirar las revistas al vertedero. Si Wallace no hubiese estado con nosotros, hubiese dejado que Wallace Jr. colocase el gato bajo el eje, pero me eché de rodillas y lo hice personalmente. No tiene nada de malo que un chico aprenda a cambiar una rueda. Incluso si no vas a reparar y montar neumáticos tú mismo, vas a tener que cambiar algunas a lo largo de tu vida. La luz volvió a apagarse antes de que consiguiese levantar la rueda del suelo. Me sorprendió lo oscura que era ya la noche. Estábamos a finales de octubre y empezaba a hacer frío.

—Vuelve a agitarla, hijo —dije. Volvió, pero muy débil. Parpadeó.

—Con radiales no *pinchas* —comentó Wallace con la voz que emplea cuando habla a varias personas a la vez; en este caso, Wallace Jr. y yo—. E incluso si pinchas le das con ese producto llamado FijaRuedas y sigues conduciendo. Tres noventa y cinco la lata.

—El tío Bobby puede arreglar neumáticos él mismo —dijo Wallace Jr., por simple lealtad, supongo.

—*Él mismo* —dije, medio metido debajo del coche. Si fuese por Wallace, el chico hablaría como lo que Madre solía definir como «un paleta de los barrancos de las montañas». Pero conduce sobre radiales.

»Vuelve a agitar la linterna —dije. Casi se había apagado del todo. Coloqué las tuercas en el tapacubos y saqué la rueda. El neumático había estallado por un lateral

—. Este no lo voy a arreglar —dije. No es que me importase. En el cobertizo tenía un montón tan alto como un hombre.

La luz volvió a apagarse para volver mejor que nunca mientras colocaba la rueda de repuesto.

—Mucho mejor —dije. Era un flujo de parpadeante luz naranja. Pero al volverme para recoger las tuercas, me sorprendió comprobar que la linterna que el chico tenía entre las manos estaba apagada. La luz provenía de dos osos que había entre los árboles, sosteniendo antorchas. Eran grandes, de unos ciento cuarenta kilos y de como un metro y medio de altura. Wallace Jr. y su padre los habían visto y estaban completamente inmóviles. Es lo mejor para no alarmar a los osos.

Recogí las tuercas del tapacubos y las enrosqué. Normalmente me gusta ponerles un poco de aceite, pero en esa ocasión pasé. Metí la mano bajo el coche, hice bajar el gato y lo saqué. Quedé aliviado al comprobar que la rueda de repuesto estaba lo suficientemente inflada y se podía conducir. Puse el gato y la llave en el maletero. En lugar de colocar el tapacubos, también lo guardé. Durante todo aquel rato los osos ni se movieron. Se limitaron a sostener las antorchas, ya fuese por curiosidad o por deseos de ayudar, no había forma de saberlo. Daba la impresión de que había más osos detrás, entre los árboles.

Abriendo tres portezuelas simultáneamente, nos subimos al coche y nos fuimos. Wallace fue el primero en hablar.

—Parece que los osos han descubierto el fuego —dijo.

Cuando llevamos a Madre al Hogar hace casi cuatro años (cuarenta y siete meses), nos dijo a Wallace y a mí que estaba lista para morir.

—No os preocupéis por mí, chicos —susurró, haciendo que nos agachásemos para que la enfermera no pudiese oírnos—. He conducido dos millones de kilómetros y estoy lista para pasar a la otra orilla. Aquí no duraré mucho.

Durante treinta y nueve años había conducido un autobús escolar. Más tarde, cuando Wallace se hubo ido, me contó su sueño. Varios médicos estaban sentados en círculo discutiendo su caso. Uno dijo:

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, chicos, dejémosla irse. Todos volvieron las palmas hacia arriba y sonrieron. Cuando no murió ese otoño pareció decepcionada, aunque con la llegada de la primavera se le olvidó, como suele pasarles a los ancianos.

Además de llevar a Wallace y a Wallace Jr. a ver a Madre los domingos por la noche, yo también iba los martes y los jueves. Habitualmente me la encontraba sentada delante de la tele, a pesar de que no la mira. Las enfermeras la tienen encendida continuamente. Dicen que a los viejos les gusta el parpadeo, que los tranquiliza.

—¿Qué es eso que he oído de que los osos han descubierto el fuego? —me dijo el

martes.

—Es cierto —le dije mientras le cepillaba el largo pelo blanco con el cepillo de concha que Wallace le había traído de Florida. El lunes había aparecido la noticia en el *Courier-Journal* de Louisville y, el martes, en las noticias de la noche de la NBC o la CBS. La gente veía a los osos por todo el estado y también en Virginia. Habían dejado de hibernar y aparentemente planeaban pasar el invierno en las medianas de las autopistas. Siempre había habido osos en las montañas de Virginia, pero no allí, en el oeste de Kentucky, no desde hacía casi cien años. El último había muerto cuando Madre era niña. La teoría del *Courier-Journal* era que estaban bajando a la I-65 desde los bosques de Michigan y Canadá, pero un anciano del condado de Allen (entrevistado en la televisión nacional) dijo que siempre había habido algunos osos en las colinas y que se habían unido a los otros ahora que habían descubierto el fuego.

—Ya no hibernan —dije—. Encienden fuego y siguen despiertos todo el invierno.

—Impresionante —dijo Madre—. ¡Qué se les ocurrirá a continuación! —La enfermera vino a quitarle el tabaco, que es la señal para irse a la cama.

En octubre, Wallace Jr. siempre se queda conmigo mientras sus padres se van de campamento. Sé que suena al revés de lo normal, pero así son las cosas. Mi hermano es pastor (Mansión del Recto Camino, Reformada) pero obtiene dos tercios de sus ingresos con los negocios inmobiliarios. Él y Elizabeth van a un Retiro de Éxito Cristiano en Carolina del Sur, donde gente de todo el país practica vendiéndose cosas. Sé cómo es no porque se haya molestado en contármelo, sino porque he visto en la tele, a altas horas de la madrugada, los anuncios del Plan de Éxito de Participación en Fondos Giratorios.

El bus de la escuela dejó a Wallace Jr. junto a mi casa el miércoles, el día que se iban. El chico no tiene que prepararse demasiado cuando se queda conmigo. Tiene habitación propia en mi casa. Como soy el mayor de la familia, sigo viviendo en el viejo hogar, cerca de Smiths Grave. Empieza a venirse abajo, pero a Wallace Jr. y a mí no nos importa. También tiene su propia habitación en Bowling Greens, pero dado que Wallace y Elizabeth se mudan cada tres meses (forma parte del Plan), conserva su escopeta del calibre 22 y sus cómics, las cosas que importan a un chico de su edad, en su habitación de casa. Es la habitación que su padre y yo compartíamos cuando éramos niños.

Wallace Jr. tiene doce años. Al volver del trabajo me lo encontré sentado en el porche trasero que da a la autopista. Vendo seguros para cultivos.

Después de cambiarme de ropa le enseñé dos métodos para romper el talón de un neumático, con un martillo o pasándoles un coche marcha atrás por encima. Como preparar sorgo, arreglar ruedas es un arte moribundo. El chico, además, aprende rápido.

—Mañana, te enseñaré a montar el neumático —le dije.

—Lo que me gustaría es ver los osos —dijo. Miraba la I-65, cuyos carriles dirección norte cortan la esquina de nuestro campo. Por la noche, desde la casa, a veces el tráfico suena como una cascada.

—De día no se ven sus fuegos —dije—. Pero espera a la noche.

Esa noche, la CBS o la NBC (olvido cuál es cuál) emitió un especial sobre los osos, que se estaban convirtiendo en noticia de interés nacional. Los había en Kentucky, Virginia Occidental, Misuri, el sur de Illinois y, claro está, en Virginia. Siempre había habido osos en Virginia. Algunos incluso hablaban de cazarlos. Un científico dijo que se dirigían a los estados donde había nieve pero no demasiada y suficiente madera en las medianas para encender fuego. Había salido con una cámara de vídeo, pero en los planos solo se veían figuras borrosas sentadas alrededor de un fuego. Otro científico dijo que los osos se sentían atraídos por las bayas de un nuevo arbusto que solo crecía en las medianas de las autopistas. Afirmaba que esa baya era la primera nueva especie de la historia reciente, producida por la mezcla de semillas en la autopista. Se comió una delante de la cámara, haciendo muecas, y la llamó «neobaya». Un ecólogo climático dijo que los inviernos cálidos (el invierno anterior en Nashville no había habido nieve y en Louisville solo algunos copos) habían modificado los ciclos de hibernación de los osos y que ahora recordaban cosas de un año para otro.

—Puede que los osos descubriesen el fuego hace siglos —dijo—, pero lo olvidasen.

Según otra teoría, habían descubierto (o recordado) el fuego cuando hace unos años ardió Yellowstone.

La televisión mostró a más tipos hablando sobre osos que osos, y Wallace Jr. y yo perdimos el interés. Después de terminar de fregar los platos de la cena, llevé al chico a la parte trasera de la casa y hasta la verja. Al otro lado de la interestatal y entre los árboles podíamos ver la luz de los fuegos de los osos. Wallace Jr. quería volver a casa, coger su escopeta y dispararle a uno, y le expliqué que eso hubiese estado mal.

—La verdad —dije—, es que con una veintidós solo conseguirías hacer enfadar al oso.

»Además —añadí—, es ilegal cazar en las medianas.

El único truco de montar un neumático a mano, una vez que lo has forzado o apalancado para colocarlo en la llanta, es ajustar el talón. Lo haces levantando la rueda, sentándote encima y saltando con ella entre las piernas mientras entra el aire. Cuando el talón se ajusta a la llanta emite un *pop* satisfactorio. El jueves, le dije a Wallace Jr. que no fuese a la escuela y le demostré cómo hacerlo hasta que aprendió. Luego saltamos la verja y cruzamos el campo para ir a ver a los osos.

En el norte de Virginia, según *Good Morning America*, los osos mantenían los fuegos encendidos todo el día. Pero allí, en el oeste de Kentucky, seguía haciendo

buen tiempo para ser finales de octubre y solo por las noches se reunían alrededor de las hogueras. Adónde iban y qué hacían de día no lo sé. Quizás observasen desde los arbustos de neobayas como Wallace Jr. y yo saltábamos la verja del Gobierno y cruzábamos los carriles dirección norte. Yo llevaba un hacha y Wallace Jr. se había traído su escopeta, no porque quisiese matar un oso sino porque a los chicos les gusta llevar armas. La mediana era un caos de maleza y trepadoras bajo robles, arces y sicómoros. A pesar de que solo estábamos a cien metros de la casa, yo nunca había estado allí, ni tampoco nadie que conociese. Era como un campo artificial. Encontramos un sendero en el centro y lo seguimos a lo largo de una corriente lenta y corta que surgía de una rejilla y se metía en otra. Las pisadas en el barro gris fueron la primera señal de osos que vimos. Había un olor fuerte en el aire pero no desagradable. En un claro, bajo una enorme haya hueca, donde había estado la hoguera no encontramos más que cenizas. Los troncos estaban colocados formando un círculo desigual y el olor era más intenso. Agité las cenizas y encontré suficientes brasas para empezar otro fuego, así que lo volví a colocar todo tal como lo habían dejado.

Corté un poco de leña y la amontoné a un lado, para ser un buen vecino.

Puede que incluso en ese momento los osos nos estuviesen observando desde los arbustos. No hay forma de saberlo. Probé una neobaya y la escupí. Era tan dulce que resultaba amarga, justo lo que te imaginarías que le gustaría a un oso.

Esa noche, después de cenar, le pregunté a Wallace Jr. si querría ir conmigo a visitar a Madre. No me sorprendió que dijese que sí. Los chicos pueden ser mucho más considerados de lo que cree la gente. La encontramos sentada en el porche delantero de cemento del Hogar, observando el paso de los coches por la I-65. La enfermera me dijo que llevaba nerviosa todo el día. Tampoco me sorprendió. Todos los otoños, con la caída de las hojas, se vuelve a sentir inquieta, aunque quizá la palabra sea «esperanzada». La llevé a la sala y le cepillé el largo pelo blanco.

—En la tele ya no ponen nada más que osos —se quejó la enfermera, cambiando los canales. Wallace Jr. se hizo con el mando cuando se fue la enfermera y miramos un informativo especial de la CBS o la NBC sobre unos cazadores de Virginia a los que les habían quemado las casas. La televisión entrevistó a un cazador y a su esposa, que habían perdido en el incendio su hogar de 117 500 dólares en valle de Shenandoah. Ella echaba la culpa a los osos. Él no echaba la culpa a los osos, pero iba a ir a los tribunales para exigir una compensación del estado porque tenía una licencia de caza perfectamente válida. El comisionado de caza del estado apareció también y dijo que la posesión de una licencia de caza no prohibía (creo que dijo más bien que lo «imponía») que *el cazado* contraatacase. Me pareció un punto de vista muy liberal para tratarse de un comisionado del estado. Claro está, le interesaba sobre todo no pagar. Yo no soy cazador.

—No te molestes en venir el domingo —le dijo Madre a Wallace Jr. mientras le guiñaba el ojo—. He conducido dos millones de kilómetros y tengo una mano en la

puerta. —Yo estaba acostumbrado a que soltase esas cosas, sobre todo en otoño, pero temí que disgustase al chico. Es más, parecía preocupado cuando nos fuimos y le pregunté qué pasaba.

—¿Cómo es posible que *condujese* dos millones de kilómetros? —preguntó. Ella le había dicho que habían sido setenta y siete kilómetros al día durante treinta y nueve años, y él había usado la calculadora para llegar a 542 285 kilómetros.

—*Condujese* —dije—. Y son setenta y siete por la mañana y setenta y siete por la tarde. Además de los viajes para los partidos. Además, los viejos exageran un poco. —Madre fue la primera conductora de bus escolar del estado. Trabajó todos los días y además crio una familia. Papá simplemente se dedicaba a la agricultura.

Normalmente salgo de la autopista en Smiths Grove, pero esa noche fui al norte hasta Horse Cave y volví atrás para que Wallace Jr. y yo pudiésemos ver los fuegos de los osos. No había tantos como daba a entender la tele... uno cada diez o doce kilómetros, ocultos tras un grupo de árboles o unas rocas. Probablemente también buscasen agua además de madera. Wallace Jr. quería parar, pero va contra la ley parar en una interestatal y temía que la policía nos pillase.

En el buzón había una postal de Wallace. Él y Elizabeth estaban bien y se lo pasaban genial. No decía nada en concreto para Wallace Jr., pero al chico no pareció importarle. Como la mayoría de los chicos de su edad, no disfruta especialmente yendo por ahí con sus padres.

El sábado por la tarde el Hogar me llamó a la oficina (Burley Belt Drought & Hail) y dejó recado de que Madre se había ido. Yo estaba en la carretera. Trabajo los sábados. Es el único día en que muchos de los granjeros a tiempo parcial están en casa. Mi corazón se detuvo durante un latido cuando llamé y recibí el mensaje, pero solo fue un latido. Hacía tiempo que estaba preparado.

—Es una bendición —dije cuando hablé por teléfono con la enfermera.

—No me comprende —dijo la enfermera—. No digo que haya *fallecido*. Cuando digo que se ha ido me refiero a que ha escapado. Su madre se ha escapado. —Madre había usado la puerta del final del pasillo cuando no miraba nadie, la había bloqueado con el cepillo y se había llevado un cubrecama que pertenecía al Hogar. ¿Y el tabaco? Pregunté. También había desaparecido. Señal inequívoca de que planeaba quedarse fuera. Yo estaba en Franklin y me llevó menos de una hora llegar al Hogar siguiendo la I-65. La enfermera me contó que desde hacía días Madre actuaba de forma progresivamente más rara. Qué otra cosa iban a decirme. Buscamos por los terrenos, apenas medio acre sin árboles entre la interestatal y un campo de soja. Luego me hicieron dejar un mensaje en la oficina del sheriff. Tendría que seguir pagando por sus cuidados hasta que la declarasen desaparecida oficialmente, lo que sucedería el

lunes.

Ya era de noche para cuando regresé a casa y Wallace Jr. preparaba la cena, operación que solo requiere abrir unas cuantas latas, preseleccionadas y unidas entre sí con una goma elástica. Le conté que su abuela se había ido y él asintió, diciendo:

—Ya nos dijo que se iría.

Llamé a Florida y dejé un mensaje. No se podía hacer nada más.

Me senté e intenté ver la tele, pero no daban nada. Luego miré por la puerta de atrás y vi la hoguera parpadeando entre los árboles, al otro lado del carril norte de la I-65. Y comprendí que posiblemente supiese dónde encontrarla.

Definitivamente ya hacía más frío, así que me puse la chaqueta. Le dije al chico que esperase junto al teléfono por si llamaba el sheriff pero, cuando miré atrás, ya a medio camino, iba siguiéndome. No llevaba chaqueta. Le dejé que me alcanzase. Traía la escopeta y le hice dejarla apoyada contra la verja. Fue más difícil saltar la verja del Gobierno en plena noche, a mi edad, que de día. Ya tengo sesenta y un años. La autopista estaba muy transitada por coches que iban al sur y camiones que iban al norte.

Cruzando el arcén me mojé el bajo de los pantalones con la hierba alta, ya mojada por el rocío. En realidad eran hierbajos.

Los primeros pasos en el bosque fueron de oscuridad absoluta y el chico me agarró la mano. Luego hubo más luz. Al principio pensé que era luz lunar, pero eran las luces largas de los coches que iluminaban las copas de los árboles como si fuesen la luz de la luna, lo que nos permitió abrirnos camino por la maleza. Pronto dimos con el sendero y el familiar olor a oso.

Era reacio a aproximarme a los osos de noche. Si seguíamos por el sendero podíamos toparnos con uno en la oscuridad, pero si nos metíamos entre los arbustos era posible que nos considerasen intrusos. Me pregunté si no deberíamos haber traído el arma.

Nos quedamos en el camino. La luz parecía descender de las copas de los árboles como lluvia. Avanzar resultaba fácil, sobre todo si no intentábamos mirar el sendero y dejábamos que los pies encontrasen el camino.

Luego, entre los árboles, vi su fuego.

El fuego era principalmente de ramas de sicómoro y haya, de los que dan muy poco calor y sueltan mucho humo. Los osos todavía no lo habían aprendido todo sobre la leña. Pero se les daba bien mantenerlo encendido. Un enorme oso canelo de aspecto norteamericano agitaba el fuego con un palo, añadiendo una rama de vez en cuando, tomándola de un montón que tenía al lado. Los otros estaban sentados más o menos en círculo, sobre los troncos. La mayoría eran osos más pequeños, negros y color

miel. Había una madre con oseznos. Algunos comían bayas que tomaban de un tapacubos. Sin comer, limitándose a contemplar el fuego, mi madre estaba sentada entre ellos con el cubrecama del Hogar sobre los hombros.

Si los osos se dieron cuenta de nuestra presencia, no lo manifestaron. Madre dio una palmada justo a su lado y me senté en el tronco. Un oso se apartó para dejar que Wallace Jr. se sentase al otro lado.

El olor de un oso es fuerte, pero una vez que te acostumbras no es desagradable. No es como el olor de un granero, sino más salvaje. Me incliné para susurrarle algo a Madre pero esta agitó la cabeza. *Sería de mala educación susurrar mientras estamos con estas criaturas que no poseen la capacidad del habla*, me hizo saber sin hablar. Wallace Jr. también guardaba silencio. Madre compartió el cubrecama con nosotros y allí nos quedamos sentados durante lo que me parecieron horas, mirando el fuego.

El enorme oso se ocupaba de alimentar la fogata, sosteniendo un extremo de las ramas secas y pisándolas para romperlas, como hace la gente. Se le daba bien mantenerlo. Otro oso lo removía de vez en cuando, pero los demás lo dejaban en paz. Daba la impresión de que solo algunos osos sabían usar el fuego y guiaban a los demás. Pero ¿no es así siempre? De vez en cuando, un oso más pequeño entraba en el círculo de luz cargado de leña y la dejaba caer en el montón. La madera tenía un tono plateado, como la que ha estado mucho tiempo en el agua.

Wallace Jr. no es inquieto como muchos chicos. A mí me resultó agradable estar sentado mirando el fuego. Tomé un poco del Red Man de Madre, aunque no masco habitualmente. No fue muy diferente a visitarla en el Hogar, solo que los osos lo hacían más interesante. Había unos ocho o diez. En el interior de la hoguera las cosas no eran tan tranquilas: se ejecutaban pequeños dramas a medida que se creaban cámaras ardientes que luego se destruían en un estallido de chispas. Mi imaginación se desbocó. Miré el círculo de osos y me pregunté qué *veían* ellos. Algunos tenían los ojos cerrados. A pesar de estar juntos, sus espíritus parecían solitarios, como si cada oso estuviese sentado en soledad delante del fuego.

El tapacubos pasó de mano en mano y todos tomamos algunas neobayas. No sé qué hizo Madre, pero yo solo fingí comerme la mía. Wallace Jr. hizo una mueca y la escupió. Cuando el chico se durmió, usé el cubrecama para taparnos los tres. Empezaba a hacer frío y, al contrario que los osos, nosotros no teníamos pelaje. Estaba listo para irme a casa, pero Madre no. Señaló las copas de los árboles, donde la luz se iba extendiendo, y se señaló a sí misma. ¿Creía que eran ángeles que bajaban del cielo? No eran más que los faros de largo alcance de algún camión que iba hacia el sur, pero ella parecía encantada. Sosteniendo su mano, sentí que cada vez se iba poniendo más fría.

Wallace Jr. me despertó golpeándome la pierna. Ya había amanecido y su abuela había muerto sentada en un tronco, entre nosotros dos. El fuego estaba cubierto, los

osos se habían ido y alguien llegaba caminando entre los árboles, pasando del sendero. Era Wallace. Le seguían dos patrulleros del estado. Wallace vestía camisa blanca y me di cuenta de que era domingo. Parecía más mosqueado que triste cuando se enteró de la muerte de Madre.

Los patrulleros olisqueaban el aire y asentían. El olor a oso seguía siendo intenso. Wallace y yo envolvimos a Madre en el cubrecama y volvimos a la autopista. Los patrulleros se quedaron allí y dispersaron las cenizas del fuego de los osos y lanzaron la leña a los arbustos. Me pareció un gesto bastante mezquino. Ellos eran como los osos, cada uno solitario dentro de su uniforme.

En la mediana se encontraba el viejo Olds 98 de Wallace, con sus ruedas radiales de aspecto aplastado apoyadas en la hierba. Delante había un coche de policía con un patrullero al lado y, detrás, un coche fúnebre, también un Olds 98.

—Primeras noticias que tenemos de que molesten a los viejos —le dijo el patrullero a Wallace.

—Eso no es lo que pasó —dije, pero nadie me pidió que me explicase. Tienen sus propios procedimientos. Del coche fúnebre bajaron dos hombres con traje y abrieron la portezuela trasera. Para mí, fue en ese momento cuando Madre abandonó esta vida. Después de dejarla allí, abracé al chico. Temblaba a pesar de que no hacía frío. Es uno de los efectos de la muerte, sobre todo al amanecer, con la policía a tu alrededor y la hierba húmeda, incluso cuando la muerte llega como una amiga.

Nos quedamos un minuto viendo cómo pasaban los coches y los camiones.

—Es una bendición —dijo Wallace. Es sorprendente el tráfico que hay a las 6.22 de la mañana.

Esa tarde, regresé a la mediana y corté leña para reemplazar la que los patrulleros habían esparcido. Esa noche vi el fuego entre los árboles.

Regresé dos noches más tarde, después del funeral. El fuego estaba encendido y, por lo que me pareció, eran los mismos osos. Me senté con ellos un rato, pero mi presencia parecía ponerlos nerviosos, así que me fui a casa. Había recogido un puñado de neobayas del tapacubos y el domingo fui con el chico y las dispuse sobre la tumba de Madre. Volví a probarlas, pero son incomedibles.

A menos que seas un oso.

Una huida perfecta

JOHN KESSEL

(*mayo de 1985*)

La reputación de John Kessel como autor de obras sofisticadas de fantasía y ciencia ficción se debe a un puñado de historias que invaden con frecuencia el territorio de los autores clásicos y emplean las lecciones de su literatura como caja de resonancia para las costumbres sociales y los valores contemporáneos. En el falso ensayo «Herman Melville: Space Opera Virtuoso» y en la versión de *Moby Dick* ganadora del Nebula «Another Orphan», la época de Melville y el mundo moderno se cruzan de manera incongruente. «The Big Dream» cuenta la historia de un detective privado que le sigue la pista a Raymond Chandler y poco a poco acaba convertido en un personaje de una típica novela negra de este autor. «The Pure Product» y «Every Angels Terrifying» amplían las ideas de la ficción gótica sureña de Flannery O'Connor. El propio H. G. Wells se convierte en personaje del relato wellsiiano «Buffalo». Estas narraciones y sus relatos de historia alternativa «Some Like It Cold», «The Franchise» y «Uncle John and the Saviour» forman parte de las antologías *Meetings in Infinity* y *The Pure Product*. El carácter juguetón implícito en esas elucubraciones sobre «lo que podría haber sido» se traslada a la obra de Kessel como novelista. *Good News from Outer Space* es un retrato satírico de una América disfuncional a punto de entrar en el siglo XXI, obsesionada por las invasiones alienígenas y la irracionalidad milenarista. *El amor en tiempos de los dinosaurios* es una alocada historia de viajes en el tiempo de un equipo de estafadores formado por un padre y una hija que recorren las líneas temporales y las historias alternativas en busca de víctimas. Kessel también es autor de la novela *Freedom Beach* en colaboración con James Patrick Kelly.

He estado pensando en los demonios.

Es decir: si hay demonios en el mundo, si hay personas en el mundo que encarnan el mal, ¿es nuestro deber exterminarlas?

John Cheever
The Five-Forty-Eight

ientras permanecía sentada en su despacho, esperando (no sabía muy bien qué), la

M doctora Evans deseaba que no fuese otro mal día. Necesitaba un pitillo y un trago. Hizo girar la silla para mirar las persianas cerradas que había junto al escritorio, se repantigó y entrecruzó las manos tras la cabeza. Cerró los ojos y aspiró profundamente. El aire que movía el ventilador de techo olía a aceite. Era frío. Lo sintió en la cara, pero el pesado suéter le mantenía bien protegido el resto del cuerpo. Sentía el pelo sucio. Pasaron varios minutos sin que pensara en nada. Llamaron a la puerta.

—Pase —dijo con voz ausente.

Entró Havelmann. Tenía un corpachón de atleta pero se había quedado un poco fofo, grueso. Llevaba el pelo gris marcado. A primera vista no aparentaba sesenta años. Al traje azul de buena calidad le hacía falta un buen planchado.

—¿Doctora?

Evans lo miró un momento. Le hubiese matado. Miró el escritorio, frotándose la frente con la mano.

—Siéntese —dijo. Sacó una caja de cigarrillos del primer cajón—. ¿Le apetece uno?

El anciano lo aceptó. Ella le observó con atención. Tenía los ojos castaños enrojecidos; parecía compungido.

—Fumo demasiado —dijo—. Pero no puedo dejarlo. Le pasó un encendedor.

—Cada vez hay más gente que lo deja. Havelmann exhaló con habilidad.

—¿Qué puedo hacer por usted?

«Qué puedo hacer por *usted*, señor».

—Primero, me gustaría jugar a un juego. —Evans se sacó un pañuelo del bolsillo. Desplazó un pisapapeles de metal, un modelo a escala del monumento a Lincoln, hasta el centro de la mesa—. Quiero que preste atención a lo que hago ahora.

Havelmann sonrió.

—No me diga... Va a hacerlo desaparecer, ¿no?

Evans intentó pasar de él. Tapó el pisapapeles con el pañuelo.

—¿Qué hay debajo del pañuelo?

—¿Podemos apostar?

—No en esta ocasión.

—Un pisapapeles.

—Maravilloso. —Evans se repantigó con carácter definitivo—. Ahora quiero que responda a algunas preguntas.

El anciano miró la oficina con curiosidad: las persianas cerradas, la terminal de ordenador y el teclado contra la pared, el conjunto de interruptores en una esquina de la mesa. Sus ojos acabaron centrándose en el espejo situado justo delante de la ventana.

—Es un espejo doble. Evans suspiró.

—No me diga.

—¿Está grabando todo esto?

—¿Le importa?

—Me gustaría saberlo. Es una cortesía mínima.

—Sí, nos están grabando. Ahora responda a las preguntas. Havelmann pareció empequeñecer enfrentado a la hostilidad.

—Claro.

—¿Le gusta esto?

—Está bien. Un pelín aburrido. Por lo que se ve, aquí sería imposible incluso pillar una enfermedad, si sabe a qué me refiero. No pretendo ofender, doctora. No llevo aquí tiempo suficiente para hacerme una idea.

Evans se agitó un poco de un lado a otro.

—¿Cómo sabe que soy doctora?

—¿No es doctora? Pensaba que lo era. Esto es un hospital, ¿no es así? Así que cuando me han enviado a verla he supuesto que sería doctora.

—Soy doctora. Me llamo Evans.

—Encantado de conocerla, doctora Evans.

«Le mataría».

—¿Cuánto lleva aquí?

El hombre se tiró del lóbulo de la oreja.

—He llegado hoy. No me parece que haya pasado mucho tiempo. Un par de horas. He estado hablando con una de las enfermeras.

«Lo que daría por tres dedos de Jack Daniel's». Le miró por encima de la punta de sus dedos.

—Unas enfermeras muy parlanchinas.

—Estoy seguro de que es parte de su trabajo.

—Segurísimo. Dígame qué hacía antes de venir a este... hospital.

—¿Se refiere a justo antes?

—Sí.

—Trabajaba.

—¿Dónde trabaja?

—Tengo una empresa: Sistemas Informáticos ITG. Diseñamos programas para mucha gente. Estamos a punto de conseguir un contrato con la telefónica. Si lo conseguimos, podré retirarme al cumplir los cuarenta... si el Tío Sam mantiene las manos fuera de mis bolsillos el tiempo suficiente para poder contar el cambio.

Evans anotó en su cuaderno.

—¿Tiene familia?

Havelmann la miró fijamente. Tenía la mirada de un joven universitario sincero, una mirada incongruente en un hombre de su edad. La miró como si no entendiese por qué le hacía de golpe semejante pregunta. Ella detestaba la debilidad del hombre; desataba en ella una furia que la empujaba al borde de la locura. Ya era un mal día y empeoraría mucho más.

—No entiendo qué pretende —dijo Havelmann, con bastante dignidad—. Pero

para que sus registros indiquen la verdad: tengo esposa, Helen, y dos niños. Ronnie tiene nueve años y Susan cinco. Tenemos una casa bonita y grande, y un Lincoln y un Porsche. Soy seguidor de los Braves y no como quiche. ¿Qué más le gustaría saber?

—Muchas cosas. Con el tiempo las descubriré. —La voz de Evans era helada—. ¿Hay algo que le gustaría preguntarme? ¿Cómo llegó aquí? ¿Cuánto tiempo va a quedarse? ¿Quién es?

La respuesta del hombre fue igualmente fría.

—Sé quién soy.

—Dígame, ¿quién es?

—Me llamo Robert Havelmann.

—Eso es cierto —dijo la doctora Evans con calma—. ¿En qué año estamos? Havelmann la miró con cautela, como si estuviese a punto de jugársela.

—¿De qué habla? Estamos en 1984.

—¿En qué estación?

—Primavera.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y cinco años.

—¿Qué tengo bajo el pañuelo?

Havelmann miró el pañuelo como si lo viese por primera vez. Enderezó los hombros y miró a Evans con suspicacia.

—¿Cómo voy a saberlo?

Volvió esa misma tarde, con el traje igual de arrugado, con la misma cara de inocente. ¿Cómo es posible que una persona se haga vieja y siga teniendo esa cara de inocencia? No podía recordar que las cosas hubiesen sido así de fáciles.

—Siéntese —dijo.

—Gracias. ¿Qué puedo hacer por usted, doctora?

—Quiero continuar con la conversación que hemos mantenido esta mañana. Havelmann sonrió.

—¿Conversación? ¿Esta mañana?

—¿No recuerda haber hablado conmigo esta mañana?

—Nunca la había visto.

Evans le observó con frialdad. El anciano se rebulló en la silla.

—¿Cómo sabe que soy doctora?

—¿No lo es? Me han dicho que fuese al despacho diez a ver a la doctora Evans.

—Comprendo. Si no estaba aquí esta mañana, ¿dónde estaba?

Havelmann vaciló.

—Veamos... estaba trabajando. Recuerdo haberle dicho a Helen, mi esposa, que intentaría volver temprano. Siempre me riñe por quedarme hasta tarde. Ahora mismo estamos muy ocupados: trabajamos en un gran contrato. Susan actúa en una obra de

la escuela y tenemos que estar allí a las ocho. Y quiero llegar a casa con tiempo suficiente para trabajar en el jardín. Hoy parecía un buen día para hacerlo.

Evans hizo una anotación.

—¿En qué estación estamos?

Havelmann se movió inquieto como un niño, miró a la ventana, cuyas persianas seguían cerradas.

—Primavera —dijo—. Mucho sol, un poco de calor... un tiempo muy agradable. Las flores empiezan a abrirse.

Sin decir nada, Evans se levantó y se acercó a la ventana. Abrió las persianas dejando ver un campo nevado. A trozos la hierba muerta se agitaba bajo el fuerte viento y el cielo estaba repleto de nubes.

—¿Y esto?

Havelmann se quedó mirando fijamente. Enderezó la espalda y se inclinó hacia delante. Se tiró del lóbulo de la oreja.

—Vaya una mala suerte. Si no te gusta el tiempo de aquí... no tienes más que esperar diez minutos.

—¿Qué hay de las flores?

—Este tiempo probablemente las mate. Espero que Helen obligase a los chicos a ponerse la chaqueta.

Evans miró por la ventana. No había cambiado nada. Cerró las persianas despacio y se sentó.

—¿En qué año estamos?

Havelmann se colocó en la silla, otra vez tranquilo.

—¿Qué quiere decir? Estamos en 1984.

—¿Ha leído la novela?

—Un minuto. ¿De qué habla?

Evans se preguntó qué haría el hombre si ella se ponía de pie y le clavaba los pulgares en los ojos.

—El libro de George Orwell titulado 1984. —Se obligó a hablar lentamente—. ¿Lo conoce?

—Claro. Tuvimos que leerlo en la universidad. —¿Escondía cierta irritación la inocencia de Havelmann? Evans se quedó sentada todo lo inmóvil y silenciosa que pudo.

—Recuerdo que me impresionó bastante —añadió Havelmann.

—¿Qué tipo de impresión le causó?

—Esperaba algo diferente de ese profesor. Era un liberal confeso. Esperaba un libro muy emotivo de principio a fin. No era así en absoluto.

—¿Le hizo sentirse incómodo?

—No. No me dijo nada que no supiese ya. Simplemente me mostró los males del colectivismo. Ya sabe... el comunismo reprime al individuo, destruye su iniciativa. Afirma preocuparse de los intereses de la mayoría y niega todos los valores humanos.

Eso fue lo que saqué de 1984, aunque si prestabas atención al profesor parecía que iba sobre Nixon y Vietnam. —Evans siguió inmóvil. Havelmann siguió hablando—. He visto la misma mentalidad en los negocios. Las grandes sociedades anónimas son como el Gobierno. Grandes, lentas: podrías enseñarles la forma de ahorrar mil millones y te aplastarían como a un insecto porque es demasiado trabajo molestarse en cambiar.

—Parece usted resentido —dijo Evans. El anciano sonrió.

—Así es, lo parezco. Lo admito. Lo he pensado mucho. Pero tengo fe en la gente. Algún día me presentaré al Congreso a ver si puedo hacer algo bueno.

El lápiz de Evans se rompió. Miró a Havelmann, quien le devolvió la mirada. Al cabo de un momento ella se concentró en el cuaderno. La punta rota había dejado una cicatriz negra sobre su letra precisa.

—Es muy buena idea —dijo en voz baja, con los ojos todavía en el cuaderno—. ¿Sigues sin recordar haber hablado conmigo esta mañana?

—Nunca la había visto antes de entrar por esa puerta. ¿Sobre qué se supone que hemos hablado?

Estaba loco. Evans casi se rio en voz alta... claro que estaba loco, si no, ¿por qué iba a estar allí? La cuestión, se obligó a considerar racionalmente, era la naturaleza de su locura. Levantó el pisapapeles y se lo pasó.

—Hablabamos sobre este pisapapeles —dijo—. Se lo he enseñado y me ha dicho que no lo había visto nunca.

Havelmann examinó el pisapapeles.

—Me parece muy normal. Podría olvidar algo así. ¿Qué importancia tiene?

—Apreciará que es un modelo del monumento a Lincoln.

—Probablemente lo compró en una tienda de regalos. D. C. está lleno de trastos así.

—Hace mucho tiempo que no voy a Washington.

—Yo vivo allí. O más bien, en Alexandria. Hago el trayecto todas las mañanas.

Evans cerró el cuaderno.

—Tengo un posible diagnóstico para su estado —dijo de pronto.

—¿Qué estado?

En esta ocasión le resultó más difícil reprimir la risa. Con el esfuerzo se le llenaron los ojos de lágrimas. Retomó el aliento y siguió hablando:

—Manifiesta los síntomas del síndrome de Korsakov. ¿Lo había oído antes?

Havelmann la miró tan inexpresivo como una pared pintada de blanco.

—No.

—El síndrome de Korsakov es una forma poco común de pérdida de memoria. Los primeros casos registrados se remontan al siglo XIX. Se dio uno famoso en los años setenta... Famoso para los médicos, quiero decir. Se trataba de un sargento de los marines llamado Arthur Briggs. Tenía unos cincuenta años, buena salud aparte de los efectos residuales del alcoholismo y había sido suboficial de carrera hasta que lo

licenciaron a mediados de los sesenta tras veinte años de servicio. Se había comportado con normalidad hasta principios de los setenta, cuando perdió el recuerdo de cualquier cosa que le hubiese sucedido a partir de septiembre de 1944. Podía recordar con todo detalle, como si acabase de suceder, lo acontecido hasta ese momento. Pero el resto de su vida... nada. No solo eso, su memoria a corto plazo estaba afectada de tal forma que solo recordaba los acontecimientos del presente durante unos cuantos minutos, tras lo cual olvidaba por completo.

—Yo puedo recordar lo que me ha sucedido a mí hasta el momento de entrar en esta habitación.

—Eso es lo que el sargento Briggs les decía a sus médicos. Para demostrarlo, les contaba que la Segunda Guerra Mundial iba bien, que él estaba destinado en San Francisco preparándose para que le enviasen a Filipinas, que parecía que los St Louis Browns podrían ganar al final un trofeo si conseguían aguantar hasta septiembre y que tenía veinte años. Tenía el punto de vista y las capacidades de un joven inteligente de veinte años. No recordaba nada de lo que le pasaba más de cuarenta minutos. Él mundo había avanzado, pero él estaba permanentemente atrapado en 1944.

—Eso es horrible.

—Así se lo parecía a los médicos... al principio. Más tarde llegaron a la conclusión de que podía no estar tan mal. El hombre seguía teniendo una vida emocional. Todavía podía disfrutar del presente; simplemente, no se le quedaba grabado. Podía recordar su juventud, y para él su juventud no había terminado nunca. No envejecía; no veía a sus amigos hacerse mayores y morir, no recordaba que él mismo había envejecido para convertirse en un alcohólico solitario. Su novia seguía esperándole en Columbia, Misuri. Tenía veinte años para siempre. Había llevado a cabo una huida perfecta.

Evans abrió el cajón de la mesa y sacó un espejo de mano.

—¿Qué edad tiene? —preguntó.

Havelmann parecía asustado.

—Mire, ¿por qué está...?

—¿Qué edad tiene? —La voz de Evans era tranquila pero decidida. En su interior, una punzada de alegría amenazaba con partirle el corazón.

—Tengo treinta y cinco años. ¿Qué demonios...?

Entregarle el espejo le resultó tan satisfactorio como disparar una pistola. Havelmann lo cogió, la miró a ella, y luego, tentativamente, como un alumno de primer año de universidad comprobando las notas de su examen final, miró el reflejo.

—Por amor de Dios —dijo. Se echó a temblar—. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué me ha hecho? —Se levantó de la silla con un rictus de angustia—. ¡Qué me ha hecho! ¡Tengo treinta y cinco años! ¿Qué ha sucedido?

La doctora Evans estaba de pie frente al espejo de su despacho. Vestía su uniforme. Estaba tan arrugado como el traje de Havelmann. Se había desabrochado la guerrera y se palpaba el pecho izquierdo. Se tendió en el suelo y siguió con el examen. El bulto era innegable. Todavía no había dolor.

Se sentó, tomó la cajetilla que había sobre la mesa, sacó el último y lo encendió. Arrugó la cajetilla y la lanzó a la papelera. Dos puntos. Veinte años antes, en la universidad, había sido muy buena jugadora de baloncesto. Se recostó en el suelo, aspiró largamente y exhaló el humo con fuerza, con un suspiro de agotamiento. Probablemente ya no era ni capaz de recorrer la cancha una sola vez.

Volvió la cabeza para mirar por la ventana. Las persianas estaban abiertas. Se veía el mismo paisaje desolado de la última vez. Llamaron a la puerta.

—Pasa —dijo.

Havelmann entró. La vio tendida en el suelo, alzó la cejas y sonrió.

—¿La doctora Evans?

—La tienes delante.

—¿Puedo sentarme aquí o yo también me tiendo?

—Haz lo que más te apetezca.

Se sentó en la silla. No se había ofendido.

—¿Por qué quería verme?

Evans se puso en pie, se abrochó la guerrera y se sentó en una silla giratoria. Le miró fijamente. El rostro de la mujer era inexpresivo, pálido, con los finos labios firmes. Era la expresión de una mujer con una enfermedad terminal, tan acostumbrada a su enfermedad y a la necesidad de hacer caso omiso de ella que el dolor solo se manifestaba como un pequeño incordio. Voy a terminar con esto, decía su rostro, y luego me voy a suicidar.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó.

—No. Estoy seguro de que me acordaría.

Estaba seguro de que se acordaría. Se lo iba a cargar, vaya que sí. Eso sí que lo recordaría.

Apagó los últimos centímetros de cigarrillo. Sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula; miró el cenicero con pesar.

—Ahora tengo que dejarlo.

—Yo debería dejarlo. También fumo mucho.

—Quiero que ahora me prestes mucha atención —le dijo lentamente—. No digas nada hasta que no haya terminado.

»Soy la mayor D. S. Evans, psicóloga militar. Este despacho se encuentra en la enfermería del CNECD, el Centro Nacional de Emergencia para Comunicaciones de Defensa, situado a trescientos metros bajo una montaña en Virginia Occidental. Por lo que sabemos, es el único órgano gubernamental que sigue existiendo en la parte

continental de Estados Unidos. La escena que ve por esa ventana la envía un monitor de superficie en el centro de Nebraska; por medio del ordenador podemos conectarnos con cualquiera de los doce monitores que siguen funcionando en la superficie.

Evans se giró hacia el teclado y entró una orden; la escena de la ventana se transformó en un plano de ladrillos rotos y vigas de acero retorcidas. La imagen estaba oscurecida por una capa de polvo sobre la cámara y una pesada nevada. Evans tecleó una orden adicional y tocó uno de los interruptores de la mesa. Del altavoz surgió un torrente de estática, un silbido como el del beicon friéndose.

—Eso es Dallas. El sonido es una lectura de la radiación de fondo que registra un detector situado junto a la cámara. —Tecleó otra orden y la «ventana» recorrió una sucesión de escenas igualmente desoladas. Cada diez segundos pasaba a la siguiente. Un desierto a la hora del crepúsculo, inmóvil bajo nubes bajas; un plano sucio subacuático donde apenas eran visibles los restos de edificios; un bosque desnudo semienterrado en la nieve; una autopista desierta. Con cada cambio de escena el altavoz se detenía una fracción de segundo y luego volvía a empezar.

Havelmann lo contemplaba todo con seriedad.

—La superficie lleva un año en ese estado, desde que cayeron las últimas bombas. Por lo que sabemos, no hay seres humanos con vida en Norteamérica... en el hemisferio norte, ya que estamos. Las transmisiones de radio de Sudamérica, Nueva Zelanda y Australia se han ido deteniendo una a una durante los últimos ocho meses. Por los monitores no hemos visto ninguna criatura mayor que un insecto desde principios de año. Estamos en el verano de 2010. Aunque, teniendo en cuenta la situación, seguir contando los años por el viejo sistema me parece bastante fútil.

La doctora Evans abrió un cajón y sacó una automática. La colocó en el centro de la mesa y se recostó, con la mano derecha tocando el borde, cerca de la pistola.

—Ahora vas a decirme que nunca has sabido nada de esto y que jamás me habías visto en tu vida —dijo—. A pesar de que llevo hablando contigo a diario desde hace dos semanas y que durante ese tiempo te lo he explicado al menos tres veces. Vas a decirme que estamos en 1984 y que tienes treinta y cinco años, a pesar de lo absurdo de esa afirmación. Vas a fingir asombro y confusión; cuanto más insista en que te enfrentes a esos hechos, más agitado vas a estar. Con el tiempo, te echarás a llorar y esperarás que me compadezca. Puedes irte al infierno. —La voz de Evans había ido ganando en furia. Tenía que parar; apenas fue capaz. Cuando volvió a hablar, la tenía controlada—. Si insistes en esta farsa, puede que te mate. Te aseguro que a nadie le va a importar. Ahora puedes hablar.

Havelmann miró la ventana. Abrió y cerró la boca en un gesto estúpido. Qué viejo parecía, qué indefenso. Evans sintió de pronto una oleada de piedad y duda. ¿Y si se equivocaba? Se imaginaba cómo debía de estar viéndola él: una inquisidora amargada, arrogante e incomprensible, cuyos motivos para atormentarle le resultaban un misterio absoluto. Le observó. Al cabo de unos minutos, cerró la boca; parpadeó

con rapidez y se aclaró los ojos.

—Por favor. Explíqueme de qué habla.

Evans se estremeció.

—La pistola está cargada. Sigue hablando.

—¿Qué quiere que diga? Nunca había oído nada de esto. Esta misma mañana he visto a mi mujer y a mis hijos y todo estaba bien. Ahora usted me cuenta lo de la guerra atómica y 2010. ¿He dormido treinta años? —No parecías muy sorprendido cuando has entrado. Si estás tan desorientado, ¿cómo explicas tu presencia aquí?

El hombre se dejó caer en la silla.

—No lo recuerdo. Supongo que creía que había venido aquí, pensaba que era un hospital, para un chequeo. No lo he pensado. Usted debe de saber cómo llegué aquí.

—Lo sé. Pero creo que tú también lo sabes y que estás jugando conmigo... con todos nosotros. Los otros están preocupados, pero yo estoy harta. Te tengo calado, así que será mejor que dejes de actuar. Eras famoso por tu sinceridad, pero siempre sospeché que también era una farsa, y no me lo trago. No empezaste con este juego lo suficientemente pronto como para que yo me convenza de que estás loco, a pesar de lo que piensen los demás. —Evans jugueteó con la colilla del cigarrillo—. O podría tratarse de un delirio —añadió—. Crees que estás en un hospital y tu esquizofrenia ha avanzado hasta el punto de que niegas todos los hechos que no se ajustan a tus intentos de eludir la responsabilidad. Supongo que en cierto sentido semejante locura te absolvería. Si es así, yo debería ser más objetiva. Bien, no puedo. Comprendo que no estoy siendo fiel a mi profesión. Es una lástima. —Las emociones habían ido desapareciendo gradualmente hasta que al final se sentía como si estuviese hablando desde otro continente y no desde el otro lado de una mesa.

—Sigo sin saber de qué está hablando. ¿Dónde están mi mujer y mis hijos?

—Están muertos.

Havelmann se envaró en la silla. El único sonido era el silbido del detector de radiación.

—Deme un cigarrillo.

—Ya no quedan cigarrillos. Me acabo de fumar el último. —La voz de Evans era distante—. El año pasado me fumé dos cartones.

Havelmann dejó caer la vista.

—Qué viejas son mis manos... ¡Helen tiene unas manos preciosas!

—¿Por qué sigues con esta farsa?

El rostro del anciano enrojeció.

—¡Maldita sea! ¡Dígame qué pasó!

—La famosa furia de Havelmann. ¿Se supone que ahora debo acobardarme?

El silbido del altavoz pareció aumentar de volumen. Havelmann intentó hacerse con la pistola. Evans la agarró. El anciano atrapó el pisapapeles y lo alzó para golpear. Ella le apuntó con la pistola.

—Tu mujer no llegó a tiempo al avión. Estaba en el ala oeste de la Casa Blanca.

No sé dónde estaban tus malditos hijos... probablemente se vaporizaron con sus propias familias. Tú, sin embargo, tenías la Operación Rótula para salvarte, señor presidente. Ahora siéntate y dime a qué viene este juego, o te mataré ahora mismo. ¡Siéntate!

Havelmann pareció ver la luz.

—Está loca —dijo en un susurro.

—Vuelve a dejar el pisapapeles sobre la mesa.

Lo hizo. Se sentó.

—Pero no puede ser que simplemente esté loca —añadió Havelmann—. No hay ninguna razón para que me arrancase de mi casa y me sometiese a esto. Es una conspiración. Del Gobierno. De la CIA.

—¿Y tienes treinta y cinco años?

Havelmann volvió a mirarse las manos.

—Me está haciendo algo.

—¿Y los campos? ¿Y la Orden Administrativa 31?

—Si soy el presidente, entonces, ¿por qué me está interrogando? ¿Por qué no puedo recordar nada de todo esto?

—Déjalo. Para ahora mismo —dijo Evans lentamente. Por primera vez prestó atención a su voz. Parecía más de vieja que la de Havelmann—. No soporto más mentiras. Juro que te mataré. Primero fue el juego del comandante en jefe, calistenia, aires de superioridad y disciplina. Luego el del hermano mayor, vamos a tomarnos un *whisky* y a hablarlo, hijo. Sí, señor presidente. —Havelmann la miraba fijamente. Iba a obligarla a matarle y sabía que no tendría fortaleza suficiente para no hacerlo.

»Ahora no puede recordar nada —dijo—. Sus chicos están confundidos, están hartos. Yo también estoy harta.

—Si eso es cierto, ¡tiene que ayudarme!

—¡Me importa una mierda de rata ayudarte o no! —gritó Evans—. Me interesa hacerte decir la verdad. ¿No comprendes que estamos muertos? Me importa una mierda tu estúpido sentido del bien y del mal; simplemente dime qué te hace persistir con esto. ¿A quién crees que vas a impresionar? ¿Crees que vas a ganar unas elecciones? ¿Que debes proteger tu lugar en la historia? ¡Ya no va a haber más historia! ¡La historia terminó el agosto pasado!

»Ahórrame las fantasías sobre el hospital y las enfermeras inexistentes. Alguien que sufriese de Korsakov no se inventaría esas historias. Reconocería la diferencia entre una ventana y una pantalla de proyección. Has cometido otra docena de deslices. No eres lo suficientemente buen actor. —Le temblaban las manos. La pistola era pesada. La voz también le temblaba y se despreciaba por ello—. En ocasiones creo que lo único que me mantenía con vida era saber que me quedaba media cajetilla. Eso y el deseo de obligarte a arrastrarte.

El anciano permaneció sentado mirando la pistola en su mano.

—¿Era el presidente?

—No —dijo Evans con amargura—, me lo he inventado todo.

Los ojos del hombre parecieron hundirse aún más en la red de arrugas que los rodeaban.

—¿Empecé una guerra?

Evans sintió que el corazón se le aceleraba.

—¡Deja de mentir! Enviaste la fuerza de ataque; ordenaste un lanzamiento preventivo.

—Soy viejo. ¿Cuántos años tengo?

—Sabes muy bien cuántos... —Se detuvo. Apenas pudo recuperar el aliento. Sintió un dolor agudo en el pecho—. Tienes sesenta y un años.

—Jesús, María y José.

—¿Eso es todo? ¿Es todo lo que tienes que decir?

El anciano tenía la mirada perdida. Luego, lentamente, tan lentamente que al principio lo que hacía no quedaba claro, bajó la cabeza y la colocó entre las manos para llorar. Sus sollozos eran inaudibles debido al silbido del detector de radiación. La doctora Evans le observó con atención. Apoyó los codos sobre la mesa, sosteniendo la pistola con ambas manos. La cabeza de Havelmann se agitaba delante del arma. A pesar de su edad, su pelo gris seguía siendo tupido.

Al cabo de un momento, Evans alargó la mano y apagó el altavoz.

El silbido se detuvo.

Finalmente Havelmann dejó de llorar. Alzó la cabeza. Parecía confundido. Tenía la cara inexpresiva. Miró a la doctora y la pistola.

—Me llamo Robert Havelmann —dijo—. ¿Por qué me apunta con una pistola?

—Por favor, no —dijo Evans.

—¿No qué? ¿Quién es usted?

Evans vio cómo se difuminaba el rostro del hombre. A través de las lágrimas parecía mucho más joven. Bajó el arma. Intentó levantarla pero era como si su cuerpo se hubiese transformado en humo... no había sustancia en su persona y todos sus esfuerzos estaban dirigidos a evitar disiparse, por lo que no quedaba fuerza para matar a alguien tan inocente e impoluto como Robert Havelmann. Él le tomó la pistola de entre las manos.

—¿Está bien? —preguntó.

La doctora Evans estaba sentada en su despacho, con la esperanza de que aquel no fuese un mal día. No le había dolido el pecho, pero se le habían acabado los cigarrillos. Rebuscó en los cajones con la esperanza de encontrar una cajetilla, incluso una colilla, en algún rincón. No hubo suerte.

Lo dejó y se volvió hacia la ventana. Las persianas estaban abiertas, mostrando el campo nevado. Observó las nubes correr empujadas por el viento. Estaba oscuro. Era invierno. No había nada con vida.

—Fuera hace frío —susurró.

Llamaron a la puerta. «Buen Dios, déjame en paz —pensó—. Por favor, déjame en paz».

—Pase —dijo.

La puerta se abrió y entró un anciano vestido con un traje arrugado.

—¿Doctora Evans? Soy Robert Havelmann. ¿De qué quería hablarme?

Turistas
LISA GOLDSTEIN
(febrero de 1985)

La ficción de Lisa Goldstein se caracteriza por el uso de temas habituales de la ciencia ficción: el viaje en el tiempo, visitas a exóticos mundos alienígenas y antiutopías futuras. Sin embargo, en manos de Goldstein esos elementos se convierten habitualmente en medios para fines literarios que encajan mejor en la definición de realismo mágico, ficción mitopoética y cuento de hadas contemporáneo. Tuvo un éxito rotundo en 1982, cuando su primera novela, *The Red Magician*, una versión alegórica del ascenso del nazismo y el Holocausto, ganó el American Book Award. Sus siguientes dos novelas son incursiones más convencionales en el terreno de la ciencia ficción. *The Dream Years* establece un vínculo entre el movimiento surrealista de los años veinte y el movimiento contracultural francés de 1968 por medio de las aventuras de un novelista que viaja en el tiempo y descubre que esas dos épocas se parecen bastante. *A Mask for the General* está ambientada en una América del futuro gobernada por un soldado dictatorial y describe las diferencias ideológicas y sociales que han dado forma a facciones diferentes de la subcultura revolucionaria. *Tourists*, una ampliación del relato del mismo nombre, introduce gradualmente a sus personajes en Amaz, un país inexplorado del Tercer Mundo que sirve como telón de fondo de parte de los relatos cortos de Goldstein y que posee sus propias y personales reglas de la lógica. *Strange Devices of the Sun and Moon* describe la etapa histórica inmediatamente anterior a la Ilustración como una época en la que fantasía y mitología eran aceptadas y, por tanto, permeaban la vida cotidiana. *Summer King, Winter Fool*, ambientada en un mundo donde se da la interacción entre dioses y mortales, es la incursión más evidente de Goldstein en el terreno de la fantasía. *Walking the Labyrinth*, novela en la que una joven recibe una herencia como descendiente de un ilusionista que practicaba magia de verdad, y *Dark Cities Underground*, que trata el tema habitual de la desaparición de fronteras entre la realidad y el mundo de la fantasía literaria, son dos ejemplos del talento de Goldstein para transmitir, por medio de giros casi imperceptibles, la sensación del potencial mágico de la vida diaria. Su ficción corta está recopilada en *Daily Voices* y *Travellers in Magic*.

e despertó con frío. Se había quitado las mantas a patadas y el aire acondicionado estaba demasiado alto. Debbie... ¿dónde estaba? Fuera seguía estando oscuro.

Confundido, volvió a taparse e intentó dormir otra vez. Algo iba mal. Debbie no

estaba. Probablemente anduviese en el baño, o abajo, tomando una taza de café. Y él estaba... estaba de vacaciones, ¿pero dónde? Ya estaba completamente despierto. Se sentó e intentó reír. Era ridículo. Imagínate, pagar miles de dólares por unas vacaciones y luego olvidar dónde estabas. ¿Grecia? No, Grecia había sido el año anterior.

Se puso en pie y abrió las cortinas. El océano, diez pisos más abajo, era tan negro como el sueño e iba empalideciendo un poco por el este, tenía que ser el este, por donde salía el sol. Redujo la potencia del aire acondicionado. El zumbido se detuvo de pronto. Fue al baño.

—¿Debbie? —dijo, tentativamente. Se sentía un poco molesto—. ¿Debbie?

Seguía desaparecida después de ducharse, afeitarse y vestirse.

—Vale —dijo en voz alta, más que nada para oír el sonido de su voz—. Si no vienes, desayunaré sin ti. —Probablemente estuviese por ahí, hablando con los nativos, riéndose al equivocarse de palabra, aunque antes de partir le había asegurado que jamás había estudiado ninguna lengua extranjera. Pues sería que se le daban bien las lenguas; pasaba con algunas personas. Recordaba haberla oído decir, hablando con su acento sureño:

—Por amor de Dios, Charles, ¿qué te hace creer que te van a entender mejor por hablarles más alto? No hablan inglés. —Luego se había encargado ella de comunicarse, por señas, riendo y consultando un libro de frases que había sacado de alguna parte. Y conseguían la mejor habitación, el filete más selecto, las mantas que la artesana había tejido para su propia familia. La cotización de Charles subía cuando estaba con ella, y él lo tenía bien claro. Esperaba que apareciese pronto.

El hilo musical le acompañó por el pasillo hasta el ascensor y abajo, a la cafetería. La gustaba la cafetería del hotel, le gustaba el hecho de que los camareros hablaran inglés y supiesen qué era una tortilla. Durante los últimos días había ido pasando más y más tiempo en el hotel, tendido en la playa y, al final, sentado junto a la piscina bebiendo margaritas. La gente de la oficina juzgaría sus vacaciones por el bronceado que se llevase de vuelta. Debbie había protestado un poco y luego le había dicho que iba a coger un bus para visitar las ruinas. Había vuelto todavía más morena que él, con el pelo rubio de los brazos casi blanco contra la piel cobriza, cargada de historias sobre mujeres que llevaban pollos en el bus y templos que se desmoronaban en el desierto. Llevaba un brazalete de plata con engastes de piedras azules y verdes.

Al pagar se dio cuenta de que seguía sin saber en qué país estaba.

El primer billete que se sacó de la cartera tenía un cinco en cada esquina y la imagen de una flor espinosa. Los de diez traían una vista del océano y el de uno algo un poco inquietante, una gruesa serpiente enroscada. En la parte posterior tenían lo que parecía un sello oficial, pero no había nada escrito. «Analfabetos», pensó. Pero pronto se acordaría, o Debbie regresaría.

De vuelta en la habitación, para ponerse el bañador, pensó en el pasaporte. Sintióse como un detective que acaba de resolver el caso, sacó el cinturón de

dinero de debajo del colchón y lo abrió. El pasaporte no estaba. Su pasaporte y el billete de avión habían desaparecido. Los cheques de viaje seguían allí, inútiles a menos que pudiese identificarse con el pasaporte. Sintió frío. Se sentó en la cama con el corazón desbocado.

«Piensa —se dijo—. Estarán en alguna otra parte. Tiene que ser...».

¿Quién iba a robar el pasaporte sin llevarse los cheques? A menos que ese alguien necesitase el pasaporte para salir del país. Pero ¿quién sabía dónde los había escondido? Nadie excepto Debbie, que se había reído de él por esa precaución, y la idea de que Debbie le robase el pasaporte era absurda. Pero ¿dónde estaba?

«Vale —pensó—. Tengo que encontrar el consulado americano, resolver el problema... Por suerte, ayer mismo cambié un cheque de viaje. Me han robado y a los americanos les roban continuamente. No es para tanto. Tengo tiempo. Tengo el hotel pagado hasta... ¿hasta cuándo?».

Molesto, se dio cuenta de que también lo había olvidado. Por primera vez se preguntó si no estaría enfermo. Quizá debido al exceso de trabajo. Tendría que hacerse una revisión en cuanto volviese a Estados Unidos.

Levantó el auricular y llamó a recepción.

—¿Sí, señor? —dijo el recepcionista.

—Le hablo de la habitación 1012 —dijo Charles—. Lo he olvidado... llamo para comprobarlo... ¿hasta cuándo es mi reserva?

Silencio al otro lado. Un silencio de desaprobación, creyó intuir Charles. La mayoría de los huéspedes tenía la decencia de no olvidar cuánto duraba su estancia. Se preguntó cuál sería la reacción del hombre si le preguntaba en qué país estaba y sintió que en su interior se desencadenaba algo similar a la histeria. Se controló.

El recepcionista le habló con voz cuidadosamente neutral.

—Hasta esta noche, señor —dijo—. ¿Desea ampliar su estancia?

—Eh... no —dijo Charles—. ¿Podría decirme... dónde está el consulado americano?

—No mantenemos relaciones con su país, señor —dijo el hombre de recepción.

Durante un momento, Charles no lo entendió. Luego preguntó:

—Bien, ¿qué tal... el consulado británico?

El recepcionista rio y no dijo nada. Aparentemente, le parecía que no precisaba dar más aclaraciones. Mientras Charles intentaba pensar en otra pregunta (¿consulado australiano?, ¿consulado canadiense?), el hombre colgó.

Charles se puso en pie con cuidado.

—Vale —le dijo a la habitación vacía—. Primero lo primero. —Sacó las dos maletas del armario y las repasó cuidadosamente. La pequeña maleta de Debbie seguía allí y también la registró. Miró bajo los dos colchones, en la mesa de noche, en el armarito del baño. Nada. Vale. Debbie se lo había robado, tenía que ser eso. Pero ¿por qué? ¿Y por qué no se había llevado su maletita al irse?

Se preguntó si Debbie se presentaría en la oficina. Había trabajado pasillo abajo,

como una de las secretarias de los socios. Le había pedido que viajase con él para hacerle compañía, dejando claro que no había más condiciones, que simplemente no le apetecía viajar solo. En ocasiones ese tipo de relaciones pasaban a lo sexual y en ocasiones no. El año anterior sí, con Katya de contabilidad. Aquel año no había pasado.

«Todavía no hay nada de qué preocuparse», pensó Charles, cerrando las maletas. Cosas así debían de pasar continuamente. Llegaría al aeropuerto, donde sin duda tendrían registros, un listado del vuelo, y allí lo explicaría todo. Comprobó las tarjetas de crédito de la cartera y vio que seguían allí. «Bien —pensó—. Ahora vamos a comprobar si la publicidad es cierta y las aceptan en todo el mundo».

Se sentía tan confiado que decidió quedarse el día que le quedaba en el hotel. «Después de todo —pensó—, ya lo he pagado». Y quizá Debbie regresase. Se echó la toalla al hombro y bajó.

Alrededor de la piscina estaban los habituales, Millie y Jean, las ancianas de Miami. Los dos recién casados que eran bastante reservados. El autostopista que simplemente estaba de paso y que resultaba tan entretenido que nadie había tenido ánimos de denunciarle ante la dirección del hotel. Charles los saludó y antes de sentarse pidió un margarita en el bar.

A su alrededor fluían las conversaciones:

—¿Ya habéis estado en Djuzban? —le decía Jean a una pareja de jubilados que se les había unido en la piscina—. Ayer hicimos el *tour* del hotel. El mercado es simplemente fabuloso. Allí compré el anillo... ¿veis? —Les mostró plata y piedra.

—He oído que en Djuzban las ruinas son muy interesantes —dijo el jubilado.

—Oh, Harold —dijo su esposa—. Harold quiere subir todas las torres del país.

—No, tío, para buenas ruinas hay que ir a Zabla —dijo el autostopista—. Pero los buses no llegan hasta allí... Hay que alquilar un coche. Están en medio del desierto, todavía tal cual, sin alterar. Si el coche se estropea, estás muerto... por allí no pasa nadie en días.

La esposa de Harold se estremeció bajo el calor.

—Solo quiero hacer unas compras antes de ir a casa —dijo—. He oído que en Qarnatl la piel sale muy barata.

—Lo único que encontramos en Qarnatl fueron nativos intentando vendernos mazos de cartas —dijo Jean. Se volvió hacia Millie—. ¿Te acuerdas? No sé por qué creían que los americanos iban a estar interesados en sus naipes. Ni siquiera son como los nuestros.

Charles tomaba sorbos de margarita escuchando los nombres exóticos que volaban a su alrededor. ¿Y si les dijese que para él los nombres no significaban nada, nada en absoluto? Pero le daba demasiada vergüenza. Después de todo, había que mantener las apariencias, las apariencias de ser un viajero con experiencia, de saberse todos los trucos. De todas formas, pronto todo se aclararía.

El día pasó. Charles tomó un margarita, luego otro. Cuando el grupo de la piscina

se dividió le resultó lo más natural del mundo seguirlos al restaurante del hotel y pedir un bistec al punto. Se dio cuenta de que se le iba agotando el efectivo... Por la mañana tendría que cambiar otro cheque de viaje.

Pero al despertar por la mañana, completamente sobrio, se dio cuenta de lo que había hecho. Cuando tomó la cartera de la mesa de noche, los dedos le temblaban un poco. Solo contenía un billete de cinco, con su dibujito de un arbusto. «Bien —pensó, un poco inseguro—. Quizás hoy alguien vaya al aeropuerto. Probablemente. Los chicos de la oficina no se lo van a creer».

Preparó las dos maletas, dejando la maletita de Debbie por si volvía. Ya abajo, iba automáticamente a la cafetería cuando se dio cuenta. De pronto sintió que el hambre aumentaba.

—Disculpe —le dijo al recepcionista—. ¿Cuánto...? ¿Sabe cuánto sale un taxi al aeropuerto?

—No hablo inglés, señor —dijo. Era bajito y de tez oscura, como la mayoría de los nativos. Tenía los dientes manchados de rojo.

—No... —dijo Charles, horrorizado. Por amor de Dios, ¿por qué iban a contratar a alguien que no habla inglés?—. Cuánto —dijo lentamente—. Taxi. Aeropuerto. — Se dio cuenta de que había levantado la voz; aparentemente Debbie tenía razón.

El hombre se encogió de hombros. Otro se les unió. Charles se volvió aliviado hacia él.

—¿Cuánto cuesta el taxi al aeropuerto?

—Oh, taxi —dijo el hombre, como si se tratase de un asunto sin la menor importancia—. No mucho, señor. Ocho, nueve. Quizá quince.

—¿Quince? —dijo Charles. Intentó recordar el aeropuerto, recordar cómo había llegado hasta allí—. ¿No cinco? —Levantó cinco dedos.

El segundo hombre rio.

—Oh no, señor —dijo—. Quince. Veinte. —Se encogió de hombros.

Charles miró desesperado a su alrededor. «*Tours del hotel*», decía el cartel que decoraba la pared de recepción. Ruinas. Gratis.

—Las ruinas —dijo, señalando el cartel, preguntándose si alguno de los dos sabía leer—. ¿Están cerca del aeropuerto? —Podía ir hasta las ruinas, quizá consiguiera que le llevaran...

—¿Cerca? —dijo el segundo hombre. Volvió a encogerse de hombros—. Quizá. Sí, creo.

—¿Cómo de cerca? —dijo Charles.

—Cerca —dijo el segundo hombre—. Sí. Lo suficientemente cerca.

Charles recogió las dos maletas y siguió la fila de turistas hasta la parada de bus. «¿Ves? —pensó—, no hay motivo para estar preocupado y viajas gratis al aeropuerto. De todos modos, los taxistas son unos ladrones».

Fue difícil maniobrar con las dos maletas para subir al bus.

—Voy al aeropuerto —le dijo Charles al chófer, sintiendo la necesidad de

explicarse.

—Claro que sí, señor —dijo el chófer, encogiéndose de hombros como si quisiese indicar que a él no le importaban las maletas de un americano. Añadió una palabra que Charles no entendió. Quizá fuese en otro idioma.

El bus entró en la nueva carretera de dos carriles que había delante de los hoteles. Pronto los dejaron atrás, pasaron por un grupo de chabolas desvencijadas y enfilaron hacia el desierto. El aire acondicionado susurraba con fuerza. Las ondas de calor corrían sobre la arena.

Casi una hora después, el bus se detuvo.

—Tenemos una hora —dijo el chófer en inglés con mucho acento. Abrió la portezuela—. Esto es el templo de Marmaz. Muy viejo. Una hora. —Los turistas salieron. Unos cuantos ajustaban las cámaras o apuntaban con las lentes.

Debido a la maleta, Charles fue el último en salir. Entornó los ojos debido al sol. El templo era un muro sólido de mármol blanco contra la arena. Sintiendo curiosidad a pesar de todo, atravesó el aparcamiento, evitando a los nativos que intentaban mostrarle algo.

—Pura plata —dijo el hombre bajito, llamándole—. Precio especial solo para usted.

Delante del templo había un estanque de mármol agrietado, seco.

¿Quiénes habían traído agua a través del desierto, quiénes habían aprisionado la luna en mármol pálido? Pero en realidad, ¿cuánto había sabido de todos los demás puntos turísticos que había visitado, de los griegos que habían levantado el Partenón, de los mayas que habían construido sus pirámides? Siguió la fila de turistas para entrar en el templo, sintiendo que el frío le caía encima como una bendición.

Pasó de sala en sala, encantado, apenas sintiendo el peso de las maletas. Vio mosaicos desmigajados de rojos, azules y verdes, fragmentos de tapices, bóvedas, fuentes, torres, un comedor blanco en el que había espacio para un centenar de personas. En una salita un nativo daba explicaciones sobre una escultura blanca a una docena de americanos.

—Este es dios Sol —dijo el nativo—. Y en la siguiente sala, la diosa Luna. Luna, ¿sí? Iremos a verla luego. Una vez al año, las dos estatuas... estatuas, ¿sí?... salen fuera. Los sacerdotes sacan. Se casan. Su bebé es el año nuevo.

—Qué tontería —dijo en voz baja una mujer que estaba de pie cerca de Charles. Sostenía una guía—. Ese es el cuarto rey. Construyó el templo. Dios Sol. —Rio desdeñosa.

—¿Podría... podría consultar el libro un segundo? —dijo Charles.

La portada se había girado hacia un lado, tentadora, casi revelando el nombre del país.

La mujer miró rápidamente la hora.

—Tengo que irme —dijo—. El bus se va dentro de un minuto y tengo que encontrar a mi marido. Lo siento.

El bus de Charles ya se había ido cuando salió del templo. Hacía más fresco, pero el calor todavía se elevaba de las arenas del desierto. Tenía mucha hambre, tanta que casi estuvo tentado de comprar un sándwich y una bebida fría en el chiringuito situado cerca del aparcamiento.

—¿Cartas? —le dijo alguien.

Charles se volvió. El nativo bajito dijo algo que sonó como «¡Tiraz!». Era la misma palabra que esa mañana le había dicho el chófer.

—¿Cartas? —repitió.

—¿Qué? —dijo Charles con impaciencia, buscando un taxi.

—Naipes antiguos —dijo el nativo—. Muy sagrado. —Sacó un mazo de cartas de la bolsa bordada y las extendió. Los colores eran muy llamativos—. Recuerdo —dijo el nativo. Sonrió, enseñando *los* dientes manchados de rojo—. Recuerdo de su viaje.

—No, gracias —dijo Charles. Por todo el aparcamiento parecía que *los* nativos intentaban vender a *los* turistas anillos, pipas, blusas y, por alguna razón, mazos de naipes—. ¿Taxi? —dijo—. ¿Hay taxis aquí?

El nativo se encogió de hombros y pasó al siguiente turista.

Se hacía tarde. Charles se acercó a la siguiente parada de bus. El chófer estaba apoyado contra el vehículo, fumándose un pequeño cigarrillo hecho con una hoja marrón.

—¿Dónde puedo encontrar un taxi? —le preguntó Charles.

—No hay taxis —dijo el chófer.

—No... ¿Por qué no? —dijo Charles. Aquel país era imposible. No veía la hora de salir de allí, de encontrarse en un avión bebiendo margaritas y de vuelta a los maravillosos Estados Unidos. Eran las peores vacaciones de su vida—. ¿Puedo hacer una llamada? Tengo que llegar al aeropuerto.

Una mujer que estaba a punto de subir le oyó y se detuvo.

—¿El aeropuerto? —dijo—. El aeropuerto está a ochenta kilómetros de aquí. Por lo menos. Jamás encontrará un taxi que le lleve tan lejos.

—¿Ochenta kilómetros? —dijo Charles—. Me han dicho... En el hotel me han dicho que estaba bastante cerca. —Perdió momentáneamente la confianza. «¿Ahora qué hago?», pensó. Se sentó en las maletas.

—Un momento —dijo la mujer. Se volvió hacia el chófer—. Tenemos sitio. ¿No podemos llevarle a la ciudad con nosotros? Creo que nosotros somos los últimos en irnos.

El chófer se encogió de hombros.

—Por el *tiraz*, por supuesto. Todo es posible.

Si Charles no se hubiese sentido tan aliviado se habría sentido molesto. ¿Qué significaba aquello de «*tiraz*»? ¿Imbécil? ¿Hombre con dos maletas? Siguió a la mujer al bus.

—No puedo creer que pensase que esto estaba cerca del aeropuerto —dijo la mujer. Se sentó al otro lado del pasillo—. Esto está en pleno desierto. Aquí no hay

nada. Aquí no vendría nadie si no fuese por las ruinas.

—Me lo han dicho en el hotel —dijo Charles. En realidad no quería hablar. Ya no era el viajero con experiencia, el hombre que entretenía a la gente de la piscina con historias de México, Grecia o Hawai. Tendría que confesarse, tendría que regresar al hotel y contarlo todo. Quizá llamasen a la policía para localizar a Debbie. Un día malgastado y no había hecho más que dar vueltas para regresar al punto de partida.

Se sentía cansado y hambriento.

Pero cuando el bus se detuvo no fue en la fila de hoteles brillantemente iluminada. Se esforzó por ver en la oscuridad.

—Creía que había dicho... —Se volvió hacia la mujer, furioso de tener que quedar otra vez como un tonto—. Creía que volvíamos a la ciudad.

—Esto es... —dijo la mujer. Luego asintió, comprendiéndolo—. Usted quiere ir a la ciudad nueva, la ciudad turística. Está unos quince kilómetros carretera arriba. Cualquier taxi le llevará.

Charles volvió a ser el último en bajar, en esta ocasión impedido no tanto por las maletas como por la idea novedosa. La gente se alojaba en las mismas ciudades en las que vivían los nativos. Había oído que pasaba, pero había creído que *solo* lo hacían los jóvenes, los estudiantes, los nómadas y los autostopistas como el del hotel. Esa mujer no era joven y había resultado razonablemente agradable. Deseó no haberse olvidado de darle las gracias.

El primer taxista se rio de Charles cuando este le mostró el billete de cinco y le pidió que le llevase a la ciudad nueva. Tampoco le impresionaron los cheques de viaje. El segundo y el tercero le rechazaron directamente. La ciudad olía a aceite de motor y pescado rancio. Se estaba haciendo tarde e incluso empezaba el frío, y Charles se estaba poniendo nervioso por estar fuera tan tarde. Las dos maletas resultaban un blanco evidente para cualquier ladrón. ¿Y adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer?

En ese momento le anegó el pánico tanto tiempo reprimido y echó a correr. Se internó más profundamente en el laberinto confuso de la ciudad, sin importarle adónde iba aparte de mantenerse en movimiento. Todo estaba cerrado y había muy pocas farolas. Oía el eco de sus pisadas en los edificios. Un gato se apartó de un salto, con los ojos relucientes.

Después de correr un buen rato, empezó a reducir el paso.

—¡*Tiraz!* —le susurró alguien desde un edificio abandonado. El corazón le corría desbocado. No miró atrás. Delante había un escaparate iluminado, una tienda llena de trastos. La puerta estaba abierta. Una casa de empeños.

Entró con alivio. Se hizo un hueco entre las viejas revistas, los moldes pasteleros oxidados y los cuentos infantiles. El hombre del mostrador le miró pero no hizo ningún comentario. Sacó todo lo que había en las dos maletas, decidió qué le hacía falta y volvió a guardarlo, y puso la otra maleta en el mostrador. El hombre se acercó a una mesita, abrió un cajón cerrado con llave y sacó una caja de acero. Contó un

poco de dinero y se lo ofreció a Charles. Charles lo aceptó en silencio, sin molestarse en contarlo.

Con el dinero pagó una cena que sabía a serrín y aceite de sésamo y una cama derrengada en un viejo hotel. El ventilador del techo giró toda la noche, porque Charles no supo apagarlo. Desde la esquina, una cucaracha le observaba indiferente.

La ciudad tenía un aspecto diferente a la luz del día. Las mujeres vestidas con mantones y brazaletes de plata, los hombres con ropa que había estado de moda hacía cincuenta años pasaban por delante del hotel mientras Charles miraba. Lucía el sol. Empezó a animarse. Llegaría al aeropuerto.

Caminó por las calles casi alegre, haciendo caso omiso del dolor en los brazos. Le picaba la barba porque la noche antes, en un momento de pánico, había lanzado la maquinilla eléctrica en la maleta para vender. Se encogió de hombros. Todavía le quedaban cosas por vender.

Encontraría una casa de empeño mejor.

Caminó, dejando atrás casas desvencijadas y mercados al aire libre, mendigos y niños, garajes de coches y restaurantes lúgubres que olían a pescado frito.

—Disculpe —le dijo a un hombre apoyado contra un carruaje de caballos—. ¿Sabe dónde puedo encontrar una casa de empeños?

El hombre y el caballo alzaron simultáneamente la vista.

—Paseo, ¿sí? —dijo el hombre entusiasmado—. Monumentos famosos. Muy barato.

—No —dijo Charles—. Una casa de empeño. ¿Me comprende?

El hombre se encogió de hombros, tiró de la crin del caballo.

—No hablo inglés —dijo al fin.

Otro hombre se había acercado a Charles por detrás.

—¿Casa de empeño? —dijo.

Charles se volvió con rapidez, aliviado.

—Sí —dijo—. ¿Sabe dónde...?

—Dos manzanas más abajo —dijo el hombre—. A la izquierda. Cinco manzanas. Al otro lado del hospital.

—¿Qué calle es esa? —preguntó Charles.

—¿Calle? —dijo el hombre. Frunció el ceño—. Dos calles más abajo y a la izquierda.

—El nombre —dijo Charles—. El nombre de la calle.

Para asombro de Charles, el hombre se echó a reír. El cochero también se echó a reír, aunque era imposible que supiese de qué hablaban.

—¿Nombre? —dijo el hombre—. Los turistas nombran las calles como si fuesen niños pequeños, ¿sí? —Volvió a reír, limpiándose los ojos, y le dijo algo al cochero en otro idioma, hablando con rapidez.

—Gracias —dijo Charles. Recorrió las dos manzanas, giró a la izquierda y bajó cinco manzanas más. No había hospital donde el hombre había dicho que lo habría, ni

había casa de empeño tampoco. Un hombre que hablaba un poco de inglés le contó algo sobre un gran incendio, pero Charles no consiguió entender si había sido la semana anterior o varios años antes.

Comenzó a desandar el camino hacia el hombre que le había dado las indicaciones. Al cabo de unos minutos estaba completamente perdido. Las calles se volvieron más sombrías y, en una ocasión, vio una rata salir corriendo de un montón de periódicos. El fuego había devorado aquella parte de la ciudad dejando edificios chamuscados y dañados por el agua, abiertos a los transeúntes como exposiciones de museo. Dos niños sucios corrieron hacia él, gritando:

—¡Dinero, por favor, señor! ¡Dinero para comer! Se metió en una calle lateral para perderlos.

Delante de él había tres jóvenes con la ropa manchada de grasa.

Uno de ellos le silbó algo, las palabras corriendo como el rayo. Otro sostenía un trozo de cadena con la que jugueteaba, susurrando, entre las manos.

—No hablo... —dijo Charles, pero era demasiado tarde. Le cayeron encima.

Uno le arrancó la maleta de las manos, gritando: —¡*El amak!* ¡*El amak!*

Otro le derribó con un golpe en el estómago que le dejó sin aliento. El tercero le revisó los bolsillos y se hizo con la cartera y el pequeño fajo de cheques de viaje. Charles intentó ponerse en pie sin fuerzas, y el segundo le volvió a derribar, golpeándole una vez más en el estómago. El primero gritó algo y escaparon corriendo calle abajo. Charles se quedó donde le habían dejado, luchando por respirar.

Los dos niños sucios pasaron de largo y también una vieja que llevaba un cesto en equilibrio sobre la cabeza. Al cabo de unos minutos rodó sobre sí mismo y se sentó, apoyándose contra un coche herrumbroso sostenido sobre ladrillos. Tenía los pantalones rasgados, observó embotado, rasgados y manchados de grasa, y había desaparecido la maleta con el resto de su ropa.

Iría a la policía, iría y diría que la maleta había desaparecido. Sabía la palabra para maleta porque el joven ladrón la había gritado. *Amak. El amak.* Y de pronto comprendió algo que le dejó sin aliento con tanta efectividad como un puñetazo en el estómago. Todas las palabras del inglés, todas las palabras que conocía, tenían una correspondencia en esa extraña lengua extranjera. Todo lo que pudiese pensar (mano, amor, mesa, caliente) los nativos lo decían con otra palabra, una palabra que no era inglés. Debbie lo sabía y era por eso que se le daban bien las lenguas. Él no. Él había esperado que todos dejasen de inmediato aquella farsa ridícula y empezasen a hablar como gente normal.

Se puso en pie cautelosamente, respirando con cuidado para hacer desaparecer el dolor del estómago. Un rato después empezó a caminar de nuevo, siguiendo más profundamente el laberinto de la ciudad. Al final encontró un parquecito y se sentó a descansar en un banco.

Casi de inmediato se le acercó un nativo.

—¿Cartas? —dijo el nativo—. Mire. —Abrió la bolsa bordada. Charles suspiró.

Estaba demasiado cansado para alejarse.

—No quiero cartas —dijo—. No tengo dinero.

—Claro que no —dijo el nativo—. Mire. Son hermosas, ¿no? —Extendió sobre la hierba las cartas de vivos colores. Charles vio un jugador de béisbol, una pitonisa, un estudiante, algunos dibujos que no reconoció—. Mire —volvió a decir el nativo, y pasó a la siguiente carta—. El turista.

Charles no pudo evitar reír cuando vio la carta del hombre cargado de maletas. Esa gente hacía tanto tiempo que recibía la visita de los turistas que el turista se había convertido en un arquetipo, una parte de la realidad cotidiana, como los reyes y los bufones. Miró la carta más de cerca. Las maletas le resultaban familiares. Y el turista... se echó atrás como si le hubiesen golpeado. Era él.

Se puso en pie con rapidez y empezó a correr, pasando del dolor en el estómago. El nativo no le siguió.

Después de aquello vio a los vendedores de cartas en todas las esquinas. Le llamaban incluso si cruzaba la calle para evitarlos.

—¡*Tiraz, tiraz!* —le decían. Ahora sabía lo que significaba: «turista».

Al ponerse el *sol* sintió un hambre feroz. Esquivó a una mendiga agachada en la calle y vio, demasiado tarde, a un vendedor de cartas esperando en la esquina. El vendedor le ofreció algo, una especie de empanada, y Charles la aceptó, demasiado hambriento para rechazarla.

La empanada estaba rellena de carne y era muy rica. Como a una señal, *los* otros vendedores de cartas comenzaron a darle cosas: un odre de vino, un poco de pescado envuelto en papel. Uno de ellos le entregó dinero, mucho más dinero de lo que costaba un mazo de cartas. Estaba oscureciendo. Con el dinero alquiló una habitación para pasar la noche.

Al día siguiente, un vendedor de cartas le esperaba en la esquina.

—Vale —le dijo Charles. Había perdido parte de la beligerancia—. Me rindo. ¿Qué demonios está pasando?

—Mire —dijo el vendedor de cartas. Sacó las cartas de la bolsa bordada—. Aquí lo pone. —Se agachó en la acera, pasando de la suciedad, la gente que pasaba, *los* vapores de la calle. La acera, se dio cuenta Charles, parecía pavimentada con chapas de botellas.

El vendedor extendió las cartas.

—Mire —dijo—. Está predicho. Las cartas son nuestro oráculo, nuestro periódico, nuestro entretenimiento. Todo depende de cómo las leas. —Charles se preguntó dónde habría aprendido a hablar inglés el hombre, pero no quería interrumpirlo—. Verá —dijo el hombre poniendo una carta boca arriba—. Aquí está. El turista. Estaba predicho que usted vendría a la ciudad.

—¿Y luego qué? —preguntó Charles—. ¿Cómo vuelvo?

—Debemos preguntar a las cartas —dijo el hombre. Tranquilamente puso otra carta boca arriba, las ruinas de Marmaz—. Quizás esperemos a la próxima edición.

—Próxima... —dijo Charles—. ¿Quiere decir que las cartas no son siempre iguales?

—No —dijo el hombre—. ¿Los periódicos siempre son iguales?

—Pero... ¿quién las imprime?

El hombre se encogió de hombros.

—No lo sabemos. —Giró otra carta, la de una joven rubia.

—¡Debbie! —dijo Charles, sorprendido.

—Sí —dijo el hombre—. La mujer con la que vino. Tuvimos que convencerla de que se fuese para que usted cumpliera la profecía y viniese a la ciudad. Y luego le quitamos sus papelititos, los que son importantes para el *tiraz*. Es una forma estúpida de viajar, si me permite decirlo. En la ciudad los únicos papeles importantes son las cartas, y si un hombre pierde sus cartas es fácil conseguir otras.

—¿Ustedes... ustedes me quitaron el pasaporte? —dijo Charles.

No sentía tanta furia como hubiese deseado.

—¿Mi pasaporte y el billete de avión? ¿Dónde están?

—Ah —dijo el hombre—. Debemos preguntar a las cartas. —Sacó otro mazo de la bolsa y se lo entregó a Charles. Antes de que este pudiese responder se puso en pie y se alejó.

A mediodía Charles había vuelto a dar con el parquecito. Se sentó y extendió las cartas, preguntándose si lo que le había dicho el vendedor tenía algún sentido. En su mazo no salía Debbie. ¿Era por tanto una edición anterior, o una posterior?

Una pareja de americanos se le acercó mientras él contemplaba las cartas.

—Ahí están otra vez esas cartas —dijo la mujer—. Son de lo más pintorescas. ¿Cuánto pide por las tuyas? —le preguntó a Charles—. El hombre de allá ha dicho que nos las daría por diez.

—Ocho —dijo Charles sin vacilar, recogién-dolas.

La mujer miró al marido.

—Vale —dijo él. Sacó uno de cinco y tres de uno de la cartera y se los dio a Charles.

—Gracias, señor —dijo Charles.

El hombre bufó.

—Hablabas bastante bien inglés —dijo la mujer mientras se alejaban—. ¿No crees?

Más tarde, ese mismo día, un vendedor de cartas le dio tres mazos más y una bolsa bordada. Por la tarde ya había vendido dos. Unas noches después, se unió a los vendedores de cartas que esperaban en el parquecito la nueva edición de cartas. En algún lugar una campana tocó la medianoche. Una mujer con hermoso y largo pelo oscuro y un manto bordado surgió de la noche y silenciosamente sacó los mazos de cartas de su bolsa. Su brazalete de plata relució a la luz de la luna. Le dio doce mazos a Charles. Los hombres, a su alrededor, ya abrían las cajas, extendiendo las cartas, leyendo el pasado, o el presente, o el futuro.

Al cabo de unos tres años Charles se cansó de vender cartas. Los dientes se le habían puesto rojos de mascar la nuez que mascaban todos y había aprendido a fumar los cigarrillos de hojas. Los otros siempre le insistían en que alguien que hablaba inglés tan bien como él tendría que haber sido guía turístico, y finalmente decidió que tenían razón. Ahora lleva grupos de turistas por las ruinas de Marmaz, hablándoles del dios Sol y la diosa Luna y de cualquier otra cosa que se le ocurra ese día. Nunca ha descubierto en qué país vive.

Uno
GEORGE ALEC EFFINGER
(1995)

George Alec Effinger cita el teatro del absurdo como una influencia importante en su obra y define su estilo de ficción, amplio y de múltiples niveles, como «fantasía surrealista». Logró fama inicialmente como autor de cuentos cortos complejos para revistas y antologías de los años setenta. Su primera novela, *What Entropy Means to Me*, es en realidad cuatro historias interconectadas. Comienza como la tradicional fantasía de búsqueda para transformarse sutilmente en una inquisición reflexiva sobre la dinámica familiar, las luchas por el poder político y el acto de la creación artística. Historias posteriores manifiestan la misma audacia de trama y estructura narrativa. Varias de su historias, especialmente «The Pinch-Hitters», «Naked to the Invisible Eye», «From Downtown at the Buzzer» y «Breakaway», obtienen su metáfora central del deporte y los juegos. Sus novelas *Death in Florence*, *Those Gentle Vaices: A Promethean Romance* y *The Wolves of Memory* evocan una sensación de realidad paralela y de mundo alternativo con personajes que se llaman igual que los de otros cuentos cortos pero tienen una personalidad y motivaciones diferentes. Effinger ha explorado las intrincadas posibilidades del viaje en el tiempo en sus novelas *The Nick of Time* y *The Bird of Time* y satirizó la fantasía heroica en *Maureen Birnbaum, Barbarian Sword person*. Su trilogía de novelas que tienen como protagonista a Marid Audran (*Cuando falla la gravedad*, *Un fuego en el sol* y *El beso del exilio*, ambientadas en un Oriente Medio del futuro) resulta muy interesante porque describe una cultura musulmana tradicional receptiva a las incursiones de la tecnología ciberpunk. Las muchas historias de Effinger están recopiladas en *Mixed Feeling*, *Irrational Numbers*, *Dirty Tricks* e *Idle Pleasures*. También ha escrito varias novelizaciones de películas; una novela por entregas, *The Red Tape War; Nightmare Blue* (con Gardner Dozois); y la novela *Felicia*.

Era el año 30, día 1, el aniversario de la partida de la Tierra del doctor Leslie Gillette. De pie en el observatorio, miró la extensión vacía del espacio nulo.

—A las ocho en punto la temperatura del vacío interestelar es de menos doscientos setenta y tres grados centígrados —dijo—. Incluso sin tener en cuenta la sensación térmica, eso es frío. Es mucho frío.

Un panel indicador le había dicho esa mañana que la nave y su solitario pasajero llegarían antes de la hora de dormir al sistema estelar. Gillette no recordaba el nombre

de la estrella; no había sido más que un número en un catálogo. Hacía tiempo que había perdido el interés por las estrellas. Al comienzo, durante los primeros años, cuando Jessica seguía con él, siempre pedían ansiosamente al panel que les indicase en qué punto del cielo nocturno de la Tierra estaba situada cada estrella. Habían obtenido cierto placer examinando de cerca estrellas que reconocían como parte de constelaciones importantes. Después de visitar algunos miles de estrellas, fueron perdiendo el interés. Después de descubrir todavía más cuerpos planetarios, casi se cansaron de la búsqueda. Casi. Los Gillette conservaban la suficiente curiosidad científica para seguir adelante, alejándose cada vez más del punto de partida.

Pero ahora la inspiración inicial ya había desaparecido. En lugar de esperar junto al observatorio a que el navegador electrónico devolviese la nave al espacio normal, se volvió y abandonó la sala de control. No le apetecía buscar planetas habitables. Se hacía tarde y podría hacerlo a la mañana siguiente.

Le dio de comer al gato. Tecleó el código y recogió la cena del animal del dispensador de comida.

—Aquí tienes —dijo Gillette—. Cómela y sé feliz. Quiero leer un poco antes de dormir.

Mientras caminaba hacia sus habitaciones sintió un ligero temblor en el suelo del pasillo y en las paredes. Indicaba que la nave había pasado al espacio real. La nave no precisaba indicaciones de Gillette; ya había establecido una órbita segura y conveniente para aparcar, basándose en el tamaño y en las características de la estrella. Los planetas, si los había, seguirían allí por la mañana, esperando a que el doctor Gillette los examinase, los clasificase, les pusiera nombre y los abandonase.

A menos, claro está, que encontrase vida.

Encontrar vida era uno de los principales propósitos del viaje. Muy pronto también se había convertido en el propósito vital de los Gillette. Habían partido como exploradores entusiastas: el doctor Leslie Gillette, de treinta y cinco años, ya un investigador influyente en exobiología teórica, y su esposa, Jessica Reid Gillette, que había sido la presidenta del departamento de bioquímica de una importante universidad estatal del Medio Oeste. Llevaban casados once años y habían tomado la decisión de dedicarse a la exploración de campo tras la muerte de su único hijo.

Viajaban por el espacio hacia los límites más lejanos de la galaxia.

Hacía mucho, mucho tiempo que el Sol de la Tierra había desaparecido de la vista. La exobiología sobre la que los dos Gillette habían pensado, escrito y discutido allá en casa seguía siendo lo que siempre había sido: simple teoría. Después de visitar cientos y cientos de sistemas estelares, de haber encontrado miles de planetas con el potencial de contener vida, todavía estaban por ver o detectar alguna forma de vida por primitiva que fuese. Las instalaciones de análisis en la nave de aterrizaje daban siempre la misma respuesta frustrante que partía el alma: no hay vida. Muerto. Estéril. Año tras año, la galaxia se convirtió a ojos de los Gillette en una inmensidad vasta y terrible de piedras insensibles y gas ardiente.

—¿Recuerdas —le preguntó Jessica un día— lo que solía decirnos el viejo Hayden?

Gillette sonrió.

—Me encantaba discutir con ese tipo —dijo.

—En una ocasión me dijo que podría ser que encontrásemos vida, pero que no teníamos ni la más mínima posibilidad de encontrar vida inteligente.

Gillette recordó con placer la discusión.

—Y tú le llamaste chovinista terrestre. Me encantó. Allí mismo, sobre la marcha, creaste toda una nueva categoría de fanatismo. Creíamos que era un viejo conservador. Ahora da la impresión de que incluso él era demasiado optimista. — Jessica estaba de pie junto a la silla de su esposo, leyendo lo que escribía—. ¿Qué crees que diría Hayden si supiese que no hemos encontrado nada?

Gillette se giró y la miró.

—Creo que se sentiría decepcionado —dijo—. También sorprendido.

—Esto no es lo que yo había esperado —dijo ella.

La ausencia total incluso de las formas de vida más simples al principio había sido molesta, luego inquietante y al final ominosa. Pronto, incluso Leslie Gillette, que siempre se esforzaba por mantener separadas las cuestiones emocionales de las racionales, se sintió obligado a aceptar que sus conclusiones empíricas desafiaban todas las predicciones matemáticas realizadas por hombres y máquinas. En la sala de control había un pergamino enmarcado de una ecuación en bonita letra cursiva:

$$N=R_a F_p n_e f_i f_l f_c L$$

Se trataba de una fórmula desarrollada décadas antes para determinar el número aproximado de civilizaciones tecnológicas avanzadas que podrían encontrarse en la galaxia. A las variables de la fórmula se les asignaban valores realistas, según los conocimientos científicos de la época. N se determinaba a partir de siete factores:

R_a o la tasa media de formación estelar en la galaxia (con un valor de diez por año).

F_p o el porcentaje de estrellas con planetas (cercano al ciento por p ciento).

n_e o el número medio de planetas de cada sistema estelar con entornos adecuados para la vida (con un valor de uno).

f_i el porcentaje de esos planetas en los que efectivamente se desarrollaba la vida (cerca del ciento por ciento).

f_l o el porcentaje de esos planetas en los que aparecía vida inteligente (diez por ciento).

f_c el porcentaje de esos planetas en los que se desarrollaba una civilización técnica avanzada (diez por ciento).

L o la duración de una civilización técnica (con un valor estimado de diez millones de años).

Esas cifras daban un resultado: *N* —el número de civilizaciones avanzadas en la galaxia de la Vía Láctea— era igual a diez elevado a seis. Un millón. Los Gillette habían atesorado con cariño esa fórmula durante los primeros años de decepciones. Pero ellos no buscaban civilizaciones avanzadas, ellos buscaban vida. Cualquier forma de vida. Unos seis años después de abandonar la Tierra, Leslie y Jessica vagaban sobre la superficie seca y arenosa de un mundo frío que orbitaba un pequeño sol frío.

—No veo civilizaciones avanzadas —dijo Jessica, deteniéndose para remover el polvo usando el pesado guante del traje.

—No —dijo su marido—, ni tampoco ningún puesto de hamburguesas. —El cielo tenía un tono violeta tirando a rojizo, y evitaba mirarlo. Miraba fijamente al suelo, observando cómo Jessica pasaba los dedos por al arena inmóvil.

—¿Sabes? —dijo ella—, según esa fórmula todo sistema debería tener al menos un planeta apto para la vida.

Gillette se encogió de hombros.

—Muchos lo tienen —dijo—. Pero también dice que todo planeta que puede sostener la vida acabará teniéndola. Quizá fueron un poco demasiado optimistas cuando asignaron los valores a las variables.

Jessica rio.

—Quizá. —Cavó un agujerito en la superficie—. No puedo evitar esperar encontrarme con una hormiga, un gusano, algo.

—Aquí no, cariño —dijo Gillette—. Venga, regresemos. —Ella suspiró y se puso en pie. Juntos regresaron a la nave de descenso.

—Qué desengaño —dijo Jessica, mientras se preparaban para despegar—. He dado libertad a mi imaginación. Estoy lista para ver lo que sea allá abajo, toda la variedad de la vida o algo incluso más extraño. Ya sabes, cristales bailarines o nubes pensantes. Pero nunca estoy preparada para la nada.

La nave de descenso atravesó la atmósfera poco densa, hacia la nave de control en órbita.

—Un científico tiene que estar preparado para estas cosas —dijo Gillette pensativo—. Pero estoy de acuerdo contigo. La forma en que la experiencia desafía las predicciones da un poco de miedo.

Jessica se aflojó el cinturón de seguridad y respiró hondo.

—Matemáticamente improbable, diría yo. Esta noche voy a examinar la fórmula y veré qué variable es la que lo está jodiendo todo.

Gillette agitó la cabeza.

—Lo he hecho una y otra vez —dijo—. No llegarás muy lejos. Decidas lo que decidas, el resultado seguirá siendo muy diferente al que hemos encontrado. —En la

miríada de mundos que habían visitado, nunca habían encontrado nada tan simple como un alga o un protozoo, y menos aún vida inteligente. Los sensores bioquímicos jamás habían detectado nada que señalase siquiera en esa dirección, como una proteína compleja o algo similar. Solo piedras, polvo, vientos vacíos y charcos sin vida.

Por la mañana, justo como había predicho, los planetas seguían allí.

Había cinco en órbita alrededor de una estrella modesta, tipo G3, no muy diferente al Sol de la Tierra. Habló con el ordenador de la nave:

—Bautizo la estrella como Hannibal. Empezando con el planeta más cercano a Hannibal, bautizo los planetas como: Huck, Tom, Jim, Becky y Tía Polly. Realizaremos los análisis. —Los instrumentos de la nave podían realizar todas las mediciones necesarias, pero Gillette no confiaba en ellos para determinar la existencia de vida. La cuestión era tan importante que creía que debía realizar personalmente el análisis final.

Huck era una bola de níquel y hierro del tamaño de Marte, de un color marrón óxido, marcada por los cráteres, caliente, seca y muerta. Tom era más grande y más oscuro, más frío, pero igualmente dañado por los impactos e igualmente muerto. Jim era un planeta terrestre; poseía una atmósfera razonable de nitrógeno y oxígeno, su rango de temperaturas se situaba generalmente entre los -30°C y los $+50^{\circ}\text{C}$ y en la superficie del planeta había gran abundancia de agua. Pero no había vida, no la había en la tierra rocosa y polvorienta, tampoco en el agua llena de minerales, nada, ni una cianobacteria. Jim era la esperanza de Gillette en el sistema Hannibal, pero también investigó Becky y Tía Polly. Eran los gigantes gaseosos menos densos del sistema, aunque ninguno era tan grande como Urano o Neptuno. No había vida en la atmósfera como la sopa o sobre las superficies ígneas de sus satélites. Gillette no se molestó en bautizar las veintitrés lunas de los cinco planetas; se lo dejaba a los que viniesen después. Si alguien lo hacía.

A continuación, Gillette tenía que ocuparse del segundo propósito de la misión. Situó una puerta de transmisión en órbita alrededor de Jim, el más habitable de los cinco planetas. A partir de aquel momento, una nave que le siguiese podría atravesar las veintenas de años luz instantáneamente desde la puerta que Gillette había instalado en la parada anterior. No podía ni siquiera recordar cuál había sido el sistema ni qué nombre le había puesto. Después de tantos años los confundía, sobre todo por lo idénticos que eran, por lo completamente carentes de vida.

Se sentó frente a una pantalla y miró hacia Jim, los continentes marrones y arenosos, los mares azules, las nubes blancas y las masas polares. El gato de Gillette, un Maine coon de color gris, su única compañía, se le subió al regazo. El gato se llamaba *Benny*, tataranieta de *Metil* y *Etil*, los dos gatitos que Jessica se había traído. Gillette acarició al animal tras las orejas y bajó la cabeza.

—¿Por qué no hay gatos allá abajo? —le preguntó.

La única respuesta de *Benny* fue un largo ronroneo. Después de un rato, Gillette

se cansó de mirar fijamente el mundo silencioso. Había completado el reconocimiento, había situado la puerta y ya no faltaba más que enviar información a la Tierra y seguir avanzando. Dio las instrucciones precisas al ordenador de la nave y, media hora después, las estrellas habían desaparecido y Gillette volvía a viajar a través de la oscuridad del espacio nulo.

Recordaba lo emocionante, treinta años antes, que le había resultado la misión. Él y Jessica habían presentado la solicitud y los habían escogido por razones que Gillette no acertaba a comprender.

—Mi padre opina que cualquiera que desee ir de viaje por la galaxia durante el resto de su vida debe estar un poco loco —dijo Jessica.

Gillette sonrió.

—Algo desequilibrado sí, pero no loco.

Estaban tendidos sobre la hierba de la parte posterior de la casa, contemplando el cielo nocturno, preguntándose cuál de las estrellas relucientes como diamante visitarían pronto. El proyecto parecía una forma estupenda de alejarse de la pena, una oportunidad de hacer balance de su vida y su relación sin el millón de recuerdos que los ataban al pasado.

—Le dije a mi padre que para nosotros era una oportunidad maravillosa —dijo ella—. Le dije que, desde el punto de vista científico, era la oportunidad más emocionante que había desear.

—¿Te creyó?

—Mira, Leslie, una estrella fugaz. Formula un deseo. No, no creo que me creyese. Dijo que la junta de administración del proyecto estaba de acuerdo con él y que solo nos habían elegido porque estábamos adecuadamente locos y desequilibrados.

Gillette le hizo cosquillas en la oreja a su mujer usando una larga hoja de hierba.

—Porque podríamos pasarnos el resto de la vida mirando estrellas y mundos.

—Le dije que cinco años como mucho, Leslie. Cinco años. Le dije que tan pronto como encontrásemos algo que pudiésemos identificar concluyentemente como materia viva, nos daríamos la vuelta y volveríamos a casa. Y, si tenemos suerte, podríamos dar con ella en una de las primeras cuatro paradas. Puede que solo estemos fuera unos meses o un año.

—Eso espero —dijo Gillette. Miraron al cielo, sintiendo que los presionaba con una especie de asombrosa gravedad, como si las distancias infinitas se hubiesen transformado en masa y peso. Gillette cerró los ojos—. Te quiero —susurró.

—Yo también te quiero, Leslie —murmuró Jessica—. ¿Tienes miedo?

—Sí.

—Eso está bien —dijo ella—. Podría haberme dado miedo el ir contigo si tú no estuvieses preocupado, igual que yo. Pero no hay nada a lo que tener miedo. Nos tenemos el uno al otro, y será emocionante. Será mucho más divertido que pasar los próximos dos años aquí, sin hacer nada, dando clase a estudiantes graduados y

bebiendo jerez con la gente del Nobel.

Gillette rio.

—Espero que cuando regresemos alguien se acuerde de quiénes somos. Nos imagino yendo, pasando dos años fuera y regresando, y que nadie recuerda de qué iba el proyecto.

La despedida del padre de Jessica fue difícil. El señor Reid seguía sin tener claro por qué querían irse de la Tierra.

—Muchos jóvenes sufren pérdidas como la vuestra —dijo—. Pero de alguna forma siguen adelante. No malgastan su vida.

—No estamos malgastando nada —dijo Jessica—. Papá, supongo que tendrías que ser biólogo para comprenderlo. La posibilidad de descubrir vida en algún otro lugar es más emocionante que cualquier cosa que pudiésemos hacer aquí. Y no estaremos fuera mucho tiempo. Es trabajo de campo, el más duro de todos. Los dos siempre lo hemos preferido a una carrera frente a las pizarras de una universidad.

Reid se encogió de hombros y besó a su hija.

—Si tú estás segura... —fue todo lo que dijo. Le dio la mano a Gillette.

Al principio la experiencia de vivir en la nave les resultó extraña, pero rápidamente se adaptaron a la rutina. Descubrieron que aunque la idea del viaje interestelar era emocionante, la realidad era más aburrida de lo que podrían haber imaginado. Los dos gatitos no tuvieron problemas de adaptación y los Gillette agradecían la compañía. Cuando la nave se encontraba a medio millón de kilómetros de la Tierra, el ordenador pasó al espacio nulo y, por primera vez, estuvieron verdaderamente aislados.

Era aterrador. Mientras se encontrasen en el espacio nulo no había forma de comunicarse con la Tierra. La nave se convirtió en un pequeño mundo autocontenido y, en los momentos peligrosos en que Gillette dejaba volar demasiado libremente su imaginación, el vacío silencio a su alrededor parecía una nueva forma de locura o una nueva forma de muerte. La presencia de Jessica le tranquilizaba, pero aun así agradeció que la nave regresara al espacio normal en el primero de los sistemas inexplorados.

El primer destino era una pequeña estrella oscura de clase M, el tipo más común en la galaxia, con solo dos cuerpos planetarios y muchos asteroides orbitando a su alrededor.

—¿Qué nombre le vamos a poner a esa estrella, cariño? —preguntó Jessica. Los dos la miraban desde el observatorio, sintiendo una especie de afecto paterno.

Gillette se encogió de hombros.

—He estado pensando que sería más fácil si nos ciñésemos al sistema mitológico que hemos estado usando en casa.

—Es buena idea, supongo. Tenemos una estrella con dos planetas dando vueltas a su alrededor.

—Apolo no tenía... no, estoy equivocado. Creía... Jessica se apartó del

observatorio.

—Me recuerda a Odín y sus dos cuervos.

—¿Tenía dos cuervos?

—Claro —dijo Jessica—. Pensamiento y memoria. Huginn y Muginn.

—Perfecto. La estrella será Odín y los planetas eso que me acabas de decir. La verdad es que me alegro de tenerte conmigo. Se te da mucho mejor que a mí.

Jessica rio. Estaba deseosa de explorar los planetas. Sería la primera oportunidad de romper la monotonía del viaje. Ni Leslie ni Jessica esperaban encontrar vida en los dos mundos desolados, pero les apetecía examinarlos a fondo. Vagaron anonadados por los paisajes desolados y solitarios de Huginn y Muginn, realizando las pruebas y, al final, regresaron a la nave en órbita. Enviaron los resultados a la Tierra, establecieron la primera puerta de transmisión y, todavía no demasiado decepcionados, abandonaron el sistema Odín. Los dos se sentían en contacto con el hogar, sin que importase el hecho de que los mensajes tardarían mucho tiempo en alcanzar la Tierra ni que se movían con demasiada rapidez para recibir una respuesta. Pero los dos sabían que, de desearlo, podían dar la vuelta y regresar a la Tierra.

Los impulsaba la necesidad de saber. La soledad no era todavía insoportable. El miedo horrible todavía no había comenzado.

Las puertas estaban destinadas al uso de la gente que siguiese a los Gillette a los rincones deshabitados de la galaxia; podían usarse en sucesión para avanzar, pero no se podía volver por ellas. Eran como los huevos de avestruz llenos de agua que los nativos dejaban por el desierto africano; su función era hacer que el viaje fuese seguro y más cómodo para otros, para permitir a esos otros viajar más lejos.

Cada vez que los Gillette abandonaban un sistema estelar, a través del espacio nulo, situaban un vacío mayor de espacio y tiempo entre ellos y su mundo de origen.

—En ocasiones me siento muy extraño —admitió Gillette, cuando ya llevaban más de dos años de viaje—. Siento que el contacto que podamos tener con la Tierra es una ilusión, algo que hemos inventado para conservar la cordura. Tengo la sensación de que hemos donado buena parte de nuestra vida a una causa que jamás beneficiará a nadie.

Jessica le escuchó sombría. Ella sentía lo mismo, pero no había querido que su marido lo supiese.

—A veces pienso que la vida en un aula universitaria es la mejor vida de todas. En ocasiones me maldigo por no haberme dado cuenta antes. Cada vez que desciendo a un mundo nuevo siento la misma esperanza. Son solo las semanas en el espacio nulo las que me trastornan. La alienación es extrema.

Gillette la miró afligido.

—¿En qué medida importa si descubrimos vida o no? —preguntó. Ella le miró en silencio, conmocionada, un momento.

—No lo dirás en serio —dijo al fin.

La curiosidad científica de Gillette le rescató, como le había pasado más de una

vez en el pasado.

—No —dijo en voz baja—, no. Importa. —Recogió los gatitos de la cesta de *Etil*—. Si encuentro algunos como estos esperando en alguno de los interminables planetas todo habrá valido la pena.

Pasaron los meses y los Gillette visitaron más estrellas y más planetas, siempre con el mismo resultado. Después de tres años seguían alejándose de la Tierra. El cuarto año pasó, y el quinto. Sus esperanzas empezaron a mermar.

—Me incordia un poquito —dijo Gillette mientras permanecía sentado junto a un gran océano gris, en un mundo que habían bautizado como Carraway. Había una amplia playa de pura arena blanca cerrada por altas dunas. Las olas rompían sin parar para formar espuma a sus pies—. Es decir, no hemos visto que nadie nos siga ni nada. Sé que es imposible, pero tenía el sueño loco de que alguien nos seguiría a través de las puertas y que luego saltaría adelantándonos por el espacio nulo. Quien fuese, nos esperaría en una estrella que todavía no hemos visitado.

Jessica hizo un montículo de arena.

—Esto es igual que la Tierra, Leslie —dijo—. Si no prestas atención al cielo color Chartreuse. Y si no piensas en que no hay hierba en las dunas ni conchas en la playa. ¿Por qué iba a seguirnos alguien?

Gillette se recostó en la arena blanca y limpia y prestó atención a los sonidos relajantes de las olas.

—No sé —dijo—. Quizás hubiese alguna absurda forma de vida en uno de los planetas que examinamos hace años. Quizá cometimos un error y nos pasamos algo o leímos mal un indicador. O quizá todas las naciones de la Tierra se han eliminado entre sí en una guerra y yo soy el único hombre vivo y todas las mujeres solitarias de la Tierra me harán una fiesta.

—Estás loco, cariño —dijo Jessica. Echó algo de arena húmeda en las perneras del traje a presión.

—Quizá Cristo ha regresado y le ha parecido que le faltaba algo sin nosotros. Durante cierto tiempo, la verdad es que cada vez que regresábamos al espacio normal alrededor de una estrella casi esperaba ver otra nave aguardando. —Gillette volvió a sentarse—. Pero no ha pasado nunca.

—Me gustaría tener un palo —dijo Jessica. Apiló más arena húmeda en el montículo, lo miró unos segundos y luego miró a su marido—. ¿Podría ser que estuviese pasando algo en casa? —preguntó.

—¿Quién sabe lo que habrá pasado en estos cinco años? Pienso en todo lo que nos hemos perdido, dulzura. Piensa en los libros y en las películas, Jessie. Piensa en todos los descubrimientos científicos de los que no sabemos nada. Quizás haya paz en Oriente Medio, una revolucionaria fuente de energía y una mujer de raza negra en la Casa Blanca. Quizá los Cubs hayan ganado algo, Jessie. ¿Quién sabe?

—No te pases, cariño —dijo ella. Se pusieron en pie y se limpiaron la arena de los trajes. Luego regresaron a la nave de descenso.

Una hora más tarde, a bordo de la nave en órbita, Gillette contempló a los gatos. No les importaba en absoluto Oriente Medio; quizá fuese la actitud correcta.

—Te diré algo —le dijo a su esposa—. Te diré que quién sabe lo que ha estado pasando. La gente en casa lo sabe todo sobre todo. Lo único que no sabe es lo que pasa con nosotros, ahora mismo. Y, en cierto modo, tengo la sensación de que su ignorancia les resulta más cómoda que la mía. —La gatita que crecería para convertirse en la madre de *Benny* se enrolló sobre sí misma y se echó a dormir.

—Te sientes desconectado —dijo Jessica.

—Claro que sí —dijo Gillette—. ¿Recuerdas lo que me decías? ¿Antes de estar casados, cuando te dije que solo quería dedicarme a mi trabajo y tú me dijiste que un ser humano aislado no era un ser humano? ¿Recuerdas? Siempre decías cosas así, que me obligaban a preguntarte qué demonios querías decir. Y entonces tú sonreías y me contabas alguna historia que habías planeado de antemano contarme. Supongo que me hacía feliz. Dijiste: «Un ser humano aislado no es un ser humano». Yo dije: «¿Qué quieres decir?». Y tú añadiste que si iba a vivir mi vida en soledad, bien podía no vivir en absoluto. No recuerdo exactamente cómo lo expresaste. Tienes una forma demencial de decir cosas que no tienen ni la más mínima lógica pero que siempre tienen sentido. Dijiste que suponías que podía sentarme en mi torre de marfil, mirar por el microscopio, apuntar lo que descubriese y, de vez en cuando, mandar una notita sobre cómo me iba y lo que sentía y que no me sorprendiese si a nadie le importaba. Dijiste que tenía que vivir entre personas, que por mucho que lo intentase no podía escapar a ese hecho, y que no podía subirme a un árbol y decir que iba a montar mi propia especie. Pero te equivocabas, Jessica. Puedes alejarte de la gente. Míranos ahora. —El sonido de su voz era amargo y pesado—. Mírame —murmuró. Miró su reflejo y se asustó. Parecía viejo; peor aún, parecía un poco loco. Se giró con rapidez, con los ojos llenándosele de lágrimas.

—No estamos realmente aislados —dijo ella en voz baja—. No mientras estemos juntos.

—Sí —dijo él, pero sin embargo se sentía alejado, sentía que su humanidad disminuía con el paso de los meses. No realizaba ninguna función que considerase notablemente humana. Leía indicadores, diales y pulsaba botones; las máquinas podían hacer lo mismo, a los animales se los podía amaestrar para que hicieran lo mismo. Se sentía descartado como el inoportuno brote de una patata, aislado y alejado.

Jessica impidió que su depresión se convirtiese en locura. Él era mucho más susceptible a los efectos del aislamiento que ella. A Jessica la sostenía su trabajo, pero eso no hacía más que poner de relieve la poca importancia de su esposo.

—Se me ocurren ideas extrañas, Jessica —admitió un día, el noveno año de exploración—. De vez en cuando me vienen a la cabeza. Al principio no les prestaba

atención. Luego, con el tiempo, me di cuenta de que les prestaba atención, aunque cuando me detenía a analizarlas me daba cuenta de que eran una estupidez.

—¿Qué tipo de ideas? —preguntó ella. Preparaban la nave de descenso para ir a un mundo grande y rojo.

Gillette comprobó los dos trajes de presión y los cargó en la navecita.

—En ocasiones tengo la sensación de que no hay nadie más en ninguna parte, que los demás no han sido otra cosa que un producto de mi imaginación. Que no procedemos de la Tierra, que el hombre y todo el resto no son más que alucinaciones y falsos recuerdos. Como si siempre hubiésemos estado en la nave, por siempre jamás, y que estamos completamente solos en todo el universo. —Mientras hablaba, agarró la pesada puerta de la esclusa de la nave hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Sintió que se le aceleraba el corazón, que la boca se le secaba y supo que estaba a punto de sufrir otro ataque de ansiedad.

—Tranquilo, Leslie —dijo Jessica calmándole—. Piensa en cuando estábamos juntos en casa. Eso no pudo ser una mentira.

Gillette abrió más los ojos. Durante un momento le costó respirar.

—Sí —susurró—, podría ser una mentira. Tú también podrías ser una alucinación. —Se puso a llorar, consciente de adónde le llevaba su mente enferma.

Jessica le sostuvo mientras el ataque empeoraba y luego remitía. En unos minutos Gillette había recobrado el punto de vista razonable de siempre.

—Esta misión es mucho más dura de lo que creía —susurró. Jessica le besó la mejilla.

—Es normal tener problemas después de todos estos años —dijo—. Nunca pensamos que fuese a llevarnos tanto tiempo.

El sistema en el que se encontraban era otra estrella de clase M y doce planetas.

—Será mucho trabajo, Jessica —dijo él, alegrándose un poco con la idea—. Debería mantenernos ocupados un par de semanas. Es mejor que caer por el espacio nulo.

—Sí, cariño —dijo ella—. ¿Ya se te han ocurrido nombres? —Se estaba convirtiendo en la parte más tediosa de la misión: inventar suficientes nombres nuevos para todas las estrellas y sus satélites. Después de ocho mil sistemas, habían agotado todos los nombres mitológicos, históricos y geográficos que eran capaces de recordar. Se turnaban para bautizar los planetas con nombres de jugadores de béisbol, novelistas y estrellas de cine.

Iban a descender para examinar un mundo desierto llamado Rick, por el personaje de *Casablanca*. A pesar de que era poco probable que contuviese vida, hacía falta examinarlo de primera mano por si acaso, solo por si acaso, por si sonaba la flauta, como solía decir la madre de Gillette.

Se detuvo y una sonrisa tranquila le acudió a los labios. Hacía años que no pensaba en aquella expresión. Aquel fue un momento crítico en el viaje de Gillette; nunca más, mientras Jessica estuvo con él, había estado a punto de perder la cordura.

Se aferró a ella y a sus propios recuerdos personales como un escudo contra las fuerzas frías y destructivas de las vastas extensiones del espacio.

Una vez más los años pasaron. El pasado se convirtió en una niebla indescifrable y el futuro no existía. Vivir en el presente era simultáneamente la salvación de Gillette y su maldición. Pasaban el tiempo ocupados en rutinas y obligaciones inalteradas que no eran más tediosas que las de la Tierra, pero tampoco más emocionantes.

A medida que la aventura compartida se acercaba a su vigésimo año, el gran desastre cayó sobre Gillette: en la superficie de un mundo sin nombre, a cientos de años luz de la Tierra, sobre una colina rocosa que miraba a un valle desolado de arenisca, Jessica Gillette murió. Se agachó para recoger una muestra de tierra; una costura gastada del traje se abrió; hubo una advertencia sibilante de gases atravesando el tejido, entrando en el traje. Cayó al suelo, completamente muerta. Su esposo la vio morir, incapaz de ayudarla, tanta fue la rapidez con que la mató el veneno. Se sentó a su lado mientras el día del planeta se convertía en noche y durante las largas y frías horas hasta el amanecer.

La enterró en aquel mundo, que bautizó como Jessica, y allí la dejó para siempre. Estableció la puerta de transmisión en órbita alrededor del planeta, completó la exploración del resto del sistema y se marchó a la siguiente estrella. Le consumía la pena y durante muchos días no salió de la cama.

Una mañana, *Benny*, el gatito, se acurrucó junto a Gillette. No le había dado de comer en casi una semana.

—*Benny* —murmuró el hombre solitario—, quiero que entiendas algo. No podemos volver a casa. Si diese la vuelta a la nave en este preciso instante y fuésemos a casa atravesando siempre el espacio nulo, tardaríamos veinte años en llegar. Tendría setenta y cinco años si viviese lo suficiente para ver la Tierra. Nunca he esperado vivir tanto. —A partir de aquel momento Gillette se ocupó de sus obligaciones mecánicamente, sin el entusiasmo que había compartido con Jessica. No le quedaba más que seguir, y lo hizo, pero la soledad se aferró a él como la sombra de la muerte.

Examinó sus resultados y se decidió a realizar una hipótesis preliminar.

—Son datos poco habituales, *Benny* —dijo—. Debe haber alguna explicación simple. Jessica siempre argumentaba que no tenía por qué haber ninguna explicación, pero ahora estoy seguro de que debe haberla. Debe haber un sentido tras todo esto. Debe haber sentido en alguna parte. Ahora dime, ¿por qué no hemos encontrado Indicación Número Uno de vida en estos veintitantos mil mundos que hemos visitado?

Benny no tenía mucho que decir acerca de ese punto. Siguió a Gillette con sus grandes ojos amarillos mientras el hombre recorría la estancia.

—Ya lo he intentado antes —dijo Gillette—, y las únicas teorías que se me ocurren son extremadamente difíciles de aceptar. Jessica hubiese creído que estoy

completamente loco. A mis amigos de la Tierra les sería difícil escucharlas, *Benny*, y menos aún tomárselas en serio. Pero en una investigación como esta, llega un momento en que se deben descartar todos los resultados predichos y estudiar profunda y largamente lo que ha sucedido en realidad. Esto no es lo que yo quería, ya lo sabes. No es precisamente lo que Jessica y yo esperábamos. Pero es lo que ha sucedido.

Gillette se sentó a la mesa. Pensó un momento en Jessica y estuvo al borde del llanto. Pero pensó en cómo le había dedicado ella el resto de su vida, y en el sueño de Jessica de encontrar una respuesta en alguno de los sistemas estelares que quedaban por explorar.

Se dedicó a obtener esa respuesta. La única bendición en todos los años de decepción era que los datos estadísticos eran muy fáciles de comprender. No precisaba un ordenador para ordenar la información: no era más que una cadena larga, muy larga, de ceros.

«La ciencia se construye sobre teorías —pensó Gillette—. Puede que algunas teorías sean imposibles de confirmar en la práctica, pero las aceptamos por la aplastante evidencia de los datos empíricos. Por ejemplo, podría no existir la gravedad; podría ser que las cosas hayan estado cayendo de manera consistente debido a un estrafalario capricho estadístico. En cualquier momento las cosas podrían empezar a caer hacia arriba y hacia abajo aleatoriamente, como monedas que caen de cara o de cruz. Y habrá que corregir la ley de la gravedad».

Esa era la primera parte, y la más segura, del razonamiento. A continuación venía la idea de que hubiese una posibilidad primordial que explicase adecuadamente la sucesión anonadadora de planetas sin vida.

—Realmente no quiero considerarlo todavía —murmuró, hablándole al espíritu de Jessica—. Quizá la semana que viene. Creo que primero visitaremos un par de sistemas más.

Y lo hizo. Encontró siete planetas alrededor de una estrella clase M, y luego una estrella G con once y una estrella K con catorce; todos los mundos con cráteres de impacto y también marcados y suavizados por la lava. Gillette sostuvo a *Benny* en el regazo después de examinar los tres sistemas.

—Treinta y dos planetas más —dijo—. ¿Cuál es el total? —*Benny* no lo sabía.

Gillette no tenía a nadie con quien discutir la cuestión. No podía consultar con los científicos de la Tierra; incluso había perdido a Jessica. No tenía más que a su paciente gato gris, a quien no se le podía pedir ninguna contribución útil.

—¿Te has dado cuenta —preguntó el hombre— que cuanto más nos alejamos de la Tierra, más homogéneo parece el universo? —Si *Benny* no comprendió la palabra «homogéneo», no lo manifestó—. Lo único realmente antinatural que hemos visto en estos años ha sido la propia Tierra. La vida en la Tierra es el único factor realmente anómalo que hemos presenciado en veinte años de exploración. ¿Qué te sugiere eso?

A *Benny* la idea no le sugería nada, pero empezó a significar algo para Gillette. Se

encogió de hombros.

—Ninguno de mis amigos estaba ni siquiera dispuesto a considerar la simple posibilidad de que la Tierra pudiese estar sola en el universo, de que no hubiese nada más con vida en ningún otro lugar de las infinitas regiones del espacio. Claro está, no hemos examinado gran parte de esas regiones infinitas, pero veintitrés mil errores indican que pasa algo raro.

Cuando los Gillette habían abandonado la Tierra, dos décadas antes, la opinión científica dominante era que tenía que haber vida allá fuera, a pesar de que no había prueba alguna de ello, ni directa ni indirecta. Debía haber vida; no era más que cuestión de dar con ella. Gillette miró la vieja fórmula, todavía colgada donde había estado durante todo el viaje.

«Si uno de esos factores es cero —pensó—, entonces el producto total es cero. ¿Qué factor podría ser?». No había ni rastro de la respuesta, pero esa pregunta en particular iba perdiendo importancia para Gillette.

Y así había acabado: treinta años y seguía en marcha. El final de la vida de Gillette se encontraba allá fuera, en algún lugar de la quietud negra. La Tierra era un pálido recuerdo, menos real ya que el sueño tenido la noche anterior. *Benny* era un gato viejo y pronto moriría, como Jessica había muerto, y Gillette estaría completamente solo. No le gustaba pensarlo, pero la idea le rondaba la cabeza de vez en cuando.

Otra idea le rondaba con la misma frecuencia. Era una idea irracional, lo sabía, de la que se había mofado treinta años antes. Su preparación científica le hacía examinar las cosas bajo la luz firme y fría de la razón, pero aquella idea no permanecía inmóvil el tiempo suficiente para someterla a esa inspección mecánica.

Empezó a pensar que quizá la Tierra estaba sola en el universo, que era el único planeta entre miles de millones bendecido con la vida.

—Debo admitir que no he buscado en una fracción significativa de los mundos de la galaxia —dijo, como si defendiese sus sensaciones ante Jessica—. Pero sería un tonto si no tuviese en cuenta treinta años de experiencia. ¿Qué significa si afirmo que la Tierra es el único planeta con vida? No es una idea científica o matemática. La estadística en sí exige que haya otros mundos con alguna forma de vida. Pero ¿qué podría anular tal imperativo biológico? —Esperó a la propuesta de *Benny*; no parecía que fuese a dársela—. Solo un acto de fe —murmuró Gillette. Hizo una pausa, creyendo que el espíritu de Jessica podría reírse, escéptico, pero solo se oía el silencio ronroneante y rítmico de la nave.

»Un único acto de creación, en la Tierra —dijo Gillette—. ¿Te imaginas lo que me habría dicho la gente de la universidad? No hubiese podido aparecer por allí nunca más. Hubiesen anulado todas mis credenciales. Habrían cancelado mi suscripción a *Science*. La televisión pública local se hubiese negado a tenerme como suscriptor.

»Pero ¿qué otra cosa puedo pensar? Si ellos hubiesen pasado treinta años como

nosotros, habrían llegado a la misma conclusión. No he llegado fácilmente a esta repuesta, Jessica, lo sabes. Sabes lo que opinaba. Nunca he tenido fe en nada que no haya visto con mis propios ojos. Ni siquiera creía en la existencia de George Washington. Pero llega un momento en el que un científico debe aceptar incluso la explicación más desagradable, si es la única que queda y se ajusta a los hechos.

A Gillette no le importaba si tenía razón o si había investigado un número suficientemente grande de mundos para llegar a su conclusión. Tenía que abandonar, uno a uno, todos sus prejuicios y dar un salto de fe. Sabía lo que le parecía la verdad no por experimentos de laboratorio sino por un impulso que no había sentido antes.

Durante unos días se sintió cómodo con la idea. La vida se había creado en la Tierra por alguna razón, y en ningún otro lugar. Cada planeta carente de vida que Gillette descubría se convertía desde ese momento en una instancia que confirmaba su hipótesis. Pero luego, una noche, se le ocurrió pensar en la horrible maldición que se había echado sobre sí mismo. Si la Tierra era el único hogar de la vida, ¿por qué Gillette se alejaba cada vez más de ese lugar, cada vez más del lugar donde él mismo había sido creado, cada vez más de donde se suponía que debía estar?

¿Qué se había hecho a sí mismo... y que le había hecho a Jessica?

—Mi imparcialidad me ha fallado, dulzura —le dijo desconsolado a Jessica—. Si hubiese podido permanecer frío y objetivo, al menos habría tenido paz mental. Nunca habría sabido en qué medida nos maldije a los dos. Pero no he podido; la imparcialidad era una mentira desde el comienzo. Tan pronto como nos dispusimos a medir algo, nuestra humanidad se inmiscuyó. No podíamos ser observadores pasivos del universo porque estamos vivos, somos personas. Y pensamos y sentimos, y por tanto con el tiempo estábamos condenados a descubrir la verdad y estábamos condenados a sufrir por ello. —Hubiese deseado que Jessica siguiese con vida para confortarle como había hecho en otras muchas ocasiones. Ya se había sentido aislado otras veces, pero no le había resultado tan terrible. En aquel momento comprendía el significado último de la alienación: estar separado de su mundo y de la fuerza que lo creó. No tenía que estar allí, donde fuera que estuviese. Pertenecía a la Tierra, el medio de la vida. Miró por el observatorio y la negrura infinita pareció entrar en él, mezclándose con su mente y su espíritu. Sintió un horrible escalofrío en el alma.

Gillette quedó incapacitado momentáneamente por la emoción. Al morir Jessica había contenido la pena; en realidad, jamás se había permitido el lujo de llorarla. En aquel momento, con el peso añadido de sus nuevas convicciones, la pérdida le golpeó de nuevo con mucha más fuerza que antes. Permitted que las máquinas que le rodeaban tomasen todo el control de la misión así como de su bienestar. Observó las estrellas relucir en la oscuridad mientras la nave caía a través del espacio real. Acariciaba el pelaje gris de *Benny* y recordaba todo lo que había abandonado tontamente.

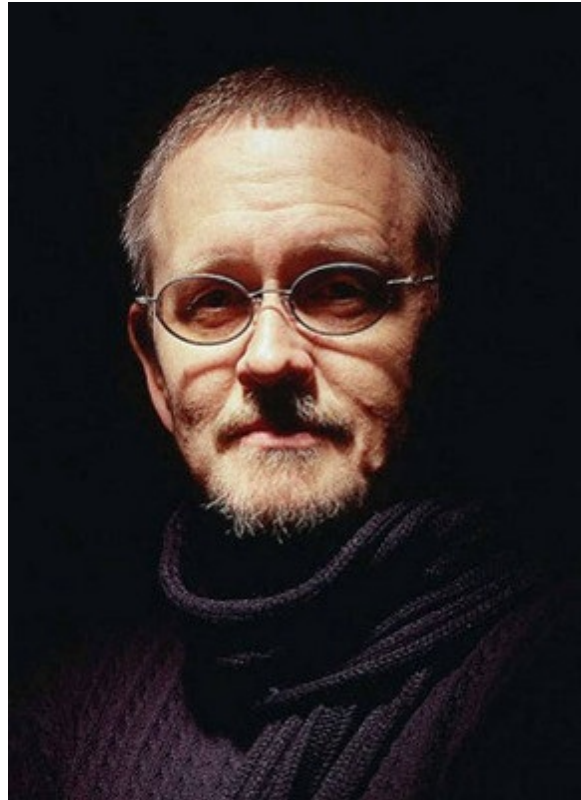
Al final, fue *Benny* el que sacó a Gillette de su estado. Entre caricias, el hombre se había detenido con la mano en el aire; Gillette experimentó un destello de

comprensión, lo que los filósofos orientales llaman *satori*, un momento de claridad diáfana. Supo intuitivamente que había cometido un error que le había conducido a la autocompasión. Si la vida había sido creada en la Tierra, entonces todo lo vivo era parte de esa creación, estuviese dondequiera que estuviese. *Benny*, el gato gris, formaba parte de ella, incluso encerrado en una lata entre las estrellas. El propio Gillette formaba parte de la vida, fuese adonde fuese. La creación estaba tan presente en la nave espacial como en la propia Tierra: era una tontería por parte de Gillette creer que podría separarse de la vida... que era justamente lo que Jessica le había repetido siempre.

—¡*Benny*! —exclamó Gillette con una lágrima recorriéndole la mejilla arrugada. El gato le observó benévolo. Gillette sintió que le recorría una calidez agradable al liberarse al fin de su soledad—. No era más que el temor a la muerte —susurró—. Simplemente tenía miedo de morir. ¡No lo hubiese creído! Pensaba que estaba por encima de algo así. Es agradable sentirse libre.

Y cuando volvió a mirar las estrellas arremolinadas, la galaxia ya no le pareció vacía y negra, sino vibrante y repleta de energía creativa. Sabía que lo que sentía no se podía destruir. Incluso si el próximo mundo que visitaba era un jardín exuberante de vida... eso no cambiaría nada, porque su creencia ya no se sostenía en números y hechos, sino sobre una sensación más fuerte que anidaba en su interior.

No importaba en absoluto adónde se dirigiese Gillette, qué estrellas visitase: comprendía al fin que allí donde fuese, iría a casa.



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951) es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La Saga del Retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*. Ha ganado numerosos premios Hugo y Nébula, como el Nébula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nébula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad, Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de *El secreto de Monkey Island*.

Notas

[1] Juego con el término *Sci-Fi* que se aplica ocasionalmente a la ciencia ficción, sobre todo a la vertiente más cinematográfica o televisiva. *Li-Ji* sería *literary fiction*, «ficción literaria». (N. del T). <<

[2] Siglas de *Women's Emergency National Corps, Hospitality & Entertainment Section*, que forman la palabra «rameras». (N. del T). <<

[3] Las siglas de *Auxiliary Nursing Group, Extraterrestrial Legion*, que forman la palabra «ángel». (N. del T). <<

[4] Siglas de *Women's Hospitality Order Refortifyng & Encouraging Spaceman*, es decir, *whores*, en castellano «putas». (N. del T). <<

[5] Juego de palabras intraducible. *To go Baque* es fonéticamente equivalente en inglés a *to go back* «ir atrás». (N. del T). <<

[6] Rash significa «imprudente» o «precipitada» en inglés. (N. del T). <<

[7] Bach, Beethoven, Brahms. (*N. del T.*) <<

[8] Entre 1924 y 1929 hubo una moda pasajera consistente en permanecer sentado el mayor tiempo posible sobre el asta de una bandera. Empezó cuando un amigo de Alvin Shipwreck Kellys desafió a este a hacerlo. El record de Shipwreck en 1924 fue de 13 horas y 13 minutos. No tardó en ponerse de moda y otros aspirantes lo superaron con recorrs de 12, 17 y 21 días. En 1929 Shipwreck decidió recuperar el título y aguantó sentado sobre el asta de una bandera 49 días, en Atlantic City, Nueva Jersey. (*N. del T.*) <<

[9] Juego de palabras con el nombre del poeta Robert Frost (escarcha) autor del poema «The Road Not Taken» que da título en inglés al cuento. *(N. del T)*. <<

[10] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[11] El nombre del permiso transformado para formar la palabra «feliz». (*N. del T.*) <<